

AUTOR Y SERIE SUPERVENTAS DE "THE NEW YORK TIMES"

# JIM BUTCHER

# RENEGADO

UNA NOVELA DE "THE DRESDEN FILES"



Lectulandia

Harry se enfrenta a una tarea imposible. Debe limpiar el nombre de un centinela nada agradable mientras que, a la vez, debe mantenerlo escondido tanto del Consejo como de los cazadores de recompensas sobrenaturales que este ha enviado tras él. También debe descubrir la identidad del auténtico renegado y, por supuesto, evitar que a él mismo lo acusen de traición.

Un solo error puede significar que rueden cabezas. Literalmente.

Lectulandia

Jim Butcher

# Renegado

Harry Dresden - 11

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2018

Título original: *Turn Coat (The Dresden files - 11)*

Jim Butcher, 2009

Traducción: David Luque

Diseño de portada: Esther Sanz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Bob  
Que duermas bien.*

## **AGRADECIMIENTOS**

*Me gustaría darle las gracias a Anne Sowards, mi maravillosa editora, a mi agente, Jenn Jackson, y a los pobres e incautos lectores cero. Me he enfrentado a ese tipo de problemas que un escritor solo puede imaginar, y todos me habéis sido de gran ayuda. Con un poco de suerte, encontraré la manera de devolveros el tiempo y el esfuerzo que me habéis dedicado.*

*Y, como siempre, gracias a Shannon y a JJ, que me quieren incluso cuando me pierdo dentro mi propia cabeza durante días.*

El sol del verano se empeñaba en achicharrar el asfalto de las calles de Chicago, un terrible dolor de cabeza me había tenido tumbado la mitad del día y ahora un idiota estaba aporreando la puerta de mi apartamento.

Abrí y Morgan, con la mitad de la cara cubierta de sangre, soltó entre jadeos:

—Vienen los centinelas. Escóndeme. Por favor.

Se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó.

Bien.

Genial.

Hasta ese momento me había estado engañando a mí mismo pensando que lo peor que me iba a pasar aquel día era esa jaqueca que me partía el cráneo por la mitad.

—¡Por todos los malditos demonios del infierno! —le espeté a la figura inconsciente de Morgan—. ¡Tienes que estar de broma!

Estuve muy muy tentado de cerrar de un portazo y dejarlo allí tirado hecho un guiñapo, de verdad. Maldita sea, se lo tenía merecido.

Sin embargo, no podía quedarme parado sin hacer nada.

—Estás mal de la cabeza. Háztelo mirar —susurré para mí mismo.

Desactivé mis refugios, los conjuros de protección que tengo como sistema de seguridad mágico en mi apartamento, agarré a Morgan por las axilas y lo arrastré dentro. Era un hombre grande, de más de metro ochenta y un montón de músculo. Y pesaba como un muerto. Me costó meterlo, y eso que no se puede decir que yo sea pequeño.

Cerré la puerta a mis espaldas y volví a activar las protecciones. Luego agité una mano hacia el interior del apartamento y concentré mi voluntad.

—*Flickum bicus* —murmuré.

Las llamas de una docena de velas repartidas por toda la estancia cobraron vida en cuanto pronuncié aquel sencillo hechizo. Me arrodillé junto a Morgan, que seguía inconsciente, y examiné sus heridas.

Tenía una docena de cortes feos que supuraban y sin duda dolían, pero ninguno era mortal. La piel de las costillas del lado izquierdo se veía llena de ampollas y quemada, y su camisa blanca estaba chamuscada. Además, tenía una herida profunda en una pierna que estaba envuelta con torpeza en lo que parecía un delantal de cocina. No me atreví a descubrirla.

Podía volver a sangrar si lo hacía, y mis habilidades médicas no eran algo de lo que quisiera hacer depender la vida de nadie.

Ni siquiera la de Morgan.

Necesitaba un médico.

Por desgracia, si los centinelas del Consejo Blanco lo estaban persiguiendo, era probable que supiesen que se encontraba herido. Estarían, por tanto, vigilando los



hospitales. Si lo llevaba a cualquiera de los servicios locales de urgencias, el Consejo lo averiguaría en pocas horas.

Así que llamé a un amigo.

Waldo Butters estudió en silencio los cortes de Morgan durante unos momentos mientras yo me dedicaba a dar vueltas a su alrededor. Butters era un tipo pequeño y delgaducho, con el pelo negro desordenado y de punta como el de un gato asustado. Llevaba deportivas, un pijama verde de médico y sus manos eran rápidas y hábiles. Sus ojos, oscuros y muy inteligentes, asomaban tras unas gafas de montura metálica negra y parecían los de alguien que no hubiese dormido en un par de semanas.

—No soy médico —dijo.

Ya habíamos jugado a aquello varias veces.

—Eres el Poderoso Butters. Puedes hacer cualquier cosa.

—Soy forense. Abro cadáveres.

—Si te sirve de ayuda, considera esto una autopsia preventiva.

Butters me dirigió una mirada tranquila.

—No podemos llevarlo a un hospital, ¿eh?

—Exacto.

Sacudió la cabeza.

—¿No es este el tío que intentó matarte aquel Halloween?

—Y unas cuantas veces más antes de eso —dije.

Abrió un botiquín médico y comenzó a rebuscar dentro.

—Nunca me quedó muy claro el motivo.

Me encogí de hombros.

—Cuando era niño maté a un hombre usando magia. Los centinelas me capturaron y el Consejo Blanco me juzgó.

—Supongo que te libraste.

Negué con un gesto.

—Consideraron que, ya que solo había tratado de sobrevivir y evitar que ese tío me asesinara con magia, quizá merecía un respiro. Sentencia aplazada, más o menos. Morgan era mi agente de la condicional.

—¿Condicional? —preguntó.

—Si yo la volvía a cagar, se suponía que él se encargaría de cortarme la cabeza. Me siguió a todas partes buscando una buena excusa para hacerlo.

Butters parpadeó, sorprendido.

—Pasé los primeros años de mi vida adulta vigilando mis espaldas, asustado por culpa de este tipo —seguí diciendo—. Perseguido y acosado por él. Tuve pesadillas durante un tiempo, y él estaba en ellas.

A decir verdad, a veces aún tenía pesadillas en las que me perseguía un asesino implacable de capa gris que blandía una espada fría y vil.

Butters comenzó a humedecer el vendaje de la pierna herida.

—¿Y lo estás ayudando?



Me volví a encoger de hombros.

—Él pensaba que yo era un animal peligroso que había que sacrificar. Lo creía de verdad y actuó en consecuencia.

Me miró de soslayo.

—¿Y lo estás ayudando? —repitió.

—Se equivocaba —dije—. Eso no lo convierte en un villano. Solo en un gilipollas. No es razón suficiente para matarlo.

—Reconciliados, ¿eh?

—No especialmente.

Butters alzó las cejas.

—¿Entonces por qué acude a ti para que lo ayudes?

—El último lugar donde nadie lo buscaría, supongo.

—Dios santo —murmuró. Había retirado el vendaje improvisado y había encontrado debajo un corte profundo, de unos siete u ocho centímetros de largo, de bordes arrugados como una boca pequeña. Comenzó a brotar sangre de él—. Es como una herida de cuchillo, pero más grande.

—Sin duda porque se la hicieron con algo como un cuchillo, pero más grande.

—¿Una espada? —dijo—. Me estás tomando el pelo.

—La vieja escuela del Consejo. Muy muy muy vieja escuela.

Negó con la cabeza.

—Lávate las manos como acabo de hacer yo —dijo—. Límpiatelas a conciencia durante dos o tres minutos. Luego ponte un par de guantes y ven aquí. Necesito ayuda.

Tragué saliva.

—Esto, Butters, no sé si soy el más adecuado para...

—Venga ya, señor mago —dijo en tono irritado—. No tienes ningún tipo de excusa moral. Si vale que yo no sea médico, vale que tú no seas enfermero. Lávate las malditas manos y ayúdame antes de que lo perdamos.

Me quedé mirando a Butters, impotente. Entonces fui y me lavé las malditas manos.

Que quede claro, las operaciones no son bonitas. Tienes la horrible sensación de estar expuesto ante otro ser humano de una manera íntima y a la vez inapropiada. Es algo así como encontrarte por accidente con tu padre desnudo. Solo que con más vísceras. Hay pedazos que no deberían estar ahí fuera, al descubierto, y que están cubiertos de sangre. Es embarazoso, desagradable y perturbador. Todo a la vez.

—De acuerdo —dijo Butters una eternidad después—. Está bien, déjalo. Quitá las manos de en medio.

—¿Ha seccionado la arteria? —pregunté.

—Demonios, no —respondió—. Quienquiera que lo acuchillase apenas le cortó. Si no, ya estaría muerto.

—Pero lo has arreglado, ¿verdad?

—Según lo que entiendas por «arreglado». Harry, esto es cirugía rápida de lo más tosco que te puedas imaginar, pero a pesar de todo la herida debería permanecer cerrada mientras no se dedique a caminar por ahí. Y tendría que echarle un vistazo un médico de verdad lo antes posible. —Arrugó la frente, concentrado—. Dame un momento para que lo cierre.

—Todo el tiempo que necesites.

Butters trabajó en silencio y no volvió a hablar hasta que hubo terminado de coser y vendar la herida. Entonces se centró en otras más pequeñas. Vendó la mayoría y suturó una particularmente fea. Después aplicó un antibiótico de uso tópico en la quemadura y la tapó con cuidado con una gasa.

—De acuerdo —dijo—. He esterilizado los cortes lo mejor que he podido, aunque no me sorprendería que se infectaran de todas maneras. Si le entra fiebre o aparece mucha hinchazón, tendrás que llevarlo a uno de estos dos sitios: al hospital o a la morgue.

—Lo pillo —dije en voz baja.

—Deberíamos meterlo en una cama. Hacer que entre en calor.

—Vale.

Levantamos a Morgan usando el sencillo método de transportar la alfombra donde estaba tendido y lo pusimos en la única cama del apartamento, la pequeña que había en esa habitación del tamaño de un armario que era mi dormitorio. Lo tapamos.

—En serio, habría que conectarle una bolsa de suero —dijo Butters—. Puestos a pedir, una de sangre tampoco le haría daño. Y necesita antibióticos, tío, pero yo no puedo emitir recetas.

—Yo me encargo —dije.

Los ojos oscuros de Butters se mostraron preocupados. Empezó a hablar y se calló varias veces.

—Harry —dijo al fin—, tú eres del Consejo Blanco, ¿verdad?

—Sí.

—Y eres un centinela, ¿cierto?

—Cierto.

Sacudió la cabeza.

—Bueno, tu propia gente va detrás de este tío. No creo que estén muy contentos contigo si lo encuentran aquí.

Me encogí de hombros.

—Siempre están enfadados por algo.

—Hablo en serio. Esto solo te puede traer problemas. ¿Por qué lo ayudas?

Me quedé callado un rato mientras contemplaba el rostro inerte, pálido e inconsciente de Morgan.

—Porque Morgan jamás rompería las Leyes de la Magia —dije en voz baja—. Ni aunque le costara la vida.

—Pareces muy seguro de eso.

Asentí.

—Lo estoy. Lo ayudo porque sé lo que es tener a los centinelas pegados a tu culo por algo que no has hecho. —Me levanté y aparté la vista del hombre que yacía sin sentido en mi cama—. Lo sé mejor que nadie en el mundo.

Butters volvió a sacudir la cabeza.

—Pertenece a una especie rara de locos, tío.

—Gracias.

Empezó a recoger todo lo que había sacado para aquella cirugía improvisada.

—Entonces, ¿cómo van esos dolores de cabeza?

Migrañas cada vez más agudas. Habían sido un problema durante los últimos meses.

—Bien —le respondí.

—Sí, claro. De verdad que me gustaría que intentaras hacerte la resonancia magnética de nuevo.

La tecnología y los magos no se llevan bien, y eso incluye los aparatos de resonancias.

—Un bautizo al año a base de espuma de extintor es mi límite —dije.

—Podría ser algo serio —insistió Butters—. Cuando pasa algo en la cabeza o en el cuello, uno no se la debe jugar. Hay demasiadas cosas importantes ahí dentro.

—Se están atenuando —mentí.

—Y una mierda —dijo, taladrándome con la mirada—. Ahora mismo te duele, ¿a que sí?

Mis ojos pasaron de Butters al cuerpo tumbado de Morgan.

—Sí —contesté—. Tengo un dolor de cabeza de mil diablos.

Morgan dormía. Yo aún tenía grabada la primera impresión que en su momento me había producido aquel tipo: alto, muy musculoso y con un rostro flaco y hundido de los que siempre he asociado con ascetas religiosos y artistas medio locos. Tenía el cabello castaño con canas aquí y allá, y una barba que, aunque siempre bien recortada, parecía necesitar todo el tiempo unas semanas más para que le saliera por completo. Tenía unos ojos duros, inmutables, y el encanto tranquilizador de un taladro dental.

Dormido parecía... viejo. Cansado. Me fijé en las profundas arrugas de preocupación que tenía entre las cejas y en la comisura de los labios. Sus manos, grandes y de dedos redondos, revelaban más sobre su edad que el resto de él. Sabía que tenía más de cien años, lo cual para un mago ya era rondar la madurez. Tenía cicatrices a lo largo de ambas manos. Los grafitis de la violencia. Los dos últimos dedos de la derecha estaban rígidos y algo torcidos, como si hubiesen sufrido una rotura grave y se hubieran soldado sin haberlos recolocado bien. Sus ojos estaban hundidos, y la piel que los rodeaba era lo bastante oscura como para parecer moratones. Quizá Morgan tuviese malos sueños también.

Resultaba difícil tenerle miedo cuando estaba dormido.

Ratón, mi enorme perro gris, se incorporó de su lugar habitual de siesta en la cocina y arrastró las patas hasta ponerse a mi lado. Cien kilos de compañía silenciosa. Contempló con serenidad a Morgan y después levantó la vista hacia mí.

—Hazme un favor —le dije—, quédate con él. Asegúrate de que no intenta caminar con esa pierna. Eso podría matarlo.

Ratón me dio un golpecito en la cadera con su cabeza, soltó un leve resoplido y caminó despacio hacia un lado de la cama. Se tumbó en el suelo, estirado cuan largo era, y enseguida se quedó dormido de nuevo.

Dejé la puerta casi cerrada del todo y me hundí en el sillón junto a la chimenea, donde podía masajearme las sienes y tratar de pensar.

El Consejo Blanco de Magos era el órgano de gobierno que regulaba el ejercicio de la magia en todo el mundo, y estaba integrado por los practicantes más poderosos. Formar parte de él era algo similar a ganarse el cinturón negro en un arte marcial. Significaba que te las podías arreglar bien tú solo, que poseías un talento real que era reconocido por tus colegas. El Consejo supervisaba el uso de la magia por parte de sus miembros de acuerdo a las Siete Leyes de la Magia.

Que Dios amparase al pobre practicante que rompiera una de ellas. El Consejo enviaría a sus centinelas a impartir justicia, lo que por lo general implicaba una persecución despiadada, un juicio superficial y una ejecución rápida. Eso si no habían matado antes al infractor por resistirse al arresto.

Suena duro, y lo es. Sin embargo, con el paso del tiempo me he visto obligado a

admitir que podría incluso ser necesario. El uso de la magia negra corrompe la mente, el corazón y el alma del mago que la utiliza. No sucede de inmediato ni sucede todo a la vez. Es algo lento e infeccioso que crece como un tumor, hasta que la necesidad de poder consume toda la empatía y compasión que una persona haya podido sentir alguna vez. Para cuando un mago ha caído en esa tentación y se ha convertido en un hechicero, ya hay gente muerta. O peor que muerta. El deber de los centinelas era acabar con los hechiceros de una manera rápida. Por todos los medios necesarios.

No obstante, ser un centinela implicaba más que eso. También eran los soldados y protectores del Consejo Blanco. En nuestra reciente guerra contra las cortes vampíricas, la parte más dura de la lucha la habían llevado a cabo los centinelas, hombres y mujeres con un don para la magia rápida y violenta. Demonios, en la mayoría de las batallas, por llamarlas de alguna forma, había sido Morgan quien había estado en el centro de la pelea.

Yo había participado en la guerra, pero entre mis colegas centinelas los únicos que habían estado contentos de trabajar conmigo habían sido los reclutas más recientes. Los antiguos habían visto todas demasiadas vidas destrozadas por el abuso de la magia, y sus experiencias los habían marcado de una manera profunda. Con solo una excepción, yo no les gustaba, no confiaban en mí y no querían tener nada que ver conmigo.

Lo cual, en general, me parecía bien.

En los últimos años, el Consejo Blanco había descubierto que alguien estaba proporcionando información a los vampiros desde dentro. Había muerto mucha gente por culpa del traidor, pero él (o ella) nunca había sido identificado. Teniendo en cuenta cuánto me amaba el Consejo en general, y los guardianes en particular, el festival de la paranoia había evitado que mi vida se volviese demasiado aburrida. Sobre todo después de que me hubieran presionado para que yo mismo me uniese a los centinelas como refuerzo para la guerra.

Así pues, ¿por qué estaba Morgan aquí, pidiéndome ayuda justo a mí?

Diréis que estoy loco, pero mi yo suspicaz pensó de inmediato que Morgan trataba de embaucarme para que hiciese algo que me volviera a meter en líos serios con el Consejo. Diablos, ya había intentado matarme de la misma manera en otra ocasión, hacía unos cuantos años. Sin embargo, la lógica descartaba aquella idea. Si Morgan no tenía problemas reales con el Consejo, esconderlo de una persecución que no existía tampoco podría provocarme a mí ninguno. Además, sus heridas revelaban más acerca de su sinceridad que cualquier razonamiento. No eran fingidas.

Estaba huyendo de verdad.

Hasta que no averiguase algo más sobre lo que pasaba, no me atrevía a acudir a nadie para que me echase una mano. No podía preguntarle sin más a mis colegas centinelas sobre Morgan sin que resultase obvio que lo había visto. Eso solo serviría para atraer su atención. Y si el Consejo iba tras él, cualquiera que lo cubriese se convertiría en cómplice del crimen y también lo perseguirían. No podía pedir ayuda.

«A nadie más», me corregí. No me había quedado otra opción que llamar a Butters. Pero, siendo sinceros, el hecho de que no tuviese ninguna relación con el mundo sobrenatural lo aislaría un poco de cualquier posible consecuencia provocada por su complicidad. Además, Butters se había ganado algo de buena reputación ante el Consejo Blanco la noche en que me había ayudado a evitar que una secta de nigromantes de tamaño familiar convirtiera a uno de sus miembros en un dios menor. Le había salvado la vida a por lo menos un centinela, a dos si me contáis a mí, y se encontraba en mucho menos peligro que cualquier otra persona vinculada a la comunidad.

Como yo, por ejemplo.

Dios, la cabeza me estaba matando.

No podría plantearme ninguna acción inteligente mientras no supiese más acerca de lo que estaba sucediendo. Y no me atrevía a empezar a hacer preguntas por miedo a atraer una atención que no deseaba. Lanzarme de forma apresurada a una investigación sería un error, lo cual significaba que debía esperar hasta que Morgan pudiese contarme algo.

Así pues, me acomodé en el sillón para pensar un poco y comencé a concentrar mi respiración, tratando de relajarme para calmar el dolor de cabeza y aclarar mis ideas. Me salió tan bien que me quedé allí mismo durante seis horas seguidas, hasta entrado el anochecer de aquel verano de Chicago.

No me quedé dormido. Estaba meditando. Vais a tener que creerme.

Me desperté cuando Ratón soltó un sonido bajo y gutural que no llegaba a ser un ladrido, aunque bastante más corto y perceptible que si gruñese. Me incorporé y fui al dormitorio, y allí encontré a Morgan despierto.

Ratón estaba junto a la cama, con su ancha y pesada cabeza apoyada sobre el pecho de Morgan, que le rascaba las orejas ausente. Me miró de refilón y comenzó a incorporarse.

Ratón se apoyó en él con más fuerza y, con suavidad, volvió a dejarlo tumbado en la cama.

Morgan suspiró, sin duda molesto.

—Asumo que estoy manteniendo reposo obligatorio en la cama —dijo con una voz seca, algo que sonó como un graznido.

—Sí —dije con toda la calma del mundo—. Te han dado una buena paliza. El médico dijo que caminar con esa pierna sería una mala idea.

Entornó los ojos.

—¿El médico?

—Tranquilo. Nada oficial. Conozco a un tipo.

Gruñó. Luego se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Hay algo de beber?

Le traje agua fresca en una botella de las de salir a correr, con una pajita larga. Él sabía que no debía beber demasiado de golpe y dio sorbos lentos. Después respiró

hondo y puso la expresión de alguien que va a meter una mano en el fuego a propósito.

—Grac... —comenzó a decir.

—Venga ya, cállate —interrumpí con un escalofrío—. Ninguno de los dos queremos tener esa conversación.

Tal vez lo imaginé, pero me pareció que se relajaba un poco. Asintió y volvió a cerrar los párpados.

—No te duermas todavía —le dije—. Tengo que tomarte la temperatura. Sería un poco embarazoso.

—Por las barbas de Cristo, sí —dijo Morgan, abriendo los ojos.

Fui a buscar mi termómetro, uno de esos antiguos de mercurio.

—No me has entregado —dijo cuando volví.

—Aún no. Quiero escucharte.

Asintió, tomó el termómetro y dijo:

—Aleron LaFortier está muerto.

Se colocó el termómetro en la boca, sospecho que con la intención de matarme con el suspense. Me resistí dedicándome a reflexionar sobre las implicaciones de aquello.

LaFortier era miembro del Consejo de Veteranos, siete de los magos más ancianos y capaces del planeta, los que controlaban el Consejo Blanco y mandaban sobre los centinelas. Era (había sido) delgado, calvo y un capullo santurrón. Yo en aquel momento llevaba una capucha puesta, así que no podía estar seguro, pero sospechaba que su voz había sido la primera del Consejo de Veteranos en declararme culpable durante mi juicio, y había argumentado en contra de que me indultaran por mis crímenes. Era un firme partidario del Merlín, el líder del Consejo, el cual a su vez estaba empeñado en ir contra mí.

En resumen, un tipo genial.

Sin embargo, también había sido uno de los magos mejor protegidos del mundo. Los miembros del Consejo de Veteranos no solo eran peligrosos por sí mismos, sino que además estaban custodiados por destacamentos de centinelas. Los intentos de asesinato habían sido más o menos habituales durante la guerra contra los vampiros, y los centinelas habían llegado a ser muy muy buenos protegiéndolos.

Até cabos a partir de ahí.

—Un trabajo interno —dije en voz baja—. Como el que mató a Simon en Arcángel.

Morgan asintió.

—¿Y te culpan a ti? —pregunté.

Asintió de nuevo y se sacó el termómetro de la boca. Le echó un vistazo y me lo pasó. Lo consulté. Treinta y siete y pico, y subiendo.

Busqué su mirada.

—¿Lo hiciste?



—No.

Resoplé. Lo creía.

—¿Por qué te han acusado?

—Porque me encontraron de pie junto al cuerpo de LaFortier con el arma homicida en la mano —contestó—. Además, apareció una cuenta bancaria a mi nombre, recién creada y con varios millones de dólares en ella, aparte de unos registros telefónicos que mostraban que tenía contacto habitual con un agente conocido de la Corte Roja.

Levanté una ceja.

—Vaya. Qué irracional por su parte llegar a esa conclusión.

Morgan torció la boca en una pequeña sonrisa amarga.

—¿Cuál es tu versión? —le pregunté.

—Me fui a la cama hace dos noches. Me desperté en el estudio privado de LaFortier en Edimburgo con un chichón detrás de la cabeza y una daga ensangrentada en la mano. Simmons y Thorsen irrumpieron en la habitación unos quince segundos más tarde.

—Te tendieron una trampa.

—Por completo.

Exhalé despacio.

—¿Tienes alguna prueba? ¿Una coartada? ¿Algo?

—Si así fuese —respondió—, no habría tenido que escapar del arresto. En cuanto me di cuenta de que alguien había hecho tantos esfuerzos para cargarme con la culpa, supe que mi única oportunidad... —La tos lo interrumpió.

—Era encontrar al verdadero asesino —acabé la frase por él.

Le volví a pasar el agua, dio unos cuantos sorbos casi atragantándose y se fue relajando poco a poco.

Unos minutos después me miró, exhausto.

—¿Vas a entregarme?

Lo observé un rato en silencio, luego suspiré.

—Sería mucho más sencillo.

—Sí —dijo.

—¿Seguro que te iban a ejecutar?

Su expresión se volvió incluso más lejana de lo habitual. Asintió.

—Lo he visto suficientes veces.

—Así que podría dejarte tirado.

—Podrías.

—Pero si hiciera tal cosa, no encontraríamos al traidor. Y puesto que tú morirías en su lugar, él quedaría libre para seguir actuando. Moriría más gente, y la siguiente persona a la que le tendería una trampa...

—Podrías ser tú —terminó él.

—¿Con mi suerte? —dije, sombrío—. No podría. Sería.

Aquella sonrisa amarga reapareció por un segundo en su rostro.

—Estarán usando hechizos de seguimiento para localizarte —continué—. Supongo que has empleado alguna medida para contrarrestarlos, porque si no ya estarían en la puerta.

Asintió.

—¿Cuánto va a durar? —pregunté.

—Cuarenta y ocho horas. Sesenta como mucho.

Afirmé despacio con la cabeza, pensativo.

—Estás con fiebre. Tengo algunos medicamentos guardados. Te los traeré. Con suerte podremos impedir que vaya a peor.

Volvió a asentir, y sus ojos hundidos se cerraron de nuevo. Se le habían agotado las pilas. Lo contemplé un instante, luego me di la vuelta y empecé a coger mis cosas.

—Mantenlo vigilado, chico —le dije a Ratón.

El perrazo se echó en el suelo junto a la cama.

Cuarenta y ocho horas. Disponía de casi dos días para identificar al traidor del Consejo Blanco, algo que nadie había sido capaz de hacer durante estos últimos años. Después de eso, Morgan sería localizado, juzgado y ejecutado. Y su cómplice, vuestro amigo y vecino Harry Dresden, sería el siguiente.

Nada motiva tanto como una fecha límite.

Sobre todo si el límite es la muerte.

### 3

Me monté en mi viejo y destartalado Volkswagen, el poderoso Escarabajo Azul, y salí a buscar mi alijo de medicamentos.

El problema con la caza del traidor del Consejo Blanco era simple: como las filtraciones habían sido muy específicas, había un número limitado de personas que podían haber poseído tal información. El grupo de sospechosos era condenadamente pequeño. Se podía decir que todos eran miembros del Consejo de Veteranos, y los que pertenecían a él eran intachables.

En cuanto alguien acusara a uno de ellos, las cosas se complicarían, y rápido. Si se señalaba a un inocente, este reaccionaría igual que Morgan. Sabiendo que la justicia del Consejo era ciega, en especial para cosas tan molestas como la verdad, no tendría otra alternativa que resistirse.

Un mago joven y problemático como yo rebelándose contra el sistema era una cosa. Que lo hiciera uno de los pesos pesados del Consejo de Veteranos, otra completamente distinta. Todos sus miembros poseían muchos contactos en el Consejo Blanco. Todos ellos tenían siglos de experiencia y habilidades suficientes como para acumular enormes cantidades de fuerza bruta. Si uno de ellos se resistía, sería mucho más que tan solo negarse a ser arrestado.

Sería una lucha interna como el Consejo Blanco no había conocido jamás.

Sería una guerra civil.

Y, en estas circunstancias, no se me ocurría nada más desastroso para el Consejo. El equilibrio de poder entre las naciones sobrenaturales siempre era algo precario, y nosotros apenas habíamos podido mantenerlo durante la guerra contra las cortes vampíricas. Ambos bandos estábamos ahora recobrando fuerzas, aunque los vampiros podían reemplazar sus pérdidas mucho más rápido que nosotros. Si el Consejo se dispersaba en estos momentos por culpa de peleas internas, a nuestros enemigos de repente les entraría hambre.

Morgan había hecho bien en huir. Conocía lo suficiente al Merlín como para saber que ni siquiera parpadearía si tuviese que sacrificar a un hombre inocente para mantener unido al Consejo, y mucho menos a alguien que podría ser culpable de verdad.

Mientras tanto, el auténtico traidor aplaudiría, feliz. Uno de los miembros del Consejo de Veteranos ya había caído, y si el Consejo al completo no implosionaba en los próximos días, se llenaría aún más de paranoia y desconfianza cuando ejecutasen al líder guerrero más capaz y consumado de los centinelas. Todo lo que tendría que hacer el traidor sería reiniciar y repetir, con pequeñas variaciones, hasta que tarde o temprano algo se rompiese.

Yo solo disponía de una oportunidad. Tenía que encontrar al culpable y debía acertar a la primera, y de una manera irrefutable.

«Fue el coronel Rubio, en el despacho, con la tubería de plomo».

Ahora todo lo que necesitaba era una pista.

Sin presión, Harry.

Mi medio hermano vivía en un apartamento de los caros situado en el límite mismo de Gold Coast, una zona de Chicago donde reside un montón de gente con un montón de dinero. Thomas llevaba una *boutique* exclusiva especializada en esa clase de clientela rica dispuesta a pagar un par de cientos de dólares por cortarse y secarse el pelo. A él le iba bien, a juzgar por lo costoso del lugar donde vivía.

Aparqué a varias manzanas al oeste de su apartamento, donde las tarifas no eran tan Gold Coast, caminé hasta su edificio y llamé al timbre. No respondió nadie. Miré el reloj del vestíbulo, me crucé de brazos, apoyado en la pared, y esperé a que volviera de trabajar.

Su coche entró en el aparcamiento del edificio unos minutos después. Había sustituido el enorme Hummer que nos habíamos apañado para destrozar por un coche nuevo absurdamente caro. Un Jaguar repleto de adornos brillantes y dorados. Por supuesto, de un color blanco puro. Me quedé por allí, esperando a que llegase al portal.

Lo hizo un minuto más tarde. Medía poco menos de un metro ochenta de altura, vestía unos pantalones de cuero azul oscuro como la noche y una camisa blanca de seda de mangas amplias. Su cabello era negro, oscuro también como la noche supongo que para ir a juego con los pantalones, y le caía en ondas por los hombros. Tenía ojos grises, dientes más blancos que el Ku Klux Klan y una cara que había sido hecha para las revistas de moda. Su cuerpo también. Thomas hacía que todos los espartanos de aquella película pareciesen unos enclenques, y eso sin siquiera usar un espray.

Levantó las cejas al verme.

—‘Arry —me dijo con ese acento francés espantosamente perfecto que usaba en público—. Buenas tardes, *mon ami*.

Saludé con la barbilla.

—Ey. Tenemos que hablar.

Su sonrisa se desvaneció en cuanto captó mi tono y mi lenguaje corporal. Asintió.

—Por supuesto. Cómo no.

Subimos a su apartamento. Estaba impecable como siempre, con sus muebles caros, modernos y, oh, tan *fashion*, con un montón de acabados en níquel pulido para demostrarlo. Entré, apoyé mi bastón en el marco de la puerta y me despatarré en uno de los sofás. Me quedé mirando mi asiento.

—¿Cuánto has pagado por esto? —le pregunté.

Abandonó su acento.

—Más o menos lo que tú por el Escarabajo.

Negué con la cabeza y traté de encontrar una manera cómoda de sentarme.

—Por todo ese dinero, cualquiera pensaría que podrían permitirse más

almohadones. Me he sentado en alambradas más confortables.

—Eso es porque en realidad no está hecho para que nadie se siente en él —respondió Thomas—. Está hecho para enseñar a la gente lo rico y moderno que es uno.

—Compré uno de mis sofás en un mercadillo por treinta pavos. Tiene cuadros naranjas y verdes, y es complicado no quedarse dormido en él cuando te sientas.

—Es muy tú —dijo, sonriendo, mientras iba a la cocina—. Esto, en cambio, es muy yo. O muy de mi personaje, más bien. ¿Cerveza?

—Solo si está fría.

Regresó con un par de botellas de color marrón oscuro con su correspondiente capa de escarcha y me pasó una. Las abrimos, brindamos y se sentó en la silla frente al sofá mientras bebíamos.

—Vale —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Problemas —contesté.

Le conté lo de Morgan.

Frunció el ceño.

—Por la noche vacía, Harry. ¿Morgan? ¡¿Morgan?! ¿Estás mal de la cabeza?

Me encogí de hombros.

—No creo que él lo hiciera.

—¿A quién le importa? Si estuvieses ardiendo, Morgan no cruzaría la calle ni para mearte encima —dijo, molesto—. Por fin recibe lo que se merece. ¿Por qué deberías tú siquiera mover un dedo?

—Porque no creo que él lo hiciera —repetí—. Además, no te has parado a pensarlo bien.

Thomas se echó hacia atrás en la silla y me miró con los ojos entrecerrados mientras daba un sorbo a su cerveza. Hice lo mismo y dejé que lo meditara en silencio. No había nada que funcionase mal en su cerebro.

—De acuerdo —admitió a regañadientes—. Se me ocurren un par de razones por las que querrías encubrir su culo homicida.

—Necesito los suministros médicos que te pedí que guardaras.

Se levantó y fue al armario del vestíbulo. Estaba lleno hasta los topes de todo tipo de productos para el hogar, de esos que se acumulan cuando vives en un sitio durante cierto tiempo. Sacó una caja de herramientas blanca con una cruz roja en el lateral y, con calma, atrapó una pelota de *softball* que había rodado del estante superior antes de que lo golpease en la cabeza. Cerró todo de nuevo, cogió una pequeña nevera portátil del frigorífico y la dejó junto al botiquín a mi lado, en el suelo.

—Por favor, no me digas que esto es lo único que puedo hacer.

—No. Hay algo más.

Abrió las manos en un gesto expectante.

—¿Y bien?

—Me gustaría que averiguaras lo que saben las cortes vampíricas acerca de la

cacería. Y necesito que lo hagas con discreción.

Me miró a los ojos un segundo, y entonces exhaló despacio.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Tengo que saber más sobre lo que está ocurriendo. No puedo preguntar a mi gente. Y si ciertas personas se enteran de que andas por ahí indagando, alguien atará cabos y dirigirá su atención hacia Chicago.

Mi hermano el vampiro se quedó inmóvil por completo durante un momento. No es algo que los humanos seamos capaces de hacer. Todo en él, incluida la sensación de su presencia en el apartamento, simplemente... se detuvo. Me sentí como si estuviese delante de una figura de cera.

—Estás pidiéndome que involucre a Justine en esto —dijo.

Justine era la chica que había estado dispuesta a entregar su propia vida por mi hermano. Y por la que él casi se había matado a sí mismo para protegerla. «Amor» no bastaba para describir lo que había entre ellos. «Roto» tampoco.

Mi hermano era un vampiro de la Corte Blanca. Para él, el amor dolía. Thomas y Justine ni siquiera podían estar juntos.

—Es la asistente personal de la líder de la Corte Blanca —dije—. Si alguien está bien situada para averiguar algo, es ella.

Se levantó con un movimiento demasiado rápido para ser del todo humano y caminó de un lado a otro, alterado.

—Ya se está exponiendo demasiado al darte información sobre las actividades de la Corte Blanca cuando le resulta seguro hacerlo. No quiero que corra más riesgos.

—Lo entiendo —dije—, pero situaciones como esta son la única razón por la que se infiltró desde un principio. Este es justo el tipo de cosas que quería hacer cuando se implicó.

Thomas negó con la cabeza en silencio.

Suspiré.

—Mira —dije—, no le estoy pidiendo que desactive el rayo tractor, rescate a la princesa y escape a la cuarta luna de Yavin. Solo necesito saber qué ha oído y qué puede averiguar sin que se descubra su tapadera.

Caminó durante otro medio minuto o así antes de detenerse y mirarme con dureza.

—Prométeme algo primero.

—¿Qué?

—Prométeme que no la expondrás a más peligros que aquellos en los que ya está. Prométeme que no usarás información que permita que lleguen hasta ella.

—Maldita sea, Thomas —dije, fatigado—, eso simple y llanamente no es posible. No hay manera de saber con exactitud qué información se podrá usar de forma segura, y tampoco hay manera de saber qué partes de los datos pueden ser señuelos.

—Prométemelo —insistió, enfatizando cada sílaba.

Sacudí la cabeza.

—Te prometo que haré absolutamente todo lo que esté en mi poder para mantener a salvo a Justine.

Apretó la mandíbula varias veces. Mi promesa no le satisfacía. O tal vez sería más apropiado afirmar que la situación en sí no le satisfacía. Sabía que no le podía garantizar por completo su seguridad y sabía que le había ofrecido todo de lo que era capaz.

Respiró lenta y profundamente.

Luego asintió.

—De acuerdo —dijo.



Cinco minutos después de marcharme del apartamento de Thomas me di cuenta de que, por puro instinto, cada pocos segundos miraba por el espejo retrovisor. Reconocí la tensión silenciosa que me recorría. Algo me decía que me estaban siguiendo.

Por supuesto, se trataba solo de una intuición, pero, ey, hola, soy mago. Mis instintos se habían ganado la suficiente credibilidad como para que les hiciera caso. Si me decían que me estaban siguiendo, era el momento de vigilar mis espaldas.

Que alguien fuese detrás de mí no tenía por qué estar relacionado con el asunto de Morgan. Es decir, no tenía por qué estarlo obligatoriamente, ¿verdad? Sin embargo, no había sobrevivido a un montón de bolas peludas y feas por ser siempre un poco cortito. Muchas veces quizá, pero no todas. Sería un idiota si asumiera que mi repentina compañía no tenía que ver con ello.

Giré un par de veces al azar, pero no identifiqué ningún vehículo que me estuviese siguiendo. Eso no tenía por qué significar nada. Un buen equipo de vigilancia, bien coordinado, podría seguir a su objetivo y ser poco menos que invisible, sobre todo de noche, cuando los coches no son más que pares de luces idénticas. Que no los pudiese ver no significaba que no estuvieran allí.

Se me erizaron los pelos de la nuca y noté cómo los hombros se me iban tensando con cada semáforo que pasaba.

¿Y si mi perseguidor no iba en coche?

Mi imaginación me obsequió enseguida con imágenes de innumerables horrores alados que planeaban en silencio con sus alas de murciélago por encima de las luces de la ciudad y se preparaban para lanzarse en picado sobre el Escarabajo Azul y desgarrarlo hasta no dejar más que virutas de metal. Las calles estaban muy concurridas, como casi siempre en esta parte de Chicago. Maldita sea, era un lugar demasiado público como para que alguien atacase, pero eso no lo descartaba como posibilidad. Me había pasado antes.

Me mordisqueé el labio inferior y pensé. No podía volver a mi apartamento hasta que estuviese seguro de que me había librado de quien me seguía. Y, para hacer eso, primero debía localizarlo.

No iba a sobrevivir a los dos próximos días sin correr algunos riesgos. Supuse que no era mal momento para empezar.

Inspiré hondo, concentré mis pensamientos y parpadeé despacio una vez. Cuando volví a abrir los ojos, lo hice trayendo con ellos mi visión de mago.

La visión de mago, la habilidad para percibir el mundo circundante como un amplio espectro de fuerzas que interaccionan entre sí, es un don peligroso. Se lo llame visión espiritual, visión interior o tercer ojo, te permite percibir cosas con las que de otro modo nunca podrías tratar. Te enseña el mundo como es de verdad, te muestra cómo la materia se entrelaza con todo un universo de energía. De magia. La

visión puede mostrarte una belleza que haría llorar de humildad a los propios ángeles, y terrores que la Cabra Negra de los Bosques con un Millar de Retoños no se atrevería a incluir en las historias que cuenta a sus niños cuando se van a dormir.

Veas lo que veas, lo bueno, lo malo, lo que te lleva a la locura, se queda contigo para siempre. No puedes olvidarlo jamás, y el tiempo no difumina su recuerdo. Es tuyo. De forma permanente.

Los magos que van por ahí usando su visión así porque sí terminan pirados.

Mi tercer ojo me mostró Chicago en su auténtica forma, y por un segundo pensé que me había teleportado a Las Vegas. La energía corría a través de las calles, los edificios, la gente. Se mostraba como delgados filamentos de luz que iban en una dirección o en otra, zambulléndose dentro de objetos sólidos y saliendo por el otro lado sin detenerse. Las energías que circulaban a través de edificios grandes y antiguos eran estables y sólidas, inmóviles como las calles de la ciudad. Pero el resto, las energías aleatorias generadas por los pensamientos y emociones de ocho millones de personas, no seguían plan alguno y transitaban por todas partes como colores frenéticos, caóticos, chillones.

Nubes de emociones se entremezclaban con chispas oscilantes sobre fogatas de ideas. Corrientes pesadas de pensamiento profundo fluían despacio bajo gemas de alegría que ardían y bailaban. El lodo de las emociones negativas se aferraba a las superficies, tiñéndolas de oscuro, mientras burbujas frágiles de sueños flotaban felices hacia estrellas de caleidoscopio.

Mierda. Apenas podía «ver» las líneas de la calzada a través de todo aquello.

Eché un vistazo por encima del hombro y distinguí con claridad a los ocupantes de los coches que tenía detrás. Eran formas blancas brillantes mezcladas con otros colores que cambiaban con los pensamientos, estados de ánimo y personalidades. Si hubiese estado más cerca habría podido distinguir más detalles, aunque habrían estado sometidos a mi propia interpretación subconsciente. Sin embargo, incluso a esa distancia pude comprobar que todos ellos eran mortales.

Eso en cierto modo era un alivio. Sería capaz de distinguir a un mago lo bastante fuerte como para ser un centinela. Si quien me estaba persiguiendo era una persona normal, entonces era casi seguro que los centinelas no habían localizado a Morgan aún.

Miré hacia arriba y...

El tiempo se detuvo.

Intentad imaginar el hedor de la carne podrida. Imaginad el latido lánguido, arrítmico, de un cadáver lleno de gusanos. Imaginad el olor de un cuerpo sucio mezclado con el del moho, el sonido de unas uñas arañando una pizarra, el sabor de la leche podrida, el regusto de la fruta pasada.

Ahora imaginad que vuestros ojos pueden experimentar esas cosas, todas a la vez, con un nivel de detalle insoportable.

Eso fue lo que vi.

Una masa capaz de revolver el estómago, de provocar pesadillas, resplandeciendo como la luz de un faro sobre uno de los edificios por encima de mí. Podía distinguir de manera difusa una forma física detrás de aquello, pero era como si intentase mirar a través de un pozo de aguas residuales. Fui incapaz de obtener ningún detalle tras la bruma de maldad absoluta que lo rodeaba según saltaba de la azotea de un edificio a otro, moviéndose lo bastante rápido como para mantener mi velocidad.

Alguien gritó. Vagamente, me di cuenta de que quizá era yo. Mi coche chocó con algo que hizo que chirriara. Se sacudió arriba y abajo. Bum. Bum. Me había salido de la calzada. Por los movimientos del volante noté cómo las ruedas delanteras patinaban y pisé el freno, aún gritando, mientras luchaba por intentar cerrar mi tercer ojo.

Lo siguiente que recuerdo son los cláxones de los coches atronando en una sinfonía de impaciencia.

Estaba sentado en mi asiento, aferrado al volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El motor se había parado. A juzgar por la humedad en mis mejillas, debía de haber llorado. A menos que hubiese empezado a echar espuma por la boca, lo cual pensé que era muy posible.

Estrellas y piedras. ¿Qué, en nombre del cielo, era esa cosa?

Solo tratar de pensar en ella hacía que su recuerdo volviera con todo aquel espantoso horror. Me encogí, cerré los ojos y apreté los párpados, sujetándome fuerte contra el volante. Podía sentir cómo me temblaba todo el cuerpo. No sé cuánto tiempo estuve luchando por apartar de mí aquella imagen. Cuando lo conseguí, todo permanecía igual, solo que sonaba más fuerte.

El reloj seguía avanzando, y no podía permitirme el lujo de que la policía me detuviese por pensar que conducía borracho. Y aquello era justo lo que iba a pasar si no me movía de allí. Eso asumiendo que no me hubiese cargado el coche. Respiré hondo y me concentré en no pensar en aquella aparición...

La vi de nuevo.

Cuando volví en mí, me había mordido la lengua y tenía la garganta seca. Temblaba más aún.

Me era imposible conducir. No estando así. Un despiste y podría matar a alguien en un accidente. Pero tampoco podía quedarme en ese lugar.

Moví el Escarabajo hasta la acera, donde al menos estaría fuera de la calzada. Salí del coche y empecé a alejarme. La grúa tardaría apenas tres con cinco milisegundos en llevárselo, pero por lo menos yo no estaría cerca para que me detuviesen.

Caminé dando tumbos por la acera y deseando que mi perseguidor, esa aparición, no estuviera...

Miré arriba de nuevo y me encogí en el suelo, con los músculos doloridos por tanta tensión. La gente daba un rodeo para esquivarme y me lanzaba miradas nerviosas de reojo. Me sentía tan débil que no estaba seguro de que pudiese mantenerme en pie.

Necesitaba ayuda.

Miré las señales con los nombres de las calles en la esquina más cercana y mantuve la mirada fija en ellas hasta que mi apaleado cerebro al fin comprendió dónde estaba.

Me levanté, obligándome a apoyarme en mi bastón para mantenerme recto, y cojeé lo más rápido que pude. Empecé a calcular números primos según caminaba, concentrándome con tanta intensidad como haría con un hechizo.

—Uno —murmuré a través de mis dientes apretados—. Dos. Tres. Cinco. Siete. Once. Trece...

Me arrastré a través la noche, demasiado aterrorizado como para pensar siquiera en lo que podría estar viniendo a por mí.

Había contado hasta el dos mil doscientos treinta y nueve cuando llegué a la casa de Billy y Georgia.

La vida había cambiado para los jóvenes hombres lobo desde que Billy se había graduado y obtenía buenos ingresos como ingeniero. Sin embargo, no se habían mudado del apartamento en el que habían vivido durante la universidad. Georgia aún estaba estudiando, algo relacionado con la psicología, y ambos estaban ahorrando para comprarse una casa. Mejor para mí. No habría podido caminar hasta la periferia.

Fue Georgia quien abrió la puerta. Era una mujer alta, delgada y esbelta. Vestida con camiseta y *shorts* largos y sueltos, tenía más aspecto de inteligente que de niña bonita.

—Dios mío —dijo cuando me vio—. Harry.

—Ey, Georgia —dije—. Dos mil doscientos... eh... cuarenta y tres. Necesito una habitación oscura y tranquila.

Parpadeó.

—¿Qué?

—Dos mil doscientos cincuenta y uno —respondí, muy serio—. Y envía la loboseñal. Vas a querer que la manada esté aquí. Dos mil doscientos... eh... sesenta y... siete.

Se apartó de la puerta para dejarme pasar.

—Harry, ¿de qué estás hablando?

Entré.

—Dos mil doscientos sesenta y... no divisible entre tres... sesenta y nueve. Necesito una habitación oscura. Tranquila. Protección.

—¿Te está persiguiendo alguien? —dijo.

Incluso con la ayuda de Eratóstenes, cuando Georgia me hizo esa pregunta y mi cerebro la respondió, no pude evitar que la imagen de aquella cosa invadiese mis pensamientos. Caí de rodillas, y habría acabado en el suelo si Billy no me hubiese sujetado antes. Era un hombre pequeño, quizá de metro sesenta, pero tenía el torso de un luchador profesional y se movía con la rapidez y precisión de un depredador.

—Habitación oscura —jadeé—. Llamad a la manada. Deprisa.

—Vamos —le dijo Georgia en voz baja pero urgente. Cerró la puerta y echó la llave, y luego la atrancó con un pesado travesaño de madera del tamaño de un banco de picnic que habían instalado ellos mismos—. Llévalo a nuestra habitación. Yo los llamaré.

—Hecho —respondió Billy.

Me cogió como si fuese un niño pequeño, sin apenas soltar un gruñido de esfuerzo. Me llevó a través del pasillo hasta una habitación oscura. Me tumbó en una cama, se dirigió hacia la ventana y bajó y echó el cierre de una pesada persiana de

seguridad de acero. Sin duda, otra modificación de la casa que él y Georgia habían instalado.

—¿Qué necesitas, Harry? —preguntó.

—Oscuro. Tranquilo. Explico luego.

Me puso una mano en el hombro.

—Bien.

Salió de la habitación sin hacer ruido y cerró la puerta. Me dejó en la oscuridad con mis pensamientos. Justo donde necesitaba estar.

—Vamos, Harry —murmuré para mí mismo—. Familiarízate con la idea.

Pensé en la cosa que había percibido con mi visión.

Dolió. Pero cuando recuperé la consciencia lo hice de nuevo.

Y otra vez. Y otra.

Sí, había visto algo terrible. Sí, era un horror abominable. Pero también había contemplado otras cosas con la visión.

Atraje esos recuerdos, todos ellos tan nítidos y recientes como el espanto que me oprimía. Había visto a buenas personas gritar y volverse locas bajo la influencia de la magia negra. Había visto los auténticos yoes de hombres y mujeres, buenos y malos. Había visto a gente matar... y morir. Había visto a las reinas de las hadas mientras se preparaban para la batalla y concentraban a su alrededor todo su temible poder.

Y maldito fuese yo si me rendía por culpa de tan solo otra cosa horrible más que no había hecho sino saltar de un tejado a otro.

—Vamos, *pringao* —le espeté a mi recuerdo—. Al lado de los otros, no eres más que una copia barata.

Hice que me golpease una y otra vez mientras llenaba mi mente con cada cosa horrible y hermosa que había presenciado alguna vez con la visión. Y, según lo hacía, me concentraba en lo bueno que había logrado, maldita sea. Recordé a los seres que había combatido y derrotado. Recordé las fortalezas llenas de pesadillas y horrores que había invadido, las puertas oscuras que había derribado a patadas. Recordé los rostros de los prisioneros que había liberado y los funerales de aquellos a los que no había podido salvar a tiempo. Recordé el sonido de las voces y de las risas, la alegría de los seres queridos a los que había reunido, las lágrimas de los que se habían perdido y las de los desconsolados.

Hay cosas malas en el mundo. No hay forma de evitarlo. Pero eso no significa que no se pueda hacer nada. No puedes renunciar a la vida solo porque te da miedo o porque a veces te hace daño.

El recuerdo de aquella cosa dolía como el infierno, pero el dolor no era ni especial ni nuevo para mí. Había vivido con él antes y lo volvería a hacer. No era lo primero que había contemplado con mi visión y no sería lo último.

No iba a rendirme y a morir.

Los recuerdos me golpeaban como una maza. Me hundieron en la negrura. Cuando logré volver en mí, estaba sentado sobre la cama con las piernas cruzadas.

Mis manos estaban apoyadas sobre las rodillas. Mi respiración era lenta y pesada, rítmica. Mi espalda estaba recta. Mi cabeza palpitaba y dolía, pero no me mataba.

Miré alrededor, por la habitación. Estaba oscura, pero había permanecido allí lo suficiente como para que mis ojos se adaptaran a la poca luz que se filtraba por debajo de la puerta. Podía verme en el espejo del armario, erguido y relajado. Me había quitado el abrigo y llevaba a la vista una camiseta negra que decía «PREFECCIONISTA» en letras pequeñas y blancas. Se veían invertidas en el espejo. De cada fosa nasal me salía un hilillo fino y oscuro de sangre, ya seco sobre el labio. Podía notar el sabor de la sangre en la boca, sin duda donde me había mordido la lengua antes.

Pensé de nuevo en mi perseguidor, y su imagen me hizo temblar. Pero eso fue todo. Seguí respirando lenta y firmemente.

Ese era el lado bueno de ser humano. En general somos adaptables. Ciertamente, nunca iba a poder deshacerme del recuerdo de aquel ente espantoso o de cualquiera de los otros que había vislumbrado con mi visión, así que, si mi memoria no podía cambiar, tendría que hacerlo yo. Podría acostumbrarme a ver ese tipo de horrores, al menos lo bastante como para seguir siendo un ser racional. Personas mejores que yo lo habían logrado.

Morgan, por ejemplo.

Temblé de nuevo, y esta vez no por culpa de mi recuerdo. Sabía lo que significaba que te obligasen a vivir con cosas espeluznantes como esa. Te cambiaban. Puede que no de golpe. Puede que no te convirtiesen en un monstruo. Pero yo ahora estaba marcado, y lo sabía.

¿Cuántas veces me sucedería algo así antes de que empezara a transformarme yo mismo en algo aterrador solo para sobrevivir? Como mago, aún era joven. ¿Cómo terminaría después de décadas o siglos de negarme a apartar la mirada?

Preguntadle a Morgan.

Me levanté y fui al baño que había en la habitación. Encendí las luces y pestañee cuando casi me destrozaron los ojos. Me lavé la sangre de la cara y limpié con mucho cuidado el lavabo. En mi profesión, no dejas tu propia sangre donde otros puedan encontrarla.

Me puse el abrigo y salí del dormitorio.

Billy y Georgia se encontraban en el salón. Billy estaba junto a la ventana que daba a la diminuta terraza. Georgia hablaba por teléfono.

—No veo nada ahí fuera —dijo Billy—. ¿Está seguro?

Georgia murmuró algo en el auricular.

—Sí. Está seguro de que dio un rodeo en esta dirección. Debería estar a la vista desde ahí.

—No lo está —dijo Billy. Miró por encima de su hombro—. Harry, ¿te encuentras bien?

—Sobreviviré —respondí. Caminé hacia la ventana—. Me ha seguido hasta aquí,



¿eh?

—Hay algo fuera —dijo Billy—, algo con lo que no nos hemos topado antes. Ha estado jugando al escondite con Kirby y Andi durante una hora. No pueden atraparlo, ni siquiera llegar a verlo bien.

Le dirigí una mirada inquisitiva. No había muchas cosas que pudiesen escabullirse de los hombres lobo cuando actuaban juntos. Los lobos son condenadamente perceptivos y rápidos, y Billy y compañía llevaban operando en Chicago casi tanto tiempo como yo. Sabían cómo manejarse. De hecho, en los últimos meses había enseñado algo de humildad a mi aprendiz dejando que probara sus hechizos de velo contra ellos. La habían cazado al instante. Siempre.

—Así que, sea lo que sea lo que está ahí fuera, no es humano —dije—. No si es capaz de evitar a Kirby y a Andi. —Miré hacia el exterior a través de la ventana a la vez que Billy—. Y puede usar un velo para no ser visto.

—¿Qué es? —preguntó Billy en voz baja.

—No lo sé, pero algo muy malo. —Me volví hacia Georgia—. ¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate?

Ella comprobó su reloj.

—Ochenta y dos minutos.

Asentí.

—Tiempo de sobra para tratar de entrar, si hubiese querido. —Sonreí, tenso. Tuve una pequeña náusea de asco—. Está jugando conmigo.

—¿Qué? —dijo Billy.

—Está paseándose delante de nosotros, escondido bajo un velo. Está retándome a que use mi visión para localizarlo.

Hubo un sonido en el exterior. Un grito. Fue corto y agudo, lo bastante alto como para que las ventanas temblasen. Jamás antes había oído nada como aquello. Se me erizaron los pelos de la nuca. Una reacción instintiva. Mi instinto había estado percibiendo bien a aquella cosa hasta entonces, así que confié en él cuando me dijo algo más. Ese grito era una declaración de intenciones. La caza había comenzado.

Un momento después, todas las luces que estaban a la vista estallaron en una lluvia de chispas. La oscuridad se tragó varios bloques de edificios de la ciudad.

—¡Diles a Andi y a Kirby que vuelvan al apartamento! —grité a Georgia. Cogí mi bastón de donde estaba apoyado, en la pared junto a la puerta—. Billy, vienes conmigo. Ponte el uniforme.

—¿Harry? —preguntó Georgia, confundida.

—¡Ahora! —grité mientras quitaba la barra de la puerta.

Según llegaba al final de las escaleras, oí un impacto fuerte y controlado. Un lobo de pelo marrón oscuro como el de Billy había aterrizado junto a mí. Era una bestia enorme, tan pesada como Ratón, pero más alta y esbelta. Un lobo como el mundo rara vez había visto desde la última glaciación. Abrí de un portazo y dejé que Billy se me adelantara. Saltó por encima de un coche aparcado, y me refiero a que lo saltó

entero, a lo largo, y salió disparado hacia los edificios de la parte trasera del complejo.

Billy había estado en contacto con Andi y Kirby, así que sabía sus posiciones aproximadas. Lo seguí, bastón en mano, concentrando mi voluntad. No estaba seguro de qué había ahí fuera, pero quería estar preparado.

Kirby apareció tras la esquina norte del otro edificio, corriendo con un móvil pegado a la oreja. Era un chaval desgarrado y de cabello oscuro con unos pantalones de deporte y una camiseta holgada. La pantalla del móvil iluminaba la mitad de su cara como un foco en miniatura. Comprobé de inmediato la parte sur del edificio y distinguí una forma ensombrecida y peluda que doblaba la esquina al trote. Andi, en su forma de lobo, como Billy.

Un momento.

Si ese lo-que-quiera-que-fuese había fundido las luces de los alrededores, ¿cómo demonios había sobrevivido el móvil de Kirby al maleficio? La magia y los aparatos tecnológicos no eran una buena combinación, y los dispositivos más sofisticados eran los que se estropeaban más rápido. Los móviles eran como esos tíos de seguridad que llevaban camisetas rojas en la vieja *Star Trek*. En cuanto pasaba algo, eran los primeros en caer.

Si esa criatura se había cargado las luces, debería haber afectado al teléfono también. A menos que no hubiese querido.

Kirby era la única forma iluminada que había a la vista. Un blanco perfecto.

Cuando llegó el ataque, llegó rápido.

Se produjo una ondulación en el aire, como si algo que se moviera dentro de un velo cruzara entre la luz del teléfono de Kirby y yo. Hubo un rugido violento y el móvil salió volando. Kirby desapareció en las sombras.

Billy corrió hacia allí a la vez que yo me arrancaba del cuello el amuleto del pentáculo de plata y lo alzaba, invocando con mi voluntad la luz de mago azul plateada. La iluminación inundó el área entre los edificios del complejo.

Kirby estaba caído boca arriba en medio de una mancha negra que solo podía ser sangre. Billy se encontraba agachado sobre de él, mostrando los dientes y gruñendo. De golpe se tiró hacia delante, lanzando dentelladas, y una distorsión en el aire frente a él saltó hacia arriba y luego hacia un lado. Yo me moví hacia ellos, pero con torpeza, como si estuviese nadando en crema de cacahuete. Percibí una cosa peluda con cuatro patas que esquivaba el ataque de Billy, una instantánea borrosa, como si la viese con el rabillo del ojo.

De repente Billy estuvo con el lomo contra el suelo, arañando con sus zarpas, rasgando salvajemente con sus colmillos, apresado por algo oscuro y enorme que lo inmovilizaba.

Andi, una loba de pelo rojo más pequeña y rápida que Billy, saltó en el aire y desgarró la espalda del atacante.

La criatura gritó de nuevo. Sonó más profundo que la vez anterior, reverberó más.

Se giró hacia Andi, tan veloz que apenas lo pude creer, y una de sus extremidades la golpeó y la envió volando contra un muro de ladrillo. Ella soltó un aullido de dolor. Se oyó un horrible ruido de rotura.

Alcé mi bastón. La furia, el terror y la determinación bramaron a través de él.

—¡*Forzare!* —grité.

Mi voluntad detonó en forma de una lanza de energía invisible que golpeó al ser. He volcado coches con impactos de fuerza como ese, pero aquella cosa apenas retrocedió. Dio una palmada en el aire con sus extremidades frontales y la ráfaga se deshizo contra ella en una lluvia de chispas rojas.

El choque de energías alteró su velo durante un segundo. Vi algo que parecía una mezcla de puma y oso, con un pelaje dorado, escaso y sucio. Debía de pesar cientos de kilos. Tenía colmillos demasiado grandes, garras manchadas de sangre y ojos de un amarillo brillante y enfermizo que de algún modo se parecían a los de un reptil.

Su boca gruñía y se deformaba de una manera en que ningún animal sería capaz, formando palabras, aunque no las entendí. Su silueta se retorció, cambió como si se volviese líquida y, en quizá medio segundo, había un puma más grande que cualquier león de montaña del que jamás hubiera oído hablar. Y corría hacia mí a la vez que se desvanecía entre las ondulaciones de colores de un velo.

Levanté mi mano izquierda y enfoqué mi voluntad en el brazalete que llevaba en él. El brazalete escudo, un trenzado de metales con amuletos colgados con forma de escudos medievales, era otra herramienta como el bastón. Un artefacto que me permitía concentrar de una manera más rápida y eficiente las energías que usaba.

Una semiesfera de luz blanca y azul brotó ante mí, y la criatura se estrelló contra ella como si fuese un muro de ladrillo. Bueno, más bien un muro de madera desvencijada. Sentí cómo el escudo cedía con el golpe de la criatura. Pero, al menos por un instante, lo había detenido.

Billy lo embistió con violencia.

El gran lobo oscuro lo pilló desprevenido, lo mordió con sus colmillos y pudo clavarlos con fuerza en algo. La criatura aulló, esta vez más de dolor que de furia, y se giró hacia Billy. Pero el líder de los hombres lobo oficiales de Chicago ya estaba retrocediendo, y saltó de lado para esquivar su contraataque.

La criatura era más rápida que él. Lo cazó, y vi que Billy se encogía por el golpe. Su pelaje se llenó de sangre, aunque se agazapó y mantuvo su posición...

... para que Georgia pudiera también embestirlo con violencia.

La forma de lobo de Georgia era de color marrón arenoso, más alta y ágil que la de Billy, y se movía con una precisión letal. Le hizo un desgarró a la criatura, obligándola a que se girase hacia ella... solo para que se tuviera que volver a girar cuando Billy la atacó por el flanco.

Blandí mi bastón, sincronisé mi ataque, apreté los dientes y grité de nuevo a la vez que le disparaba otra lanza de fuerza, apuntando a sus piernas. El impacto arrancó pedazos de asfalto y tiró a ese ser casi invisible al suelo, y de nuevo hizo que su velo

se alterase. Billy y Georgia corrieron hacia él para mantenerlo allí abajo, y yo invoqué más energía en mi bastón. Juré por Dios que mi siguiente disparo iba a reventar a aquel bicho.

Pero, una vez más, su forma se volvió líquida. De repente, un halcón con una envergadura mayor que mi coche salió disparado hacia arriba. Sus ojos amarillos de reptil brillaban. Se elevó en el aire, batió sus alas dos veces y se desvaneció en el cielo nocturno.

Me lo quedé mirando durante un segundo.

—Mierda.

Eché un vistazo a mi entorno, iluminado por la luz de mi amuleto, que oscilaba descontrolado, y corrí hacia Andi. Estaba inconsciente y de nuevo en forma humana. La de una pelirroja con un cuerpo de infarto. Un lado entero de ese cuerpo estaba hinchado y morado. Tenía rotos un brazo, un hombro y varias costillas, y su cara parecía tan dañada que me preocupó cómo estaría su cráneo. Respiraba, pero a duras penas.

El cambiaformas la había golpeado duro.

Georgia llegó a mi lado en su aspecto de lobo, con sus ojos, orejas y hocico muy alerta, rastreando a nuestro alrededor. Y encima de nosotros.

Volví la cabeza y vi a Billy, desnudo y de nuevo humano, agachado sobre Kirby. Levanté mi luz y avancé unos pasos hacia él para poder ver.

La garganta de Kirby había desaparecido. Simplemente desaparecido. Había un hueco en la carne tan ancho como mi mano y las vértebras asomaban al fondo. Los bordes de esa enorme herida estaban negros y deshechos, como si los hubiesen carbonizado. Sus ojos estaban vidriosos. Miraban fijos. Su sangre estaba por todas partes.

—Por todos los demonios —suspiré. Contemplé a aquel joven muerto, a aquel amigo, y negué con la cabeza con decisión—. Billy, vamos. Andi todavía está viva. No podemos dejarla aquí. Tenemos que refugiarla tras el umbral de vuestra casa y llamar a una ambulancia. Ahora.

Billy seguía agachado sobre Kirby, con el rostro contraído por la confusión y la rabia.

—¡Will! —grité.

Alzó la vista hacia mí.

—Andi —repetí—. Ayúdame a meterla dentro.

Asintió con brusquedad. Fuimos hacia ella. Pusimos mi guardapolvo en el suelo y la colocamos encima con todo el cuidado que pudimos. La levantamos y la llevamos de vuelta hacia el edificio de apartamentos. En las viviendas a nuestro alrededor, la gente estaba gritando. Habían empezado a aparecer linternas, velas y luces químicas. Sin duda, en unos minutos aparecerían sirenas también.

De algún lugar por encima de nosotros llegó un grito metálico, despectivo, con el mismo tono que habíamos oído antes aunque modulado diferente, por la garganta de

un ave.

—¿Qué era eso? —preguntó Billy con la voz apagada y pesada—. ¿Qué era esa cosa?

—No estoy seguro —respondí, respirando con dificultad. Georgia venía detrás de nosotros con mi bastón entre sus fauces—. Pero si es lo que creo que es, las cosas se van a poner mucho más feas.

Billy me miró, con la sangre de Kirby por toda la cara y las manos.

—¿Qué es, Harry?

—Una pesadilla nativa americana —dije. Lo miré, sombrío—. Un cambiapielos.

Georgia le dijo a los paramédicos que era la hermana de Andi, lo cual era cierto desde un punto de vista espiritual, supongo, y la acompañó en la ambulancia hasta el hospital. Los paramédicos parecían preocupados.

Los policías se habían organizado en torno al cuerpo de Kirby y estaban precintando la escena del crimen.

—Tengo que estar aquí —dijo Billy.

—Lo sé —respondí—. Debo resolver esto, Billy. No puedo quedarme. No puedo permitirme perder ni un minuto.

Asintió.

—¿Qué necesito saber sobre los cambiapielos? —preguntó.

—Son... Son pura maldad, tío. Les gusta hacer daño a la gente. Cambian de forma, claro, y cuanto más miedo les tienes más poderosos se hacen. Se alimentan del temor, literalmente.

Billy me observó.

—Es decir, que no me vas a contar nada más. Porque no me serviría de ayuda. Crees que me asustaría.

—Sabíamos que se encontraba allí, estábamos preparados para enfrentarnos a él, y viste lo que aun así pasó —dije—. Si nos hubiera tendido una auténtica emboscada, podría haber sido peor.

Enseñó los dientes.

—Lo teníamos —masculló, enfadado.

—Lo teníamos de momento. Solo fue una pequeña ventaja. Y él lo vio y fue lo bastante listo como para marcharse para poder volver más tarde. Todo lo que hemos hecho ha sido demostrarle que deberá tomarnos en serio si quiere matarnos. No tendremos otra oportunidad como esa. —Le puse una mano en el hombro—. Georgia y tú quedaos cerca de Andi. A esa cosa le gusta de verdad hacer daño a la gente, y le encanta más aún cazar presas heridas. Andi todavía está en peligro.

—Lo pillo —dijo en voz baja—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Averiguar por qué está aquí —respondí—. Hay en marcha un asunto del Consejo. Dios, no tenía intención de involucraros. —Me quedé mirando hacia el corrillo de policías que había alrededor del cadáver de Kirby—. No tenía intención de que sucediera esto.

—Kirby era una persona adulta, Dresden —dijo Billy—. Sabía lo que podía pasar. Él decidió estar aquí.

Lo cual era cierto. Pero no ayudaba. Kirby seguía estando muerto. Al principio no había sabido lo que era de verdad aquel cambiapielos aparte de una cosa horrible, pero eso no resolvía nada.

Kirby seguía estando muerto.

Y Andi... Dios, ni siquiera había pensado en eso. Andi y Kirby eran una pareja muy apegada. A ella se le iba a romper el corazón.

Eso si no moría también.

A Billy (imposible llamarlo Will) se le caían las lágrimas.

—No sabías que se nos iba a tirar encima así, tío. Todos te debemos la vida, Harry. Me alegro de que hayamos podido estar ahí para ayudarte. —Señaló con la cabeza hacia los policías—. Hablaré con ellos y luego iré con Georgia. Es mejor que te marches.

Intercambiamos apretones de manos. El suyo, duro por la tensión y la pena. Me despedí con un gesto y me marché. Las farolas volvieron a encenderse según salí por la puerta trasera del edificio de Will. Me metí por una calle pequeña y luego por un callejón que pasaba detrás de una librería en la cual ya no era bienvenido. Pasé por el punto exacto de ese callejón donde una vez casi había muerto y tuve un escalofrío. Ese día yo había esquivado por muy poco la guadaña.

Esta noche, Kirby no.

Mi cabeza no funcionaba como debería. Debería estar sintiendo algo. Maldición, debería estar furioso. Debería estar muerto de miedo. Algo. Pero no. Me parecía estar contemplando todo aquello desde un lugar frío y lejano, desde lo alto, muy atrás. Era, supuse, el efecto secundario de haberme expuesto a la auténtica forma del cambiapielos. O, más bien, el efecto de lo que había tenido que hacer para superarlo.

No me preocupaba que el cambiapielos pudiese saltar sobre mí en cualquier momento. Sí, claro que podría hacerlo, pero no así sin más. Los seres sobrenaturales como él tenían tanto poder que la propia realidad se retorcía a su alrededor por donde quisiera que fuesen, lo que provocaba unas cuantas consecuencias. Una era una especie de hedor psíquico que los acompañaba, la presencia que mi instinto había captado mucho antes de que ese ser hubiese estado en situación de hacerme daño de verdad.

Leed algunos cuentos tradicionales, de los que no hayan sido adornados por Disney y similares. Los de los hermanos Grimm, por ejemplo. No os contarán nada sobre los cambiapielos, pero os haréis una idea de cómo de oscuros pueden llegar a ser algunos de ellos.

Los cambiapielos son más siniestros aún. Tenéis que oír las historias de los navajos, los utes y otras tribus del sudoeste, pero tienen que ser las historias reales si queréis conseguir material jugoso de verdad. No hablan de ello a menudo porque el miedo genuino y cien por cien racional que inspiran esas historias solo hace más fuertes a esas criaturas. Menos aún hablan de ello con gente de fuera, porque los de fuera no tienen una base suficiente de folklore para saber cómo protegerse. Y porque nunca sabes si la persona a quien le estás contando esas historias tenebrosas podría ser un cambiapielos, uno que solo busca regodearse en un macabro sentido de la ironía. Sin embargo, yo llevo un tiempo ya en este mundillo y conozco a gente que conoce esas historias. Me han confiado algunas a plena luz del día mientras miraban

nerviosos alrededor, como si temiesen llamar la atención de un cambiapielos al desenterrar esos recuerdos tétricos.

Porque a veces ocurría.

Son así de maliciosos. Incluso la gente que conoce el peligro que suponen, los que saben mejor que nadie en el mundo cómo defenderse, no hablan de ellos.

Pero eso, en cierto modo, jugaba a mi favor. Caminar por un callejón oscuro en mitad de la noche en Chicago y toparme con el lugar en el que casi me habían hecho pedazos no era lo bastante terrorífico comparado con la presencia de un cambiapielos. Si las cosas se ponían macabras y tenebrosas, al estilo de un capítulo de *Historias del Más Allá*, sabía que estaba de verdad en problemas.

Solo con eso, la noche ya estaba resultando...

Una figura pequeña, vestida con una chaqueta de los Cubs, apareció tras la esquina al final del callejón. La luz de las farolas, que había vuelto hacia poco, brilló en el pelo rubio de la sargento Karrin.

—Buenas tardes, Dresden.

... complicada.

—Murph —respondí, rígido.

Murphy era sargento de la Unidad de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago. Cuando tenía lugar algún suceso sobrenatural y la policía se veía involucrada, Murphy a menudo contactaba conmigo para consultar mi opinión. La ciudad no quería oír hablar de cosas «imaginarias» como cambiapielos o vampiros. Solo querían que el problema desapareciese. Murphy y el resto de agentes de Investigaciones Especiales eran quienes tenían que encargarse de ello.

—Pago a un tipo del depósito para que mantenga echado el ojo a ciertos vehículos —dijo—. Le pago con botellas de cerveza de McAnally. Y el tipo va y me llama para decirme que han traído tu coche.

—Ya.

Murphy se puso a caminar a mi lado según doblé la esquina hacia la acera. Medía un metro cincuenta justo, con pelo rubio que le caía un poco más allá de los hombros y ojos azules. Era más mona que guapa, como la tía favorita de alguien. Probablemente lo fuese. Tenía una familia católica irlandesa muy grande.

—Entonces voy y oigo hablar de un corte de electricidad —siguió— y de un disturbio enorme en los mismos apartamentos donde viven tus amigos los hombres lobo. Oigo hablar de una chica que quizá no salga adelante y de un chico que no lo hizo.

—Sí —dije. Quizá soné un poco seco.

—¿Quién fue? —preguntó.

—Kirby.

—Dios —dijo Murphy—. ¿Qué pasó?

—Algo rápido y desagradable me estaba siguiendo. Los lobos se le echaron encima. Las cosas salieron mal.



Murphy asintió y se detuvo, y me di cuenta vagamente de que estábamos cerca de su Saturn (una versión más moderna del que había explotado), aparcado sin mayor preocupación frente a una boca de incendios. Fue hacia el maletero y lo abrió.

—Eché un vistazo a ese montón de piezas que llamas coche. —Sacó un botiquín médico y una nevera portátil y los sostuvo en alto—. Esto estaba en el asiento del pasajero. Pensé que sería por alguna razón.

Por todos los demonios. Con la confusión del ataque y sus consecuencias me había olvidado por completo de por qué había salido de casa. Lo cogí según me lo ofrecía.

—Sí, estrellas y piedras, sí, Murph. Gracias.

—¿Necesitas que te lleve? —me preguntó.

Había pensado coger un taxi, si acaso, pero me venía mejor no gastar dinero si no tenía que hacerlo. Ser mago podría ser sexy, pero no se pagaba tan bien como otras carreras más lucrativas. Por ejemplo, la de las fuerzas de la ley.

—Claro —respondí.

—Qué casualidad. Necesito respuestas a varias preguntas.

Abrió la puerta con una llave de verdad, no con ese pequeño lo-que-sea que lo hace por ti de forma automática apretando un botón. La mantuvo abierta para mí con un pequeño gesto galante, el mismo que yo había usado con ella millones de veces. Sin duda pensaba que se estaba burlando de mí al imitarme.

Sin duda tenía razón.

Este lío se estaba volviendo más complicado a cada minuto que pasaba, y yo no quería arrastrar a Murphy. Es decir, por Dios, los hombres lobo habían defendido bien su territorio durante mucho tiempo, y yo había logrado que se cargaran a la mitad de ellos solo un par de horas después del comienzo del caso. Murphy no se apañaría mucho mejor en esas aguas tan turbias en las que me estaba zambullendo.

Por otro lado, confiaba en ella. Confiaba en su buen juicio, en su habilidad para conocer sus límites. Había visto cómo cortaban en pedazos a policías cuando habían intentado jugar en una división por encima de la suya. Sabía cuándo no debía intentarlo. Y si decidía empezar a crearme complicaciones (y podía crearlas, un montón, y yo no podría hacer nada contra ellas), mi vida se volvería mucho más difícil. Aunque ya no dirigía la Unidad de Investigaciones Especiales, aún tenía influencia allí. Una palabra al teniente Stallings, y podrían interferir en lo que hiciera. Y eso quizá fuese letal.

En resumen, supongo que podríais decir que Murphy me estaba amenazando con arrestarme si no le hablaba claro, y estaríais en lo cierto. Y podríais decir que me había hecho un favor con el botiquín para que estuviese en deuda con ella cuando me pidiera que contase con su ayuda, y estaríais en lo cierto.

Podríais incluso decir que yo seguía ahí dando vueltas, indeciso, cuando el tiempo era crítico, y también en eso estaríais en lo cierto.

Al fin y al cabo, Murphy es buena gente.

Subí al coche.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Murphy según nos acercábamos a mi apartamento—. Tienes escondido a un fugitivo que huye de los policías de tu propia gente y piensas que al tipo le han tendido una trampa para provocar una guerra civil dentro del Concilio Blanco. Y hay alguna clase de hombre del saco navajo en la ciudad siguiéndote e intentando matarte. Y no estás seguro de si una cosa está relacionada con la otra.

—Más bien no sé cómo está relacionada. Aún.

Murphy se mordió el labio.

—¿Hay alguien en el Consejo que sea íntimo de los hombres del saco nativos americanos?

—Me costaría creerlo —dije en voz baja.

«Indio Joe» Escucha el Viento era un miembro del Consejo de Veteranos, una especie de chamán nativo americano. Era médico, curandero y especialista en exorcismos y magia curativa. Era, de hecho, un buen tipo. Le gustaban los animales.

—Pero alguien es un traidor —insistió Murphy con calma—, ¿verdad?

—Sí. Alguien.

Murphy asintió, frunciendo el ceño mientras conducía.

—El motivo por el que la traición está tan mal vista —dijo con mucho tacto— es que suele venir de alguien que no creías que pudiera hacer una cosa así.

No respondí. Al poco, su coche se detuvo sobre la gravilla del exterior de mi apartamento.

Cogí el botiquín, la nevera y mi bastón y salí.

—Llámame en cuanto sepas algo —dijo.

—Claro. No corras ningún riesgo si ves que alguna cosa viene a por ti.

Negó con la cabeza.

—No son tus hijos, Harry.

—No importa. Cualquier cosa que puedas hacer para protegerlos en el hospital...

—Tranquilo —dijo—, tus hombres lobo no estarán solos. Me ocuparé de ello.

Asentí y cerré los ojos un momento.

—¿Harry?

—¿Sí?

—No... No tienes buen aspecto.

—Ha sido una noche muy larga.

—Sí —dijo—. Fíjate, de ese tema sí sé algo.

Era cierto. Había sufrido más traumas psíquicos de los que le correspondían. Y también había visto morir a amigos. Mi memoria me trajo un recuerdo desagradable de hacía años, el de su antiguo compañero, Carmichael, medio destripado y desangrándose sobre los azulejos blancos de un pasillo.

—Lo superaré —dije.

—Por supuesto que lo harás. Es solo que... hay un montón de maneras de

sobrellevarlo, Harry. Algunas son mejores que otras. Me preocupo por lo que te pasa. Y estoy aquí.

Mantuve los ojos cerrados solo para asegurarme de que no empezaba a llorar como una nena o algo por el estilo. Asentí. No confiaba en lo que pasaría si hablaba.

—Cuídate, Harry —dijo.

—Tú también —respondí. Mi voz sonó un poco áspera.

Agité el botiquín en el aire a modo de despedida y me dirigí a mi apartamento para ver a Morgan.

Lo admito, no me gustó escuchar cómo se alejaba el coche de mi amiga.

Aparté esos pensamientos. Con trauma psíquico o sin él, ya me caería a pedazos más tarde.

Tenía trabajo que hacer.

Morgan se despertó cuando abrí la puerta del dormitorio. Tenía mal aspecto, pero no peor que antes, salvo por algunas manchas en las mejillas.

—A ver cómo van mis compañeros de piso —dije—. He traído las cosas.

Puse el botiquín en la mesilla.

Él asintió y cerró los ojos.

Saqué a Ratón a dar un paseo hasta el buzón. Parecía inusualmente alerta, olisqueando por todas partes, pero no mostró señales de alarma. Fuimos al lugar del diminuto patio trasero que había sido designado como su zona de negocios y volvimos dentro. Míster, mi gato gris de cola cortada, estaba esperando dentro a que abriese la puerta para intentar salir. Lo atrapé por poco. Míster pesa casi quince kilos. Me observó con lo que podría haber sido indignación, alzó el muñón de su cola y se alejó con altivez hacia su sitio habitual de descanso, encima de una de las estanterías de mi apartamento.

Ratón me miró con la cabeza ladeada mientras yo cerraba la puerta.

—Hay algo malo rondando por ahí fuera —le dije—. Podría decidir enviarme un mensaje. Preferiría que no usara a Míster para hacerlo.

El pecho cavernoso de Ratón retumbó con un gruñido bajo.

—Ni a ti tampoco, por supuesto. No sé si sabes lo que es un cambiapielos, pero se trata de algo serio. Ten cuidado.

Ratón lo consideró por un segundo. Después bostezó.

No tuve más remedio que reírme.

—Antes de la caída viene el orgullo, chico —citó.

Movió la cola y se restregó contra mi pierna, sin duda contento por haberme hecho sonreír. Me aseguré de que los cuencos de ambos tuviesen comida y agua, y fui a ver a Morgan.

Le había subido la fiebre unas décimas más y era obvio que le dolía mucho.

—No hay drogas duras —le dije según abría el botiquín—. Billy y yo hicimos una escapada a Canadá para traer casi todo esto. Hay codeína para el dolor, eso sí, y tengo lo necesario para hacerte una vía para suero y antibióticos.

Morgan asintió. Entonces adoptó un gesto de desconfianza, uno al que yo ya estaba acostumbrado. Me estudió con atención.

—¿Eso que huelo es sangre?

Maldita sea. Para ser un tío al que le habían dado una paliza que lo había dejado a las puertas de la muerte era bastante perceptivo. En realidad, Andi no tenía hemorragias como tales cuando la levantamos sobre mi abrigo. Solo sangraba un poco por los desgarros y los rasponazos. Pero tenía muchos.

—Sí —respondí.

—¿Qué ha pasado?

Le hablé del cambiapielos y de lo que les había sucedido a Kirby y a Andi.

Negó con la cabeza, abatido.

—Hay una razón por la que no queremos que los aficionados actúen como centinelas, Dresden.

Refunfuñé. Llené una palangana con agua caliente y jabón antibacteriano y empecé a limpiarle el brazo izquierdo.

—Ya, bueno, no vi a ningún centinela hacer nada al respecto.

—Chicago es tu área de responsabilidad, centinela Dresden.

—Y allí estaba —dije—. Y si ellos no se hubiesen encontrado también allí para ayudarme, ahora mismo estaría muerto.

—Debiste haber pedido refuerzos. No debiste haberte comportado como un maldito superhéroe ni haber usado corderos para que te defendieran de los lobos. Esa es la gente a la que se supone que debes proteger.

—Bien pensado —dije. Saqué la bolsa de suero y la colgué del gancho que había colocado en la pared sobre la cama. Me aseguré de que el tubo estuviese en buenas condiciones. Burbujas de aire, malas—. Eso es justo lo que necesitamos. Más centinelas en Chicago.

Morgan gruñó y se quedó en silencio por un momento con los ojos cerrados. Creí que había perdido el conocimiento, pero quedó claro que solo estaba pensando.

—Debe de haberme seguido —dijo.

—¿Qué?

—El cambiapielos. Cuando me marché de Edimburgo tomé uno de los caminos del Nuncamás hasta Tucson. Vine a Chicago en tren. Debió de sentir mi presencia donde las vías cruzaban su territorio.

—¿Por qué haría algo así?

—¿Seguir a un mago herido? —preguntó—. Porque se hacen más fuertes cuando devoran la esencia de los practicantes. Era un bocado fácil.

—¿Come magia?

Morgan asintió.

—Añade el poder de sus víctimas al suyo.

—Así que lo que me estás diciendo es que el cambiapielos no solo ha escapado sino que ahora es más fuerte después de haber matado a Kirby.

Se encogió de hombros.

—Dudo que un hombre lobo le proporcione mucho poder en comparación con el que ya tenía. Tus talentos, o los míos, son de una magnitud mucho mayor.

Saqué una goma y la até alrededor del brazo de Morgan. Esperé a que se le marcaran las venas bajo el doblar del brazo.

—Suenas a encuentro demasiado poco casual.

Morgan sacudió la cabeza.

—Los cambiapielos solo pueden habitar en las tierras de las tribus del sudoeste de Estados Unidos. Quienquiera que me tendiese la trampa no tenía manera de saber que

iba a escapar a Tucson.

—Ahí le has dado —dije mientras le clavaba la aguja en el brazo—. ¿Quién querría ir allí en verano, en cualquier caso? —Pensé en ello—. El cambiapielos tiene que volver a su territorio, ¿verdad?

Morgan asintió.

—Cuanto más tiempo esté fuera, más poder le costará.

—¿Cuánto puede permanecer aquí? —pregunté.

Puso gesto de dolor cuando fallé al intentar encontrar la vena y tuve que intentarlo de nuevo.

—Demasiado.

—¿Cómo lo matamos?

Fallé otra vez con la vena.

—Dame eso —murmuró.

Cogió la aguja y se la clavó él mismo con suavidad. A la primera.

Supongo que aprendes unas cuantas cosas en una docena de décadas.

—Es probable que no podamos —dijo—. Los auténticos cambiapielos, los *naagloshii*, tienen miles de años de edad. Tratar con ellos es de idiotas. Los evitamos.

Sujeté la aguja con esparadrapo y enganché el catéter.

—Imaginemos por un momento que él decide no colaborar con ese plan.

Morgan soltó un ruido ronco con la garganta y se rascó la mejilla con la otra mano.

—Ciertos tipos de magia nativa pueden dañarlo o destruirlo. Un auténtico chamán tribal podría hacer la danza del fantasma enemigo y ahuyentarlo. Sin eso, nuestra única opción es acumular mucho poder y lanzárselo. Y tampoco creo que él se quede quieto y colabore con ese plan.

—Es un enemigo duro —admití—. Sabe magia y cómo defenderse de ella.

—Sí —dijo Morgan. Me observó mientras sacaba de la nevera una jeringuilla ya preparada con antibióticos—. Y sus habilidades son mayores que las tuyas y las mías juntas.

—¡Oh, cielos, Scooby! —dije.

Cebé la jeringuilla e inyecté los antibióticos en la vía. Después cogí la codeína y un vaso de agua y se los ofrecí a Morgan. Se tragó las pastillas, volvió a apoyar la cabeza en la almohada, fatigado, y cerró los ojos.

—También vi uno una vez —dijo.

Empecé a recoger. No dije nada.

—No son invulnerables —siguió—. Se pueden matar.

Tiré los envoltorios a la papelera y volví a meter todo lo demás en el botiquín. Miré disgustado la alfombra manchada de sangre que todavía estaba debajo de Morgan. Tendría que sacarla de ahí en algún momento. Me di la vuelta para marcharme, pero me detuve en la puerta.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté sin mirarlo.

Le llevó un rato responder. De nuevo pensé que se había desmayado.

—Fue en los años cincuenta —dijo—. Comenzó en Nuevo México. Me siguió hasta Nevada. Lo atraje hasta un lugar de pruebas del gobierno y crucé al Nuncamás justo antes de que detonase la bomba.

Parpadeé, sorprendido. Lo observé por encima del hombro.

—¿Le lanzaste una bomba nuclear?

Abrió un ojo y sonrió.

Fue un poco inquietante.

—Estrellas y piedras... Eso es... —dudé, pero al César lo que es del César— una pasada.

—Me permite dormir por las noches —murmuró. Cerró los ojos de nuevo, exhaló y dejó caer la cabeza a un lado.

Lo contemplé un rato mientras dormía y después cerré la puerta.

Yo también estaba agotado. Pero, como dijo alguien: «Tengo promesas que cumplir».

Suspiré.

Cogí el teléfono y llamé a mis contactos en la Paranet.

La Paranet era una organización que yo mismo había ayudado a crear hacía un par de años. En esencia era como un sindicato cuyos miembros cooperaban entre sí para protegerse de amenazas sobrenaturales. La mayoría eran practicantes con talentos menores. Existían muchos así. Un practicante debía tener unas capacidades muy altas para que el Consejo Blanco se plantease siquiera reconocerlo. Los demás, básicamente, eran abandonados a su suerte. Como consecuencia, eran vulnerables ante cualquier depredador sobrenatural.

Lo cual, para mí, es una mierda.

Una vieja amiga llamada Elaine Mallory y yo habíamos usado el dinero donado por una mujer fallecida y habíamos empezado a contactar con todos esos marginados, ciudad por ciudad. Los habíamos animado a que se juntaran y compartiesen información para que así tuviesen a alguien a quien pedir ayuda. Si había problemas, podían hacer una llamada de emergencia a la Paranet, y entonces yo u otro de los centinelas de Estados Unidos nos haríamos cargo de la situación. También impartíamos seminarios sobre cómo reconocer amenazas sobrenaturales, además de enseñarles métodos básicos de autodefensa por si acaso los capas grises no podían acudir para salvarlos.

Había ido bastante bien. Incluso estábamos abriendo nuevas delegaciones en México y en Canadá, y Europa no tardaría mucho.

Empecé por tanto a llamar a mis contactos en diferentes ciudades y a preguntarles si se habían enterado de algún suceso extraño. No podía permitirme el lujo de ser más específico, pero enseguida comprobé que no hacía falta. De la primera docena de llamadas, en cuatro ciudades habían notado un incremento en la actividad de los centinelas. Me informaron de que siempre habían aparecido en parejas. Solo hubo

informes similares en dos de las siguientes treinta ciudades, pero fue suficiente para que me hiciera una idea de lo que estaba pasando. Una cacería silenciosa.

Sin embargo, daba que pensar. De todos los lugares que podían haber elegido los centinelas para buscar a Morgan, ¿por qué Poughkeepsie? ¿Por qué Omaha?

Me vinieron a la cabeza las palabras «palos de ciego». Lo que quisiera que Morgan estuviese haciendo para ocultarse de los hechizos de seguimiento les estaba obligando a dar vueltas de aquí para allá.

Al menos saqué algo positivo. El hecho de que hubiese centinelas rondando significaba que yo también tenía una buena razón, y nada sospechosa, para comenzar a hacer preguntas.

Así pues, lo siguiente que hice fue llamar a los centinelas con los que me llevaba bien. Técnicamente hablando, tres de ellos trabajaban para mí en varias ciudades del este y del medio oeste de Estados Unidos. No soy muy buen jefe. La mayoría de las veces les permito que decidan cómo hacer su trabajo y les intento echar una mano cuando me lo piden. A dos de ellos tuve que dejarles mensajes, pero Bill Meyers, en Dallas, me respondió al segundo tono.

—Ey, ¿qué pasa, vaquero?

En serio. Contestó así.

—Bill, soy Dresden.

—Harry —dijo con educación. Bill siempre era correcto conmigo. Una vez me había visto hacer algo que daba miedo—. Hablando del diablo.

—¿Por eso me pitaban los oídos?

—Es probable —respondió con su acento sureño—. Iba a llamarte esta mañana.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Rumores —dijo Bill—. Vi a dos centinelas salir de los accesos locales a los caminos del Nuncamás, pero cuando les pregunté qué hacían por allí solo me dieron evasivas. Supuse que tú podrías saber qué está sucediendo.

—Maldita sea. Llamaba para preguntártelo yo a ti.

Resopló.

—Ya ves, somos una panda de sabios, ¿eh?

—Por lo que respecta al Consejo, los centinelas de Estados Unidos somos una panda de setas.

—¿Qué?

—Nos tienen a oscuras y nos alimentan con mierda.

—Y tanto —dijo Meyers—. ¿Qué quieres que haga?

—Mantén los oídos abiertos —le dije—. La capitana Luccio nos dirá algo tarde o temprano. Te llamaré en cuanto me entere de cualquier cosa. Tú haz lo mismo.

—Captado —dijo.

Colgué y me quedé observando el teléfono un rato.

El Consejo no me había dicho nada acerca de Morgan. Tampoco a ninguno de los centinelas bajo mi mando.



Levanté la vista hacia Míster.

—Es casi como si quisieran que no me enterase. Como si alguien pensara que yo podría estar involucrado de algún modo.

Lo cual tenía sentido. El Merlín no me iba a invitar a la cena de Navidad, precisamente. No se fiaba de mí. Podría haber dado la orden de hacerme el vacío. No me sorprendería en absoluto.

Pero, si era cierto, significaba que Anastasia Luccio, capitana de los centinelas, estaba al tanto de ello. Los dos llevábamos saliendo juntos un tiempo ya. Vale, ella era un par de siglos mayor que yo, pero varios años atrás un enfrentamiento con una psicópata intercambiadora de cuerpos la había dejado atrapada en el de una universitaria, así que ahora no aparentaba más de veinticinco. Nos llevábamos bien. Nos hacíamos reír. Y de vez en cuando teníamos sexo salvaje para nuestra mutua e intensa satisfacción.

Nunca habría imaginado que Anastasia me la jugase de esa manera.

Llamé por teléfono a Ramírez, en Los Ángeles, el otro comandante regional de los Estados Unidos, para ver si había oído algo, pero me saltó el contestador.

A ese paso iba a tener que ir al mundo de los espíritus para obtener respuestas, algo arriesgado por muchos motivos, uno de ellos la posibilidad (muy real) de terminar devorado por la misma entidad a la que decidiese invocar.

Pero me estaba quedando sin opciones.

Aparté la alfombra que tapaba la trampilla que llevaba a mi laboratorio. Estaba a punto de bajar para preparar mi círculo de invocación cuando sonó el teléfono.

—Voy a encontrarme con Justine dentro de media hora —me dijo mi hermano.

—Vale. Pasa a recogerme.

La vida nocturna de Chicago es amplia y variada. ¿Quieres escuchar *jazz* improvisado? Lo tenemos. ¿Quieres un *pub* tradicional irlandés? ¿Una cafetería turca? ¿Danza del vientre? ¿Fiesta en un jardín japonés? ¿*Swing*? ¿Bailes de salón? ¿Poesía *beat*? Todo tuyo.

No tienes que buscar mucho para encontrar clubes de cualquier otro tipo, de esos a los que mamá y papá turistas no llevan a los niños. Clubes de gays, clubes de lesbianas, clubes de *striptease leather clubs* y otras variantes más sutiles dentro de ese estilo.

Y luego está el Zero.

Me encontraba junto a Thomas en el exterior de lo que parecía una salida de incendios al pie de una escalera, un piso por debajo del nivel de la calle en el lateral de un edificio del centro. Habían instalado un óvalo rojo de neón en la puerta. Brillaba con un color lúgubre, estridente. El retumbar de los bajos de la música vibraba, casi inaudible, a través del suelo.

—¿Esto es lo que creo que es? —le pregunté.

Thomas, ahora vestido con una camiseta blanca ajustada y unos vaqueros azules viejos, me miró y arqueó una de sus oscuras cejas.

—Depende de si crees que es el Zero o no.

El Zero es uno de esos clubes de los que la gente solo oye rumores. De vez en cuando cambia de emplazamiento en la ciudad, pero siempre es tan exclusivo como puede ser un local nocturno popular en una metrópolis. He sido investigador privado en Chicago durante más de una década. Había oído hablar del Zero, pero eso había sido todo. Era donde la gente rica y guapa (y rica) de Chicago iba cuando quería darse un capricho.

—¿Conoces a alguien aquí? —le pregunté—. Porque no van a dejarnos...

Thomas metió una llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta.

—... entrar —terminé.

Una oleada de calor y humo cargado de sustancias de dudosa legalidad empezó a inundarme los pulmones. Podía escuchar el pum, pum, pum de la música *techno* en algún lugar detrás del humo iluminado de rojo.

—Es un negocio familiar —explicó Thomas. Volvió a guardarse las llaves en el bolsillo y adoptó una expresión extraña—. Conocí a Justine en el Zero.

—¿Hay alguien más de la otra rama de la familia aquí? —le pregunté.

Los de la Corte Blanca eran los menos peligrosos a nivel físico de entre los vampiros que existían, pero eran los más aterradores. Eran criaturas de seducción que se alimentaban de las emociones y de la energía vital de aquellos a quienes depredaban. Sus víctimas se volvían adictas y se ofrecían voluntarias una y otra vez hasta que no quedaba nada que tomar de ellos. Los pobres idiotas sometidos a un

vampiro de la Corte Blanca eran prácticamente esclavos. Relacionarse con ellos, en cualquier sentido de la palabra, era una mala idea.

Thomas negó con la cabeza.

—Lo dudo. Si no, Justine no habría decidido que nos reuniésemos aquí.

A menos que la hubiesen obligado, pensé. No dije nada. Me gusta disfrutar de mi paranoia en la intimidad, no contagiarla a mis amigos y familia.

—Después de ti —dijo Thomas, y, con toda tranquilidad, se quitó su camiseta. Me quedé mirándolo.

—El club se esfuerza por mantener su imagen —dijo.

Podría haber sido un poco más presumido incluso, el bastardo. Sus abdominales parecían añadidos a su cuerpo como si fuesen los efectos especiales de una película. Los míos parecían no poder pagarse siquiera la comida.

—Ya —dije—. ¿Tengo que quitarme la camisa también?

—Llevas un abrigo de cuero negro. Suficiente vestuario.

—Lo tomaré como un cumplido —murmuré, y crucé la puerta.

Caminamos por un pasillo que se fue volviendo más oscuro, ensordecedor e ilegalmente aromático a medida que avanzamos. Terminaba en una cortina negra. La aparté y vi unos cuantos metros más de pasillo, una puerta y a dos hombres de traje oscuro y aspecto tan duro como educado.

Uno de ellos levantó la mano.

—Lo siento, señor, pero es un local priv...

Thomas llegó a mi lado y miró al hombre sin que sus ojos grises pestañearan.

El tipo bajó la mano y, cuando habló, su voz sonó áspera, como si se le hubiese secado la garganta.

—Discúlpeme, señor. No me había dado cuenta de que venía con usted.

Thomas siguió mirándolo.

El gorila se volvió hacia la puerta, sacó una llave y la abrió.

—¿Va a necesitar una mesa, señor? ¿Bebidas?

Thomas apartó al fin su mirada fija del guardia, como si el hombre se hubiese desvanecido por alguna razón. Pasó a su lado sin decir nada.

El gorila me dedicó una sonrisa débil.

—Lo siento, señor. Disfrute su velada en el Zero, señor.

—Gracias —le dije, y seguí a mi hermano a una escena a medio camino entre una bacanal dionisiaca y una película de Fellini.

No había luces blancas dentro del Zero. La mayoría eran rojas, salvo algunas zonas salpicadas de azul y un montón de luces negras esparcidas por todas partes para que, donde las sombras eran más densas, algunos colores brillasen con una luminiscencia que inquietaba. El humo de los cigarrillos colgaba como un velo en esa gran sala, una neblina bajo la cual, con aquella iluminación negra, las distancias se veían distorsionadas.

Habíamos entrado en una especie de balcón que daba a la pista de baile de abajo.

La música retumbaba, con los bajos tan potentes que podía sentirlos en el estómago. Las luces parpadeaban y oscilaban sincronizadas con ella. El suelo estaba abarrotado de cuerpos que sudaban y bailaban, vestidos con estilos muy variados, desde conjuntos completos de cuero (capucha incluida) en un extremo, hasta una chica envuelta con unas pocas tiras de cinta aislante en el otro. Había un bar abajo y mesas esparcidas a su alrededor bajo un techo de casi diez metros de altura. Algunas jaulas colgaban sobre la pista, cada una ocupada por un hombre o una mujer jóvenes, vestidos todos de forma provocativa.

Había escaleras y pasarelas que llevaban a una docena de plataformas que sobresalían de las paredes, donde los clientes podían sentarse y contemplar la escena que sucedía debajo al tiempo que mantenían algo de intimidad. La mayoría de las plataformas contaban con sofás y *chaise longues* en lugar de mesas y sillas. Había ejemplos exóticos de mobiliario en ellas también: una equis gigante en forma de cruz de San Andrés con un hombre joven con las muñecas y tobillos atados a ella, la cara vuelta hacia la madera y el pelo cayendo sobre la espalda desnuda. Otra plataforma tenía un poste de bronce brillante en el centro, con un par de chicas bailando a su alrededor en el medio de un círculo de hombres y mujeres tendidos en los sofás y *chaise longues*.

Donde quisiera que mirase había gente haciendo cosas que en cualquier otro lugar habrían provocado que los arrestasen. Parejas, tríos, cuartetos y veintenetas estaban volcados en actividades sexuales en algunas de esas plataformas privadas. Desde donde me hallaba podía ver dos mesas distintas con líneas de polvo blanco a la espera de ser inhaladas. Había dispensadores de jeringas en las paredes al lado de cada papelera marcados con un símbolo brillante de riesgo biológico. Había gente siendo golpeada con látigos y fustas. Personas atadas con nudos de cuerda muy elaborados o con las más prosaicas esposas. *Piercings* y tatuajes por todas partes. Gritos y llantos de agonía, éxtasis, gozo o rabia, todos imposibles de distinguir entre sí, que de vez en cuando lograban alzarse sobre la música.

Las luces parpadeaban sin parar, cambiando y moviéndose, y cada golpe de la música creaba una nueva docena de *collages* estáticos de abandono sibarita.

La música, la luz, el sudor, el humo, el alcohol, las drogas... todo se combinaba en un miasma húmedo, desesperado, henchido de necesidades que jamás podrían ser saciadas.

Por eso aquel lugar se llamaba Zero, comprendí. Cero límites. Cero inhibiciones. Cero restricciones. Era un lugar de abandono perfecto e intencionado, de complacencia, pero era a la vez intrigante y espantoso, nauseabundo y visceralmente...

Hambriento.

Cero satisfacción.

Sentí un escalofrío. Aquello sería el mundo si lo hubiese creado la Corte Blanca. Aquello sería en lo que lo convertirían si se les permitía. Planeta Zero.

Me volví hacia Thomas, a mi lado, y lo encontré inspeccionando el club con la mirada. Sus ojos habían cambiado de tono, de su gris habitual a un plateado más pálido, más brillante, salpicado de manchas metálicas. Su atención se centró en una pareja de mujeres jóvenes que pasaban a nuestro lado, vestidas con ropa interior negra bajo unos abrigos largos de cuero y con las manos entrelazadas. Las mujeres volvieron su vista hacia él como si lo hubieran escuchado pronunciar sus nombres. Lo miraron durante un segundo, sus pasos ralentizándose, dudando.

Thomas apartó la vista y dejó que aquella inmovilidad inhumana suya se apoderase de él de nuevo. Las mujeres pestañearon un par de veces y luego continuaron su camino con expresiones algo desconcertadas.

—Ey —le grité por encima de la música—, ¿estás bien?

Asintió y señaló con la barbilla la plataforma más elevada del edificio, al otro extremo de la pista de baile.

—Allí arriba.

Afirmé con la cabeza y Thomas caminó delante. Surcamos el laberinto de pasarelas y escaleras. Habían sido diseñadas a propósito para ser demasiado estrechas como para que dos personas se cruzaran sin tocarse. Lo comprobé cuando Thomas y yo pasamos junto a una chica con pantalones cortos de cuero y corsé. Su ropa luchaba por mantenerse en un cuerpo cuyas curvas se veían dispuestas y tentadoras bajo el ritmo primitivo de aquella luz roja. Se deslizó junto a Thomas con los ojos fijos en su pecho, como si fuese a lanzarse sobre él y morderlo.

Él la ignoró, y entonces la chica llegó hasta mí. Y yo ocupó más espacio que Thomas. Sentí cómo su cadera se restregaba contra mi cuerpo y cómo arqueaba la espalda según pasó junto a ella vuelto hacia un lado. Sus pechos se pegaron a mi esternón. Una calidez dócil y firme. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos demasiado brillantes. Su mano me tocó el muslo, algo que podría haber sido casual pero no lo fue, y mi cuerpo me exigió de repente detenerme y dejarme llevar.

No puedes confiar en tu cuerpo cuando te dice cosas así. No entiende de temas como afecto, interacción, embarazo, enfermedades de transmisión sexual. Tan solo desea. Intenté no prestarle atención. Pero había más gente en las pasarelas, y por supuesto no había ni una sola mujer dentro de los muros del Zero que no fuese como poco despampanante. La mayoría parecía desear que me diese cuenta de ello cuando caminaban cerca.

Algunos hombres también, todo sea dicho, pero eso era un problema menor, al menos para mí.

Lo que no ayudaba era el hecho de que estuviésemos cruzando cerca de gente que hacía cosas que no había visto antes, ni siquiera en una película. Había una chica haciendo algo con su lengua y un cubito de hielo que...

Bueno, creedme, era una condenada distracción.

Thomas empezó a caminar más rápido según nos fuimos acercando a la escalera que llevaba a la plataforma más alta. Subió los últimos escalones de tres en tres. Lo

seguí mientras miraba alrededor, serio, alerta ante posibles tipos malos. Eso tuvo el efecto secundario de comerme con los ojos a más chicas guapas de las que jamás había visto juntas en un sitio. Pero me las comía con los ojos de manera profesional. Alguna de ellas podría tener escondido...

Bueno, de hecho me sorprendí al ver lo que una de ellas escondía.

Subí el último tramo de escaleras justo a tiempo para ver cómo Thomas se lanzaba a los brazos de una mujer.

Justine no era muy alta, o al menos no lo era antes de ponerse esas botas de tacones de trece centímetros. Tenía el mismo aspecto que recordaba. Un rostro precioso que sin embargo podía ser el de la típica vecinita de al lado y una sonrisa que derretía el corazón. Su pelo era blanco plateado, y lo llevaba recogido en un moño alto con un par de palillos blancos.

Por supuesto, la última vez que la había visto no iba vestida con un ajustadísimo *catsuit* completo de vinilo blanco, guantes incluidos. Enfatizaba absolutamente todo y lo enfatizaba bien.

Thomas se arrodilló y pasó los brazos por su cintura, atrayéndola hacia él. Ella entrelazó los suyos, cubiertos por el vinilo, alrededor de su cuello y se aferró con fuerza. Ambos cerraron los ojos y se quedaron así durante un largo minuto, abrazándose sin moverse, adheridos el uno al otro.

Era un acto extraño en un lugar como aquel.

Me di la vuelta, me incliné sobre la barandilla de seguridad de la plataforma y contemplé el club en un intento de darle a mi hermano y a la mujer que amaba un momento de intimidad. Justine no se había puesto el traje cubretodo por ir a la moda. El roce del amor sincero, del amor verdadero y desinteresado, era anatema para la Corte Blanca. Thomas me había hablado de vampiros blancos que habían sufrido quemaduras graves por el roce de ciertos anillos de boda o por el de una rosa. Pero mucho más peligroso que todo aquello era el toque de alguien que era amado y que amaba.

Había visto a Thomas hacerse quemaduras de segundo grado en los labios y en la boca la última vez que había besado a Justine.

No habían estado juntos desde la noche en que ella había ofrecido su vida para salvarlo. Se había entregado para que saciara su hambre y que así pudiese sobrevivir. Thomas, por su parte, había negado su propia naturaleza oscura y había rehusado devorarla. Aun así, casi la había matado. El pelo de Justine se volvió literalmente blanco de la noche a la mañana. A ella le llevó años lograr que su mente se recuperara. Que un íncubo se alimentara de ella le provocó una adicción a largo plazo, pero la superó. Ahora era la ayudante de la hermana mayor de Thomas, Lara, lo que la situaba en una buena posición para conocer todo tipo de detalles jugosos sobre la Corte Blanca. Estar protegida por el amor significaba que los vampiros no podían alimentarse de Justine, lo cual Lara había considerado ideal para una asistente personal.

También significaba que mi hermano no podía tocar a la mujer a la que amaba. Si hubiese sido como la mayoría de los blancos, solo interesados en alimentar su ansia, habría podido poseerla todo lo que hubiese querido. En vez de eso...

A veces la ironía es como una patada en las pelotas.

Seguí mirando hacia la pista de baile durante un rato, no tanto para regodearme en la vista como para captar la luz y el movimiento como un conjunto, hasta que vi de reojo que se separaban. Entonces me volví y me uní a ellos cuando Justine hizo un gesto para que nos sentáramos en un par de sofás dispuestos el uno frente al otro.

Thomas se sentó en la esquina y Justine se acurrucó junto a él, con mucho cuidado de que lo poco de su piel que estaba al descubierto no tocara la suya. Yo me senté delante de ellos con los codos apoyados en las rodillas.

Sonreí a Justine y la saludé con la cabeza. El suelo y el muro bajo que hacía de barandilla de la plataforma debían de estar hechos de algún material que absorbía el sonido. El rugido del club llegaba mucho más apagado allí arriba.

—Justine, pareces el sueño húmedo del muñeco de Michelin.

Se rio, y el rosa tiñó un poco sus mejillas.

—Bueno, el club tiene una imagen que intentamos mantener. ¿Qué tal estás, Harry?

—Medio atontado con este humo y descolocado —respondí—. Thomas me dijo que tenías algo de información.

Justine asintió, muy seria, y cogió una carpeta de color manila del sofá que había junto a ella.

—Se dice que hay en marcha una caza contra un centinela renegado. No había muchos detalles, pero pude encontrar esto.

Me pasó la carpeta y la abrí. La primera hoja era la copia impresa de algún tipo de sitio web.

—¿Qué diablos es Craigslist?

—Es un sitio de internet —dijo Justine—. Es algo así como una sección gigante de anuncios clasificados, salvo que puedes acceder desde cualquier parte del mundo. La gente lo usa para anunciar productos que quiere comprar o vender.

—Productos —intervino Thomas— y servicios. Ofertas de empleo también, con lenguaje clave para los asuntos menos legales. Hay un montón de negocios turbios porque es relativamente fácil hacerlo de forma anónima. Servicios de compañía, mercenarios, lo que quieras.

Había un anuncio impreso:

SE BUSCA PARA PUESTO FIJO,  
DONALD MORGAN, 5 MILLONES DE PAGO A INTERMEDIARIO,  
BENEFICIOS.

centinelaperdido@yahoo.com

—Por todos los demonios —maldije por lo bajo.

Le pasé la hoja a Thomas.

—Un cartel de «Se busca» —dijo él.

Asentí.

—Y nada de vivo o muerto. Tan solo lo quieren muerto.

Todos los matones sobrenaturales del condenado planeta iban a ir a por Morgan. No tanto por el dinero sino por los favores que prometía el anuncio. Los favores eran mucho más importantes en el mundo de lo oculto. Los cinco millones estaban ahí solo para dar una idea del alcance, una medida de los complementos que podrían acompañarlos.

—Todos los sicarios del mundo y más —murmuré—. Esto se va poniendo cada vez mejor y mejor.

—¿Por qué haría tu gente eso? —preguntó Justine.

—No lo harían —respondí.

Thomas frunció el ceño, pensativo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el Consejo lava la ropa sucia en casa —dije. Lo cual era cierto. Cuando lo necesitaban, tenían su propio asesino para trabajos como este. Hice una mueca de disgusto—. Además, maldita sea, estoy seguro de que si hubiesen ofrecido una recompensa no habrían usado internet.

Thomas asintió. Sus dedos acariciaban de forma distraída el hombro de vinilo de Justine.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Esa es la cuestión —respondí—. ¿Hay alguna manera de averiguar quién puso eso ahí o de quién es ese correo o lo que sea?

Justine negó con la cabeza.

—Ninguna fiable.

—Entonces tendremos que contactar nosotros con ellos —dijo Thomas—. Quizá podamos hacer que salgan.

Me rasqué la barbilla mientras reflexionaba.

—Si tienen una pizca de sentido común, no se mostrarán ante nadie que no tenga una reputación sólida en el mundillo. Pero merece la pena intentarlo. —Suspiré—. Tengo que llevarme a Morgan a otro lado.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

Di un golpecito a la hoja con el dedo.

—Cuando los tipos chungos empiecen a salir hasta de debajo de las piedras las cosas se van a poner feas, y hay gente mayor viviendo encima de mi apartamento.

Thomas asintió, serio.

—¿Adónde?

Cuando estaba a punto de contestar, el ritmo de los bajos cambió en la pista. Estalló una oleada de gritos frenéticos, ensordecedores a pesar de nuestro aislamiento contra el ruido. Un segundo después, un extraño escalofrío empezó a reptar por mis nervios y sentí que el corazón me latía un poco más rápido. Las exigencias que mi



cuerpo había sentido hacía un rato volvieron de golpe como un torrente.

Delante de mí, Justine se estremeció y cerró los ojos casi por completo. Respiró profundo. Sus pezones se endurecieron y se marcaron en el traje de vinilo. Sus caderas se balancearon con un leve movimiento inconsciente y se frotaron contra el muslo de Thomas.

Los ojos de mi hermano cambiaron por un segundo del gris luminoso a un plateado frío y duro. Entonces los entornó y se levantó, soltándose con cuidado de Justine. Se volvió hacia la pista de baile con los hombros tensos.

Lo imité.

—¿Qué ocurre?

—Problemas —dijo, y volvió la cabeza hacia mí—. La familia ha venido de visita.

## 9

Thomas miró con atención hacia abajo y asintió, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Harry —dijo tranquilo, con voz firme—, mantente al margen de esto.

—¿Al margen de qué? —pregunté.

Se giró hacia mí con una expresión remota e inhumana.

—Son asuntos familiares. No te involucrarán en ellos. La Casa ha dado orden de que no debe molestar a los magos si no hay autorización. Si no te implicas, no tendré que preocuparme por ti.

—¿Qué? —repliqué—. Thomas...

—Deja que yo me ocupe de esto —dijo en un tono duro.

Iba a responderle cuando la vampira entró en la sala.

Fue una de esas sensaciones que es complicado recordar después, como los últimos momentos del sueño que tienes antes de despertarte. Sabes que una vez que salgas de él lo vas a olvidar y no te puedes creer que vayas a perder algo tan valioso, algo que sabes que es tan tangible.

Me volví para mirarla justo en el momento en el que entró. Igual que todo el mundo en la sala.

Iba de blanco, por supuesto. Llevaba un vestido blanco, un modelo sencillo hecho de alguna clase de seda brillante que le llegaba por encima de los muslos. Medía al menos metro ochenta, más con los zapatos semitransparentes que calzaba. Su piel era pálida y perfecta, y su pelo oscuro brillaba con reflejos de colores que cambiaban al ritmo de las luces estroboscópicas del club. Su rostro era de una belleza perfecta, impecable a pesar de la evidente arrogancia de su expresión, y su cuerpo podría haberse usado en carteles de reclutamiento para embarcarse en sueños húmedos.

Descendió a la pista de baile y avanzó hacia las escaleras y pasarelas con el movimiento grácil de un depredador, contoneando las caderas y meciendo los hombros a cada paso, siguiendo de alguna forma el ritmo de la música, con mucha más elegancia que los bailarines sudorosos, con más sensualidad que los amantes frenéticos.

Al pie de la primera escalera se acercó a un hombre joven vestido con pantalones de cuero y los restos de una camisa que parecía haber sido hecha tiras por admiradoras apasionadas. Sin dudarlo, lo empujó contra la barandilla de la escalera y apretó el cuerpo contra el suyo.

Entrelazó despacio los brazos alrededor de su cuello y lo besó. Un beso, eso fue todo. Pero, al parecer, nadie se lo dijo a él. Por su reacción, se podría pensar que ella lo estaba montando allí mismo. Durante quizá un minuto, sus labios se pegaron a los de él, sus lenguas lucharon la una contra la otra. Entonces ella se dio la vuelta con esa misma gracia tan precisa y comenzó a subir las escaleras. Despacio, para que cada

movimiento y cada fluctuación en los músculos de sus piernas perfectas danzaran como ondas hipnóticas bajo su piel blanca y suave.

Con los ojos cerrados, el hombre se derritió en el suelo, mientras su cuerpo se sacudía con espasmos. No creo que fuese consciente de que en realidad ella se había marchado.

Todos los ojos de aquel lugar estaban fijos en la mujer, y ella lo sabía.

La forma en la que atraía la atención de todos no era escandalosa. No había habido un movimiento simultáneo y llamativo cuando todos se habían vuelto para mirarla. No había habido un silencio repentino, no se habían quedado inmóviles. De por sí, eso ya habría sido bastante malo.

Su influencia era mucho más aterradora.

Era tan solo un hecho, como la gravedad; la atención de todos debía dirigirse a ella. Cada persona, hombre o mujer, levantaba la vista, seguía su movimiento de reojo o se detenía durante medio segundo en mitad de sus... conversaciones. Para la mayoría de ellos fue un acto inconsciente. No tenían ni idea de que sus mentes habían sido atrapadas ya.

Según me di cuenta de eso, comprendí que la mía también estaba en peligro.

Me supuso un verdadero esfuerzo cerrar los ojos y recordarme a mí mismo dónde estaba. Podía sentir el aura del súcubo, como el roce sedoso de una telaraña en los párpados. Un hormigueo delicioso, un aleteo que subía por mis piernas y mis ingles en su camino hacia mi cerebro.

Era solo una promesa, un susurro en la carne. Pero era un susurro enorme. Tuve que concentrarme para blindar mis pensamientos, hasta que de golpe mi razón volvió en sí y esa confusión que palpitaba se congeló, se resquebrajó y se marchó, arrastrada por el viento helado del miedo de mi sensatez.

Cuando abrí los ojos, la mujer venía hacia nosotros por la pasarela más cercana, caminando como si se deslizara acechante con su fino vestido blanco, subiendo ya los últimos escalones. Se detuvo un rato allí, permitiéndonos que la contemplásemos, consciente del efecto que estaba provocando. Incluso estando en guardia contra ella, pude sentir cómo la dulzura sutil de su presencia me llamaba, cómo me susurraba que debía relajarme y dejar que mi vista se perdiera en ella por un rato.

Volvió sus ojos azul aciano hacia mí por un segundo y sus labios se separaron, abriéndose despacio en una sonrisa que hizo que mis pantalones se encogieran tres tallas en otros tantos segundos.

—Primo Thomas —ronroneó—. Todavía noble y hambriento, por lo que veo.

—Madeline —respondió Thomas con una pequeña sonrisa que mostró sus dientes blancos, perfectos—. Todavía indisciplinada y descarada, por lo que veo.

La boca y los ojos de Madeline Raith reaccionaron cada uno de forma distinta a las palabras de mi medio hermano. Su sonrisa se abrió como en un concurso de belleza, amplia e inmóvil, pero sus ojos se estrecharon y se volvieron blancos. El azul pálido se desvaneció de sus iris. Su mirada pasó de Thomas a Justine.

—La pequeña mascota mortal de Lara —dijo Madeline—. Tenía curiosidad por saber adónde habías ido con tanta prisa. Ahora veo que a reunirse con tu viejo amor y... —sus ojos fluyeron hacia mí— el enemigo.

—No seas ridícula —respondió Justine. Aunque su voz sonaba calmada, tenía las mejillas teñidas de rosa brillante y sus pupilas estaban dilatadas—. He venido a revisar las cuentas, igual que hago todas las semanas.

—Pero esta vez te has puesto perfume —dijo Madeline—. Y un conjunto bastante provocativo. No es que no te haga justicia, querida. Lo encuentro... —rozó su labio superior con su lengua— interesante.

—Madeline —dijo Thomas, exagerando su tono de paciencia—, márchate, por favor.

—Tengo derecho a estar aquí —murmuró.

No me pareció normal que fuese capaz de mantener su voz así de suave y enloquecedoramente sensual por encima del sonido de la música del club. Se volvió y avanzó unos pasos hacia donde yo estaba, dedicándome toda su atención. De golpe me sentí como un adolescente. Un poco asustado, un mucho excitado y tan lleno de hormonas que exigían tantas cosas inexplicables que casi ni podía enfocar la vista.

Se detuvo justo al alcance de mi mano.

—Disculpa los horribles modales de mi primo. El infame Harry Dresden no necesita presentación. —Me miró de arriba abajo y enredó un dedo en un mechón de su pelo oscuro—. ¿Cómo he podido venir tantas veces a Chicago y no haberte visto nunca?

—Pero yo sí te he visto a ti —dije. Mi voz sonó un poco ronca, pero al menos sonó.

—¿Sí? —preguntó mientras su sonrisa seductora se hacía más amplia—. ¿Eres de los que les gusta mirar, Harry?

—Ya te digo —respondí—. Y en esa ocasión estaba viendo *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*

Su sonrisa vaciló una fracción de segundo.

—¿Eres Jessica Rabbit, verdad? —pregunté—. Tan ligerita, exagerada y obvia. La sonrisa se esfumó.

—Porque sé que te he visto en alguna parte y, vaya, sería muy embarazoso si resultase que en realidad eres la princesa malvada de *Buck Rogers*.

—¿Qué? —dijo—. ¿Buck qué?

Le dediqué mi mejor sonrisa forzada.

—Oye, no me malinterpretes. Haces justicia al conjunto que llevas. Pero te esfuerzas demasiado. —Me incliné hacia ella y exageré un susurro—: Me excita más Lara sentada en una silla que tú con toda la entrada que has montado.

Madeline Raith se quedó tan inmóvil y fría como la estatua de una diosa enfurecida. La temperatura del aire descendió varios grados.

De repente sentí la presencia de Thomas a mi lado. Mi hermano se había apoyado

con los codos en la barandilla. Tenía las manos libres y relajadas. Estaba un poco más cerca de Madeline que yo.

—Madeline —dijo con el mismo tono que había usado hacía un momento—, márchate antes de que te dé una paliza y te mate con mis propias manos.

Madeline sacudió la cabeza como si la hubiese abofeteado.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo con tranquilidad—. No es así como se resuelven los asuntos de familia, lo sé, pero estoy cansado, me importa una mierda lo que tú o cualquiera de la Casa penséis de mí y no te respeto lo suficiente como para dedicarme a jugar contigo, incluso aunque estuviese de buen humor.

—¿Cómo te atreves? —masculló Madeline—. ¿Cómo te atreves a amenazarme? Lara hará que te arranquen la piel a tiras por esto.

—¿Sí? —Thomas le dirigió una sonrisa helada—. Después de lo que has proyectado sobre él, el mago estaría en su derecho de carbonizarte de la cabeza a los pies, incluidos esos zapatos tan caros.

—Yo nunca...

—Y todo a pesar de las órdenes dictadas por el rey —dijo Thomas, negando con la cabeza—. Lara se está cansando de limpiar todo lo que dejas detrás de ti, Mad. Probablemente regalaría un set nuevo de cuchillos para la carne si encontrara una forma de hacer su vida un poco menos complicada.

Madeline se echó a reír. Me recordó al sonido de un cristal al romperse.

—¿Y crees que a ti te tiene en mejor estima, querido primo? Te niegas a acudir junto con la Casa en las reuniones de la Corte y te pasas la vida entre el ganado, acicalándolos y trayendo la vergüenza a tu familia. Al menos dime que tienes planeado llevar a esas bestias a algún tipo de subasta.

—No eres capaz de entender por qué hago lo que hago —dijo Thomas.

—¿Y quién querría entenderlo? —replicó ella—. Eres igual de degenerado que cualquiera de esos idiotas de las casas Skavis y Malvora.

A Thomas le tembló un poco el labio, pero esa fue toda la reacción que se permitió concederle.

—Márchate, Madeline. Última advertencia.

—¿Dos miembros de las líneas de sangre más antiguas de los Raith matándose el uno al otro? —se burló Madeline—. El Rey Blanco no toleraría ese acto de división, y lo sabes. —Se apartó de Thomas y se dirigió hacia Justine—. Estás fanfarroneando —le dijo por encima del hombro—. Además, aún no hemos oído a nuestra florecilla rosada.

Su voz bajó hasta convertirse en un ronroneo. Justine se estremeció, incapaz de moverse según Madeline se acercaba.

—La preciosa Justine. —Madeline apoyó una mano en el hombro de ella y deslizó un dedo por la curva de uno de sus pechos—. En general no disfruto de las conejitas tanto como algunos, querida, pero incluso así la idea de tomarte me parece

deliciosa.

—No pu... No puedes tocarme —tartamudeó Justine. Se le había acelerado la respiración.

—Todavía no —dijo Madeline—. Pero no queda suficiente voluntad en tu linda cabecita como para que te controles durante mucho tiempo. —Se acercó más y pasó una mano alrededor de su cintura—. Quizá una noche venga a por ti acompañada de un bello conejito. Te susurraré cosas bonitas al oído hasta que te vuelvas loca por que él te tome. Y después de que te haya usado, pequeña conejita, te devoraré de un solo bocado. —Se lamió los labios—. Te tomaré entera y haré que grites cuánto lo estás disfrutando mientras...

Thomas rompió una silla en la cabeza de Madeline.

Resultó de verdad impresionante, teniendo en cuenta que todas las sillas del palco estaban hechas de metal.

Sucedió rápido, en apenas un parpadeo. Un momento antes, él se encontraba a mi lado, tenso y furioso, y al siguiente había piezas de metal rodando por todas partes y Madeline yacía aplastada contra el suelo.

El aire se heló. Thomas dejó caer la silla rota. Madeline dio un salto desde donde estaba y le lanzó un puñetazo a la mandíbula. Él se agachó e hizo una finta, una defensa de boxeador, y recibió el golpe en el hombro con un gruñido de dolor. Entonces Thomas la agarró del tobillo, trazó un semicírculo con ella y la estampó contra la pared dejando una abolladura con forma de 90-60-90.

Madeline chilló y sus brazos se quedaron sin fuerzas. Thomas la hizo girar en otro arco y la estrelló contra la mesita que había entre los sofás. Ella se quedó tendida allí y soltó un jadeo ahogado con los ojos desenfocados. Sin detenerse, mi hermano cogió los dos palillos del moño de Justine, dejando que su pelo blanco plateado le cayera suelto sobre la espalda.

Entonces, con dos movimientos rápidos y precisos, atravesó las muñecas de Madeline con los palillos y la clavó a la mesa como si fuera una mariposa en una hoja de papel.

—Tienes razón, por supuesto —musitó Thomas con un tono seco—. Lara no podría ignorar el hecho de que un miembro de la familia asesinara a otro. Haría que el rey pareciese débil. —Su mano se cerró sobre la cara de Madeline y de un tirón le levantó la cabeza, haciendo que sus brazos se tensaran en un ángulo doloroso—. Estaba fanfarroneando.

Apretó su espalda contra la mesa.

—Claro —siguió Thomas—, eres de la familia. Y la familia no se asesina entre sí. —Miró hacia Justine—. La familia comparte.

Sus ojos se encontraron. Una sonrisa muy pequeña, muy dura, embelleció los rasgos de Justine.

—Querías probarla —dijo Thomas, entrelazando los dedos con los de Justine, cubiertos por el vinilo—. Bien, Madeline. Adelante.

Justine se inclinó y besó la frente de Madeline Raith mientras su sedoso pelo plateado caía y las cubría a ambas.

La vampira gritó.

El sonido se perdió entre el martilleo de la música y las luces parpadeantes.

Justine alzó la cabeza unos segundos después y fue deslizándose su cabello, despacio, a lo largo de todo el cuerpo de Madeline. La vampira se retorció y gritó de nuevo. Thomas la mantenía sujeta contra la mesa. Por donde quisiera que Justine pasase su pelo sobre la carne expuesta, la piel crepitaba y se quemaba, ennegreciéndose en algunas zonas, formando ampollas y ronchas en otras. Tras dejar un rastro de destrucción en una de las piernas de Madeline, Justine y Thomas se levantaron a la vez, dos cuerpos en un único movimiento.

El rostro de Madeline Raith era un despojo lleno de quemaduras, y los labios suaves de Justine habían dejado una marca negra perfecta en la carne pálida de su frente. Madeline yacía sobre la mesa, aún con los palillos clavados, y se sacudía con pequeños espasmos, jadeando, respirando con dificultad por el dolor.

Thomas y Justine caminaron cogidos de la mano hacia las escaleras que descendían de nuestra plataforma. Los seguí.

Pasaron por debajo de un conducto de aire acondicionado y unos mechones del cabello de Justine tocaron el brazo y el pecho desnudos de Thomas. Aparecieron líneas brillantes de color escarlata. Él no se inmutó.

Me acerqué a ellos y le ofrecí a Justine un par de lápices que había sacado del bolsillo de mi abrigo. Los aceptó con un gesto de agradecimiento y ató con rapidez su cabello. Eché la vista hacia atrás mientras lo hacía.

Madeline Raith seguía caída, indefensa y jadeando, pero sus ojos blancos ardían con odio.

Thomas sacó su camiseta de donde la había dejado, de una trabilla del pantalón, y se la puso de nuevo. Entonces rodeó a Justine con los brazos y la apretó contra su pecho, muy pegados los dos.

—¿Estarás bien? —le preguntó.

Justine asintió con los ojos cerrados.

—Voy a llamar a la Casa —dijo ella—. Lara enviará a alguien para recogerla.

—Si la dejas ahí, causará problemas —le dije a Thomas.

Él se encogió de hombros.

—No me habría podido librar de un castigo si la hubiese matado. Sin embargo, nuestra Casa tiene una política muy severa con respecto a quien caza en el territorio de otro. —Sus ojos se volvieron duros y ardientes—. Justine es mía. Tenía que dejárselo bien claro a Madeline. Se lo ha merecido.

Justine se aferró a él con más fuerza. Thomas le devolvió el gesto.

Empezamos a bajar las escaleras los tres juntos. Me alegré de abandonar el Zero.

—De todos modos —dije—, al verla así pienso que tal vez alguien haya ido demasiado lejos. Me siento un poco mal por ella.

Thomas arqueó una ceja y me miró.

—¿En serio?

—Sí —admití. Apreté los labios, pensativo—. Tal vez no debería haber dicho aquello de Jessica Rabbit.



La cálida noche de verano en el exterior del Zero era diez grados más fresca y un millón de veces más sana que el ambiente que acabábamos de dejar atrás. Thomas giró de golpe a la derecha y caminó hasta una zona oscura entre las farolas. Apoyó un hombro contra la pared del edificio, bajó la cabeza y se quedó quieto durante un minuto. Luego otro más.

Esperé. No necesitaba preguntarle a mi hermano si algo iba mal. El despliegue de fuerza y poder que había usado contra Madeline le había supuesto un alto coste de energía. Otros vampiros la recuperaban al alimentarse de sus víctimas, como había hecho Madeline allí dentro con aquel pobre diablo. Thomas no solo estaba molesto por lo que acababa de suceder en el Zero. Tenía hambre.

Su lucha contra su propia ansia era complicada, difícil y quizá imposible de mantener. Sin embargo, eso no le impedía intentarlo. El resto de la familia Raith pensaba que estaba loco.

Pero yo lo entendía.

Cuando unos momentos después regresó, la expresión en su rostro era fría y distante, tan inalcanzable como una montaña antártica.

Se puso a mi lado según empezamos a caminar hacia el aparcamiento donde había dejado su coche.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije.

Él asintió.

—Los miembros de la Corte Blanca solo se queman cuando intentan alimentarse de alguien tocado por el amor verdadero, ¿correcto?

—No es tan simple —contestó Thomas en voz baja—. Tiene que ver con cuánto control tiene el ansia sobre ti cuando lo tocas.

—Y cuando se alimentan —mascullé—, el ansia los controla.

Thomas afirmó despacio con un gesto.

—Entonces, ¿por qué Madeline intentó alimentarse de Justine? Debía saber que le haría daño.

—Por la misma razón que yo —respondió—. No puede evitarlo. Es un acto reflejo.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

Guardó silencio el tiempo suficiente como para que pensase que no iba a decir nada más, hasta que por fin volvió a hablar.

—Justine y yo estuvimos juntos durante años. Y ella... significa mucho para mí. Cuando estoy cerca no puedo pensar en otra cosa salvo en ella. Y cuando la toco, todo lo que hay en mí quiere estar más cerca aún.

—Incluida tu ansia —dije con suavidad.

Asintió.

—Mi demonio y yo estamos de acuerdo en ese punto. Así que no puedo tocar a Justine sin que él... salga a la superficie, supongo que se podría decir.

—Y al hacerlo se quema.

Volvió a asentir.

—Madeline es la otra cara de la moneda. Cree que debe alimentarse de quien le apetezca, donde quiera y cuando quiera. No ve personas. Solo ve comida. Su ansia la controla por completo. —Mostró una sonrisa amarga—. Así que para ella es un acto reflejo, igual que para mí.

—Tú eres diferente. A ella le vale cualquiera —dije—, no solo Justine.

Se encogió de hombros.

—No me preocupan los demás. Me preocupa Justine.

—Eres diferente —insistí.

Thomas se volvió hacia mí con una expresión rígida y fría.

—Cállate, Harry.

—Pero...

Su voz se convirtió en un gruñido grave.

—Cállate. Ya.

Daba un poco de miedo.

Se me quedó mirando a los ojos. Luego negó con la cabeza y exhaló despacio.

—Voy a por el coche. Espera aquí.

—Claro —dije.

Se alejó en silencio con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Toda mujer que pasaba, y algunos hombres, volvían la vista para mirarlo. Él los ignoraba.

Yo también atraje un montón de miradas, pero porque me encontraba en medio de la acera cerca de muchos locales nocturnos de Chicago, vestido con un abrigo largo de cuero en una calurosa noche de verano y con un bastón tallado con runas místicas. Las miradas hacia Thomas llevaban todas el subtítulo de «Ñam, ñam». Las mías el de «Tío raro».

Era poco probable que fuese a triunfar con eso.

Mientras esperaba, mis instintos me dieron un nuevo aviso. Una certeza del tipo «pelos erizados en la nuca» de que alguien me estaba vigilando. Mis instintos estaban en racha, así que les presté atención. Con calma, preparé mi brazalete escudo y volví despacio la cabeza para echar un vistazo casual a ambos lados de la calle. No vi a nadie, pero mi visión fluctuó al pasar por un callejón que había al otro lado. Enfoqué la mirada en ese punto durante unos segundos, concentrado, y logré distinguir una vaga forma humana.

De golpe, la fluctuación fue reemplazada por la figura de Anastasia Luccio, que levantó una mano y me hizo señas.

Maldición.

Crucé por mitad de la calle hasta donde estaba ella, esquivando algún que otro

coche, y ambos retrocedimos unos pasos para adentrarnos en el callejón.

—Buenas noches, Stacy —la saludé.

Se giró hacia mí y, con un solo movimiento, desenvainó el sable curvo de la funda de su cadera y con la otra mano empuñó una pistola. Me acercó la punta de la espada a la cara y tuve que echar la cabeza hacia atrás. Me desequilibré y terminé con los hombros pegados contra la pared.

Anastasia arqueó una ceja. Sus labios suaves se veían muy serios.

—Por tu bien, espero que seas el verdadero Harry Dresden y que hayas usado ese abominable diminutivo solo para asegurarte de que soy la verdadera Anastasia —había dado un ligero énfasis a la palabra— Luccio.

—Claro, sí, Anastasia —respondí, con mucho cuidado de no moverme—. Y, por tu reacción, puedo asegurar que de verdad eres tú.

Bajó la espada y la pistola. La tensión desapareció de su cuerpo. Guardó todo el armamento.

—Claro, por supuesto que soy yo. ¿Quién si no iba a ser?

Sacudí la cabeza.

—He tenido una noche muy mala y muy llena de cambiaformas.

De nuevo, levantó la ceja. Anastasia Luccio era la capitana de los centinelas del Consejo Blanco. Acumulaba un par de siglos de experiencia.

—He tenido noches parecidas —dijo mientras apoyaba una mano en mi brazo—. ¿Estás bien?

Nos acercamos el uno al otro y nos abrazamos. No me había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que exhalé y me relajé un poco. Sentía su cuerpo esbelto, cálido y fuerte pegado a mí.

—De momento no estoy muerto —dije—. Supongo que has utilizado un hechizo de seguimiento para encontrarme, porque no parece preocuparte si de verdad soy yo o no.

Alzó su rostro y me dio un ligero beso en la boca.

—Seamos honestos, Harry —dijo, sonriendo—, ¿quién iba a querer hacerse pasar por ti?

—Alguien que quisiera ser besado por una mujer seductora y mayor en un callejón oscuro, al parecer.

Su sonrisa aumentó durante un momento, pero enseguida se desvaneció.

—Pensé que iba a tener que echar la puerta abajo y entrar a por ti. ¿Qué estabas haciendo en esa cloaca de la Corte Blanca?

No creí haber hecho nada para que sucediera, pero la realidad fue que nos separamos del abrazo.

—Buscando información —respondí en un murmullo—. Está pasando algo. Y alguien me ha dejado fuera del juego.

Anastasia apartó la vista, con los labios apretados. Su expresión se cerró a cal y canto y mostró un toque de rabia.

—Sí. Órdenes.

—Órdenes —repetí—. Del Merlín, supongo.

—De Ebenezer McCoy, en realidad.

Se me escapó un sonido ronco de sorpresa. De joven, McCoy había sido mi mentor. Lo respetaba.

—Entiendo —dije—. Tenía miedo de que si me enteraba de que Morgan había huido corriese tras él para que me las pagase todas juntas.

Volvió los ojos hacia mí y enseguida los desvió hacia el otro lado de la calle, donde se hallaba el Zero. Se encogió de hombros sin llegar a mirarme a la cara.

—Dios sabe que tienes suficientes motivos para hacerlo.

—Y tú estuviste de acuerdo con él —dije.

Volvió a observarme, ahora con expresión menos seria.

—Si así fue, ¿qué estoy haciendo aquí ahora mismo?

Me rasqué la cabeza, pensativo.

—Vale. Ahí me has pillado.

—Además —continuó—, estaba preocupada por ti.

—¿Preocupada?

Asintió.

—Morgan ha hecho algo que lo mantiene oculto incluso de las habilidades del Consejo de Veteranos. Temía que pudiera venir aquí.

Querida cara de póker, no me falles ahora.

—Sería una locura —dije—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Enderezó los hombros y me miró con firmeza.

—Tal vez porque es inocente.

—¿Y?

—Hay ciertas personas que han solicitado permiso al Consejo de Veteranos para investigarte e interrogarte bajo la presunción de que eres el traidor que ha estado proporcionando información a la Corte Roja. —Apartó de nuevo la vista—. De entre ellos, Morgan ha sido uno de los más activos.

Respiré hondo.

—Me estás diciendo que como Morgan sabe que el traidor no es él mismo, cree que soy yo.

—Y podría acudir a ti en un intento de demostrar su inocencia, o si eso falla...

—Matarme —finalicé la frase, en voz baja—. Crees que si va a acabar cayendo de todos modos, puede haber decidido llevarse por delante al verdadero traidor antes de que le corten el cuello.

De repente me vi obligado a preguntarme si Morgan había aparecido en mi puerta por las razones que me había dado. Anastasia había sido su mentora cuando él era aprendiz. Lo conocía de casi toda la vida. Literalmente, desde hacía generaciones.

¿Y si su juicio respecto a él era mejor que el mío?

Por supuesto, Morgan no estaba en condiciones de matarme con sus propias

manos, pero no le haría falta. Lo único que tendría que hacer sería llamar a los centinelas y decirles dónde estaba. Había un montón de gente en el Consejo a quien yo no le gustaba. Caería junto a Morgan por prestar ayuda y cuidados a un traidor.

De repente me sentí ingenuo, vulnerable y tal vez un poco estúpido.

—Ya estaba bajo custodia —pregunté—. ¿Cómo consiguió escapar?

Luccio sonrió un poco.

—No estamos seguros. Pensó en algo que nosotros no. Y mandó a tres centinelas al hospital en su huida.

—Pero tú no crees que sea culpable.

—Yo... —Pensó durante unos segundos antes de continuar—. Me niego a permitir que el miedo me vuelva contra un hombre al que conozco y en el que confío. Pero no importa lo que yo piense. Hay pruebas suficientes como para matarlo.

—¿Qué pruebas? —pregunté.

—¿Además de haberlo encontrado junto al cadáver de LaFortier con un cuchillo manchado de sangre en la mano?

—Sí —dije—. Aparte de eso.

Se pasó los dedos por su cabello rizado.

—La información a la que tuvo acceso la Corte Roja solo la conocía un pequeño grupo de sospechosos, de los cuales él era uno. Tenemos registros telefónicos en los que él contactaba con frecuencia con un agente reconocido de la Corte Roja. También hemos localizado una cuenta a su nombre en el extranjero en la que se habían depositado hacía poco tiempo varios millones de dólares.

Resoplé, burlón.

—Sí, no hay duda de que ha sido él. Morgan el mercenario, el de los símbolos de dólar en los ojos.

—Lo sé —dijo—. A eso es a lo que me refiero cuando digo que el miedo nubla el entendimiento de la gente. Todos sabemos que la Corte Roja va a volver a atacarnos. Sabemos que, si no eliminamos al traidor, su primer golpe podría ser fatal. El Merlín está desesperado.

—Bienvenido al club —murmuré. Me froté los ojos y suspiré.

Ella me rozó el brazo de nuevo.

—Creí que tenías derecho a saberlo —dijo—. Siento no haber venido antes.

Cubrí su mano con la mía y la apreté con suavidad.

—Sí —dije—. Gracias.

—Tienes un aspecto horrible.

—Tú y tus hermosas palabras.

Me tocó la cara.

—Me quedan un par de horas antes de que tenga que volver al trabajo. Estaba pensando que una botella de vino y un masaje estarían bien.

Apenas pude reprimir un gemido de placer ante la mera idea de uno de los masajes de Anastasia. Lo que ella no supiese sobre infligir placer despiadado al

cuerpo dolorido de un hombre era porque aún no había sido inventado. Pero, maldita sea, si había algo cierto era que no podía llevarla a mi apartamento. Si se enteraba de lo de Morgan, y si de verdad la intención de este era traicionarme, me asustaba lo fácil que sería que la cabeza de ella acabase rodando por el suelo junto a la de él y la mía.

—No puedo —respondí—. Tengo que ir al hospital.

Se preocupó.

—¿Qué ha pasado?

—Un cambiapielos me siguió el rastro esta misma noche, hace apenas un rato, cuando estaba en casa de Billy Borden. Kirby está muerto y Andi en el hospital.

Contuvo el aire, dolida.

—*Dio*, Harry, lo siento mucho.

Me encogí de hombros. Mi visión se desenfocó por un instante y me di cuenta de que no se había tratado solo de una excusa para mantenerla alejada de mi casa. Kirby y yo no habíamos sido hermanos de sangre ni nada similar, pero él había sido un amigo, una parte habitual de mi vida. Sí, esa era la expresión, «había sido».

—¿Hay algo que pueda hacer? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Rectifiqué enseguida.

—En realidad, sí.

—Muy bien.

—Averigua todo lo que puedas sobre los cambiapielos. Voy a matar a este.

—De acuerdo.

—Mientras tanto —dije—, ¿hay alguna cosa que yo pueda hacer por ti?

—¿Por mí? —Hizo un gesto de negación—. Pero... a Morgan le vendría bien cualquier tipo de ayuda.

—Sí, claro —repliqué—, como si yo fuese a ayudar a Morgan.

Alzó las manos para poner paz.

—Lo sé, lo sé, pero yo no puedo hacer mucho. Todo el mundo sabe que fue mi aprendiz. Me están vigilando. Si intento ayudarlo de forma directa, me suspenderán como capitana de los centinelas. Eso en el mejor de los casos.

—¿No te encanta cuando a la justicia no le preocupan cosas tan nimias como la verdad?

—Harry —dijo—, ¿y si es inocente?

Me encogí de hombros.

—¿Como yo durante todos estos años? Estoy demasiado ocupado admirando la labor del karma como para echarle una mano a ese bastardo.

El Jaguar de Thomas pasó por el fondo del callejón, se subió a la acera y se detuvo. Miré hacia el coche.

—Ahí está mi transporte —dije.

Anastasia arqueó una ceja en dirección a Thomas y su Jaguar.

—¿El vampiro?

—Me debía un favor.

—Ya... —dijo. Su mirada hacia él no decía «Ñam, ñam». Parecía más bien la de alguien que calculase la dificultad para apuntar a un blanco móvil—. ¿Estás seguro?

Asentí.

—El Rey Blanco le ordenó que se portara bien. Lo hará.

—Hasta que deje de hacerlo.

—Los peatones no podemos elegir —dije.

—¿El Escarabajo ha muerto otra vez?

—Justo.

—¿Por qué no te buscas otro coche? —me preguntó.

—Porque el Escarabajo Azul es mi coche.

Anastasia me dedicó otra sonrisa leve.

—Me pregunto cómo lo haces para que algo así sea tan adorable.

—Es mi encanto natural —respondí—. Podría hacer parecer adorable una infección de hongos en el pie, si hiciera falta.

Puso los ojos en blanco, pero siguió sonriendo.

—Voy a regresar a Edimburgo para coordinar la búsqueda. Si hay algo que...

Asentí.

—Gracias.

Me puso las manos en las mejillas.

—Siento lo de tus amigos. Cuando esto termine buscaremos un lugar tranquilo para relajarnos.

Ladeé la cabeza para besarle la muñeca y estreché con suavidad sus manos entre las mías.

—Mira, no puedo hacerte ninguna promesa, pero si averiguo algo que pueda ayudar a Morgan, te lo haré saber.

—Gracias —dijo en voz baja.

Se puso de puntillas y me dio un beso de despedida. Luego se giró y se desvaneció entre las sombras del callejón.

Esperé a que se fuera para volverme y unirme a mi hermano en el Jaguar blanco.

—Maldita sea, esa chica está buena —dijo Thomas, saboreando las palabras—. ¿Dónde vamos?

—Deja de mirar —dije yo—. A mi casa.

Si Morgan iba a jugármela, sería mejor averiguarlo ya.

Thomas detuvo el Jaguar delante de la antigua casa de huéspedes donde se encontraba mi apartamento.

—Llevaré encima el móvil. Intenta llamarme antes de que empiecen a explotar cosas.

—Quizá esta vez sea distinto. Quizá lo solucione todo usando la vía de la razón, la diplomacia, el diálogo y la cooperación mutua.

Thomas me miró a los ojos.

Traté de parecer herido en mi orgullo.

—Podría suceder.

Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros, sacó una tarjeta de visita blanca, sencilla, con un número de teléfono y me la entregó.

—Usa este número. Es un duplicado.

Permanecí inexpresivo.

—Es un número supersecreto —me aclaró—. Nadie sabe que lo tengo, y si alguien rastrea tus llamadas y me busca, encontrarán a otro.

—Ah. Vale.

—¿Estás seguro de que no quieres montar a Morgan en el coche y que nos larguemos?

Negué con un pequeño movimiento.

—Antes he de ponerlo en antecedentes. Si aparezco con un vampiro se volverá loco. Loco como para intentar matarnos a los dos. —Salí del Jaguar, eché un vistazo a la casa y sacudí la cabeza—. Si sobrevives durante una docena de décadas haciendo lo que hace Morgan, la paranoia se vuelve un acto reflejo.

Thomas asintió.

—Cierto. Dame una hora o así para conseguir lo que necesitas. Llámame cuando lo hayas preparado para salir.

Miré el número, lo memoricé y guardé la tarjeta.

—Te pagaré todos los gastos.

Puso los ojos en blanco.

—Vete por ahí, Harry.

Resoplé y le dirigí un gesto de agradecimiento. Chocamos los nudillos, arrancó y el coche se perdió en la noche de Chicago.

Eché una mirada despacio a mi alrededor, a las formas familiares y oscuras de los edificios, con apenas unas pocas luces encendidas. Llevaba años viviendo en aquel vecindario. Sería fácil creer que podría identificar enseguida cualquier cosa fuera de lo normal. Pero, podéis pensar que estoy loco si queréis, había muchos jugadores en esta partida y solo Dios sabía qué clase de habilidades podrían usar.

No localicé a nadie preparándose para matarme para así llegar hasta Morgan. Eso



no significaba que no estuviesen allí.

—Si esto no es un acto reflejo paranoico —murmuré—, no sé qué lo es.

Me estremecí y bajé los escalones hacia mi apartamento. Mientras desarmaba los hechizos, volví a recordarme que debía reparar los agujeros de la puerta de seguridad de acero. Lo último que quería era que la señora Spunkelcrief, mi vieja casera medio sorda, empezase a preguntarme por qué parecía que a mi puerta le hubiesen disparado una docena de veces. Bueno, siempre podía decirle: «Porque eso es justo lo que ha pasado», pero esa no es la clase de conversación que uno tiene con su casera si quiere conservar su apartamento.

Abrí la puerta agujereada, entré, volví la vista hacia el dormitorio y me topé con una escena surrealista.

Morgan estaba fuera de la cama, sentado en el suelo con la espalda apoyada en ella y la pierna herida estirada. Tenía un aspecto horrible, pero sus ojos estaban entreabiertos y miraban con desconfianza.

Despatarrada en la entrada del dormitorio estaba mi aprendiz, Molly Carpenter. Molly era una joven alta con unas cuantas curvas muy bien puestas y un cabello largo hasta los hombros que, este mes, estaba teñido de un brillante tono zafiro. Llevaba unos vaqueros recortados y una camiseta sin mangas blanca. Sus ojos azules transmitían exasperación.

Estaba despatarrada en el suelo porque Ratón se encontraba más o menos tumbado encima de ella. No tenía echado todo su peso encima porque si no era probable que la hubiese acabado asfixiando, pero resultaba obvio que ella era incapaz de moverse.

—Harry —dijo Molly. Empezó a decir algo más, pero Ratón se reclinó un poco sobre ella y de repente lo único que pudo hacer fue boquear para conseguir algo de aire.

—¡Dresden! —gruñó Morgan casi al mismo tiempo. Cambió de postura, como si fuese a levantarse.

Ratón volvió la cabeza hacia Morgan y se lo quedó mirando fijamente, con los labios contraídos mostrando los colmillos.

Morgan permaneció quieto.

—Oh, Dios —suspiré.

Cerré la puerta y dejé la habitación en completa oscuridad. Eché los cerrojos, volví a armar los hechizos y entonces murmuré:

—*Flickum bicus*.

Agité la mano según hablaba y envié un pequeño esfuerzo de voluntad por la habitación. Las llamas de media docena de velas cobraron vida.

Ratón me observó con lo que hubiese jurado que era una mirada de reproche. Se quitó de encima de Molly, caminó despacio hasta el cuarto que me servía de cocina y, con toda deliberación, bostezó mientras me miraba antes de tirarse en el suelo para dormir. El significado estaba bien claro: ahora es tu problema.

—Eh... —balbuceé, pasando la mirada por Ratón, mi aprendiz y mi invitado—. Vale, ¿qué ha ocurrido aquí exactamente?

—La hechicera trató de atacarme mientras dormía —escupió Morgan.

Molly se puso de pie muy rápido, enfadada, con los puños tensos.

—¡Eso es ridículo!

—Entonces explica qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche —dijo Morgan—. ¿Qué motivación puedes tener para presentarte ahora?

—Estoy haciendo pociones de apoyo a la concentración —dijo con los dientes apretados, en un tono que sugería que había repetido aquello un centenar de veces—. El jazmín se mezcla de noche. Díselo, Harry.

Mierda. Con tantas emociones, había olvidado que al pequeño saltamontes le tocaba turno de trabajo de noche.

—Esto... —dije—. A lo que me refería era a cómo había acabado Ratón sentado encima de los dos.

—La hechicera reunió su voluntad y se preparó para atacarme —dijo Morgan con frialdad—. El perro intervino.

Molly puso los ojos en blanco y miró a Morgan llena de odio.

—Venga ya. Eres gilipollas.

El aire de la habitación pareció electrificarse un poco según el poder se empezó a reunir alrededor de la joven.

—Molly —le advertí con amabilidad.

Se volvió hacia mí, refunfuñando.

—¡Qué!

Me aclaré la garganta y la señalé con una mano.

Ella parpadeó y enseguida pareció entenderme. Cerró los ojos, inspiró con profundidad y exhaló despacio. En cuanto lo hizo, la sensación ominosa que provocaba aquella energía turbulenta se desvaneció. Molly agachó un poco la cabeza con un ligero rubor en las mejillas.

—Lo siento —dijo—, pero no ha sucedido así.

Morgan soltó un bufido.

No le hice caso.

—Continúa —le dije a Molly—. Habla.

—Él... Tan solo es que me puse tan furiosa —dijo Molly—. Me hizo enfadar tanto. No pude evitarlo. —Señaló a Ratón—. Y entonces él... me aplastó. Y no me dejaba levantarme, y tampoco le dejaba a Morgan moverse.

—Me parece que el perro tiene más sentido común que tú —dije. Alcé la vista hacia Morgan—. Más que los dos. Se supone que debes estarte quieto. ¿Quieres matarte tú solo?

—Reaccioné cuando se acercó —respondió Morgan con calma—. Y sobreviví. Sacudí la cabeza.

—Y tú —le dije a Molly—, ¿cuántos meses llevamos trabajando el control de las

emociones?

—Lo sé, lo sé —respondió—. Nunca es bueno usar la magia estando enfadada. Lo sé, Harry.

—Más te vale saberlo, sí —dije con tranquilidad—. Si es tan fácil que un viejo centinela amargado y acabado te toque las narices, el primer matón retrógrado que se acerque buscando una excusa para quitarte de en medio te meterá en un ataúd, alegará defensa propia y se irá de rositas.

Morgan enseñó los dientes en una expresión que apenas parecía una sonrisa.

—Tú lo sabes muy bien, ¿verdad, Dresden?

—¡Hijo de perra! —gritó Molly al tiempo que se volvía hacia Morgan, cogía un candelabro y lo blandía como una maza. La vela cayó al suelo.

Morgan permaneció inmóvil con la misma sonrisa macabra, sin inmutarse.

Me lancé al frente y logré agarrar a Molly del brazo justo cuando lo echaba hacia atrás, un segundo antes de que pudiera aplastarle el cráneo con ese candelabro macizo. Era una chica fuerte y me costó retenerla. Le clavé los dedos en la muñeca mientras con el otro brazo tiraba de su cintura para apartarla de él.

—¡No! —exigí—. ¡Maldita sea, Molly, no! —Tuve que levantarla del suelo para sacarla del dormitorio. Apreté más mis dedos sobre su muñeca—. Suelta el candelabro, Molly. Ahora.

Lanzó un grito de ira y también de dolor. Dejó caer el pesado candelabro, que hizo un ruido amortiguado sobre la alfombra que cubría el piso de hormigón. El aire a su alrededor crepitaba por el poder. Zumbaba sobre mi piel como un millar de diminutas chispas de electricidad estática en un invierno seco.

—No puede hablarte así —masculló Molly.

—Piensa —le dije con un tono duro pero comedido—. Acuérdate de nuestras lecciones. No son más que palabras, Molly. Busca la motivación que hay detrás de ellas. Él pretendía que reaccionases de esa manera. Eres tú la que le estás permitiendo que me avergüences.

Molly abrió la boca para protestar, enfadada, pero se obligó a cerrar el pico y apartó la vista. Permaneció rígida hasta que, tras medio minuto echando humo por las orejas, dijo con la voz más tranquila:

—Lo siento.

—No lo sientas —le contesté con tanta suavidad como pude—. Has de ser disciplinada. No puedes permitirte el lujo de dejar que nadie te haga enfadar así. Nunca.

Volvió a respirar hondo y exhaló. Sentí que comenzaba a calmarse, a aflojar la conexión mental con el poder que había reunido de forma instintiva.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo, Harry.

La solté despacio. Empezó a frotarse la muñeca derecha con la otra mano. Me sentí un poco mal por ella. Le había dejado unas cuantas marcas en la piel.

—Hazme un favor —le pedí—, ve con Ratón a recoger el correo.

—Estoy bien. No necesito... —empezó a decir. Cerró la boca, sacudió la cabeza y miró a Ratón.

El enorme perro se incorporó, se acercó a la cesta junto a la puerta, agarró la correa de piel con sus mandíbulas y la sacó. Entonces miró a Molly con la cabeza inclinada hacia un lado, moviendo la cola esperanzado.

Molly dejó escapar una risita arrepentida y se arrodilló para abrazar al perrazo. Enganchó la correa a su collar y los dos salieron por la puerta.

Me volví y eché un vistazo a la vela caída. La cera caliente se había derramado sobre una alfombra genuina de los indios navajos, pero no había ardido. Me agaché para recoger la vela y traté de limpiar la cera lo mejor que pude.

—¿Por qué? —pregunté con un tono severo.

—Es una forma de evaluar a un hombre —respondió—. Observar a sus alumnos.

—Tú no la has observado —le dije—. La has pinchado hasta que ha explotado.

—Es una hechicera confesa, Dresden —contestó—, culpable de uno de los crímenes más horribles y autodestructivos que un mago puede cometer. ¿Existe alguna razón por la que no deba ser puesta a prueba?

—Lo que has hecho ha sido cruel.

—¿De verdad lo ha sido? —preguntó—. Algún día se encontrará con otros que la tratarán con menos cortesía aún. ¿La estás preparando para que se maneje con ellos?

Lo miré con desprecio.

No se inmutó.

—No le haces ningún favor siendo blando con ella, Dresden —continuó con más calma—. No la estás preparando para aprobar unos exámenes. No recibirá una mala nota si suspende.

Me quedé en silencio un momento.

—¿Aprendiste a usar escudos cuando eras aprendiz? —le pregunté.

—Por supuesto. Fue una de mis primeras lecciones.

—¿Cómo te enseñó tu maestra?

—Me tiraba piedras —contestó.

Resoplé sin mirarlo.

—El dolor es una motivación excelente —dijo—. Y al mismo tiempo le enseña a uno a controlar sus emociones. —Inclinó la cabeza—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondí—. Ella podría haberte partido el cráneo, y lo sabes.

Me dedicó de nuevo aquella misma sonrisa inquietante.

—No se lo hubieras permitido.

Molly volvió a entrar en el apartamento con un puñado de cartas y papeles en la mano, entre ellos uno de esos estúpidos folletos de Circuit City que no paraban de enviarme. Cerró la puerta, reactivó los hechizos de protección y le quitó la correa a Ratón. El enorme perro fue a la cocina y se dejó caer en el suelo.

Molly puso el correo en la mesita de la sala, contempló a Morgan pensativa, sin expresión, e hizo un gesto hacia él.

—Entonces... ¿qué está haciendo aquí, jefe? —me preguntó.

Miré a Molly un segundo y después al propio Morgan.

—¿Qué opinas? —le pregunté a él.

Se encogió de hombros.

—Ya sabe lo suficiente como para verse implicada. Además, Dresden, si caes conmigo, nadie se hará cargo de ella. Su sentencia dejará de estar suspendida.

Apreté los dientes. Molly había hecho un par de malas elecciones unos años atrás. De hecho, había violado una de las Leyes de la Magia. El Consejo Blanco tiene una política muy dura para ese tipo de cosas. Sus reacciones empiezan por cortar cabezas, y a partir de ahí se vuelven cada vez menos tolerantes. Me había jugado la vida para defender la idea de que Molly no se había corrompido hasta la médula y de que iba a ser capaz de rehabilitarla. Cuando lo hice, sabía que estaba arriesgando mi propio futuro. Si Molly daba un paso en falso, me cargarían a mí con la responsabilidad y me condenarían a muerte veinte segundos más tarde que a ella misma.

A decir verdad, nunca había pensado que también fuese a funcionar a la inversa.

Aceptemos por un instante que la intención de Morgan era que lo atrapasen para así arrastrarme con él. Aquello significaba que Molly también caería. Se desharía con un solo movimiento de dos magos declarados hechiceros en su momento por el Consejo. Dos pájaros de un tiro.

Vaya mierda.

—De acuerdo —suspiré—. Supongo que ya estás metida en este asunto.

—¿Lo estoy? —Molly me miró con los ojos muy abiertos—. Hmm... ¿En qué asunto?

Se lo conté.

—No me gusta —se quejó Morgan mientras yo empujaba su silla de ruedas por la gravilla hacia la calle, donde se encontraba la furgoneta que había alquilado Thomas.

—Vaya, qué sorpresa —le respondí. Morgan pesaba mucho, incluso con la ayuda de la silla—. Te molesta cómo hago las cosas.

—Es un vampiro —dijo—. No se puede confiar en él.

—Puedo oírte —dijo Thomas desde el asiento del conductor.

—Lo sé, vampiro —respondió Morgan sin levantar la voz. Se volvió de nuevo hacia mí.

—Me debe un favor —dije—. Por aquel intento de golpe de estado en la Corte Blanca.

Morgan me fulminó con la mirada.

—Mientes.

—Por lo que a ti respecta, es verdad.

—No lo es —dijo, seco—. Me estás mintiendo.

—Vale, sí.

Volvió a mirar la furgoneta.

—Confías en él.

—Hasta cierto punto —admití.

—Idiota —dijo, aunque no pareció que lo hiciese con todas sus ganas—. No se puede confiar en un vampiro de la Corte Blanca aunque parezca sincero. Tarde o temprano, su demonio toma el control. Y entonces no eres más que su comida. Es su naturaleza.

Tuve un arranque de rabia, pero lo reprimí antes de que me hiciera hablar.

—Fuiste tú el que acudió a mí, ¿recuerdas? Si no te gusta cómo te ayudo, tú mismo, te largas de mi vida y listo.

Morgan me miró disgustado, se cruzó de brazos... y cerró la boca.

Thomas encendió las luces de emergencia de la furgoneta, parada en la calle, se bajó y abrió la puerta lateral. Se acercó a Morgan y levantó la silla de ruedas del centinela herido con el mismo esfuerzo que haría yo para mover la compra desde el carrito del supermercado al maletero. La metió en la furgoneta con cuidado mientras Morgan sujetaba la bolsa de la vía, colgada de un pequeño soporte de metal anclado al brazo de la silla.

No me quedó otro remedio que admirar a regañadientes al viejo mago. Era un hijo de perra muy duro. Sin duda sufriendo un dolor agónico, sin duda exhausto, sin duda teniendo que moverse entre los restos de su propio orgullo destrozado, aun así era lo bastante terco como para seguir siendo paranoico e insoportable. Si no lo estuviera pagando todo conmigo, quizá lo hubiese admirado incluso más.

Thomas cerró la puerta de Morgan, me miró poniendo los ojos en blanco y

regresó al asiento del conductor.

Molly llegó a mi lado, acelerada, cargando un par de mochilas y sosteniendo la correa de Ratón. Le hice un gesto y me entregó la mochila de nailon negro. Mi kit antiproblemas. Entre otras cosas contenía alimentos, agua, un botiquín, mantas de supervivencia, barras de luz química, cinta adhesiva, dos mudas de ropa, una navaja multiusos, doscientos dólares en efectivo, mi pasaporte y un par de mis libros de bolsillo favoritos. Siempre tenía aquella mochila preparada y a mano, por si se daba el caso de tener que largarme a toda prisa. Contaba con todo lo necesario para sobrevivir en el noventa por ciento de los lugares del planeta durante al menos un par de días.

Molly, por iniciativa propia, había comenzado a reunir su propio kit el mismo día que había descubierto la existencia del mío. Pero su mochila era rosa.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté en voz lo bastante baja como para que Morgan no me oyera.

Ella asintió.

—No puede quedarse solo. Tú no puedes quedarte con él. Thomas tampoco. Refunfuñé.

—¿Tengo que registrarte la mochila en busca de candelabros?

Negó con la cabeza, disgustada.

—No te sientas tan mal, pequeña —le dije—. Él tuvo un par de horas para irte llevando hasta esa situación. Y hablamos del mismo tío que casi te corta la cabeza durante todo aquel lío de la SplatterCon.

—No es eso —repuso en voz baja—. Fue por lo que te dijo. Por lo que te ha hecho.

Toqué su brazo con suavidad.

Me sonrió débilmente.

—Nunca... —siguió—. Nunca había sentido... tanto odio. De esa manera no.

—Tus emociones te pudieron. Eso es todo.

—No —insistió. Cruzó los brazos sobre el estómago, encorvando un poco los hombros—. Harry, te he visto dejarte la piel por ayudar a personas que estaban en problemas. Sin embargo, para Morgan eso no importa. No eres más que esa... esa cosa que hizo algo malo una vez y nunca serás nada más, nunca.

Ajá.

—Pequeña —le dije con parsimonia—, tal vez deberías pararte a pensar con quién estabas enfadada en realidad.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—Quiero decir que existe una razón por la que saltaste cuando la tomó conmigo. Tal vez el hecho de que se tratara de Morgan fuese solo una mera coincidencia.

Pestañeó varias veces, pero no lo bastante rápido como para impedir que le cayera una lágrima.

—Hiciste algo malo una vez —proseguí—. Eso no te convierte en un monstruo. Cayeron dos lágrimas más.

—¿Y si es así? —Se secó las mejillas con un movimiento brusco, frustrado—. ¿Y si es así, Harry?

Asentí.

—Porque si Morgan tiene razón —dije— y yo soy una bomba de relojería y estoy intentando rehabilitarte, tú no tendrás ni una maldita oportunidad. Vale, lo pillo.

Apretó los labios. Su voz sonó tensa.

—Justo antes de que Ratón me tirase al suelo, quería... hacerle cosas a Morgan. A su mente. Hacer que actuara de manera diferente. Estaba tan enfadada... y me parecía bien.

—Sentir algo y actuar a partir de ese algo son dos cosas distintas.

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿quién querría hacer eso, Harry? ¿Qué clase de monstruo sentiría algo así?

Me colgué la mochila de un hombro para poder ponerle las manos en la cara y hacer que me mirase. Los ojos se le habían vuelto muy azules por las lágrimas.

—La humanidad entera. Molly, eres una buena persona. No permitas que nadie te quite esa idea de la mente. Ni siquiera tú misma.

Ya no se molestó en tratar de contener las lágrimas. Le tembló el labio. Tenía los ojos muy abiertos y las mejillas le ardían bajo mis dedos.

—¿Es... Estás seguro?

—Sí.

Agachó la cabeza y le temblaron los hombros. Me incliné para apoyar mi frente contra la suya. Nos quedamos así un momento.

—Todo está bien contigo —le dije en voz baja—. No eres un monstruo. Vas a estar estupendamente, pequeño saltamontes.

Unos golpecitos secos y agudos nos interrumpieron. Giré el cuello y me encontré a Morgan fulminándome con la mirada. Tenía en la mano un reloj de bolsillo (lo juro por Dios, un auténtico reloj de bolsillo de oro) y daba con impaciencia toquitos en él con el dedo índice.

—Capullo —murmuró Molly, sorbiéndose la nariz—. Pedazo de capullo gruñón.

—Sí, pero tiene su parte de razón. Tic, tac.

Se frotó la nariz con una mano y se recompuso.

—Vale —dijo—. Vamos.

El complejo de espacios de almacenamiento de alquiler se encontraba a un par de manzanas de Deerfield Square, en una zona residencial bastante exclusiva del norte de Chicago. La mayoría de los edificios cercanos tenían un uso residencial, y resultaba difícil avanzar más de un cuarto de hora sin encontrarse con un coche patrulla.

Había escogido aquel escondrijo por una sencilla razón: cualquier persona sospechosa destacaría en ese ambiente de clase media alta como una mancha de



mostaza bajo una luz negra.

Por supuesto, mi idea funcionaría mejor aún si yo no pareciese una de ellas.

Abrí la verja de seguridad con mi llave y Thomas condujo la furgoneta hacia mi trastero, una unidad de almacenamiento del tamaño de un garaje para dos coches. Abrí la cerradura de la puerta de acero y la levanté mientras Thomas sacaba a Morgan del vehículo. Molly salió justo después y, cuando le hice una seña, empujó la silla de Morgan hacia el interior. Ratón descendió y nos siguió. Bajé la puerta de nuevo e invoqué la luz de mago en el amuleto, que sostenía en la mano derecha. Su brillo azul y blanco llenó el lugar.

El interior estaba casi vacío. Había una tienda de campaña con un saco de dormir y una almohada situada más o menos en el centro de la unidad junto a un baúl que había llenado de alimentos, agua embotellada, velas y otros suministros. Había un segundo baúl junto al primero y contenía armas y artilugios mágicos; una vara explosiva de repuesto y todo tipo de pequeños objetos útiles que podía usar para una sorprendente variedad de trabajos taumatúrgicos. Al otro lado había un inodoro portátil con un par de jarras de líquido desinfectante.

El suelo, las paredes y el techo estaban cubiertos de sellos, runas y fórmulas mágicas. No eran hechizos de protección reales como los que tenía en mi casa, pero funcionaban bajo los mismos principios. Sin un umbral sobre el que haberlas creado, ni una sola de esas fórmulas era demasiado poderosa. Pero había muchas. Comenzaron a brillar con un resplandor plateado al reflejar la luz de mi amuleto.

—Guau —dijo Molly, mirando despacio a su alrededor—. ¿Qué es este sitio, Harry?

—Un escondrijo que monté el año pasado por si necesitaba un lugar tranquilo donde no tener mucha compañía.

Morgan también observaba. Su rostro estaba pálido y demacrado por el dolor. Recorrió el lugar con la mirada.

—¿De qué es esa mezcla? —preguntó.

—Ocultación y alejamiento, sobre todo —respondí—. Además de una jaula de Faraday.

Asintió sin dejar de mirar a su alrededor.

—Parece adecuado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Molly—. ¿Una jaula de qué?

—Así llaman a la forma de proteger un equipo de los impulsos electromagnéticos —le dije—. Construyes una jaula de material conductor alrededor de la cosa que deseas proteger, y si un impulso la recorre, la energía se canaliza hacia la tierra.

—Como un pararrayos —dijo Molly.

—Más o menos —contesté—. Solo que, en lugar de electricidad, el mío está diseñado para detener magia hostil.

—Una sola vez —me corrigió Morgan con desdén.

—Sin un umbral no puedes hacer mucho más —refunfuñé—. La idea es

protegerse de un asalto sorpresa el tiempo suficiente como para ser capaz de salir por la puerta trasera y echar a correr.

Molly observó la parte posterior de la unidad de almacenamiento.

—No hay puerta, Harry. Es una pared. Es algo así como lo contrario a una puerta.

Morgan señaló con la cabeza la esquina posterior del lugar, donde una gran superficie rectangular en el suelo aparecía despejada de runas o marcas de cualquier clase.

—Ahí —dijo—. ¿Dónde lleva?

—A tres pasos de uno de los senderos señalizados donde el Consejo tiene derecho de paso en el territorio Unseelie —respondí. Indiqué con un gesto la caja de cartón que había sobre el rectángulo—. Hace frío allí. Hay un par de abrigos en la caja.

—Un pasaje al Nuncamás —susurró Molly—. No había pensado en eso.

—Con suerte, el que venga a por mí tampoco —dije.

Morgan me miró de reojo.

—Uno no puede evitar pensar que este lugar parece ideal para esconderse y dar refugio a un fugitivo de los centinelas.

—Hmm... —dije—. Ahora que lo mencionas, sí. Sí, de verdad parece adecuado para eso. —Le dediqué una expresión inocente—. Solo es una extraña coincidencia, seguro. Es que soy uno de esos lunáticos paranoicos.

Morgan me seguía mirando con desconfianza.

—Acudiste a mí por una razón, Risitas —seguí—. Además, no había pensado tanto en los centinelas como en... —Negué con la cabeza y cerré la boca.

—¿En quién, Harry? —preguntó Molly.

—No sé quiénes son —contesté—, pero han estado involucrados en varias cosas últimamente. El Darkhallow, Arctis Tor y el golpe de estado en la Corte Blanca. Están demasiado versados en magia. Yo los llamo el Consejo Negro.

—No hay ningún Consejo Negro —soltó Morgan, tan rápido que solo podía tratarse de un acto reflejo.

Molly y yo intercambiamos una mirada.

Morgan resopló, impaciente.

—Cualquier acción que haya podido tener lugar ha sido obra de renegados que actuaban por su cuenta —afirmó—. No existe ninguna conspiración organizada contra el Consejo Blanco.

—Ya —dije—. Dios, pensaba que justo tú apoyarías la idea de una conspiración.

—El Consejo no está dividido —sentenció con la voz más dura y fría que jamás le había oído—, porque en cuanto nos volvamos los unos contra los otros estaremos acabados. No existe el Consejo Negro, Dresden.

Levanté las cejas.

—Desde mi punto de vista, el Consejo se ha estado volviendo contra mí durante la mayor parte de mi vida —dije—. Y eso que soy miembro. Tengo túnica y todo.

—Eres —escupió Morgan—, eres... —Estuvo a punto de ahogarse antes de dejar

escapar un suspiro y terminar la frase—. Muy irritante.

Le sonreí.

—Eso es lo que dice el Merlín, ¿verdad? No existe ninguna conspiración contra el Consejo.

—Es la posición de todo el Consejo de Veteranos —contraatacó Morgan.

—Está bien, tipo listo —dije—. Entonces explícame qué te ha pasado a ti.

Me volvió a mirar mal, rojo de ira.

Asentí como si me hubiese dado la razón. Me volví hacia Molly.

—Este lugar debería protegerte de la mayoría de hechizos de seguimiento —le dije—. Y los hechizos de alejamiento deberían impedir que alguien pase por casualidad y se ponga a hacer preguntas.

Morgan soltó algo así como un gruñido.

—Sugerencias, no quejas —dije, exasperado—. Son de uso común y lo sabes.

—¿Qué debo hacer si viene alguien? —preguntó Molly.

—Un velo y a correr —respondí.

Negó con la cabeza, preocupada.

—No sé cómo abrir un camino al Nuncamás, Harry. No me has enseñado aún.

—Yo puedo enseñarle —dijo Morgan.

Nos callamos y lo miramos, sorprendidos.

Él permaneció muy quieto durante un segundo.

—Puedo hacerlo. Si se fija, quizá aprenda algo. —Me lanzó una mirada asesina—. Pero los portales se abren en ambos sentidos, Dresden. ¿Y si entra algo por ahí?

Ratón se dirigió al espacio abierto y se recostó a unos diez centímetros de él. Suspiró, se acomodó un poco y se volvió a dormir, aunque sus orejas saltaban con cada pequeño ruido.

Me acerqué al primer baúl y lo abrí, saqué un brik de zumo y se lo tendí.

—Tienes el azúcar bajo. Eso te pone de mal humor. Pero si llega un visitante inesperado del otro lado... —Me dirigí al segundo baúl, lo abrí y saqué una escopeta con el cañón recortado muy por debajo de la longitud mínima legal. La comprobé y se la pasé a Molly—. Está cargada con una mezcla de balas de acero y sal. Entre esto y Ratón, debería bastar para desanimar a cualquiera que entre.

—Bien —dijo Molly. Examinó la cámara del arma, la abrió y metió un cartucho. Comprobó el seguro y asintió.

—Le has enseñado a manejar armas pero no a abrir pasajes al Nuncamás —dijo Morgan.

—Ya hay suficientes problemas aquí, en el mundo real —respondí.

Morgan soltó otro gruñido.

—Bastante cierto. ¿Adónde irás tú?

—Al único lugar al que puedo ir.

Asintió.

—A Edimburgo.

Me volví hacia la puerta y la abrí. Miré a Morgan y luego a Molly, él con su brik de zumo, ella con su escopeta.

—Y vosotros dos portaos bien.

Magos y tecnología no son cosas que convivan demasiado bien, y eso hace que los viajes se vuelvan complicados. Parece que el efecto de algunos magos sobre los aparatos es más perjudicial que el de otros, pero si existe alguno en el mundo que se lleve peor con las máquinas que yo, no lo he conocido aún. De un par de veces que he subido a un avión, una he tenido una mala experiencia. Solo una. Después de que los ordenadores y los sistemas de navegación se estropearan, y después de que tuviésemos que hacer un aterrizaje de emergencia en un aeropuerto comercial diminuto, no me ha apetecido repetir el mal trago.

Los autobuses son mejores, sobre todo si te sientas al fondo, pero también dan problemas. No he viajado en ninguno durante más de quinientos o seiscientos kilómetros sin que acabáramos averiados a un lado de la carretera en medio de la nada. Los coches pueden ser útiles, sobre todo si se trata de modelos viejos. Cuanta menos electrónica, mejor. Sin embargo, incluso estos tienden a dar problemas de forma recurrente. Nunca he tenido un coche que funcionase bien más de quizá nueve de cada diez días. Y en general era incluso peor.

Los trenes y barcos son ideales, sobre todo si te mantienes bien lejos de los motores. La mayoría de los magos, cuando viajan, utilizan esos dos medios. O hacen trampa, como estaba a punto de hacer yo.

Al comienzo de la guerra contra las cortes vampíricas, el Consejo Blanco, con la ayuda de cierto mago e investigador privado de Chicago cuyo nombre no revelaré, negoció el uso de los caminos controlados por la Corte Unseelie en los confines del Nuncamás. El Nuncamás, el mundo de los fantasmas, espíritus y seres fantásticos de todo tipo, existe junto a nuestra realidad pero no tiene la misma forma. Eso significa que en ciertos lugares el mundo de los mortales se comunica con el Nuncamás en dos puntos que, si bien en este pueden encontrarse muy próximos entre sí, en el reino mortal están muy lejos el uno del otro. En resumen, el uso de los caminos implicaba que cualquiera que supiese abrir un portal entre los dos mundos podía tomar un atajo enorme.

En este caso, suponía que yo podía hacer el viaje desde Chicago, Illinois, a Edimburgo, Escocia, en una media hora.

El punto de entrada más cercano hacia mi destino en el Nuncamás se hallaba en un callejón oscuro detrás de un edificio que una vez había albergado una planta de envasado de carne. Habían muerto un montón de cosas allí, no todas de una manera limpia y no todas habían sido vacas. Sobre aquel sitio pesaba la siniestra sensación de aquello que es irrevocable, una especie de temor a lo efímero que pendía en el aire de una forma tan sutil que alguien poco observador no lo percibiría jamás. En el centro del callejón, una escalera de hormigón descendía hacia una puerta atrancada con maderas y cadenas. Hablemos de cómo ser exagerados.

Bajé por los escalones, cerré los ojos y extendí mis sentidos sobrenaturales, no hacia la puerta, sino hacia la pared de cemento junto a ella. Podía sentir lo delgado que era el mundo justo en aquel punto. Allí la energía palpitaba y vibraba bajo la aparente dureza de la superficie de la realidad.

Era una noche calurosa en Chicago, pero no lo sería en los caminos. Llevaba puesta una camisa de manga larga, unos pantalones vaqueros y dos pares de calcetines bajo un calzado de senderismo. El pesado abrigo de cuero me hacía sudar. Reuní mi voluntad y extendí la mano para abrir un camino entre dos mundos.

—*Aparturum* —susurré.

Siendo sinceros, suena un poco más dramático que como en realidad se ve. La superficie de la pared de hormigón se onduló con un destello fugaz de colores y comenzó a emitir un resplandor suave. Respiré hondo, aferré el bastón con las dos manos y avancé directo hacia el cemento.

Mi cuerpo atravesó lo que debería haber sido un muro de piedra y fui a parar a un bosque oscuro cubierto de escarcha y de una fina capa de nieve. Por suerte, esa vez el terreno de Chicago estaba más o menos al mismo nivel que el del Nuncamás. La vez anterior había habido una diferencia de diez centímetros que no esperaba y había terminado de culo en la nieve. No era para tanto, supongo, pero esa parte del Nuncamás estaba llena a reventar de cosas que no querías que te considerasen torpe o vulnerable.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor para orientarme. El bosque tenía el mismo aspecto que las otras tres veces que lo había cruzado. La ladera de una colina descendía por delante de mí y, por detrás, ascendía sin pausa hacia la noche. En la cima de la pequeña montaña donde me encontraba, según me habían contado, existía un desfiladero estrecho y muy frío que conducía al interior de las Montañas Unseelie; a Arctis Tor, la fortaleza de Mab. Más abajo, el terreno formaba estribaciones que luego se convertían en las llanuras donde terminaba la autoridad de Mab y empezaba la de Titania, la Reina del Verano.

Estaba en un cruce de caminos, algo bastante apropiado ya que venía de Chicago, una de las grandes encrucijadas del mundo. Un sendero recorría la montaña de arriba abajo. El otro lo atravesaba en un ángulo recto casi perfecto y avanzaba a lo largo de la ladera. Tomé el camino a la izquierda y seguí por esa ladera en el sentido contrario a las agujas del reloj, algo que los lugareños llaman sinistrorso. El sendero discurría entre árboles helados y de ramas curvadas por el peso de la escarcha y la nieve.

Me movía rápido, aunque no tanto como para resbalar y torcerme un tobillo o abrirme la cabeza con una rama baja. El Consejo Blanco había obtenido el permiso de Mab para cruzar el bosque, pero eso no lo convertía en un lugar seguro.

Lo descubrí por mí mismo tras unos quince minutos de marcha, cuando de repente empezó a caer con suavidad nieve de los árboles que había a mi alrededor y varias figuras negras y sigilosas bajaron de ellos y me rodearon. Todo sucedió muy rápido, en un silencio perfecto. Eran una docena de arañas del tamaño de ponis, unas

sobre el terreno helado y otras aferradas a los troncos y ramas de los árboles que había en torno a mí. Eran criaturas de cuerpo suave y bordes afilados como las arañas tejedoras, de extremidades largas, gráciles y de aspecto letal. Se movieron con una precisión casi elegante. Sus cuerpos, de tonos entre gris, azul y blanco, se fundían con la noche nevada.

Una araña que había bajado justo hasta el sendero frente a mí levantó las dos patas delanteras a modo de advertencia y me mostró unos colmillos del tamaño de mi antebrazo, de los que chorreaba un veneno de color lechoso.

—Alto, cosa humana —dijo la criatura.

Aquello daba más miedo que la simple aparición de arácnidos de tamaño familiar. Entre sus colmillos distinguí una boca que se movía, una que parecía perturbadoramente humana. Sus múltiples ojos brillaban como cuentas de obsidiana. La voz era algo que piaba y a la vez zumbaba.

—Alto, aquel cuya sangre nos calentará. Alto, intruso en el bosque de la Reina del Invierno.

Me detuve y contemplé el círculo de arañas. Ninguna de ellas parecía más grande o pequeña que las otras. Si tuviese que abrirme paso luchando, no habría ningún punto débil que pudiese aprovechar.

—Saludos —dije—. No soy un intruso, honorables cazadores. Soy un mago del Consejo Blanco, y los míos y yo contamos con el permiso de la reina para recorrer estos senderos.

El aire a mi alrededor tembló con los murmullos, los siseos y los chasquidos.

—Las cosas humanas hablan a menudo con falsas lenguas —dijo la araña líder a la vez que sus extremidades delanteras cortaban el aire, agitadas.

Levanté mi bastón.

—Supongo que también llevan siempre uno de estos, ¿eh?

La araña siseó, el veneno burbujeó en las puntas de sus colmillos.

—Muchas cosas humanas portan un palo largo semejante, mortal.

—Cuidado, Patas —le advertí—. Hablo con frecuencia con la propia reina Mab. No creo que quieras seguir por ese camino.

Las patas de la araña hicieron un movimiento ondulante, y se acercó a mí casi un metro. Las otras arañas hicieron lo mismo; todas se aproximaron más. Aquello no me gustaba, ni un poco siquiera. Si una de ellas me saltaba encima las tendría a todas sobre mí enseguida, y había demasiadas de aquellas malditas y enormes cosas como para poder defenderme bien.

La araña se echó a reír con un sonido hueco y burlón.

—Los mortales que hablan con la reina no viven para contarlo.

—Miente —sisearon las otras arañas. La palabra sonó como un zumbido leve a mi alrededor—. Y su sangre es caliente.

Contemplé todos aquellos colmillos enormes y me vino a la cabeza la imagen clara e incómoda de Morgan metiendo la pajita en ese condenado brik de zumo.

La araña que estaba frente a mí osciló un poco a la izquierda y otro poco a la derecha, un movimiento elegante cuyo único objetivo era distraer mi atención del hecho de que se había acercado a mí otros treinta centímetros.

—Cosa humana, ¿cómo vamos a saber lo que eres en realidad?

En mi opinión profesional, rara vez te dan oportunidades tan buenas.

Impulsé la punta del bastón hacia el frente junto con mi voluntad, la cual concentré en un área del tamaño de mi puño.

—*Forzare!* —grité.

Una fuerza invisible golpeó a la araña líder justo en el centro de aquella boca inquietante. Levantó del suelo las ocho patas de la gran bestia y la lanzó por el aire cinco metros hacia atrás contra el tronco de un roble enorme. La araña se aplastó contra él con un sonido espantoso, como si hubiera reventado una gigantesca botella de agua. Rebotó en el árbol y cayó en el suelo helado mientras sus patas temblaban y se sacudían con espasmos. Alrededor de ciento cincuenta kilos de nieve desprendida por el impacto cayeron desde las ramas y dejaron el cuerpo semienterrado.

Todo se quedó inmóvil, en silencio.

Entorné los ojos y recorrí con la mirada aquel círculo de arácnidos monstruosos. No dije nada.

La araña más cercana a su compañera muerta movió el peso de su cuerpo de una pata a otra con precaución. Entonces, en un tono de voz mucho más bajo, gorjeó:

—Permitid pasar al mago.

—Permitidle pasar de una maldita vez —murmuré para mí.

Eché a andar como si tuviera intención de aplastar cualquier otra cosa que se me interpusiera.

Las arañas se dispersaron. Seguí caminando sin detenerme, sin romper el paso y sin mirar hacia atrás. No sabían lo rápido que me latía el corazón o lo que me temblaban las piernas por culpa del miedo. Y, mientras no se dieran cuenta, todo iría bien.

Después de cien metros o así, volví la vista atrás. Vi entonces a las arañas reunidas alrededor del cuerpo de su compañera muerta. La estaban envolviendo en seda mientras sus colmillos se retorcían y se agitaban hambrientos. Sentí un escalofrío y se me revolvió el estómago.

Hay una cosa con la que puedes contar cuando visitas el Nuncamás: jamás te aburres.

Abandoné el camino del bosque para tomar un sendero junto a un árbol cuyo tronco había sido marcado con un pentáculo. Los árboles eran aquí de hoja perenne y se apiñaban a los lados. Había cosas que se movían entre la vegetación, fuera del alcance de mi vista. Hacían pequeños ruidos al escabullirse, y a duras penas llegaba a escuchar susurros agudos y voces sibilantes que venían del bosque que me rodeaba. Aterrorador, aunque apropiado para el lugar.

El sendero conducía a un claro en el bosque. En el centro había un montículo de



tierra de una docena de metros de ancho y casi los mismos de alto, cubierto de gran cantidad de piedras y enredaderas. Unas losas enormes de roca formaban los lados y el dintel de una puerta negra. Una figura solitaria con capa gris permanecía junto a la puerta, un joven delgado con aspecto de estar en forma, con pómulos tan afilados como para rallar pan y ojos color azul cobalto. Bajo la capa gris llevaba un traje caro de cachemira azul oscuro, camisa color crema y corbata de tono cobre metalizado. Un bombín negro coronaba el conjunto y, en lugar de un bastón como el mío o una vara explosiva, llevaba en su mano derecha un bastón de paseo de pomo plateado.

Lo tenía extendido hacia delante y me apuntaba con él. Me observaba con los ojos entornados, serios, según me acercaba por el sendero.

Me detuve y saludé con la mano.

—Tranquilo, Steed.

Bajó el bastón y una sonrisa transformó su rostro hasta hacerlo parecer unos diez años más joven.

—Ah —dijo—. Un *look* no demasiado obvio, espero.

—Es un clásico —respondí—. ¿Cómo vas, Chandler?

—Mi elegante culo se está congelando —dijo, jovial, con su refinado acento del mismísimo Oxford—, pero aguanto gracias a mi extraordinaria cuna, a mis años de preparación académica y a toneladas métricas de flema británica. —Aquellos intensos ojos azules me echaron un vistazo de nuevo y, aunque su expresión no cambió, su voz sonó algo preocupada—. ¿Cómo estás, Harry?

—Una noche larga —dije a la vez que avanzaba—. ¿No se supone que deberíais ser cinco como tú los que vigilaseis la puerta?

—¿Cinco como yo custodiando la puerta? ¿Te has vuelto loco? El poder de tanto estilazo concentrado desintegraría a cualquier visitante con solo mirar.

Estallé en una carcajada breve.

—¿Debes utilizar tus poderes solo para el bien?

—Correcto, y eso haré. —Inclinó la cabeza, pensativo—. No recuerdo la última vez que te vi por aquí.

—Solo vine de visita en una ocasión —dije—, y eso fue hace unos años, justo después de que me reclutaran.

Chandler asintió, serio.

—¿Qué te trae de Chicago?

—Me he enterado del asunto de Morgan.

La expresión del joven centinela se oscureció.

—Sí —dijo en voz baja—, es... difícil de creer. ¿Has venido para ayudar a encontrarlo?

—He encontrado a otros asesinos antes. Imagino que puedo hacerlo de nuevo. —Hice una pausa. Por alguna razón, Chandler solía trabajar casi siempre cerca del Consejo de Veteranos. Si alguien estaba al tanto de los rumores, era él—. ¿Con quién crees que debería hablar de ello?

—La maga Liberty coordina la búsqueda —respondió—. El mago Escucha el Viento se encarga de investigar la escena del crimen. Anciana Mai está difundiendo el mensaje al resto del Consejo para convocar una sesión de emergencia.

Asentí.

—¿Qué hay del mago McCoy?

—A la espera con un equipo de asalto, según las últimas noticias que tengo —respondió Chandler—. Es uno de los pocos de los que se puede esperar razonablemente que derrote a Morgan.

—Sí, Morgan es como un grano en el culo. Bien pensado. —Temblé y di golpecitos con los pies en el suelo para entrar un poco en calor—. Tengo cierta información que les va a interesar. ¿Dónde puedo encontrarlos?

Chandler lo meditó.

—Anciana Mai debería estar en el Salón Cristalino, la maga Liberty se encuentra en las oficinas, el mago McCoy debe andar cerca de la Sala de Guerra y el mago Escucha el Viento y el Merlín están en las habitaciones de LaFortier.

—¿Y el Guardián de la Puerta? —le pregunté.

Chandler se encogió de hombros.

—Guardando la puerta, me atrevería a decir. Al único mago al que veo con menos frecuencia que a ti es a él.

Asentí.

—Gracias, Chandler.

Me coloqué frente él con gesto serio y adopté una voz solemne y formal para seguir los protocolos de seguridad de más de cinco siglos de antigüedad.

—Solicito entrada a los Salones Ocultos, oh, centinela. ¿Puedo pasar? —dije.

Me miró un momento y afirmó con la cabeza de forma lenta, regia, con los ojos centelleando.

—Sé bienvenido a la sede del Consejo Blanco. Entra en paz y parte en paz.

Asentí y avancé a través del pasaje abovedado.

Entraba en paz, eso seguro. Pero si el asesino merodeaba por allí y descubría lo que estaba tramando, no partiría en paz.

Partiría en pedazos.

Los Salones Ocultos de Edimburgo eran el reducto y la fortaleza del Consejo Blanco de la Magia desde tiempos inmemoriales. Bueno, en realidad esto último no es cierto. Solo había sido nuestro cuartel general desde hacía algo menos de quinientos años.

El Consejo Blanco ha existido desde la época prerromana, de una forma u otra, y su sede ha ido cambiando de tanto en tanto de un lugar a otro. Alejandría, Cartago, Roma (estuvimos en el Vaticano durante los primeros días de la Iglesia, aunque resulte difícil de creer), Constantinopla y Madrid han sido residencia del mando del Consejo en un momento u otro. Sin embargo, desde finales de la Edad Media ha estado ubicado en los túneles y catacumbas excavados en la dura roca de Escocia.

La red de túneles de Edimburgo es aún más amplia que la que existe bajo la ciudad de Chicago e infinitamente más estable y robusta. Las instalaciones centrales del complejo se encuentran a mucha profundidad bajo el mismísimo Auld Rock, el castillo de Edimburgo, donde reyes y reinas, doncellas y caballeros se han desafiado, asediado, traicionado y asesinado los unos a los otros desde la era precristiana.

Existe una razón por la que siempre ha habido una fortaleza en ese lugar desde que la humanidad tiene recuerdo: está en una de las mayores convergencias de líneas ley del mundo. Las líneas ley son las corrientes naturales de energía mágica que atraviesan el planeta. Son la forma más poderosa de magia que conoce el hombre, y las líneas que se cruzan bajo tierra en lo profundo de Auld Rock poseen una cantidad increíble de poder puro, a la espera de que lo aproveche alguien muy hábil o muy tonto.

Me topé con una línea ley nada más dar tres pasos en los Salones Ocultos. Sentí su energía estremeciéndose bajo mis pies, fluyendo como un río subterráneo enorme y silencioso. Caminé más rápido, nervioso de una manera irracional ante la idea de que me arrastrase con ella, hasta que solo pude percibirla como una vibración tenue que disminuía bajo el suelo.

No necesité invocar luz. Unos cristales fijados en las paredes brillaban en un arcoíris de colores suaves que bañaban el lugar con una iluminación ambiental tenue. El túnel era antiguo, ruinoso, frío y húmedo. El agua siempre parecía dispuesta a condensarse en un rocío casi helado en cuanto alguien exhalaba o cuando pasaba un cuerpo caliente.

El túnel era tan ancho como mis brazos extendidos y tenía quizá dos metros y medio de alto. Una serie de esculturas en bajorrelieve cubrían los muros. Algunas de ellas representaban lo que me habían contado que habían sido los acontecimientos históricos importantes del Consejo Blanco. No reconocía a nadie en las imágenes, así que no tenía mucho contexto para ubicarlas. En general me resultaban muy parecidas a las miles de figuras toscas del tapiz de Bayeux. El resto de las tallas eran hechizos de protección; auténticos campeones mundiales de los pesos pesados. No sabía qué

hacían, pero sentía el poder letal que había tras ellos, así que pasé a su lado con precaución según me adentraba más en el complejo.

El túnel de entrada desde el Nuncamás tenía unos cuatrocientos metros y descendía con suavidad todo el camino. Cada doscientos metros o así había una puerta de metal guardada por un centinela junto con un par de las estatuas de perros del templo de Anciana Mai. Eran cosas con un lomo de un metro de alto que parecían salidas de una película de Godzilla. Aquellos mazacotes tallados en piedra se mostraban sentados, inertes e inmóviles, pero yo sabía que eran capaces de cobrar vida en apenas un instante y de volverse muy peligrosos. Traté de imaginar lo que supondría enfrentarse a un par de agresivas estatuas de perros del templo en aquel pasillo no muy ancho. Decidí que preferiría pelear mano a mano contra un tren que me viniese encima en el metro. Por lo menos la cosa acabaría rápido.

Intercambié saludos corteses con los centinelas de guardia hasta que atravesé el último punto de control y entré en el cuartel general propiamente dicho. Entonces extraje un mapa doblado del bolsillo de mi guardapolvo, entorné los ojos para verlo mejor e intenté orientarme. El trazado de los túneles era complejo y resultaría fácil perderse.

¿Por dónde empezar?

Si el Guardián de la Puerta hubiera estado por allí, habría ido en su busca antes de nada; Rashid había sido mi protector y aliado en más de una ocasión, Dios sabía por qué. Yo no tenía lo que se podría llamar una buena relación con el Merlín. Apenas conocía a Martha Liberty o a Escucha el Viento. Consideraba a Anciana Mai una persona pequeña que daba mucho miedo. Eso solo me dejaba a Ebenezer.

Me encaminé hacia la Sala de Guerra.

Necesité casi media hora para llegar. Como había dicho, el complejo de túneles era enorme y, después de cómo la guerra había reducido las filas del Consejo, parecía más solitario y vacío que nunca. Mis pasos resonaron huecos entre las paredes de piedra durante muchos minutos sin que hubiera ningún otro sonido.

Me sentía muy incómodo en los Salones Ocultos. Creo que era por el olor. De joven, cuando me habían arrastrado ante el Consejo para ser juzgado por violar la Primera Ley de la Magia, me habían traído a Edimburgo. El olor a moho, humedad y piedra del lugar era casi todo lo que había percibido mientras había esperado encapuchado y atado en una celda durante un día entero. Recuerdo el frío terrible y el dolor de mis músculos agarrotados después de tantas horas sujeto de pies y manos. Recuerdo haberme sentido más solo que nunca en toda mi vida mientras aguardaba el desenlace de lo que quisiera que fuese a pasar.

Había pasado miedo. Mucho miedo. Tenía dieciséis años.

Aquel era el mismo olor, un aroma con el poder de reanimar los cadáveres de algunos de mis más oscuros recuerdos y de traerlos de vuelta arrastrándose hacia mis pensamientos. Necromancia psicológica.

—Cereebros —gemí en voz baja.

Si no puedes evitar que te visiten los malos pensamientos, al menos puedes burlarte de ellos mientras andan por ahí.

En un inverosímil arranque de lógica, la Sala de Guerra se ubicaba entre las habitaciones centrales del Consejo de Veteranos y los barracones de los centinelas, los cuales incluían una pequeña cocina. El aroma a pan horneado se abría paso a través de la humedad mohosa del túnel, y noté que caminaba más rápido.

Dejé atrás los barracones, que sin duda se encontrarían casi vacíos. La mayoría de los centinelas estarían fuera buscando a Morgan, como se podía deducir por la escasísima guarnición que había en el puesto de Chandler. Doblé a la izquierda en el primer túnel, saludé con la cabeza a un centinela muy joven, abrí una puerta y entré en la Sala de Guerra del Consejo Blanco.

Era una amplia sala abovedada de unos treinta metros cuadrados, aunque los pesados arcos y pilares que sostenían el techo restaban mucho de ese espacio. Había cristales de luz que brillaban con intensidad para facilitar la lectura. Unos tabloncillos de anuncios con ruedas ocupaban el espacio entre los pilares y estaban cubiertos de mapas, chinchetas y notas diminutas. Junto a la mayoría de ellos había una o más pizarras emborronadas con diagramas, criptogramas, notas breves y otros mapas más toscos. Unos muebles de oficina de lo más normal ocupaban la mitad trasera de la sala, colocados en cubículos.

Se escuchaban las teclas y los timbres de las máquinas de escribir. Los hombres y mujeres del personal administrativo, todos magos, iban de un lado a otro de la sala hablando en voz baja, escribiendo, tecleando y archivando. Una fila de mostradores en la pared frontal de la sala albergaba unas cuantas cafeteras calentadas con bombonas de propano, y no muy lejos había varios sofás y sillas muy gastados.

Media docena de centinelas veteranos estaban descansando tirados en los sofás, leían libros sentados en las sillas o jugaban al ajedrez en un viejo tablero sobre una mesita baja. Tenían sus bastones y capas a mano, listos para cogerlos de inmediato. Eran hombres y mujeres peligrosos, duros. La vieja guardia, supervivientes de esos mortíferos días del principio de la Guerra Vampírica. No me gustaría enfrentarme a ninguno de ellos.

Sentado en una silla un poco separada del resto, mirando el crepitar de las llamas de una chimenea de piedra basta, se sentaba mi viejo mentor, Ebenezer McCoy. Sostenía una taza de café entre sus dedos gruesos y callosos. Muchos de los magos de más alto nivel en el Consejo poseían un sentido del decoro que se tomaban demasiado en serio, siempre vestidos de punta en blanco, siempre impecables y correctos. Ebenezer llevaba un viejo peto vaquero, una camisa de franela y unas botas de trabajo de cuero que bien podrían tener treinta o cuarenta años. Su cabello plateado, el que le quedaba, estaba despeinado como si acabara de despertarse de un sueño inquieto. Se estaba haciendo viejo, incluso para los estándares de un mago, pero sus hombros seguían siendo anchos y los músculos de los brazos firmes y visibles bajo la piel manchada por la edad. Contemplaba el fuego a través de unas

gafas de montura de metal, con sus ojos oscuros desenfocados y un pie dando toquecitos en el suelo.

Apoyé mi bastón contra una pared cercana, me serví una taza de café y me instalé en una silla al lado de Ebenezar. Di un sorbo, dejé que el calor del fuego me sacara un poco el frío húmedo de los huesos y esperé.

—Siempre tienen buen café aquí —dijo Ebenezar un rato después.

—Y no le ponen nombres tontos —dije yo—. Es solo café, no un frappalattegrandecchino.

Ebenezar resopló y dio un sorbo a su taza.

—¿Buen viaje de venida?

—Me tropecé con los matones de alguien en la senda del Invierno.

Puso gesto de disgusto.

—Ajá. Han hostigado a algunos de los nuestros en varias ocasiones durante los últimos meses. ¿Cómo estás, Hoss?

—Desinformado, señor —respondí.

Me miró de soslayo.

—Hmm... Hice lo que me pareció mejor, muchacho. No voy a disculparme por ello.

—Ni espero que lo hagas —dije.

Asintió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿A ti qué te parece?

Negó con la cabeza.

—No voy a incluirte en el equipo de asalto, Hoss.

—¿Crees que no voy a dar la talla?

Volvió la vista hacia mí.

—Tienes demasiada historia con Morgan. Este asunto debe tratarse de manera desapasionada, y tú eres la persona menos desapasionada que conozco.

Refunfuñé un poco.

—¿Estás seguro de que Morgan se cargó a LaFortier? —pregunté.

Sus ojos regresaron al fuego.

—Nunca lo hubiese esperado —me dijo—. No obstante, demasiadas piezas encajan.

—¿Ninguna posibilidad de que le tendieran una trampa?

Ebenezar parpadeó, sorprendido, y me atravesó con la mirada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si ese capullo va a recibir por fin su merecido, quiero estar seguro de que es justo.

Asintió un par de veces.

—No sé cómo podrían haberlo hecho —admitió—. Parece un pato, anda como un pato y hace cua como un pato, así que tiene toda la pinta de que es un maldito pato.

La navaja de Occam, Hoss.

—Tal vez alguien se metió en su cerebro —dije.

—¿A su edad? —preguntó Ebenezar—. No es muy probable.

Me quedé pensativo.

—¿Qué quieres decir?

—A medida que la mente envejece, se consolida —dijo—, se arraiga en sus costumbres. Como un sauce. Es flexible en su juventud pero se vuelve más quebradizo según crece. Cuando llevas rondando por el mundo un siglo o más, por lo general no es posible que dobleguen tu mente sin que la rompan.

—¿Por lo general?

—No puedes forzar sus límites —dijo Ebenezar—. ¿Incitar a un hombre leal a traicionar todo aquello en lo que cree? Lo volverías loco antes de que consiguieras obligarlo a hacer eso. Lo cual significa que Morgan actuó por su propia voluntad.

—Si es que lo hizo él. —Negué con un gesto—. No dejo de preguntarme quién se beneficia de que nosotros mismos eliminemos a Morgan.

Ebenezar adoptó una expresión preocupada.

—Es un asunto feo lo mires por donde lo mires —dijo—, pero ahí está. Supongo que usaste con él la visión del alma, Hoss, pero eso no es un detector de mentiras. También lo sabes.

Me quedé un rato en silencio y le di otro sorbo al café.

—Por curiosidad, ¿quién blandirá la espada cuando lo encontréis? En general es Morgan el que corta cabezas.

—La capitana Luccio, imagino —dijo Ebenezar—. O alguien a quien ella nombre. Pero ella no es de las personas que endosan algo así a un subordinado.

Aquello me regaló la imagen de Anastasia decapitando a su antiguo aprendiz. Después, la mía cortando la cabeza de Molly. Tuve un escalofrío.

—Menuda mierda.

Ebenezar siguió contemplando el fuego. Sus ojos parecían hundidos, como si hubiera envejecido veinte años de golpe delante de mí.

—Ajá.

La puerta de la Sala de Guerra se abrió y entró un mago pequeño, delgado como un palillo, vestido con un traje de *tweed* de color tostado y cargando una cartera enorme. Su pelo era de rizos cortos y blancos y tenía los dedos manchados de tinta. Llevaba un lápiz tras una oreja y una pluma estilográfica en la otra. Se detuvo, miró alrededor de la sala, localizó a Ebenezar y se acercó a él a toda prisa.

—Disculpe, mago McCoy —dijo—. Si dispone de un momento, necesitaría que firmase unos papeles.

Ebenezar dejó el café en el suelo y aceptó una carpeta manila que le tendía el pequeño individuo junto con la pluma estilográfica.

—¿Qué es esta vez, Peabody?

—En primer lugar, el poder de representación para que la oficina de Yakarta

compre el edificio del nuevo refugio —dijo el mago Peabody mientras abría la carpeta y sacaba una hoja. Ebenezer la leyó por encima y la firmó. Peabody sacó más papeles—. Muy bien. Ahora la aprobación de la revisión de los salarios de los centinelas. Las iniciales aquí, por favor, gracias. Y el último es el consentimiento para asegurar que las pertenencias del mago LaFortier pasen a sus herederos.

—¿Solo tres? —preguntó Ebenezer.

—Los otros son privados, señor.

Ebenezer suspiró.

—Pasaré por mi despacho cuando esté libre para firmarlos.

—Cuanto antes mejor, señor —dijo Peabody. Parpadeó y pareció darse cuenta por primera vez de que estaba allí—. Ah, centinela Dresden, ¿qué te trae por aquí?

—Pensé en acercarme por si alguien quería ayuda para cazar a Morgan —dije, despacio.

Peabody tragó saliva.

—Ya... veo.

—¿Ha encontrado algo Indio Joe? —preguntó Ebenezer.

La voz de Peabody se tiñó de desaprobación.

—El mago Escucha el Viento está sumergido en unos preparativos profundos para una adivinación investigativa, señor.

—Así que no —dije.

Peabody resopló.

—Todavía no. Estoy seguro de que entre él y el Merlín averiguarán de forma exacta cómo logró el centinela Morgan eludir la seguridad del Consejo de Veteranos. —Me observó y, en un perfecto tono educado, añadió—: Ambos son magos de gran experiencia y habilidad, después de todo.

Fulminé a Peabody con la mirada, pero no se me ocurrió una buena pulla antes de que aceptara los papeles y la pluma que le devolvía Ebenezer. Peabody se despidió de él con un gesto educado.

—Gracias, señor.

Ebenezer asintió, distraído, mientras recuperaba su taza de café. Peabody se marchó de nuevo a toda prisa.

—Capullo chupatintas —dije en voz baja.

—Un valioso capullo chupatintas —me corrigió Ebenezer—. Lo que hace no es espectacular, pero sus habilidades organizativas han sido críticas desde que estalló la guerra.

Solté un bufido.

—Un burocromante.

Ebenezer sonrió y apuró la taza, con manchas de tinta azul en un par de dedos de la mano derecha. Se levantó de su asiento y se estiró. Le sonaron las articulaciones.

—No se puede hacer una guerra sin oficinistas, Hoss.

Bajé la vista hacia mi taza de café, llena hasta la mitad.



—Señor —comencé a decir en voz suave—, hablando de forma hipotética, ¿qué pasa si Morgan es inocente?

Me miró un largo rato con el ceño fruncido.

—Pensaba que lo querías a pedacitos en una bolsa.

—Tengo la extraña manía de no querer ver cómo decapitan a un hombre acusado por error.

—Claro, por supuesto que la tienes. No obstante, Hoss, tienes que comprender...

—Ebenezar se quedó petrificado de golpe y abrió mucho los ojos. Se perdió en sus pensamientos y casi pude oír los engranajes girando dentro de su cabeza. Sus ojos volvieron a mí e inspiró despacio antes de murmurar—: Así que se trata de eso. ¿Estás seguro?

Asentí.

—Por todos los demonios —suspiró el anciano—. Será mejor que empieces a ser mucho más cuidadoso a la hora de hacer preguntas, Hoss. —Bajó la barbilla y me miró por encima de la montura de sus gafas—. Dos cabezas caen tan rápido como una, ¿entiendes?

Volví a asentir, despacio.

—Sí.

—No sé qué puedo hacer por ti —continuó—. Estoy obligado a estar aquí hasta que localicemos a Morgan.

—Suponiendo que no sea un pato —dije—, ¿por dónde empiezo a buscar?

Lo meditó. Después afirmó con lentitud y dijo:

—Indio Joe.

Resultó que los miembros del Consejo de Veteranos no vivían precisamente como mendigos.

Después de pasar por más controles de seguridad, el pasillo de piedra me llevó a una habitación del tamaño de un salón de baile que parecía sacada del palacio de Versalles. El suelo de mármol blanco con acabados en oro iba a juego con las elegantes columnas, también de ese mismo mármol. En la pared del fondo, una cascada caía hacia un estanque alrededor del cual crecía una plétora de plantas, desde césped a rosas pasando por pequeños árboles que formaban un reducido jardín de una complejidad sorprendente. El tenue sonido de unas campanillas de viento flotaba en el aire y la luz dorada que se derramaba desde los cristales del techo brillaba con un color idéntico al del sol. Los pájaros cantaban en el jardín, y distinguí la forma de dardo negro de un ruiseñor que volaba rápido zigzagueando entre los pilares y se detenía en uno de los árboles.

Varios muebles de aspecto caro y agradable estaban esparcidos por el jardín, al estilo de los que se ven en los hoteles más caros. Una pequeña mesa junto a una pared estaba llena a rebosar de un ecléctico bufet de comida. Había de todo, desde bocados fríos hasta lo que parecían tentáculos de pulpo salteados, junto a una barra de bar bien equipada a su lado, lista para defender a los miembros del Consejo de Veteranos de la terrible amenaza de la deshidratación.

Una balconada rodeaba toda la sala, a tres metros de altura, y varias puertas conducían a las habitaciones privadas de dichos miembros. Caminé por el enorme e imponente espacio del Ostentacionario hasta unas escaleras que ascendían con grandiosidad. Eché un vistazo hasta que localicé una puerta con un par de estatuas de perros del templo que hacían guardia junto a un hombre joven con capa de centinela, aspecto somnoliento y una bota de escayola en el pie. Rodeé el balcón y lo saludé con la mano.

Cuando estaba a punto de hablar, de golpe los perros del templo se movieron. Volvieron sus cabezas hacia mí con el sonido del roce de piedra contra piedra.

Me detuve y levanté un poco las manos.

—Perritos buenos.

El joven centinela me miró con detenimiento y dijo algo en un idioma que no reconocí. Tenía aspecto de ser del este de Asia, aunque no podría decir de qué país en concreto. Me observó durante un momento, y lo identifiqué de repente como uno de los jóvenes de la guardia personal de Anciana Mai. La última vez que lo había visto, estaba congelado y medio muerto tras haber intentado entregarle un mensaje a la reina Mab. Imaginé que el tobillo roto le había impedido unirse a la búsqueda de Morgan.

Algunos nacen con suerte, supongo.

—Buenas noches —le dije en latín, la lengua oficial del Consejo Blanco—. ¿Cómo estás?

Suertudo me miró otro rato antes de contestar.

—Estamos en Escocia. Es por la mañana, señor.

Claro. Había atravesado seis zonas horarias en media hora de camino.

—Necesito hablar con el mago Escucha el Viento.

—Está ocupado —me dijo Suertudo—. No debe ser molestado.

—Me manda el mago McCoy —dije yo—. Cree que es importante.

Suertudo entornó tanto los ojos que casi pareció que los cerraba.

—Espere aquí, por favor. No se mueva —dijo entonces.

Los perros del templo seguían mirándome. Vale, sé que no me estaban mirando de verdad. Eran solo unas piedras. Pero, para tratarse de unos constructos que en esencia no tenían mente, su mirada era muy intensa.

—Eso no va a suponer ningún problema —le aseguré.

Hizo un gesto de afirmación y desapareció tras la puerta. Esperé diez incómodos minutos antes de que regresara. Tocó con suavidad a ambos perros en la cabeza e hizo un gesto en mi dirección.

—Adelante.

Avancé un paso con cautela, sin apartar los ojos de los constructos, pero no reaccionaron. Asentí y pasé junto a ellos, tratando de no parecer un gato nervioso según abandonaba el Ostentacionario y entraba en las habitaciones de LaFortier.

La primera estancia que me encontré era un estudio, un despacho o quizá una tienda de curiosidades. Había un enorme escritorio con tallas hecho de algún tipo de madera inmaculada, aunque el uso y la edad habían oscurecido el frontal, los tiradores de los cajones y la parte que daba a una moderna silla de oficina. Había un tintero en el centro exacto del escritorio junto a cuatro plumas idénticas alineadas de forma perfecta. Los estantes rebosaban de libros, tambores, máscaras, pieles, armas antiguas y docenas de otros objetos que parecían venir de tierras exóticas. Los espacios entre los estantes estaban ocupados por escudos con dos armas atravesadas delante: un escudo de cometa normando con dos espadas anchas cruzadas, un escudo zulú de piel de búfalo con dos lanzas de tipo azagaya también cruzadas, un escudo redondo persa con una pica larga en el centro y cimitarras superpuestas, y muchos otros. Sabía de algunos museos que montarían un Mardi Gras en sus salas si pudieran echarle mano a una colección la mitad de rica y variada.

Una puerta al final del estudio llevaba a lo que sin duda era un dormitorio. Podía ver un vestidor y el pie de una cama de más o menos el tamaño de un vagón de tren.

También podía ver gotas oscuras de sangre en las paredes.

—Vamos, Harry Dresden —me dijo una voz tranquila y envejecida desde la habitación—. Nos hemos detenido para esperarte.

Entré en el cuarto y me encontré ante la escena de un crimen.

Lo primero que me llegó fue el olor. LaFortier había fallecido hacía días y, en

cuanto crucé el umbral, el hedor a podredumbre y a muerte se me metió por la nariz y la garganta. El cuerpo estaba en el suelo, cerca de la cama. La sangre había salpicado por todas partes. Tenía un gran corte en la garganta y estaba cubierto por una costra marrón oscura de sangre seca. Tenía heridas defensivas en las manos, unas versiones en miniatura del corte en la garganta. Puede que hubiese también cortes en el pecho, debajo de todo aquel desastre, pero no podía estar seguro.

Cerré los ojos un momento, me tragué mis ganas de vomitar y eché un vistazo alrededor de la habitación.

Habían trazado en el suelo alrededor del cuerpo un círculo perfecto con pintura dorada. Tenía cinco velas blancas encendidas en puntos equidistantes. Había incienso quemándose en otros cinco puntos, a mitad de distancia de cada vela, pero, creedme, el aroma del sándalo no se complementa bien con el olor de un cuerpo en descomposición. Tan solo lo hace más desagradable.

Contemplé a LaFortier. Había sido un hombre calvo, un poco más alto que la media y delgado como un cadáver. Ahora no parecía delgado. Su cuerpo había comenzado a hincharse. La camisa estaba dada de sí contra los botones. Tenía la espalda arqueada y las manos retorcidas como garras. Mostraba los dientes en una mueca desagradable.

—Tardó en morir —dijo la voz cascada.

«Indio Joe» Escucha el Viento apareció por la puerta del baño secándose las manos con una toalla. Su larga cabellera era de un blanco grisáceo, aún con algunos mechones negros. Su piel curtida era del bronce rojizo de un nativo americano expuesto a mucho sol, y sus ojos eran oscuros y brillantes bajo las cejas canosas. Vestía unos vaqueros desgastados, mocasines y una vieja camiseta de Aerosmith. Un bolso de cuero con flecos le colgaba de un cinto que le cruzaba el pecho, y otro similar aunque más pequeño pendía de una tira alrededor de su cuello.

—Hola, Harry Dresden.

Incliné la cabeza como señal de respeto. Indio Joe estaba en general considerado como el sanador más experto del Consejo Blanco, y tal vez del mundo. Había obtenido títulos de doctorado en Medicina en veinte universidades a lo largo de los años, y regresaba a la escuela cada década o dos para mantenerse al día con las prácticas modernas.

—Cayó luchando —convine, y asentí en dirección a LaFortier.

Indio Joe estudió el cuerpo con ojos tristes.

—Yo preferiría dejar este mundo mientras duermo. —Me miró—. ¿Y tú?

—Quiero que me pisotee un elefante mientras tengo sexo con tres animadoras trillizas idénticas —dije.

Me dedicó una sonrisa que por un segundo arrebató de su rostro un siglo o dos de preocupaciones.

—He conocido a muchos niños que querían vivir para siempre. —Su sonrisa se desvaneció en cuanto volvió a mirar al hombre muerto—. Tal vez algún día eso

ocurra. O tal vez no. Morir forma parte de estar vivo.

Había poco que pudiese añadir a aquello. Me quedé un rato en silencio.

—¿Qué estás preparando aquí?

—Su muerte dejó una marca —respondió el viejo mago—. Vamos a convertir el residuo psíquico en una imagen.

Enarqué una ceja.

—¿Eso es... posible?

—Normalmente no —respondió Indio Joe—. Sin embargo, esta habitación está rodeada de hechizos de protección por todos sus lados. Sabemos el aspecto que se supone que han de tener, lo cual significa que podemos extrapolar de dónde provenía la energía a partir del impacto que esta tuvo en los hechizos. También es la razón por la que no hemos movido el cuerpo.

Pensé en ello durante un minuto. Decidí que lo que Indio Joe había descrito era factible, pero muy pillado por los pelos. Sería más o menos como tratar de reconstruir la imagen de algo que hubiera sido iluminado por un único rayo de luz analizando cómo la luz de ese rayo había ido rebotando por la habitación. Impresionaba solo pensar la cantidad de esfuerzo y concentración, e incluso únicamente los procesos mentales que se requerirían para imaginar el hechizo que pudiese dar forma a esa imagen.

—Creía que ya era un caso cerrado antes de abrirlo —dije.

—Las pruebas son concluyentes —reconoció Indio Joe.

—¿Entonces por qué te molestas en hacer esta... esta... cosa?

Indio Joe me miró sin decir palabra.

—El Merlín —concluí yo—. Cree que Morgan no lo hizo.

—Tanto si lo hizo como si no —dijo Indio Joe—, Morgan era su mano derecha. Si es juzgado y declarado culpable, la influencia, la credibilidad y el poder del Merlín se desvanecerán.

No me lo podía creer.

—Me encanta la política.

—No seas crío —dijo Indio Joe con calma—. El equilibrio de poder que tenemos ahora fue construido sobre todo por el Merlín. Si cae en desgracia como líder del Consejo, se producirá caos e inestabilidad en todo el mundo sobrenatural.

Medité sobre aquello.

—¿Crees que va a tratar de falsear algo?

Indio Joe no reaccionó de inmediato, pero al poco negó con la cabeza despacio y con firmeza.

—No se lo voy a permitir.

—¿Por qué no?

—Porque la muerte de LaFortier lo ha cambiado todo.

—¿Por qué?

Indio Joe señaló el estudio.

—LaFortier era el mago del Consejo con más contactos en las naciones no occidentales —explicó—. Hay muchos miembros que proceden de Asia, África o Sudamérica, la mayoría de ellos de países pequeños, con poco poder. Sienten que el Consejo Blanco ignora sus necesidades, sus opiniones. LaFortier era su aliado, el único miembro del Consejo de Veteranos que ellos pensaban que los trataba con justicia.

Me crucé de brazos.

—Y la mano derecha del Merlín lo ha matado.

—Culpable o no, ellos creen que Morgan lo hizo, y es posible que por orden del Merlín —dijo Indio Joe—. Si se lo declarase inocente y quedara libre, las cosas podrían ponerse feas. Muy feas.

De nuevo, el estómago me dio un vuelco.

—Guerra civil.

Indio Joe suspiró y asintió.

Fantástico.

—¿Cuál es tu posición? —le pregunté.

—Me gustaría decir que la de la verdad —respondió—, pero no puedo. El Consejo podría sobrevivir a la pérdida de Morgan sin caerse a pedazos, incluso si eso significa un período de caos hasta que las cosas se calmen. —Negó con la cabeza—. Una guerra civil sin duda nos destruiría.

—Así que Morgan lo hizo y no hay más que hablar —dije en voz baja.

—Si el Consejo Blanco cae, ¿quién se interpondrá entre los seres humanos y aquellos que quieren cazarlos como meras presas? —Sacudió de nuevo la cabeza y su larga trenza golpeó con suavidad su espalda—. Respeto a Morgan, pero no puedo permitir que eso suceda. Es la vida de un hombre contra la de la humanidad.

—Así que, cuando acabes con esto, el culpable habrá sido Morgan —dije—. No importa quién haya sido en realidad.

Indio Joe bajó la mirada.

—Yo... dudo que funcione. Incluso contando con las habilidades del Merlín.

—¿Y si funciona? ¿Qué pasará si os revela a otro asesino? ¿Empezaréis a elegir quién vive y quién muere, y al infierno la verdad?

Indio Joe volvió hacia mí sus ojos oscuros y su voz sonó baja y dura como una roca.

—En su momento, contemplé la destrucción de la tribu que esperaba de mí que la guiara y protegiera, Harry Dresden. Lo hice porque mis principios mantenían que no era correcto que el Consejo o sus miembros manipulasen la política de los mortales. Observé y me contuve hasta que fue demasiado tarde para que mi intervención marcara ninguna diferencia. Cuando lo hice, decidí quién vivía y quién moría. Mi gente murió por culpa de mis principios. —Negó con un gesto—. No cometeré el mismo error dos veces.

Aparté la vista de él y permanecí en silencio.

—Si me disculpas... —dijo, y salió de la habitación.

Por todos los demonios.

Había tenido la esperanza de contar con la ayuda de Indio Joe, pero no había considerado los factores políticos. No creía que fuese a tratar de detenerme si se enteraba de lo que estaba haciendo, pero desde luego no iba a ayudarme. Cuanto más escarbaba en este asunto, más embrollado se volvía. Si se demostraba la inocencia de Morgan, perdición. Si no se demostraba, perdición.

Perdición, perdición y perdición.

Maldición.

Ni siquiera era capaz de enfadarme con Indio Joe. Entendía su postura. Diablos, si fuese yo quien estuviera en el Consejo de Veteranos y tuviese que tomar esa decisión, no estaba del todo seguro de que no fuera a actuar de la misma manera.

Mi dolor de cabeza volvió de nuevo.

¿Cómo demonios se suponía que iba a hacer lo correcto si lo correcto no existía?

Contemplé el cadáver de LaFortier otro largo rato, suspiré y saqué del bolsillo de mi guardapolvo una de esas cámaras desechables que venden en máquinas expendedoras. Di vueltas por la habitación tomando fotos del cuerpo, de las salpicaduras de sangre y de los pedazos rotos de mobiliario. Gasté toda la película para documentar la escena de la forma más completa posible, y después me guardé la cámara y abandoné el cuarto.

De vuelta al Ostentacionario, oí voces que provenían de abajo. Saludé con un gesto cordial a Suertudo, que me devolvió una mirada inescrutable, y me acerqué a la barandilla de la balconada.

Escucha el Viento y el Merlín estaban junto a la mesa del bufet hablando en voz baja. Peabody merodeaba por allí con otro puñado de carpetas, libros y plumas.

Me detuve a «escuchar». Es un truco que aprendí hace tiempo en alguna parte. No es magia *per se*, sino más bien una manera de enfocar por completo mi mente en el sentido del oído.

—... para averiguar la verdad —decía el Merlín a la vez que llenaba un plato de pequeños sándwiches, porciones de queso y unas uvas verdes y frescas—. Estoy seguro de que no tienes ninguna objeción a eso.

—Creo que ya se ha decidido cuál es la verdad —respondió Escucha el Viento en voz baja—. Estamos perdiendo el tiempo con esto. Deberíamos centrarnos en controlar las consecuencias.

El Merlín era un hombre alto, de porte regio, con barba larga y blanca y pelo también largo y blanco, a juego. La pura imagen de un mago de verdad. Vestía una túnica azul, llevaba una diadema de plata en la frente y su bastón era alargado y elegante, de madera pura y blanca, libre de marca alguna. Dejó de llenar su plato por un segundo y le lanzó una mirada dura.

—Lo tendré en consideración.

«Indio Joe» Escucha el Viento exhaló y alzó las manos en un gesto conciliador.

—Estamos listos para empezar.

—Permíteme que coma algo. Iré enseguida.

—Ejem —intervino Peabody con timidez—. La verdad, mago Escucha el Viento, si pudiera firmarme algunos papeles mientras el Merlín come, se lo agradecería. Le dejé dos archivos en el escritorio para que les diera su aprobación y tengo aquí otros tres... —Se detuvo y comenzó a hacer malabares con todo lo que llevaba encima hasta que consiguió encontrar algo en una carpeta—. No, cuatro, otros cuatro más.

Indio Joe suspiró.

—Está bien. Vamos. —Subieron las escaleras que conducían a la balconada, giraron en la dirección opuesta a donde yo me encontraba y entraron en una habitación al fondo de la gran sala.



Esperé a que estuvieran ya dentro para bajar hasta la planta inferior.

El Merlín se había sentado en una silla cercana y estaba comiéndose sus sándwiches. Se quedó paralizado durante un momento cuando me vio, pero luego siguió comiendo con tranquilidad. Qué divertido. El Merlín me resultaba tan agradable como un caso extremo de gonorrea, pero nunca antes me lo había encontrado en ese contexto. Siempre lo había visto presidiendo una reunión del Consejo, como una figura remota e inaccesible de enorme poder y autoridad.

Ni siquiera había considerado la idea de que pudiese comer sándwiches.

Iba a pasar de largo, pero al final giré y me detuve delante de él.

Continuó comiendo, indiferente en apariencia, hasta que se terminó el sándwich.

—Vienes a regodearte, ¿verdad, Dresden? —me preguntó.

—No —dije con parsimonia—. Estoy aquí para ayudarte.

Se le cayó un trozo de queso que había mordido. El queso rodó por el suelo, ignorado, mientras él entrecerraba los ojos con sospecha.

—¿Disculpa?

Mostré los dientes en una sonrisa pequeña y fría.

—Lo sé. Solo por decirlo ya es como si me estuviese pasando un rallador de queso por las encías.

Me observó en silencio. Luego respiró hondo, se echó hacia atrás en la silla y me miró fijamente con sus ojos azules.

—¿Por qué habría de creer que harías tal cosa?

—Porque estás pillado por las pelotas y soy el único que puede sacártelas —respondí.

Arqueó una elegante ceja plateada.

—Vale —dije—, eso ha sonado un poco más homoerótico de lo que pretendía.

—Desde luego —dijo el Merlín.

—Pero Morgan no puede permanecer oculto para siempre, y lo sabes. Acabarán encontrándolo. El juicio durará dos segundos. Entonces le cortarán la cabeza y, colorín colorado, tu carrera política se habrá acabado.

El Merlín pareció considerar aquello. Después se encogió de hombros.

—Creo que es más probable que tú actúes de la forma más dura que puedas para asegurarte de que muera.

—Me gusta creer que actúo de forma inteligente, no de forma dura —dije—. Si lo quisiera muerto, solo tendría que quedarme por aquí y aplaudir. No puedo hacer que su situación empeore.

—La verdad —dijo el Merlín—, no estoy tan seguro de eso. Tienes un gran talento en esa área en concreto.

—La caza ya está en marcha. La mitad del Consejo exige su sangre. Según tengo entendido, todas las pruebas lo imputan y, en cualquier caso, lo que yo averiguara contra él sería puesto en duda por todo nuestro pasado de enfrentamientos. —Me encogí de hombros también—. En resumen, no puedo causar más daño. ¿Qué tienes

que perder?

Apareció una pequeña sonrisa en las comisuras sus labios.

—Vamos a suponer por un instante que acepto tu oferta. ¿Qué quieres de mí?

—Una copia de su expediente —respondí—. Todo lo que hayáis averiguado sobre el asesinato de LaFortier y sobre cómo lo llevó a cabo Morgan. Todo.

—¿Y qué pretendes hacer con eso? —preguntó el Merlín.

—Había pensado usar la información para averiguar quién mató a LaFortier.

—Así sin más.

Me paré un segundo a reflexionar.

—Sí. Más o menos.

El Merlín le dio otro mordisco al queso y lo masticó a conciencia.

—Si mis propias investigaciones dan fruto —dijo—, no voy a necesitar tu ayuda.

—Y una mierda —dije—. Todo el mundo sabe que tus intereses se centrarán en proteger a Morgan. Cualquier cosa que presentes para exculparlo estará bajo sospecha.

—En cambio, tu antagonismo con Morgan es bien conocido —reflexionó el Merlín—. Cualquier cosa que manifiestes a su favor será vista como poco menos que un testimonio divino. —Inclinó el cuello y me miró fijamente—. ¿Por qué harías tal cosa?

—Tal vez piense que él no lo hizo.

Levantó las cejas con una diversión que en realidad nunca se convirtió en sonrisa.

—Y el hecho de que el hombre que ha muerto fuese uno de los que alzó la mano contra ti cuando estuviste bajo sospecha no tiene nada que ver.

—Cierto —respondí, fastidiado—. Eso es. Ahí tienes mi motivación egocéntrica, mezquina y vengativa para querer ayudar a Morgan. Porque ese cabrón muerto de LaFortier se lo tiene muy merecido.

El Merlín me siguió mirando durante un largo rato. Luego se resignó.

—Con una condición.

—Una condición —repetí—. Antes de que accedas a que te ayude a sacar tu culo del fuego.

Me sonrió, sombrío.

—Mi culo está razonablemente cómodo donde está. Esta no es mi primera crisis, centinela.

—Y, sin embargo, todavía no me has dicho que me largue.

Levantó un dedo, como en un saludo de esgrima.

—*Touché*. Reconozco que, en teoría, es posible que puedas resultar útil.

—Dios, me alegro de haber decidido ser benévolo y ofrecerte mi ayuda. De hecho, me siento tan benévolo que incluso estoy dispuesto a escuchar tu condición.

El Merlín negó con la cabeza, despacio.

—Probar la inocencia de Morgan no es suficiente. La presencia de un traidor en nuestras filas es real. Debe ser localizado. Alguien tiene que ser hecho responsable de

lo que le pasó a LaFortier. Y no solo por el bien de los miembros del Consejo. Nuestros enemigos deben saber que tales acciones traen consecuencias.

Asentí.

—Así que no solo hay que demostrar que Morgan es inocente, sino también encontrar al tipo que lo hizo. Ya que estoy en ello, tal vez pueda componer una canción con todo esto y echarme un baile.

—Me siento obligado a señalar que has sido tú el que se ha ofrecido, Dresden. — Me regaló de nuevo su sonrisa crispada—. La situación debe ser tratada de una manera limpia y decisiva si queremos evitar el caos. —Extendió las manos—. Si no puedes aportar una solución de esa índole al problema, entonces esta conversación nunca habrá tenido lugar. —Su mirada se endureció—. Y esperaré que seas discreto.

—Dejarías a tu hombre cargar con la culpa. A pesar de que sabes que es inocente.

En sus ojos destelló un fuego repentino y frío. Tuve que hacer un esfuerzo para no encogerme.

—Haré lo que crea necesario. Ten eso en mente mientras me «ayudas».

Arriba se abrió una puerta, y a los pocos segundos Peabody comenzó a bajar de forma precaria, haciendo equilibrios con sus libros y carpetas.

—Samuel —dijo el Merlín sin apartar los ojos de mí—, ten la bondad de proporcionar al centinela Dresden una copia completa del expediente sobre el asesinato de LaFortier.

Peabody se detuvo frente al Merlín, pestañeando.

—Ah. Sí, por supuesto, señor. Ahora mismo. —Me miró—. Si eres tan amable de venir por aquí, centinela.

—Dresden —dijo el Merlín en un tono amable—, si esto es algún tipo de artimaña, te aconsejaría con todo fervor que no me entere de ello. No me queda mucha paciencia contigo.

El Merlín era en general considerado como el mago más capaz del planeta. La amenaza que iba implícita en aquellas simples palabras casi me daba escalofríos.

Casi.

—Estoy seguro de que vas a durar lo bastante como para que te ayude a salir de este lío, Merlín. —Le sonreí y levanté una mano con la palma hacia arriba y los dedos separados, como si sostuviera una naranja entre ellos—. Pelotas. Pilladas. Vamos, Peabody.

Peabody pestañeó más mientras yo pasaba a su lado camino hacia la puerta, con la boca abriéndosele y cerrándosele pero sin decir nada. Entonces soltó algunos balbuceos ininteligibles y se apresuró a seguirme.

Miré al Merlín por encima del hombro según llegaba a la puerta.

Pude ver con claridad la furia que ardía en sus ojos fríos y azules mientras permanecía sentado, en apariencia tranquilo y relajado. Los dedos de la mano derecha se le retorcían en un espasmo pequeño y violento que no parecía transmitirse al resto de su cuerpo. Por un momento me pregunté cómo de desesperado debía de estar para

haber aceptado mi ayuda. Me pregunté cómo de inteligente había sido provocarlo de esa manera. Y también me pregunté si aquella calma aparente y ese aspecto contenido demostraban tan solo un control magistral de sus emociones. O si, bajo tanta presión, se había convertido en una especie de locura sosegada y mortal.

Maldito fuese Morgan por haber llamado a mi puerta.

Y maldito yo por haber sido tan estúpido como para abrirla.

Peabody entró en un despacho immaculado. Estaba lleno de estanterías con libros ordenados con una precisión milimétrica, agrupados por altura y color. Muchos de los estantes se encontraban repletos de carpetas de una deslumbrante variedad de tonos que sin duda contenían archivos y documentos organizados de manera similar. Supongo que necesitas todos los colores si quieres crear un arcoíris burocrático.

Hice ademán de seguirlo dentro, pero se volvió hacia mí con expresión feroz.

—Mi oficina es un bastión del orden, centinela Dresden. No tienes cabida en ella.

Bajé la mirada hacia él un instante.

—Si fuera un hombre sensible, eso habría herido mis sentimientos.

Me contempló con gesto severo por encima de sus gafas.

—Eres una persona desordenada —dijo, como si sus palabras portasen un veneno mortal capaz de matarme.

Me puse una mano en el corazón, sonriendo.

—Ay.

Las puntas de las orejas se le pusieron rojas. Me dio la espalda, muy erguido, y se adentró en el despacho. Abrió un cajón y empezó a sacar carpetas a tirones con más fuerza de la necesaria.

—He leído tu libro, por cierto —dije.

Levantó la vista hacia mí y enseguida la volvió a bajar. Abrió una carpeta de un manotazo.

—Aquel sobre el Erlking —seguí—. La colección de poemas y ensayos.

Extrajo un archivador de la carpeta con la espalda aún rígida.

—El centinela de Bremen mencionó que escribiste mal el título en alemán —continué—. Eso debió de resultarte embarazoso, ¿eh? Es decir, lleva publicado unos cien años o así. Debe de reconcomerte por dentro.

—La lengua alemana también es desordenada —dijo Peabody con severidad. Se acercó a mí con el archivador, un cuaderno, un tintero y una pluma—. Firma aquí.

Adelanté la mano derecha hacia la pluma pero cogí el archivador con la izquierda.

—Lo siento. Autógrafos, no.

A Peabody casi se le cayó el tintero. Me miró irritado.

—Vamos a ver, centinela Dresden...

—Ea, ea, Simon —dije, a modo de venganza en nombre de los pueblos de habla alemana del mundo—. No queremos quitarle a nadie la posibilidad de usar la negación plausible, ¿verdad que no?

—Mi nombre es Samuel —replicó, muy estirado—. Tú, centinela Dresden, puedes llamarme mago Peabody cuando te dirijas a mí.

Abrí el archivador y lo hojeé. Tomaba como modelo los informes policiales modernos e incluía testimonios, fotografías y reportes *in situ* de los centinelas

investigadores. Parecía que al menos el brazo militante del Consejo Blanco no estaba tan desfasado con respecto a la época moderna como el resto de los dinosaurios. Se debía en gran medida al trabajo de Anastasia.

—¿Este es el informe completo, Sam?

Apretó los dientes.

—Así es.

Lo cerré de golpe.

—Gracias.

—Ese archivo es propiedad oficial del Consejo de Veteranos —protestó Peabody al tiempo que agitaba en el aire el cuaderno y la tinta—. Es mi deber insistir en que lo firmes de una vez.

—¡Alto! ¡Al ladrón! —exclamé. Me puse una mano en la oreja, escuché con aire serio durante unos segundos y luego negué con la cabeza—. Nunca hay un centinela cerca cuando lo necesitas, ¿verdad, Sam?

Me alejé y dejé al pequeño mago farfullando detrás de mí.

Me vuelvo perverso cuando me presionan.

El viaje de vuelta fue más tranquilo que el de ida. Ningún monstruo huido de una película de serie B trató de darme un susto de muerte, aunque encontré algunos pedazos imposibles de identificar envueltos en tela de araña. Colgaban de los árboles que había cerca del lugar donde había aplicado con éxito la ley del más fuerte. Supongo que era todo lo que quedaba del bicho que me había cargado.

Abandoné los territorios del Nuncamás y regresé al callejón detrás de la antigua planta de envasado de carne sin toparme con nada peor que una atmósfera siniestra. En Chicago era la hora más oscura de la noche, entre las tres y las cuatro de la madrugada. La cabeza me estaba matando y, entre el trauma psíquico que me había regalado el cambiapielos, el poder que había tenido que usar el día anterior y el par de paseos por el país invernal de las maravillas, estaba molido.

Caminé otras cinco manzanas hasta encontrar un hotel con parada de taxis, me subí a uno y regresé a mi apartamento. Cuando empecé en el negocio no me importaba sacrificar horas de sueño si las urgencias de mis casos lo requerían. Sin embargo, ya no tenía veinte años. Había aprendido a dosificar mis fuerzas. No ayudaría a nadie si me agotaba y cometía un error grave por el simple hecho de estar demasiado cansado como para pensar con claridad.

Míster, mi gato gris de cola recortada, salió disparado de entre la penumbra del apartamento en cuanto abrí la puerta. Se estampó contra mis piernas, casi me mató del susto y por poco no me hizo caer de culo al suelo. Son quince kilos de gato, algo que recuerdo cada vez que me saluda con su embestida.

Me agaché a cogerlo para evitar que se escapara y entré fatigado en el apartamento. Parecía mucho más tranquilo y vacío sin Ratón. No me malinterpretéis, Míster y yo habíamos sido compañeros de piso durante años antes de que llegara el chucho. A ambos nos había costado bastante acostumbrarnos a compartir nuestro

diminuto hogar con aquel felpudo monstruoso y amigable. Su ausencia repentina era tan palpable como incómoda.

Sin embargo, Míster caminó ociosamente hacia el plato de Ratón, se comió una bola de pienso y, con toda la calma del mundo, volcó el cuenco entero de manera que las bolas rodaron por el suelo de la cocina. Entonces se dirigió al lugar favorito de descanso de Ratón y se tumbó en él, despatarrándose con auténtica lujuria. Así que tal vez era solo cosa mía.

Me senté en el sofá, hice una llamada, dejé un mensaje y, después de eso, me faltó la ambición suficiente para recorrer todo el camino hasta el dormitorio, quitar las sábanas que Morgan había manchado de sangre y cambiarlas por unas limpias antes de echarme a dormir.

En su lugar, tan solo me tumbé en el sofá y cerré los ojos. Me quedé dormido al instante.

Ni siquiera me moví hasta que se abrió la puerta y entró Murphy con el amuleto que le permitía atravesar mis hechizos en la mano. Ya era por la mañana. Un alegre sol veraniego entraba a través de las ventanas.

—Harry —dijo—, recibí tu mensaje.

O al menos eso es lo que creo que dijo. Me llevó un rato conseguir abrir los ojos e incorporarme.

—Espera. Espera —dije. Arrastré los pies hasta el baño, atendí un par de asuntos, me eché agua fresca en la cara y volví al salón—. Vale. Creo que ahora ya puedo más o menos entender tu idioma.

Me lanzó una sonrisa socarrona.

—Tienes un aspecto de mierda por las mañanas.

—Siempre tengo esta pinta antes de maquillarme —murmuré.

—¿Por qué no me llamaste al móvil? Habría venido enseguida.

—Necesitaba dormir —contesté—. Por la mañana estaba bien.

—Eso imaginé. —Murphy sacó una bolsa de papel de detrás de su espalda. La dejó sobre la mesa.

La abrí. Café y donuts.

—Las nenas policía son lo más —murmuré.

Deslicé sobre la mesa el expediente de Peabody y empecé a engullir como si se acabara el mundo.

Murphy lo examinó, concentrada.

—¿Qué es esto? —me preguntó unos minutos más tarde.

—El archivo del caso del centinela —respondí—. El cual no has visto.

—Se han vuelto las tornas —comentó, sorprendida—. Dime, ¿por qué no lo estoy viendo?

—Porque es todo lo que el Consejo tiene sobre la muerte de LaFortier —contesté—. Espero que haya algo en él que apunte hacia el verdadero malo de la película. Dos cabezas piensan mejor que una.

—Lo pillo —dijo. Sacó un bolígrafo y un bloc de notas del bolsillo de su pantalón y los puso en la mesa para tenerlos a mano—. ¿Qué debería buscar?

—Cualquier cosa destacable.

Levantó una hoja.

—Aquí hay algo —dijo en un tono seco—. La víctima tenía doscientos setenta y nueve años de edad cuando murió.

Suspiré.

—Busca solo las inconsistencias.

—Ah —dijo con ironía.

Los dos nos callamos y comenzamos a leer los documentos del expediente.

Morgan me lo había contado tal cual. Unos días antes, una centinela de guardia en Edimburgo había oído un tumulto en la habitación de LaFortier, había pedido refuerzos y, tras entrar por la fuerza, habían encontrado a Morgan de pie ante el cadáver aún caliente de LaFortier sosteniendo el arma del crimen. Él se había mostrado confuso y había afirmado no saber qué había sucedido. Más tarde habían comprobado que el arma se correspondía con las heridas de LaFortier, y la sangre también. Morgan había sido encarcelado y una investigación rigurosa había revelado una cuenta bancaria oculta que acababa de recibir un depósito en efectivo de una cantidad de dinero condenadamente grande. Una vez que se le hubieron expuesto los hechos, Morgan había logrado escapar, hiriendo de gravedad a tres centinelas en su huida.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Murphy.

—Claro.

—Una de las cosas que hacen que la gente tenga miedo de apretar el gatillo contra un mago es la maldición de muerte, ¿no?

—Justo —respondí—. Si estás dispuesto a sacrificar tu vida, puedes hacerle daño de verdad a tu asesino.

Ella asintió.

—¿Es algo instantáneo?

Lo pensé.

—En realidad no.

—¿Cuánto tiempo requiere entonces? ¿Minutos? ¿Segundos?

—Más o menos el mismo tiempo que se necesita para sacar una pistola y cargarse a alguien —respondí—. Algunos son más rápidos que otros.

—Dos o tres segundos pues.

—Sí.

—Entonces, ¿afectó a Morgan la maldición de muerte de LaFortier?

Levanté una ceja.

—Hmm... Digamos que es difícil de saber. No siempre tiene un efecto inmediato.

—¿Tú qué opinas?

Apuré el café.



—LaFortier era miembro del Consejo de Veteranos. No llegas ahí sin habilidades realmente buenas. Una maldición violenta de muerte de alguien así podría hacer pedazos un bloque de edificios. Así que, si tuviera que apostar, diría que no. LaFortier no la llegó a lanzar.

—¿Por qué no?

Lo pensé un poco más.

—Tuvo tiempo de sobra —continuó Murphy—. Es obvio que se produjo una lucha. La víctima tiene heridas defensivas en ambos brazos. Y murió desangrada. Eso no lleva mucho tiempo, pero es el suficiente como para lanzar la cosa esa de la maldición.

—Además —reflexioné—, ¿por qué ninguno de los dos usó magia? Fue una pelea tan solo física.

—¿Es posible que sus poderes se anularan el uno al otro?

—Técnicamente, supongo que sí —respondí—. Sin embargo, ese tipo de cosas requieren una gran sincronización. No suelen pasar por accidente.

—Bueno, ya es algo —dijo ella—. Los dos decidieron no utilizar la magia o, por el contrario, no les era posible usarla. Igual con la maldición. O bien LaFortier no quiso utilizarla o bien fue incapaz de hacerlo. La pregunta es: ¿por qué?

Asentí.

—Suena lógico. Pero ¿esa teoría en qué nos ayuda a acercarnos más al asesino?

Se encogió de hombros, imperturbable.

—Ni idea.

Así es como funciona una investigación la mayoría de las veces. Los polis, los detectives y los magos quijotescos casi nunca sabemos qué información es la buena hasta que no tenemos una idea muy aproximada de lo que está pasando. Lo único que puedes hacer es acumular todos los datos que seas capaz y esperar que sigan un patrón reconocible.

—Buen razonamiento, pero sigue sin servir de ayuda —dije—. ¿Qué más tenemos?

Murphy negó con la cabeza.

—Nada que vea claro aún, aunque ¿me permites una sugerencia?

—Por supuesto.

Cogió la hoja con los detalles de la cuenta de banco incriminatoria.

—Sigue el dinero.

—¿El dinero?

—Los testigos pueden equivocarse... o estar comprados. Las teorías y las deducciones pueden alejarte de tu objetivo. —Tiró la hoja sobre la mesita—. Pero el dinero siempre te dice algo. Asumiendo que seas capaz de encontrarlo, claro.

Cogí el folio y lo volví a examinar.

—Un banco extranjero. Ámsterdam. ¿Puedes hacer que averigüen de dónde vino el pago?

—Estás de broma —respondió Murphy—. Me llevaría días, semanas o tal vez meses seguir todos los procedimientos y conseguir ese tipo de información de un banco estadounidense, eso si fuese siquiera posible. ¿De un banco extranjero especializado en la confidencialidad? Tengo más opciones de ganarle un concurso de mates a Michael Jordan.

Refunfuñé. Saqué la cámara desechable del bolsillo del guardapolvo y se la entregué a Murphy.

—Hice algunas fotos del lugar, muchas más de las que hay en el expediente de los centinelas. Me gustará conocer tu opinión sobre lo que veas.

Cogió la cámara.

—Está bien. Puedo llevarla a una tienda de fotografía y...

La interrumpió el sonido de mi viejo teléfono de rueda. Levanté una mano para disculparme y contesté la llamada.

—Harry. —Era Thomas. Su voz sonaba tensa—. Te necesitamos aquí. Ahora.

Sentí que todo mi cuerpo se crispaba.

—¿Qué está pasando?

—¡Date prisa! —gritó mi hermano—. No puedo con ellos yo so...

La línea se cortó.

Oh, Dios.

Me volví hacia Murphy. Le bastó mirarme a la cara para ponerse en pie con las llaves del coche en la mano y caminar hacia la puerta.

—¿Problemas?

—Problemas.

—¿Dónde?

Me levanté y cogí el bastón y la vara explosiva.

—Un complejo de espacios de almacenamiento de alquiler, cerca de Deerfield Square.

—Lo conozco —dijo Murphy—. Vamos.

Lo mejor de ir en coche con una poli son los juguetes alucinantes que tiene para llegar rápido a cualquier parte, incluso en hora punta en una mañana de Chicago. El coche todavía botaba tras girar para salir a la calzada desde el pequeño aparcamiento junto a mi casa cuando Murphy puso una luz azul giratoria en el techo y activó la sirena. Esa parte fue genial.

El resto del viaje no fue ni de lejos tan divertido. Desplazarse «rápido» por una ciudad abarrotada siempre es algo relativo, y en Chicago suponía muchos acelerones y frenazos bruscos. Atravesamos media docena de callejones, nos saltamos una intersección complicada subiéndonos al bordillo y zigzagueamos entre el tráfico a tal velocidad que el desayuno de café y dónuts que acababa de tomar empezó a centrifugar en mi estómago de una forma muy desagradable.

—Apaga la luz y el ruido —dije a un par de manzanas de los trasteros.

Lo hizo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque sea lo que sea lo que hay allí son unos cuantos y Thomas no creyó que pudiera con ellos. —Saqué mi .44 del bolsillo del guardapolvo y lo comprobé—. No hay nada ardiendo. Esperemos que la fiesta no haya empezado todavía y no se den cuenta de que llegamos hasta que nos hayamos enterado de lo que pasa.

—Sigues con tus revólveres —dijo Murphy con expresión resignada. Pasó de largo la calle que llevaba a los espacios de almacenamiento y siguió hasta una manzana más adelante. Giró y aparcó—. ¿Cuándo vas a tener una pistola de verdad?

—Mira, solo porque tengas el doble de balas que yo...

—El triple —dijo Murphy—. La SIG lleva veinte.

—¿¡Veinte!?! Mira, la cosa es que...

—Y se recarga mucho más rápido. Tienes unas cuantas balas sueltas perdidas en el bolsillo, ¿verdad? ¿No llevas un cargador rápido?

Me volví a guardar el arma en el bolsillo e intenté que no se me cayera ninguna bala según salimos del coche.

—Esa no es la cuestión.

Murphy movió la cabeza, disgustada.

—Maldita sea, Dresden.

—Sé que el revólver va a funcionar —continué, camino del complejo—. He visto encasquillarse armas automáticas.

—¿Nuevas?

—Bueno, no...

Murphy había guardado su arma en el bolsillo de su fina chaqueta deportiva.

—Es bueno que tengas opciones, es lo único que te comento.

—Si a Indiana Jones le valía con un revólver —dije—, a mí también.

—Era un personaje de ficción, Harry. —Torció los labios en una pequeña sonrisa —. Y tenía un látigo.

La miré.

Le brillaron los ojos.

—¿Tienes un látigo, Dresden?

La miré todavía más.

—Murphy..., ¿me estás tirando los tejos?

Su risa fue de las feroces que enseñaban los dientes. Doblamos la esquina y encontramos la furgoneta blanca alquilada de Thomas en el sitio donde la había dejado, al otro lado de la calle, frente al complejo.

Junto a ella había dos hombres vestidos con trajes grises similares y sombreros fedora también grises, de pie en la acera con actitud despreocupada bajo el sol de aquella mañana.

Cuando me fijé más, me di cuenta de que llevaban exactamente el mismo traje. Y el mismo sombrero, de hecho.

—¿Federales? —le pregunté a Murphy en voz baja mientras girábamos hacia la acera.

—Hasta los federales compran en tiendas distintas —respondió—. Tengo una sensación extraña, Harry.

Volví la cabeza y eché un vistazo al complejo a través de la verja que lo rodeaba, una negra de metal y tres metros de altura.

Vi a otro par de hombres de traje gris recorriendo una fila de unidades de almacenamiento. Dos parejas más hacían lo mismo en la siguiente. Y dos más en la de después.

—Son doce —murmuró Murphy. Ni siquiera había vuelto el cuello. Tiene poderes de observación de poli—. Todos con el mismo traje.

—Sí, son de fuera de la ciudad —dije—. Muchas veces, cuando los seres del Nuncamás quieren pasar desapercibidos, escogen un aspecto y tiran con él. —Pensé en ello mientras dábamos unos pasos más—. El hecho de que todos hayan elegido el mismo puede querer decir que no tienen mucha individualidad.

—¿Lo cual significa que me bastaría una cita con uno de ellos para saberlo todo sobre el resto? —preguntó.

—Lo cual significa que se necesita tener individualidad para tener instinto de supervivencia.

Murphy exhaló despacio.

—Genial. —Se llevó la mano al otro bolsillo, donde yo sabía que guardaba el móvil—. Nos sería útil tener refuerzos.

—Y también podría activarlos —respondí—. Solo una cosa, si empieza el baile no te me pongas blandita y les dispaes en la pierna o algo parecido.

—Has visto demasiadas películas, Harry —dijo—. Si un poli aprieta el gatillo es porque tira a matar. Les dejamos los disparos complicados a los francotiradores de los

SWAT y a Indiana Jones.

Miré hacia la cabina junto a la entrada del lugar. Durante el día solía haber algún vigilante, pero ahora no había nadie. De hecho, tampoco había nadie ni a la vista ni en la calle.

—¿Dónde está tu unidad? —preguntó Murphy.

Levanté las cejas, jugueteón.

—Donde ha estado siempre, muñeca.

Hizo un sonido de arcada.

—La primera fila contando desde la central —dije—. Al fondo del complejo.

—Tenemos que pasar al lado de esos dos payasos de la furgoneta para llegar hasta allí.

—Sí —dije—, pero no creo que esos trajecitos la hayan encontrado aún. Todavía están aquí y siguen buscando. Si hubieran localizado a Morgan, ya se habrían ido. —Según nos acercamos, me di cuenta de que las dos ruedas de la furgoneta junto al bordillo estaban pinchadas—. Les preocupa que huyan.

—¿Estás seguro de que no son humanos? —preguntó Murphy.

—Hmm... ¿Razonablemente?

Negó con la cabeza.

—Eso no me vale. ¿Son del mundo espiritual o no?

—Es posible que no lo sepa hasta que nos acerquemos más —respondí—. Puede que incluso necesite tocar a uno.

Respiró hondo, muy despacio.

—En cuanto estés seguro, dímelo. Niega con la cabeza si estás convencido de que no son humanos. Asiente si lo son o no lo tienes claro.

Estábamos a menos de diez metros de la furgoneta y no había tiempo para discutir ni hacer preguntas.

—Vale.

Di unos pasos más y me estampé contra una cortina de energía nauseabunda, tan gruesa y pesada que me puso los pelos de punta. Una señal contundente de que había una presencia sobrenatural hostil. Negué con la cabeza con un movimiento rápido justo cuando los dos hombres de traje se giraban exactamente al mismo tiempo y exactamente a la misma velocidad. Los dos abrieron la boca.

Antes de que pudiesen emitir ningún sonido, Murphy sacó su arma y les disparó a ambos en la cabeza.

Dos veces.

Disparar dos veces al objetivo de esa forma era un método empleado por asesinos profesionales. Siempre existe la pequeña opción de que una bala dirigida a la cabeza impacte en ángulo oblicuo y rebote en el cráneo. No es una gran posibilidad, pero un disparo doble reduce ese riesgo de «poco probable» a «prácticamente imposible».

Murphy era policía, participaba en competiciones de tiro y se encontraba a menos de metro y medio de su blanco. Lo hizo todo en un único movimiento ágil. Los

disparos sonaron como los golpes rítmicos de un martillo.

A los hombres de traje gris ni siquiera les dio tiempo a darse cuenta de su presencia, mucho menos a hacer nada para evitar su destino. Un líquido transparente explotó en la parte de atrás de sus cráneos y cayeron en la acera como dos figuras de trapo. Sus cuerpos y sus trajes se deformaron igual que muñecos de nieve en primavera, dejando atrás solo ectoplasma, la materia translúcida y viscosa del Nuncamás.

—Por todos los demonios —pude decir apenas. Mi adrenalina se había disparado.

Murphy siguió apuntando a los dos con el arma hasta que quedó claro que ninguno de ellos iba a reinventarse como jinete sin cabeza. Entonces sus fríos ojos azules rastrearon la calle de arriba abajo, buscando nuevas amenazas, al tiempo que soltaba el cargador casi lleno de la SIG y, con un toque, metía otro nuevo completo.

Puede que parezca la tía favorita de alguien, pero Murph juega duro.

Un par de segundos más tarde, algo que sonó como el aullido de una horda de sierras rabiosas inundó el lugar. Había muchos más de doce.

—¡Vamos! —grité mientras echaba a correr.

Los trajes grises no eran individualistas. No resultaba descabellado pensar que podían poseer algún tipo de mente compartida. Cargarnos a los vigías sin duda había alertado y enfurecido a los demás. Supuse que responderían del mismo modo que cualquier mente colmena cuando se ataca a uno de sus miembros.

Los trajes grises venían a matarnos.

No podíamos permitirnos el lujo de escapar, no cuando estaban tan cerca de Morgan y Molly, pero si nos atrapaban en plena calle estábamos perdidos. Nuestra única posibilidad era seguir rápido hacia delante para entrar en el complejo mientras ellos salían de allí gritando y buscándonos. Si éramos lo bastante rápidos, nos daría tiempo a llegar a mi trastero, recoger a Morgan y compañía, y escapar a toda prisa hacia el Nuncamás a través del portal en el suelo.

Crucé la calle y la entrada a toda pastilla con Murphy pisándome los talones. Aceleré más según los aullidos se oyeron más alto y llegué hasta la fila central justo cuando veinte o veinticinco trajes grises salían en estampida de las otras filas. Algunos nos vieron y frenaron de golpe, haciendo saltar la grava con sus zapatos caros y emitiendo un aullido de un tono distinto. Los demás empezaron a volverse hacia nosotros también y llegamos al final de la fila central aún corriendo por nuestras vidas.

Los trajes grises nos perseguían, pero Murphy y yo les sacábamos una ventaja de unos buenos cuarenta metros y ellos no parecían poseer velocidad sobrehumana. Íbamos a conseguirlo.

Entonces recordé que la puerta del área de las unidades de almacenamiento estaba cerrada con llave.

Sin parar de correr, tanteé en el bolsillo delantero de los vaqueros, intentando sacarla para tenerla preparada. Tenía claro que, si no abría la puerta al primer intento,

los trajes grises nos alcanzarían y nos matarían a los dos.

Así que, por supuesto, la condenada llave se me cayó.

Con una maldición, derrapé en la grava para detenerme. Miré alrededor, desquiciado, buscando la llave con la horrible consciencia de la horda de trajes grises que se abalanzaba hacia nosotros, ahora sumida en un silencio que daba escalofríos.

—¡Harry! —gritó Murphy.

—¡Ya lo sé!

Se colocó a mi lado en posición de tiro, apuntando al traje gris más próximo.

—¡Harry!

—¡Ya lo sé!

Vi un destello de metal entre la grava. Me abalancé hacia él mientras Murphy abría fuego con disparos precisos y medidos, y mandaba al primer traje gris rodando por el suelo. Los otros pasaron por encima de él sin detenerse.

Sí, había encontrado la llave, pero era demasiado tarde.

Ninguno de los dos lograríamos llegar al refugio.

—¡No te separes! —grité.

Clavé la punta de mi bastón en la grava y la arrastré mientras trazaba una línea entre el polvo y las piedras. Me apresuré a dibujar un círculo tosco de tal vez metro y medio de diámetro a nuestro alrededor, para lo que tuve que cruzarme durante un segundo entre la pistola de Murphy y los trajes grises.

—¡Maldita sea, Harry, agáchate! —gritó.

Lo hice y extendí la mano para tocar el círculo en la grava e infundir un esfuerzo rápido de voluntad a aquel sencillo dibujo. La pistola de Murphy rugió dos veces. Sentí cómo la energía se acumulaba en el círculo y se consolidaba a toda velocidad hasta convertirse en un muro improvisado invisible.

El más cercano de los trajes grises se inclinó y se lanzó en plancha hacia nosotros. Murphy dio un respingo hacia atrás y la agarré con fuerza para evitar que se saliera del círculo y lo rompiera.

El traje gris se empotró contra él como si se golpease contra una pared sólida. Rebotó contra su superficie con un resplandor de luz blanca y azul que formó un cilindro fantasmal en el aire. Un instante después más trajes grises hicieron lo mismo, quizá veinte de ellos, y cada uno rebotó contra el campo de energía del círculo.

—¡Tranquila! —le dije a Murphy, apretándola aún contra mi cuerpo—. ¡Tranquila! ¡Tranquila! —Sentí que se relajaba un poco. Dejó de luchar contra mis intentos de mantenerla quieta allí—. Todo está bien. Mientras no rompamos el círculo, no podrán pasar.

Los dos temblábamos. Murphy tragó saliva un par de veces, tratando de respirar. Nos quedamos allí quietos mientras rodeaban el círculo y extendían las manos para localizar sus límites. Tuve tiempo de echarles un vistazo más en detalle.

Todos eran de la misma altura y peso, de rasgos poco característicos y similares, si no idénticos. Era como si fuesen de la misma familia. Sus ojos eran del mismo color, un extraño verde grisáceo, y no tenían ninguna expresión en sus rostros. Ninguna en absoluto.

Uno de ellos adelantó un brazo como si intentase tocarme y apoyó la palma de la mano en el campo del círculo. Una maldita boca se abrió en ella en paralelo a los dedos. Tenía hileras de dientes afilados como los de un tiburón. Una lengua púrpura, casi negra, salía reptando y enroscándose y golpeaba al azar partes del círculo como si buscara una manera de entrar. Chorreaba una densa baba amarillenta.

—Vale —dijo Murphy en un tono bajo, inexpresivo—. Eso es un poco perturbador.

—Y la cosa va a mejorar —murmuré.

Por supuesto, el resto de trajes grises empezaron a hacer lo mismo. En pocos segundos estábamos rodeados de espeluznantes manobocas, lenguas que se retorcían



y babas que goteaban.

Murphy sacudió la cabeza.

—Puaj.

—Y que lo digas.

—¿Cuánto tiempo podrá rechazarlos esto?

—Son seres espirituales —respondí—. Mientras el círculo esté aquí, se mantendrán fuera de él.

—¿No pueden echarle tierra encima o algo parecido?

Hice un gesto de negación.

—Romper el círculo no es solo un proceso físico. Es una elección, una cuestión de voluntad... y estos seres no tienen tal cosa.

Murphy pareció reflexionar.

—¿Entonces por qué son capaces de hacer cualquier cosa, lo que sea?

Tuve que contenerme para no darme una palmada en la frente.

—Porque alguien los ha invocado desde el Nuncamás —contesté—. Su invocador, dondequiera que se esconda, les está dando órdenes.

—¿Y él podría romper el círculo? —preguntó Murphy.

—Sí —dije—. Con toda facilidad.

—Lo cual es una excelente conclusión a partir de la que comenzar nuestra charla —dijo una voz de hombre con un marcado acento británico—. Haced hueco, chavales.

Los trajes grises que había en un lado del círculo bajaron las manos, retrocedieron y revelaron a un hombre corpulento como un bulldog vestido con un traje granate barato. Era de estatura media, aunque pesado y de musculatura sólida, y con unas cuantas cervezas de más en la barriga. Sus rasgos eran romos y redondeados, como una piedra erosionada por el agua. Tenía el pelo canoso y lo llevaba lo más rapado que se podía sin parecer calvo. Sus ojos eran pequeños y duros, exactamente del mismo color que los de los trajes grises, un peculiar verde grisáceo.

—Oh, el amor —dijo el hombre, sonriendo—. Considero muy hermoso ver a parejas que no temen expresar su afecto el uno por el otro.

Parpadeé, miré a Murphy y me di cuenta de que aún la mantenía agarrada contra mí. Por la expresión de su cara, ella tampoco se había dado cuenta. Se aclaró la garganta y dio un pequeño paso atrás para apartarse de mí, con cuidado de no pisar el círculo en la grava.

El hombre nos saludó con la cabeza, aún sonriendo.

—Eh, hola, Dresden. ¿Por qué no hacemos esto fácil para todos y me dices en qué unidad se esconde Donald Morgan?

De repente me di cuenta de que reconocía a aquel capullo de los informes que los centinelas tenían sobre él.

—Atador —dije—. Es así como te llaman, ¿verdad?

La sonrisa de Atador se ensanchó e hizo una ligera reverencia.

—El mismo.

Murphy lo miró con desagrado.

—¿Quién es este gilipollas?

—Uno de esos tipos a los que los centinelas desearían poder borrar del mapa —respondí.

—¿Es mago?

—Poseo unas cuantas habilidades en ese campo, amor —respondió Atador.

—Es un aficionado que solo conoce un truco —dije sin apartar la vista de él—. Posee un talento especial para invocar seres del Nuncamás y atarlos a su voluntad.

—Por eso lo de Atador —asintió Murphy.

—Sí, es escoria que vende su talento al mejor postor, aunque siempre con cuidado de no romper las Leyes de la Magia. Por eso los centinelas nunca han podido quitárselo de en medio.

—Lo sé —dijo Atador con jovialidad—. Y es por eso por lo que saboreo a conciencia la exquisita ironía de ser yo quien acabe con el famoso centinela Donald Morgan, ese santurrón pedante.

—Todavía no lo tienes —dije.

—Cuestión de tiempo, mi querido chaval —dijo Atador haciéndome un guiño. Se agachó para coger una piedrecita de entre la grava. La hizo saltar sobre su palma, pensativo, y nos miró—. Verás, hay bastante competencia por este trabajo y una buena pasta en juego. Por tanto, estoy dispuesto a darte la oportunidad de que me facilites el tema a cambio de algunos beneficios.

—¿Qué beneficios? —pregunté.

Sostuvo la piedrecita entre el pulgar y el índice.

—No lanzaré la piedra para romper el círculo. Así mis chavales no tendrán que mataros a los dos. ¿Acaso no estaría eso bien?

Detrás de Atador, al final de la fila de unidades de almacenamiento, se levantó un poco de polvo. Algo invisible se movía por la grava. Teniendo en cuenta cómo me había estado yendo la vida últimamente, era más que probable que no fuese nada bueno. A menos que...

—Venga, Atador —le respondí—, no seas bobo. ¿Qué te hace pensar que no le pediré a la dama aquí presente que te meta una bala en ese hueco de tu cabeza donde se supone que debería estar tu cerebro?

—Si lo hace, el círculo cae y mis chavales te parten en pedazos —contestó Atador.

—Para entonces ese ya no será tu problema —dije.

Atador me sonrió.

—Caemos todos en una orgía de sangre y vísceras, ¿no?

Murphy levantó su arma con calma y apuntó a la cara de Atador.

Él la observó sin perder la sonrisa.

—Tranquila, pequeña dama, no vayas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte.

Si pierden mi, digamos, tutela personal, mis chavales aquí presentes le abrirán la garganta a este buen caballero en un visto y no visto. Sin embargo, con las damas son mucho menos, digamos, profesionales. —Su sonrisa desapareció—. Y, señorita, no querrás saber cómo son cuando no son profesionales.

Dedos, colmillos y lenguas babosas continuaban presionando los límites del campo protector del círculo.

Murphy no permitió que su cara lo mostrase, pero noté cómo se estremecía.

—Momento de decidir, señorita —dijo Atador—. O aprietas el gatillo ahora mismo y vives con las consecuencias o bajas el arma como una dama bien educada y arreglamos esto de forma civilizada.

Los ojos de Murphy se estrecharon cuando oyó aquello.

—Hasta donde yo sé, estás a punto de lanzarnos esa piedra. Creo que voy a mantener la pistola justo donde está.

—Ten otra cosa en cuenta, Atador —dije—. Sé que pretendes hacer que tus mascotas se coloquen delante de ti para cubrirte y lanzar la piedra desde detrás de ellos, pero piensa en lo que te pasaría a ti si me matas.

—Tu maldición de muerte, ¿no? —dijo Atador. Se puso las manos en las mejillas como si estuviera horrorizado—. Oh, no, una maldición de muerte, ¿qué va a ser de mí?

Me enfrenté a él con una sonrisilla gélida.

—Pasarás el resto de tu vida sin poder usar magia —dije en un tono tranquilo que esperaba que sonase confiado—. Cuando muera me llevaré tu poder. Para siempre. Se acabó invocar. Se acabó atar criaturas.

La expresión de Atador comenzó a perder su fuerza.

—¿Has tenido alguna vez un trabajo que te gustara, Atador? —continué—. Apuesto a que no. He leído tu expediente. Eres el típico tío al que le gusta dormir hasta tarde y gastar mucho dinero para impresionar a la gente. Siempre pides servicio de habitaciones, siempre bebes champán. Y te gustan las mujeres que te consiguen el dinero. —Negué con la cabeza—. ¿Cuántas botellas de champán crees que podrás permitirte cuando tu vestuario profesional consista en un delantal y un gorro de papel? Tío, posees suficiente talento para vivir una vida larga y próspera... como un don nadie.

Me observó en silencio.

—No puedes hacer eso —dijo—. Quitarme mi talento. No es posible.

—Soy un mago del Consejo Blanco, Atador, no un estúpido aficionado que se ha pasado la vida usando su don para hacer daño a la gente. ¿Crees que vamos por ahí anunciando lo que sabemos hacer? Si conocieses la mitad de cosas que he hecho que tú crees imposibles, ya habrías salido corriendo.

Atador me mantuvo la mirada. Unas perlas de sudor empezaban a resbalarle por las patillas.

—Así que —seguí— yo que tú me lo pensarías con cuidado antes de lanzar esa

piedra, Atador. Con mucho cuidado.

Una sirena de policía sonó bastante cerca.

Sonreí mostrando los dientes.

—Anda, polis. Esto se va a poner interesante.

—¿Es cosa tuya? —me preguntó, incrédulo—. ¿Involucras a la policía en un asunto privado?

Señalé a Murphy con un dedo. Ella sacó su placa y se la enganchó al cinturón de forma que quedó de cara a él.

—Ya está hecho —dijo Murphy.

—Además, la razón por la que escogí este lugar fue la elevada presencia policial del barrio —dije yo—. Por un disparo, nadie dice nada. Si oyen media docena, empiezan a ponerse nerviosos.

Atador entornó los ojos y apartó la atención de nosotros para mirar la zona delantera del complejo.

—Tic, tac —dije, intentando presionar todo lo posible—. Es cuestión de tiempo, querido chaval.

Atador volvió a echar un vistazo a su alrededor y entonces negó con la cabeza y suspiró.

—Qué huevos... Menudo follón siempre que tengo que tratar con la policía. Idiotas muriendo a puñados. Sangre a paladas. —Hizo un gesto hacia sus hombres—. Sospechosos idénticos huyendo en todas direcciones. Todo el mundo persiguiéndolos y más gente muriendo cuando los pillan. —Me miró fijamente—. ¿Qué opinas, mago? ¿Y tú, poli? Tal vez tengáis pelotas suficientes como para ignorar mis amenazas. Podría admirar eso.

El estómago me dio un pequeño vuelco. Había estado contando los segundos, esperando que mis nervios no me hicieran ir demasiado deprisa. Ya debería haber pasado el tiempo suficiente.

—¿Qué ocurre con esos policías? ¿Estás dispuesta a cargar con sus muertes en tu conciencia? —Hizo estiramientos con el cuello, como un boxeador calentando antes del combate—. Porque te digo desde ya mismo que no van a lograr detenerme.

Levanté la mano y toqué la muñeca de Murphy. Ella me miró de reojo y acabó por bajar el arma.

—Así está mejor —dijo Atador. Ya no había rastro de burla en su tono—. Solo quiero al centinela. Ya está muerto de todas formas, y lo sabes. ¿Qué más da quién lo entregue?

Algo se movió al fondo de la fila de unidades, detrás de Atador, y sonreí.

—No tengo nada en contra de ti o de esta ciudad —continuó Atador—. Me dices dónde está, me voy en paz y todos tan contentos.

Murphy inspiró profundo.

—De acuerdo —respondí—. Está justo detrás de ti.

La sonrisa de Atador, esta vez, fue astuta como la de un zorro.

—Dresden, estamos charlando tan tranquilos tú y yo. Estamos en un momento en el que ninguno de los dos quiere actuar de forma precipitada. Y es una diversión muy sana. Es una de esas pequeñas cosas que hacen que un día resulte más agradable. — Su voz se endureció—. Pero no me hagas el increíble feo de asumir que soy un maldito idiota.

—No lo hago —dije—. Está más o menos a doce metros detrás de ti. En una silla de ruedas.

Atador me atravesó con la mirada. Luego puso cara de fastidio y echó un breve vistazo por encima del hombro. Entonces repitió el movimiento una segunda vez y abrió la boca de par en par.

Morgan estaba sentado en su silla de ruedas a unos doce metros de Atador con mi escopeta en las manos. Ratón estaba junto a la silla, muy concentrado en Atador y en sus secuaces, con el cuerpo tenso y preparado para saltar.

—Hola, Atador —dijo Morgan en un tono plano, implacable—. Ahora, señorita Carpenter.

Molly apareció literalmente de la nada en cuanto dejé de utilizar su velo. Se había estado ocultando bajo él desde que la había visto moverse al comienzo de nuestra conversación con Atador. Sostenía mi vara explosiva de repuesto, cuya punta estaba cubierta de polvo tras haberla arrastrado por la grava. Se arrodilló junto al largo y desigual arco del círculo que había dibujado en el suelo y lo tocó con la mano con un gesto de concentración.

Los círculos de poder son en realidad algo básico. Casi cualquiera puede hacer uno si conoce los pasos necesarios, y crearlo de forma correcta es lo primero que se le enseña a un aprendiz. Los círculos generan unos límites que aíslan la zona interior de las energías mágicas del mundo exterior. Ese es el motivo por el que los secuaces de Atador no podían cruzar el plano del círculo que yo había dibujado en el suelo, porque sus cuerpos estaban hechos de ectoplasma, el cual se mantenía sólido a base de energía mágica. El círculo anulaba esa energía cuando trataban de atravesarlo.

En cuanto cobró vida gracias a la voluntad de mi aprendiz, el círculo de Molly hizo lo mismo que el mío. Solo que, en este caso, los trajes grises estaban dentro de él. En cuanto el campo de energía se alzó, los aisló del flujo de magia que necesitaban para mantener consistente su forma.

Y, de golpe, más de cuarenta matones demoníacos se convirtieron en charcos de moco traslúcido.

Atador soltó un grito cuando sucedió, se giró desesperado y murmuró por lo bajo una especie de encantamiento. Pero podría haberse ahorrado el esfuerzo. Si los quería de vuelta, primero tendría que salir del campo aislante de aquel enorme círculo y después empezar el proceso desde el principio.

—Uy, Atador —dije con una empatía bien falsa—, eso no te lo esperabas, ¿verdad, tío?

—Ernest Armand Tinwhistle —proclamó Morgan en un tono de autoridad

suprema, llevándose la culata de la escopeta al hombro—, ríndete o serás destruido, pequeña comadreja inútil.

Los intensos ojos verde grisáceo de Atador pasaron de Morgan a Murphy y a mí. Entonces pareció llegar a algún tipo de conclusión y cargó contra nosotros como un toro, con la cabeza baja y los brazos por delante.

Murphy lo apuntó con la pistola, pero soltó una palabrota y apartó el cañón. Él la embistió en el pecho con el hombro y la derribó a la vez que su brazo extendido me golpeaba en el estómago.

Estiré una pierna hacia él según pasaba, pero estaba desequilibrado por su empujón. Acabé sentado de culo en el suelo, aunque al menos le hice trastabillarse unos pasos. Murphy encajó el impacto con gracia, de forma fluida. Cayó de espaldas, rodó con agilidad sobre un hombro y se puso en pie de nuevo.

—¡Sácalos de aquí! —gritó mientras se giraba y echaba a correr tras él.

Ratón acudió trotando a mi lado, observó la carrera de Murphy con ojos preocupados de perro y levantó la vista hacia mí.

—No —le dije—. Fíjate en esto.

Atador corría lo más rápido que podía, pero dudo que la velocidad hubiese sido lo suyo ni siquiera de joven, así que no digamos veinte años y veinte kilos después. Murphy entrenaba casi todos los días.

Lo alcanzó apenas tres metros antes del final de la fila de unidades de almacenamiento, sincronizó sus pasos por un segundo y le soltó una patada en una pierna justo cuando él la levantaba, en plena carrera. A Atador se le enredaron los pies y cayó al suelo de bruces.

Se levantó con un enorme grito de rabia y se giró hacia Murphy. Le arrojó a la cara un puñado de grava y se tiró sobre ella lanzándole ganchos pesados, uno tras otro.

Murph agachó la cabeza para evitar la grava, se hizo a un lado para esquivar el primer puñetazo y lo agarró de la muñeca en el segundo. Los dos giraron en un semicírculo, Atador soltó un grito y entonces su cráneo casi calvo se estrelló contra la puerta de acero de un trastero. Tuve que reconocer que el tipo era resistente. Rebotó contra la puerta y se quedó un poco atontado, pero lanzó un codo hacia atrás contra la cara de Murphy.

Ella agarró ese brazo y continuó el movimiento usando su propio cuerpo como palanca para realizar un clásico derribo de cadera. Excepto por un detalle. Atador estaba en la posición contraria a la habitual para esa técnica.

El crujido del brazo saliéndose de su sitio se oyó a quince metros de distancia.

Y entonces cayó de morros al suelo.

Atador subió un par de puntos en mi valoración en cuanto a cerebro: se quedó tendido allí sin resistirse mientras Murphy le ponía las muñecas en la espalda y lo esposaba.

Intercambié una mirada con Ratón.

—Pega duro —fueron mis sabias palabras.

Las sirenas de la policía sonaban más cerca. Murphy levantó la vista hacia ellas y luego hacia mí, al final de la fila de unidades. Me hizo un gesto exasperado para que me marchase.

—Vamos —le dije a Ratón.

Ambos nos apresuramos hacia la silla de Morgan.

—No podía dispararle con este trozo de tubería con vosotros en medio —se quejó Morgan cuando me acerqué a él—. ¿Por qué no lo has hecho tú?

—Por eso —dije mientras señalaba la entrada al complejo, donde un coche patrulla con las luces azules encendidas hacía chirriar sus ruedas al detenerse—. Se ponen muy preguntones cuando encuentran un cadáver con heridas de bala. —Me volví hacia Molly con el ceño fruncido—. Te dije que te largaras a la primera señal de peligro.

Ella cogió los manillares de la silla de ruedas de Morgan y todos fuimos hacia la unidad de almacenamiento.

—No sabíamos lo que estaba pasando hasta que los oímos chillar —protestó—. Entonces Ratón se volvió loco y empezó a escarbar en el suelo para tratar de salir por debajo de la puerta. Pensé que estarías en peligro. Y lo estabas.

—Ese no es el tema —dije. Según cruzamos el círculo dibujado en el suelo, lo observé y luego lo rompí y liberé su poder—. ¿De quién fue la idea del círculo?

—Mía —dijo Morgan con calma—. Las trampas de círculos son una táctica estándar contra los invocadores rebeldes.

—Siento haber tardado tanto en trazarlo —dijo Molly—, pero tenía que hacerlo lo bastante grande como para que cupiesen todos.

—No hay problema. A Atador no le importó hacer tiempo dándole a la sinhuoso. —Entramos en el trastero y cerré la puerta—. Lo hiciste bien, pequeño saltamontes.

Molly resplandeció de felicidad.

Miré a mi alrededor.

—Eh, ¿dónde está Thomas? —pregunté.

—¿El vampiro? —soltó Morgan.

—Lo puse a vigilar el exterior del complejo, por si acaso —dije.

Morgan me miró con disgusto y empujó su silla hacia el portal al Nuncamás.

—¿El vampiro se esfuma justo antes de que aparezca un cazador de recompensas que no tenía manera alguna de conocer mi ubicación y de verdad te sorprende, Dresden?

—Thomas me llamó para decirme que había problemas —respondí con voz tensa—. Si no lo hubiera hecho, ahora mismo estarías sepultado bajo un montón de trajes grises.

Molly se mordió el labio, preocupada, y negó con la cabeza.

—Harry... No lo he visto desde que nos trajo.

Miré hacia la entrada del complejo con los dientes apretados.

¿Dónde estaba?

Si hubiera podido, Thomas jamás habría permitido que Murphy y yo nos enfrentásemos solos a los secuaces de Atador. Habría estado allí, a nuestro lado. Pero no había sido así.

¿Por qué no? ¿Alguna circunstancia lo había obligado a marcharse antes de que yo llegara? O, peor, ¿alguien más involucrado en todo este asunto había decidido tomar medidas contra él? La incómoda imagen de la zorra psicópata de Madeline acudió a mi mente. Además, el cambiapielos ya había demostrado que era feliz asesinando a mis aliados en vez de atacarme a mí de forma directa.

O quizá se había visto sobrepasado por una multitud de diablos de traje gris. Quizá su cuerpo se estaba enfriando ya en cualquier rincón o agujero del complejo. Tuve un escalofrío solo con pensarlo.

Por todos los demonios.

¿Qué le había pasado a mi hermano?

Morgan dijo una palabra en voz baja y abrió un brillante portal rectangular en el suelo. Molly se acercó y miró hacia abajo, impresionada.

—Dresden, no podemos permitirnos involucrarnos con las autoridades locales — dijo Morgan.

Quise ponerme a chillarle, pero tenía razón. Se acercaban más sirenas hacia el complejo. Teníamos que irnos. Agarré la silla de Morgan y avancé hacia el portal.

—Vamos, gente —dije.

«Maldita sea, Thomas —gritaba para mis adentros—, ¿dónde diablos estás?».



El portal de mi escondite llevaba a apenas tres pasos de un sendero en el Nuncamás. Bien. Pero esos tres pasos no estaban adaptados para minusválidos. Molly y yo tuvimos que coger a Morgan cada uno de un brazo y llevarlo casi a cuestas hasta allí. Dejé a Molly y a Ratón con él, regresé a por la silla y la subí por una pendiente helada hacia un camino casi idéntico al que había tomado el día anterior.

Sentamos a Morgan de nuevo en la silla. Para cuando terminamos, estaba pálido y temblaba. Le puse una mano en la frente. Tenía fiebre.

Morgan apartó la cabeza con un quejido ronco.

—¿Qué pasa? —preguntó Molly. Había recordado coger los dos abrigos antes de entrar y ya tenía uno puesto.

—Está ardiendo —dije en voz baja—. Butters me advirtió que eso podría significar que la herida se ha infectado.

—Estoy bien —dijo Morgan sin dejar de temblar.

Molly lo ayudó a ponerse el segundo abrigo mientras miraba con nerviosismo hacia el bosque tenebroso y helado a su alrededor.

—¿No deberíamos sacarlo de este frío entonces?

—Sí —dije mientras me abotonaba el guardapolvo—. Estamos a unos diez minutos del portal al centro de la ciudad.

—¿Lo sabe también el vampiro? —gruñó Morgan.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que iríamos camino de una trampa más que obvia, Dresden.

—De acuerdo, se acabó —espeté—. Otro comentario más sobre Thomas y bajas rodando la pendiente.

—¿Thomas? —El rostro pálido de Morgan se ensombreció un poco cuando alzó la voz—. ¿Cuántos cadáveres van a hacer falta para que entres en razón, Dresden?

Molly tragó saliva.

—Harry, eh... disculpa.

Los dos la miramos furiosos.

Se ruborizó y evitó el contacto visual.

—¿No es esto el Nuncamás?

—Sí —respondí.

—Obviamente —dijo Morgan al mismo tiempo.

Nos enfrentamos de nuevo, a punto de gritarnos.

—Vale —interrumpió Molly—. ¿No me has dicho que es un poco peligroso? —Respiró hondo y entonces habló rápido—. Quiero decir que, ya sabes... ¿no es de tontos estar aquí parados discutiendo a voces... teniendo en cuenta eso?

De repente me sentí algo idiota.

La rabia en los ojos de Morgan se desvaneció. Bajó la cabeza, fatigado, y cruzó

los brazos delante del estómago.

—Sí —contesté, controlándome—. Sí, es probable.

—Además, cualquiera que entre en los caminos desde Edimburgo para ir a Chicago se va a cruzar con nosotros —añadió Morgan.

Molly asintió.

—Lo que sería un poco... ¿raro?

Resoplé. Señalé con la barbilla la dirección correcta y empecé a empujar la silla sobre el sendero.

—Por aquí.

Molly nos seguía, y sus ojos saltaban a un lado u otro con cada sonido y cada movimiento que venía del bosque de las hadas. Ratón se mantenía a su lado y ella, en un gesto inconsciente, apoyaba una mano sobre el lomo del perro mientras caminaba.

Avanzamos a un ritmo firme en un silencio casi total durante unos cinco minutos hasta que hablé.

—Tenemos que averiguar cómo han sabido que estabas ahí.

—El vampiro es la mejor explicación —repuso Morgan con un cuidadoso tono neutro.

—Poseo información acerca de él que tú desconoces —dije—. Supongamos que no ha tenido nada que ver en esto. ¿Cómo lo averiguaron entonces?

Morgan reflexionó.

—No fue con magia.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Y sonaba a que lo estaba.

—¿Tan buenos son tus medios de protección? —pregunté.

—Sí.

Le di un par de vueltas a aquello. Entonces caí en lo que había utilizado para evitar que lo descubriesen por métodos sobrenaturales.

—Usaste tu señal. La hoja plateada de roble. La que Titan... —Me obligué a dejar de hablar y miré intranquilo hacia el bosque de las hadas—. El regalo que te dio la Reina del Verano.

Morgan volvió un poco la cabeza y me miró por encima del hombro.

Solté un silbido. Una vez contemplé a Titania a través de mi visión de mago. Su imagen y la de su igual, la reina Mab, preparándose para combatir la una contra la otra seguía siendo una de las más impresionantes demostraciones de poder que jamás había presenciado. Una auténtica cura de humildad.

—Por eso estás tan seguro de que nadie va a encontrarte. Ella es la que te oculta.

—Lo admito —dijo Morgan con una mirada fulminante—, yo no le pedí un donut.

Aquello no me hizo gracia.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Me lo contó el criado de Titania. Toda la Corte del Verano lleva meses riéndose del asunto.

Molly emitió un sonido ahogado detrás de mí. No me di la vuelta. Eso solo la obligaría a llevarse la mano a la boca para tapar su sonrisa.

—¿Cuánto tiempo te concedió? —le pregunté.

—Hasta mañana al anochecer.

Treinta y seis horas, más o menos. Unas cuantas más de las que había creído que teníamos.

—¿Llevas la hoja de roble encima?

—Por supuesto.

—¿Puedo verla?

Morgan se encogió de hombros y se quitó un cordel de cuero de alrededor del cuello. Un pequeño saco, también de cuero, colgaba de la cuerda. Lo abrió, hurgó dentro y extrajo una pequeña réplica de una hoja de roble tallada con un detalle exquisito y terminada en un sencillo imperdible en la parte posterior. Me la mostró.

Se la arrebaté y la arrojé al bosque encantado.

Esta vez Morgan rugió de verdad.

—¿Por qué?

—Porque la Reina del Verano las usa para espiar. El año pasado, su grupo de matones usó la mía para seguirme el rastro por todo Chicago.

Morgan me miró furioso y volvió la vista hacia el lugar donde la había lanzado. Entonces se resignó y se frotó los ojos, cansado.

—Debo de estar volviéndome senil. Ni siquiera lo había pensado.

—No lo pillo —dijo Molly—. ¿No estaría protegido en cualquier caso?

—Él sí —respondí—. Pero la hoja no. Así que si la Reina del Verano quiere que lo encuentren, o si alguien se da cuenta de que lo está protegiendo y hace un pacto con ella, la reina puede mantener la palabra que le dio a Morgan de esconderlo y aun así entregarlo. Lo único que tiene que hacer es asegurarse de que alguien rastree el hechizo de la hoja de roble.

—Los *sidhe* se ciñen a sus acuerdos solo al pie de la letra —dijo Morgan, afirmando con la cabeza—. Por eso se evita hacer tratos con ellos a menos que no existan otras opciones.

—¿Entonces Atador podría haber estado siguiendo el rastro de la hoja de roble? —preguntó Molly.

Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—Todavía existe la posibilidad de que la Reina del Verano esté actuando de buena fe —dijo Morgan.

Asentí.

—Lo que nos trae de nuevo a la pregunta inicial: ¿cómo te encontró Atador?

—Bueno —intervino Molly—, no es por ser quisquillosa, pero en realidad no lo

hizo.

—Nos hubiera encontrado en cuestión de minutos —dijo Morgan.

—No quería decir eso —repuso ella—. Sabía que estabas en el complejo, pero no en qué unidad concreta. Quiero decir, ¿un hechizo de seguimiento no lo habría llevado directo hasta ti? Y si Thomas te vendió, ¿no le habría dicho a Atador el número exacto del trastero en el que nos escondíamos?

Morgan empezó a responder, pero frunció el ceño y se calló.

—Hmm... —musitó.

Volví la mirada hacia el pequeño saltamontes y asentí con aprobación.

A Molly le brillaron los ojos.

—¿Alguien que nos hubiese seguido? —preguntó Morgan—. Un coche que lo hubiera hecho no habría podido entrar en el complejo sin la llave.

Me acordé de cómo el cambiapielos me había estado acechando la noche anterior.

—Si son lo bastante buenos, es posible —admití—. Poco probable, pero posible.

—¿Entonces? —dijo Morgan—. ¿Cómo nos deja eso?

—Desconcertados —respondí.

Morgan mostró los dientes en una sonrisa sin una pizca de humor.

—¿Adónde vamos ahora pues?

—Si te llevo de vuelta a mi casa, nos volverán a localizar —dije—. Si utilizan métodos estrictamente mortales para rastrear nuestros movimientos, tendrán a alguien vigilándola.

Morgan me miró desde su silla.

—Supongo que no vas a estar dándome vueltas por Chicago mientras esperamos a que el Consejo nos encuentre.

—No —contesté—. Te llevaré a mi casa.

Morgan pensó en aquello un instante y luego asintió con decisión.

—Correcto.

—Donde los malos nos localizarán y enviarán a alguien más para matarnos —dijo Molly—. No me extraña que yo sea la aprendiz. Soy tan ignorante que no entiendo por qué esa idea no es una estupidez.

—Mira y aprende, pequeño saltamontes. Mira y aprende.

Abandonamos de nuevo el sendero y por segunda vez aquel día emergí del Nuncamás en el callejón trasero de la planta de envasado de carne. Hicimos dos paradas y caminamos hasta que pudimos conseguir un taxi. El taxista no parecía demasiado contento con Ratón, la silla de ruedas o con cómo abarrotamos su vehículo. O tal vez no hablaba lo bastante bien nuestro idioma como para transmitir su entusiasmo. Nunca se sabe.

—En serio, Harry, no son buenos para ti —dijo Molly con la boca llena de donut mientras descargábamos el taxi.

—La culpa es de Morgan. Fue él quien empezó a hablar de donuts —respondí—. Y, además, tú también te los estás comiendo.

—Tengo el metabolismo de la juventud —dijo Molly con una sonrisa dulce—. Eres tú el que debe empezar a preocuparse por su salud, oh, venerable mentor. Yo seré invencible durante por lo menos uno o dos años más.

Conseguimos volver a colocar a Morgan en su silla y le pagué al taxista. Llevamos a Morgan hacia las escaleras que descendían a mi apartamento. Entre Molly y yo nos las arreglamos para darle la vuelta a la silla, bajar los escalones con ella a cuestas y meterlo dentro sin dejarlo caer. Después cogí la correa de Ratón y los dos volvimos a subir para buscar el correo y dar un paseo por el pequeño patio de la casa de huéspedes, ese donde estaba la franja de tierra dedicada al uso privado de mi perro.

Sin embargo, en vez de vagar sin rumbo esperando a Ratón, lo llevé hasta la esquina más apartada del patio, una jungla en miniatura de viejos arbustos de lilas que no habían sido podados ni arreglados desde que murió el señor Spunkelcrief. Estaban en flor y su aroma llenaba el aire. Las abejas zumbaban alrededor de las flores y, a medida que me fui acercando, el muro del edificio fue atenuando el sonido del tráfico.

Era el único punto en la zona externa de la propiedad que no era visible para la mayoría de los edificios de la calle.

Me abrí camino entre las ramas de las lilas y encontré un pequeño espacio más o menos despejado en el centro. Esperé. En cuestión de segundos oí un zumbido similar al de una libélula muy grande. Entonces una pequeña hada con alas salió disparada de entre las flores para colocarse justo delante de mi cara.

Era enorme para tratarse de un espécimen de la gente diminuta. Alcanzaba unos sin duda impresionantes treinta centímetros de altura. Tenía el aspecto de un joven atlético vestido con una extraña variedad de armaduras fabricadas a partir de restos y objetos tirados. Había sustituido el tapón de botella que solía utilizar como casco por uno hecho con una pelota de golf ahuecada. Era demasiado grande para su cabeza, pero ese detalle no parecía preocuparle. Su coraza había prestado servicio antes como

una botella de Pepto-Bismol, y de su cintura colgaba lo que parecía una hoja de sierra con un extremo forrado de cinta para hacer de empuñadura. Unas alas similares a las de una libélula zumbaban y se movían en una nube translúcida a su espalda.

La pequeña hada se cuadró, suspendida en el aire, y me dedicó un saludo vigoroso.

—¡Misión cumplida, mi Señor de las Pizzas!

—¿Tan rápido? —pregunté. No habían pasado ni veinte minutos desde que lo había llamado, después de comprar los dónuts y antes de subirnos al taxi—. Un trabajo rápido, Tut-tut, incluso para ti.

El halago pareció complacer inmensamente al pequeño. Resplandeció de felicidad y zumbó en un par de círculos rápidos.

—Se encuentra al otro lado de la calle, a un par de edificios en dirección al lago.

Solté un sonido áspero con la garganta mientras pensaba. Si recordaba bien, se trataba de otra casa de huéspedes convertida en apartamentos, como la mía.

—¿Un edificio blanco con las persianas verdes?

—¡Sí, ahí es donde el sinvergüenza tiene su guarida! —Su mano relampagueó hacia su cintura, sacó la espada de dientes de sierra de la vaina de plástico transparente y adoptó una expresión fiera—. ¿Quieres que lo mate, mi señor?

Tuve mucho cuidado de no sonreír.

—No tengo claro si las cosas han llegado a ese punto todavía —le contesté—. ¿Cómo sabes que ese tipo está vigilando mi apartamento?

—¡Oh, oh! ¡No me lo digas, no me lo digas! —Tut se balanceó adelante y atrás, muy excitado—. ¡Porque tiene cortinas en las ventanas para que no lo veas y además tiene una caja negra grande de plástico con un morro muy largo que asoma por ellas y al otro lado del morro hay un ojo de cristal! ¡Y mira por ahí todo el tiempo y cuando ve a alguien entrar en tu casa pulsa un botón y la cosa hace ruido!

—Una cámara, ¿eh? —dije—. Sí, es probable que ese sea nuestro fisgón. —Levanté la vista hacia el sol veraniego y me ajusté el guardapolvo, recalentado e incómodo. Aun así, no me lo quité. Había demasiada hostilidad rondando por ahí—. ¿Cuántos de los tuyos hay por aquí, Tut?

—¡Cientos! —afirmó Tut-tut, blandiendo su espada—. ¡Miles!

Levanté una ceja.

—¿Estáis dividiendo la pizza en mil trozos?

—Bueno, señor —se corrigió—, varias docenas, como mucho.

La gente diminuta es un pueblo rebelde y caprichoso, pero he aprendido un par de cosas acerca de ellos que no estoy seguro de que alguien más sepa. Primero, que deambulan por casi todos lados y que si se lo proponen pueden llegar donde deseen. No tienen una gran capacidad de atención, pero para tareas cortas y sencillas funcionan como la seda.

Segundo, que poseen un ansia lasciva por la pizza que no tiene igual en este mundo. Llevo varios años sobornándolos de manera habitual con pizza y a cambio

ellos me han concedido su (sin duda errática) lealtad. Me llaman el Señor de las Pizzas, y las hadas pequeñas que aceptan mi comida sirven en la Guardia del Señor de las Pizzas. Lo cual significa, en general, que la gente diminuta merodea por mi casa esperando conseguir pizza extra y protegiéndola de amenazas diminutas.

Tut-tut era su líder, y tanto él como sus compañeros habían realizado tareas muy útiles para mí en el pasado. Hasta me habían salvado la vida en más de una ocasión. Nadie en la comunidad sobrenatural imaginaba todo de lo que eran capaces. De hecho, Tut y los de su especie eran por lo común ignorados. Yo trataba de tomarme aquello como una lección de vida: nunca subestimes a las personas pequeñas.

La tarea que tenía en mente era justo del estilo de Tut-tut. Casi de forma literal.

—¿Sabes cuál es su coche? —le pregunté.

Tut echó la cabeza hacia atrás al estilo Yul Brynner.

—¡Por supuesto! El azul con esto delante. Levantó los brazos en ángulo hacia arriba y dejó el cuerpo muy tieso, en forma de y griega.

—Un Mercedes azul, ¿eh? —pregunté—. De acuerdo, esto es lo que quiero que hagas...

Cinco minutos más tarde, di la vuelta por el lateral de la casa hacia la fachada al otro lado de la calle. Entonces me giré camino al edificio donde se escondía el figón y adopté mi expresión más feroz. Señalé hacia las ventanas con cortinas de la segunda planta, giré la mano y le hice un gesto con el dedo para que bajase. Después apunté hacia el suelo justo delante de mí.

Puede que una de las cortinas se moviera un poco. Conté despacio hasta cinco y empecé a caminar enérgicamente hacia la otra casa de huéspedes cruzando la calzada, concurrida a esa hora.

Un joven de unos veinte años, vestido con unos pantalones cortos color caqui y una camiseta verde, salió a toda prisa de la casa y corrió hacia un Mercedes azul aparcado en la calle. Llevaba una cámara cara colgada al cuello.

Seguí andando sin alterar el ritmo.

Se apresuró hacia la puerta del conductor, apuntando al coche con alguna clase de dispositivo que tenía en la mano. Tiró de la manilla de la puerta pero no se abrió. Volvió a mirarme e intentó meter la llave en la cerradura. Entonces la sacó y contempló sorprendido unos hilos de una sustancia rosa y blanda que se le había quedado pegada. Chicle.

—Yo ni me molestaría —le dije mientras me acercaba—. Fíjate en las ruedas.

El joven pasó su mirada de mí a su Mercedes y la dejó ya allí. Los cuatro neumáticos estaban deshinchados por completo.

—Vaya —dijo. Observó de nuevo la llave cubierta de chicle y suspiró—. Vale. Mierda.

Me detuve al otro lado del coche y sonreí un poco.

—No te sientas demasiado mal, tío. Llevo haciendo esto mucho más tiempo que tú.

Me miró con amargura. Levantó la llave.

—¿Chicle?

—Podría haber sido pegamento. Tómatelo como una cortesía profesional. — Señalé el coche con la cabeza—. Hablemos. Pero con el aire acondicionado, por lo que más quieras.

Continuó observándome un rato, y entonces suspiró de nuevo.

—Sí. De acuerdo.

Entramos en el coche, le quitó los pedazos de chicle a la llave y la metió en el arranque, pero cuando la giró no ocurrió nada.

—Ah, sí, abre el capó —le dije.

Me miró de nuevo antes de hacerlo. Fui a la parte delantera del coche y volví a conectar el cable suelto de la batería.

—Vale —le indiqué.

Arrancó el motor con suavidad.

Como he comentado, dale a Tut-tut y a su gente la tarea adecuada y serán condenadamente formidables.

Volví dentro del coche.

—¿Tienes licencia?

El joven se encogió de hombros y subió el aire acondicionado hasta el nivel «congelación intensa».

—Sí.

Asentí.

—¿Desde cuándo?

—No hace mucho.

—¿Poli?

—En Joliet —dijo.

—Pero ya no.

—No encajaba.

—¿Por qué estás vigilando mi casa?

Se volvió a encoger de hombros.

—Tengo que pagar la hipoteca.

Asentí y le tendí la mano.

—Harry Dresden.

Frunció el ceño al oír mi nombre.

—¿Eres el que solía trabajar para Nick Christian en Ragged Angel?

—Sí.

—Nick tiene buena reputación. —Pareció llegar a algún tipo de razonamiento y me estrechó la mano algo resignado—. Vince Graver.

—¿Te contrataron para espiarme?

Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Me seguiste anoche? —insistí.



—Ya sabes cómo va, tío —dijo Graver—. Aceptas el dinero y cierras la boca.

Eso me intrigó. Un montón de detectives privados no tendrían estómago para ser ni la mitad de reticentes que él en esas circunstancias. Eso me hizo estudiarlo con más atención. Delgado, con la complexión de alguien que corre o monta en bici los fines de semana. De aspecto cuidado sin llamar la atención de forma particular. Cabello castaño normal, estatura normal, ojos marrones normales. Lo único excepcional en su aspecto era la ausencia de algo excepcional en su aspecto.

—Cierras la boca —dije— hasta que la gente empieza a resultar herida. Ahí ya se vuelve complicado.

Graver pareció preocupado.

—¿Herida?

—Han intentado matarme dos veces en las últimas veinticuatro horas —le dije—. Ata cabos.

Fijó la vista al final de la calle, en la distancia, y apretó los labios.

—Maldita sea.

—¿Maldita sea?

Asintió, taciturno.

—Ahí va el resto de mis pagos y dietas.

Enarqué una ceja.

—¿Abandonas a tu cliente? ¿Tal que así?

—«Cómplice» es una palabra fea. Igual que «cárcel».

Un chico listo. Más de lo que lo era yo cuando obtuve la licencia de detective privado.

—Necesito saber quién te contrató.

Graver lo pensó durante un momento.

—No —respondió.

—¿Por qué no?

—Tengo la política de no traicionar a mis clientes y no mosquear a nadie que esté involucrado en asesinatos.

—Ya has perdido el trabajo —le dije—. ¿Y si te ofrezco una compensación?

—Tal vez no leíste esa parte del manual. El «privado» junto a «detective» significa justo eso.

—Tal vez llame a la poli. Tal vez les cuente que estás involucrado en los ataques.

—Tal vez no puedas probar un maldito carajo. —Graver sacudió la cabeza—. No progresas en el negocio si no mantienes la boca cerrada.

Me recliné en el asiento y me crucé de brazos. Lo estudié durante unos segundos.

—Tienes razón —dije—. No puedo obligarte. Por tanto, te lo pido. Por favor.

Siguió mirando a través del parabrisas.

—¿Por qué van a por ti?

—Estoy protegiendo a un cliente.

—El viejo de la silla de ruedas.

—Sí.

Entrecerró los ojos.

—Parece un tipo duro.

—No te haces una idea.

Disfrutamos en silencio del aire acondicionado. Entonces se volvió hacia mí y se despidió con un gesto.

—Pareces un tipo razonable —dijo Graver—. Espero que no te dejes matar. Fin de la conversación.

Pensé en presionar un poco, pero llevaba lo bastante en este trabajo como para reconocer a un tipo duro de mollera genuino.

—¿Tienes tarjeta?

Se metió la mano en el bolsillo de la camiseta y sacó una tarjeta de visita blanca, sencilla, con su nombre y teléfono. Me la entregó.

—¿Por qué?

—A veces necesito subcontratar. —Levantó las cejas—. A alguien que sepa mantener la boca cerrada.

Me despedí también con otro gesto y salí del coche. Me incliné y miré la puerta antes de marcharme.

—Conozco a un mecánico —le dije—. Lo llamaré para que venga. Tiene un compresor en su furgoneta y te puede hinchar las ruedas. Pago yo.

Graver me analizó con sus ojos calmados e inteligentes y acabó por sonreír un poco.

—Gracias.

Cerré la puerta y le di un golpecito al techo con el puño. Caminé de regreso al apartamento. Ratón, que me había estado esperando con paciencia en el patio, vino a saludarme arrastrando las patas cuando llegué y caminó a mi lado mientras volvíamos dentro.

Morgan estaba de nuevo en mi cama. Molly estaba terminando de cambiarle los vendajes. Míster observaba el proceso desde el respaldo del sofá con las orejas hacia delante, sin duda fascinado.

Morgan volvió la cabeza hacia mí.

—¿Lo has cogido? —preguntó con voz seca.

—Sí. Un detective privado local contratado para seguirme. Pero había un problema.

—¿Cuál?

Me encogí de hombros.

—Tenía integridad.

Morgan inhaló por la nariz y asintió.

—Un problema bien raro.

—Sí. Un joven impresionante. ¿Qué posibilidades había?

Molly pasaba su mirada del uno al otro.

—No entiendo.

—Va a abandonar el trabajo, pero no nos dirá lo que queremos saber sobre su cliente porque no cree que sea lo correcto —le dije—. Tampoco está dispuesto a vender la información.

Molly frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo vamos a averiguar quién anda detrás de esto?

Me encogí de hombros otra vez.

—No estoy seguro, pero le dije que llamaría a alguien para que viniera a arreglarle las ruedas. Disculpad.

—Espera, ¿sigue ahí fuera?

—Sí —contesté—. Mercedes azul.

—Y es un hombre joven.

—Claro —dije—. Algo mayor que tú. Se llama Vince Graver.

A Molly le brillaron los ojos.

—Bueno, pues saldré a que me lo cuente a mí. —Se dirigió a la nevera, la abrió, sacó una botella marrón oscuro de cerveza artesanal y fue hacia la puerta.

—¿Cómo lo vas a hacer? —le pregunté.

—Confía en mí, Harry. Le haré cambiar de idea.

—No —soltó Morgan con dureza. Tosió un par de veces—. No. Prefiero acabar muerto, ¿me oyes? La muerte antes de que uses magia negra para ayudarme.

Molly soltó la cerveza en el estante junto a la puerta y se volvió hacia Morgan, sorprendida.

—Tienes razón —me dijo—, le encanta el drama. ¿Quién ha mencionado nada de magia?

Se metió un brazo debajo de la camiseta y hurgó por allí. A los pocos segundos se sacó el sujetador por la manga. Lo soltó en el estante, cogió la botella y la pegó un momento sobre cada pecho. Entonces se giró hacia mí, respiró hondo y arqueó un poco la espalda. Las puntas de sus pezones presionaban de manera muy visible la ya ajustada camiseta.

—¿Qué te parece? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

Me pareció que Vince estaba condenado.

—Creo que tu madre entraría en estado de furia asesina —respondí.

Molly sonrió con suficiencia.

—Llama al mecánico. Le haré compañía hasta que llegue la furgoneta.

Se dio la vuelta moviendo las caderas algo más de lo necesario y abandonó el apartamento.

Morgan emitió un sonido de aprobación por lo bajo cuando cerró la puerta detrás de ella.

Le clavé la mirada.

Morgan pasó la vista de la puerta hacia mí.

—Todavía no estoy muerto, Dresden. —Cerró los ojos—. No es malo admirar la

belleza de una mujer de vez en cuando.

—Tal vez. Pero eso ha estado... mal.

Morgan sonrió a pesar de encontrarse tenso e incómodo.

—Sin embargo, ella tiene razón. Sobre todo si se trata de un hombre joven. Una mujer puede hacer ver las cosas a un hombre a través de un prisma diferente.

—Mal —murmuré—. Mal.

Llamé a Mike, el mecánico.

Molly regresó tres cuartos de hora más tarde, resplandeciente.

Morgan se había visto obligado a tomar más medicación para el dolor y estaba sumido en un sueño inquieto. Cerré la puerta con cuidado para que no lo despertásemos.

—¿Y bien? —pregunté.

—Su coche tiene un aire acondicionado muy bueno —respondió con cierta presunción—. Estuvo perdido desde el principio.

Sostenía entre dos dedos una tarjeta de visita como la que yo había conseguido.

Saqué la mía, imitándola.

Le dio la vuelta a la suya para mostrarme una nota manuscrita al otro lado.

—Estoy preocupada por mi trabajo como tu ayudante. —Se puso el dorso de la mano en la frente, melodramática—. Si te ocurriese algo, ¿qué podría hacer yo? ¿Dónde podría ir?

—¿Y?

Me tendió la tarjeta.

—Y... Vince me sugirió que me plantease trabajar como paralegal. Incluso me habló de un bufete. Smith, Cohen y Mackleroy.

—Consejos para la búsqueda de empleo, ¿eh?

Sonrió, satisfecha.

—Bueno, es obvio que no podía decirme quién lo había contratado. Eso estaría mal.

—Eres una joven cruel y retorcida.

Cogí la tarjeta y leí lo que ponía: «Smith, Cohen y Mackleroy», un teléfono y un nombre debajo, «Evelyn Derek».

Levanté la vista y me encontré con los ojos contentos de Molly. Sonrió más.

—Maldita sea, soy buena.

—No seré yo quien lo discuta —le dije—. Ahora tenemos un nombre. Un indicio. Alguien hasta podría llamarlo una pista.

—No solo eso —añadió Molly—. Yo además tengo una cita.

—Buen trabajo, pequeño saltamontes. —Puse los ojos en blanco y sonreí—. Dispuesta a darlo todo por el equipo.

Smith, Cohen y Mackleroy resultó ser una firma de alto nivel ubicada en el centro de Chicago. El edificio que ocupaban sus oficinas se hallaba a la sombra de la torre Sears y debía de tener unas magníficas vistas al lago. Ahora que le habíamos tapado los ojos al enemigo, por decirlo de alguna manera, supuse que dispondríamos de un poco más de tiempo. Sin Vince vigilándonos, esperaba que Morgan pudiese descansar unas horas en una relativa seguridad.

Ya pensaría en otro lugar donde llevarlo en cuanto presionara un poco a la señorita Evelyn Derek y averiguase a quién le transmitía los informes de Vince.

Supongo tenía aspecto desaliñado y algo turbio, porque el guardia de seguridad del edificio me miró con recelo en cuanto entré allí, muy decidido, en plena hora del almuerzo. Casi pude ver cómo dudaba entre si me paraba o no.

Le dediqué mi sonrisa más amistosa, aunque es probable que mi cansancio y mi estrés la convirtiesen en una que como mucho fue educada.

—Disculpe, señor, tengo una cita con un abogado de Smith, Cohen y Mackleroy. Están en el piso veintidós, ¿verdad? —le dije.

Se relajó, lo cual fue bueno. Bajo el uniforme parecía tener músculos de sobra como para sacarme volando por la puerta.

—Veinticuatro, señor.

—Cierto, gracias.

Le sonreí y me alejé con toda confianza. La confianza es esencial para convencer a alguien de que tienes todo el derecho a estar en un determinado lugar. Sobre todo si no lo tienes.

—Señor —dijo el guardia desde atrás—, le agradecería que dejara aquí su palo.

Me detuve y giré la cabeza.

Llevaba un arma. No es que tuviese apoyada la mano justo encima, pero su pulgar colgaba del cinturón a apenas un centímetro de ella.

—No es un palo —le dije con calma—. Es un bastón de caminar.

—De metro ochenta de largo.

—Arte popular de Ozark.

—Con muescas y golpes por todas partes.

Lo pensé por un segundo.

—Puede que sea una persona insegura.

—Haber comprado una manta. —Extendió la mano.

Suspiré y le entregué el bastón.

—¿Me da un recibo?

Sacó un cuaderno del bolsillo y escribió en él. Me pasó una nota que decía: «Recibido un palo de caminar tradicional de Ozark de metro ochenta del señor Listillo».

—Es doctor Listillo —le dije—. No me pasé ocho años en la Universidad del Insulto para que solo me llamen señor.

Apoyó el bastón en la pared detrás de su escritorio y se sentó de nuevo en su silla.

Me dirigí al ascensor y entré. Era uno de esos artilugios acelerados que suben lo bastante rápido como para comprimirte la columna vertebral y hacer que los oídos te exploten. Se abrió en el piso veinticuatro, frente a un mostrador de recepción. Al parecer, el despacho de abogados ocupaba toda la planta.

La recepcionista, tal y como se podía esperar, era una mujer joven y, también como se podía esperar, muy atractiva. Iba a juego con los muebles de madera maciza de roble, las pinturas al óleo, el mobiliario hecho a mano de la recepción y el débil aroma a limón del abrillantador de madera. Variaciones sobre un tema de belleza práctica.

Me recibió con una sonrisa amable, un cabello largo, oscuro y atractivo, y una blusa de escote lo bastante bajo como para hacer que te fijases, pero no tanto como para hacerte pensar mal de ella. Me gustó su sonrisa. Tal vez mi aspecto no fuese el de un vagabundo apaleado. Tal vez solo fuese el de alguien con una determinación firme.

—Lo siento, señor —me dijo—, pero el centro de atención de adicciones se encuentra en la planta veintiséis.

Suspiré.

—En realidad he venido a ver a alguien —le respondí—. Si es que esto es Smith, Cohen y Mackleroy.

Miró hacia la parte delantera del mostrador de una forma más que evidente aunque aún educada. Había una placa con el nombre de la firma en sencillos caracteres *sans serif*.

—Entiendo, señor. ¿A quién busca?

—A la señorita Evelyn Derek, por favor.

—¿Tiene una cita?

—No —dije—, pero ella va a querer hablar conmigo.

La recepcionista me miró como si sintiera un regusto amargo y desagradable en la boca. Así pues, había calculado bien el momento de mi llegada. La joven se habría encontrado sin duda mucho más cómoda redirigiéndome a una secretaria, asistente ejecutiva o como sea que llamen a eso ahora, y por tanto dejando que otra persona decidiese si yo debía estar allí o no. Y la asistente de la señorita Evelyn Derek había salido a almorzar, que era la razón por la cual yo había decidido presentarme a esta hora.

—¿A quién debo anunciar? —dijo.

Saqué la tarjeta de Vincent Graver y se la mostré.

—Por favor, dígame que Vince ha conseguido una información inesperada y que necesita oírla.

Apretó un botón, se ajustó el auricular y, obediente, transmitió el mensaje a quien

estuviera al otro lado de la línea. Escuchó la respuesta y asintió.

—Recto por el pasillo, señor. La segunda puerta a la izquierda.

Me despedí con un gesto y entré por la puerta que había tras ella. Allí la moqueta se volvía aún más gruesa y la decoración más cara. Un hueco en la pared albergaba una pequeña fuente de piedra, entre un par de sillas de cuero de dos mil dólares. Negué con la cabeza mientras caminaba por un pasillo que apeataba a éxito y poder y al deseo de que todo el mundo lo supiera.

Me juego lo que sea a que reventarían de envidia si viesen el Ostentacionario de Edimburgo.

Abrí la segunda puerta a la izquierda, entré y la cerré detrás de mí. Vi el escritorio de una secretaria, vacío en aquel momento, y otra puerta abierta hacia lo que sin duda sería un despacho adecuado al estatus de ejecutiva de la abogada Evelyn Derek.

—Adelante, señor Graver —dijo la voz impaciente de una mujer desde el interior.

Entré y cerré detrás. La oficina era solo grande, no monstruosa. Probablemente Evelyn no era socia de pleno derecho del bufete. Los muebles eran lisos y ultramodernos, con un montón de cristal y metales de la era espacial. En el despacho había solo un pequeño armario archivador, un estante con una hilera de textos legales, un ordenador portátil fino y de aspecto frágil y una piel de oveja traída de algún sitio caro enmarcada en la pared. Había una ventana, aunque oscurecida por un cristal esmerilado apenas translúcido. Había un escritorio, una mesa y un mueble bar que resplandecían, todo de vidrio, sin una sola mancha o huella de dedos por ninguna parte. Tenía la misma calidez que una sala de operaciones.

La mujer que tecleaba en el ordenador portátil bien podría haber venido incluida en el lote del despacho. Usaba gafas sin montura sobre los ojos verdes más profundos que había visto jamás. Su pelo, negro azabache y corto, destacaba sus facciones delgadas y elegantes, así como el esbelto contorno del cuello. Vestía un traje de chaqueta oscuro, de seda, con una falda a juego y una blusa blanca. Tenía unas piernas largas, con unos zapatos que debían de costar más que la mayoría de recibos de una hipoteca, pero sin embargo no llevaba anillos, pendientes ni collares. Había algo frío y reservado en su postura. Sus dedos golpeaban las teclas con una cadencia rápida y decidida, como un tambor militar.

No dijo nada durante dos largos minutos, concentrada a propósito en lo que estuviese escribiendo. Sin duda, tenía que demostrarle a Vince qué opinaba sobre que se hubiera atrevido a irrumpir así en su rutina diaria.

—Espero que no crea que puede convencerme para que lo vuelva a contratar, señor Graver —dijo al fin, sin levantar la vista—. ¿Qué es eso que considera tan importante?

Ah, Vince ya había dimitido. Se había dado prisa, desde luego.

Era incuestionable que esa mujer parecía acostumbrada a que la tomaran muy en serio. Me debatí entre varias respuestas hasta que decidí empezar haciendo que se enfadara.

Lo sé. Yo, haciendo una cosa así. Sorprendente, ¿verdad?

Me quedé allí quieto, tratándola de la misma manera que ella me había tratado a mí, sin decir nada hasta que Evelyn Derek resopló por la nariz, impaciente, y me lanzó una fría mirada de desaprobación.

—Hola, monina —le dije.

Le reconozco algo a aquella mujer: sabía poner una magnífica cara de póker. La desaprobación se convirtió en una máscara inexpresiva. Se irguió un poco en la silla, aunque pareció más atenta que nerviosa, y extendió las manos sobre el escritorio.

—Vas a dejar marcas —le dije.

Me miró unos cuantos segundos más antes de hablar.

—Salga de mi despacho.

—No veo ningún bote de limpiacristales por aquí —murmuré, echando un vistazo a mi alrededor.

—¿Me ha oído? —dijo con un tono más duro—. Fuera. Ahora.

Me rasqué la barbilla.

—Tal vez esté en el escritorio de tu secretaria. ¿Quieres que te lo traiga?

Se le pusieron rojas las mejillas. Alargó la mano hacia el teléfono de su mesa.

Lo apunté con el dedo y enfoqué mi voluntad.

—*Hexus* —siseé.

Cargarse la tecnología es muy fácil para un mago. Pero no es algo que posea una precisión quirúrgica. Saltaron chispas del teléfono, del ordenador, de las luces del techo y de algo dentro del bolsillo de su chaqueta, acompañadas de varios chasquidos.

La señorita Derek soltó un pequeño grito e intentó encogerse en tres direcciones al mismo tiempo. Su silla rodó hacia atrás sin ella y acabó tendida en el suelo tras el escritorio de cristal en una postura muy poco digna. Sus delicadas gafas le colgaban de una oreja, y abría mucho esos profundos ojos verdes suyos, con todo el blanco de alrededor bien visible.

Por puro efectismo, me acerqué un par de pasos y me quedé mirándola desde arriba durante un rato, en completo silencio. No había ningún sonido en el despacho, y ahora estaba mucho más oscuro sin las luces.

Hablé muy bajo.

—Hay dos puertas cerradas entre tú y el resto de la oficina, que de todos modos está casi vacía. Tenéis además unas alfombras enormes, paneles de roble macizo y una fuente de agua que burbujea en el vestíbulo. —Sonreí un poco—. Nadie ha oído lo que ha pasado. Si no, ya habrían venido corriendo.

Tragó saliva y no se movió.

—Quiero que me digas quién te hizo contratar a un detective para espiarme.

Hizo un notable esfuerzo por recomponerse.

—No... No sé de lo que me está hablando.

Negué con la cabeza, alcé una mano e hice un gesto hacia el mueble bar.



—*Forzare* —murmuré, acompañando la palabra de un suave esfuerzo de voluntad.

La puerta del mueble se abrió de golpe. Escogí una botella de lo que parecía *bourbon* y repetí el gesto. La botella saltó desde el mueble abierto hasta mi mano. Desenrosqué el tapón y le di un sorbo. Me supo bien y me quemó de forma muy agradable la garganta.

Evelyn Derek me miraba en estado de *shock*, con la boca abierta y el rostro más blanco que la Maine rural.

Mantuve la vista fija en ella.

—¿Estás segura?

—Oh, Dios —susurró.

—Evelyn —la regañé—, concéntrate. Contrataste a Vince Graver para que me siguiera y te informase de mis movimientos. Alguien te dijo que lo hicieras. ¿Quién fue?

—Mis... Mis clientes —tartamudeó—. Confidencial.

Me sentí mal por asustar a la pobre mujer. Su reacción al uso de la magia era la típica de alguien que nunca se había topado con nada sobrenatural. Lo cual significaba que con toda probabilidad no tenía ni idea de la clase de gente a la que protegía. Estaba aterrorizada. Es decir, yo era consciente de que no iba a hacerle daño.

Pero era el único de la sala que lo sabía.

La desventaja de tirarse un farol es que hay que jugar hasta el final, incluso cuando la cosa se vuelve incómoda.

—De verdad, no quiero que esto se ponga feo —le dije con un deje de tristeza.

Me acerqué un paso más y solté la botella en el escritorio. Entonces, despacio, con dramatismo, levanté la mano izquierda. Había sufrido graves quemaduras años antes y, aunque mi capacidad para recuperarme de ese tipo de cosas es mayor que la de otros seres humanos, al menos a largo plazo, mi mano no era bonita. No es que fuera aún como los efectos especiales de una peli de terror, pero las cicatrices arrugadas que me cubrían los dedos, la muñeca y gran parte de la palma de la mano todavía llamaban la atención y resultaban desagradables si no las habías visto antes.

—No, espere —graznó Evelyn. Reculó hacia atrás en el suelo, apoyó la espalda en la pared y levantó las manos—. No.

—Has ayudado a que tu cliente mate personas, Evelyn —le dije con voz tranquila—. Dime quién es.

Abrió aún más los ojos.

—¿Qué? No. No, no sabía que nadie iba a resultar herido.

Me acerqué más.

—Habla —murmuré con voz áspera.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —tartamudeó—. Ella...

Se calló, como si de repente alguien la estuviese estrangulando.

Levanté el pie del acelerador de intimidar.

—Dímelo —dije con suavidad.

Evelyn negó con la cabeza. El miedo y la confusión destruyeron las reticencias que había tenido solo unos momentos antes. Comenzó a temblar. Vi cómo abría la boca varias veces, pero de ella solo salieron pequeños ruidos ahogados. Sus ojos se desenfocaron y empezaron a moverse rápidamente por la habitación, como los de un animal atrapado que buscara una forma de escapar.

No era normal. Ni siquiera un poco. Alguien como Evelyn Derek podía entrar en un estado de pánico, acobardarse, ser arrinconada, pero nunca se quedaría sin palabras.

—Vaya —dije para mis adentros—. Odio esta mierda.

Suspiré y rodeé el escritorio para llegar ante la indefensa abogada.

—Demonios, si hubiera sabido que alguien te había...

Me interrumpí. En realidad no me estaba escuchando, y además había empezado a llorar.

Era solo una de entre el millar de reacciones posibles cuando la libre voluntad de alguien había sido anulada por algún tipo de manipulación psíquica. Lo que yo acababa de crear era una situación en la que todos los elementos de su mente lógica y racional estaban a favor de contarme quién la había contratado. Sus emociones opinaban lo mismo que sus razonamientos.

Lo que ocurría era que alguien había entrado en su cabeza. Apostaba por ello. Alguien le había dejado algo dentro que impedía a la señorita Derek hablar acerca de su cliente.

Diablos, puede que no tuviese siquiera un recuerdo consciente de quién la había contratado. Y eso incluso aunque supiera que no habría pagado sin motivo a un detective para espiar a alguien.

Todo el mundo cree que esas lógicas tan inconsistentes no se podrían sostener por sí mismas, que la mente se liberaría de algún modo apoyándose en esos agujeros. Pero la realidad es que la mente humana no es un lugar ni muy consistente ni muy lógico. La mayoría de las personas, cuando se les da la opción de enfrentarse a una verdad terrorífica o evitarla, eligen el confort y la paz de la normalidad. Eso no las convierte en fuertes o débiles, o en buenas o malas. Tan solo las convierte en personas.

Es nuestra naturaleza. Hay muchas cosas que pueden distraernos de las verdades más feas de nuestra existencia si nos proponemos eludirlas.

—Evelyn Derek —le dije en un tono firme, autoritario—. Mírame.

Se acurrucó contra la pared, negando con la cabeza.

Me arrodillé delante de ella. Le puse la mano en la barbilla y la levanté con delicadeza para que me mirase a los ojos.

—Evelyn Derek —repetí en un tono más suave aún—. Mírame.

La mujer alzó sus ojos verde oscuro para encontrarse con los míos. Le sostuve la

mirada el tiempo que dura un largo suspiro hasta que dio comienzo la visión del alma.

Si los ojos son la ventana al alma, los magos somos sus *voyeurs*. Cuando un mago mira a otra persona a los ojos ve algo de ella, una imagen de la esencia más profunda de su ser. Cada uno de nosotros vive la experiencia de un modo distinto, pero al final nos lleva a lo mismo: un vistazo al interior de otra persona nos muestra los aspectos fundamentales de su carácter.

Casi pareció que los profundos ojos verdes de Evelyn Derek se expandían a mi alrededor, y entonces me encontré en una sala casi idéntica a la oficina donde estábamos. El mobiliario era precioso y minimalista. La señorita Derek, según parecía, no era de la clase de personas que sobrecargan sus almas con las preocupaciones y recuerdos que la mayoría de la gente acumula a lo largo de su existencia. Había consagrado su vida a su mente, al orden y a la disciplina de sus pensamientos. Nunca había dejado mucho espacio para implicaciones personales.

Sin embargo, según echaba una ojeada a la sala, vi a la propia señorita Derek. Habría esperado encontrármela con su traje de trabajo o tal vez vestida como una estudiante. En cambio, llevaba...

Bueno... Llevaba una ropa interior negra muy cara y muy minimalista. Medias, ligeros, braguitas y sujetador, todo negro. Le quedaban... ejem, muy bien. Estaba arrodillada en el suelo con las piernas separadas y las manos en la parte baja de la espalda. Me observaba con los labios entreabiertos y respiraba con jadeos rápidos. Pude cambiar un poco mi punto de vista, como si caminara a su alrededor, y aquellos ojos verdes me siguieron, con las pupilas dilatadas por el deseo y sus caderas moviéndose en pequeños círculos anhelantes cada vez que se inclinaba para mantener el equilibrio.

Tenía las muñecas atadas a la espalda con una cinta larga y delgada de seda blanca.

Detecté un movimiento por el raballo del ojo y al levantar la mirada vi una figura femenina esbelta que se desvanecía por los pasillos de su memoria, mostrándome nada más que un atisbo de piel pálida...

Y el brillo de unos ojos plateados.

Hija de perra.

Vale, alguien había atado los pensamientos de la señorita Derek y había mezclado esas ataduras con su deseo sexual innato para así hacerlas más fuertes y duraderas. Ese método, junto con la imagen que había captado sobre quién lo había hecho, destellos de memoria que habían logrado permanecer en sus pensamientos, daban indicios bien claros sobre quién era responsable.

Un vampiro de la Corte Blanca.

Sentí un tirón brusco y al momento estaba de rodillas delante de Evelyn Derek. Sus ojos estaban muy abiertos y su expresión era una mezcla de terror y asombro mientras me miraba fijamente.

Ah, sí, eso era lo que pasaba con la visión del alma. Si miras a alguien, esa persona también te mira a ti. Te ven con tanto detalle como tú a ellos. Jamás ha habido nadie que haya visto mi alma y no haya parecido... desconcertado por la experiencia.

Ella no apartaba la mirada de mí.

—¿Quién eres? —susurró.

—Harry Dresden —respondí.

Parpadeó despacio, con la voz aturdida.

—Ha salido huyendo de ti —dijo. Se le empezaron a formar lágrimas en los ojos—. ¿Qué me está pasando?

La magia que invade los pensamientos de otro ser humano es tan negra como parece, una violación directa de las Leyes de la Magia que los centinelas custodian. Pero hay zonas grises, como en cualquier conjunto de leyes, y existen ciertas convenciones sobre lo que al final se permite o no.

No había mucho que pudiese hacer por Evelyn. Haría falta un toque más sutil y hábil que el mío para deshacer el daño que le habían infligido a su mente, si acaso era posible. Sin embargo, sí podía hacer una cosa por ella, un poco de magia gris que incluso el Consejo Blanco reconocía como una ayuda. Algo de compasión, sobre todo para los que habían sufrido el mismo tipo de trauma psíquico que ella.

Concentré mi voluntad con tanto cuidado como pude y extendí la mano derecha hacia ella. Pasé los dedos por delante de sus ojos con delicadeza, haciendo que los cerrase, y según fui deslizando la palma de mi mano desde su frente hasta su barbilla, fui liberando esa voluntad de la forma más sutil que fui capaz.

—*Dorme, dormius*, Evelyn —murmuré—. *Dorme, dormius*.

Dejó escapar un pequeño gemido de alivio y su cuerpo se deslizó hacia el suelo, sumida de repente en una relajación profunda. Inspiró hondo, exhaló y enseguida cayó en un sencillo letargo sin sueños.

La coloqué en la postura más cómoda que pude. Con suerte, al despertar pensaría que la mayor parte de nuestro encuentro había sido un mal sueño. Me di la vuelta y salí del despacho de abogados mientras una ira silenciosa iba creciendo dentro de mí a cada paso. Fui hasta el guardia de seguridad de la entrada del edificio según la ira se empezaba a convertir en furia. Estampé el recibo en el mostrador y, con un gesto y una palabra murmurada, hice que el bastón volase hasta mi mano desde la pared donde estaba apoyado.

El guardia se cayó de su silla. Me marché sin volver la vista atrás.

La Corte Blanca estaba involucrada. Querían matar a Morgan. Y, ya de paso, a mí también. Es más, estaban depredando a gente de mi ciudad, escarbando en sus psiques e infligiendo daños que podrían detonar en locura en las circunstancias adecuadas. Existía una diferencia inmensa entre su caza habitual y lo que le habían hecho a Evelyn Derek.

Alguien iba a responder por ello.

Regresé a mi apartamento, empujé la puerta con el hombro para poder abrirla y me encontré con una escena estrambótica.

De nuevo.

Morgan estaba en el suelo, a metro y medio de la puerta del dormitorio. Al parecer había cogido mi bastón de caminar de la vieja lata de palomitas que tenía junto a la puerta, donde guardaba objetos como bastones tallados tradicionales de Ozark, varas explosivas, paraguas y cosas así. El de caminar es un viejo bastón estoque victoriano. Si giras la empuñadura y tiras de ella, puedes sacar de la vaina de madera una hoja fina de acero elástico de setenta y cinco centímetros. Morgan lo había hecho. Ahora estaba de lado en el suelo, con el brazo extendido en un ángulo de cuarenta y cinco grados y blandiendo la espada.

La punta tocaba la arteria carótida de Molly, justo debajo de la oreja izquierda.

Molly, por su parte, se apoyaba contra una de mis estanterías de libros con las rodillas un poco flexionadas y los brazos abiertos a los lados, como si se hubiera tropezado y hubiese tratado de agarrarse con las manos a una balda según caía.

A la izquierda de la puerta, Ratón estaba agazapado con los colmillos al descubierto y apoyados ligeramente sobre la garganta de Anastasia Luccio. Ella estaba caída de espaldas y su arma se encontraba sobre la alfombra a poco más de medio metro de ella, fuera del alcance de su mano. Parecía bastante relajada, aunque no distinguía bien su cara desde donde me encontraba.

Los profundos ojos marrones de Ratón estaban concentrados en Morgan. La mirada de acero de este se encontraba fija en la mandíbula del perro.

Los contemplé durante un momento, en *shock*. Nadie se movió. Salvo Ratón. Cuando lo miré, su cola se agitó una o dos veces, esperanzada.

Solté un suspiro profundo, dejé mi bastón a un lado de la puerta de entrada y fui hacia la nevera pasando por encima de una pierna de Anastasia. La abrí, estudié lo que había dentro durante un rato y saqué una coca-cola fría. La destapé y le di un trago largo. Entonces cogí un poco de papel de cocina, fui hacia el sofá y me senté.

—Os preguntaría qué demonios ha pasado aquí —dije a la sala en general—. Por desgracia, el único con sentido común que lo sabe no puede hablar. —Miré al perro y añadí—: Más vale que el motivo sea bueno.

Ratón probó a mover la cola de nuevo.

—Vale —le dije—. Suéltala.

Ratón abrió sus fauces y se apartó de Anastasia. Caminó enseguida hasta mi lado y se apoyó en mí mientras su mirada alternaba entre Anastasia y Morgan.

—Morgan —dije—, modera un poco tu impulso psicópata y baja la espada.

—No —dijo él con una voz medio ahogada por la furia—. No lo haré hasta que esta pequeña hechicera esté atada y tenga una mordaza y una venda en los ojos.

—Molly ya ha hecho hoy el papel de chica de calendario —le respondí—. No vamos a vestirla para una sesión BDSM.

Solté la coca-cola y analicé la situación. Las amenazas no iban a funcionar con Morgan, excepto para hacer que se obstinara más aún. Era uno de los encantadores efectos secundarios de tener una personalidad rígida tan de la vieja escuela.

—Morgan, eres un invitado en mi casa —dije con calma. Me miró un segundo con expresión culpable—. Has venido a pedirme ayuda y me estoy esforzando en proporcionártela. Demonios, la chica misma se ha puesto en peligro para protegerte. He hecho por ti tanto como habría hecho por un familiar, y todo porque eres mi invitado. Hay monstruos de los que esperarí un mejor comportamiento una vez que hubiesen aceptado mi hospitalidad. Es más, ellos me tratarían a mí del mismo modo.

Morgan soltó un quejido. Entonces apartó con brusquedad su mirada de Molly y soltó la espada. El acero de la hoja tintineó al caer sobre la fina alfombra. Se incorporó como pudo y se quedó sentado. Molly se dejó resbalar hacia el suelo y se cubrió por un momento con la mano aquella parte vulnerable de la garganta.

Esperé a que Anastasia se incorporase para tenderle el papel de cocina que había cogido antes. Lo aceptó con rostro inexpresivo y comenzó a secarse el cuello. Ratón es un gran perro, pero aún tiene que aprender a controlar sus problemas de babas.

—Así pues, otra vez las cosas casi degeneran en violencia —les dije—. Y Ratón tuvo que intervenir.

—Entró aquí sin más —protestó Molly—. Vio a Morgan.

Me volví hacia mi aprendiz, sorprendido.

—Y tú hiciste... ¿qué, exactamente?

—Me cegó —dijo Anastasia con tranquilidad—. Y después me golpeó.

Utilizó la servilleta de papel para limpiarse la nariz. Se manchó un poco de sangre, aunque la mayor parte era una costra marrón incrustada bajo una de sus fosas nasales. Así pues, no habían permanecido demasiado tiempo en la posición en que me los había encontrado.

Anastasia miró fijamente a Molly.

—Me pegó como una niña —siguió—. Por el amor de Dios, chica, ¿no has recibido nada de entrenamiento de combate?

—Hemos tenido que cubrir demasiadas materias —refunfuñé—. ¿Te ha cegado?

—Nada permanente —intervino Molly, ahora más hosca. Se frotó los nudillos de la mano derecha con la izquierda—. Yo solo... digamos que velé todo lo que no era ella misma.

—Una forma innecesariamente complicada de hacerlo —dijo Anastasia con un tono un tanto estirado.

—Para ti, tal vez —contestó Molly a la defensiva—. Además, ¿quién es la que ha acabado machacada en el suelo?

—Cierto. Pesas veinte kilos más que yo —respondió Anastasia sin perder la tranquilidad.

—Zorra, dime que no has querido decir eso —soltó Molly, furiosa, dando un paso adelante con los puños apretados.

Ratón suspiró y se puso de nuevo en pie.

Molly se detuvo, mirando al enorme perro con precaución.

—Buen perro —le dije a Ratón, y le rasqué las orejas.

Él movió la cola sin apartar sus serios ojos marrones de Molly.

—Tenía que detenerla —dijo ella—. Iba a informar de la ubicación de Morgan a los centinelas.

—Así que la asaltaste de manera física y mágica —dije.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Miré a Morgan.

—Y tú te arrastraste desde la cama en la que se supone que deberías guardar reposo, agarraste la primera cosa afilada que pudiste encontrar y apartaste a Molly de Anastasia por la fuerza.

Morgan se volvió hacia mí con expresión de cansancio.

—Obviamente.

Suspiré y me volví hacia Anastasia.

—Y tú pensaste que la única solución posible era tumbarlos a ambos y arreglarlo más tarde, pero Ratón te lo impidió.

Anastasia suspiró.

—Había una espada desenvainada, Harry. La situación tenía que ser controlada.

Miré a Ratón.

—Y tú terminaste tomando a Anastasia como rehén para que Morgan no le hiciera daño a Molly.

Ratón agachó la cabeza.

—No puedo creer que esté a punto de decir esto —continué—, así que pensad con detenimiento por qué lo hago. ¿Nunca habéis considerado la idea de hablar cuando tenéis un problema?

Aquello no agradó a nadie. Me lanzaron miradas de distintos grados de irritación mezcladas con disgusto.

Excepto Ratón, que suspiró y dijo algo parecido a «Uh... Guau».

—Disculpa —le dije—. A excepción de los presentes de cuatro patas sin capacidad de hablar.

—Iba a avisar a los centinelas —insistió Molly—. Si lo hacía antes de que demostráramos quién había matado de verdad a LaFortier, estaríamos fastidiados.

—De hecho —dijo Anastasia—, eso es cierto.

La observé. Se levantó y se estiró con un pequeño gesto de dolor.

—Supuse —siguió con calma— que Morgan había reclutado a tu aprendiz para que lo ayudara en su plan de huida. Y que habían acabado contigo.

Se me escapó un pequeño gruñido de frustración.

—¿Por qué diablos ibas a suponer una cosa así?

Entrecerró los ojos y me miró.

—¿Por qué se escondería Morgan en la casa del mago del Consejo que tiene más motivos para no ayudarlo? —preguntó—. Creo que tus palabras fueron: «Sería una locura».

Me encogí. Ay.

—Esto... —dije—. Sí. Yo...

—Me mentiste —dijo en un tono tranquilo.

Era probable que la mayoría de la gente no hubiese identificado el fondo de ira y dolor en su voz o la pausa casi imperceptible entre cada palabra. Yo sí noté la pared de ladrillos que iba creciendo tras sus ojos, y aparté la vista.

La habitación permaneció en completo silencio. Hasta que Morgan intervino con una voz débil y rota.

—¿Qué?

Levanté la mirada hacia él. Su rostro, agrio y duro, se había vuelto gris. Su expresión estaba descompuesta por el *shock* y por la sorpresa, como un niño pequeño que descubriese por primera vez las dolorosas consecuencias de la ley de la gravedad.

—Ana —dijo, casi ahogándose con las palabras—. Tú... Tú crees que yo... ¿Cómo puedes pensar que yo podría...?

Apartó la cara. No podía ser una lágrima. De Morgan, no. Él no lloraría ni aunque tuviese que ejecutar a su propia madre.

Sin embargo, durante una fracción de segundo, algo brilló en una de sus mejillas.

Anastasia se acercó a él. Se arrodilló a su lado y le puso una mano en la cabeza.

—Donald —dijo con suavidad—, hemos sido traicionados antes por aquellos en los que confiábamos. No sería la primera vez.

—Ellos eran ellos —repuso sin convicción y sin mirarla—. Yo soy yo.

Anastasia le acarició el pelo una sola vez.

—Nunca llegué a pensar que lo habías hecho por tu propia voluntad, Donald —susurró—. Pensé que alguien se había metido en tu mente. Que tenían a alguien secuestrado para obligarte a cooperar. Algo.

—¿A quién podrían haber secuestrado? —replicó Morgan en un tono amargo—. No hay nadie. Justo por esa razón. Y lo sabes.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Sabías desactivar sus hechizos —continuó Morgan—. Los has cruzado antes. A menudo. No tardaste ni un segundo en entrar. Tienes llave del apartamento.

Ella no dijo nada.

La voz de Morgan se volvió pesada y vacía.

—Tienes una relación. Con Dresden —dijo.

Anastasia pestañeó varias veces.

—Donald —comenzó a decir.

Él alzó la vista hacia ella con los ojos sin lágrimas, ni dolor ni nada que no fuese cansancio.



—No —le advirtió—. No te atrevas.

Ella buscó su mirada. Nunca había visto un sufrimiento tan delicado en su rostro.

—Tienes fiebre. Donald, por favor, deberías estar en la cama.

Él apoyó la cabeza en la alfombra y cerró los párpados.

—No importa.

—Donald...

—No importa —repitió, apenas sin voz.

Anastasia comenzó a llorar en silencio. Permaneció junto a Morgan, acariciando con la mano su cabello castaño y plateado.

Una hora más tarde, Morgan reposaba de nuevo inconsciente en la cama. Molly estaba abajo, en el laboratorio, haciendo como que practicaba sus pociones con la trampilla cerrada. Yo seguía sentado en el mismo sitio con una lata vacía de coca-cola.

Anastasia salió del dormitorio y cerró la puerta en silencio detrás de sí. Luego se apoyó contra ella.

—Cuando lo vi —me dijo—, pensé que había entrado en tu apartamento para hacerte daño. Que había averiguado lo nuestro y quería herirte.

—¿Morgan y tú? —pregunté.

Se quedó callada un segundo antes de responder.

—Nunca permití que sucediera. No era justo para él.

—Pero él lo quería, de todas formas.

Asintió.

—Por todos los demonios —suspiré.

Se cruzó de brazos. Siguió sin levantar la vista.

—¿Acaso fue diferente con tu aprendiz, Harry?

Molly no siempre fue el pequeño saltamontes que era ahora. Cuando me convertí en su mentor, ella asumió que de paso le enseñaría toda clase de cosas que no tenían nada que ver con la magia y sí mucho con ella desnuda en mi cama. A ella no le habría importado lo más mínimo.

A mí sí.

—No demasiado —reconocí—. Sin embargo, hace demasiado tiempo que él no es tu aprendiz.

—Siempre he opinado que involucrarme de manera romántica era una vulnerabilidad que no podía permitirme. No en mi posición.

—No siempre, por lo que parece —le dije.

Exhaló despacio.

—Era una opinión más fácil de mantener con mi otro cuerpo. Era más viejo. Menos dado a...

—¿A vivir? —sugerí.

Se encogió de hombros.

—Al deseo. La soledad. La alegría. El dolor.

—Vida —dije.

—Tal vez. —Cerró los ojos un momento—. Cuando era joven me deleitaba en el amor, Harry. En la pasión. En el descubrimiento y en las nuevas experiencias, y sí, en la vida. —Se señaló—. Nunca me di cuenta de cuánto de eso había olvidado hasta que la habitacáda veres me dejó así. —Abrió sus ojos con dolor y me miró—. No me di cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que me lo recordaste. Y, para entonces, Morgan ya no... Él era como yo había llegado a ser. Indiferente.

—En otras palabras, se había vuelto más como tú. Se moldeó a sí mismo siguiendo tu patrón. Y, como había hecho eso, cuando cambiaste de cuerpo él ya no era capaz de darte lo que querías.

Asintió.

Suspiré, resignado.

—Cien años son muchos para llevar una carga así —dije—. Debe de pesar como mil diablos.

—Lo sé. Y yo nunca quise hacerle daño. Tienes que creerme.

—Ahora es cuando dices eso de que el corazón quiere lo que el corazón quiere.

—Algo trillado, pero no deja de ser verdad. —Apoyó el hombro en la puerta y se giró para mirarme—. Deberíamos hablar de dónde nos deja eso a nosotros.

Jugueteé con la lata de coca-cola.

—Antes de que entremos en ese tema —dije—, tendríamos que hablar de Morgan y LaFortier.

Volvió a exhalar despacio.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer?

—El Consejo lo busca, Harry —dijo en un tono suave—. No sé cómo ha conseguido evitar que lo localicen por medios mágicos, pero tarde o temprano, en horas o días, lo encontrarán. Y, cuando eso ocurra, Molly y tú también estaréis implicados. Los dos moriréis junto a él. —Respiró hondo—. Y si no acudo al Consejo para informar de lo que sé, yo misma ocuparé un lugar a vuestro lado.

—Sí —dije.

—¿De verdad crees que es inocente?

—Del asesinato de LaFortier, sí —contesté.

—¿Tienes pruebas?

—He averiguado lo suficiente como para creer que tengo razón. No lo bastante como para demostrarlo. Todavía.

—Si no fue Morgan —dijo en voz baja—, el traidor sigue suelto.

—Sí.

—Me estás pidiendo que renuncie a la detención de un sospechoso contra el que existen pruebas claras de culpabilidad para perseguir a un maldito fantasma, Harry. Alguien que apenas hemos podido probar que existe y mucho menos identificar. No solo eso, me pides que juegue con tu vida, con la de tu aprendiz y con la mía propia

para encontrar a ese fantasma a tiempo.

—Sí. Lo hago.

Negó con la cabeza.

—Todo lo que he aprendido como centinela me dice que hay muchas más probabilidades de que Morgan sea culpable.

—Lo que nos trae de vuelta a la pregunta inicial —dije—. ¿Qué vas a hacer?

Silencio pesado.

Se apartó de la puerta y se sentó en la silla frente a mi sofá.

—De acuerdo —dijo—. Cuéntamelo todo.

—La diplomacia no funciona así —dijo Anastasia mientras nos acercábamos a la mansión Raith.

—Ahora estás en Estados Unidos —respondí—. Nuestra idea de la diplomacia consiste en presentarnos con una pistola en una mano y un sándwich en la otra y preguntar cuál prefiere.

Anastasia sonrió con malicia.

—¿Te has traído el sándwich?

—¿Quién te crees que soy, Kissinger?

Había visitado antes la mansión Raith, pero había sido siempre de noche o como poco en el crepúsculo. Era una propiedad enorme a más de una hora de camino de Chicago que pertenecía a la Casa Raith, la actual casa gobernante de la Corte Blanca. La mansión en sí estaba rodeada de un kilómetro de bosque viejo que había sido convertido en algo parecido a un idílico y enorme jardín, como los que uno puede encontrar en palacios europeos de siglos de antigüedad. Estaba dominado por grandes árboles sobre una hierba suave junto a ocasionales grupos de plantas en flor, sospechosamente simétricos, a menudo iluminados por rayos de sol dorados que penetraban a través de las sombras verdes de las ramas.

Los terrenos estaban rodeados de una valla alta rematada con un alambre de espinos que no se distinguía a primera vista desde fuera. La valla también estaba electrificada y había cámaras de seguridad de última generación, que parecían poco más que unas cuentas de cristal con cables que salían de ellas, que monitorizaban cada centímetro del exterior.

De noche, todo ello le daba el aspecto de un terreno demasiado tétrico. En una tarde soleada de verano, tan solo parecía... bonito. Muy muy opulento y muy muy bonito. Como los propios Raith, aquellas tierras solo daban miedo si se las veía en el momento adecuado.

Un educado guardia de seguridad con porte de exmilitar nos había visto salir del taxi, había hecho la llamada correspondiente y nos había dejado pasar sin apenas hacernos esperar. Cruzamos a pie la puerta de entrada y el camino a través del Pequeño Sherwood hasta que llegamos a la mansión en sí.

—¿Cómo de buena es su gente? —preguntó Anastasia.

—Estoy seguro de que has leído el informe.

—Sí —dijo mientras subíamos los escalones—, pero prefiero tu opinión personal.

—Desde que Lara ha tomado el mando, han mejorado mucho. No creo que se sigan alimentando de ellos para mantenerlos bajo control.

—¿Y en qué basas esa conclusión?

Me encogí de hombros.

—En el antes y el después. Los tipos del anterior lote de músculos parecían...

desconectados. Dispuestos a morir si hacía falta, pero desde luego no eran los más listos de la clase. Guapos y vacíos. —Señalé hacia la entrada de detrás—. El tipo de ahí tenía un periódico. Y se estaba comiendo el almuerzo cuando aparecimos. Antes solo permanecían ahí como maniquíes musculosos. Apuesto a que la mayoría son exmilitares. Del tipo soy-duro, no de los así-me-pago-la-universidad.

—Oficialmente —dijo Anastasia cuando llegamos a lo alto de las escaleras—, siguen sin haber sido sometidos a prueba.

—O tal vez Lara es lo bastante lista como para no presumir de ellos hasta que sea necesario usarlos —dije.

—Oficialmente, ella misma sigue sin haber sido sometida a prueba.

—Tú no la viste matando supernecrófagos con un par de cuchillos el día del golpe de estado en la Corte Blanca, pero yo sí —dije. Llamé a la puerta con el bastón y me ajusté la capa gris—. Sé que mi palabra no es muy respetada entre los centinelas de la vieja guardia, pero créeme, Lara Raith es una zorra astuta que da miedo.

Anastasia negó con la cabeza y sonrió débilmente.

—Y aun así vienes a ponerle una pistola en la sien.

—Tengo la esperanza de que si la presionamos un poco le sacaremos algo —dije—. Me quedan pocas opciones. Y no tengo tiempo para otra cosa que no sea ser directo.

—Bueno, al menos estás usando tus puntos fuertes.

Abrió la puerta un hombre rapado y de mandíbula cuadrada, de unos treinta y tantos años. Llevaba un traje *sport* de color *beige* aderezado con una pistola en su funda de hombro, además de lo que era probable que fuese un chaleco Kevlar bajo la camiseta blanca. Por si fuera poco, llevaba algún tipo de ametralladora pequeña y de aspecto peligroso colgando de una correa de nailon en el hombro.

—Señor —saludó con un educado movimiento de cabeza—, señora, ¿me permiten sus capas?

—Gracias —dijo Anastasia—, pero son parte del uniforme. Sería muy amable si pudiese llevarnos directamente con la señora Raith.

El tipo de seguridad asintió.

—Antes de que acepten la hospitalidad de la casa, les pediría a ambos que me diesen su palabra de que están aquí de buena fe y de que no emplearán la violencia mientras sean sus invitados.

Anastasia abrió la boca como si pretendiese dar enseguida su conformidad, pero yo avancé un paso delante de ella.

—Diablos, no —dije.

El tipo de seguridad entrecerró los ojos y pareció un poco menos relajado.

—¿Disculpe?

—Ve a decirle a Lara que todavía está sujeto a debate si reducimos la casa a astillas y cristales rotos —añadí—. Dile que ya se ha derramado sangre y que creo que sus manos están manchadas con parte de ella. Dile que si quiere una oportunidad

de aclarar las cosas, que hable conmigo. Dile que si no es así, eso bastará como respuesta y deberá aceptar las consecuencias.

El guardia me miró fijamente unos segundos.

—Tiene una opinión muy elevada de sí mismo. ¿Sabe lo que hay a su alrededor? ¿Tiene idea de dónde se encuentra? —me preguntó.

—Sí —respondí—. En la zona cero.

Hubo otro silencio. Y él parpadeó antes que yo.

—Se lo diré. Esperen aquí, por favor.

Asentí, y él se dio la vuelta y se fue hacia el interior de la casa.

—¿La zona cero? —murmuró Anastasia sin apenas mover la boca—. Un poco melodramático, ¿no crees?

Le contesté de la misma manera.

—Iba a decir «a un metro de donde van a encontrar tu cadáver», pero supuse que eso lo hubiera convertido en algo demasiado personal. Solo está haciendo su trabajo.

Pareció disgustada.

—¿Hay algún motivo por el que esta no pueda ser una visita civilizada?

—Lara es más peligrosa cuando todo el mundo actúa de forma civilizada —dije—. Y ella misma lo sabe. No quiero que se sienta cómoda. Será más fácil sacarle respuestas si está preocupada por la posibilidad de que se desate el mismísimo infierno.

—También podría ser más fácil interrogarla si nosotros no tuviéramos esa misma preocupación —apuntó Anastasia—. Ella es la que tiene ventaja aquí. Se nota que hay yeso reciente en las paredes que tenemos a los lados, por ejemplo.

Lo comprobé. Tenía razón.

—¿Y?

—Y que si yo fuera la que se preparase para defender este lugar, creo que llenaría las paredes con minas antipersona conectadas a una carga simple. Luego las cubriría con yeso hasta que las necesitara para eliminar una amenaza que fuese demasiado peligrosa como para enfrentarla directamente.

Yo mismo había visto lo que una mina antipersona podía hacerle a un cuerpo humano. No era agradable. Imaginad lo que queda de una ardilla cuando le disparan con una escopeta de gran calibre; no mucho aparte de pedacitos y manchas de sangre. En esencia, pasa lo mismo cuando un humano recibe el impacto de la metralla del tamaño de bolas de chicle que escupe una mina antipersona. Observé otra vez ambas paredes.

—Al menos tenía razón —dije—. La zona cero.

Anastasia sonrió de nuevo un poco.

—Tan solo he creído necesario mencionar esa posibilidad. Existe una línea muy fina entre la audacia y la estupidez.

—Y si creyera que está en peligro, Lara podría detonarlas ahora mismo —dije—. Defensa propia preventiva.

—Exacto. En general, el método favorito para deshacerse de los practicantes. Las normas de la hospitalidad nos hubieran protegido a nosotros de ella tanto como a ella de nosotros.

Lo pensé, pero luego negué con la cabeza.

—Si fuésemos pura calma y educación, ella nunca revelaría nada. Y no va a matarnos. No hasta que averigüe lo que sabemos.

Se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón. Has tratado con esa zorra astuta que da miedo más veces que yo.

—Supongo que lo comprobaremos en un minuto.

Un minuto después seguíamos en el mismo sitio. Entonces el tipo de seguridad volvió.

—Por aquí, por favor —nos indicó.

Lo seguimos por el lujoso esplendor de la casa. Suelos de madera. Tallas de madera. Estatuas. Fuentes. Armaduras. Cuadros originales, entre ellos un Van Gogh. Ventanales de cristal tintado. Empleados del hogar con uniformes elegantes. Pensé que en cualquier momento nos íbamos a cruzar con un grupo de pavos reales rondando por los salones, o tal vez con un guepardo domesticado con un collar de diamantes.

Tras un buen paseo, el guardia nos condujo al ala de la casa que al parecer se había convertido en espacio de oficinas corporativas. Había media docena de personas de aspecto eficiente trabajando en cubículos. El timbre digital de un teléfono sonaba al fondo. Las fotocopiadoras zumbaban. De fondo, se escuchaba una radio con rock suave.

Dejamos atrás la oficina, atravesamos un corto pasillo más allá de una sala de descanso que olía a café recién hecho y nos dirigimos hacia unas puertas dobles al final del corredor. El guardia nos abrió una de ellas y entramos en una especie de recepción, completa, con un escritorio de secretaria tras el cual se sentaba una mujer joven impresionante.

Era Justine, de hecho. Llevaba el pelo blanco recogido en una cola e iba vestida con un discreto traje de pantalón gris.

Según entramos, se levantó con una sonrisa cortés e impersonal que hubiera ganado decenas de concursos de belleza.

—Señor, señora, si me acompañan, por favor, la señora Raith está lista para recibirlos.

Se acercó a la puerta situada detrás de su escritorio, llamó una vez y la abrió lo suficiente como para decir:

—¿Señora Raith? Los centinelas están aquí.

Le respondió una voz femenina muy suave. Justine abrió la puerta del todo y la sostuvo para nosotros, sonriendo.

—¿Café, señor, señora? ¿Alguna otra bebida? —nos preguntó.

—No, gracias —dijo Anastasia mientras entrábamos.

Justine cerró la puerta con cuidado detrás de nosotros.

El despacho de Lara Raith tenía algunas cosas en común con el de Evelyn Derek. Tenía los mismos muebles caros, aunque su estilo era más rico, de más madera oscura que cristal, y también la misma claridad en su función y en su propósito. El parecido terminaba ahí. El de Lara era un despacho de trabajo. El correo se apilaba de forma ordenada en una esquina del escritorio. Cada uno de los ficheros y sobres tenía una posición específica tanto allí como en una mesa de trabajo que había contra una pared. Un tintero con una pluma se encontraba a la vista en el escritorio. La anarquía del papeleo amenazaba el despacho, pero el orden se había impuesto con fuerza, guiado por una voluntad más que indudable.

Lara Raith, gobernante *de facto* de la Corte Blanca, ocupaba el asiento tras el escritorio. Llevaba un traje formal de seda del blanco más puro, ajustado a los contornos perfectos de su cuerpo. El corte del traje realizaba de manera elegante su figura y contrastaba con la larga cabellera negra azulada que se desplegaba en ondulaciones más allá de los hombros. Sus rasgos poseían la hermosura clásica inmortal de las estatuas griegas, el equilibrio perfecto entre la belleza pura y la fuerza, la inteligencia y la percepción. Sus ojos eran de un gris profundo y cálido, enmarcados por unas gruesas pestañas oscuras, y solo con mirar su boca carnosa y tersa, mis labios temblaron como si exigieran que les presentase a los de Lara.

—Centinela Dresden —murmuró con su voz suave y musical—. Centinela Luccio. Por favor, sentaos.

No tuve necesidad de consultarlo con Anastasia. Los dos nos quedamos donde estábamos con el bastón en la mano, mirándola en silencio.

Ella se echó hacia atrás en la silla y jugueteó con una pequeña sonrisa malvada, aunque no dejó que se reflejara en sus ojos.

—Ya veo. Estoy siendo intimidada. ¿Vais a decirme por qué o me dais tres intentos?

—Deja de hacerte la inocente, Lara —le dije—. Tu abogada, Evelyn Derek, contrató a un detective privado para seguirme e informar de mis movimientos. Y, cada vez que me doy la vuelta, aparece algo desagradable para cazarme.

La sonrisa permaneció en su lugar.

—¿Abogada?

—Le eché un vistazo a su cabeza —continué—. Encontré huellas de la Corte Blanca por todas partes, incluida la obligación de no revelar para quién estaba trabajando.

—¿Y crees que es obra mía? —me preguntó.

—¿En esta zona? —pregunté—. ¿Por qué no?

—Disto mucho de ser la única representante de la Corte Blanca en la región, Dresden —dijo Lara—. Y, aunque me halaga que tengas tan alto concepto de mí, el resto de los de mi clase no me aman tanto como para consultarme todo lo que hacen.



Anastasia entró en acción.

—Pero no involucrarían a la Corte Blanca en esta clase de asuntos sin su aprobación. —Sonrió—. Tal cosa podría ser vista como un desafío a su... a la autoridad del Rey Blanco.

Lara estudió a Luccio durante un rato, sondeándola con sus ojos grises.

—Capitana Luccio, te vi bailar en Nápoles —dijo. Anastasia frunció el ceño—. Pudo ser... ¿hace cuánto?, ¿dos siglos, unas décadas arriba o abajo? —Lara sonrió—. Tenías un talento exquisito. Claro, eso fue antes de tu... situación actual.

—Señora Raith —dijo Anastasia—, eso tiene escasa relación con el tema que tratamos.

—Podría ser —murmuró Lara—. Las dos acudimos a la misma fiesta después de tu actuación. Conozco la clase de apetitos a los que te entregabas en aquella época. —Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa hambrienta, y de repente tuve que luchar para no caer de rodillas y ceder a un deseo sexual puro e irracional—. Tal vez te gustaría retomar los viejos tiempos —ronroneó.

Y, tan pronto como había venido, el deseo se marchó.

Anastasia respiró profunda y lentamente.

—Soy demasiado vieja para que me diviertan estas bufonadas, señora Raith —respondió con serenidad—. Del mismo modo que soy demasiado inteligente como para creerme que no sabe nada de lo que ha estado ocurriendo en Chicago.

Me costó un par de segundos sacar mi mente de los lugares adonde Lara la había enviado, pero me las arreglé.

—Sabemos que estás trabajando con alguien del Consejo —dije en voz baja—. Quiero que me digas quién es. Y quiero que liberes a Thomas.

Los ojos de Lara se clavaron en mí cuando dije eso último.

—¿Thomas?

Me apoyé en mi bastón y examiné su rostro con detenimiento.

—Thomas llegó a advertirme sobre el asesino a sueldo que Evelyn Derek me había enviado, pero desapareció antes de poder intervenir. No responde a ninguno de sus teléfonos. Nadie de la *boutique* lo ha visto tampoco.

Los ojos de Lara se perdieron en la distancia durante unos momentos y una arruga en la frente alteró la belleza de su rostro.

—¿Es eso todo lo que tienes, Dresden? ¿La leve impresión psíquica de que uno de los míos manipuló a esa abogada y la presunta desaparición de mi hermano pequeño? ¿Esa es la base del razonamiento que te ha traído aquí?

—De momento —dije. Ahora que había soltado mucha de la verdad, tocaba mentir un poco—. Pero, cuando acabemos de rastrear el dinero hasta su origen, sabremos a ciencia cierta que estás involucrada. Y una vez suceda eso, no habrá marcha atrás.

Lara entornó la mirada ante aquello.

—No encontrarás nada —dijo en un tono frío y firme—. Porque no está

ocurriendo nada así.

Bien. Eso había tocado un punto delicado. Presioné ahí.

—Vamos, Lara, sabes igual de bien que yo cómo hacéis los negocios tu gente y tú. A través de apoderados, bajo cuerda. No puedes esperar que te crea cuando dices que no tienes nada que ver con lo que está pasando.

Los ojos de Lara cambiaron de color, pasaron de un gris profundo a un tono mucho más pálido y metálico. Se puso en pie.

—La verdad, no me importa lo que creas, Dresden. No tengo ni idea de qué clase de pruebas crees haber descubierto, pero no estoy involucrada en ningún asunto interno del Consejo Blanco. —Alzó la barbilla y nos miró a ambos con desprecio—. En contra de vuestra percepción, el mundo es mucho más grande que el Consejo Blanco de la Magia. No sois un elemento vital en el mundo de hoy en día. Sois una triste colección de ilusos, de viejas glorias con un discurso santurrón que en realidad siempre habéis dejado en segundo plano para favorecer vuestras prácticas hipócritas.

Vale, yo no podía rebatir aquello, pero sus palabras hicieron que Anastasia entrecerrase los ojos de una forma peligrosa.

Lara apoyó las palmas de las manos en el escritorio y se inclinó hacia mí. Sus palabras fueron cortantes y precisas.

—¿Creéis que podéis presentaros en mi casa a dar órdenes y lanzar amenazas a vuestra voluntad? El mundo está cambiando, centinelas. El Consejo no está adaptándose a esos cambios. Es solo cuestión de tiempo que se derrumbe bajo su propio peso obsoleto. Esa clase de arrogancia prepotente solo hará...

Se calló de golpe y se volvió hacia la ventana, con la cabeza un poco inclinada a un lado.

Parpadeé e intercambié una mirada con Anastasia.

Un instante después, se fue la luz.

Las luces rojas de emergencia saltaron de inmediato, aunque no eran necesarias en el despacho. A los pocos segundos, un repiqueteo rápido y continuo inundó la habitación proveniente de los altavoces en la pared.

Bajé la vista desde el altavoz y me encontré con la mirada intensa de Lara.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

Pareció un poco sorprendida.

—¿No lo sabes tú?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —solté, exasperado—. ¡Es tu estúpido sistema de alarma!

—Entonces no es cosa vuestra. —Apretó los dientes—. Condenación.

De nuevo su cabeza se giró de golpe hacia la ventana y esta vez sí lo oí: el sonido de un hombre que gritaba, una agonía aguda y desesperada.

Y en ese momento lo sentí. Un temblor nauseabundo de maldad en el aire, la horrible sensación de una presencia ancestral y vil.

El cambiapieles.

—Nos atacan —masculló Lara con voz grave—. Venid conmigo.

Justine llamó a la puerta y entró al despacho con los ojos muy abiertos.

—¿Señora Raith?

—¿Estatus de seguridad? —preguntó Lara con voz calmada.

—Desconocido —respondió Justine. Respiraba algo rápido—. La alarma saltó y llamé al señor Jones, pero las radios se cortaron.

—Es probable que tampoco funcionen la mayoría de vuestros aparatos electrónicos. Os han lanzado un maleficio —dije—. Es un cambiapieles.

Lara se volvió y me miró con dureza.

—¿Estás seguro?

Anastasia afirmó con la cabeza y sacó la espada de su vaina.

—Yo también lo percibo.

Lara asintió.

—¿Qué puede hacer?

—Lo mismo que yo, pero mejor —respondí—. Y es un cambiaformas. Muy rápido, muy fuerte.

—¿Se puede matar?

—Sí —dije—, pero es probable que sea más inteligente correr.

Lara entornó la mirada.

—Esa cosa ha invadido mi casa y ha herido a mi gente. Ni hablar.

Se volvió, golpeó con el puño un panel de madera de la pared con una fuerza moderada y la hizo saltar por completo. En el espacio vacío detrás del panel había una balda con un cinturón del que pendían dos espadas de hoja curvada y una pistola ametralladora, como una Uzi bebé. Se quitó con una sacudida sus zapatos caros, luego la chaqueta y empezó a colocarse las armas.

—Justine, ¿cuántos de la sangre hay en la casa? —dijo.

—Cuatro, contándola a usted —respondió ella de inmediato—. Sus hermanas, Elisa y Natalia, y su prima, Madeline.

Asintió.

—Centinelas —dijo—, si no os importa que pospongamos nuestra discusión por un momento, lo consideraré un favor personal.

—Al infierno con eso —solté—. Esa cosa mató a un amigo mío.

Lara nos miró a ambos.

—Propongo una alianza temporal contra este invasor.

—Coincido —dijo Anastasia sin dudar.

—No parece que haya otra forma —dije yo.

Se detonaron disparos en algún lugar de los pasillos. Múltiples armas automáticas sonando a la vez.

Entonces hubo más gritos.

—Justine —dije mientras le tendía la mano—, ponte detrás de mí.

La joven se apresuró a obedecer, con el gesto tenso pero bajo control.

Anastasia se posicionó a mi derecha y Lara se colocó cerca, a mi izquierda. Su perfume era exquisito, y el arranque de lujuria que me sobrevino al inhalarlo casi me hizo girarme hacia ella para morderla. Sí, olía así de bien.

—Es rápido y duro —dije—. Y astuto. Pero no es invulnerable. Lo llegamos a atacar desde varias direcciones a la vez y huyó.

Un disparo de escopeta retumbó mucho más cerca que el fuego automático de antes. Fue seguido de inmediato por los sonidos de algo pesado que era golpeado varias veces contra las paredes y el suelo.

El hedor psíquico del cambiapieles se volvió de repente más denso.

—¡Aquí viene! —grité.

Antes de que acabara de decir «viene», el cambiapieles ya estaba cruzando la puerta de la recepción, dando la impresión de que se movía más rápido que las astillas que saltaron de la puerta cuando la criatura la destrozó. Cubierto por un velo, apenas parecía una mancha difuminada en el aire.

Levanté mi escudo y lo concentré delante, lejos, cubriendo la puerta de entrada al despacho de Lara con una barrera invisible. El cambiapieles golpeó la barrera con todas sus fuerzas y toda su velocidad. El escudo aguantó a duras penas, pero el choque se llevó tanta energía que empezaron a salir del brazalete algunos hilillos de humo y la piel de la muñeca se me chamuscó.

La fuerza que lo sobrecargó fue tanta que me empujó hacia atrás casi medio metro sobre la moqueta.

Según impactó, las energías del velo del cambiapieles entraron en conflicto con las de mi escudo y se cancelaron la una a la otra, y la criatura se hizo visible durante apenas un segundo. Era una cosa demasiado alta, flaca, peluda, algo humanoide, de pelo rubio apelmazado y miembros demasiado extensos acabados en garras largas y casi delicadas.

Según caía el escudo, Anastasia señaló al ser con el dedo, siseó una palabra y de él surgió un rayo de luz cegadora no más grueso que un cabello. Se trataba de magia de fuego no muy distinta a la mía, pero infinitamente más intensa y concentrada, y mucho más eficaz en cuanto a energía. El rayo hizo un barrido hacia el cambiapieles, cruzó la parte superior de su brazo izquierdo y, donde lo tocó, quemó la piel e hizo que la carne hirviese, burbujease y se volviese negra.

El cambiapieles se movió con rapidez hacia un lado de la entrada y se desvaneció. No dejó más rastro que un agujero humeante en el caro panel de madera de la recepción.

Apunté el bastón hacia la puerta. Lara hizo lo mismo con su arma.

Durante unos diez segundos todo estuvo en silencio.

—¿Dónde está? —siseó Lara.

—¿Se ha ido? —sugirió Justine—. Tal vez se asustara cuando la centinela Luccio

lo hirió.

—No —dije—. Es astuto. Ahora mismo está buscando la mejor manera de llegar hasta nosotros.

Miré el despacho a mi alrededor, tratando de pensar como el enemigo.

—Veamos —dije—, si yo fuese una máquina de matar que cambia de forma, ¿cómo haría para entrar aquí?

Las opciones eran limitadas. Estaban la puerta de delante de nosotros y la ventana de detrás. Me volví hacia la ventana, aún pensando. Todo continuaba en silencio, salvo por el susurro del aire acondicionado que llegaba al despacho desde...

Los conductos de ventilación.

Me giré y dirigí el bastón hacia el gran conducto que estaba cubierto por la habitual rejilla de acero, canalicé mi voluntad y grité:

—¡Fulminos!

Un rayo de luz azul y blanca llenó de golpe el aire con un fuego que parpadeó. Una lanza de fuerza y calor cegadores chisporroteó desde mi bastón y se estrelló contra la rejilla de metal. Esta absorbió la electricidad, y yo sabía que la transportaría a través del propio conducto... y hacia cualquier cosa que hubiese dentro.

Se oyó un extraño grito, una especie de trino, y la rejilla salió disparada hacia fuera junto a una figura borrosa con la forma de una serpiente pitón. Incluso mientras se arqueaba hacia nosotros, la forma fluyó y se transformó en algo de baja estatura, robusto, maliciosamente poderoso, como quizá un tejón o un carcaiyú.

Golpeó a Anastasia en el pecho y la estampó contra el suelo. Según caía, capté el destello de unos ojos dorados que brillaban de puro gozo sádico.

Me volví para patear a esa cosa y quitarla de encima de Anastasia, pero Lara me ganó esa metafórica partida. Apretó el cañón de la pistola ametralladora en el costado como si insertara un grifo de cerveza en un barril de madera con sus manos desnudas y apretó el gatillo.

El fuego y el ruido llenaron la habitación, y el cambiapieles salió disparado hacia un extremo. Tocó el suelo, se retorció en el aire y rasgó con sus garras el torso de Justine. Aprovechando la inercia para controlar su impulso, aterrizó de pie y salió de la habitación tirándose por la ventana que había tras el escritorio de Lara.

Justine se tambaleó y dejó escapar un pequeño grito de dolor.

Lara miró un momento hacia la ventana con los ojos muy abiertos y exhaló desprecio.

—Por la noche vacía...

Me giré hacia Anastasia, pero vi que me hacía un gesto para que no me preocupase. No parecía que estuviera sangrando. Volví junto a Justine para tratar de evaluar sus lesiones. Tenía seis cortes horizontales en la suave piel de su abdomen, finos como un bisturí. Sangraba bastante por ellos, aunque no creí que ninguno fuese lo bastante profundo como para haber abierto la cavidad abdominal o alcanzado una arteria.

Cogí la chaqueta que había tirado Lara, la enrollé a toda prisa y la apreté contra el vientre de Justine.

—Sujétala ahí —le dije, apresurado—. Tienes que controlar la hemorragia. Sujétala.

Apretaba los dientes por el dolor, pero asintió y agarró la venda improvisada con ambas manos mientras yo la ayudaba a levantarse.

Aún impresionada, la atención de Lara fluctuaba entre Justine y la ventana.

—Por la noche vacía —repitió—, jamás he visto nada tan rápido.

Teniendo en cuenta que una vez la vi esprintar a una velocidad de tal vez ochenta kilómetros por hora, supuse que sabía de lo que estaba hablando. Nunca lograríamos que aquella cosa se estuviera quieta el tiempo suficiente como para acabar con ella.

Me acerqué a la ventana con la esperanza de detectarla, pero en su lugar me encontré mirando un cometa de llamas violetas que venía directo hacia mí, supuse que por cortesía del cambiapielos. Me lancé hacia atrás, levantando a la vez el brazo izquierdo y el brazalete escudo en un gesto instintivo, y el impacto de fuego de la explosión me tiró de espaldas contra el suelo.

Aquel chillido sobrenatural sonó de nuevo, burlón y lleno de rencor, y después se oyó cómo algo se destrozaba debajo de nosotros.

—Ha vuelto dentro de la casa —dije.

Le ofrecí a Anastasia mi mano para ayudarla a levantarse. Ella la tomó, pero en cuanto comencé a tirar apretó los dientes y soltó un grito, así que dejé que volviera a quedarse en el suelo de nuevo.

—No puedo —dijo, respirando con dificultad—. Es la clavícula.

Maldije. De todas las fracturas simples que existen, una clavícula rota es una de las heridas más dolorosas que te pueden hacer y de las que más incapacita. No iba a poder luchar más hoy. Demonios, ni siquiera iba a poder levantarse.

El suelo se desplomó de golpe bajo mis pies. Sentí cómo un cable de acero se me enrollaba en el tobillo y tiraba de mí, y caí mientras un hedor repugnante inundaba mi nariz. Choqué contra algo que frenó mi caída, pero cedió y me hundí más allá. El ruido era espantoso. La caída terminó de forma abrupta y no estuve seguro de dónde estaba arriba y abajo. Más o menos un centenar de objetos me cayeron encima a la vez y me dejaron sin aire en los pulmones.

Permanecí ahí tirado unos segundos, aturdido, luchando por recordar cómo se respiraba. El suelo. El cambiapielos había reventado el suelo para abrirse camino hacia mí. Había tirado de mí hacia abajo. Pero, a cambio, todos los escombros debían de haberse derrumbado sobre el lugar donde habría estado él.

Y yo acababa de caer desde dos pisos de altura entre quizá una tonelada de cascotes y había sobrevivido. Eso es tener suerte.

Entonces, debajo de mi trasero, algo se movió.

Los escombros se agitaron y un gruñido grave comenzó a reverberar a través de ellos.

Con un ataque de pánico, traté de obligar a mi cuerpo atontado a huir, pero, antes de que averiguase cómo funcionaban mis extremidades, un brazo de pelaje amarillo y demasiado extenso surgió de entre los cascotes y los hizo saltar. En menos tiempo del que uno necesita para decir «el difunto Harry Dresden», sus largos dedos acabados en garras se cerraron alrededor de mi garganta con una fuerza terrible y me dejaron sin aire.



He aquí algo que la mayoría de la gente desconoce: que te asfixien hasta dejarte inconsciente duele.

Sientes un dolor horroroso, como si te estuviesen rompiendo el cuello. Después, una terrible presión que llega casi al instante y que parece que va a hacer que la cabeza te reviente desde dentro en pequeños pedacitos. Es por la sangre que queda atrapada en tu cerebro. El dolor sube y baja al ritmo de los latidos de tu corazón, que seguramente palpita a toda velocidad.

Importa poco si eres una supermodelo esquelética o un luchador profesional atiborrado de esteroides. No es una cuestión de fuerza o de voluntad, es simple fisiología. Si eres humano y necesitas respirar, vas a caer. Una asfixia bien aplicada te llevará del pataleo a la inconsciencia en apenas cuatro o cinco segundos.

Por supuesto, si el estrangulador quiere hacer que la víctima sufra más, puede no ser muy preciso al apretar y hacer así que la agonía sea más larga.

Os dejaré adivinar qué prefirió el cambiapielos.

Luché, pero bien podría haberme ahorrado el esfuerzo. No podía soltar la presa de mi cuello. La pila de cascotes se movió y el cambiapielos salió de entre todos aquellos escombros con la misma facilidad con la que un lobo ártico emerge de entre la nieve. Sus largos brazos, sacados de una pesadilla, le colgaban hasta media pierna, así que cuando comenzó a avanzar conmigo por el corredor, pude apoyar las manos y las rodillas en el suelo, al menos a ratos, para evitar que se me partiera el cuello por mi propio peso.

Oí pisadas de botas sobre madera. El cambiapielos dejó escapar un pequeño gruñido de diversión y, como si fuese un movimiento casual, me estampó la cabeza contra la pared. Todo se me llenó de estrellas y de dolor recién estrenado. Entonces noté cómo me caía en un revoltijo de brazos y piernas que solo desde un punto de vista técnico parecían seguir conectados a mi cuerpo.

Alcé una mirada aturdida y vi al tipo de seguridad de la entrada doblando la esquina con su pequeña ametralladora apoyada contra el hombro y la mejilla pegada a la culata para que el cañón apuntara donde dirigiese la vista. Cuando vio al cambiapielos, que no estaba cubierto por su velo, se detuvo en seco. A su favor he de decir que no vaciló más de una fracción de segundo antes de abrir fuego.

Las balas volaron por el pasillo, tan cerca que podría haber levantado una mano para tocarlas. El cambiapielos se tiró hacia un lado, todo él era un borrón de pelaje dorado, y se impulsó con la pared para lanzarse contra el tirador mientras su forma cambiaba. Dio un salto hacia arriba, giró el cuerpo en el aire y, de repente, una araña del tamaño de un coche subcompacto corría a toda velocidad por el techo hacia el tipo de seguridad.

—¡Ahora! —gritó alguien en cuanto el cambiapielos llegó a la intersección de los

dos pasillos. Un repentino rugido de truenos llenó de ruido y luz los corredores. Las balas desgarraron el suelo, la pared y el techo, procedentes de algún lugar fuera de mi visión a la vuelta de la esquina, e inundaron el aire con astillas de madera destrozada.

El cambiapielos lanzó un maullido ensordecedor de sufrimiento y de furia que pareció infinito. Los disparos alcanzaron un *crescendo* atronador y frenético.

Entonces los guardias comenzaron a gritar.

Traté de ponerme en pie, pero alguien había colocado el pasillo en modo centrifugado y me caí de nuevo. Seguí intentándolo. Quien hubiese convertido el lugar en un servicio de lavandería a monedas se terminaría quedando sin cambio en algún momento. Con la ayuda de la pared, conseguí mantenerme de rodillas.

Escuché un sonido tenue detrás de mí. Atontado, volví la cabeza hacia el origen del ruido y distinguí tres formas pálidas y ágiles que caían en silencio desde los pisos de arriba a través del agujero que había hecho el cambiapielos. La primera era Lara Raith. Se había rasgado la falda por un lateral casi hasta la cadera y, cuando aterrizó en cuclillas, sigilosamente, tenía un aspecto frío, feroz y peligroso, con la espada en una mano y la pistola ametralladora en la otra.

Las otras dos mujeres también eran vampiras, de piel pálida que brillaba con una belleza fantasmal y ojos que resplandecían como monedas de plata pulida. Las hermanas que Justine había mencionado, supuse. Imaginé que, hablando en horario vampírico, había llegado en mitad de la noche y había sacado a algunas personas de la cama. La primera hermana no llevaba nada puesto salvo sus armas y varios *piercings* de plata que brillaban en una ceja, en un lado de la nariz, en el labio inferior y en los pezones. Tenía el cabello oscuro rapado, excepto por un flequillo que le tapaba un ojo, y llevaba un par de espadas de hoja curva como las de Lara.

La segunda parecía más alta y musculosa que las otras dos. Vestía con lo que tenía pinta de ser una camisa de hombre cerrada con un solo botón. Su melena larga era un desastre, estaba revuelta como si estuviese recién levantada, y sostenía en las manos un hacha de aspecto exótico, con una hoja de borde cóncavo en lugar del convexo convencional.

Sin hacerse ninguna señal visible, las tres empezaron a caminar al mismo tiempo, acechantes. Y hacían justo eso, acechar, un movimiento atávico y felino con el que los auténticos depredadores avanzaban en un silencio absoluto. Lara se detuvo un momento cuando llegó junto a mí y echó una mirada a mis heridas con sus ojos plateados y fríos.

—Quédate tumbado —susurró.

«Sin problema —pensé, aturdido—. Tumbado es fácil».

Los gritos se detuvieron tras una última ráfaga entrecortada de disparos. El tipo de seguridad dobló la esquina tambaleándose. La sangre le apelmazaba el pelo y le cubría la mitad de la cara. Tenía un corte enorme en el lado izquierdo de su chaqueta. Ese brazo le colgaba inútil, pero aún sujetaba su arma de asalto en miniatura con la mano derecha. Vaciló y cayó sobre una rodilla cuando vio a las tres vampiras.

Lara hizo un gesto con la mano y las otras dos se separaron y avanzaron mientras ella acudía junto al guardia herido.

—¿Qué ha pasado?

—Le dimos —dijo con dificultad—. Le dimos con todo. Ni siquiera se frenó. Están muertos. Están todos muertos.

—Estás sangrando —dijo Lara en un tono impasible—. Ponte detrás de mí. Protege al mago.

Asintió, vacilante.

—Sí. De acuerdo.

Ese tipo debía de tener una suerte increíble o ser de verdad muy bueno para haber sobrevivido a un combate cara a cara contra el cambiapieles. Lo contemplé atontado durante un momento antes de que mi cerebro, machacado por los golpes, me enviara un mensaje de alerta. Nadie tenía tanta suerte.

—¡Lara! —grité, asfixiado.

El tipo de seguridad se transformó en un borrón que se movía e hizo un barrido hacia la cabeza de Lara como si fuese un garrote. Pero ella había comenzado a moverse en el momento en que había oído mi advertencia, y el cambiapieles no le arrancó la cabeza de los hombros por unos milímetros. Lara se tiró a un lado y rodó por el suelo al tiempo que el brazo del tipo se alargaba y le salían pelo y garras amarillas. Evitó lo peor, pero las garras del cambiapieles dejaron una triple línea de cortes en uno de sus muslos tan bien torneados, de donde le empezó a salir una sangre demasiado pálida y perlada como para ser humana.

El cambiapieles la siguió en su movimiento, lanzándose hacia adelante mientras su cuerpo se ensanchaba y engordaba para adoptar la forma de algo parecido a un oso gigante de mandíbulas enormes y colmillos feroces. La dominó gracias a su tamaño. La golpeó y la rasgó con las zarpas, la mordió con sus fauces de acero. Oí cómo se rompía un hueso, oí a Lara gritar de rabia... y entonces el cambiapieles salió disparado hacia el techo. Su cabeza y sus hombros impactaron contra él con tanta fuerza que lo atravesó limpiamente hacia la planta superior.

Lara se había puesto de espaldas en el suelo y había lanzado a esa cosa lejos de ella con sus piernas. Eran largas, de músculos marcados con suavidad y apetecibles hasta el infinito, incluso cuando las bajó y rodó un poco para ponerse de pie, con un brazo apretado contra el costado. Su piel resplandecía con un poder frío y extraño, y sus ojos se habían convertido en esferas de un blanco puro. Miró el techo durante unos segundos mientras levantaba y estiraba el brazo despacio.

Había sufrido una fractura en el antebrazo. Pude ver cómo el hueso sobresalía a través de la piel. Sin embargo, a los pocos segundos la carne pareció ondularse y volverse más maleable. El hueso retrocedió y desapareció bajo la piel. Incluso el agujero en la carne se fue sellando poco a poco, y en apenas diez segundos, nadie hubiera dicho que Lara había resultado herida.

Volvió aquellos ojos blancos y vacíos hacia mí y me miró con un ansia pura,

intensa. Por un instante noté que mi cuerpo respondía a su deseo, incluso aturdido como estaba, pero lo interrumpió una oleada de náuseas. Me giré para vomitar en aquel lujoso suelo mientras mi cabeza y mi cuello chillaban de dolor.

Cuando levanté de nuevo la vista, Lara había girado su cabeza hacia otro lado. Recogió su arma, pero la pistola ametralladora había quedado doblada con la forma de una coma tras un golpe de esas garras como mazas que tenía el cambiapielos. La desechó, recuperó su espada y desenvainó del cinto su gemela. Respiraba rápido, no por el esfuerzo sino por pura excitación, y las puntas de sus pezones presionaban contra la blusa, ahora sucia. Se pasó despacio la lengua por los labios y me dijo, sin duda como un cumplido:

—A veces entiendo el punto de vista de Madeline.

Se oyó un grito de mujer en algún lugar cercano, un desafío que fue contestado por un rugido de león que hizo temblar el pasillo. La hermana de pelo corto se estampó contra la pared en la intersección de los dos corredores y cayó desplomada como una muñeca de trapo. Al otro lado de la esquina se oyeron unos movimientos rápidos y después, un jadeo.

Luego silencio.

Un momento más tarde, una mancha borrosa giró la esquina arrastrando por el pelo el cuerpo inerte de la hermana del hacha. El velo se fue desvaneciendo según el cambiapielos se fue acercando y mostró una vez más esa forma de bestia apenas humana. Se detuvo frente a nosotros, quizá a unos tres metros. Entonces, como si fuese algo casual, levantó una de las manos de la vampira inconsciente y se la llevó a la boca. Sin apartar nunca la vista de Lara, y con una parsimonia absoluta, le arrancó un dedo con un mordisco de sus colmillos y se lo tragó.

Lara entrecerró los ojos, y sus voluptuosos labios se abrieron en una sonrisa hambrienta, amplia.

—¿Necesitabas un descanso antes de que continuásemos?

El cambiapielos habló con una voz modulada de forma extraña, como si varias criaturas diferentes tomaran la palabra al mismo tiempo.

—¿Descanso?

A la vez que lo decía, de nuevo con parsimonia, le rompió el brazo izquierdo a la joven vampira a la altura del húmero.

Por todos los demonios.

—Voy a matarte —dijo Lara sin alterarse.

El cambiapielos se echó a reír. Fue un sonido horroroso.

—Pequeño fago, incluso aquí, en el centro de tu poder, no podrías detenerme. Tus guerreros yacen muertos. Tus compañeros fagos han caído. Ni siquiera los necios aspirantes al poder que visitan tu casa han podido hacerlo.

Yo había logrado recomponer lo suficiente de mi cabeza como para conseguir ponerme de pie. Lara no me miraba, pero notaba su atención clavada en mí. No me daría tiempo a concentrar mi voluntad para lanzar un ataque mágico. El cambiapielos

lo sentiría mucho antes.

Por suerte, estoy preparado para esas contingencias.

Los ocho anillos de plata que llevaba, cada uno en un dedo, tenían un par de propósitos. Las triples bandas de plata eran algo gruesas, así que, si tenía que atizarle a alguien, eran una imitación aceptable de puños americanos. Sin embargo, su principal objetivo era almacenar un poco de energía cinética cada vez que movía los brazos. Llevaba un tiempo acumular una carga, pero cuando estaban listas podía lanzar la fuerza almacenada al instante y de forma precisa. El impacto de una sola banda de un anillo podía derribar a un hombre grande y, de paso, dejarlo fuera de combate. Había tres bandas en cada uno, lo que significaba que en cada mano poseía una docena de veces esa potencia, lista para su uso.

No me molesté en decirle nada a Lara. Levanté el puño derecho y liberé la fuerza de todos y cada uno de los anillos, desencadenando un torrente de energía cinética contra el cambiapielos. Lara saltó hacia adelante en ese mismo momento, girando sus espadas, lista para caer sobre el cambiapielos cuando mi ataque lo distrajese y lo dejara desequilibrado.

Pero él alzó su mano izquierda, con los dedos retorcidos en un gesto defensivo común, y la oleada de fuerza que debería haberlo tirado de culo rebotó como la luz en un espejo. Y golpeó de lleno a Lara.

Lara soltó un quejido, sorprendida, cuando el equivalente a un coche a toda velocidad se estrelló contra ella, la lanzó hacia atrás y la estampó contra el montículo de escombros que taponaba el pasillo detrás de mí.

El cambiapielos mostró una sonrisa lasciva.

—Rómpete, pequeño fago. Rómpete —ronroneó con su voz de bestia.

Lara jadeó y se ayudó de los brazos para levantarse. Sus ojos blancos y penetrantes estaban fijos en el cambiapielos, sus labios retorcidos en una mueca de desafío.

Yo permanecí quieto, mirándolo. Era difícil, y tuve que apoyarme en la pared para mantener el equilibrio. Entonces respiré hondo y me aparté del muro, moviéndome con mucho cuidado hasta que me coloqué entre Lara y el cambiapielos. Me giré para encararme justo con él.

—Vale —dije—. Vamos a ello.

—¿Vamos a qué, aspirante? —gruñó el cambiapielos.

—No has venido aquí para matarnos —respondí—. Ya podrías haberlo hecho a estas alturas.

—Oh, muy cierto —murmuró. Sus ojos danzaban con un placer malicioso.

—No hace falta presumir, capullo —murmuré por lo bajo. Me dirigí de nuevo a él—: Parece que quieres hablar. ¿Por qué no sueltas de una vez lo que has venido a decir?

El cambiapielos me estudió y, de forma distraída, le arrancó otro dedo a la vampira inconsciente. Lo masticó con tranquilidad, haciendo unos ruidos de verdad

inquietantes, crujidos y chasquidos, y se lo tragó.

—Vas a negociar conmigo.

Fruncí el ceño.

—¿Negociar?

El cambiapielles sonrió de nuevo y con una garra tiró de algo que llevaba alrededor del cuello. Lo sacó y me lo arrojó. Lo atrapé al vuelo. Era un colgante con un pentáculo de plata, uno idéntico al mío, aunque mucho menos maltratado y gastado.

El colgante de Thomas.

Se me heló el estómago.

—Un intercambio —dijo el cambiapielles—. Thomas de Raith por el guerrero condenado.

Contemplé a aquella cosa. Así que también quería a Morgan.

—Supongamos que te digo que te jodan.

—Entonces ya no estaré de tan buen humor —ronroneó—. Iré a por ti. Te mataré. Mataré a los de tu sangre, a tus amigos, a tus bestias. Mataré las flores de tu hogar y los árboles de tu pequeño terreno. Colmaré tanto de muerte todo lo que es tuyo que tu propio nombre solo será recordado en maldiciones y en cuentos de terror.

Creí lo que decía.

No me vino a los labios ninguna respuesta ocurrente. Después de haber visto el poder del cambiapielles, a la suya tenía que darle cinco estrellas en el amenazómetro.

—Y para motivarte a ti... —su mirada se volvió hacia Lara—, si el mago no obedece, te destruiré también. Lo haré con la misma facilidad con que lo he hecho hoy. Y eso me proporcionará un placer enorme.

Lara miraba fijamente al cambiapielles con ojos de color blanco puro. Su expresión tenía grabado el odio.

—¿Me entiendes, pequeño fago? ¿Tú y ese pútrido saco de carne al que estás vinculado?

—Entiendo —escupió Lara.

La sonrisa del cambiapielles se hizo más grande durante un momento.

—Si no se me entrega el guerrero condenado antes de la puesta de sol de mañana, comenzaré mi caza.

—Puede que sea necesario más tiempo —dije.

—Por tu bien, aspirante, reza para que no sea así. —Lanzó a la vampira con despreocupación lejos de él, hacia un montón de escombros, encima de su otra hermana—. Puedes contactar conmigo a través de sus dispositivos de habla.

Entonces, con agilidad, dio un salto a través de uno de los agujeros del techo. Y se marchó.

Me desplomé contra la pared, a punto de caerme.

—Thomas —susurré.

Esa pesadilla tenía a mi hermano.

Lara se hizo cargo de la situación tras el ataque. Una docena de guardias de seguridad estaban muertos y otra docena mutilados o lisiados. Las paredes del pasillo donde los guardias le habían tendido la emboscada al cambiapielos estaban tan cubiertas de sangre que parecían pintadas de rojo. Por la rapidez a la que había sucedido todo, al menos otra docena más de miembros del personal no habían podido llegar al enfrentamiento antes de que terminara. Eso significaba que quedaba gente disponible para ayudar a estabilizar a los heridos y retirar los cuerpos.

El maleficio del cambiapielos había destruido de una manera muy eficaz todas las radios y teléfonos móviles de la mansión, pero las líneas terrestres, basadas en una tecnología mucho más antigua y simple, todavía funcionaban. Lara convocó a un pequeño ejército formado por el resto de empleados, incluido el personal médico que los Raith mantenían de guardia.

Me quedé sentado con la espalda apoyada en la pared mientras sucedía todo aquello, un poco alejado del movimiento. Parecía lo apropiado. Me dolía la cabeza. Cuando fui a rascarme me encontré con un largo reguero de sangre casi seca que me cubría la oreja izquierda y se extendía hasta el cuello. Debía de ser una herida en el cuero cabelludo. Sangran una barbaridad.

Tras un tiempo indeterminado y difuso, levanté la mirada y vi a Lara supervisando el traslado de sus dos hermanas heridas. Ambas estaban sin sentido y cubiertas hasta arriba de su propia sangre. Una vez que se las hubieron llevado en camilla, los médicos comenzaron a ayudar a los guardias de seguridad que aún estaban vivos. Lara se acercó y se arrodilló junto a mí. Sus ojos gris pálido ocultaban lo que quisiera que estuviese pensando.

—¿Puedes levantarte, mago?

—Poder, sí —dije—. Querer, no.

Alzó un poco la barbilla y me contempló con una mano apoyada en la cadera.

—¿En qué has involucrado a mi hermano pequeño?

—Ojalá lo supiera —respondí—. Todavía estoy tratando de averiguar de dónde vienen los golpes.

Se cruzó de brazos.

—El guerrero condenado. El cambiapielos se refería al centinela fugitivo, supongo.

—Es una forma de interpretarlo.

Lara me estudió con atención y, de pronto, sonrió mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—Lo tienes tú. Acudió a ti para pedirte ayuda.

—¿Qué diablos te hace pensar eso? —le pregunté.

—Porque es habitual que las personas en situaciones desesperadas acudan a ti. Y

tú los ayudas. Es a lo que te dedicas. —Se dio unos toquitos en el mentón con un dedo—. Ahora hay que decidir qué es más ventajoso. Cumplir las exigencias del cambiapielos y seguir su juego, o asumir que Thomas es una baja más, arrebatarte al centinela y convertirlo en capital político muy útil para aquellos que lo están cazando. Hay una recompensa importante por capturarlo o matarlo.

La miré a los ojos, con dolor.

—Vas a seguirle el juego. Piensas que mostrándote así de reacia conseguirás algo de mí a cambio de que cooperes. Pero vas a ayudarme de todas maneras.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Lara.

—Porque, después del intento de golpe de estado en La Fosa, Thomas es una celebridad en la Corte Blanca. Si permites que un melencólico grande y malo venga y lo mate tras haberte desafiado en público en tu propio hogar, parecerás débil. Los dos sabemos que no podrías vivir con eso.

—Y, al ceder a sus exigencias, ¿evito tal apariencia de debilidad? —me preguntó con escepticismo—. No, Dresden.

—Tienes toda la maldita razón. No —dije—. Le seguirás la corriente a Melenas para luego tenderle una trampa y cargártelo, en la más pura tradición de las traiciones de la Corte Blanca. Traes de vuelta a Thomas. Derribas a un peso pesado. Ganas posición entre tu propia gente.

Me observó con los ojos entornados sin que su expresión desvelara ni un solo indicio sobre lo que estaba pensando.

—Y una vez que todo eso esté hecho, ¿qué pasa si me apodero del centinela y lo entrego yo misma al Consejo Blanco? Sería una moneda de cambio formidable para ponerla sobre la mesa en futuras negociaciones con tu gente.

—Por supuesto que lo sería. Pero no vas a hacer eso.

—¿No? —preguntó Lara—. ¿Qué me lo impide?

—Yo.

—Siempre me ha gustado tratar con hombres que poseen una autoestima bien desarrollada.

Ahora me tocaba a mí enseñar los dientes con una sonrisa.

—Las partidas lentas no son tu estilo, Lara. Si juegas bien tus cartas en esta situación, aumentarás tu reputación y tu influencia. ¿Por qué poner eso en peligro enfrentándote conmigo?

—Hmm... —Me recorrió con los ojos. Se alisó ociosamente la falda con una mano, lo cual de inmediato atrajo mi mirada hacia una franja pálida de su pierna que se podía distinguir entre las costuras rotas. Los hilillos de sangre de sus heridas serpenteaban sobre su piel tersa; eran adorables—. A veces me pregunto cómo sería yacer contigo, Dresden. Buscarnos el uno al otro. Me pregunto qué sucedería.

Me relamí los labios y aparté la vista con esfuerzo, incapaz de hablar.

—¿Sabes cómo se controla de verdad a alguien, Harry? —dijo con un ronroneo suave.



Carraspeé.

—¿Cómo? —pregunté con la garganta seca.

Sus ojos gris pálido eran enormes, profundos.

—Dales lo que quieren. Dales lo que necesitan. Dales lo que nadie más puede darles. Si lo haces, volverán a ti una y otra vez. —Se inclinó sobre mí y me susurró al oído—: Yo sé lo que puedo darte, Harry. ¿Quieres que te lo diga?

Tragué saliva y asentí, sin atreverme a mirarla.

—Una tregua. —Noté su respiración en mi oreja—. Puedo hacer que deje de doler, mago. Puedo librarte de los tormentos del cuerpo. De la mente. Del corazón. Por un tiempo, puedo darte algo que nadie más podría: libertad de las cargas que te imponen tu responsabilidad y tu conciencia. —Se acercó más aún, tanto que incluso pude sentir el frescor del aliento que salía de entre sus labios—. Dulce Dresden, podría darte paz. Imagina cerrar los ojos y no tener preocupaciones, ni dolor, ni temores, ni remordimientos, ni apetitos, ni culpa. Solo calma, y oscuridad y quietud. Y mi piel contra la tuya.

Me estremecí. No pude evitarlo.

—Puedo darte todo eso —dijo Lara al tiempo que sus labios se abrían, provocadores, en una sonrisa—. Llevas tu dolor como una armadura, pero algún día se volverá demasiado pesada. Y recordarás este momento. Y sabrás quién puede darte lo que te hace falta. —Dejó escapar un suspiro suave, sensual—. No necesito más comida, Dresden. De eso tengo en abundancia. Pero un compañero... Tú y yo podríamos hacer muchas más cosas juntos de las que hacemos solos.

—Suena bien —dije con voz ronca, apenas capaz de que me salieran las palabras—. Tal vez debamos empezar trayendo de vuelta a Thomas.

Enderezó la espalda y se apartó de mí, con su rostro pálido y hermoso lleno de ansia y lujuria. Cerró los ojos y se estiró un poco, como hacen a veces los gatos. Fue una demostración de pura femineidad que atontaba. Asintió despacio, se levantó y me contempló con su fría indiferencia habitual.

—Tienes razón, por supuesto. Los negocios primero. Quieres que te ayude.

—Quiero que te ayudes a ti misma —le dije—. Los dos tenemos el mismo problema.

—¿Que es...? —preguntó.

—Traidores dentro de la organización —respondí—. Que provocan conflictos y desestabilizan el equilibrio de poder.

Arqueó una ceja, negra como un cuervo.

—¿El centinela es inocente?

—Solo si encuentro al tipo que le tendió la trampa.

—Crees que existe una conexión entre el traidor y el cambiapielos.

—Y otra conexión que me trajo hasta aquí —dije—. Alguien de entre tu gente pagó a esa abogada y le reconfiguró la cabeza.

La boca de Lara se torció con disgusto.

—Si eso es cierto, alguien actuó con una torpeza terrible. Uno nunca debe dejar pruebas tan obvias, sobre todo con un contacto que solo está separado de ti por otra persona. Esas cosas atraen mucha atención.

—Así pues —dije—, una vampira de la Corte Blanca que es torpe, obvia e impaciente. Ah, y que no se presentó para defender su hogar cuando apareció el cambiapielos. Y a quien hace poco Thomas dio una paliza y humilló en público.

—Madeline —murmuró Lara.

—Madeline —repetí—. Me parece que quienquiera que esté moviendo los hilos en esta operación la está usando. Creo que tenemos que encontrarla y seguir la pista hasta el titiritero.

—¿Cómo?

Metí la mano en el bolsillo del guardapolvo y saqué el papel con la supuesta cuenta corriente de Morgan, junto a una fotocopia del enorme cheque que habían depositado.

—Averigua quién creó esta cuenta. Averigua de dónde salió el dinero. —Le pasé los papeles—. Después de eso, trata de buscar una manera de localizar el teléfono móvil de Thomas.

—¿Su teléfono móvil?

—Melenas ha dicho que podríamos contactar con él llamando a los teléfonos de Thomas. ¿No existe una manera de rastrear dónde se encuentran esas cosas?

—Depende de algunos factores.

—Bueno, me apostaría algo a que el cambiapielos no está suscrito al *Popular Science*. Es probable que tenga algún tipo de contramedida para los hechizos de seguimiento, pero puede que ni siquiera sepa que es posible rastrear físicamente un teléfono.

—Veré lo que puedo averiguar —dijo.

Uno de los médicos se acercó y se quedó esperando de pie junto a nosotros, respetuoso. Lara se volvió hacia el joven.

—¿Sí?

Sostenía una carpeta.

—El informe de triaje que pidió.

Lara extendió la mano. Él le pasó la carpeta como si no quisiera acercarse demasiado y ella ojeó la primera página.

—¿Hennesy y Callo tienen la espalda rota? —murmuró.

—Harán falta unas placas de rayos X para confirmarlo —dijo el médico, nervioso—. Pero, por lo que me dijeron, el... eh... el atacante les rompió la espalda contra su propia rodilla y los dejó allí tirados. Están paralíticos. Es probable que de manera permanente.

—Y Wilson ha perdido los dos ojos —musitó Lara.

El médico evitó mirarla.

—Sí, señora.

—Muy bien —dijo ella—. Lleva a Hennesy a las habitaciones de Natalia. Callo irá a las de Elisa.

—Sí, señora. ¿Desea que envíe a Wilson a la enfermería?

Lara lo contempló sin expresión alguna en aquel rostro adorable.

—No, Andrew. Iré a por él enseguida —le dijo.

Le devolvió la carpeta, y el médico la cogió y se alejó a toda prisa.

Observé a Lara.

—Vas a matar a esos hombres. Cuando Elisa y Natalia despierten...

—Se alimentarán de ellos y salvarán la vida. Por molesto que pueda resultar perder lo que he invertido en esos hombres, puedo reemplazar a los pistoleros a sueldo —dijo—. No puedo reemplazar con la misma facilidad a los miembros de mi familia y de mi Casa. Como su líder, es mi responsabilidad proporcionarles cuidados y sustento en momentos de necesidad. Sobre todo cuando su lealtad a la Casa es la que ha causado esa necesidad.

—Son tus propios hombres —dije.

—Lo eran antes de dejar de ser útiles para la Casa —respondió—. Saben demasiado sobre nuestros asuntos internos como para permitirles marcharse. Es necesario que se pierdan vidas para que mis parientes sobrevivan a sus heridas. En lugar de imponerle esa pena a alguien que todavía puede ser útil para nosotros, salvo vidas procurando que estos hombres nos sirvan una última vez.

—Sí, eres una auténtica filántropa. Toda una madre Teresa.

Volvió de nuevo hacia mí aquella mirada plana y vacía.

—¿En qué momento has olvidado que soy una vampira, Dresden? Un monstruo. Un monstruo por lo general pulcro, educado, cívico y eficaz. —Su vista se dirigió hacia el pasillo, donde estaban ayudando a un joven musculoso a sentarse mientras un médico le vendaba los ojos. Lara lo examinó con atención. El color de sus iris cambió a un tono plateado y sus labios se separaron un poco—. Soy lo que soy.

Me entraron náuseas. Hice un esfuerzo para ponerme de pie.

—Y yo también —dije.

Me miró de soslayo.

—¿Es eso una amenaza, Dresden?

Negué con la cabeza.

—Solo un hecho. Algún día acabaré contigo.

Su atención volvió al hombre herido. Una esquina de su boca se torció en una sonrisa.

—Algún día —murmuró—. Pero hoy no.

—No. Hoy no.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, mago mío?

—Sí —dije.

Lara me miró y levantó una ceja.

—Necesito un coche.

Arrastrando los pies como pude, subí una planta y crucé un ala de la mansión para llegar a la enfermería, escoltado por un guardia que se esforzaba mucho para no cojear con su pierna herida. El cambiapielos me había estampado la mollera contra el suelo, y algo se me había aflojado ahí. Estaba bastante seguro de que si me ponía a dar saltos y a sacudir la cabeza, el cerebro me chapotearía dentro del cráneo.

Tampoco es que fuese a hacer nada de eso. Caminar ya era bastante difícil.

En la enfermería me encontré con una mujer joven de bata blanca que atendía a los heridos. Se movía con maneras profesionales y rápidas de médico y estaba terminando de examinar las heridas de Justine. Esta se hallaba echada en una cama con el abdomen envuelto en vendajes y los ojos vidriosos con la expresión pacífica y perdida de una persona muy drogada.

Anastasia estaba sentada en la cama junto a la de Justine con la espalda recta y el gesto tranquilo. Tenía el brazo derecho pegado al cuerpo con un cabestrillo de tela negra. Se incorporó al verme entrar en la habitación. Se la veía un poco pálida y temblorosa, pero se mantuvo en pie sin apoyarse en su delgado bastón de madera.

—¿Nos vamos ya?

—Sí —dije. Me acerqué a su lado para que se apoyara en mí—. ¿Estás bien para caminar?

Extendió su bastón hacia mí para que no me aproximara más, aunque sonreía un poco mientras lo hacía.

—Maldición, claro que saldré de aquí caminando —dijo. Y lo pronunció con un acento escocés atroz.

Levanté las cejas, impactado.

—Me dijiste que te habías quedado dormida viendo *Los inmortales*.

Sus ojos oscuros centellearon.

—Siempre digo lo mismo cuando veo una película vieja en un autocine con un hombre dos siglos menor que yo.

—¿No porque no quisieras herir mis sentimientos con tu opinión profesional sobre el manejo de las espadas en la película?

—Los jóvenes sois muy sensibles —dijo, y sus hoyuelos hicieron una breve aparición.

—Deberíamos ir al hospital —comenté, señalando el cabestrillo.

Ella negó con la cabeza.

—El hueso ya está colocado en su sitio. A partir de ahora lo único que se puede hacer es llevar el cabestrillo y esperar a que deje de doler tanto.

Me preocupé.

—Tengo algunas medicinas en casa.

Sonrió de nuevo, aunque esta vez sí me di cuenta de lo mucho que se esforzaba

por mantener las apariencias.

—Eso sería maravilloso.

—Harry —me llamó una voz suave.

Me volví y me encontré con Justine que, convaleciente, me miraba con ojos somnolientos. Me acerqué a la cama y le sonreí.

—Ey.

—Oímos hablar a esa cosa —dijo. Pronunciaba las consonantes sin fuerza, de forma confusa—. Oímos cómo hablaba contigo y con Lara.

Miré a Anastasia, que asintió con un gesto breve.

—Sí —contesté a Justine. Sentí la necesidad desesperada de que no dijese nada que no debiera decir—. Me ocuparé de ello.

Justine me sonrió, aunque parecía que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Sé que lo harás. Él te quiere, ya lo sabes.

No miré a Anastasia.

—Esto... Sí.

Justine tomó mi mano con la suya, buscando mi mirada.

—Siempre le preocupó no ser nunca capaz de hablar contigo. Que el mundo del que provenía fuese tan diferente al tuyo. No saber lo bastante sobre lo que es ser humano como para poder empatizar. No saber ser un buen her...

—Hermoso grano en el culo —dije yo—. Eso se le da muy, pero que muy bien. —Evité sus ojos. Lo último que necesitaba ahora era soportar otra visión del alma—. Justine, necesitas descansar. Lo sacaré de esta. No te preocupes.

Sonrió de nuevo y cerró los ojos del todo.

—Para mí eres como de la familia, Harry. Siempre te ocupas de todo.

Bajé la cabeza, avergonzado, coloqué la mano de Justine de nuevo en la cama y luego la tapé con la fina manta de hospital.

Anastasia me observaba pensativa mientras lo hacía.

Caminamos de regreso a la parte delantera de la casa. Pasamos junto a las paredes de yeso fresco que podrían haber ocultado trampas explosivas increíblemente letales, llegamos a un porche frontal del tamaño de una pista de tenis y bajamos varios escalones hasta un camino circular donde nos esperaba el coche que me había prestado Lara.

Me detuve tan de golpe que Anastasia casi se chocó contra mi espalda. Mantuvo el equilibrio con un siseo de dolor, y acto seguido levantó la vista y se quedó sin aliento.

—Oh, Dios.

Casi dos toneladas de acero y cromo británicos aguardaban al ralentí en el camino. Su motor ronroneaba como una máquina de coser. Aquella limusina blanca de marca Rolls era un modelo antiguo, algo sacado de una película de aventuras *pulp*, y se encontraba en un estado maravilloso. La carrocería brillaba, recién encerada y sin una sola marca, y el cromo de la rejilla delantera resplandecía en tonos siena bajo

la luz del atardecer que caía sobre la mansión.

Me acerqué para echar un vistazo al interior. La parte de los asientos traseros era más grande que mi maldito apartamento. O al menos lo parecía. El interior era todo de cuero gris plateado y blanco, con acabados en madera de un color similar, pulidos para conseguir que brillasen y acentuados con plata. La alfombrilla en el suelo del Rolls era más gruesa y ostentosa que un césped bien cuidado.

—Guau —dije en voz baja.

Anastasia, de pie a mi lado, resopló.

—Es una condenada obra de arte.

—Guau —dije en voz baja.

—Mira qué filigrana.

Asentí.

—Guau.

Anastasia me miró de soslayo.

—Y hay un montón de espacio en la parte trasera.

Pestañeeé y la observé.

Su expresión era inocente y dulce.

—Lo único que digo es que tu apartamento está muy concurrido ahora mismo...

—Anastasia —mascullé. Sentí que se me subía un poco el calor por las mejillas.

Sus hoyuelos reaparecieron. Solo me estaba tomando el pelo, claro. En su estado, pasaría algún tiempo antes de que pudiera practicar ese tipo de actividades.

—¿Qué modelo es? —preguntó.

—Hmm... —dije—. Bueno, es un Rolls-Royce. Es... Creo que es de antes de la Segunda Guerra Mundial...

—Un Rolls-Royce Silver Wraith, por supuesto —dijo la voz de Lara detrás de mí—. ¿Acaso podría ser otro en esta casa?

Miré por encima del hombro y vi a Lara Raith de pie bajo la entrada en penumbra del edificio.

—Tienes necesidades especiales, obviamente —dijo—, así que te he proporcionado una antigüedad adecuada a ellas. Mil novecientos treinta y nueve. —Se cruzó de brazos, con bastantes aires de suficiencia, pensé, y añadió—: Devuélvelo con el depósito lleno.

Incliné la cabeza hacia ella en un gesto que no llegaba a ser una afirmación.

—Mi asesor de préstamos tendrá que comprobar antes mi crédito —murmuré mientras abría la puerta del lado del pasajero—. ¿Cuánto consume esta cosa, cinco litros por kilómetro?

Anastasia soltó un leve quejido de dolor al ir a entrar al coche. Me preocupé y adelanté las manos por si se caía, pero consiguió acomodarse sin mayor dificultad. Cerré la puerta y vi de reojo cómo Lara daba un paso repentino hacia delante.

Concentró toda su atención en Anastasia durante un rato, y luego en mí.

Los ojos de Lara se volvieron varios tonos más claros según sus labios se

entreabrían en un gesto de comprensión. Muy despacio, una sonrisa empezó a reptar hacia ellos a la vez que me miraba.

Me apresuré a darme la vuelta, subí al Rolls y lo puse en marcha. No volví la vista atrás hasta que la mansión de los vampiros quedó a diez kilómetros de nosotros. Anastasia dejó que hiciésemos la mayor parte del camino de regreso a la ciudad antes de hablar.

—¿Harry? —dijo, mirándome.

—¿Hmm...?

Conducir el Rolls era como manejar un tanque. Poseía mucha inercia y no tenía dirección asistida ni servofrenos. Se trataba de un vehículo que exigía que presentase mis respetos a las leyes de la física y pensar mis movimientos con un poco más de anticipación de lo habitual.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó.

—Maldita sea —murmuré.

Ella me contemplaba con unos ojos mucho más viejos que el rostro que los rodeaba.

—Tenías la esperanza de que no hubiera oído a Justine.

—Sí.

—Pero la oí.

Conduje un minuto o dos en silencio.

—¿Estás segura? —pregunté.

Hizo una pausa y se quedó pensativa.

—¿Y tú estás seguro de que no tienes nada que decirme? —preguntó con más suavidad.

—No tengo nada que contarle a la capitana Luccio —respondí. Sonó más brusco de lo que esperaba.

Ella puso su mano izquierda sobre mi mano derecha, que descansaba en la palanca de cambios.

—¿Y a Anastasia? —preguntó.

Sentía la tensión en mi mandíbula. Me llevó un rato relajarla.

—¿Tienes familia? —le pregunté.

—Sí —respondió ella—. Técnicamente.

—¿Técnicamente?

—¿Los hombres y mujeres con los que crecí, a los que conocí? Llevan muertos varias generaciones. Sus descendientes viven por toda Italia, en Grecia e incluso hay unos cuantos en Argelia, pero no es que inviten a su tatatatatatataratía abuela por Navidad. Son poco menos que extraños.

Fruncí el ceño al pensar en aquello y la miré.

—Extraños.

Asintió.

—La mayoría de la gente no está dispuesta a aceptar algo tan radical como la

esperanza de vida de los nuestros, Harry. Algunas familias sí lo hacen. Martha Liberty, por ejemplo, vive con una de sus múltiples bisnietas y sus hijos. Pero, en general, la cosa termina mal cuando los magos tratan de mantenerse demasiado cerca de sus parientes. —Bajó la cabeza, fingiendo que estudiaba el cabestrillo mientras hablaba—. Voy a verlos cada cinco o seis años sin que ellos se enteren. Mantengo los ojos abiertos por si alguno de los niños desarrolla algún talento.

—Pero una vez tuviste una familia de verdad —dije.

Suspiró y miró por la ventana.

—Claro, sí. Fue hace mucho tiempo.

—Yo recuerdo a mi padre. Un poco. Pero me crié como huérfano.

Anastasia mostró una expresión dolida.

—*Dio*, Harry. —Sus dedos apretaron los míos—. Nunca tuviste a nadie, ¿verdad?

—Y si encontrara a alguien —le dije, sintiendo un nudo en la garganta mientras hablaba—, haría lo que fuese necesario para protegerlo. Cualquier cosa.

Anastasia volvió a mirar por la ventana, dejando escapar un siseo que sonó a ira.

—Margaret. Maldita zorra egoísta.

Parpadeé con sorpresa, la observé y casi nos mato a los dos cuando otro coche se cruzó y apenas me dio tiempo a detener el monstruoso Rolls.

—¿Tú...? ¿Tú conociste a mi madre?

—Todos los centinelas la conocíamos —dijo en voz baja.

—¿Era una centinela?

Anastasia guardó silencio un segundo antes de negar con la cabeza.

—Era considerada una amenaza para las Leyes de la Magia.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tomó por costumbre jugar con los límites de las leyes hasta casi romperlos siempre que tuvo ocasión —contestó Anastasia—. Desde que fue admitida en el Consejo, tardó solo un año en empezar a remover las cosas para que hubiese cambios.

Tenía que concentrarme en la carretera. Aquello era más de lo que había oído nunca de boca de alguien del Consejo sobre la enigmática figura que me había dado la vida. Me sudaban las manos y el corazón me golpeaba con fuerza.

—¿Qué clase de cambios?

—La enfurecía que las Leyes de la Magia no tuvieran nada que ver con lo correcto o lo incorrecto. Hizo ver cómo los magos podían usar sus habilidades para estafar dinero a la gente, para intimidarlos y manipularlos, para robar sus riquezas y propiedades o simplemente para destruirlas; y cómo, siempre y cuando obedecieran esas leyes, el Consejo no haría nada en absoluto para detenerlos o para disuadir a otros de seguir su ejemplo. Quería reformar las leyes para introducir en ellas conceptos de justicia, así como limitar el uso específico de la magia.

Fruncí el ceño.

—Guau, todo un monstruo.



Anastasia exhaló despacio.

—¿Te imaginas lo que pasaría si se hubiera salido con la suya?

—¿Que yo no habría sido perseguido de forma injusta por los centinelas durante años?

Anastasia apretó los labios hasta que formaron una línea fina.

—Una vez que el Consejo se guiase por un conjunto de leyes que definieran la justicia —dijo—, solo haría falta dar un pequeño paso para que esas leyes se usaran para hacer que se involucrara en acontecimientos del mundo exterior.

—Dios, sí —dije—, tienes razón. Un puñado de magos tratando de hacer el bien en el mundo sería algo horrible.

—¿El bien de quién? —preguntó Anastasia sin alterarse—. Nadie es un villano despótico desde su propio punto de vista, Harry. Incluidos, y tal vez sobre todo, los peores de entre nosotros. Algunos de los tiranos más crueles de la historia actuaron movidos por ideales nobles o tomaron decisiones que consideraban duras pero necesarias para el bien de su nación. Todos somos los héroes de nuestra propia historia.

—Sí, era muy difícil distinguir a los buenos de los malos en la Segunda Guerra Mundial.

Pareció desesperarse.

—Has leído la historia escrita por los vencedores de esa guerra, Harry. Como alguien que la ha vivido, puedo decirte que, durante aquel período, la certeza era mucho menor. Se contaban historias sobre atrocidades cometidas en Alemania, pero, por cada una que era real, otras cinco o seis no lo eran. ¿Cómo se podía diferenciar entre las historias verdaderas, la propaganda y las simples invenciones y mitos creados por las naciones a las que Alemania había atacado?

—Habría sido más fácil si hubiese habido dos o tres magos por ahí para ayudar —dije.

Me miró de reojo.

—Entonces, según tu razonamiento, habrías provocado que el Consejo Blanco destruyera los Estados Unidos.

—¿Qué?

—Tu gobierno también se ha ensuciado las manos con sangre inocente —respondió con la misma calma—. A menos que pienses que los indios de las tribus cuyas tierras fueron conquistadas eran de alguna manera los villanos del cuento.

Me quedé pensativo ante aquello.

—Nos hemos desviado un poco del tema de mi madre.

—Sí y no. Lo que ella proponía habría involucrado al Consejo de forma inevitable en los conflictos de los mortales, y por tanto en la política de los mortales. Dime la verdad, si el Consejo hoy le declarase la guerra a América por sus crímenes pasados y su idiotez actual, ¿obedecerías la orden de ataque?

—Diablos, no —contesté—. Estados Unidos no es un lugar perfecto, pero es

mejor que lo que la mayoría de la gente ha conseguido. Y, además, tengo ahí todas mis cosas.

Ella sonrió ligeramente.

—Exacto. Y, puesto que el Consejo está integrado por miembros de todo el mundo, no importaría dónde actuásemos porque nos enfrentaríamos con la disidencia y la deserción de los que sintieran que se ha ofendido a sus países de origen. —Se encogió de hombros e hizo un gesto de dolor antes de acabar el movimiento—. Yo misma tendría quejas si el Consejo actuase contra cualquiera de los países en los que mi familia se ha asentado. Puede que ellos no me recuerden a mí, pero yo a ellos sí.

Pensé durante un largo rato en lo que había dicho.

—Lo que tratas de explicarme es que el Consejo tendría que volverse contra algunos de los suyos.

—¿Y cuántas veces habría de ocurrir eso antes de que ya no hubiera Consejo? —preguntó—. Las guerras y las disputas pueden alargarse durante generaciones, incluso si no hay un grupo de magos involucrados. Resolver los conflictos habría requerido aún más implicación en los asuntos mortales.

—Es decir, control —añadí en voz baja—. Es decir, el Consejo buscando poder político.

Me lanzó una mirada cómplice.

—Una de las cosas que me hace respetarte más que a la mayoría de jóvenes es tu aprecio por la historia. Exacto. Y, para obtener control sobre los demás, para reunir un gran poder personal, no existe mejor herramienta que la magia negra.

—Algo que las Leyes de la Magia ya contemplan.

Asintió.

—Y así el Consejo se regula a sí mismo. Cualquier mago es libre de usar su poder de la forma que decida siempre y cuando no rompa ninguna de las leyes. Si no recurre a la magia negra, el daño que un individuo puede infligir a la sociedad mortal es limitado. Por dura que sea la experiencia que te han hecho vivir, Harry, las Leyes de la Magia no existen para traer justicia. El Consejo Blanco no existe para traer justicia. Los dos existen para controlar el poder. —Sonrió un poco—. Y, de vez en cuando, el Consejo se las apaña para hacer algo bueno y proteger a la humanidad de las amenazas sobrenaturales.

—¿Y a ti te basta con eso? —le pregunté.

—No es perfecto —admitió—, pero es mejor que cualquier otra cosa que se nos haya ocurrido. Y, además, tengo ahí las cosas que he pasado toda mi vida construyendo.

—*Touché* —dije.

—Gracias.

Le acaricié los dedos con el pulgar.

—Así que me estás diciendo que mi madre era corta de miras.

—Era una mujer compleja —dijo Anastasia—. Genial, errática, apasionada,

comprometida, idealista, llena de talento, encantadora, ofensiva, audaz, incauta, arrogante y, sí, corta de miras. Eso entre un gran número de otras cualidades. Le encantaba señalar las áreas de magia «gris», como ella las llamaba, y cuestionar todo el tiempo su legitimidad. —Se encogió de hombros—. El Consejo de Veteranos encargó a los centinelas que la mantuviesen vigilada. Lo cual era casi imposible, maldita sea.

—¿Por qué?

—Esa mujer tenía un gran número de contactos entre las hadas. Por eso todo el mundo la llamaba Margaret LaFey. Sabía de más caminos a través del Nuncamás que nadie que yo haya conocido, ni antes ni después. Podía estar en Pekín para el desayuno, en Roma para el almuerzo y en Seattle para la cena, haciendo una parada entre medias para tomar café en Sidney y Ciudad del Cabo. —Suspiró—. En una ocasión, Margaret desapareció durante cuatro o cinco años. Todos supusieron que al fin se había enfrentado a quien no debía en el reino de las hadas. Nunca había sido capaz de contener su lengua, incluso cuando sabía que lo mejor era hacerlo.

—Me pregunto cómo será eso.

Anastasia me dedicó una sonrisa triste y un tanto cansada.

—Pero no pasó todo ese tiempo en el reino de las hadas, ¿verdad? —dijo.

Miré por el espejo retrovisor hacia la mansión Raith.

—Y Thomas es hijo del mismísimo Rey Blanco —siguió.

No respondí.

Ella suspiró con pesadez.

—Eres tan diferente a él —dijo—. Excepto tal vez un poco la mandíbula. Y la forma de los ojos.

No dije nada hasta que llegamos al apartamento. El Rolls se llevó tan bien con la gravilla de mi calle como el champán con las palomitas de caramelo. Apagué el motor y escuché cómo soltaba chasquidos según empezaba a enfriarse. Para entonces el sol había desaparecido en el horizonte y las sombras que crecían iban encendiendo las luces de las farolas.

—¿Se lo vas a decir a alguien? —le pregunté en voz baja.

Miró a través de la ventanilla mientras lo consideraba.

—No, a menos que crea que es relevante —dijo.

Me volví hacia ella.

—Sabes lo que pasará si se enteran. Lo usarán.

Miraba fijamente más allá del coche.

—Lo sé.

Hablé despacio para darle todo el peso que pude a cada una de las palabras:

—Por encima de mi cadáver.

Anastasia cerró los ojos un momento y luego los volvió a abrir. Su expresión no vaciló. Apartó su mano de la mía despacio, con reticencia, y la puso en su propio regazo.

—Ruego a Dios que nunca lleguemos a eso —susurró.

Nos quedamos sentados en el coche, separados.

Parecía más grande y frío por alguna razón. El silencio, más profundo.

Luccio levantó la barbilla y me miró.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Tú qué crees? —Apreté los nudillos hasta que hice chasquear los huesos, descontracturé un poco el cuello y abrí la puerta—. Voy a encontrar a mi hermano.

Después de dos horas y media docena de hechizos fallidos de seguimiento en mi laboratorio del sótano, solté un grito de frustración y tiré de un manotazo los cuadernos de la esquina de la mesa. Se estamparon contra la pared bajo el estante de la calavera de Bob y cayeron al suelo de cemento.

—Era de suponer —dijo Bob en voz muy baja. Unas luces de color naranja, como los destellos de un par de hogueras distantes, brillaban en las cuencas de los ojos de aquel cráneo humano blanqueado. Tenía su propio estante en lo alto de una de las paredes de mi laboratorio y estaba rodeado por los restos de montones de velas derretidas y por media docena de novelas románticas de bolsillo—. El vínculo de sangre entre padre e hijo es mucho más empático que el que comparten los medio hermanos.

Miré a la calavera y mantuve el tono también bajo.

—No puedes dejar pasar ni un día sin decirme que me lo advertiste.

—No puedo evitar que estés equivocado todo el tiempo y, aun así, ignores siempre mis consejos, *sahib*. Solo soy un humilde servidor.

No era plan de gritarle a mi ayudante incorpóreo cuando había otras personas arriba en el apartamento, así que me consolé cogiendo un lápiz de un estante cercano y tirándoselo. El lado de la goma golpeó a la calavera entre los ojos.

—Envidia, tu nombre es Dresden —recitó Bob, muy a lo Hamlet, con un suspiro piadoso.

Caminé arriba y abajo por el laboratorio para quemar mis energías frustradas. No es que fuera demasiado paseo. Cinco pasos, vuelta, cinco pasos, vuelta. La habitación era más bien una caja pequeña y húmeda hecha de cemento. Tenía unas mesas de trabajo alineadas en tres de las paredes y había instalado unas estanterías baratas de estructura metálica sobre ellas. Tanto las mesas como las estanterías rebosaban de toda clase de cacharros, sustancias reactivas, herramientas, varias piezas de equipo necesarias para la alquimia y montones de libros y cuadernos.

Había una mesa larga en el centro de la habitación cubierta por una tela de lienzo, y el suelo al otro extremo del laboratorio tenía incrustado un círculo perfecto de cobre puro. Los restos de varios intentos de rastreo, estructurados de diferentes formas, se encontraban esparcidos por el suelo alrededor del círculo, mientras que los focos y accesorios usados en el fracaso más reciente aún permanecían en su interior.

—Debería haber conseguido algo con alguno de ellos —le dije a Bob—. Quizá no la posición exacta de Thomas, pero una señal en el sentido correcto al menos.

—A menos que esté muerto —dijo Bob—, en cuyo caso estás desperdiciando tu tiempo.

—No está muerto —dije en voz baja—. Melenas quiere negociar.

—Claro —se burló Bob—, porque todo el mundo sabe cuán honorables son los

*naagloshii*.

—Está vivo —repetí en tono bajo—. O al menos voy a actuar bajo ese supuesto. Bob se las arregló de alguna manera para parecer desconcertado.

—¿Por qué?

«Porque necesitas que tu hermano esté bien», susurró una voz en mi cabeza.

—Porque no hay nada más que resulte particularmente útil para resolver esta situación —dije en alto—. Quienquiera que esté detrás de esto está usando al cambiapielos y es probable que también a Madeline Raith. Por tanto, si doy con Thomas encontraré a Melenas y a Madeline, y a partir de ahí podré empezar a tirar de los hilos para que todo este lío se aclare.

—Sí —dijo Bob, alargando la palabra—. ¿Piensas que vas a tardar mucho tiempo en tirar de todos esos hilos? Porque el *naagloshii* va a hacerle algo similar a tus intestinos.

Refunfuñé.

—Sí. Creo que sé cómo manejarlo.

—¿En serio?

—Sigo intentando sacudir a Melenas yo solo —dije—, pero sus defensas son demasiado buenas. Y es muy rápido.

—Es un ser inmortal semidivino —dijo Bob—. Por supuesto que es bueno en lo que hace.

Le quité importancia con un gesto de la mano.

—Lo que quiero decir es que he estado tratando de darle una paliza yo solo. La próxima vez que lo vea, empezaré a lanzarle hechizos de atado para entorpecerlo y hacer que se frene, y así quien esté conmigo lo tendrá a tiro.

—Podría funcionar... —admitió Bob.

—Gracias.

—... si es tan idiota como para solo haberse molestado en aprender a defenderse de los ataques de energía violenta —continuó Bob, como si yo no hubiera hablado—. Lo cual veo tan probable como que consigas hacer funcionar uno de esos hechizos de seguimiento tuyos. Él sabrá cómo protegerse de las ataduras, Harry.

Suspiré.

—Tengo problemas de género.

Bob parpadeó despacio.

—Oh, guau. Me gustaría decir algo para que te resulte aún más embarazoso, jefe, pero no estoy seguro de qué.

—No me refiero a mi... Agh. —Le lancé otro lápiz. Fallé y rebotó en la pared de detrás—. Hablo del cambiapielos. ¿Es macho en realidad? ¿Lo llamo él o ella?

Bob puso en blanco las luces que tenía por ojos.

—Es inmortal y es semidivino, Harry. No procrea. No tiene necesidad de recombinar ADN. El género simplemente no es algo que se le pueda aplicar. Eso es algo de lo que solo vosotros, los sacos de carne, os preocupáis.

—Entonces, ¿por qué te dedicas a mirar chicas desnudas cada vez que puedes, pero no hombres desnudos? —dije.

—Es una elección estética —respondió con aires altaneros—. Como género, las mujeres existen en un plano mucho más elevado que los hombres en lo que se refiere a la apreciación artística de su belleza exterior.

—Y tienen tetas —dije.

—¡Y tienen tetas! —asintió Bob con una mirada lasciva.

Suspiré, me froté las sienes y cerré los ojos.

—¿Dices que los cambiapieles son seres semidivinos?

—Esa es la palabra en tu idioma, pero en realidad no los describe con mucha precisión. La mayoría de los cambiapieles son solo personas. Poderosas, peligrosas y a menudo psicóticas, pero personas. Son sucesores de las tradiciones y las habilidades que unos mortales codiciosos aprendieron de los originales. Los *naagloshii*.

—Originales como Melenas —dije.

—Este es de los auténticos, sí —respondió, adoptando un tono más serio—. Según algunas historias de los navajos, los *naagloshii* eran en su origen mensajeros de la gente sagrada, la que enseñó a los humanos el Camino de la Bendición.

—¿Mensajeros? —pregunté—. ¿Como los ángeles?

—¿O como esos tíos que van en bici por Nueva York, tal vez? —dijo Bob—. No todos los mensajeros son creados iguales, Señor Mínimo Común Denominador. En cualquier caso, se supone que los mensajeros originales, los *naagloshii*, se iban a marchar con la gente sagrada cuando esta abandonó el mundo mortal. Pero algunos no lo hicieron. Permanecieron aquí y su egoísmo corrompió el poder que la gente sagrada les había concedido. *Voilà*: Melenas.

Resoplé. La información de Bob era anecdótica, lo que significaba que podía estar distorsionada por el tiempo y por cómo habrían ido pasándose la historia de una generación a otra. Era probable que no existiese una manera objetiva de conocer la verdad sobre el tema. Sin embargo, una asombrosa cantidad de historias de ese tipo se habían transmitido de forma coherente en sociedades con una gran tradición oral, como las del sudoeste de Estados Unidos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Difícil de saber —dijo Bob—. Los navajos tradicionales no ven el tiempo de la misma manera que la mayoría de los mortales, lo que los convierte sin duda en más inteligentes que el resto de vosotros, monos. Pero podríamos apostar por la prehistoria. Varios miles de años.

Uf.

Miles de años de supervivencia implicaban miles de años de experiencia. Lo cual significaba que Melenas era astuto y se adaptaba. El viejo cambiapieles no seguiría rondando por el mundo si no lo fuera. Subí su estatus en mis pensamientos de «muy duro» a «duro hasta lo casi condenadamente imposible».

Pero, como aún tenía a mi hermano, eso no cambiaba nada.

—Y no existe una bala de plata que podamos utilizar contra él, ¿verdad? — pregunté.

—No, jefe —contestó Bob en voz baja—. Lo siento.

Con gesto preocupado, medio organicé con pocas ganas el lío que había montado en el sótano y empecé a subir la escalera. Me detuve antes de marcharme.

—Eh, Bob —dije.

—¿Sí?

—¿Alguna idea de por qué cuando LaFortier estaba siendo asesinado por un mago nadie lanzó ningún hechizo?

—¿Porque la gente es idiota?

—Maldita sea, es algo peculiar —dije.

—La irracionalidad no lo es —respondió Bob—. No es que los magos sean, digamos, muy estables.

Teniendo en cuenta lo que había hecho con mi vida últimamente, no podía discutirse.

—Significa algo —dije.

—¿Sí? —preguntó Bob—. ¿Qué?

Negué con la cabeza.

—Te avisaré cuando lo sepa.

Subí a la sala de estar a través de la trampilla en el suelo. Era bastante gruesa. Los sonidos del laboratorio apenas llegaban arriba cuando estaba cerrada. Luccio, atiborrada de narcóticos, dormía boca arriba en mi sofá, sin almohada y tapada con una manta fina. Su rostro estaba relajado, la boca un poco abierta. Le hacía parecer vulnerable e incluso más joven de lo que ya aparentaba. Molly estaba sentada en uno de los sillones reclinables con varias velas encendidas a su lado. Leía un libro de bolsillo con cuidado de no abrirlo del todo para no arrugar el lomo. Mariquita.

Fui a la cocina y me preparé un sándwich. Mientras lo hacía, reflexioné sobre lo cansado que estaba ya de los sándwiches. Tal vez debería aprender a cocinar o algo así.

Me quedé allí de pie, masticando. Molly vino conmigo.

—Ey —dijo en un tono bajo—. ¿Cómo estás?

Me había ayudado a vendarme el pequeño corte del cuero cabelludo cuando había vuelto al apartamento. Tenía ahora tiras de gasa blanca rodeándome la cabeza, más anchas por un lado que por el otro, como un halo torcido. Me sentía como el tipo que tocaba la flauta en aquel icónico cuadro de Willard, *El espíritu del 76*.

—Sigo de una pieza —contesté—. ¿Cómo están ellos?

—Drogados y dormidos —dijo—. La fiebre de Morgan ha subido unas décimas. La última bolsa de antibióticos está casi vacía.

Apreté los dientes. Si no llevaba a Morgan pronto a un hospital, terminaría tan muerto como si lo atrapasen el Consejo o Melenas.

—¿Debería aplicarle algo de hielo? —preguntó Molly con ansiedad.



—No hasta que la fiebre le suba a cuarenta y se mantenga ahí —dije—. Entonces es cuando empezará a correr peligro. De momento está haciendo lo que se espera, reduciendo la infección. —Me acabé lo que quedaba de sándwich—. ¿Alguna llamada?

Sacó una hoja arrancada de un bloc de notas.

—Llamó Georgia. Está donde Andi. Siguen con ella.

Cogí el papel con pesar. Si no hubiera dejado que Morgan entrase por mi puerta, hacía ya una eternidad, él no estaría ahora en Chicago, Melenas no me habría seguido para encontrarlo, Andi no estaría herida... y Kirby seguiría vivo. Y yo ni siquiera había llamado para saber cómo evolucionaba.

—¿Cómo está?

—Todavía no lo saben con seguridad —dijo Molly.

Asentí.

—De acuerdo.

—¿Encontraste a Thomas?

Negué con la cabeza.

—Fracaso total.

Ratón apareció arrastrando las patas. Se sentó y me miró con expresión preocupada.

Molly se mordisqueó el labio.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo... —Mi voz se fue apagando. Suspiré—. No tengo ni idea.

Ratón me tocó la pierna con la pezuña sin dejar de mirarme. Me agaché para rascarle las orejas y me arrepentí al instante cuando alguien me metió un destornillador en la sien. Me puse recto de golpe, muerto de dolor, y me perdí en unos deseos salvajes de tirarme al suelo y dormir durante una semana entera.

Molly me observaba con aspecto intranquilo.

De acuerdo, Harry, todavía estás enseñando a tu aprendiz. Muéstrale lo que un mago debería hacer, no lo que tú quieres hacer.

Miré el papel.

—La respuesta no es obvia, lo que significa que tengo que pensar más sobre el tema. Y, mientras lo hago, voy a ir a ver cómo está Andi.

Molly asintió.

—¿Qué hago yo?

—Defiende el fuerte. Localízame en el hospital si llama alguien o si Morgan se pone peor.

Movió la cabeza arriba y abajo, muy seria.

—Cuenta con ello.

Asentí y cogí mis cosas y las llaves del Rolls. Molly me acompañó a la puerta para cerrarla bien después de que saliera. Estaba a punto de hacer justo eso... y entonces me detuve. Me volví hacia mi aprendiz.

—Ey.

—¿Sí?

—Gracias.

Pestañeó.

—Esto... ¿Qué he hecho?

—Más de lo que te he pedido. Más de lo que era bueno para ti. —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Gracias, Molly.

Alzó un poco el mentón, sonriendo.

—Anda —dijo—, pues sí que eres tonto. ¿Qué iba a hacer, quedarme atrás?

Eso me hizo reír, aunque solo fuese durante un segundo. Su sonrisa se volvió radiante.

—Ya sabes cómo va —le advertí.

Asintió.

—Mantener los ojos abiertos, ser supercuidadosa, no correr riesgos.

Le guiñé un ojo.

—Cada día más sabia, pequeño saltamontes.

Molly empezó a decir algo, se detuvo, no supo qué hacer con las manos durante un segundo y, de repente, me dio un gran abrazo.

—Ten cuidado —dijo—, ¿vale?

Le devolví el abrazo con fuerza y le di un beso suave en la coronilla.

—Aguanta, pequeña. Arreglaremos esto.

—Vale. Lo haremos.

Mientras me adentraba en la noche de Chicago, me pregunté cómo lo iba a hacer. Y si acaso era posible.

No me gustan los hospitales. Aunque ¿a quién le gustan? No me gustan los pasillos limpios y fríos. No me gustan las luces fluorescentes de aspecto desnudo. No me gustan los teléfonos de timbre suave. No me gustan las batas de tonos pastel que llevan las enfermeras y auxiliares. No me gustan los ascensores, no me gustan los colores relajantes de las paredes y no me gusta cómo todo el mundo habla en voz baja y calmada.

Pero, sobre todo, no me gustan los recuerdos que tengo de esos sitios.

Andi seguía en cuidados intensivos. No iba a poder entrar a verla. Billy y Georgia tampoco habrían podido si no hubiesen arreglado hacía unos años unos poderes legales para asuntos médicos. Las horas de visita normales ya habían terminado hacía mucho, pero la mayoría del personal de los hospitales miraba hacia otro lado y era flexible con la gente cuyos seres queridos estaban ingresados en la UCI. El mundo ha cambiado mucho a lo largo de los siglos, pero las vigiliadas ante la muerte se siguen respetando.

En su momento, Billy había acudido a mí en privado para concederme también poderes legales en caso de que fuera hospitalizado y Georgia no estuviese cerca para encargarse de todo. Aunque ninguno de los dos habíamos dicho nada, ambos habíamos sabido el verdadero motivo. La única razón por la que Georgia podría no estar ahí sería que hubiese muerto. Si Billy no se encontrase en condiciones de decidir por sí mismo, prefería no quedarse para averiguar cómo sería su mundo sin ella. Necesitaba a alguien de confianza que pudiese entenderlo.

Billy y Georgia son una pareja sólida.

Yo ya había pasado infinitas horas en la sala de espera de la UCI del hospital Stroger. No había cambiado desde la última vez. Se encontraba vacía, excepto por Georgia. Estaba echada en un sofá, dormida con las gafas puestas. Tenía abierto sobre el estómago un libro de, sin duda, una autoridad en el campo de la psicología. Parecía exhausta.

Pasé de largo la sala de espera y me acerqué al mostrador de enfermería. Una mujer en la treintena, de aspecto cansado, levantó la vista hacia mí con el ceño fruncido.

—Señor —dijo—, las horas de visita terminaron hace mucho ya.

—Lo sé —respondí. Saqué mi cuaderno del bolsillo y escribí una nota rápida en él—. Me vuelvo ahora a la sala de espera. La próxima vez que pase usted por la habitación de la señorita Macklin, ¿le podría entregar esto al caballero que está sentado a su lado?

La enfermera se relajó un poco y me dedicó una sonrisa fatigada.

—Por supuesto. Iré dentro de unos minutos.

—Gracias.

Regresé a la sala de espera y me acomodé en una silla. Cerré los ojos, apoyé la cabeza en la pared y dormité hasta que escuché pasos.

Billy entró en la sala con una manta enrollada bajo el brazo, miró a su alrededor y me saludó con la cabeza. Se acercó de inmediato a Georgia. Le quitó con mucho cuidado las gafas y cogió el libro. Ella ni se inmutó. Puso el libro en una mesilla con las gafas encima, desenrolló la manta que llevaba bajo el brazo y la tapó con ella. Georgia murmuró algo y se removió, pero Billy hizo que se volviese a dormir con un susurro y una caricia en el pelo. Ella suspiró, se colocó de lado y se acurrucó bajo la manta.

Alargué la mano y le di un toque al interruptor que tenía junto a la cabeza. La luz de la sala se atenuó, aunque no se quedó del todo a oscuras.

Billy sonrió para darme las gracias y señaló la puerta con la barbilla. Me levanté y caminamos juntos hacia el pasillo.

—Debería haber llamado antes —dije—. Lo siento.

Negó con un gesto.

—Sé cómo es esto, tío. No hace falta disculparse.

—De acuerdo —dije, aunque en realidad no lo estaba—. ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien —respondió simplemente—. Tenía una hemorragia interna. Hicieron falta dos operaciones para detenerla. —El corpulento joven se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Nos han dicho que si sobrevive a esta noche, lo peor habrá pasado.

—¿Cómo lo llevas tú?

Volvió a negar con la cabeza.

—No sé, tío. Llamé a los padres de Kirby. Era mi amigo. Tenía que hacerlo. La policía ya había contactado con ellos, pero no es lo mismo.

—No, no lo es.

—Fue bastante duro para ellos. Kirby era hijo único.

Suspiré.

—Lo siento.

Se encogió de hombros.

—Kirby conocía los riesgos. Seguro que prefería morir a quedarse quieto sin hacer nada.

—¿Y Georgia?

—Estaría perdido sin ella. Es un pilar de fuerza y calma —dijo Billy. Volvió la mirada hacia la sala de espera y una leve sonrisa tocó sus ojos—. Se le da muy bien apartar las cosas a un lado hasta que haya tiempo para afrontarlas. Una vez que se calme todo, estará destrozada y será mi turno de sostenerla.

Tal y como he dicho.

Sólida.

—La cosa que mató a Kirby se ha llevado a Thomas Raith —le dije.

—¿El vampiro con el que trabajas a veces?

—Sí. En cuanto averigüe cómo encontrarla, voy a matarla. Es probable que los vampiros ayuden, pero puede que necesite refuerzos en los que confiar.

Sus ojos brillaron con un fuego repentino, lleno de rabia y ansia.

—¿Sí?

Asentí.

—Es parte de algo más grande. No puedo contarte todo lo que está pasando. Y sé que Andi te necesita aquí. Lo entenderé si no...

Billy me miró con ese mismo fuego peligroso ardiendo tras sus ojos.

—Harry, no voy a avanzar más a ciegas.

—¿A qué te refieres?

—A que durante años he estado dispuesto a ayudarte, a pesar de que apenas podías revelarme nada de lo que ocurría en realidad. Siempre has actuado con secretismo. Y sé que tenías tus razones para hacerlo. —Dejó de andar y me observó con serenidad—. Kirby ha muerto. Quizá Andi también lo haga.

Mi conciencia no me permitió sostenerle la mirada ni siquiera un instante.

—Lo sé.

Asintió.

—De eso se trata. Si hubiera tenido esta conversación contigo antes, tal vez esto no habría pasado. Puede que si hubiésemos tenido una idea más clara de lo que de verdad sucede en el mundo habríamos cambiado el modo de enfocar las cosas. Ellos me siguen como a un líder, Harry. Tengo la responsabilidad de asegurarme de que hago lo que está en mi mano para que sean conscientes de todo y estén seguros.

—Sí —respondí—, te entiendo.

—Si quieres mi ayuda, las cosas tienen que cambiar. No voy a ir en primera línea de fuego con los ojos vendados. Nunca más.

—Billy —dije en voz baja—, esto no es algo que después puedas olvidar y ya está. Ahora mismo estáis aislados de las peores cosas que suceden porque... no quiero parecer ofensivo, pero sois un grupo de aficionados que sabéis demasiado poco como para que resultéis una verdadera amenaza para nadie.

Su mirada se volvió sombría.

—¿Aislados de las peores cosas? —preguntó en un tono bajo y peligroso—. Díselo a Kirby. Díselo a Andi.

Me alejé unos cuantos pasos, me apreté el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y cerré los ojos para ordenar mis ideas. Billy tenía parte de razón, por supuesto. En mi esfuerzo por protegerlos, había sido cuidadoso con respecto a la información que les proporcionaba a él y a los Alfas. Y había funcionado. Durante un tiempo.

Pero ahora las cosas eran diferentes. La muerte de Kirby lo cambiaba todo.

—¿Estás seguro de que no quieres echarte atrás? —pregunté—. Una vez que eres parte de este mundo, ya no puedes salir. —Sentí la tensión de mi mandíbula—. Y, lo creas o no, Billy, sí, has estado aislado de las peores cosas.

—No voy a echarme atrás en esto, Harry. No puedo. —Vi con el rabillo del ojo que se cruzaba de brazos—. Tú eres el que quiere nuestra ayuda.

Lo señalé con un dedo.

—No la quiero. No quiero arrastraros a lo que está pasando. No quiero que os lancéis hacia todavía más peligro y que resultéis heridos. —Suspiré—. Pero... hay mucho en juego y creo que podría necesitaros.

—De acuerdo entonces —dijo Billy—. Ya sabes el precio.

Se quedó quieto, mirándome firme con sus ojos cansados, y en ese instante me di cuenta de algo que no había visualizado nunca como un pensamiento tangible: ya no era un niño. Y no solo porque se hubiera graduado, ni siquiera por lo capaz que era. Había visto lo peor del mundo: la muerte, descorazonadora y cruel, que arrasa con todo. En lo más profundo de su alma, sin la menor sombra de duda, sabía que la muerte podía venir a por él, llevárselo con la misma facilidad que a Kirby.

Y, aun así, estaba decidiendo seguir adelante.

Billy Borden, el joven hombre lobo, ya no existía.

Will elegía luchar a mi lado.

No podía tratarlo como a un niño durante más tiempo. Will desconocía el mundo sobrenatural más allá de las pequeñas amenazas que rondaban por la Universidad de Chicago. Los otros hombres lobo y él habían sido unos chicos que habían aprendido un truco de magia estupendo hacía casi diez años. No había compartido nada más con ellos, y la comunidad paranormal es en general muy cuidadosa con lo que le cuenta a los extraños. Will poseía, en el mejor de los casos, solo una vaga idea del alcance general de los asuntos sobrenaturales, y no tenía ni el más remoto indicio de lo turbias que estaban las aguas a mi alrededor en aquel momento.

Había elegido su bando. No podía mantenerlo por más tiempo en las sombras para convencerme a mí mismo de que lo estaba protegiendo.

Señalé unas sillas junto a una pared en una intersección cercana de pasillos.

—Sentémonos. Dispongo de poco tiempo y hay mucho que contar. Te lo explicaré todo en cuanto tenga oportunidad. Por ahora solo puedo hacerte un resumen de lo más importante.

Cuando terminé de explicarle a Will la versión «cuaderno de vacaciones» de la asignatura del mundo sobrenatural, seguía sin tener un plan. Así, partiendo de la teoría de que las respuestas adecuadas solo necesitan cocinarse más tiempo en el horno, y de que podían hacerlo mientras yo andaba por ahí, volví a mi coche prestado y me dirigí al siguiente lugar que debería haber visitado con anterioridad.

Murphy había tenido un despacho en el cuartel general de la Unidad de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago. Hasta que se había saltado sus deberes como jefa para ayudarme en un embrollo que se había torcido hasta proporciones épicas. Casi se había quedado incluso sin trabajo, pero Murph pertenecía a la tercera generación de un clan de policías y se las había arreglado para obtener los suficientes apoyos como para aferrarse a su placa. Sin

embargo, la habían degradado a detective sargento y había perdido su antigüedad. Un duro golpe para su carrera.

Ahora John Stallings ocupaba su antiguo despacho y Murphy tenía un escritorio en la gran sala que albergaba Investigaciones Especiales. No era un escritorio muy nuevo que digamos. Una de las patas se apoyaba sobre una pequeña pila de formularios para informes por triplicado. De todos modos, aquello no era raro en esa sala. Investigaciones Especiales era el final de trayecto para los agentes de policía que se habían ganado la enemistad de sus superiores o, peor, habían dado un paso en falso en el despiadado mundo de la política de la ciudad de Chicago. Los escritorios eran viejos y estaban machacados. Los suelos y los muros estaban desgastados. Saltaba a la vista que la sala contenía al menos el doble de mesas de las que debería.

Era tarde. El lugar se encontraba tranquilo y casi vacío. Quienes estuviesen en el turno de noche debían de haber salido a un aviso de algún tipo. De los tres policías en la sala solo conocía a uno por su nombre, el actual compañero de Murphy, un hombre corpulento con ligero sobrepeso, de cincuenta y muchos años y el cabello cada día más plateado, en fuerte contraste con el tono café oscuro de su piel.

—Rawlins —dije.

Se giró hacia mí para saludarme con un gruñido y un educado movimiento de cabeza.

—Buenas noches.

—¿Qué haces aquí tan tarde?

—Dándole a mi mujer munición para cuando arrastre mi culo a un juzgado para divorciarse —respondió, de buen humor—. Me alegro de verte.

—¿Está Murph por ahí? —pregunté.

Gruñó otra vez.

—En la sala de interrogatorios número dos, con el sospechoso británico. Adelante.

—Gracias, tío.

Caminé por el pasillo hasta doblar una esquina. A mi izquierda había una puerta de seguridad que conducía a los calabozos del edificio; a la derecha, un corredor corto con cuatro puertas, dos para los baños y dos para las salas de interrogatorios. Me acerqué a la segunda sala y llamé con los nudillos.

Me abrió Murphy, todavía con la misma ropa que había llevado en el complejo de espacios de almacenamiento. Parecía cansada e irritada. Gruñó casi tan bien como Rawlins, a pesar de la completa falta de cromosoma Y, salió al pasillo y cerró la puerta detrás de ella.

Levantó la vista y estudió mi cabeza.

—¿Qué demonios, Harry?

—Recibí una visita de Melenas, el cambiapielos, cuando fui a hablar con Lara Raith. ¿Algún problema con Atador?

Negó con un gesto.

—Supuse que le costaría mucho hacer lo que quiera que suela hacer si no puede levantarse de la silla ni usar las manos. He estado sentada con él por si intentaba algo.

Levanté una ceja, impresionado. No había tenido tiempo de aconsejarle la mejor manera de manejar a Atador con seguridad, pero la había deducido por su cuenta.

—Sí, es un método bastante eficaz —dije—. ¿De qué se le acusa de forma oficial?

—De forma oficial no hemos presentado cargos todavía. Si tengo que endosarle algo, puedo usar allanamiento, destrucción de la propiedad y asalto a un oficial de policía. —Sacudió la cabeza—. Pero no podemos tenerlo así de controlado durante mucho más tiempo. Si presento cargos, lo pondrán bajo una vigilancia menor. No quiero ni pensar en lo que ocurriría si trajese a esas cosas a una comisaría o a una prisión.

—Sí —asentí—. A largo plazo no creo que puedas retenerlo.

Torció la boca con amargura.

—Odio cuando tengo que soltar a capullos como este.

—¿Ocurre mucho?

—Todo el tiempo —respondió—. Agujeros legales, procedimientos incorrectos, pruebas cruciales declaradas inadmisibles... Un montón de sospechosos que son más culpables que el mismísimo diablo se marchan con poco más que una reprimenda. —Suspiró y se encogió ligeramente de hombros—. En fin. Es un mundo de mierda. Qué le vamos a hacer.

—Ya te digo. ¿Quieres que comparemos notas?

—Claro —respondió—. ¿Qué tienes?

Le hice un resumen de lo ocurrido desde la última vez que la había visto.

Volvió a gruñir cuando terminé.

—¿Involucrar a los vampiros? ¿No es un poco peligroso?

—Sí —admití—, pero se trata de Thomas. Creo que es probable que Lara sea sincera cuando dice que quiere traerlo de vuelta. Además, ¿por qué preocuparse por no fumar en la cama cuando el edificio ya está en llamas?

—Cierto —dijo—. Revelé las fotos. No me dicen nada nuevo. Metí los números de cuenta que me diste en el sistema para ver si salía algo. Un muro de hormigón.

—Maldita sea.

—En cualquier caso, era una apuesta a largo plazo —dijo.

—¿Te ha contado algo Atador?

Puso cara de querer escupir algo que supiese demasiado mal.

—No. Es duro. Un criminal profesional. Ha estado detenido antes.

—Sí —dije—, y sabe que no puedes hacer nada salvo tenerlo ahí sentado un rato. Si revela algo sobre quien lo contrató, perderá credibilidad ante sus clientes. Asumiendo que viva tanto como para eso.

Apoyó los hombros contra la pared.

—¿Dices que esa cosa, ese Melenas, tiene el móvil de Thomas?



—Sí. ¿Crees que puedes localizarlo?

—¿Como parte de qué investigación? —preguntó—. No tengo la libertad que solía tener. Si quisiera conseguir un micro para escuchas, necesitaría la aprobación de un juez, y no conozco a ninguno que considerase como una justificación válida para una medida así lo de «mi amigo, el hermano vampiro del mago, ha sido secuestrado por un cambiaformas demoníaco de los indios navajos».

—No lo había pensado de esa manera —dije.

Se encogió de hombros.

—Siendo sinceros, sospecho que los recursos y contactos de Lara son mejores que los míos, dada la escasez de tiempo.

No pude evitar resoplar, frustrado.

—Si es que averigua algo. Y si es honesta respecto a lo que averigüe.

Murphy pareció pensativa.

—¿Dónde atraparon a Thomas?

—No lo sé con seguridad, pero creo que fue en el complejo. Su furgoneta de alquiler estaba aparcada allí y mencionó algo de que no podía contenerlos a todos él solo.

—¿A todos? ¿A los trajes grises?

Asentí.

—Es lo más probable. Pero ya que Thomas no apareció durante la lucha, imagino que Melenas se acercó a él a escondidas y se lo llevó mientras Atador y sus mascotas lo tenían distraído.

—Y no puedes rastrearlo usando magia.

—No —mascullé con los dientes apretados—. Melenas la está contrarrestando de algún modo.

—¿Cómo es eso posible?

Me tomé unos segundos para ordenar mis ideas.

—Los hechizos de seguimiento son como cualquier taumaturgia que va dirigida a un objetivo. Creas un enlace, un canal hacia el destinatario, y entonces vuelcas energía en ese canal. En el caso de un hechizo de seguimiento, básicamente preparas un hilo continuo de energía y lo sigues hasta el objetivo. Es más o menos como echar agua en una superficie para ver por dónde está inclinada.

—Vale, lo pillo. Casi todo.

—La manera de sabotear un hechizo de seguimiento es impedir que el canal se llegue a formar. Si no se crea, no importa que eches agua o no. No hay nada que la haga fluir. Y la manera de evitar la formación del canal es blindar el objetivo contra el foco que sea que estés usando para crear el vínculo.

—¿Como qué?

—Bueno, por ejemplo, si tuviera un pelo tuyo y quisiera usarlo en un hechizo de seguimiento, podrías evitarlo afeitándote la cabeza. Si el pelo de mi hechizo no se puede emparejar con otro en algún lugar de tu cabeza, no se crea el vínculo. Así que,

a no ser que tuviera un pelo arrancado de raíz, y muy reciente además, permanecerías oculta para mí.

—¿Y esa es la única manera de evitar un hechizo de seguimiento?

—No. Es probable que un buen círculo de poder fuese capaz de aislarte si tuvieses el tiempo y el dinero necesarios para alimentarlo bien. En teoría, también podrías irte al Nuncamás. La taumaturgia que se origina en la Tierra no cruza al mundo espiritual de una manera muy eficiente. Y, antes de que lo preguntes, sí, lo he intentado desde el Nuncamás. Fue el hechizo fallido número tres.

Murphy frunció el ceño.

—¿Qué hay de Justine? —preguntó—. Ella ya fue capaz de encontrarlo una vez.

Mi expresión se volvió seria.

—Consiguió indicarnos una dirección aproximada unas horas después de que Thomas le hubiese arrancado gran parte de la vida. Esta vez es distinto.

—¿Por qué?

—Porque no estaba sintiendo tanto a Thomas como la parte de su propia fuerza vital que le faltaba. No han estado juntos de esa manera desde hace años. Thomas ya... digirió, supongo que podríamos decir, esa energía hace mucho tiempo.

Murphy suspiró.

—Te he visto hacer algunas cosas increíbles, Harry. Sin embargo, imagino que la magia no lo arregla todo.

—La magia no arregla nada —dije—. Para eso está la persona que la utiliza.

Me froté los ojos cansados.

—Hablando de eso... —dijo ella—. ¿Alguna conclusión sobre por qué los magos no usaron sus habilidades?

—Aún no —contesté.

—¿Alguna conclusión sobre la naturaleza del autor de nuestro crimen?

—Un par —dije—. Están todos esos elementos tan dispares involucrados en el asunto: Melenas, Atador y Madeline Raith. Están esas enormes cantidades de dinero moviéndose por ahí. Y si no encontramos a esa cucaracha y la arrastramos hacia fuera, las cosas se van a poner feas para todo el mundo. No sé lo que eso nos cuenta sobre él.

—Que es alguien muy astuto —dijo Murphy—. O muy desesperado.

Levanté una ceja.

—¿Por qué crees eso?

—Si es superbrillante, puede que no hayamos siquiera intuido la estructura de su plan. Todo esto podría ser una gran maniobra de distracción para prepararnos para el gran golpe final.

—No pareces convencida de que sea así.

Me dirigió una ligera sonrisa.

—Los criminales no suelen ser los más listos de la clase. Y debes recordar que, aunque nosotros estemos yendo por ahí dando palos de ciego en busca de respuestas,

nuestro sujeto está en la misma situación. No puede estar seguro de dónde nos encontramos, qué sabemos o qué vamos a hacer ahora.

—La confusión de la guerra —dije, pensativo.

Se encogió de hombros.

—Me parece una explicación más probable que el que sea un villano al estilo James Bond, un genio brillante que esté desarrollando paso a paso su terrible plan maestro. Han mostrado demasiada confusión para que sea así.

—¿A qué te refieres?

—Melenas te estaba siguiendo hace un par de noches, ¿cierto?

—Sí.

—Bueno, también lo hacía ese detective privado del que me hablaste. ¿Por qué te iban a seguir por duplicado? Tal vez porque la mano derecha no sabía lo que estaba haciendo la izquierda.

—Ya veo —asentí.

—Según lo que me cuentas, Melenas no es que digamos el chico de los recados.

—No lo es, no.

—Sin embargo, parece que se está coordinando con nuestro sujeto, siguiendo sus órdenes. No necesitaba en absoluto presentar sus exigencias en persona. Creo que es bastante obvio que fue rompiendo todo por la mansión para proporcionar una distracción y permitir que Madeline huyese.

Parpadeé. En cuanto yo hubiese advertido a Lara de la posible traición de Madeline, seguro que ella habría tomado los pasos necesarios para apresarla. Madeline debió de haberlo supuesto. Traté de recordar cuánto tiempo había transcurrido desde que Luccio y yo habíamos llegado hasta el ataque del *naagloshii*. ¿Suficiente para que Madeline se hubiese enterado de nuestra presencia, hubiera supuesto lo peor y hubiese hecho una llamada de teléfono para pedir ayuda?

Tal vez.

Murphy me observaba.

—Es decir, es obvio, ¿no? —dijo.

—Me han dado un golpe en la cabeza, ¿vale?

Me sonrió con malicia.

—Por todos los demonios —murmuré—. Sí, es obvio. Pero no necesariamente estúpido.

—Estúpido no, pero no pienso que sea descabellado llamarlo un movimiento desesperado. Creo que Melenas era el as en la manga de nuestro sujeto. Y creo que, cuando Morgan escapó, el sujeto descubrió dónde se dirigía, se sintió presionado y se la jugó a esa carta. Solo que, cuando Melenas te encontró, Morgan no estaba en realidad contigo. Se asustó cuanto tú y los hombres lobo casi os lo cargasteis y salió corriendo.

—El sujeto coge entonces otra de sus herramientas —dije yo con un asentimiento—. Madeline. Le pide que me encuentre y me elimine, que me haga hablar, lo que

sea. Solo que, en vez de eso, Thomas la deja inconsciente.

—Tiene sentido —dijo Murphy.

—No significa que sucediera así en realidad.

—Tuvo que suceder de alguna forma —dijo—. Pongamos que estamos en el buen camino. ¿Qué nos dice todo esto?

—No mucho —contesté—. Hay algunos tipos muy malvados sueltos por ahí. Y son duros de pelar. El único al que hemos atrapado no va a decirnos una mierda. Solo estamos seguros de que no tenemos nada.

Iba a continuar hablando, pero de golpe me vino una idea y me callé.

Le di un segundo para que cristalizara.

Entonces sonreí.

Murphy ladeó la cabeza, observándome.

—¿No tenemos nada? —repitió.

Miré primero a Murphy y luego la puerta de la sala de interrogatorios.

—Olvídalo —dijo—. No va a conducirnos hasta nadie.

—Oh —respondí, alargando el sonido—, no estoy tan seguro de eso...

Murphy volvió a entrar en la sala de interrogatorios. Veinte minutos más tarde entré yo y cerré la puerta detrás de mí. La habitación era sencilla y pequeña. Una mesa ocupaba el centro, con dos sillas en cada extremo. No tenía uno de esos largos espejos que son transparentes por el otro lado. En vez de eso, había una pequeña cámara de seguridad fijada en una de las esquinas del techo.

Atador se sentaba en el extremo más apartado de la mesa. Su cara tenía un par de moratones además de una colección de pequeños cortes de costras oscuras. Sus extraños ojos verdes mostraban fastidio. Había un bocata de treinta centímetros en la mesa delante de él, con el envoltorio de papel medio abierto. Habría sido capaz de alcanzarlo con facilidad si hubiese podido mover los brazos. Los tenía esposados a su silla. La llave de las esposas se encontraba en el lado de la mesa donde estaba Murphy, delante de la silla de ella.

Tuve que reprimir una sonrisa.

—Jodidamente gracioso —le dijo Atador a Murphy según entraba—. Ahora me traes a este capullo. Esto es tortura policial, eso es lo que es. Mi abogado te va a tragar entera y va a escupir tus huesos.

Murphy se sentó en la mesa frente a Atador, juntó las manos y se quedó en completo silencio, clavándole una mirada hostil.

Atador la miró burlón, primero a ella y luego a mí, con toda seguridad para que no me sintiera excluido.

—Oh, ahora lo pillo —dijo—. El poli bueno y el poli malo, ¿verdad? —Se dirigió a mí—: Esta zorra fría como la piedra me obliga a sentarme en esta silla durante varias jodidas horas para ablandarme. Después llegas tú, tan educado y compasivo como te apetezca, y yo cedo bajo la presión, ¿no? —Se acomodó en el asiento, arreglándose de alguna manera para transmitir un insulto al hacerlo—. Bien, Dresden, date el gusto. Hazme de poli bueno.

Lo contemplé un instante.

Luego apreté el puño y le pegué tan fuerte en esa cara de petulante que lo derribé hacia atrás, con silla incluida.

Se quedó allí caído, de lado, con los ojos lloriqueándole. Le goteaba sangre de una de las fosas nasales. Se le había salido un zapato en la caída. Me puse delante de él y eché un vistazo a mi mano. Duele dar puñetazos en la cara. No tanto como recibirlos, por supuesto, pero lo notas. Debí de haberme arañado los nudillos con sus dientes, se me había arrancado un poco la piel ahí.

—No me vengas con esa mierda del abogado, Atador —le dije—. Los dos sabemos que los polis no pueden retenerte mucho tiempo, pero también sabemos que no puedes jugar la baza del sistema contra nosotros. No eres un miembro respetable de la comunidad. Eres un asesino a sueldo buscado en una docena de países.

Me observó con gesto agresivo.

—Te crees un tío duro, ¿verdad?

Miré hacia Murphy.

—¿Debo responder a eso o me limito a darle una patada en las pelotas?

—Una imagen vale más que mil palabras —dijo Murphy.

—Cierto.

Me volví hacia Atador y eché el pie atrás.

—¡Condenación! —vociferó él—. Hay una jodida cámara vigilando todo lo que haces. ¿Crees que no te van a empapelar por esto?

Un intercomunicador cercano a la cámara hizo un clic y soltó un zumbido.

—Tiene razón —dijo la voz de Rawlins—. No lo veo bien del todo desde aquí. Muévelo medio metro a la izquierda y dame treinta segundos antes de empezar con sus pelotas. Voy a hacer palomitas.

—Claro —dije a la vez que levantaba el pulgar hacia la cámara. Lo más probable era que dejase de funcionar si continuaba un tiempo en la habitación, pero ya habíamos conseguido lo que queríamos.

Me senté en el borde de la mesa, a más o menos medio metro de Atador, y muy a propósito extendí la mano para coger el bocata. Le di un mordisco y mastiqué, pensativo.

—Mmm —dije. Miré a Murphy—. ¿Qué clase de queso es este?

—Gouda.

—La carne sabe genial también.

—*Teriyaki* —dijo Murph sin dejar de observar a Atador.

—Sí que tenía hambre —le dije con una voz que rebosaba sinceridad—. No he comido desde por lo menos esta mañana. Esto es excelente.

Atador murmuraba palabras turbias por lo bajo.

—... maldito bastardo tocachuevos... —fue lo único que pillé.

Me comí la mitad del bocadillo y lo puse de nuevo en la mesa. Lamí un poco de salsa que se me había quedado en un dedo y volví la vista hacia Atador.

—Vale, tipo duro —le dije—, los polis no pueden retenerte. Eso deja a la sargento, aquí presente, con solo un par de opciones. O te deja ir...

Murphy soltó un gruñido bajo. Era casi tan impresionante como el normal.

—Detesta esa idea. —Me bajé de la mesa y me puse en cuclillas junto a Atador—. O lo hacemos de la otra manera.

Entrecerró los ojos.

—¿Vas a matarme? ¿Es eso?

—Y nadie te echará de menos —respondí.

—Vas de farol —soltó Atador—. Ella es una jodida poli.

—Sí —dije—. Piensa en eso un momento. ¿Crees que una detective de policía no podría encontrar la manera de hacerte desaparecer sin que nadie se entere?

Pasó la mirada del uno al otro. Su máscara de frialdad no flaqueó.

—¿Qué queréis?

—A tu jefe —contesté—. Dame eso y te largas.

Me miró durante medio minuto.

—Levanta mi silla —dijo entonces.

Puse cara de fastidio y lo hice. Pesaba.

—Por todos los demonios, Atador, como me hernie no hay trato.

Se volvió hacia Murphy y agitó las esposas.

Murphy bostezó.

—Condenación —refunfuñó él—. Solo una. No he comido nada desde ayer.

Resoplé.

—Me parece a mí que no corres peligro inmediato de morir de hambre.

—Si quieres que coopere —escupió—, vas a tener que poner un poco de tu parte.

Dame el maldito bocadillo.

Murphy cogió la llave de las esposas y me la lanzó. Le solté la muñeca izquierda. Atador agarró enseguida el bocadillo y comenzó a devorarlo.

—Vale —dije, pasado un rato—. Habla.

—¿Qué? —preguntó con la boca llena de comida—. ¿Ni un refresco?

Le arrebaté de las manos los dos o tres bocados que le quedaban con mala cara.

Atador me observó, imperturbable. Se lamió a fondo los dedos, se sacó un poco de lechuga de entre los dientes y se la comió.

—De acuerdo entonces —dijo—. ¿Quieres la verdad?

—Sí —respondí.

Se inclinó un poco hacia mí y me apuntó con un dedo.

—La verdad es que no vas a matar a nadie, tío duro. Ni tú ni la rubia. Y si tratáis de retenerme, traeré aquí todo tipo de cosas horribles. —Se echó atrás en la silla, de nuevo con aquella expresión petulante—. Así que lo mejor será que dejes de malgastar mi valioso tiempo y me sueltes. Esa es la verdad.

Volví la cabeza hacia Murphy con el ceño fruncido.

Ella se levantó, caminó alrededor de la mesa y agarró a Atador de los pelos casi rapados de su cabeza. No había demasiado de donde agarrar, pero aun así empujó la cabeza casi hasta la mesa. Después me cogió la llave, le quitó las esposas de la otra muñeca y lo soltó.

—Vete —dijo, tranquila.

Atador se levantó despacio y se estiró la ropa. Miró de reojo a Murphy y le guiñó un ojo.

—Soy un profesional. Nada de esto es personal, amor. Quizá la próxima vez podamos dejar los negocios a un lado y dedicarnos al placer —dijo.

—Quizá la próxima vez te rompa el cuello si te resistes al arresto —contestó Murphy—. Fuera.

Atador le sonrió con suficiencia, luego me sonrió a mí y salió con toda parsimonia de la habitación.

—¿Y bien? —pregunté.

Ella se volvió y extendió la mano. Había varios pelos cortos entre sus dedos, algunos oscuros y otros grises.

—Los tengo.

Le sonreí, cogí los pelos y los deposité en un sobre blanco que había sacado de la mesa de Rawlins.

—Dame un minuto y estará listo.

—Unga, unga —dijo Rawlins a través del altavoz de intercomunicación—. Me gusta este canal.

—Es una manera estupenda de perseguir al malo —dijo Murphy media hora más tarde. Me dedicó una mirada mordaz desde la silla de su escritorio—. Sentarse aquí sin hacer nada.

Yo estaba sentado en otra silla junto a ella, con la palma de la mano extendida hacia abajo delante de mí y sosteniendo un pedazo de cordel de cuero que terminaba en un sencillo cristal de cuarzo rodeado por un alambre de cobre. Se me estaba cansando el brazo y me lo sujetaba con la otra mano. El cristal no colgaba como si fuese una plomada. Se inclinaba un poco hacia un lado, como si una corriente de aire silenciosa lo levantara de forma constante.

—Paciencia —dije—. Puede que Atador no sea un lumbreras, pero lleva metido en estos asuntos un par de décadas. Sabe por qué lo agarraste del pelo. Ha aprendido a librarse de este tipo de cosas.

Murphy me lanzó otra mirada nada divertida. Después se volvió hacia Rawlins, que estaba sentado en su propio escritorio. Las mesas estaban la una junto a la otra, de manera que se encontraban frente a frente.

—No me mires a mí —dijo sin levantar la vista de su sudoku—. Ya no corro tan rápido como solía. Me acostumbraría rápido a perseguir a los malos así.

El cristal cayó de forma abrupta y empezó a balancearse hacia atrás y hacia delante.

—¡Ah! Vale, ya. ¿Veis? —exclamé. Les dejé que mirasen un momento y luego bajé el brazo. Me froté los músculos doloridos—. ¿Qué os dije? Se lo ha quitado de encima.

—Pues perfecto —comentó Murphy—. Ahora no tenemos ni idea de dónde está.

Me guardé el cristal de cuarzo en el bolsillo y cogí el teléfono de su mesa.

—Todavía —dije. Marqué a base de dedazos un número y descubrí que tenía que marcar el nueve para llamar al exterior. Empecé de nuevo, añadí un nueve al principio del número y sonó el tono.

—Graver —contestó Vince.

—Soy Dresden —dije—. Dime qué ha hecho hace treinta segundos.

—Ten paciencia —respondió Vince, y me colgó.

Me quedé parpadeando ante el teléfono.

Murphy me miró y sonrió.



—Me encanta cuando no conozco parte del plan y el tipo que sí lo conoce se muestra todo creído y críptico —dijo—. ¿A ti no?

La fulminé con la vista y colgué el teléfono.

—Volverá a llamar.

—¿Quién?

—El detective privado que está siguiendo a Atador —dijo—. Un tipo llamado Vince Graver.

Murphy levantó las cejas.

—Estás de broma.

Rawlins soltó una risita sin dejar de trabajar en su sudoku.

—¿Qué? —dijo, pasando la mirada de uno a otro.

—Era poli de antivicio en Joliet hace un par de años —dijo Murphy—. Se dio cuenta de que alguien estaba dando palizas a algunas de las prostitutas de la zona. Lo investigó. Desde arriba le dijeron que lo dejase, pero él fue y detuvo a un concejal de la ciudad de Chicago al que le gustaba golpear a sus mujeres como juego preliminar. ¿Cómo se llamaba?

—Dornan —apuntó Rawlins.

—Cierto, Ricardo Dornan —dijo Murphy.

—Vaya —dije yo—. Hay que echarle valor.

—Claro que sí —dijo Rawlins—. Y ser estúpido.

—Es una línea muy fina —dijo Murphy—. De todos modos, aquello molestó a algunas personas. Lo siguiente que le comunicaron fue que se presentaba voluntario para ser transferido al Departamento de Policía de Chicago.

—Tres intentos para que adivines dónde —dijo Rawlins.

—Así que renunció —dijo Murphy.

—Sí —añadió Rawlins—, sin darnos siquiera la oportunidad de conocerlo.

Murphy negó con la cabeza.

—Se pasó al sector privado. He ahí un tipo al que le van las cosas duras.

Rawlins sonrió.

—Conduce un Mercedes —dijo—. También tiene casa propia.

Rawlins soltó su lápiz y los dos me miraron.

Me encogí de hombros.

—Solo lo digo. Le debe de estar yendo bien.

—Auch —dijo Rawlins. Cogió el lápiz y volvió a su sudoku—. La justicia no existe.

Murphy gruñó con pericia casi masculina.

Pasados un par de minutos, sonó el teléfono. Murphy respondió y me lo pasó.

—Tu amigo está zumbado —dijo Vince.

—Lo sé —contesté—. ¿Qué está haciendo?

—Ha cogido un taxi para ir a un motel en la autopista al norte de la ciudad —dijo Vince—. Ha parado en una tienda por el camino. Después ha entrado en su

habitación, se ha afeitado la cabeza, ha salido a la calle en calzoncillos y se ha tirado al maldito río. Luego ha vuelto dentro a darse una ducha...

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté.

—Me colé en su habitación mientras lo hacía —respondió Vince—. Tal vez podrías ahorrarte las preguntas hasta el final de la presentación.

—Me cuesta imaginar por qué no encajaste en la policía —dije.

Vince ignoró el comentario.

—Se ha dado una ducha y ha llamado a otro taxi.

—Dime que has seguido al taxi.

—Dime que tu cheque tiene fondos.

—Soy de fiar.

—Sí, estoy siguiendo al taxi ahora mismo —dijo—. Pero no hacía falta. Se dirige al Hotel Sax.

—¿Quién eres, el Increíble Kreskin, el mentalista?

—Lo he escuchado en la radio del taxista —respondió—. Tiempo de llegada aproximado, dieciocho minutos.

—¿Dieciocho? —pregunté.

—Generalmente suele rondar entre diecisiete y diecinueve —dijo—. No te puedo garantizar que no vaya a perderlo en el hotel, sobre todo si se da cuenta de que lo sigo. Demasiadas maneras de salir.

—Tomaré el relevo desde ahí. No te acerques a él, tío. Si sospechas que se está fijando en ti, echa a correr. El tipo es peligroso.

—Sí —dijo Vince—. Diablos, tengo suerte de no haberme mojado todavía los pantalones.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Eres un encanto. Diecisiete minutos.

—Allí estaré.

—Con mi cheque. Mi mínimo son dos días. Lo sabes, ¿verdad?

—Bien, bien —dije—. Allí estaré.

—¿Qué tenemos? —me preguntó Murphy cuando colgué el teléfono.

—Atador cree que se ha librado de mí —contesté—. Se dirige a una reunión en el Hotel Sax.

Se levantó de la silla y cogió las llaves de su coche.

—¿Cómo sabes que es una reunión?

—Porque le han hecho ir hasta el hotel. Si estuviera solo aquí, en estos momentos ya estaría huyendo de la ciudad. —Afirmé con la cabeza—. Está volviendo con quien lo contrató.

—¿Y quién es? —preguntó Murphy.

—Vamos a averiguarlo.

El Sax es un buen ejemplo de los hoteles de su estilo ubicados en lo más vivo del corazón de Chicago. Se encuentra en Dearborn, justo frente al famoso local House of Blues, y si miras para arriba cuando estás delante del edificio, parece como si hubiesen colocado una de esas lentes de ojo de pez en el cielo. Los edificios se estiran hacia arriba y arriba y más arriba aún en ángulos que parecen geoméricamente imposibles.

Muchas zonas similares de Chicago tienen calles más amplias que las que encuentras en otras metrópolis, lo que las hace un poco menos claustrofóbicas, pero en el exterior del Sax apenas había tres carriles estrechos, de acera a acera. Cuando Murphy y yo nos acercamos, miré a lo alto y me sentí como una hormiga que caminase por el fondo de una grieta de la acera.

—Molesta, ¿verdad? —preguntó Murphy.

Pasamos bajo una farola. Por un breve momento, nuestras sombras fueron igual de largas.

—¿El qué?

—Que esas cosas grandes estén ahí cerniéndose sobre ti.

—No diría que me molesta —comenté—. Solo me hace... consciente de que existen.

Murph mantenía la vista con serenidad hacia delante mientras andábamos.

—Bienvenido a mi vida.

La miré y me eché a reír entre dientes.

Accedimos al vestíbulo del hotel, un lugar abarrotado de vidrio y pintura blanca con ricos contrastes en rojo. Teniendo en cuenta lo tarde que era, no me sorprendió que hubiese solo un miembro del personal a la vista: una mujer joven detrás de uno de los mostradores de mampara de cristal. Un huésped leía una revista sentado en una silla cercana y, aunque era la única persona en la sala, me hizo falta un segundo vistazo para darme cuenta de que era Vince.

Vince dejó la revista a un lado y vino con calma hacia nosotros. Sus nada destacables ojos marrones escanearon a Murphy. Le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y me ofreció su mano.

Se la estreché al mismo tiempo que le pasaba un cheque con mi mano izquierda. Lo cogió, le echó un vistazo casual y se lo guardó en un bolsillo.

—Ha tomado el ascensor hasta el piso doce —dijo—. Está en la habitación 1233. Pestañeé.

—¿De dónde demonios has sacado esa información? ¿Has subido con él?

—Buena manera de acabar herido. No, me quedé aquí abajo. —Se encogió de hombros—. Dijiste que era problemático.

—Lo es. ¿Cómo lo hiciste?

Me miró sin expresión alguna.

—Soy bueno en esto. ¿Necesitas saber también en qué silla está sentado?

—No, me basta con eso —dije.

Vince miró otra vez a Murphy, frunció el ceño, me miró a mí, frunció el ceño también.

—Jesús —comentó—, se os ve muy serios.

—Sí —contesté—. Te lo dije, este tipo es peligroso. ¿Hay alguien más con él?

—Una persona —respondió—. Una mujer, creo.

Murphy sonrió de repente.

—¿Cómo diablos sabes eso? —le pregunté a Vince.

—Servicio de habitaciones —dijo Murphy.

Vince le sonrió como una pequeña muestra de aprobación y asintió.

—Cualquier otra persona del piso doce habría podido pedir champán y un par de copas justo dos minutos después de que él saliera del ascensor. Pero, a estas horas de la noche, lo dudo. —Vince me miró de reojo—. No añadiré a mi factura el billete con el que soborné al conserje.

—Muy agradecido —dije.

Se encogió de hombros.

—¿Es todo?

—Sí. Gracias, Vince.

—De nada —dijo—. Siempre y cuando el cheque tenga fondos.

Se despidió de mí inclinando un poco la cabeza, de Murphy igual y salió del hotel.

Ella se volvió hacia mí en cuanto se hubo marchado y sonrió.

—El poderoso Harry Dresden subcontratando a otro detective.

—Esperan de mí que haga magia y todas esas cosas —dije—. Y les di lo que esperaban ver. Atador no se habría imaginado a alguien como Vince.

—Lo que ocurre es que te molestó que utilizaran ese mismo truco contigo —dijo Murphy—. Y te estás vengando.

Resoplé.

—Me gusta pensar que es un acto de equilibrio.

—Eso hace que suene más noble —dijo—. Es obvio que no podemos subir sin más y arrastrarlos a cualquier otro lado para interrogarlos. ¿Cuál es el plan?

—Obtener más información —dije—. Voy a escuchar a escondidas para ver de qué hablan.

Murphy hizo un gesto afirmativo mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—A la seguridad del hotel no le va a gustar verte merodeando por los pasillos. Iré a hablar con ellos.

Asentí.

—Estaré en el piso doce.

—No te lées a patadas con ninguna puerta sin nadie que te cubra las espaldas —

me advirtió.

—No me liaré a patadas en absoluto —dije—. No hasta que sepa lo suficiente como para darlas donde duele de verdad.

Subí al piso doce, salí del ascensor y saqué del bolsillo de mi guardapolvo un bote de serpentina en espray. Lo fui agitando mientras avanzaba por el corredor hasta que encontré la habitación 1233. Entonces, sin más preámbulos, rocié la puerta con un poco. La serpentina reptó con alegría por el aire y se quedó pegada en la madera.

Caminé de vuelta por el pasillo hasta toparme con una puerta que daba a un pequeño cuarto que contenía un dispensador de hielo y un par de máquinas expendedoras. Me senté, tracé un círculo rápido en el suelo de baldosas con un rotulador no permanente y me puse a trabajar.

Cerré el círculo con un esfuerzo de voluntad, y de golpe se alzó a mi alrededor como una pantalla invisible. No era lo que viene a decirse una creación mágica muy potente, pero un círculo así de rápido sirve a la perfección para aislar las energías del exterior y permitirme concentrar las mías. Así podía moldearlas con un fin específico sin que hubiese interferencias. Cogí el bote de serpentina y rocié un poco en la palma de mi mano izquierda para que formase un montoncito, como si fuera espuma de afeitar. Después dejé el bote en el suelo, extendí frente a mí la mano con el montoncito, cerré los ojos y concentré mi voluntad.

Usar la magia consiste en crear conexiones. Antes había utilizado los pelos de Atador para crear un vínculo con él y lo había usado para un hechizo de seguimiento. Podría haber hecho muchas cosas con aquella conexión, incluyendo algunas muy desagradables y peligrosas. Las había visto alguna vez, en general conmigo como receptor.

En esta ocasión estaba creando un vínculo entre la serpentina de mi mano y la que había pegada en la puerta al final del pasillo. Las dos provenían del mismo bote y habían formado parte de una masa de líquido concreta cuando habían sido envasadas. Eso significaba que podría aprovecharme de esa semejanza y crear una conexión entre ellas.

Enfoqué mi voluntad en el resultado que deseaba, la concentré toda y la liberé con un murmullo.

—*Finiculus sonitus* —dije.

Alargué la mano y borré una parte del círculo que había dibujado para romperlo. Al instante comencé a sentir un zumbido que vibraba en la palma de mi mano izquierda.

Ladeé la cabeza hacia la derecha y me estampé el puñado de serpentina en el oído contrario.

—No intentéis esto en casa, amigos —murmuré—. Yo soy un profesional.

Lo primero que escuché fue una música frenética, hiperactiva. Un cantante gritaba sin seguir melodía alguna, la batería sonaba como si la aporreasen y alguien estaba o bien tocando la guitarra eléctrica o bien sumergiendo muy despacio en aceite

hirviendo a un gato con laringitis. Ninguno de los supuestos músicos parecía estar prestando atención a nada de lo que hacía el resto de la banda.

—Cristo —dijo la voz de Atador con su marcado acento—, esta basura ni siquiera se puede bailar.

Sonó una risa grave y femenina, y a continuación la voz de Madeline Raith murmuró, animada:

—Esta música no trata sobre habilidad o precisión, querido mío. Trata sobre hambre y pasión. Y yo podría bailarla y hacer que se te salieran los ojos de las órbitas.

—No soy «tu querido» —dijo Atador, irritado—. Qué pelotas, no soy nada tuyo salvo tu empleado.

—Si yo fuese tú, no estaría tan segura de querer enfatizar eso, Atador —comentó Madeline—. Como mercenario has resultado una dolorosa decepción.

—Te dije cuando empezamos con esto que si aparecía alguien del Consejo Blanco, no podía prometerme nada —le espetó con voz molesta—. Y, mira por dónde, ¿qué ha pasado? Ese lunático cargante de Harry Dresden se presenta con refuerzos y, por si fuera poco, con el apoyo de las autoridades locales.

—Me estoy hartando tanto de esto... —dijo Madeline—. No es más que un hombre.

—Un jodido miembro del jodido Consejo Blanco —contraatacó Atador—. Ten en cuenta que alguien como él puede hacer todo lo que hago yo y considerablemente más. Incluso la gente del jodido Consejo se pone nerviosa con ese tipo.

—Bien, pues yo estoy cansada de él —escupió Madeline—. ¿Has averiguado dónde tiene escondido a Morgan?

—Tal vez no me hayas oído, amor, pero me he pasado el día esposado a una silla y recibiendo sopapos en la boca.

Madeline se rio. Era un sonido burlón y frío.

—Hay sitios donde tendrías que pagar por eso.

—Ni de jodida broma.

—¿Encontraste a Morgan?

Atador refunfuñó.

—Dresden lo tuvo oculto un tiempo en un almacén de alquiler, pero lo sacó antes de que los policías pudiesen pillarlo. Es probable que se lo llevara al Nuncamás. Podría estar en cualquier parte.

—No si Dresden está de vuelta en Chicago —dijo Madeline—. Nunca se alejaría tanto de Morgan.

—Entonces comprueba su jodido apartamento —dijo Atador.

—No seas estúpido —dijo Madeline—. Ese sería el primer lugar donde cualquiera empezaría a buscar. No es idiota del todo.

Claro. No lo era. Ejem.

Atador se echó a reír.

—Tú eres la pasta, Raith. La pasta nunca se entera de nada.

La voz de Madeline sonó irascible.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no todo el mundo tiene una jodida colección de mansiones repartidas por el mundo en las que vive, coches de repuesto que nunca conduce o dinero suficiente como para que no le importe tirar doscientos jodidos dólares en una botella de champán de servicio de habitaciones que en realidad no vale más de cuarenta.

—¿Y qué?

—Que Dresden es un jodido niño para los estándares del Consejo. Vive en ese pequeño agujero de mierda. Y encima paga una oficina para su negocio. No ha tenido un siglo o dos de intereses compuestos para engordar sus cuentas, ¿verdad? ¿O sí? Y cuando se ha buscado un refugio de emergencia, ¿se ha comprado un apartamento amueblado en otra ciudad? No. Va y se alquila una pequeña unidad de almacenamiento cutre y la llena de materiales de acampada.

—De acuerdo —dijo Madeline en un tono ahora impaciente—. Supongamos que tienes razón. Supongamos que esconde a Morgan en su apartamento. No lo habrá dejado allí sin protección.

—Por supuesto que no —respondió Atador—. Tendrá montado un jodido campo de minas mágico alrededor del lugar. También podría tener algunos guardianes conjurados o algo así.

—¿Podrías atravesar todo eso?

—Dame tiempo y déjame reunir a bastantes de mis chavales y sí, podría —dijo—. Pero no sería ni rápido, ni silencioso ni limpio. Hay una manera más simple.

—¿Cuál es?

—Quemar el jodido edificio hasta los cimientos —respondió de inmediato Atador—. El apartamento solo tiene una puerta. Si Morgan sale a gatas de dentro, lo cazamos. Si no, recogemos sus huesos después de que las cenizas se enfríen. Identifícalo con registros dentales o algo así y reclama la recompensa.

Se me revolvió el estómago. Atador era demasiado perspicaz como para que me sintiese cómodo. Puede que el tipo no destacara por su inteligencia, pero pensaba con más astucia que muchos. El plan que había descrito era sin duda la mejor manera de atacar mi apartamento, incluso con los conjuros defensivos. Es más, yo sabía que era capaz de llevarlo a cabo de verdad. Mataría de paso a los ancianos que tenía de vecinos, los otros habitantes del edificio, pero eso no frenaría a alguien como él ni una fracción de segundo.

—No —dijo Madeline después de un momento tenso de silencio—. Tengo instrucciones. Si no lo podemos atrapar por nuestra cuenta, al menos hemos de hacer que los centinelas lo encuentren.

—Los centinelas ya lo han encontrado —se quejó Atador—. Dresden es un jodido centinela. Tu jefe debería haber pagado ya.

Hubo otro silencio profundo, sepulcral. Entonces se escuchó el ronroneo de

Madeline.

—Has sido moderadamente útil para él en el pasado, Atador, pero no pienses que sobrevivirías si le dices lo que debe o no debe hacer. En cuanto te vuelvas más molesto que útil, serás hombre muerto.

—No hay pecado alguno en querer dinero —dijo Atador, hosco—. He cumplido mi parte como para merecerlo.

—No —dijo Madeline—. Has perdido una pelea con un *boy scout* ya crecídito y una mujer mortal de tamaño retaco, has hecho que te encierre la policía, cosa más que ridícula, y has perdido la ocasión de reclamar la recompensa.

Se escuchó el roce de unas sábanas, y unos pasos suaves susurraron sobre la alfombra. Unos segundos después sonó el chasquido de un encendedor. Madeline fumaba.

Atador habló de nuevo, ahora en un tono de voz que indicaba que estaba cambiando el tema de conversación.

—¿Vas a limpiar esto?

—Esa es justo la razón por la que está ahí —dijo Madeline. Dio una calada—. Es parte de la limpieza. Es una lástima que no hayas llegado cinco minutos antes.

—¿Y eso por qué?

—Porque es probable que me hubiese esperado para hacer la llamada.

Me di cuenta de que me inclinaba un poco hacia adelante y contenía la respiración.

—¿Qué llamada? —dijo Atador.

—A los centinelas, por supuesto —respondió Madeline—. Les dije que Morgan estaba en la ciudad y que Dresden lo estaba protegiendo. Deberían de estar aquí en una hora.

Se me abrió la boca hasta el suelo y mi estómago dio una voltereta hacia atrás con pirueta y cuádruple axel.

Oh, mierda.



Murphy se quedó mirando el Rolls.

—Estás de broma —dijo.

Habíamos llegado al Sax en coches distintos y ella no había visto el que conducía. Yo había aparcado más cerca del hotel, así que íbamos a subirnos al Silver Wraith.

—Es un vehículo de sustitución —contesté—. Entra.

—No soy una chica materialista —dijo mientras pasaba una mano por el guardabarros del Rolls—, pero... maldita sea...

—Ey, ¿podemos concentrarnos un poco? —le dije—. El mundo se está acabando.

Murphy sacudió la cabeza y se metió en el coche conmigo.

—Bueno, al menos tú vas a abandonarlo con estilo.

Puse el Rolls en movimiento. El coche atrajo un montón de miradas, incluso en la oscuridad de la noche, y los otros conductores que circulaban por allí tan tarde mantuvieron una distancia generosa, como si la obra de arte que era el Wraith los intimidase.

—La verdad —dije—, me estoy dando cuenta de que, desde un punto de vista irracional, el Rolls me está resultando reconfortante.

Murphy me miró de soslayo.

—¿Y eso por qué?

—Sé cómo voy a morir, ¿sabes? Un día de estos, tal vez muy pronto, me daré cuenta de que me he metido en más cosas de las que soy capaz de manejar. —Hice una pausa para tragar saliva—. Es decir, no puedo evitar meter la nariz donde no me llaman. Siempre creí que sería el Consejo el que me daría boleto, sin que importase quién pensara qué sobre mí. Todo porque hay un montón de capullos ahí y yo no puedo dejar que hagan lo que les dé la gana y fingir que solo son unos aristócratas excéntricos.

La expresión de Murphy se volvió más seria. Escuchó en silencio.

—Ahora el Consejo viene de camino. Y tienen buenas razones para eliminarme. O eso les parece a ellos, lo cual es lo mismo. —Tragué saliva de nuevo. Sentía la boca seca—. Sin embargo..., de alguna manera, tengo la sensación de que, cuando me vaya..., no lo haré con estilo. —Señalé el Rolls con un movimiento vago de la mano—. Este no es el coche que conduzco hacia mi muerte, ¿entiendes?

Murphy sonrió de lado, aunque su sonrisa la transmitió sobre todo con la mirada. Tomó mi mano entre las suyas y la apretó. Estaban muy calientes. Tal vez tan solo era que la mía estaba helada.

—Tienes razón, por supuesto, Harry.

—¿Eso crees?

—Claro —respondió—. Este coche no eres tú. Tú morirás en una chatarra mal pintada y reciclada de forma espantosa que sigue funcionando a pesar de las leyes de

la física que dicen que a estas alturas debería ser ya piezas de desguace.

—Menos mal —dije—. Creía que era el único que pensaba eso.

Cerró sus dedos sobre los míos durante un momento. Yo también lo hice.

El Consejo venía.

Y no había nada que pudiera hacer para luchar contra ellos.

Claro, por supuesto que podría meterle a alguno el dedo en la nariz y salir corriendo. Pero me alcanzarían tarde o temprano. Serían más, algunos igual de fuertes que yo, y todos ellos peligrosos. Podría aguantar un día, o una semana o dos, pero tendría que dormir tarde o temprano. Me desgastarían.

Y eso me fastidiaba. Me exasperaba mi impotencia ante todo este estúpido asunto.

No es que no me quedaran otras opciones. Por ejemplo, Mab aún tenía una oferta de trabajo para mí. Y era más que posible que Lara Raith contara con recursos para protegerme, o al menos para ofrecerme un acuerdo mejor que el del Consejo. Cuando pensé en lo injusto que era todo, me entraron ganas de aferrarme a cualquier opción desesperada hasta que más tarde pudiese arreglar las cosas.

Dicho así, casi sonaba razonable. Noble incluso. Después de todo, estaría protegiendo a víctimas que eran perseguidas de forma injusta por el Consejo, víctimas que ensuciaban el hipotético panorama futuro. No sonaba como si estuviera aceptando tratos que fuesen en contra de todo en lo que creía para así someter a quienes me amenazaban.

Yo era consciente de la verdad. Pero que fuese la verdad no la volvía menos tentadora.

¿Qué demonios iba a hacer? Tenía un escondite, pero ya había sido comprometido. No había ningún lugar al menos un poco seguro al que pudiera llevar a Morgan excepto mi apartamento, y allí los centinelas iban a encontrarlo. Y, además de todo eso, aún no tenía ni la más mínima idea de la identidad de nuestro misterioso titiritero.

Quizá era hora de admitirlo.

Esto era demasiado grande para mí. Lo había sido desde el principio.

—Murph —dije en voz baja—, no sé cómo voy a salir de esta.

El silencio inundó aquel hermoso coche clásico.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —preguntó. Tuve que apartar mi mano de la suya para manejar el embrague. Señalé con un gesto mi cabeza vendada—. Apenas puedo recordar qué día de la semana es. Esta mañana, un par de horas, creo.

Ella, con mucha sensatez, asintió.

—¿Sabes cuál es tu problema?

La miré y me eché a reír. O por lo menos resoplé, divertido. No pude evitarlo.

—El problema, en singular —dije, riendo—. No, ¿cuál?

—Te gusta actuar como si fueses el factor de caos impredecible en cualquier situación, pero al final te obsesionas con ordenarlo todo de la manera en que tú

quieres.

—¿Has visto mi laboratorio?

—Otra vez haciendo comentarios en momentos inapropiados —dijo—. Hablo en serio, Harry.

—Sé de algunas personas que no estarían de acuerdo contigo. Igual que el como se llame ese, Peabody.

—¿Es del Consejo?

—Sí. Dice que no tengo cabida en su bastión del orden.

Sonrió.

—El problema es que tu bastión del orden es algo con lo que es difícil coexistir.

—No tengo bastiones. Soy un «sin bastión».

—Ja —dijo Murphy—. Te gusta siempre el mismo coche, el mismo apartamento y el mismo restaurante. Te gusta no tener que responder ante nadie y elegir los trabajos que te dicta tu conciencia, sin preocuparte de las complicaciones que conllevan. Pasas el rato bastante feliz sin apenas riquezas materiales, sigues tus instintos y maldito sea el que te diga lo contrario. Ese es tu orden.

La miré.

—¿Debería ser de otra manera?

Puso los ojos en blanco.

—No tengo nada más que añadir.

—¿Y por qué eso es un problema para mí?

—Nunca has comprometido tu orden por nadie, que es por lo que vuelves locos a los centinelas. Ellos tienen procedimientos, tienen formularios, tienen informes... y tú los ignoras a menos que alguien te retuerza el brazo para obligarte. ¿Estoy en lo cierto?

—Todavía no veo que eso sea un problema.

Bajó la ventanilla del lado del pasajero y dejó una mano colgando por fuera.

—Es un problema porque nunca has aprendido a ajustarte al orden de nadie —dijo—. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de la fuerza tan increíble que tienes de tu lado.

—¿El Equipo A?

—La burocracia —dijo Murphy.

—Prefiero al Equipo A.

—Escucha y aprende, anarquista —dijo Murphy—. Los centinelas son una organización, ¿cierto?

—Sí.

—De muchos miembros.

—Casi trescientos y creciendo —contesté.

—¿Muchos miembros que tienen muchas obligaciones, que viven en zonas distintas, que hablan en idiomas diferentes, pero que deben comunicarse y trabajar juntos de alguna manera?

—Sí.

—Ahí lo tienes —dijo Murphy—. Burocracia. Organización para combatir la entropía que inhibe de forma natural ese tipo de esfuerzos para cooperar.

—¿Vas a hacerme un examen después o...?

Me ignoró.

—Las burocracias comparten rasgos comunes —siguió—. Creo que tienes más margen de movimiento del que crees. Si no estuvieras cansado, dolorido y no fueses una odiosa mosca en la sopa del orden de cualquiera que no seas tú mismo, lo verías.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es eso?

—¿Crees que Madeline Raith llamó al Consejo Blanco desde el teléfono de su casa, se identificó y simplemente les dijo que estabas ayudando a Morgan? —Murphy negó con la cabeza—. «Hola, soy el enemigo. Déjame ayudarte por ninguna razón en particular».

Me mordisqueé el labio, pensativo.

—Con toda probabilidad —dije—, los centinelas habrían supuesto que estaba tratando de hacerles malgastar efectivos en una situación en la que la disponibilidad de personal es crítica.

Murphy asintió.

—Y, aunque acabarían investigándolo, en realidad nunca lo creerían y le asignarían directamente la prioridad más baja en su lista.

—Así pues, lo que hizo fue una llamada anónima. ¿Y...?

—¿Y cuántas llamadas crees que han recibido los centinelas? —preguntó Murphy—. A la policía le ocurre lo mismo. Hay un crimen de esos que llaman la atención y tenemos a una docena de zumbados diciendo que fueron ellos o convencidos de que fue un vecino, a otra docena de idiotas que quieren meter a su vecino en problemas y a tres docenas más de personas bien intencionadas que en realidad no tienen ninguna pista pero que creen que están ayudando.

Le di vueltas a aquella idea. Murphy no iba desencaminada. Existían un montón de organizaciones y solo Dios sabía cuántas personas querrían quedar bien ante los centinelas, impresionarlos o tan solo buscar una excusa para tratar con ellos. Era probable que Murph tuviera razón. Era probable que estuviesen desbordados por avisos de todas partes del mundo.

—Investigarán la llamada —dijo—, pero estoy dispuesta a apostarte el dinero que quieras a que, según los efectivos de los que dispongan, eso no va a suceder hasta después de varias horas de que el aviso llegue a manos de los tipos que están manejando este asunto. Y, con un poco de suerte, dados los problemas del Consejo con la tecnología y la comunicación, eso también llevará su tiempo.

Reflexioné.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Me puso la mano en el brazo y apretó.

—Te estoy diciendo que no te rindas todavía. Aún tienes algo de tiempo.

Volví la cabeza y estudié su rostro.

—¿En serio? —le pregunté en voz baja.

Ella asintió.

—Sí.

Al igual que «amor», «fe» es una de esas palabras de tamaño ridículamente desproporcionado que con todo derecho deberían ser mucho más largas.

Coloqué bien mis manos en el volante del Rolls.

—¿Murph?

—¿Hmm?

—Maldita sea, eres toda una dama.

—Cerdo machista —dijo. Sonrió en dirección al parabrisas—. No me obligues a hacerte daño.

—Sí —respondí—. No sería propio de una dama.

Negó con la cabeza. Nos estábamos acercando a mi apartamento.

—Si quieres —dijo—, llévalo a mi casa. Puedes esconderlo allí.

No llegué a sonreír, pero sus palabras me dieron ganas de hacerlo.

—Esta vez no. Los centinelas saben dónde vives, ¿recuerdas? Si empiezan a investigarme a fondo...

—Me investigarán a mí también —dijo Murphy—. Pero no puedes tenerlo en tu apartamento.

—Lo sé. Y también sé que no puedo meter a nadie más en este grup... en este lío.

—Tiene que haber algún sitio —dijo—. Un lugar tranquilo. Y no muy conocido. Y lejos de las multitudes. —Hizo una pausa—. Y donde puedas protegerlo de la magia de seguimiento. Y donde tengas ventaja si la cosa acaba en pelea.

No dije nada.

—Está bien —continuó Murphy—. Supongo que quizá no existan lugares así por aquí.

Levanté la vista de golpe.

—¡Por todos los demonios! —Resoplé. Mis labios empezaron a sonreír por sí solos—. ¡Quizá sí existan!

Entré por la puerta de mi apartamento, eché un vistazo al lugar, iluminado por unas cuantas velas, y grité:

—¡Por todos los demonios! ¿Qué pasa con vosotros, gente?

Morgan estaba apoyado contra la pared de la chimenea, y había manchas recientes de sangre en sus vendas. Sus ojos estaban solo medio abiertos. Una de sus manos reposaba en el suelo cerca de su cuerpo, con los dedos cerrados. Bajo ella había una diminuta pistola semiautomática. No era mía. No tenía ni idea de dónde la había estado escondiendo.

Molly estaba en el suelo delante del sofá, con Ratón literalmente sentado sobre su espalda. Inspiraba y espiraba con fuerza, y hacía que el perrazo subiera y bajara un poco con cada respiración.

Luccio seguía donde la había dejado, tendida boca arriba en el sofá con los ojos cerrados, sin duda aún inconsciente. Ratón tenía una de sus patas apoyada con suavidad sobre su esternón. Dada su reciente herida, era obvio que necesitaría solo una ligera presión sobre ella. El dolor la inmovilizaría si despertaba.

El aire olía a pólvora. El pelaje de la pata delantera izquierda de Ratón estaba apelmazado por la sangre.

Cuando lo vi, me tiré hacia Morgan hecho una furia, y si Murphy no hubiera dado un paso adelante y me hubiese agarrado el brazo con las dos manos, me habría puesto a patearle la cabeza contra la pared. En su lugar, decidí patear el arma. Si me llevaba por delante un par de dedos, no me preocupaba mucho en aquel momento.

Morgan me observaba con ojos apagados, apenas consciente.

—Te lo juro —solté con voz ronca—, lo juro por Dios, Morgan, si no te explicas, voy a estrangularte con mis propias manos y luego voy a arrastrar tu cadáver por las pelotas de vuelta a Edimburgo.

—¡Harry! —gritó Murphy. Me di cuenta de que había colocado su cuerpo entre el mío y el de Morgan y de que se apoyaba en mí como un soldado que lucha por izar una bandera.

Morgan enseñó los dientes. Era más un rictus que una sonrisa.

—Tu hechicera —dijo en un tono seco y áspero— estaba tratando de entrar en la mente de la capitana Luccio en contra de su voluntad.

Me lancé hacia delante y Murphy me empujó de nuevo atrás. Yo pesaba el doble, pero ella tenía buen equilibrio y buena concentración.

—¿Así que le disparas a mi perro? —grité.

—Se interpuso —dijo Morgan. Tosió débilmente y cerró los ojos. Su rostro se volvió más mustio—. Nunca pretendí... darle al...

—Lo juro por Dios —solté, enfadado—, se acabó. Hasta aquí hemos llegado. ¿Molly y yo vamos directos al paredón por ti y así es como nos lo pagas? Voy a sacar

tu culo paranoico fuera de mi puerta, te voy a dejar ahí y voy a organizar una porra para ver quién te atrapa primero, si el Consejo Negro, los centinelas o los malditos buitres.

—Ha... Harry —dijo Molly con una voz débil, dolorida y... avergonzada. Fue poco menos que un susurro.

Mi ira se desvaneció de golpe y fue reemplazada por una ola de negación, además de un creciente sentimiento de horror. Me volví despacio para mirar a Molly.

—Tiene razón —jadeó sin mirarme, luchando para hablar bajo el peso de Ratón. Podía oír cómo las lágrimas se reflejaban en su voz según empezaban a caer—. Lo siento. Lo siento mucho, Harry. Tiene razón.

Apoyé los hombros contra la pared y observé a Ratón, que me miraba con ojos graves y doloridos sin moverse de donde estaba, a la vez manteniendo a Molly en el suelo y protegiéndola con su cuerpo.

Metimos a Morgan de nuevo en la cama, y tras eso fui junto a Ratón.

—Vale —le dije—. Muévete.

Solo entonces se bajó de la espalda de Molly. Cojeó pesadamente hacia un lado. Me arrodillé y le examiné la pata. Él agachó las orejas y se apartó de mí.

—No hagas eso. Estate quieto —dije con firmeza.

Ratón suspiró y me miró, desolado, pero me dejó tocarle la pata. Localicé la herida cerca del hombro, donde un bulto duro sobresalía debajo de la piel.

—Levántate —le dije a Molly en tono calmado—. Ve al laboratorio. Trae el botiquín que hay bajo la mesa. Después coge las tijeras pequeñas y una cuchilla nueva del armario de mi baño.

Se levantó despacio.

—Muévete —le dije con voz tranquila, pero firme e inflexible.

Estaba claro que aún se estaba recuperando tras haber estado aplastada contra el suelo, pero aceleró sus pasos y se tambaleó hacia la trampilla de mi laboratorio.

Murphy se arrodilló a mi lado y rascó en las orejas a Ratón, que le dirigió una mirada triste. Tenía en la mano el arma de Morgan.

—Calibre veinticinco. Con lo grande que es Ratón, no habría sido fácil matarlo con esto, ni siquiera a propósito —dijo. Negó con la cabeza—. Ni a Molly, ya puestos.

—¿Y eso significa...? —le pregunté.

—Eso significa que quizá Morgan no pretendía que fuese un ataque letal. Quizá usó un arma tan pequeña por ese motivo.

—Utilizó un arma tan pequeña porque era la única que tenía —dije con voz áspera—. Habría matado a Molly si hubiera podido.

Murphy se quedó callada un rato antes de volver a hablar.

—Ha sido un intento de asesinato.

La observé.

—Quieres arrestarlo —dije.

—No es cuestión de lo que quiera —repuso—. Soy agente de la ley, Harry.

Tuve que pensarlo.

—Tal vez, y digo tal vez, el Consejo respetara eso —comenté en voz baja—. De hecho, estoy seguro de que lo haría. Quedaría en manos del Merlín, y a él nada le gustaría más que ganar algo de tiempo para encontrar la forma de sacar a Morgan de este lío.

—Pero los otros no —dijo ella.

—Madeline y Melenas seguro que no —dije—. Y, con Morgan encerrado en la cárcel, no habría manera de forzar a Melenas a un enfrentamiento que me diese la posibilidad de rescatar a Thomas. —Examiné la herida de Ratón—. O de hacer un intercambio.

—¿Lo harías? —me preguntó.

—¿Morgan? ¿Por Thomas? —Sacudí la cabeza—. Yo... Por todos los demonios, sería un desastre. El Consejo se pondría histérico. Pero...

Pero Thomas era mi hermano. No lo dije. No hacía falta. Murphy asintió.

Molly apareció con las cosas que le había pedido, además de un cuenco y un par de alicates de punta fina. Chica lista. Echó alcohol en el cuenco y empezó a esterilizar la aguja de sutura, el hilo, el bisturí y las pinzas. Sus manos se movían como si supieran lo que estaban haciendo, sin que tuviese que dirigirlas de forma consciente. No debería haberme sorprendido. Lo más probable era que a la hija mayor de Michael y Charity Carpenter le hubiesen enseñado a tratar heridas en cuanto hubo sido lo bastante mayor como para empezar a hacerlo.

—Ratón —le dije a mi perro—, tienes una bala dentro. ¿Sabes lo que es eso? ¿Lo que disparan las armas y duele?

Ratón me miró con incertidumbre. Estaba temblando.

Le puse una mano en la cabeza y le hablé en tono alentador.

—Tenemos que sacártela o podría matarte. Te va a doler, mucho. Pero te prometo que no va a llevarnos demasiado tiempo y que vas a ponerte bien. Yo te protegeré. ¿De acuerdo?

Ratón emitió un ruido muy suave que solo alguien muy grosero habría llamado un gemido. Empujó la cabeza contra mi mano, tembló y entonces, muy despacio, la lamió.

Le sonreí y apoyé mi cabeza en la suya un segundo.

—Todo va a ir bien. Recuéstate, chico.

Lo hizo. Se estiró despacio, echándose con cuidado hacia un lado y con el hombro herido hacia arriba.

—Aquí tienes, Harry —dijo Molly en voz baja, señalando el instrumental.

La miré con expresión dura.

—Vas a encargarte tú.

Ella parpadeó.

—¿Qué? Pero yo... Lo que hice... Yo ni siquiera...



—¿Yo? ¿Yo? Ratón ha recibido un balazo por ti, señorita Carpenter —dije, recalcando cada palabra—. No estaba pensando en sí mismo cuando lo hizo. Estaba poniendo en riesgo su vida para protegerte. Si deseas seguir siendo mi aprendiz, dejarás de comenzar las frases con la palabra «yo» y pagarás el coraje de Ratón calmando su dolor.

Se puso pálida.

—Harry...

La ignoré y me moví para arrodillarme junto a la cabeza de Ratón, manteniéndola sujeta en el suelo con delicadeza a la vez que acariciaba su pelaje espeso.

Mi aprendiz pasó su vista de mí a Murphy, insegura. La sargento le devolvió la mirada con ojos calmados de policía, y Molly apartó los suyos con rapidez. Miró sus propias manos, luego a Ratón y se echó a llorar.

Entonces se levantó, fue al fregadero de la cocina y puso una olla de agua a hervir en el fogón. Se lavó las manos con cuidado hasta los codos. Después regresó con el agua, respiró hondo, se sentó junto al perro herido y cogió el instrumental.

Primero cortó y rasuró la zona alrededor de la herida. Eso provocó que Ratón temblase varias veces. Vi cómo ella misma se encogía con cada gesto de dolor del perro. Sin embargo, sus manos se mantuvieron firmes. Tuvo que ampliar la herida en la propia carne con el bisturí. Ratón chilló de verdad cuando la hoja le cortó, y ella tuvo que cerrar los ojos con fuerza y contar despacio hasta tres antes de seguir. Entonces introdujo las pinzas en la herida, que era poco profunda, y extrajo la bala. Era una cosa diminuta, más pequeña que la uña de mi dedo meñique, un pedacito alargado y deformado de metal brillante. Ratón gimió cuando la sacó.

Luego, Molly limpió de nuevo la zona de la herida usando el agua hervida y el desinfectante. Ratón se encogió y volvió a chillar cuando lo hizo. Era el sonido más agónico que jamás le había oído emitir.

—Lo siento —dijo Molly, parpadeando para contener las lágrimas—. Lo siento.

La herida era lo bastante grande como para necesitar tres puntos de sutura. Molly los cosió tan rápido como pudo, haciendo que Ratón se estremeciera más veces. Entonces volvió a limpiar el lugar y lo tapó con un pedazo de gasa cortada con el tamaño adecuado. La fijó con esparadrapo sobre la piel, afeitada alrededor.

—Ya —dijo en voz baja. Se inclinó y hundió la cara en el grueso collar de pelaje que rodeaba la garganta del perro—. Ya. Vas a estar bien.

Él se movió con mucho cuidado y apretó un poco la cabeza contra la mano de Molly. Su cola azotó varias veces el suelo.

—Murph —dije—, ¿nos perdonas un minuto?

—Claro —respondió en voz baja—. Tengo que hacer una llamada de todos modos. —Asintió en mi dirección y se dirigió con calma a la puerta del apartamento. Hizo a propósito una pausa para cerrar la que comunicaba la sala de estar con mi pequeña habitación, aislando así a Morgan de la charla.

Me senté con Ratón, acariciando con suavidad su cabeza.

—Vale —le dije a Molly—, ¿qué ha pasado?

Se incorporó y me miró. Parecía estar a punto de vomitar. Tenía la nariz húmeda por el llanto.

—Yo... Se me ocurrió, Harry, que... bueno, si el traidor quería que los miembros del Consejo se pelearan entre sí, la mejor manera de hacerlo sería obligar a uno de ellos a hacer algo imperdonable, como tal vez forzar a Morgan a matar al mago LaFortier.

—Yuju —dije—. Nunca se me hubiera ocurrido, aunque soy más viejo y más sabio que tú y llevo en esto la mayor parte de mi vida, mientras que tú entraste en el negocio hace menos de cuatro años.

Se sonrojó.

—Sí, bueno... Entonces pensé que la mejor manera de utilizar ese tipo de influencia no sería hacerlo sobre Morgan —continuó—, sino sobre la gente que iría tras él.

Levanté las cejas.

—Está bien —dije—, en este punto tengo que preguntarte si sabes lo difícil que es manipular la mente y la voluntad de una persona de considerable edad. Se estima que la mayoría de los magos de ochenta o cien años son, en general, más o menos inmunes a ese tipo de manipulaciones burdas.

—Yo no sabía eso —dijo Molly con humildad—. Pero... a lo que me refiero es a algo que no supondría una alteración grave para nadie. No sería evidente. No harías que alguien se convirtiese en un loco furioso y en un asesino. Quiero decir, eso se notaría. En su lugar, solo te asegurarías de... incitar a la gente que persiguiera a Morgan a que fuese un poco más como tú quieres.

Entorné los ojos. Era una forma de pensar interesante.

—¿Como por ejemplo...?

—Bueno... —dijo—, si alguien es irritable por naturaleza y propenso a pelearse, resaltas ese lado de su personalidad. Le das más importancia de la que tendría sin tu intervención. Si alguien tiende a usar maniobras políticas para sacar ventaja de una situación, traes a un primer plano ese rasgo de su carácter. Si alguien está alimentando rencor hacia otra persona, diriges sus pensamientos y sus emociones hacia ahí para que actúe según eso.

Lo medité.

—Es la forma en que yo lo haría —susurró Molly, bajando los ojos.

Observé a la joven a la que había estado enseñando. Cuando miraba a Molly siempre veía su sonrisa, su sentido del humor, su juventud y su alegría. Era la hija de un buen amigo. Conocía a su familia y a menudo era su invitado en su casa. Veía a mi aprendiz, el esfuerzo que hacía por aprender, sus frustraciones y sus triunfos.

Nunca, hasta aquel momento, la había visto como alguien que un día podría convertirse en una persona muy aterradora.

Sonreí con amargura.

¿Quién era yo para lanzar piedras contra nadie?

—Tal vez. Sería endiabladamente difícil de probar —dijo al fin. Molly asintió—. Aunque si esa técnica llegara a utilizarse, habría una persona que sin duda sería un objetivo.

Contemplé a Luccio, aún dormida. Tenía la boca un poco abierta y le caía algo de babilla. Su aspecto era tan ridículo como adorable.

—Sí —dijo Molly—, pero ella nunca me hubiera dejado echar un vistazo. Sabes que no.

—Por una buena razón —dije yo.

Apretó la mandíbula.

—Lo sé.

—Así que pensaste que mirarías mientras todo el mundo estaba inconsciente. Cuando no te podían pillar —dije. Se encogió de hombros—. Te convenciste a ti misma de que estabas haciendo lo correcto. Solo un vistazo, entrar y salir.

Cerró los párpados.

—Yo... Harry, ¿y si no está siendo honesta contigo? ¿Y si todo este tiempo se te ha estado acercando solo porque no confía en ti? ¿Y si es como Morgan, solo que se le da mejor ocultarlo?

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿No? —Me miró a los ojos—. ¿De quién era aprendiz él, Harry? ¿Quién le enseñó a ser como es? ¿A quién idolatraba tanto que se modeló a sí mismo para ser como ella?

Yo tan solo permanecí allí sentado, pensando.

Molly siguió presionando.

—¿De verdad crees que nunca ha sabido cómo te trató Morgan?

Respiré hondo.

—Sí. Así lo creo.

Negó con la cabeza.

—Eres más perspicaz que eso.

—No. No lo soy.

—Pues deberías —dijo con dureza—. Y yo no podía correr el riesgo de que te hiciera caer junto a Morgan. Tenía que saber.

La miré fijamente. Entonces hablé en voz muy baja.

—Siempre me doy cuenta de cuándo estoy tentado de hacer algo que está de verdad muy mal. Empiezo las frases con expresiones del tipo: «Yo nunca jamás haría esto, pero...» o «Sé que esto está mal, pero...». Los peros son una buena pista.

—Harry... —comenzó a decir Molly.

—Has roto una de las Leyes de la Magia, Molly. Con plena consciencia de ello. A pesar de que sabías que te podía costar la vida. A pesar de que sabías que también podía costármela a mí. —Hice un gesto de negación y aparté la vista de ella—. Por todos los demonios, pequeña, elijo confiar en Anastasia Luccio porque es lo que hace

la gente. Uno nunca llega a saber a ciencia cierta lo que alguien piensa sobre ti. Lo que siente de verdad en su interior.

—Pero yo podría...

—No —dije con suavidad—. Ni siquiera la psicomancia lo revela todo. No estamos hechos para saber lo que está pasando ahí dentro. Para eso existe el habla. Para eso existe la confianza.

—Harry, lo sien...

Levanté una mano.

—No te disculpes. Tal vez sea yo el que te ha decepcionado a ti. Tal vez debería haberte enseñado mejor. —Miré hacia otro lado y acaricié la cabeza de Ratón con delicadeza—. En este momento no importa. Algunas personas han muerto porque he tratado de salvar la vida de Morgan. Thomas todavía puede morir. Y ahora, si nos las arreglamos para salvar el culo viejo y arrugado de Morgan, informará de que has violado tu libertad condicional. El Consejo va a matarte. Y a mí.

Se me quedó mirando con impotencia.

—No era mi intención...

—Que te cogieran —terminé de decir con calma—. Dios santo, pequeña, confiaba en ti.

Se echó a llorar con más fuerza aún. Tenía la cara hinchada. Bajó la cabeza.

—Si Morgan cae —le dije—, ni te imaginas la cantidad de problemas que va a haber. Y morirá más gente aún. —Me puse de pie despacio—. Por tanto, voy a hacer todo lo que pueda para salvarlo.

Asintió sin levantar la vista.

—Así pues, tienes que tomar una decisión, pequeño saltamontes. Puedes venir conmigo, sabiendo el coste que tendrá si lo conseguimos, o puedes irte.

—¿Irme? —susurró.

—Irte —dije—. Irte ahora. Echar a correr tan rápido como puedas. Diablos, parece claro que voy a conseguir que me maten de todos modos. Es probable que a Morgan también. En ese caso todo se irá al infierno, pero los centinelas estarán demasiado ocupados como para perseguirte. Entonces podrás ignorar lo que está bien todo cuanto quieras y hacer lo que te dé la gana. Siempre y cuando no te cojan.

Se apretó los brazos contra el estómago. Parecía que estuviera a punto de vomitar entre sollozos.

Le puse una mano en la cabeza.

—O puedes venir conmigo. Puedes hacer algo bueno. Algo que tenga sentido.

Me miró con su rostro joven y adorable desmejorado por la angustia.

—Todo el mundo muere, cariño —le dije en voz muy baja—. Todo el mundo. No hay «si...». Solo hay «cuando...». —Dejé que aquel pensamiento calara en ella—. Cuando mueras, ¿querrás sentirte avergonzada de lo que has hecho mientras vivías? ¿Avergonzada de lo que significó tu vida?

Me miró a los ojos durante un rato largo. Solo su llanto mudo rompía el silencio.

Entonces su cabeza se sacudió con un temblor casi imperceptible.

—Te prometo que estaré a tu lado —le dije—. No puedo prometerte nada más, solo que estaré a tu lado todo el tiempo que pueda.

—Vale —susurró.

Reposó su peso en mí.

Yo apoyé la mano sobre su cabello.

—Se nos acaba el tiempo —le dije entonces en tono amable—. Los centinelas sabrán que Morgan está en Chicago en unas pocas horas como máximo. Puede que ya estén de camino.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué... Qué vamos a hacer?

Respiré hondo.

—Entre otras cosas, voy a intentar una invocación de santuario.

Molly abrió mucho los ojos.

—Pero... dijiste que ese tipo de cosas eran peligrosas. Que solo un tonto se arriesgaría así.

—Acepté ayudar al maldito Donald Morgan cuando se presentó en mi puerta —suspiré—. Encajo en el perfil.

Se enjugó los ojos y la nariz.

—¿Qué hago?

—Coge mi caja de rituales. Métela en el coche al que está abrazada Murphy ahí fuera.

—Vale —dijo. Se dio la vuelta, pero enseguida se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro—. ¿Harry?

—¿Sí?

—Sé que estuvo mal, pero...

Le lancé una mirada dura.

Negó con la cabeza y alzó las manos.

—Escúchame. Sé que fue un error y que no lo pensé demasiado, pero... te lo juro... creo que alguien ha manipulado a la capitana Luccio. Apostaría mi vida.

Ignoré el escalofrío que me recorrió la espina dorsal.

—Puede que eso sea justo lo que has hecho —susurré—. Y la mía también. Ve a por la caja.

Molly se apresuró a obedecer.

Esperé a que saliera para mirar a Ratón. El perrazo se incorporó. Sus ojos parecían muy preocupados. No renqueaba del hombro y sus movimientos no eran para nada desiguales.

A Ratón lo atropelló una vez una furgoneta. Se levantó, corrió detrás y le devolvió el favor. Mi perro Foo era muy duro. Mucho. Dudaba de que hubiese necesitado de verdad atención médica para recuperarse, aunque sí estaba seguro de que ayudaría a acelerar el proceso. Sin embargo, no había tenido claro del todo que la herida no fuese tan grave como parecía.

En otras palabras, el maldito perro nos había engañado tanto a Molly como a mí.

—¿Estabas actuando? —le dije—. ¿Para que Molly se sintiera más culpable?

Su cola se movió hacia atrás y adelante con orgullo.

—Maldita sea —dije, impresionado—, tal vez debería haberte llamado Denzel.

Abrió las mandíbulas en una sonrisa perruna.

—Antes de irme, esta misma noche —le dije—, me interrumpiste cuando estaba buscando la manera de encontrar a Thomas. No había pensado en ello hasta ahora, pero una vez lo ayudaste a él a encontrarme cuando Madrigal Raith me estaba subastando por eBay.

Movió la cola con más fuerza.

—¿Serías capaz de encontrar a Thomas?

—Guau —respondió, y levantó de un salto sus patas delanteras un par de centímetros del suelo.

Asentí despacio, pensando.

—Tengo otra misión para ti. Una que podría ser más importante. ¿Te animas?

Se sacudió el pelaje y caminó despacio hacia la puerta. Entonces se detuvo y giró la cabeza para mirarme.

—Vale, escucha —dije mientras también iba hacia allí—. Las cosas están a punto de ponerse un poco peligrosas.

Contemplé la figura aún inconsciente de Luccio. El estrés de coordinar la búsqueda de Morgan durante quién sabe cuánto tiempo hasta que había aparecido, sumado al dolor por sus lesiones y a los efectos sedantes de los analgésicos que le había administrado, habían hecho que no se moviera en ningún momento. No se había movido cuando se había disparado el arma, ni cuando habíamos estado hablando, ni cuando habíamos tenido que subir entre todos a Morgan por las escaleras para meterlo en el Rolls plateado.

Me aseguré de taptarla con una manta. En cuanto lo hice, Míster bajó de su atalaya en una de las estanterías y se tumbó con languidez sobre sus piernas, ronroneando.

Rasqué las orejas de mi gato.

—Hazle compañía —le dije.

Me lanzó una mirada inescrutable que significaba que tal vez lo hiciese o tal vez no. Míster era un gato, y los gatos, en general, consideran que el universo tiene la obligación de darles cobijo, alimento y diversión a su criterio. Creo que Míster considera que hacer planes de futuro atenta contra su dignidad.

Busqué papel y lápiz, y escribí una nota.

*Anastasia:*

*Se me acaba el tiempo y hay visita que viene de camino. Me dirijo a un lugar donde quizá pueda crear nuevas opciones. Lo entenderás en breve.*

*Siento no llevarte a ti también. En tu estado, serías de poca ayuda. Sé que no te gusta, pero también sabes que tengo razón.*

*Coge cualquier cosa que necesites. Espero que hablemos pronto.*

*Harry.*

Dejé la nota doblada en la mesita, donde la vería cuando se despertara. Me incliné, le di un beso en el cabello y la dejé durmiendo allí, a salvo en mi casa.

Detuve el Rolls en el aparcamiento junto al puerto deportivo. Si nos dábamos prisa, todavía podíamos llegar antes de la hora de las brujas, que era el mejor momento para intentar la invocación. Por supuesto, era probable que realizarlo herido y cansado y sin ningún preparativo previo anulase la ventaja que me podría dar ese momento privilegiado. Pero el tiempo apremiaba, así que no tenía mucho donde elegir.

—Permíteme reiterar —dijo Murphy— que pienso que esto es una mala idea.

—Anotado —dije—. ¿Pero lo harás?

Contempló a través del parabrisas del Rolls la vasta extensión del lago Míchigan, una negrura enorme y simple frente a las luces de Chicago.

—Sí —respondió.

—Si hubiese otra cosa que pudieras hacer, te lo pediría. Lo juro.

—Lo sé —dijo—. Tan solo me molesta no poder aportar nada más.

—Bueno, si te sirve de consuelo, tú también vas a correr peligro. Alguien podría

aparecer para tratar de usarte en mi contra. Y si en el Consejo se corre la voz de lo mucho que sabes, van a cabrearse bastante.

Mostró una ligera sonrisa.

—Sí, gracias. Me siento menos rechazada ahora que veo posible que alguien trate de matarme a pesar de todo. —Se acomodó la funda de hombro del arma—. Soy consciente de mis límites. Eso no significa que me gusten. —Me miró—. ¿Cómo vas a contactar con los otros?

—Preferiría... Preferiría no decírtelo. Cuanto menos sepas...

—¿Más segura estaré?

—En realidad, no —respondí—. Cuanto menos sepas, más seguro estaré yo. No olvidemos que podríamos estar tratando con gente que es capaz de sacarte información de la cabeza, quieras dársela o no.

Murphy cruzó los brazos y se estremeció.

—Odio sentirme indefensa.

—Sí —dije—, yo también. Molly, ¿qué tal está?

—Está dormido todavía. No creo que le haya subido la fiebre —respondió Molly desde la parte de atrás de la limusina. Alargó una mano para tocar con el dorso la frente de Morgan.

El brazo de este se levantó como un resorte y apartó de un golpe su muñeca. Su respiración no se alteró y ni siquiera se agitó en su asiento. Dios. Había sido literalmente un acto reflejo. Negué con la cabeza.

—Movámonos, gente —dije.

Molly y yo nos peleamos con la silla de ruedas para volver a sentar al centinela herido en ella. Se despertó lo suficiente como para ayudarnos un poco, pero cayó de nuevo en un sueño profundo en cuanto estuvo sentado. Molly se puso al hombro la cinta de mi caja de rituales y fue empujando a Morgan a través del aparcamiento del embarcadero. Yo cogí un par de bolsas pesadas de nailon negro.

—¿Qué llevas ahí dentro? —me preguntó Murphy.

—Artículos de fiesta —dije.

—¿Vas a montar una fiesta allí?

Volví la mirada hacia el este y contemplé el lago. La isla no era visible desde Chicago, ni siquiera en un día despejado, pero sabía que estaba ahí. Una presencia sombría y amenazadora.

—Sí —dije en voz baja.

Una fiesta de verdad. Todos los que habían querido matarme en ese último tiempo estarían allí.

Murphy sacudió la cabeza.

—Todo esto solo por un hombre.

—Por un héroe del Consejo —dije aún en voz baja—. Por el más temido de los centinelas. Morgan estuvo a punto de eliminar al mismísimo Rey Rojo él solo. A un vampiro de unos cuatro mil años de edad rodeado de algunos de sus siervos más



repugnantemente poderosos. Si no hubiera salido huyendo, Morgan lo habría matado.

—Casi dices algo agradable sobre él —comentó Murphy.

—Agradable no. Pero puedo reconocer sus méritos. A lo largo de los años, es posible que Morgan haya salvado más vidas de las que podrías contar. Y también ha matado a inocentes. Estoy seguro de ello. Ha sido el verdugo del Consejo durante al menos veinte o treinta años. Es obsesivo, carece de tacto y de compasión y está lleno de prejuicios. Odia con la pasión de un fanático. Es como un perro de presa grande, feo y sanguinario.

Murphy sonrió un poco.

—Pero es tu perro de presa.

—Es nuestro perro de presa —maticé—. Daría su vida sin dudar si considerase que es necesario.

Murphy observó cómo Molly empujaba a Morgan por el muelle.

—Dios, tiene que ser horrible saber que eres capaz de despreciar tanto la vida. La de otro, la tuya... En realidad no importa cuál. Saber que estás tan dispuesto a arrebatarle todo a un ser humano. Tiene que corroerlo por dentro.

—Después de tanto tiempo no debe de quedarle mucho dentro —dije—. Creo que tienes razón respecto a que el asesino actúa de forma desesperada. Esta situación se ha vuelto demasiado confusa y complicada como para tratarse de algo planificado. Es solo... una gran reunión de gallos de todo tipo que se juntan en el gallinero.

—Tal vez eso lo haga más fácil de resolver.

—La Primera Guerra Mundial fue más o menos lo mismo —dije—. Sin embargo, en aquel momento era un tanto difícil señalar con el dedo a una persona y decir: «Has sido tú». La Segunda Guerra Mundial fue más simple en ese aspecto.

—Actúas bajo el supuesto de que hay alguien a quien culpar —dijo Murphy.

—Solo si puedo atraparlo. —Negué con la cabeza—. Si no puedo... Bueno...

Murphy se volvió hacia mí. Levantó las manos, las puso a los lados de mi cabeza y me hizo inclinarme un poco hacia abajo. Entonces me besó en la frente y en la boca. No lo hizo rápido ni tampoco con pasión. Me soltó y me miró. Sus ojos se mostraban preocupados, pero también llenos de calma.

—Sabes que te quiero, Harry. Eres un buen hombre. Un buen amigo.

Le dediqué una sonrisa de medio lado.

—No te pongas empalagosa conmigo, Murph.

Negó con un movimiento.

—Lo digo en serio. No dejes que te maten. Patea los culos que hagan falta para impedirlo. —Bajó la vista—. Mi mundo sería un lugar muy aterrador sin ti en él.

Me mordí el labio, muy incómodo.

—Prefiero que me cubras las espaldas tú antes que nadie en el mundo, Karrin —dije. Me aclaré la garganta—. Puede que seas la mejor amiga que he tenido jamás.

Murph parpadeó rápido varias veces y volvió a negar con la cabeza.

—Vale, esto está llegando a un punto embarazoso.

—Tal vez deberíamos volver a empezar desde lo de «los culos que hagan falta» —dije.

Asintió.

—Encuétralo. Patéale el culo.

—Ese es el plan —confirmé. Me agaché, le besé la frente y la boca con suavidad y apoyé la frente en la suya—. Yo también te quiero —susurré.

Se le tensó la voz.

—Idiota. Buena suerte.

—Para ti también. Las llaves están puestas.

Me enderecé, agarré mejor aquellas bolsas tan pesadas y me dirigí hacia el embarcadero. No la miré al marcharme, y tampoco miré hacia atrás luego.

De ese modo, ambos podíamos fingir que no la había visto llorar.

Mi hermano tenía un barco de pesca viejo y destartado. Me explicó que era un bergantín. O tal vez dijo trainera. O goleta. Era uno de esos, seguro. O no, no lo sé. Al parecer, la gente de mar se pone muy quisquillosa con las distinciones sutiles con las que se clasifican las distintas embarcaciones. Como yo no soy de esos, no me quita mucho el sueño no usar la palabra adecuada.

El barco tenía catorce metros de largo y podría haber sido el doble del pesquero de Quint en *Tiburón*. Necesitaba con urgencia una mano de pintura; el blanco del casco se había convertido hacía mucho en gris con manchas negras de humo. La única pintura en buen estado eran unas letras en la proa que decían: «Escarabajo Acuático».

Subir a Morgan a bordo fue un sufrimiento. En su caso, literalmente. Conseguimos acomodarlo en el camastro de la pequeña cabina y metimos todo el material. Después subí al puente, arranqué los motores con mi copia de la llave del Escarabajo Acuático y de inmediato me di cuenta de que no había soltado las amarras. Tuve que volver a bajar a la cubierta para desatar el barco del muelle.

Ya os lo dije. No soy hombre de mar.

Salir del puerto no fue difícil. Thomas tenía un punto de atraque muy cercano a las aguas abiertas del lago. Casi me olvidé de encender las luces, pero lo hice antes de que nos alejáramos del puerto y entrásemos en las aguas. Entonces comprobé la brújula junto al timón del barco, giré uno o dos grados al sur dirección sureste y aceleré el motor.

Avanzamos por la negrura del lago. Los motores del barco emitían un sonido apagado y ronco, algo como un lub, lub, dub, lub. El barco había sido construido para navegar por mar abierto, así que no le faltaba músculo. Aquella noche las aguas estaban en calma, y la travesía se mantuvo suave a medida que íbamos ganando velocidad.

Me sentía un tanto nervioso por el viaje. A lo largo del año pasado, Thomas y yo habíamos visitado varias veces la isla para que yo pudiese explorarla. Mi hermano me había estado enseñando a manejar el barco, pero aquel era mi primer viaje en

solitario.

Después de unos minutos, Molly ascendió a medias la corta escalera que llevaba al puente y se detuvo.

—¿Tengo que pedir permiso para subir o algo así?

—¿Por qué ibas a tener que hacerlo? —pregunté.

Se lo pensó.

—¿Porque es lo que hacen en *Star Trek*?

—Bien visto —dije—. Permiso concedido, alférez.

—¡A la orden, capitán! —Subió y se acercó hasta donde estaba yo. Preocupada, contempló la oscuridad al este y luego echó un vistazo cauteloso hacia las luces de la ciudad, que se desvanecían con rapidez—. ¿Entonces... vamos a esa extraña isla, a la que atraviesa la gran línea ley?

—Sí —respondí.

—Donde mi padre acabó...

Traté de no recordar todo lo que había sufrido Michael Carpenter cuando había ido allí conmigo.

—Lisiado —dije—. Sí.

Se quedó en silencio, intranquila.

—Le escuché hablar de la isla con mi madre, pero cuando intenté buscarla no la encontré en ningún mapa. Ni siquiera en los de las bibliotecas.

—Sí. Según he oído, a todo el mundo que la ha visitado le ha pasado algo malo. Solía ser una especie de puerto dedicado a la pesca y al tráfico comercial, del tamaño de un pueblo pequeño, pero fue abandonado. En algún momento del siglo XIX, la ciudad borró ese lugar por completo de sus registros.

—¿Por qué?

—No querían que nadie fuese allí —dije—. Si se limitaban a aprobar una ley, sabían que tarde o temprano algún idiota iría solo por llevar la contraria. Así que digamos que eliminaron la isla, al menos de forma oficial.

—¿Y nadie la ha visto en más de un siglo?

—Esa oscura línea ley crea un gran campo de energía —dije—. Pone a la gente nerviosa. No es que los vuelva locos ni nada parecido, pero basta para hacer que eviten el lugar de forma inconsciente si no están haciendo un esfuerzo específico para llegar allí. Además, gran parte de la isla está rodeada de arrecifes de piedra y la gente tiende a dar un gran rodeo para evitarlos.

Frunció el ceño.

—¿Y no van a ser un problema para nosotros?

—Estoy bastante seguro de que sé por dónde atravesarlos.

—¿Bastante seguro?

—Bastante seguro.

Tal vez se puso un poco pálida.

—Ah, bueno —dijo—. ¿Y por qué vamos allí?

—La invocación de santuario. La isla tiene una especie de espíritu, una consciencia.

—Un *genius loci* —dijo.

Asentí con aprobación.

—Justo eso. Y, como se nutre de esa línea ley, es grande y fuerte. Tampoco le gustan mucho las visitas. Es capaz de matar a unas cuantas de ellas.

Molly parpadeó.

—¿Y quieres hacer una invocación de santuario? ¿Allí?

—No, demonios, no —dije—. No quiero. Pero debo encontrar la manera de tener alguna ventaja para mañana o solo quedarán las ganas de llorar, como la canción.

Molly sacudió la cabeza lentamente. Guardó silencio hasta que llegamos a la isla, un poco más tarde. Estaba oscuro, pero la luna y las estrellas brillaban lo suficiente como para encontrar la boya que Thomas y yo habíamos colocado en la entrada de la ruta a través del arrecife. Hice que el Escarabajo Acuático entrase por allí, balanceándose, y comenzamos a seguir la línea costera de la isla hasta que dejamos atrás una segunda boya. Guie el barco hacia el pequeño muelle flotante que habíamos construido. Me las arreglé para atracar allí sin romper nada y salté con las cuerdas en la mano para amarrarlo.

Miré hacia arriba y vi a Molly sosteniendo mi caja de rituales. Me la pasó y se lo agradecí con un gesto.

—Si esto funciona, debería llevarme una hora más o menos —le dije—. Quédate con Morgan. Si no he vuelto al amanecer, desata el barco, arranca el motor y navega de vuelta al puerto deportivo. Para ese trayecto no será muy distinto de un coche.

Se mordió el labio y asintió.

—¿Y después qué? —preguntó.

—Ve con tu padre. Explícale que te dije que debías desaparecer. Él sabrá qué hacer.

—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Qué harás?

Me pasé la cinta de la caja de rituales por el hombro, cogí mi bastón y comencé a caminar hacia el interior de la isla.

—No mucho —le dije, volviendo la cabeza hacia ella—. Estaré muerto.

Los cuentos de los hermanos Grimm, una compilación de las historias de miedo más conocidas de Europa Occidental, casi siempre tienen un bosque como escenario. Hay cosas monstruosas y terroríficas viviendo en ellos. Cuando el héroe de un relato comienza su viaje, el bosque es un lugar de peligro, un baluarte de la oscuridad. Y hay una buena razón para ello.

Puede ser condenadamente aterrador caminar por un bosque en la oscuridad. Y, por si fuera poco, además es peligroso.

No ves mucho. Hay ruidos a tu alrededor, desde el susurro del viento en los árboles hasta el crujido de la maleza que causan los animales. Hay cosas invisibles que te tocan de repente: ramas de árboles, telas de araña, hojas, arbustos. El terreno se inclina y cambia todo el tiempo. Te obliga a pisar con cuidado cuando la tierra debajo de ti se levanta o se hunde de golpe. Te tropiezas con las piedras. También con las enredaderas, con los espinos, con las ramas y con las raíces. La oscuridad oculta socavones, terraplenes y bordes de acantilados que pueden hacerte caer dos centímetros o dos metros.

En las historias, uno lee cómo los personajes atraviesan corriendo un bosque en mitad de la noche. Eso son un montón de chorradas. Vale, tal vez sea posible en bosques muy viejos de pinos, donde el terreno está despejado en su mayor parte, o en esos vastos bosques de robles donde les encanta rodar películas de Robin Hood y adaptaciones de las obras de Shakespeare. Pero si te adentras en los espesos bosques autóctonos de los Estados Unidos, mejor busca un palo grande y rómpete el tobillo tú mismo antes de intentar correr por ellos a ciegas.

Me abrí paso con cuidado, pendiente arriba, cruzando a través de los edificios viejos y destartalados que se caían a pedazos y que antes habían sido una pequeña población, justo al final del ascenso desde el muelle. Los árboles la habían reclamado hacía mucho tiempo y crecían a través de los suelos y las ventanas viejas y rotas.

Había ciervos en la isla, aunque solo Dios sabe cómo habían llegado hasta allí. El lugar era lo bastante grande como para mantener a un buen número de aquellos hermosos animales. También encontré indicios de la presencia de zorros, mapaches, mofetas y gatos monteses, aparte del añadido habitual de conejos, ardillas y marmotas. Había además unas cuantas cabras salvajes por ahí que seguro descendían de algunas que se les debieron escapar a los antiguos habitantes del lugar.

Comencé a sentir la presencia hostil de la isla antes de haber dado siquiera veinte pasos. Comenzó como una ansiedad sutil, una sin origen alguno, que apenas noté debido a la ansiedad más que justificada que ya traía conmigo. Sin embargo, a medida que continué ascendiendo por la colina, empeoró. Creció hasta convertirse en pánico, en agitación, e hizo que mi corazón latiese más rápido y que se me secase la boca.

Me acoracé frente a aquella presión psíquica y seguí avanzando con paso firme. Si dejaba que me afectase, si caía presa del miedo y echaba a correr, podía terminar siendo víctima de las amenazas de un bosque por la noche. De hecho, lo más probable era que fuese eso lo que la isla tenía en mente, por decirlo de alguna manera.

Apreté los dientes y seguí adelante. Mis ojos se acostumbraban poco a poco a la oscuridad y la noche revelaba las formas de los árboles, las rocas y la maleza, y eso hizo que me fuera un poco más fácil moverme de forma segura.

Fue un camino corto hasta lo alto de la montaña. El tramo final formaba un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, y la única manera de trepar sin riesgo era utilizar unos viejos escalones que habían sido tallados en la roca. Me habían resultado extrañamente familiares y cómodos la primera vez que los había subido. Eso no había cambiado de una forma notable en mis sucesivas visitas. Incluso ahora pude subir por ellos en la oscuridad. Mis piernas y pies se fueron adaptando automáticamente al espaciado algo irregular de los peldaños sin necesidad de consultar a mis ojos.

Una vez en lo alto de las escaleras, me encontré en la corona pelada de una colina. Allí se erguía una torre, un viejo faro de piedra. Bueno, en realidad apenas tres cuartas partes de él continuaban en pie. Una sección se había derrumbado y las piedras habían sido canibalizadas para construir una pequeña cabaña al pie de la torre.

La presencia silenciosa de la isla era allí más fuerte, una entidad taciturna y peligrosa que no quería visitas.

Miré alrededor de la colina iluminada por la luna, asentí, avancé hacia la zona llana que había frente a la casa y puse con decisión mi caja de rituales en el suelo.

Lo que estaba a punto de intentar tuvo sus inicios en las prácticas chamánicas ancestrales. El chamán de una tribu determinada, o el sabio, el invocador de espíritus o lo que fuese, partía hacia las zonas salvajes cercanas al poblado y buscaba un lugar de poder en el que habitara una presencia como aquella. Siguiendo los métodos de la cultura de la que se tratara, el practicante invocaba al espíritu del lugar y atraía toda su atención. El ritual que venía después no era solo una presentación, un desafío, una reclamación de la propiedad de la tierra o una lucha de voluntades, sino que contenía elementos de todas esas cosas. Si el ritual tenía éxito, se creaba una especie de asociación o emparentamiento entre el chamán y el *genius loci* correspondiente.

Si no tenía éxito... Bueno, es malo atraer toda la atención de un espíritu peligroso que puede ejercer el control sobre el entorno que te rodea. Este espíritu en particular, fortalecido por la energía oscura de la línea ley que corría por debajo de la torre, era muy capaz de volverme loco o de reciclarme como alimento para sus animales y árboles.

—Y sin embargo aquí estoy, a punto de darte un puñetazo en la nariz —murmuré—. ¿Soy osado o no?

Dejé el bastón en el suelo y abrí la caja.

Primero, el círculo. Usando una escobilla de mango corto, limpié con rapidez de suciedad y de polvo la roca que había debajo de mí en un área de más o menos un metro de ancho. Después, con un compás de madera con tiza incorporada, como los que se utilizan en las clases de geometría, tracé un círculo perfecto sobre la piedra. La tiza era algo luminiscente, del tipo que brillaba en la oscuridad. El círculo no tenía por qué ser perfecto para que funcionase, pero así era un poco más eficiente, y yo quería contar con todas las ventajas posibles.

A continuación, saqué cinco velas blancas de la caja, además de una brújula magnética para alinearlas de forma correcta. La aguja de la brújula se volvió loca y giró sin parar. La turbulencia de aquella línea ley tan cercana debía de estar alterándola. La dejé a un lado, busqué la estrella polar en el cielo y coloqué las velas formando las cinco puntas de un pentagrama, con su pico superior alineado con el norte.

Después de eso, saqué un viejo y genuino cuchillo de combate KA-BAR de los marines de los Estados Unidos, y junto a él un sencillo cáliz de plata y una antigua campana también de plata del Ejército de Salvación con un mango negro de madera.

Volví a comprobar cada uno de los objetos y el estado del círculo, y entonces me alejé unos pasos y me desnudé por completo, incluidos mis anillos, el brazalete y el resto de mi equipamiento mágico, aunque no el pentáculo de plata que colgaba de mi cuello. No tenía que hacer el ritual desnudo al estilo pagano, pero eso reducía la posibilidad de que cualquiera de los hechizos de mi equipo causase interferencias, por pequeñas que fueran.

Al mismo tiempo, consciente de mi presencia, la presión de la isla continuaba doblándose y redoblándose. Me empezó a retumbar la cabeza, lo cual creaba una encantadora mezcla con los golpes que había recibido en ella. Se me erizaron los pelos de la nuca. Los mosquitos comenzaron a zumbear a mi alrededor, y me estremecí al pensar en los lugares donde iban a picarme mientras hacía esto.

Entré en el círculo, comprobé todo de nuevo, saqué unas cerillas de la caja de rituales y me arrodillé. Sí, podría haber encendido las velas con un hechizo, pero, de nuevo, eso habría dejado un rastro de energía en ellas que podría causar interferencias. Así pues, lo hice a la manera tradicional. Según encendí la primera cerilla y me incliné hacia la vela situada más al norte, una lechuza soltó un grito tan extraño y tan cerca de mí que por poco no se me salió el estómago por la boca. Estuve a punto de perder el equilibrio y emborronar el círculo.

—Golpe bajo —murmuré.

Encendí otra cerilla y empecé de nuevo. Prendí las cinco velas, me volví hacia el norte y extendí la mano para tocar con suavidad el círculo de tiza. Lo cerré con un leve esfuerzo de concentración, y la presión psíquica que había estado sintiendo durante la última media hora o más desapareció de golpe.

Cerré los ojos y empecé a regular mi respiración, a relajar los músculos uno por uno, centrando mis pensamientos en la tarea que tenía entre manos. Sentí que mi

voluntad empezaba a enfocarse. En el exterior de mi círculo, la lechuza chilló de nuevo. Un gato montés soltó un aullido ensordecedor. Un par de zorros montaron una coral de aullidos agudos entre la maleza.

Los ignoré hasta que sentí que había reunido toda la fuerza que me era posible. Entonces abrí los ojos y cogí la campana. La sacudí con vigor una vez e infundí en mi voz el poder de mi voluntad.

—No soy un mortal perdido al que puedas ahuyentar —le dije a la colina—. Soy mago, uno de los sabios, y soy digno de tu respeto.

Una ráfaga de viento se alzó desde el lago. Los árboles murmuraron y suspiraron ante su fuerza, un sonido como el de una ola furiosa, enorme y omnipresente.

Toqué la campana otra vez.

—¡Escúchame! —grité—. Soy mago, uno de los sabios, y conozco tu naturaleza y tu fuerza.

El viento siguió creciendo a mi alrededor, haciendo que las velas parpadearan. Estabilicé las llamas con un esfuerzo de voluntad y sentí que, como reacción a ello, la temperatura de mi cuerpo bajaba un par de grados.

Puse la campana en el suelo, cogí el cuchillo y pasé el filo por los nudillos de mi mano izquierda, abriendo una línea delgada en mi carne. La sangre empezó a brotar de inmediato. Solté el cuchillo, cogí el cáliz y dejé que la sangre goteara en él.

Y, mientras lo hacía, utilicé la única cosa que me hacía creer que era posible, tan solo posible, que aquello funcionase.

El fuego del alma.

Durante otro caso, hace poco más de un año, un arcángel había decidido invertir en mi futuro. Uriel había reemplazado el poder que había perdido cuando me había resistido a las tentaciones de uno de los caídos. El fuego infernal de aquel demonio creaba literalmente un infierno cuando se usaba como poder de destrucción. El fuego del alma era, al parecer, el equivalente angelical de la misma fuerza, la otra cara de la moneda. Fuego de creación en lugar de destrucción. No había experimentado demasiado con él. El fuego del alma usaba mi propia fuerza vital como fuente de energía. Si vertía demasiada en cualquier proceso, podría matarme.

Mientras la sangre goteaba en el cáliz, me acerqué al rincón de mi mente donde residía el don del arcángel e infundí fuego del alma en mi sangre. Unas chispas entre blancas y plateadas comenzaron a fluir por los cortes y acompañaron a la sangre según caía hacia el recipiente, llenándolo de un poder sobrenatural mucho más elevado que el que contenía en sí misma mi sangre, una fuente común de energía mágica.

Levanté el cáliz con la mano derecha y la campana de plata con la izquierda. Algunas gotas de sangre y chispas de fuego del alma habían manchado la plata y, cuando la volví a tañer, el sonido fue penetrante, su tono tan perfecto y puro que podría haber hecho añicos un cristal.

—¡Escúchame! —exclamé.



Mi voz, amplificada por el fuego del alma, resonó de forma similar, aguda y precisa, fuerte y atronadora. Varias piedras pequeñas cayeron de una parte semiderruida del muro de la torre.

—¡Soy mago, uno de los sabios! ¡Hago de mi sangre este regalo para ti, para honrar tu fuerza y mostrar mi respeto! ¡Muéstrate! —Dejé la campana y me preparé para deshacer el círculo y liberar el hechizo—. ¡Muéstrate! —grité aún más fuerte—. ¡Muéstrate!

Al mismo tiempo que lo decía, rompí el círculo, liberé mi voluntad y derramé el fuego escarlata y plateado de mi sangre potenciada sobre la piedra de la cima de la colina.

Los animales del bosque empezaron a gritar y a aullar. Los pájaros salieron de repente de sus lugares de descanso y plagaron el cielo sobre mi cabeza. Media docena de ramas de árboles se quebraron a la vez en medio del viento que rugía, y sus chasquidos retumbaron en la colina rocosa como los disparos de un fusil.

Un instante después, un relámpago de color verde esmeralda surgió del cielo despejado e impactó en mitad del suelo de la estructura vacía del viejo faro.

Allí dentro quedaba poca cosa que pudiera arder, pero había crecido algo de maleza y de hierbajos. Su luz se agitó y parpadeó durante unos pocos segundos, y de repente mostró allí dentro una forma sólida pero imposible de distinguir.

Tomé aire despacio y me puse de pie, mirando hacia el faro. Era extraño que una entidad así tomase forma material, y de hecho me había parecido tan poco probable que apenas me había molestado en planear algo por si acaso.

El bosque susurraba a mi alrededor. Miré a izquierda y derecha sin moverme.

Habían aparecido animales. Los más grandes y llamativos eran los ciervos, con las cornamentas de los machos retorcidas bajo la luz de la luna. Había también zorros y mapaches, además de conejos, ardillas y todo tipo de criaturas del bosque, tanto depredadores como presas. Todos me miraban con una consciencia mucho mayor de la que deberían mostrar, y todos permanecían inmóviles de una forma que inquietaba.

Hice un esfuerzo enorme para no pensar lo que supondría ser rodeado y mordisqueado hasta la muerte por cientos de pequeños animales salvajes. Volví la mirada hacia la torre y esperé.

La forma oscura, indistinguible entre las densas sombras, se movió y se fue acercando a mí hasta que vi que tenía el aspecto de... algo no muy humano. Sus hombros eran demasiado anchos, su postura demasiado encorvada y caminaba cojeando, despacio. Arrastre, pum, arrastre, pum. Estaba cubierto por lo que parecía una voluminosa capa oscura. Ah, y medía tres metros y medio o cuatro de alto.

Uf.

Unos ojos del mismo verde que el resplandor de aquel rayo antinatural brillaban dentro de la oscuridad de su capucha. Me miraron y destellaron con más fuerza, y una ráfaga de viento me empezó a empujar con tal violencia que casi me arrastró.

Apreté los dientes y aguanté hasta que un momento más tarde se extinguió.

Observé aquella forma oscura durante un segundo, y entonces hice un gesto de asentimiento.

—Bien. Lo pillo —dije.

Concentré mi voluntad, infundí en ella una pequeña porción de fuego del alma y lancé mi mano derecha hacia delante mientras gritaba:

—*¡Ventas servitas!*

Una ráfaga de viento adornada por lazos de luz plateada surgió de mi mano extendida y se estrelló contra la figura. No desplazó a aquella cosa. Era demasiado grande para eso. Sin embargo, el viento echó hacia atrás la capa como si fuese la bandera de un barco azotado por una tempestad que hacía que la tela se rasgase y se sacudiese.

Mi evocación se desvaneció y la capa de la entidad volvió a su lugar. De nuevo, sus ojos brillaron y la tierra tras mis pies estalló, provocando que la roca sólida se fragmentara y se rompiera. Aquel impacto sobrenatural hizo saltar la piedra en fragmentos afilados, y al instante, sentí media docena de cortes cálidos y penetrantes en las piernas y en la espalda.

—Ay —murmuré—. Al menos no han alcanzado ningún punto sensible, supongo.

Entonces volví a invocar mi voluntad y el fuego del alma, esta vez centrándome en el suelo cercano a la entidad.

—*¡Geodas!* —grité.

La tierra que se encontraba debajo de aquella cosa se retorció y rechinó, y de repente se abrió formando un socavón.

La entidad no se movió. Tan solo se quedó allí suspendida en el vacío como si no hubiese quitado la tierra de debajo de sus pies.

Sus ojos brillaron de nuevo y volvieron a la vida, pero en esta ocasión yo estaba prevenido. Una llama se concentró delante de él en forma de lanza y salió disparada hacia mí, dejando a su paso una capa de escarcha y hielo en el suelo. Sin embargo, mi voluntad se había extendido hacia el suelo bajo mis pies y había encontrado la corriente de agua que alimentaba el pequeño pozo de la cabaña. La atraje a través de las grietas que la entidad había creado en la roca, aprovechándome de lo que ella misma había hecho.

—*¡Aquilevitas!* —grité.

Una cortina de agua ascendió para encontrarse con la llama que me iba a embestir y se consumieron la una a la otra, dejando solo oscuridad y una nube de vapor.

Alcé tanto mi mano como mi voluntad con el fuego del alma y grité:

—*¡Fuego!*

Una columna de llamas azules y plateadas, tan gruesas como mi pecho, rugió a través del suelo y golpeó con fuerza a la entidad en el centro de su cuerpo.

El impacto hizo que retrocediera. No mucho. Tal vez un centímetro. Todo a pesar de que aquella columna de llamas podría haber reventado un muro de ladrillo. Pero la había desplazado ese centímetro. No había ninguna duda al respecto.

El cansancio se apoderaba poco a poco de mis miembros, y la entidad me miraba. Me obligué a mantenerme erguido y a enfrentar a aquel ser sin parpadear. Y sin parecer débil.

—¿Quieres continuar? —le pregunté en voz alta—. Podría seguir con esto toda la noche.

La entidad me siguió mirando. Entonces se acercó. Arrastre, pum. Arrastre, pum.

Yo no estaba asustado en absoluto. Ni siquiera un poco. La única razón por la que tenía la boca tan seca era todo aquel fuego que había estado revoloteando a mi alrededor.

Se detuvo a dos metros, como una torre sobre mí.

Y me di cuenta de que estaba esperando.

Estaba esperando a que yo actuase.

Mi corazón empezó a palpar más fuerte según agaché la cabeza con respeto. No sé con exactitud por qué dije lo que dije. Solo sé que mis instintos me gritaban que era lo correcto, lo que debía pronunciar con mi voz potenciada por mi voluntad.

—Soy Harry Dresden y un nombre te otorgo, honorable espíritu. Seas llamado a partir de este día Isla Demonio.

Sus ojos brillaron, ardieron con mayor intensidad y lanzaron torrentes de tentáculos de fuego verdoso alrededor de su cabeza que formaron una aureola.

Entonces Isla Demonio imitó mi gesto e inclinó la cabeza como respuesta. Cuando levantó la vista, la volvió por un instante hacia la cabaña. El viento se alzó de nuevo y la oscuridad se agitó en la cima de la colina.

Cuando amainó me encontré solo. La colina estaba desierta, sin rastro de la entidad ni de los animales. Además estaba muerto de frío.

Me tambaleé hacia mi ropa y la fui recogiendo, tiritando tanto que pensé que iba a desplomarme. Cuando me incorporé, ya con mis pertenencias en los brazos, vi una luz que parpadeaba en la cabaña.

Fruncí el ceño y me arrastré hasta allí. La puerta, al igual que las ventanas, se había podrido hacía mucho tiempo, y quedaba muy poco del techo como para ser llamado así. Sin embargo, la casa sí tenía algo dentro que aún funcionaba.

Una chimenea.

Una pila ordenada de madera ardía en el hogar, creando un ambiente cálido y alegre. Los extremos de las llamas doradas estaban veteados con destellos de color verde.

Observé sorprendido el fuego durante un momento, hasta que me acerqué a él y disfruté de su calor mientras me volvía a vestir. Levanté la mirada en busca de aquella presencia extraña. La encontré de inmediato, todavía allí, todavía ajena, todavía peligrosa, aunque ya no parecía decidida a echarme de la isla.

Infundí voluntad a mi voz y dije tan solo:

—Gracias.

La suave brisa que susurró entre los árboles de Isla Demonio bien pudo haber

sido una respuesta.  
O tal vez no.

No volví al muelle por la misma ruta que había tomado cuando había ido hacia la torre. Existía un camino mucho más corto, más fácil, bajando por lo que parecía una pared de roca escarpada. En realidad en ella había una quebrada antigua y estrecha de piedra erosionada, oculta casi por completo entre la maleza. El suelo de la quebrada estaba cubierto por una fina capa de limo, lo que apenas dejaba espacio para que creciera vegetación, y fue tan fácil de atravesar como una acera, incluso en la oscuridad. Seguir aquella senda me llevó de vuelta a la costa en la mitad del tiempo que había tardado en subir.

No me pregunté cómo conocía de la existencia de esa ruta hasta que salí del bosque y vi de nuevo el muelle. No había estado en ella antes. No había sabido que existía. Sin embargo, cuando había decidido tomar aquel camino, el conocimiento me había llegado de una forma tan completa e inmediata como si hubiera vivido allí durante años. Información pura.

Hice una pausa y miré alrededor. Sabía que no debía caminar directo hacia el muelle desde donde estaba. Había un gran nido de avispas en la base de un árbol caído, y correría el riesgo de enfurecerlas si lo aplastaba por accidente al pasar. También sabía que una vieja mofeta gruñona iba de regreso a su guarida, a treinta metros en el otro sentido, y que no tendría reparos en asfixiarme con su almizcle si me acercaba.

Miré por encima de mi hombro, hacia la torre, usando mis sentidos sobrenaturales. La consciencia de la isla seguía siendo aquella misma presencia constante que había percibido desde que había salido de la cabaña. Solo para comprobar qué pasaría, consideré la idea de volver, aunque esta vez por las viejas escaleras, y de inmediato supe que una serpiente mocasín de agua había hecho su nido en una gran grieta del escalón veintiséis. Si retrasaba mi viaje hasta que la mañana hubiese avanzado más, encontraría a la serpiente sobre las piedras, tomando el sol para conseguir el calor que necesitaba para ese día.

Se acercaba el amanecer, y el cielo había empezado a pasar de negro a azul. Podía ver la torre, solitaria y mutilada pero indomable, una forma oscura recortada contra el cielo. Isla Demonio comenzaba a despertar con los primeros trinos de los pájaros.

Bajé hacia el muelle, pensativo, y me dirigí hasta donde estaba amarrado el Escarabajo Acuático.

—Molly —llamé.

Unos pies retumbaron sobre la cubierta y mi aprendiz se precipitó desde la cabina. Recorrió de un salto la distancia entre nosotros y con el entusiasmo de su abrazo casi me tiró al agua al otro lado del muelle. Molly, la hija de dos feroces guerreros, no era ninguna tierna flor. Mis costillas crujieron.

—Has vuelto —dijo—. Estaba muy preocupada. Has vuelto.

—Ey, ey, necesito mi caja torácica, pequeña —dije, aunque le devolví el abrazo en silencio durante un momento antes de volver a enderezarme.

—¿Ha funcionado? —me preguntó.

—No estoy seguro del todo. Dios, necesito algo de beber.

Abordamos el Escarabajo Acuático y yo bajé y saqué una lata de coca-cola de un armario. Estaba caliente, pero era líquido y, lo más importante, era coca-cola. Me bebí de un trago la lata y la arrojé a la basura.

—¿Cómo se encuentra Morgan? —le pregunté a Molly.

—Despierto —murmuró él con voz ronca—. ¿Dónde estamos?

—En Isla Demonio —respondí—. Una isla en el lago Míchigan.

Morgan gruñó sin mucho énfasis.

—Luccio me habló de ella.

—Ah —dije yo—. Ah, bien.

—La señorita Carpenter me ha dicho que pretendías hacer una invocación de santuario.

—Sí.

Morgan gruñó de nuevo.

—Estás de vuelta. Ha funcionado.

—Eso creo —dije—. No estoy seguro.

—¿Por qué no?

Negué con la cabeza.

—Pensaba que cuando establecías un vínculo con el territorio en cuestión, obtenías acceso a su energía latente.

—Sí.

Lo que significaba que mi magia estaría patrocinada por la isla cada vez que la visitara. Dos por el precio de uno, por decirlo de algún modo.

—Creía que eso era lo único que hacía.

—En general —dijo Morgan. En la tenue luz de la cabina, noté que volvía la cabeza hacia mí—. ¿Por qué? ¿Qué más ha ocurrido?

Respiré hondo y le hablé de la ruta escondida, de las avispas y de la mofeta.

Morgan se incorporó en su camastro cuando terminé de contarle. Se inclinó hacia delante con interés.

—¿Estás seguro de que no te equivocas? Los encuentros con los *genius loci* suelen provocar extrañas secuelas.

—Espera —dije.

Volví al lugar en el bosque donde sabía que estaría el nido de avispas y lo encontré enseguida. Regresé sobre mis pasos sin aplastar nada y subí al barco.

—Sí —dije—, estoy seguro.

Morgan se hundió de nuevo en la cama como si se estuviera desinflando despacio.

—Dios misericordioso —dijo—. *Intellectus*.

Sentí que mis cejas se alzaban.

—Estás de broma.

Molly murmuró un hechizo para encender un par de velas y así vernos los unos a los otros con claridad.

—¿Intelle qué? —me preguntó.

—*Intellectus* —respondí—. Veamos... Es un modo de existencia que poseen solo unos pocos seres sobrenaturales, raros y poderosos. Los ángeles lo tienen. Apostaría a que las viejas Madre Invierno y Madre Verano también. Para los seres con *intellectus*, toda la realidad existe como una única pieza, un único lugar y un solo momento, y pueden ver el todo. No buscan ni adquieren conocimientos. Simplemente saben las cosas. Contemplan el mundo en su totalidad.

—No estoy segura de pillarlo —dijo Molly.

Morgan intervino.

—Un ser con *intellectus* no entiende, por ejemplo, la forma de derivar una ecuación de cálculo complejo porque no necesita ese proceso. Si le mostrases un problema y una ecuación, tan solo los comprendería y pasaría directamente a la solución sin necesidad de seguir las etapas lógicas para resolverlos.

—¿Es omnisciente? —preguntó Molly con los ojos muy abiertos.

Morgan hizo un gesto de negación.

—No es lo mismo. El ser con *intellectus* tiene que centrarse en algo, ha de considerarlo para saberlo, mientras que un ser omnisciente lo sabe todo durante todo el tiempo.

—¿No es muy parecido? —preguntó Molly.

—*Intellectus* no te salvará de la bala de un asesino si primero no sabes que alguien pretende matarte —dije—. Para saberlo, antes tendrías que plantearte si un asesino podría estar o no al acecho en un portal oscuro o en lo alto de la torre de un campanario.

Morgan se mostró de acuerdo con un gruñido.

—Y como los seres con *intellectus* rara vez comprenden los conceptos más amplios de causa y efecto, es poco probable que se den cuenta de que un suceso concreto es indicio de un intento de asesinato. —Morgan se volvió hacia mí—. Aunque esa ha sido una metáfora espantosa, Dresden. La mayoría de los seres como esos son inmortales. Les costaría siquiera notar un balazo, así que mucho menos sentirse amenazados por ello.

—Entonces —dijo Molly, asintiendo para sí misma—, ese ser puede saber cualquier cosa que desee, pero necesita hacerse las preguntas correctas. Lo cual siempre es más difícil de lo que la gente piensa.

—Sí —dije—. Exacto.

—¿Y ahora tú también tienes ese *intellectus*?

Negué con la cabeza.

—Es Isla Demonio quien lo tiene. Dejó de funcionar en cuanto subí al barco. —

Me toqué la frente con un dedo—. Ahora mismo no hay ninguna actividad aquí dentro.

Me di cuenta de lo que había dicho según la última palabra salía de mi boca. Miré a Morgan.

Él se volvió a tumbar en la cama con los ojos cerrados. Mostraba una pequeña sonrisa.

—Demasiado fácil.

Molly luchó por no sonreír.

Morgan arrugó los labios, meditabundo.

—¿La entidad puede proporcionarte cualquier otra información, Dresden? Las identidades de los que están detrás del asesinato de LaFortier, por ejemplo.

Casi me di una palmada en la frente. Debería haber pensado antes en eso.

—Te lo confirmo enseguida —dije, y regresé a la orilla.

Isla Demonio sintió mi llegada al mismo tiempo que yo lo sentí a él. La sensación mutua fue extraña, como un saludo con la mano. Pensativo, moví la vista alrededor de la isla, concentrado en el asunto del asesino de LaFortier.

No me vino nada a la mente. Intenté media docena de cosas. ¿Quién iba a ganar las próximas World Series? ¿Podría sacar ya el Escarabajo Azul del depósito? ¿Cuántos libros había tirado Míster de las estanterías en mi ausencia?

Silencio absoluto.

Así que pensé en nidos de avispas, y al instante estuve seguro de que había treinta y dos repartidos por las más o menos sesenta hectáreas de la isla, y de que se ubicaban sobre todo cerca de una arboleda de manzanos en la zona norte.

Volví al barco e informé.

—Entonces solo existe sobre la propia isla —murmuró Morgan—, como cualquier *genius loci*. Maldición, este tiene que ser realmente muy antiguo si ha alcanzado un estado de *intellectus*, aunque esté limitado a sus propias costas.

—Podría ser muy útil —hice notar.

Morgan no abrió los ojos, pero mostró los dientes en una sonrisa lobuna.

—Por supuesto. Si tus enemigos fuesen lo bastante considerados como para hacer todo el camino hasta aquí para verte.

—Podría ser muy útil —repetí, firme.

Morgan arqueó una ceja y me lanzó una mirada intensa.

—Vamos, pequeño saltamontes —le dije a Molly—. Suelta las amarras. Estás a punto de aprender a manejar el barco.

Para cuando llegamos al puerto, el sol ya había salido. Fui guiando a Molly paso a paso para atracar el Escarabajo Acuático, aunque yo no era precisamente Horatio Hornblower, el hidalgo de los mares. Nos las apañamos para no romper ni hundir nada, que es lo que cuenta. Até las amarras del barco y bajé al muelle.

Molly me siguió hasta la barandilla del barco, nerviosa.

—No hay problema, pequeño saltamontes. Navega durante diez minutos en



cualquier dirección que elijas. Entonces apaga el motor y espera. Te haré una señal para que me recojas cuando esté listo.

—¿No sería mejor que estuviésemos juntos o algo así? —me preguntó con su nerviosismo.

Negué con la cabeza.

—Los hechizos de seguimiento no funcionan demasiado bien en el agua —respondí—. Además, si viene alguien, te enterarás a un kilómetro de distancia. Literal. Mantén a Morgan allí lejos y estarás más segura que en cualquier otro sitio.

Se mostró preocupada.

—¿Y si empeora?

—Usa el coco, pequeña. Haz lo que creas más adecuado para manteneros a ambos con vida. —Empecé a desatar la cuerda—. No creo que esté fuera más de un par de horas. Si no aparezco, el plan es el mismo que cuando subí a la torre. Desaparece.

Tragó saliva.

—¿Y Morgan?

—Lo pones lo más cómodo que puedas y lo dejas.

Me miró un instante.

—¿En serio?

—Si acaban conmigo, no creo que seas capaz de protegerlo —dije de la manera más despreocupada que pude—. Ni de atrapar al auténtico malo de la película. Así que corre como alma que lleva el diablo y deja que él cuide de sí mismo.

Vi cómo meditaba sobre ello. Entonces me dedicó una pequeña sonrisa.

—Sería de verdad humillante para él estar bajo la protección de una chica. Una aprendiz. Y una posible hechicera, encima.

Asentí.

—Cierto.

Arrugó los labios mientras reflexionaba.

—Merecería la pena quedarse solo por eso.

—Pequeña —dije—, lo más inteligente que puedes hacer si la cosa se pone fea es salir corriendo.

—Lo inteligente —dijo—, pero no lo correcto.

La estudié con atención.

—¿Estás segura? Porque hay un universo entero de dolor deseando caer sobre ti.

Asintió, pálida.

—Lo intentaré.

Y eso haría. Lo podía percibir en sus ojos. Sabía mejor que muchos lo peligrosa que sería una cosa así para ella, y estaba claro que la idea la aterrorizaba. Pero lo intentaría.

—Si me quitan de en medio, ve a ver a Murphy —le dije—. Sabe lo mismo que yo sobre el caso. Escúchala. Es inteligente y puedes confiar en ella.

—De acuerdo —respondió.

Lancé las amarras de nuevo a bordo.

—Muévete.

Eché a andar por el muelle. Detrás de mí, Molly me llamó.

—¿Harry? ¿Qué señal vas a usar?

—La reconocerás —respondí.

Salí de los muelles en busca del instrumento que podría deshacer esta maraña de sospechas, asesinatos y mentiras.

Lo encontré en el aparcamiento del puerto.

Un teléfono público.

Lara respondió al segundo tono.

—Raith.

—Dresden —dije—. ¿Qué tienes para mí?

—Ah, ojalá recibiese frases tan directas más a menudo —dijo en tono irónico—. ¿Qué te hace pensar que tengo algo para ti?

—Que yo tengo algo para negociar.

—En general los hombres parecen pensar de esa manera. La mayoría tienden a sobreestimar el valor de sus productos.

—Nena Feromonas —dije—, ¿podríamos mantener el resto de esta conversación a un nivel por encima de la cintura?

Ella dejó escapar aquella apetitosa risa ronca suya y mis hormonas se lanzaron a la carga. Las ignoré. Estúpidas hormonas.

—Muy bien —dijo—. Te podría interesar saber que el dinero depositado en la cuenta del centinela Morgan procedía de una empresa ficticia llamada Windfall.

—¿Una empresa ficticia? —pregunté—. ¿A quién pertenece?

—A mí —respondió, impasible.

Parpadeé.

—Ya que estás compartiendo conmigo esa información, supongo que ha ocurrido sin tu conocimiento.

—Estás muy en lo cierto —dijo—. Un tal Kevin Aramis es el gerente de la corporación. Él es el único, aparte de mí, que posee la autoridad necesaria para mover esa cantidad de dinero.

Pensé frenéticamente. Quien se hubiese cargado a LaFortier no solo pretendía que el Consejo implosionara. Él o ellos también se habían tomado muchas molestias para provocar hostilidades con la Corte Blanca.

Por todos los demonios.

Mi imaginación me regaló una pesadilla profética. Morgan combate la injusticia de la trama urdida contra él. Estallan rivalidades que crean luchas internas entre distintas facciones de magos. El Consejo en algún momento rastrea el dinero, descubre a Lara al otro lado y aprovecha la oportunidad para volver a unificar las distintas facciones ante un enemigo común. Los enfrentamientos con los vampiros empiezan de nuevo. La Corte Roja ve cómo un mal coordinado Consejo queda

expuesto por la guerra contra la Corte Blanca, se abalanza sobre él y lo hace pedazos. Después de eso todo se acaba, a excepción de algunas últimas luchas desesperadas y heroicas.

Por todos los demonios, desde luego.

—Nos están manipulando para enfrentarnos —dije.

—Esa fue también mi conclusión.

Encajaron un par de piezas más.

—Madeline —dije—. Ella habló con ese tipo, Aramis, y lo coaccionó para que te traicionara.

—Sí —siseó Lara. Su voz, tranquila y bajo control, estaba teñida de una rabia inhumana apenas reprimida—. Cuando la atrape, le arrancaré las entrañas con mis propias manos.

Lo cual se hizo cargo de mi problema hormonal. Temblé.

Había visto a Lara en acción. Jamás había podido decidir si era una de las cosas más bellamente aterradoras o más atterradoramente bellas que hubiese visto nunca.

—Puedes tratar de echar un vistazo en el Hotel Sax, habitación 1233 —le dije—. Si no me equivoco, encontrarás allí el cuerpo del señor Aramis. Madeline está trabajando para alguien, un hombre. No dijo nada más que me ayudara a identificarlo. También debes saber que ha contratado los servicios de un mercenario llamado Atador. No es lo que diríamos un genio, pero es lo bastante astuto como para resultar peligroso.

Lara se quedó en silencio un segundo.

—¿Cómo te has enterado de todo eso? —preguntó.

—Sorprendentemente, con magia.

Oí que hablaba con alguien que estaba con ella en la habitación. Luego regresó al teléfono.

—Si Aramis está muerto —dijo—, Madeline tiene bien atado el cabo suelto de su plan. Será imposible proporcionar pruebas creíbles de que yo no pagué para que asesinaran a LaFortier.

—Sí, esa es la razón por la que lo hizo.

Oí un sonido de disgusto. Pero, aun así, con el estilo de una dama.

—¿Qué pretendemos hacer al respecto, Harry?

—¿Tienes un vestido bonito?

—¿Perdón?

Me di cuenta de que estaba sonriendo como un maníaco.

—Voy a organizar una fiesta.

El teléfono de Thomas sonó cuatro veces antes de que se estableciera la conexión.

Hubo silencio durante un rato. Entonces Thomas habló. Su voz sonó dolorida, hecha jirones.

—¿Harry?

Mi corazón casi se detuvo cuando escuché a mi hermano.

—Thomas, ¿cómo te va?

—Bueno —dijo con tono ronco—, aquí ando.

Había visto a Thomas sufrir en otras ocasiones. Sonaba igual que ahora.

El teléfono emitió algunos ruidos inidentificables y entonces la voz del cambiapielos, una mezcla de aullido y ronroneo, ocupó la línea.

—Está aquí. Está vivo. Por ahora. Entrégame al guerrero condenado.

—Está bien —dije.

Se produjo un momento de asombro silencioso al otro lado de la línea.

—Tráelo hasta mí —dijo.

—Qué va. Eso no pasará.

—¿Qué?

—Tú vendrás a mí.

—¿Quieres que ponga fin a su vida en este preciso instante?

—Francamente, Melenitas, me importa un bledo —contesté, forzando un deje de aburrimiento en la voz—. Estaría bien poder devolver a uno de los vampiros a los suyos, apuntarme un tanto que podría reclamar algún día. Pero no me hace falta. —Hice una pausa—. Tú, en cambio, necesitas vivo a Thomas si esperas que te lo cambie por Morgan. Así que va a ser como te digo. Al caer la tarde, se te contactará en este teléfono. Se te dirá dónde tendrá lugar nuestro encuentro. Cuando llegues, me mostrarás al vampiro, sano y salvo, y cuando me sea entregado te llevarás a Morgan sin lucha alguna.

—No soy ninguna escoria mortal a la que puedas dar órdenes, mago indigno. —Melenas echaba humo.

—No, eres escoria inmortal.

—Ciego gusano devorador de carne —gruñó Melenas—, ¿quién eres tú para hablarme así?

—El gusano que tiene lo que necesitas —dije—. Al atardecer. Ten el teléfono a mano.

Colgué.

El corazón me martilleaba el pecho y un sudor frío me cubría el torso. Me encontré temblando de miedo por Thomas, temblando de cansancio, temblando como efecto de la conversación con Melenas. Apoyé mi cabeza dolorida contra el auricular y deseé que no hubiese acabado con la vida de mi hermano.

Una llamada más.

El Consejo Blanco de Magos utiliza comunicaciones telefónicas como todo el mundo, aunque avisa muchas más veces al servicio técnico. Llamé al cuartel general, les proporcioné el santo y seña de seguridad y me pasaron con una de las auxiliares de administración, una joven voluntariosa que no había acabado todavía su aprendizaje.

—Tengo que transmitir un mensaje a todos los miembros del Consejo de Veteranos —le dije.

—Muy bien, señor —contestó—. ¿Cuál es el mensaje?

—Apúntalo palabra por palabra, ¿vale?

—Sí, señor.

Me aclaré la garganta antes de hablar.

—Les informo de que he estado proporcionando refugio al centinela Donald Morgan durante los últimos dos días para que no fuese descubierto y capturado. Un confidente ha acudido a mí para revelarme los detalles de cómo el centinela Morgan fue víctima de una trampa en la que fue acusado del asesinato del miembro del Consejo de Veteranos LaFortier. El centinela Morgan es inocente y, es más, puedo demostrarlo.

»Estoy dispuesto a reunirme con ustedes esta noche a la puesta del sol en la isla no cartografiada al este de Chicago, en el lago Míchigan. El confidente estará allí y aportará un testimonio que exculpará al centinela Morgan e identificará al verdadero culpable del crimen.

»Permítanme ser muy claro. No rendiré al centinela Morgan a la supuesta justicia del Consejo. Vengan en paz y solucionaremos las cosas. Pero si vienen en busca de una confrontación, tengan por seguro que la encontrarán.

La auxiliar había comenzado a emitir sonidos ahogados ya en la primera frase.

—Fírmalo como «Harry Dresden» —dije.

—Hmm... Sí, señor. ¿Qui... Quiere que se lo lea?

—Por favor.

Lo hizo. Antes se oían ruidos de movimiento a su alrededor, pero según leyó en voz alta mi mensaje todos esos sonidos se sumieron en un silencio absoluto.

Cuando terminó, me preguntó con una voz diminuta y aguda:

—¿Lo he transcrito todo bien, señor?

De fondo estallaron murmullos bajos y excitados.

—Sí —le dije—. Perfecto.

Supuse que contaba con tal vez una hora antes de que apareciese alguien de Edimburgo. Tiempo suficiente para coger un taxi e ir al hospital.

De vuelta en la uci, Will dormía en la sala de espera y Georgia era la que se sentaba junto a Andi. La acompañaba una pareja de mediana edad que daba la impresión de no haber dormido mucho. Toqué en el cristal. Georgia le dijo algo a la pareja y se levantó para salir al pasillo conmigo. Parecía cansada, pero alerta. Su pelo, largo y bastante rizado, estaba recogido en una coleta.

—Harry —dijo al tiempo que me abrazaba.

Le devolví el abrazo, aunque lo corté un poco antes de tiempo.

—¿Cómo está?

Georgia me estudió antes de responder.

—Mal. Los médicos no parecen querer decirnos si va a recuperarse o no.

—Es mejor así. Si uno de ellos dijera que va a estar bien y luego no lo está...

Georgia miró a la pareja cogida de la mano que se sentaba junto a la cama de Andi.

—Lo sé. Sería cruel darnos falsas esperanzas, pero...

—Pero sigues enfadada de forma irracional porque los médicos no la han salvado aún. Sabes que no deberías, pero estás molesta de todos modos.

Asintió.

—Sí. La irracionalidad no es algo con lo que me sienta muy cómoda.

—No es irracional —dije—. Es humano.

Me regaló una pequeña sonrisa.

—Will y yo hemos hablado. Y tienes prisa.

Asentí.

—Os necesito a los dos. Ahora mismo.

—Voy a por él —dijo Georgia.

Regresamos al puerto deportivo en el todoterreno de Georgia con diez minutos de sobra con respecto a mi margen de tiempo estimado. Desde luego, quería estar en aguas abiertas para cuando empezasen a aparecer los miembros del Consejo. El agua no sería una protección perfecta contra la magia que me lanzasen, pero haría que para cualquiera fuese mucho más difícil acertarme de lleno, y eso, maldita sea, era mejor que nada.

—Vale —dije—, vosotros esperadme aquí un momento.

Will frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Necesito hablar con alguien que suele ser un poco tímido con los extraños. Es solo un minuto.

Me bajé del todoterreno y caminé por las filas de automóviles hasta que encontré

dos furgonetas aparcadas una junto a otra. Me embuté entre ellas, me llevé los dedos a los labios y emití un silbido agudo.

Hubo un zumbido y Tut-tut apareció a toda velocidad desde lo alto, se quedó planeando delante de mí, sacó su pequeña espada e hizo un saludo militar.

—¡Sí, mi señor!

—Tut, tengo dos misiones para ti.

—¡Todo de inmediato, mi señor!

—No, quiero que las hagas una a una.

Tut bajó su espada con una expresión abatida.

—Oh.

—Primero, quiero que encuentres en el lago el barco donde espera mi aprendiz. No está a más de dos o tres kilómetros de la orilla. —Me quité del cuello mi amuleto del pentáculo de plata, lo envolví en su cadena y se lo entregué a Tut-tut—. Deja esto donde ella pueda verlo enseguida.

Tut aceptó el amuleto con un gesto grave y lo sujetó bajo el brazo.

—Las órdenes serán cumplidas.

—Gracias.

Tut-tut sacó pecho y se puso un poco más recto.

—En segundo lugar —continué—, necesito saber a cuántos de la gente pequeña podrías convencer para alistarse en la guardia por una noche.

Me miró vacilante, con el gesto concentrado.

—No lo sé, lord Harry. La ración de pizza ya se ha alargado todo lo posible.

Agité una mano en el aire.

—El pago de la guardia no va a cambiar. Pediré pizza adicional para pagar los servicios de los chicos nuevos. Puedes llamarlos la Milicia del Señor de las Pizzas. Solo los necesitaremos a veces. ¿Cuántos crees que aceptarán?

Tut zumbó formando un círculo emocionado.

—¿Por ti? ¡Todos los duendes, *pixies* y hadas del rocío en doscientos kilómetros a la redonda saben que salvaste a los de nuestra clase del cautiverio de la Señora de los Ojos Fríos! ¡No hay ni uno solo que no tuviese un camarada o un pariente languideciendo en aquella prisión vil!

Lo miré, sorprendido.

—Vaya. Bien, diles que correrían un gran peligro. Diles que si desean unirse a la milicia, deberán obedecer las órdenes mientras estén en servicio. Y que les pagaré con una pizza grande por cada ochenta voluntarios.

—Eso es menos de lo que le pagas a la guardia, Harry —dijo Tut con aire de suficiencia.

—Bueno, son *amateurs*, no veteranos a tiempo completo como tú y tus hombres, ¿verdad?

—¡Sí, mi señor!

Lo observé, muy serio.

—Si logras reclutar una milicia y que actúen como se les pida, hablaremos de un ascenso para ti, Tut.

Abrió mucho los ojos.

—¿Viene con queso en el borde e ingredientes extra?

—No hablo de una pizza —dije—. Hablo de un ascenso. Consigue que se cumpla este trabajo y en adelante serás... —hice una pausa dramática— el Mayor General Tut-tut Mínimus al mando de la Élite del Señor de las Pizzas.

El cuerpo de Tut prácticamente se convulsionó en un espasmo excitado. Si de golpe hubiera aparecido un signo de exclamación amarillo gigante en el aire sobre su cabeza, no me habría sorprendido.

—¿Mayor General?

No me pude resistir.

—Sí, sí —dije con solemnidad—. Mayor General.

Dejó escapar un grito de alegría y zumbó de arriba abajo en el pequeño espacio entre las furgonetas.

—¿Qué quieres que hagamos cuando los reclute, mi señor?

—Quiero que juguéis —le dije—. Esto es lo que vamos a hacer...

Me reuní con Will y Georgia y, diez minutos más tarde, el Escarabajo Acuático volvió despacio hacia el puerto. El pequeño saltamontes atracó el barco de mi hermano en el muelle con un impacto solo medio violento. Até deprisa las amarras, y Will y Georgia saltaron a bordo. Casi antes de que los pies de Will pisaran la cubierta, yo ya estaba soltándolas de nuevo y uniéndome a ellos en el barco. Molly, por su parte, tenía el motor preparado para dar marcha atrás.

—¿Y ahora qué? —me gritó desde el timón en lo alto de la cabina.

—Utiliza la brújula del salpicadero. Uno o dos grados al sur dirección sureste. Y avísame cuando veas la isla.

—¡A la orden, capitán!

Will miró de reojo a Molly y luego a mí.

—¿«A la orden, capitán»?

Negué con la cabeza, triste.

—Marineros de agua dulce. Voy a soltarme el ancla o algo así. Hace mucho que no duermo.

—Adelante, Harry —dijo Georgia—. Te despertaremos si sucede algo.

Asentí, arrastré los pies hasta el segundo camastro y perdí el sentido de inmediato.

Alguien me sacudió dos segundos después.

—Fuera —dije.

—Lo siento, Harry —dijo Will—. Ya hemos llegado.

Solté varias palabras zafias y poco consideradas, y entonces me armé de valor y abrí los ojos. Siempre ha sido la parte más dura de despertarse. Me incorporé, y Will abandonó la estrecha cabina con una mirada fugaz a la figura inconsciente de



Morgan. Me quedé allí sintiéndome como si me hubiesen recubierto la boca con cera para coches. Tardé un segundo en identificar un sonido nuevo.

Lluvia.

Las gotas repiqueteaban sobre la cubierta del barco y el techo de la cabina.

Subí arrastrándome a cubierta sin preocuparme por que la lluvia estropease mi abrigo de cuero. Un efecto secundario muy útil de haberlo sometido al ritual preciso y exasperante para encantarlo y que así resistiese la fuerza física como si estuviera forrado de placas de acero era que además se había vuelto impermeable al agua y a las manchas. E incluso todavía transpiraba. Quiero ver a algunos maestros curtidores haciendo lo mismo.

¿Tecnología suficientemente avanzada? Y un cuerno.

Al subir al puente me fijé en el cielo. Estaba cubierto de nubes bajas de un tono gris oscuro que prometían un chaparrón largo y continuo. Toda una rareza en el verano de Chicago, que normalmente es más de tormentas violentas. El calor no había disminuido demasiado y, como consecuencia, el aire estaba lo bastante pesado y denso como para atravesarlo.

Cogí el timón de las manos de Molly, me orienté usando la brújula y la posición de la isla, ya a pocos minutos de distancia, y bostecé de forma ostentosa.

—Bueno, esto lo hace todo un poco menos agradable.

—¿La lluvia? —preguntó Molly.

Me devolvió el pentáculo. Me lo puse alrededor del cuello. Asentí.

—Tenía planeado llegar poco antes de que oscureciese.

—¿Por qué?

—Sobre todo porque he desafiado al Consejo de Veteranos a una pelea allí al ocaso —dije.

Molly se ahogó con su chicle.

La ignoré.

—No quería darles facilidades para que me tendieran una emboscada. Ah, y he arreglado con el cambiapielos el intercambio entre Thomas y Morgan. Eso sí, no conocerá el lugar de reunión hasta después. Si no, haría trampa y llegaría pronto. Parece que tiene un carácter algo cambiante.

A Molly se le escapó el juego de palabras, o tal vez fue muy buena ignorándolo.

—¿Vas a intercambiar a Morgan por Thomas?

—Qué va. Solo quiero que Melenas traiga a Thomas a la isla de una pieza para que la Corte Blanca se pueda encargar de él.

Molly se me quedó mirando.

—¿También viene la Corte Blanca?

Asentí con felicidad.

—Ellos también se la juegan en este asunto.

—Ya... —dijo ella—. ¿Y por qué crees que el Consejo de Veteranos aceptará el desafío?

—Porque les dije que iba a presentarles a un confidente que testificaría sobre quién mató de verdad a LaFortier.

—¿Tienes a alguien así? —preguntó Molly.

Le sonreí.

—No.

Me observó de nuevo, sin duda reflexionando.

—Pero el asesino no lo sabe.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Por supuesto que no, señorita Carpenter. No lo sabe. Me aseguré de que en el cuartel general del Consejo se corriera la voz de mi desafío al Consejo de Veteranos. No va a tener otro remedio que aparecer por aquí para comprobar si es posible que de verdad haya encontrado a un confidente dispuesto a revelar su identidad. Lo cual, por cierto, también proporcionaría pruebas sustanciales de la existencia del Consejo Negro.

Alzó sus cejas doradas.

—¿Qué pasa si no hay posibilidad de que exista tal confidente?

Resoplé.

—Pequeña, los grupos de este tipo, los que mutilan, matan, conspiran y traicionan, lo hacen porque aman el poder. Y, cuando juntas a gente que ama el poder, todos traen un regalo en una mano y esconden un puñal detrás en la otra. Para ellos, una espalda al descubierto es una provocación para clavarle un cuchillo. Las posibilidades de que no haya nadie en ese grupo que tenga dudas razonables y decida echarse atrás y negociar con el Consejo a cambio de algún beneficio son inferiores a cero.

Molly pareció dubitativa.

—¿Así que... él o ella pedirá ayuda al Consejo Negro?

Negué con la cabeza.

—Creo que todo esto comenzó porque el asesino tuvo un desliz y quedó expuesto ante LaFortier. Se vio obligado a eliminarlo, pero, con las enormes medidas de seguridad de Edimburgo, existía la posibilidad de que algo saliera mal. Y así fue. Todo lo demás ha sido fruto de la desesperación. Creo que si el Consejo Negro descubre que su topo ha metido la pata tan hasta el fondo, lo borrarán del mapa por sí mismos para evitar que su rastro lleve hasta ellos. —Me quedé contemplando la masa amenazadora que era Isla Demonio—. Su única opción pasa por dejar atados todos los cabos sueltos que puedan delatarlo. Va a venir esta noche, Molly. Y debe ganar. No tiene nada que perder.

—Pero los estás reuniendo a todos en un espacio cerrado, Harry —dijo Molly—. Va a ser un caos enorme.

—Una olla a presión, *padawan* —dije con un gesto de asentimiento—. El asesino está lo bastante desesperado como para actuar de manera precipitada y cometer errores. Sobre todo el error de ir demasiado lejos e incriminar también a la Corte

Blanca en la muerte de LaFortier.

Molly fijó la vista en el agua, pensando.

—Así que lo pones en un espacio cerrado junto a dos grandes grupos de poder que querrán matarlo. Su peor pesadilla debería ser que los magos y la Corte Blanca se alíen por culpa de lo que ha hecho. Y, con todo el poder que poseen, no habrá forma de que sea capaz de luchar contra todos ellos.

Le sonreí.

—Sí. Es horrible sentirse indefenso —dije—. Sobre todo para un mago, porque en general no lo estamos. O, por lo menos, solemos convencernos de ello.

—¿Crees que se derrumbará?

—Creo que vendrá. Creo que, con la presión suficiente, algo se resquebrajará en algún lado. Creo que tratará de hacer algo estúpido. Tal vez un hechizo preventivo, algo para abatir a todo el mundo antes de que se den cuenta de que hay una batalla en marcha.

—Un ataque sorpresa —dijo Molly—. Que no va a ser tal si tú sabes dónde está y qué está haciendo. ¡*Intellectus!*

Me di un toque en la sien con el dedo.

—Hay que pensar a lo grande, pequeño saltamontes.

Un trueno retumbó a lo lejos.

Suspiré.

—Thomas es capaz de navegar con mal tiempo, pero a mí no se me da bien. Esto podría ponerse muy mal enseguida. Tendremos que ir al muelle y arriesgarnos.

Navegué. Por Dios, fijaos en lo que he dicho: «navegué». El barco tenía un volante y una palanca para aumentar la velocidad. Era casi tan sencillo como un coche de choque. Por supuesto, sencillo no significa fácil, pero da igual, el proceso de encarar el barco en una dirección y hacerlo avanzar no es tan complicado como para que se merezca que lo llamen navegación.

Llevé el Escarabajo Acuático por el paso seguro a través del arrecife y atraqué. Esta vez fue mucho más suave. Will estaba esperando en la barandilla, preparado. Saltó al muelle y Georgia le lanzó las amarras.

—No piséis tierra hasta que no lo haga yo —les grité—. Quiero... digamos que presentaros.

Billy me miró de reojo.

—Ya. De acuerdo, Harry.

Bajé del puente y estaba a punto de saltar al muelle cuando, al otro extremo, apareció una figura desde detrás de un velo. Era alta, delgada, con túnica negra, capa negra y capucha negra. Levantó un viejo bastón con runas talladas, murmuró una palabra y golpeó con la punta en el suelo, rompiendo los tablones de madera.

Un disco de luz azul brillante brotó del lugar del impacto. Me dio tiempo por los pelos a concentrar mi voluntad, cruzar los brazos por las muñecas, pegados al pecho, y soltar de golpe energía tanto para activar mi brazalete escudo como para reforzar

mis defensas mentales.

Unas manchas azul intenso, púrpura y verde oscuro surgieron como nubes de humo en los lugares donde aquel anillo que se expandía golpeó a Molly, Will y Georgia. Los tres se derrumbaron y quedaron inertes sobre el muelle y el puente del barco. Mi visión se oscureció y por un momento me sentí tan cansado que resultó insoportable. Lleno de pánico, meforcé a enviar más energía a mis defensas y ese momento pasó.

La figura encapuchada permaneció inmóvil unos segundos, mirándome. Entonces habló con una voz profunda.

—Suelta el bastón, Dresden. —Unos remolinos de colores hipnóticos daban vueltas alrededor del que él llevaba. Y me apuntaba con una pistola—. Se acabó.

La lluvia caía sin parar. Me arriesgué a echar un vistazo a los otros. Seguían en el suelo, pero respiraban. La cabeza, hombros y brazos de Molly colgaban de uno de los bordes de la embarcación. Mojado, su cabello teñido de zafiro parecía mucho más oscuro. Con cada ola que golpeaba el barco, sus manos se balanceaban. Corría peligro de caer al agua.

Me volví hacia la figura encapuchada y la estudié en detalle. Las grandes capas ondeantes producen un efecto muy dramático, sobre todo si te pones de cara al viento, pero bajo una lluvia continua, de las que calan, solo parecen cosas empapadas. Con la ropa adherida al cuerpo, el aspecto de aquella figura resultaba bastante deplorable.

La humedad también hacía que la tela pareciera más oscura de lo que era. Al fijarme con más detenimiento vi leves indicios de color en ella, algo que no era en realidad negro. Un morado tan oscuro como para casi serlo.

—¿Mago Rashid? —pregunté.

Cuando el Guardián de la Puerta me miró, su bastón no titubeó ni un solo momento. Levantó una mano y se echó hacia atrás la capucha. Su rostro era alargado, de rasgos afilados y curtido como el cuero viejo. Tenía una barba corta moteada de plata, y su cabello también plateado estaba recortado al estilo cepillo. Uno de sus ojos era oscuro. El otro tenía un par de viejas cicatrices plateadas y horribles que iban desde el nacimiento del pelo hasta la mandíbula. La herida debió de haberle dejado inútil el ojo. Había sido reemplazado por algo parecido a una bola de acero inoxidable.

—Sin duda —dijo con calma.

—Debería haberte reconocido antes. No hay muchos magos más altos que yo.

—Deja a un lado el bastón, mago Dresden. Antes de que nadie más resulte herido.

—No puedo hacer eso —dije.

—Y yo no puedo permitir que retes de forma abierta al Consejo Blanco a una batalla.

—¿No? —Adelanté con fuerza mi mandíbula—. ¿Por qué no?

Su voz profunda y resonante se escuchó preocupada:

—Todavía no ha llegado tu hora.

Sentí que mis cejas se alzaban.

—¿Todavía no...?

Negó con la cabeza.

—Lugares en el tiempo. Este no es el tiempo ni es el lugar. Lo que vas a hacer va a costar vidas, entre ellas la tuya propia. No te deseo ningún mal, joven mago, pero, si no te rindes, que así sea.

Lo observé con los ojos entornados.

—Y si no hago esto, un hombre inocente va a morir. No quiero luchar contigo, pero no voy a quedarme cruzado de brazos para que el Consejo Negro mate a Morgan, siga con sus tejemanejes a escondidas y vuelva a hacer lo mismo en el futuro.

Inclinó un poco la mirada.

—¿El Consejo Negro?

—Como quieras llamarlos —dije—. La gente para la que trabaja el traidor. Los que siguen tratando de crear problemas entre los distintos poderes. Los que no paran de cambiar las cosas.

La expresión del Guardián de la Puerta resultaba ilegible.

—¿Qué cosas?

—Las cosas extrañas que hemos estado viendo. Figuras misteriosas repartiendo cinturones de lobo a agentes del FBI. Vampiros de la Corte Roja apareciendo en los combates con Intrusos en sus filas. Reinas de las hadas poniéndose en plan idealista y tratando de derribar el orden natural de las cortes. Los Unseelie sin hacer nada ante el enorme insulto de los vampiros cuando cruzaron su territorio. El ataque a Arctis Tor. Puedo pensar en media docena más aparte de estas, y solo hablo de aquellas en las que yo mismo me he visto involucrado. —Hice un amplio gesto con una mano hacia atrás, hacia Chicago—. El mundo se está volviendo más extraño y aterrador, y nosotros hemos estado tan ocupados dándonos una paliza los unos a los otros que ni siquiera nos hemos dado cuenta. Hay alguien detrás de esto.

Me contempló en silencio durante un largo rato.

—Sí —dijo al fin.

Me quedé pensativo. Se me abrió la boca por sí sola cuando me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Y tú crees que yo estoy con ellos —dije.

Hizo una pausa antes de hablar. Aunque, en realidad, casi siempre hacía la misma maldita cosa.

—Tal vez exista una razón. Añade a tu lista de alteraciones del equilibrio sucesos como el estallido de una guerra abierta entre la Corte Roja y el Consejo Blanco. Una corona Seelie que pasa de una joven reina a otra tras una sangrienta revuelta y no por voluntad de Titania. Centinelas que confraternizan de manera habitual con vampiros de la Corte Blanca. Estudiantes universitarios a los que se les enseña la magia suficiente como para que puedan convertirse en hombres lobo. La gente pequeña, las hadas salvajes, que se agrupan en bandas y se organizan. Las reliquias más poderosas de la Iglesia que desaparecen de la faz de la tierra y que, según algunos indicios, son guardadas por un mago que no practica la fe ni de boquilla y que mucho menos es creyente.

Refunfuñé.

—Sí, bueno, si lo pones de esa manera...

Mostró una leve sonrisa.

Yo alcé con solemnidad una mano.

—Te juro por mi magia —dije— que no estoy relacionado con esos lunáticos, salvo por el hecho de que trato de apagar los fuegos que no paran de provocar. Y que si acabo involucrado en asuntos cuestionables, es por la clase de cosas que suceden cuando me encuentro tan superado como suelo estarlo de forma habitual. Uno debe encontrar soluciones donde puede, no donde es correcto.

El Guardián arrugó los labios, meditabundo, evaluándome.

—Mira, ¿podemos acordar una pequeña tregua para hablar de esto? —le dije—. ¿Y para que evite que mi aprendiz se ahogue?

Su atención pasó de mí a Molly. Frunció el ceño y bajó el bastón de inmediato.

—Cinco minutos —respondió.

—Gracias.

Me di la vuelta y arrastré a Molly de nuevo al barco. Ni siquiera se movió. Una vez estuvo dormitando segura, echada en la cubierta, bajé al muelle para situarme frente al Guardián de la Puerta. Me contemplaba en silencio, sujetando el bastón con ambas manos, apoyado en él con suavidad.

—Vale —dije—. ¿Dónde está el resto del Consejo de Veteranos?

—Viniendo, supongo —contestó—. Tendrán que encontrar un medio de transporte en Chicago y averiguar cómo llegar hasta la isla.

—Pero tú no. ¿Has venido a través del Nuncamás?

Asintió con un gesto mientras sus ojos me vigilaban con mucha atención.

—Conozco un camino. He estado aquí antes.

—¿Sí? —Sacudí la cabeza—. Pensé en tratar de encontrar yo uno hasta aquí, pero no quería correr el riesgo. Esto no es precisamente una ciudad feliz como Mayberry. Dudo que tenga una conexión agradable con el Nuncamás.

El Guardián de la Puerta murmuró algo para sí en un idioma que no entendí y negó.

—Soy incapaz de decidirme —dijo—. No sé si eres el mentiroso más extraordinario que he encontrado en mi vida o si de verdad eres tan ignorante como pareces.

Lo miré. Entonces enganché el pulgar en la ridícula venda de mi cabeza.

—Tío.

Estalló en una carcajada que fue tan intensa y profunda como su voz, pero de alguna manera... lo fue más aún. No estoy seguro de cómo explicarlo. El sonido de su risa rebosaba un calor y una pureza que casi hicieron temblar el aire a su alrededor, como si hubiese brotado de una fuente de alegría concentrada e ilimitada, una jamás descubierta.

Quizá había pasado bastante tiempo desde la última vez que Rashid se había reído.

—Tú —masculló, apenas capaz de hablar por la risa—. Subido a aquel árbol. Cubierto de barro.

Sonreí casi sin darme cuenta.

—Sí, lo recuerdo.

Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas de su ojo bueno. Necesitó un momento o dos para recuperar la compostura, pero, cuando habló, su ojo resplandeció como un eco de su risa.

—Has pasado por más que la mayoría de los jóvenes —dijo—. Y también has saboreado más triunfos que ellos. Es una señal muy alentadora que aún seas capaz de reírte de ti mismo.

—Vaya, bueno —dije—, soy tan ignorante que no sé qué otra cosa podría hacer.

Me lanzó una mirada intensa.

—Desconoces lo que es este lugar.

—Está fuera del alcance de cualquier testigo inocente —dije—. Y lo conozco mejor que la mayoría de la gente que viene por aquí.

Asintió, serio.

—Supongo que es lógico.

—¿Entonces?

—¿Hmm?

Suspiré. Magos.

—Entonces, ¿qué es este lugar?

Buscó las palabras adecuadas durante un rato.

—¿Qué crees que es, aparte del evidente terreno físico y táctico?

—Bueno —dije—, sé que lo cruza una línea ley. Una energía muy oscura y peligrosa. Sé que hay un *genius loci* presente y que es fuerte de verdad y no muy amistoso. Sé que trataron de sacar adelante un pequeño pueblo aquí ligado a los intereses navieros de los Grandes Lagos, pero que salió mal. Isla Demonio los ahuyentó. O los volvió locos, al parecer.

—¿Isla Demonio? —me preguntó.

—No logré encontrar un nombre en los libros —dije—, así que le puse uno yo mismo.

—Isla Demonio —reflexionó el Guardián de la Puerta—. Es... en verdad apropiado.

—¿Y bien?

Me dedicó una sonrisa forzada.

—Nada más de lo que pudiera decir te serviría de ayuda, excepto esto: una de tus afirmaciones no es correcta. La línea ley de la que hablas no pasa por la isla. Brota de ella. La isla es su origen.

—Ah —dije—. ¿Brota de qué?

—En mi opinión, esa es una pregunta muy adecuada.

Entrecerré los párpados.

—Y no me vas a decir nada más.

Se encogió de hombros.



—Tenemos otros asuntos que discutir.

Eché la vista atrás, hacia mis amigos inconscientes.

—Sí, así es.

—Estoy dispuesto a aceptar que tus intenciones son nobles —dijo—. Sin embargo, tus acciones podrían desencadenar una serie de eventos catastróficos.

Adopté una expresión de indiferencia.

—De eso no sé nada. Lo que sí sé es que uno no debe ejecutar a un hombre por un crimen que no ha cometido. Y que, si alguien lo intenta, lo impides.

—¿Y crees que esto lo va a impedir? —preguntó el Guardián de la Puerta.

—Creo que es mi mejor opción.

—No va a salirte bien —dijo—. Si sigues presionando, todo desembocará en violencia. Va a morir gente, entre ellos tú mismo.

—Ni siquiera sabes lo que tengo en mente —dije.

—Le estás tendiendo una trampa al traidor —respondió—. Tratas de obligarlo a actuar y a revelar su identidad.

Un hombre más débil se podría haber sentido menos inteligente que hacía un momento.

—Oh.

—Y si yo puedo llegar a esa conclusión —dijo—, también puede hacerlo el traidor.

—Vale, soy tonto. Pero va a presentarse de todos modos. No puede permitirse el lujo de hacer otra cosa.

—Y vendrá preparado —dijo—. Elegirá su momento.

—Que lo haga. Tengo otros activos.

Entonces hizo algo extraño. Exhaló despacio y cerró el ojo sano. El ojo de acero brillante se movió hacia delante y hacia atrás, como si estuviese mirando algo, aunque yo solo podía saber que se estaba moviendo por las contracciones del otro párpado. Un instante después, el Guardián de la Puerta volvió a abrirlo.

—Las posibilidades de que sobrevivas son mínimas —dijo.

—¿Sí? —pregunté. Caminé más allá de él y salté del muelle a la isla. De inmediato sentí la conexión con Isla Demonio. Me di la vuelta hacia el Guardián.

—¿Y ahora?

Arrugó el gesto y entonces repitió el pequeño ritual.

Dejó escapar un sonido ahogado.

—Por la sangre del profeta —juró, abriendo el ojo para mirarme—. ¿Has... Has reclamado este lugar como santuario?

—Justo.

—¿Cómo?

—Le di un puñetazo en la nariz. Ahora somos amigos —dije.

El Guardián de la Puerta hizo un lento movimiento de negación.

—Harry —dijo en un tono cansado—. Harry, no sabes lo que has hecho.

—Me he buscado un medio para luchar.

—Sí. Hoy —respondió—. Pero siempre hay que pagar un precio por el conocimiento. Siempre.

Su párpado izquierdo temblaba mientras hablaba, igual que las cicatrices que rodeaban el orbe de acero.

—Pero seré yo el que pague el precio, no los demás.

—Sí —dijo en voz baja.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo largo, bajo la lluvia.

—Ya han pasado más de cinco minutos —dije—. ¿Cómo quieres que acabe esto?

Sacudió la cabeza.

—¿Me permites darte dos consejos?

Asentí.

—Primero —dijo—, no uses el poder de la fuente que hay en este lugar. Faltan años hasta que seas capaz de manejar algo así sin que te altere.

—No tenía intención de tocarlo —dije.

—Segundo —continuó—, debes entender que, al margen del resultado de esta confrontación, alguien morirá. Lo preferible sería que fuese el traidor, pero si muere en vez de ser capturado, nadie estará dispuesto a aceptar tu explicación de los hechos, por muy precisa que sea. Morgan será ejecutado. Hay grandes probabilidades de que tú también.

—Maldita sea, está claro que no hago esto por mí. —Él asintió—. Supongo que no estarías dispuesto a echar una mano.

—No puedo poner un pie en esta isla —dijo.

—¿Por qué no?

—Este lugar me guarda rencor —respondió.

De repente recordé la cojera estilo «arrastre-pum» de la manifestación del espíritu de la isla.

Maldición.

Se volvió hacia el muelle, detrás de él, y agitó una mano en el aire. De la nada apareció un portal circular perfecto y pulcro hacia el Nuncamás. No hubo ni un susurro ni un destello de energía malgastada. El Guardián de la Puerta me dedicó un saludo con la cabeza.

—Tus amigos despertarán dentro de un momento. Haré lo que pueda para ayudarte.

—Gracias —dije.

Negó con un gesto.

—No. Puede que la auténtica muestra de benevolencia hubiera sido matarte hoy.

Entonces dio un paso a través del portal y desapareció. El círculo se desvaneció también un instante después. Me quedé quieto allí, bajo la lluvia, y vi que los otros comenzaban a moverse. Solté un suspiro y regresé junto a ellos para ayudarlos a levantarse y para explicarles lo que estaba ocurriendo.

Teníamos que ponernos en marcha. El día no iba precisamente a durar más de lo normal y había un montón de cosas por hacer antes de que anocheciese.

Llevábamos trabajando ya tres horas cuando empecé a dejar caer cosas, a tropezarme sobre suelos lisos y a chocarme con los demás porque me había olvidado de fijarme por donde iba.

—Se acabó, Harry —dijo Georgia con firmeza—. Tu saco de dormir está en la cabaña. Descansa un poco más.

—Estoy bien —contesté.

—Harry, si te sucede algo, no habrá nadie más que se preocupe por nosotros. Necesitas ser capaz de concentrarte. Ve a dormir.

Aquello sonaba terriblemente bien, pero mi boca se abrió por su propia voluntad.

—Todavía tenemos que colocar...

Will se había puesto detrás de mí en un silencio absoluto. Con habilidad, me sujetó el brazo detrás de la espalda con una presa fuerte y lo retorció con cuidado. No me dolió hasta que se apoyó un poco en mí y tuve que caminar hacia delante para reducir la presión.

—Ya has oído a la dama —dijo—. Podemos terminar lo que queda por nuestra cuenta. Te despertaremos si sucede algo.

Resoplé, me giré y desequilibré a Will con mi cadera para liberarme de su llave. Will podría haberme roto el brazo para mantenerme sujeto, pero me soltó antes de eso.

—Está bien, está bien —dije—. Voy.

Arrastré los pies hasta la cabaña y me derrumbé en un saco de dormir que había extendido sobre un aislante de espuma.

Cuatro horas más tarde, cuando Will me sacudió para despertarme, seguía tumbado justo en la misma posición. La última luz de la tarde se filtraba desde el oeste en la cabaña medio derruida. Morgan descansaba en su propio catre, hecho con el colchón de espuma del camastro del Escarabajo Acuático. Tenía los ojos cerrados y su respiración era uniforme. Will debía de haberlo subido a cuevas desde el barco.

—Vale —dije, arrastrando las palabras—. Estoy despierto, estoy despierto.

—Georgia ha estado patrullando la costa —me informó—. Dice que se acerca un barco.

El corazón se me aceleró y el estómago me dio un vuelco. Tragué saliva, cerré los ojos y me imaginé una tranquila playa tropical en un esfuerzo por calmar mis pensamientos. Por desgracia, la playa terminó invadida por zombis vampiros cambiaformas con bocas en las palmas de las manos.

—De acuerdo, esto no me sirve —me dije, disgustado y somnoliento. Me puse en pie y empecé a recoger mis cosas—. ¿De dónde viene?

—Del oeste.

—Entonces tendrá que rodear un tercio de la isla para pasar a través de los

arrecifes. —Bostecé—. ¿Dónde está Georgia?

Unas garras rasparon sobre la tierra endurecida. Un gran lobo rojizo apareció en el umbral, se sentó y me miró con las orejas hacia delante.

—Buen trabajo —le dije—. ¿Molly?

—Aquí, Harry —dijo mi aprendiz, entrando a toda prisa en la cabaña. Llevaba un cristal de cuarzo blanco de unos cinco centímetros de espesor y treinta de largo.

—Manos a la obra, pequeño saltamontes. No dudes en utilizar el cristal si las cosas se ponen feas. Y buena suerte.

Asintió muy seria y se colocó al lado de Morgan. Extendió una mano, tomó la de él, inerte, adoptó una expresión concentrada y ambos desaparecieron bajo uno de sus maravillosos velos.

—Que Dios esté con vosotros, Harry —dijo su voz, salida de la nada.

—Will, ponte el uniforme. —Me volví hacia él y me encontré en su lugar a un lobo corpulento de pelaje oscuro, sentado ante mí junto a una pila de ropa—. Ah, vale.

Revisé mi equipo, mis bolsillos y los cordones de mis zapatos y me di cuenta de que ya había cruzado la línea divisoria entre asegurarme que estaba preparado y tratar de posponer lo inevitable. Me enderecé, asentí y eché a andar hacia la puerta de la cabaña.

—Vamos, gente. Hora de la fiesta.

La enorme extensión del lago se estaba oscureciendo. El crepúsculo es una experiencia muy diferente cuando te encuentras lejos de las luces de una ciudad o un pueblo. La civilización moderna nos baña con su luz durante las horas de oscuridad: carteles luminosos, farolas, faros de vehículos, luces de aviones, luces de neón, luces del interior de las casas y de los negocios o focos estroboscópicos que cruzan el cielo. Son una parte tan importante de nuestras vidas que la oscuridad de la noche apenas figura en nuestro pensamiento diario. Nos burlamos de la falta de valor del otro acusándolo de tener miedo a la oscuridad a la vez que nos esforzamos por volver nuestras luces más brillantes, por aumentar su eficiencia energética y por hacerlas más baratas y más duraderas.

Hay poder en la noche. Hay terror en la oscuridad. A pesar de toda nuestra historia acumulada, de tanto aprendizaje y experiencia, recordamos. Recordamos cuando éramos demasiado pequeños para llegar al interruptor de la luz de la pared, cuando la propia oscuridad era suficiente para hacernos llorar de miedo.

Aléjate lo bastante de la civilización, por ejemplo, kilómetros y kilómetros en un lago sin luces, y encontrarás la oscuridad allí, esperándote. El crepúsculo significa mucho más que llamar a los niños que están jugando en la calle para que vuelvan dentro. La luz que se desvanece significa algo más que el final de otro día. La noche es el momento en que cosas terribles emergen de su sueño para buscar carne fresca, sangre caliente. La noche es cuando seres invisibles a los que no les importa lo que nuestra gente ha construido y que no tienen cabida en lo que hemos considerado el

orden natural contemplan nuestro mundo desde fuera, alimentando pensamientos oscuros y extraños.

Y a veces, solo a veces, hacen cosas.

Bajé las antiguas colinas de Isla Demonio y fui muy consciente de aquel hecho. La noche no estaba cayendo, se estaba afilando las garras.

Caminé solo hasta el final del muelle flotante. Billy y Georgia se quedaron atrás, en el bosque. No te das cuenta de lo furtivo que puede llegar a ser un lobo hasta que no has visto a uno en acción. Los lobos que actúan con inteligencia humana, y una excepcional además, pueden ser casi invisibles cuando quieren.

Una embarcación rodeaba en ese momento la boya que marcaba la ruta a través del arrecife. Era un barco blanco de alquiler, de unos seis metros de largo y acondicionado para el esquí acuático, idéntico a los muchos disponibles en la zona para los turistas. El viento había aumentado, procedente del suroeste, y el lago se estaba agitando. El barco se lo tomaba con calma y daba saltos abruptos por culpa de las olas, haciendo que salpicara un poco de espuma.

Observé cómo se acercaba durante los últimos cien metros hasta que logré distinguir quién iba a bordo. El barco era bastante nuevo. El motor hacía un ruido extraño, un renquear que servía para identificar a los ocupantes. El Consejo Blanco, al parecer, había llegado a tiempo.

Ebenazar McCoy manejaba el timón del barco, y su cabeza calva brillaba bajo la lluvia. Escucha el Viento se sentaba en el asiento del pasajero. Llevaba un poncho para la lluvia, se agarraba al borde de la embarcación con una mano y al salpicadero que estaba delante de él con la otra. Su rostro marcado por el tiempo mostraba un gesto sombrío.

En el centro del banco trasero había una figura diminuta que llevaba un vestido de seda blanca bordado con flores rojas. Anciana Mai era china y parecía tan delicada y frágil como una taza de té hecha con cáscara de huevo. Su cabello era de un blanco puro, largo, recogido con una serie de peinetas de jade. Aunque era vieja, incluso para los estándares del Consejo Blanco, todavía conservaba una parte considerable de lo que en su juventud habría sido una belleza etérea e inquietante. Su expresión era serena y sus ojos oscuros, penetrantes y despiadados.

Me daba miedo.

Dos centinelas veteranos se sentaban a ambos lados de Anciana Mai, severos con sus capas grises, y tres más estaban sentados o en cuclillas en otros lugares del barco. Todos ellos pertenecían al duro batallón que había estado a la espera en Edimburgo. Iban armados hasta los dientes y sus expresiones mostraban que aquello era un asunto serio. Al parecer, Anciana Mai los asustaba al menos tanto como a mí; uno de ellos la cubría con un paraguas.

Esperé al final del muelle e invité a Ebenazar con un gesto a atracar en el lado opuesto del Escarabajo Acuático. Manejaba el barco con mucha más habilidad de la que yo había demostrado. Apagó aquel achacoso motor mientras la embarcación aún

se movía y se levantó para lanzarme una amarra. La cogí y até el barco al muelle sin apartar los ojos de ninguno de sus ocupantes. Nadie habló. Una vez que el motor se sumió en el silencio, solo se oyeron la lluvia y el viento.

—Buenas noches —me aventuré a decir, saludando a Ebenezar con la cabeza.

Él me miraba duramente, con el ceño fruncido. Vi cómo sus ojos examinaban la costa y volvían a mí.

—Hoss —dijo.

Se levantó y saltó al muelle. Uno de los centinelas le arrojó otra amarra, y él aseguró la parte trasera de la embarcación. Entonces se acercó a mí y me ofreció su mano. Se la estreché.

—¿Rashid? —susurró tan bajo que apenas pude oírlo con la lluvia.

—Con nosotros —le respondí igual de bajo, intentando no mover los labios.

Respondió con una pequeña inclinación de cabeza y entonces se volvió para llamar a los otros. Los centinelas y los miembros del Consejo de Veteranos empezaron a apearse del barco. Caminé por el muelle junto a Ebenezar, observando a los centinelas por encima de mi hombro. Eran el tipo de hombres y mujeres que no tenían prejuicio alguno con respecto a la violencia, mágica o de cualquier clase. Si decidían que la mejor manera de lidiar conmigo era dispararme por la espalda, no lo dudarían.

Salté del muelle de nuevo a la isla y de inmediato sentí la presencia de Isla Demonio. Por el momento, las únicas personas en la isla eran las que yo había traído conmigo.

Ebenezar me siguió, y lo percibí en el mismo preciso instante en que pisó la orilla. No era como si alguien me lo hubiese susurrado al oído. Tan solo lo supe, lo sentí, de la misma manera que uno sabe cuando una hormiga le está caminando por el brazo. Ebenezar se detuvo un paso después y yo seguí avanzando hasta quedar a unos tres metros de distancia. Me volví hacia el grupo cuando bajaron del muelle y pusieron los pies en la orilla. Los mantuve controlados a través de la conexión con la isla, asegurándome de que no había centinelas escondidos tras un velo para aparecer detrás de mí y golpearme en la nuca como a un conejo.

Ebenezar, Anciana Mai y Escucha el Viento, cuya expresión tenía un leve aire sombrío, se mantuvieron el uno al lado del otro, frente a mí. Los centinelas se desplegaron detrás de ellos, observando con ojos cautelosos cada vía posible de aproximación, incluido el lago.

—Bien, mago Dresden —comenzó Ebenezar. Se apoyó en su bastón y me miró, afable—. Recibimos tu nota.

—Me lo imaginaba —dije—. ¿Llegasteis a leer la parte en la que decía que si queráis pelea, la tendríais?

Los centinelas no sacaron los dientes y empezaron a gruñir, pero les faltó poco.

—Ajá, ajá —dijo Ebenezar—. Pensé que resultaría más beneficioso si pudiéramos hablar primero las cosas.

—Sin duda —dijo Anciana Mai. Su voz resultaba demasiado suave y demasiado confiada como para pertenecer a la persona pequeña y frágil que hablaba—. Siempre podemos matarte después.

Y yo no empecé a sudar a borbotones, pero me faltó poco.

—Desde luego, la ausencia de respeto que has mostrado al Consejo Blanco merece algún tipo de respuesta —continuó—. No te ilusiones pensando que hemos acudido aquí porque no tenemos más opciones.

Ebenezar dedicó a Mai una mirada sosegada.

—Al mismo tiempo —dijo él—, tu reputación como investigador no tiene rival en el Consejo. Eso, sumado a la naturaleza de tu relación con el presunto asesino, es razón suficiente para escuchar lo que tengas que decir.

—Mago Dresden —intervino Escucha el Viento—, dijiste que tenías pruebas de la inocencia de Morgan. Dijiste que tenías un testigo.

—Y más —contesté.

—¿Dónde están?

—Tenemos que esperar un momento hasta que llegue todo el mundo —dije.

Anciana Mai entrecerró los ojos. Los centinelas se pusieron aún más alerta, se distanciaron un poco entre ellos y colocaron las manos en su armamento.

—¿Quiénes son los demás, Hoss? —preguntó Ebenezar.

—Todos los implicados de forma directa en este complot —respondí—. El centinela Morgan no ha sido el único chivo expiatorio. Cuando logréis localizar el origen del dinero encontrado en la cuenta de Morgan, averiguaréis que se trata de una empresa propiedad de la Corte Blanca.

Escucha el Viento frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—He investigado —contesté—. Y, tras seguir investigando, llegué a la conclusión de que era probable que ese dinero se hubiera movido sin el conocimiento de los líderes de la Corte Blanca. El culpable no solo deseaba la muerte de LaFortier y que se acusara al centinela Morgan, sino que también quería manipular al Consejo para que renovase las hostilidades con las cortes vampíricas.

Cuando dije eso, los centinelas intercambiaron miradas entre ellos. Estaba cada vez más oscuro y tenía problemas para distinguir sus expresiones. No obstante, vi que el rostro de Escucha el Viento se mostraba pensativo.

—¿Y hay pruebas de ello? —me preguntó.

—Pienso que las habrá —contesté—. Pero es posible que lleve tiempo encontrarlas, más que la duración del juicio injusto y la ejecución inmerecida de Morgan, en cualquier caso.

Anciana Mai sonrió de repente. Su expresión tenía toda la alegría y la vitalidad de la porcelana congelada.

—En otras palabras —dijo—, cualesquiera que fuesen las medidas adoptadas para velar a Morgan de nuestros hechizos de seguimiento estaban llegando ya a su límite,



y eso te obligó a organizar esta reunión.

Tuve que esforzarme mucho para no temblar. Lo único peor que alguien que da miedo es alguien inteligente que da miedo.

Mai se volvió hacia Ebenezar.

—Parece obvio que Dresden se halla implicado de algún modo en esta trama, y si él está aquí, es probable que Morgan se encuentre cerca. Arresta a Dresden y reanuda de inmediato los intentos de localizar a Morgan. Podemos atender este asunto de una manera correcta y ordenada de vuelta en Edimburgo.

Ebenezar miró a Mai y luego a Escucha el Viento.

El viejo curandero me observó durante un rato y a continuación levantó un dedo manchado de tinta para apartar unos cuantos pelos sueltos que se le habían pegado a la cara por la lluvia. Se apoyó en su bastón y contempló con expresión distante la isla a su alrededor durante un largo momento.

—No hubo mención de que fuesen a estar presentes otras partes —dijo por fin—. Esto es un asunto del Consejo y de nadie más. Añadir representantes de la Corte Blanca a esta... reunión podría resultar tan desastroso como esa guerra que afirmas estar tratando de evitar, mago Dresden.

La mandíbula de Ebenezar se tensó.

—Eso no es lo mismo que decir que deberíamos arrestarlo.

Escucha el Viento se volvió hacia él, impassible.

—Si lo que dice es cierto, la verdad saldrá a la luz. Podemos aplazar el juicio para que, si existe esa evidencia, se pueda encontrar.

—Sabes tan bien como yo —dijo Ebenezar— que la verdad no va a cambiar el resultado del juicio.

La voz de Escucha el Viento se tornó dura y áspera, cargada de una ira profunda y ardiente que nunca antes había percibido en el anciano.

—Está el mundo que debería ser, y está el mundo que es. Solo vivimos en uno.

—Y debemos crear el otro —replicó Ebenezar—, si es que alguna vez ha de ser.

Escucha el Viento bajó la vista y negó con la cabeza. Pareció muy anciano y muy cansado.

—No quedan buenas sendas por tomar, viejo amigo —dijo en voz baja—. Lo único que podemos hacer es elegir si mueren muchos o solo unos pocos. —Me miró con dureza—. Lo siento, Hoss Dresden, pero debo mostrarme de acuerdo. Arrestadlo.

Isla Demonio me permitió sentir la presencia de Billy y Georgia moviéndose furtivamente para acercarse más. Irradiaban un halo incierto de excitación que bien podría haber sido tensión, miedo o rabia. Mi idea respecto a las emociones de los centinelas era mucho más vaga, pero notaba que no ardían en deseos de iniciar una pelea conmigo.

Me dieron ganas de echarme a reír. Vamos, en serio. Uno a uno, de acuerdo, tal vez les resultaría duro de pelar. Sin embargo, había tres miembros del Consejo de Veteranos allí, y cualquiera de ellos podría hacerme pedacitos. Además me superaban en número por cinco a uno.

Entonces me di cuenta. Trataban con una amenaza mayor que yo, el mago Harry Dresden cuyo viejo Volkswagen destartado se encontraba en ese momento en el depósito de la ciudad. Estaban tratando con el potencial hechicero, el demoníaco señor oscuro de pesadilla que se habían ocupado de temer desde que había cumplido los dieciséis años. Estaban tratando con el mago que se había enfrentado a los herederos de Kemmler montado en un dinosaurio zombi y había salido victorioso de una batalla de la que habían sido eliminados Morgan y la capitana Luccio antes siquiera de que pudiesen luchar. Trataban con el hombre que había lanzado un desafío al Consejo de Veteranos al completo y que encima se había presentado, al parecer dispuesto a luchar... a orillas de una espeluznante isla perdida en mitad de un mar de agua dulce.

Vale, técnicamente yo era esa persona, pero no tenían ni idea de lo poco que me había faltado para no poder contar algunas de aquellas historias. No conocían los pequeños detalles, los caprichos del destino o la ayuda de aliados que era probable que no mereciese y que me habían permitido escapar más o menos de una pieza de aquellas brumas de locura.

Solo sabían que era el que al final había quedado en pie, y ese hecho les inspiraba un temor saludable y racional. Es más, tenían miedo de lo que sería capaz de hacer y no conocían. Desde luego, ninguno de ellos imaginaba que preferiría estar de vuelta en mi casa, leyendo un buen libro y bebiéndome una cerveza fría.

No me moví cuando Escucha el Viento realizó su afirmación. Tan solo me quedé allí como si no estuviese impresionado. Era evidente que habían enviado a aquellos tres miembros del Consejo de Veteranos como una especie de *quorum*, e imaginaban que la palabra de dos de ellos sería suficiente para decidir la senda a seguir. Sin embargo, el mayor de los centinelas presentes, un tipo enorme con una gran barba negra, cuyo nombre era Beorg, Yorg o Bjorn (algo escandinavo, eso seguro), se volvió para mirar a Ebenezar.

El mago de las montañas Ozark me contemplaba con una pequeña sonrisa dibujada en la cara. Reconocí aquella sonrisa. Cuando me había mudado a vivir con

él hacía tiempo, tras haber matado a mi padre adoptivo, íbamos a la ciudad cada semana para comprar suministros. Un grupo de adolescentes aburridos había reaccionado con el poco seso típico de su edad ante la presencia de un chico nuevo. Uno de ellos había tratado de buscar pelea conmigo.

Recuerdo que en aquel momento me había sentido molesto por la distracción de mi día a día. Acababa de borrar del mapa a un gran demonio y a un antiguo centinela del Consejo Blanco en un par de peleas justas, y los matones adolescentes locales no me merecían la menor atención. Para aquellos chicos solo era un juego. Yo me había hecho mayor demasiado rápido. Podría haberlos matado sin demasiados problemas, a todos, pero solo pensarlo resultaba ridículo. Habría sido como usar un lanzallamas para limpiar las telarañas de la casa.

Me había quedado firme ante ellos, solo mirándolos mientras trataban de provocarme con sus burlas para empezar una pelea. No me había movido ni había dicho ni hecho nada. Solo había permanecido allí, tras un muro de silencio y quietud, hasta que el silencio se había vuelto más y más denso. Tanto, que al final había podido con ellos y yo me había limitado a pasar de largo y seguir mi camino.

Ahora estaba haciendo otra vez lo mismo, dejando que el silencio alimentara su incertidumbre.

Mi mirada se encontró con la de Ebenezar. Ambos sonreímos un poco al recordar aquel suceso.

—Bueno, señores —dijo él, volviéndose hacia los centinelas—, habéis oído la voluntad del Consejo tal y como es. No obstante, debéis ser advertidos de que, dado que estaríais haciendo algo estúpido a instancias de alguien que actúa de manera estúpida, no contaréis con mi apoyo.

Mai giró de golpe la vista hacia Ebenezar.

—¡McCoy!

Ebenezar inclinó la cabeza en su dirección.

—Maga Mai, te aconsejaría no buscar pelea con el joven. Es un luchador hábil.

La anciana levantó la barbilla, altiva.

—En realidad no fue tu aprendiz. Solo lo vigilaste durante apenas dos años.

—Y llegué a conocerlo —dijo Ebenezar. Se volvió hacia Escucha el Viento—. ¿Qué pensaba de él ese cachorro de mapache que tenías? No paras de decir lo buenos jueces del carácter humano que son los animales jóvenes. ¿Es la clase de hombre que se involucraría en una trama como esta? Conoces muy bien la respuesta.

Escucha el Viento hizo un movimiento de negación, cansado.

—No se trata de eso, y lo sabes.

—Si no nos ayudas a reducirlo —dijo Mai con la voz crispada y siseante por la tensión—, podría considerarse como traición, mago McCoy.

—Te estoy ayudando. Te ayudo al aconsejarte que evites el conflicto —dijo Ebenezar. Hizo una pausa y añadió—: Tal vez podrías tratar de pedirselo.

—¿Disculpa? —dijo Mai.

—Pedírselo —repitió Ebenezer. Enganchó un dedo a uno de los tirantes de su peto—. Pedirle de forma educada que te acompañe de vuelta a Edimburgo. Tal vez coopere.

—No se moleste, señor —dije yo—. No lo haré.

—Anciana Mai —resonó la voz del centinela Bjork—, si hace el favor de regresar al barco, nosotros nos encargaremos de esto.

Me quedé justo donde estaba, deseando que los demás llegaran pronto. No quería empezar el baile hasta que todos estuviesen en la pista, pero si los centinelas me presionaban podría verme obligado a ello.

—Anciana Mai —repitió el centinela Yorgi—, ¿desea que...?

No llegó a terminar la frase. Hubo un sonido ensordecedor y un helicóptero surcó la colina detrás de nosotros a unos cinco centímetros de las copas de los árboles. Pasó de largo antes de virar para dar la vuelta sobre el lago y regresar a la isla. Quedó suspendido diez metros por encima de la línea de costa, tal vez a un centenar de metros de nosotros.

En las películas, los chicos de las fuerzas especiales descienden de los helicópteros con cuerdas. Incluso yo mismo fui una vez un chico de la cuerda, o más o menos, porque era más un saco de carne que un Navy SEAL. Sin embargo, cuando los que saltan del helicóptero son vampiros, prescindes de algunas cuerdas.

O de todas.

Mientras el helicóptero permanecía suspendido en lo alto, tres figuras de blanco saltaron desde él, dieron una vuelta perfecta en el aire y aterrizaron juntas, agachadas en pose de bailarín. Se levantaron con un movimiento tan hermoso, suave y coordinado como cualquier cosa que hayas podido ver en el Circo del Sol.

Lara y sus dos hermanas caminaron hacia nosotros, y tan solo eso ya se les daba bien. Las curvas de Lara destacaban bajo su vestido blanco, sobre el que se cruzaban dos correas de cuero negro a la altura de las caderas. Una pistola en su funda colgaba de una de las correas. La otra portaba una espada, un estoque genuino cuya empuñadura gastada daba a entender que había sido usada de verdad. Su largo pelo negro estaba recogido en una redecilla, y la parte superior de su cabeza estaba cubierta por un trozo de tela blanca, con una estética muy al estilo gitano. Llevaba un collar de platino puro que parecía brillar por sí mismo incluso en aquella luz menguante, y de él colgaba un gran rubí rojo.

Resultaba imposible no apreciar las curvas maravillosamente femeninas de su cuerpo mientras caminaba, el cimbreo casual de sus caderas de lado a lado, enfatizando con cada movimiento el hecho de que llevaba unas armas mortales. Teniendo en cuenta que la lluvia caía sobre su vestido blanco, había otro montón de cosas de Lara que resultaba imposible no apreciar.

Como que, aparte de las armas y los zapatos, solo llevaba encima el vestido.

Me concentré en evitar que mi lengua me colgase por debajo de la barbilla y obligué a mis ojos a mirar hacia otra parte.

Sus hermanas llevaban un equipamiento distinto. Aunque también vestían de blanco, ambas lucían lo que parecían monos de cuero de motoristas. No los de los moteros americanos típicos, sino más bien los de los motociclistas profesionales de carreras. Parecían de alta tecnología y estaban sin duda blindados. En los normales, el armazón es de plástico grueso para proteger al piloto en caso de colisión o caída. Hubiera apostado lo que fuese a que los monos de las Raith habían sido mejorados con un material mucho más duro. También iban equipadas con armas de mano, tanto antiguas como actuales. Llevaban el cabello recogido y, al igual que Lara, su piel era pálida, sus ojos enormes y grises y sus labios oscuros y sugerentes.

Contemplé cómo las tres hermanas Raith se acercaban y pensé que, si había justicia en el universo, alguna vez vería aquello a cámara lenta.

Pobre de mí.

Vi por el rabillo del ojo que Mai, con parsimonia, le hacía un gesto con una mano al centinela Berserker gang para que se estuviera quieto. No me sorprendió. Mai tenía unos conceptos muy sólidos sobre las normas adecuadas de comportamiento y sobre cómo debían seguirse. Nunca habría consentido que nadie ajeno al Consejo presenciase una división entre sus miembros.

Lara se detuvo a unos seis metros de nosotros y sus hermanas, a un paso detrás de ella. Sus ojos estaban fijos en los centinelas, los cuales a su vez permanecían impávidos y atentos a las vampiras.

—Harry —dijo Lara con un tono cálido, como si acabáramos de encontrarnos en mitad de una agradable velada nocturna—, eres un hombre muy muy malo. No me dijiste que tuviera que compartirte con otros esta noche.

—¿Qué puedo responder? —dije, volviéndome hacia Lara. Le sonreí e incliné la cabeza sin apartar los ojos de ella. Esta paranoia era más agradable que la que sentía hacia los centinelas, pero no menos precavida—. Solía ser un alma confiada y gentil, pero los rigores de este mundo cruel me han vuelto cauto y cínico.

Lara paseó su mirada entre los centinelas y yo, reflexiva. Entonces les sonrió con una dulzura que habría derretido una placa de acero y avanzó hacia mí. De algún modo, convertía sus contoneos en algo de una femineidad perfecta. Extendió ambas manos cuando me tuvo cerca.

Yo también sonreía, pero mi sonrisa era mucho más tensa y artificial.

—Tienes que estar de broma —murmuré entre dientes.

Ella bajó la vista con recato y su sonrisa se redujo a una pequeña mueca de suficiencia.

—Sé amable conmigo, mago mío, y te devolveré el favor —susurró.

No creo que vacilara demasiado antes de ofrecerle mis manos. Las estrechamos. Sus dedos eran suaves como la seda y muy fríos. Sonrió, radiante, e inclinó la cabeza hacia mí. Un gesto lento, formal, lleno de gracia.

Entonces, antes de que pudiese parpadear y mucho menos moverme, me dio un bofetón en la boca.

Lo hizo con la mano abierta, y eso evitó que el golpe fuese mortal. Aun así, fue como si me hubiera atizado con un bate. Me hizo retroceder varios pasos, dando vueltas sobre mí mismo como si estuviese borracho, y terminé con mi culo en el suelo a tres metros de distancia.

—Nos has mentido de nuevo —espetó—. Nos has usado. Ya he tenido suficiente de tus engaños, mago.

Me quedé allí sentado en el suelo con la boca abierta, preguntándome si mi mandíbula empezaría a mecerse con la brisa naciente como si fuera de gelatina.

La furia emanaba de Lara como un aura gélida, y cada fibra de su ser parecía dispuesta a la violencia. Me tenía frente a ella mientras los miembros del Consejo estaban a su izquierda y la oscuridad del bosque a la derecha. Me concentré en mi brazalete escudo, convencido de que existían muchas posibilidades de que estuviera a punto de sacar su arma y dispararme.

—Si mi hermano no me es devuelto ileso esta noche, habrá sangre entre nosotros —continuó con una voz fría y letal—. Mi honor no será satisfecho hasta que uno de nosotros yazca muerto en el terreno de duelo.

Me guiñó el ojo derecho.

—¿Lo comprendes? —exigió saber.

—Ah —mascullé, tratando de mover la mandíbula. Al parecer estaba entera—. Sí. Mensaje recibido.

—Niño arrogante —dijo, y escupió en el suelo a mi lado.

Me dio la espalda y caminó decidida hacia los miembros del Consejo de Veteranos. Se detuvo a unos tres metros de Anciana Mai, lo justo para que los centinelas de detrás de ella no decidiesen reaccionar lanzando truenos y furia. Adoptó una educada pose llena de gracia y, acto seguido, hizo una profunda reverencia ante ella.

El rostro de Mai no reveló nada. Se limitó a devolverle el gesto, pero inclinándose menos.

—Es un placer conocerla en persona —dijo Lara—. Usted debe de ser Anciana Mai.

—Lara Raith —respondió Mai—. No había previsto su presencia en esta reunión.

—Ni yo la suya. —Me lanzó una mirada de disgusto—. La cortesía, al parecer, es una mercancía devaluada en este mundo. —Volvió a inclinarse, esta vez ante Ebenezer y Escucha el Viento, y los saludó por su nombre—. Su reputación, señores, les precede.

Indio Joe asintió sin decir nada.

—Señora Raith —dijo Ebenezer sin alterarse—, toque de nuevo a ese muchacho y lo único que le quedará a su familia para enterrar serán esos zapatos de quinientos dólares.

—*Ai ya* —dijo Anciana Mai en un tono sin emoción alguna.

Lara se quedó inmóvil un momento ante la afirmación de Ebenezer. No es que la

inquietase precisamente, pero le echó otro vistazo a mi antiguo maestro e inclinó la cabeza.

—Señores, señora, es obvio que tenemos problemas urgentes que han de ser abordados. Resulta igual de obvio que ninguno de nosotros preveía la presencia de los otros, y un incidente violento no beneficiaría a nadie. En nombre de la Corte Blanca, propongo un acuerdo formal de no agresión para esta reunión.

Anciana Mai le lanzó una mirada dura a Ebenezer, y entonces alzó un poco la barbilla y apartó la vista. De alguna manera, daba la impresión de que lo había expulsado formalmente de su realidad.

—De acuerdo —dijo—. En nombre del Consejo, acepto la propuesta.

Me las arreglé para recuperar la verticalidad, tambaleándome. Parecía como si Lara me hubiese partido la cabeza en dos mitades y tenía un moratón en forma de mano en la mejilla, pero no iba a quedarme allí sentado quejándome porque me había pegado una chica. Claro que la chica tenía cientos de años de edad y podría cambiar los neumáticos de un camión de bomberos sin utilizar un gato, pero era una cuestión de principios. Ya en pie, caminé con cuidado hasta colocarme junto a Ebenezer, frente a las vampiras. Uno de los centinelas me dejó un poco de hueco. Toda su atención se centraba en Lara y sus hermanas.

Je. Se sentían mucho más cómodos conmigo cuando me enfrentaba al enemigo en lugar de a ellos. Traté de mantener un parte de mi consciencia centrada en Isla Demonio. Había hecho todo lo que había podido para reunir a aquel grupo. Confiaba en lo que había supuesto sobre el asesino para llevarlo a la siguiente fase, pero, hasta que apareciera, debía seguir tensando la cuerda tanto con Lara como con el Consejo.

La mejor manera de hacerlo, de momento, era guardar silencio y dejar que hablaran ellos.

—Supongo que lo primero que debemos hacer es compartir información —le dijo Lara a Anciana Mai—. ¿Preferiría usted que empezara yo?

Mai lo consideró un instante e hizo una inclinación a modo de leve asentimiento.

Lara procedió sin más trámite.

—Mi hermano, Thomas Raith, ha sido capturado por un cambiapielos, uno de los antiguos *naagloshii*. El cambiapielos ha propuesto un intercambio, mi hermano por el centinela Donald Morgan.

Mai torció la cabeza hacia un lado.

—¿De qué manera está Dresden involucrado en este asunto?

—Asegura que está tratando de demostrar la inocencia del centinela Morgan en alguna clase de asunto interno del Consejo. Como gesto de buena voluntad hacia el Consejo y con el fin de ayudar a mantener la paz en Chicago, había dado instrucciones a mi hermano para que le proporcionase a Dresden una ayuda razonable y de bajo riesgo. —Me miró—. Dresden ha abusado de mis buenas intenciones de forma repetida. En esta ocasión, de alguna manera involucró a mi hermano en su investigación y Thomas fue emboscado por el cambiapielos.

—¿Y eso es todo? —preguntó Mai.

Lara me miró llena de furia y, de una forma muy evidente, pareció forzarse a hacer una pausa para pensar.

—Afirma que un tercero se halla tras la difícil situación del centinela Morgan y que intenta que la Corte y el Consejo se enfrenten. Para mi sorpresa, de momento mi propia investigación no ha demostrado que sus especulaciones sean mentira. Parece posible que uno de mis directores financieros haya sido de alguna manera obligado a malversar el saldo de una considerable cuenta corriente. Dresden afirma que el dinero fue transferido a una cuenta que se hizo aparecer como perteneciente al centinela Morgan.

Mai asintió.

—¿Y lo era?

Lara se encogió de hombros con elegancia.

—Es posible. Mi gente está trabajando en encontrar evidencias que aclaren con mayor precisión lo que ocurrió.

Mai asintió. Permaneció inmóvil durante unos segundos antes de hablar.

—A pesar del cuidado con el que ha esquivado usted el asunto, sabe de forma precisa la razón por la que estamos aquí. —Lara sonrió de una manera muy sutil—. La historia que cuenta Dresden carece de la credibilidad propia de lo simple —continuó Mai—. A pesar del cuidado con el que ha evitado usted usar las palabras exactas, parece que quiere hacernos creer que la Corte Blanca no estaba involucrada en el asunto de la muerte de LaFortier. Por lo tanto, su historia también carece de la credibilidad propia de lo simple.

—Según mi experiencia, los asuntos de estado rara vez son simples —respondió Lara.

Mai agitó una mano, un pequeño gesto que de alguna manera transmitía que estaba de acuerdo.

—Sin embargo —siguió Mai—, dada la historia reciente, las acciones de un enemigo conocido son una causa más probable del asesinato de LaFortier que las de algún posible tercer grupo sin nombre ni rostro.

—Por supuesto. Ustedes son, después de todo, magos —dijo Lara sin rastro perceptible de ironía—. Ustedes son los poseedores de grandes secretos. Si hubiera tal grupo, sin duda conocerían de su existencia.

—Es posible que esté juzgando de forma injusta a su gente al acusarlos de planear la muerte de LaFortier —respondió Mai. Su voz sonó con una profunda tranquilidad—. Ustedes son, después de todo, vampiros, y son bien conocidos por su naturaleza honesta y gentil.

Lara inclinó la cabeza con una sonrisa leve.

—En cualquier caso, aquí estamos.

—Eso parece incuestionable.

—Mi objetivo es que mi hermano regrese sano y salvo.



Mai sacudió la cabeza con convicción.

—El Consejo Blanco no entregará a uno de los nuestros.

—Me parece —dijo Lara— que el centinela Morgan no se encuentra en su compañía.

—Una situación transitoria —dijo Mai. No llegó a mirarme, pero estuve seguro de que el acero cortante de su voz iba dirigido a mí.

—Entonces tal vez sea preciso un esfuerzo de cooperación —dijo Lara—. No es necesario permitir que el cambiapielos se lleve al centinela.

—Los que se alían con la Corte Blanca acaban arrepintiéndose —respondió Mai—. El Consejo no tiene la obligación de ayudarla a usted ni a su hermano.

—¿A pesar de los recientes actos en beneficio del Consejo por parte de mi rey y su Corte? —preguntó Lara.

Mai la miró sin pestañear y no respondió nada.

—Thomas es de mi sangre —añadió Lara, impasible—. Haré lo necesario para recuperarlo.

—Valoro su lealtad —dijo Mai en un tono que sugería lo contrario—. Sin embargo, el deseo del cambiapielos de realizar un intercambio difícilmente guarda relación con el asunto que tratamos en este momento.

—En realidad —intervine—, en cierto modo sí, Anciana Mai. Hice que alguien le revelase a Melenas dónde podría reunirse conmigo esta noche. Dependiendo de cómo cruce el lago, podría estar aquí de un momento a otro.

Ebenazar parpadeó con sorpresa. Se volvió hacia mí con una cara con la que me preguntaba con toda claridad si me había vuelto rematadamente loco.

—El Coyote —le dije muy serio—. Suuuuuupergenio.

Vi cómo mi viejo mentor meditaba sobre ello y reconocí el momento en que lo comprendió, en que entendió mi plan. Lo supe porque adoptó aquella expresión suya que solo le he visto cuando sabe que las cosas están a punto de ir de verdad muy mal y quiere estar preparado para ello. Dejó reposar el bastón contra su pecho y se puso a rebuscar de forma discreta en un bolsillo. Mientras, sus ojos se movían por el bosque que nos rodeaba.

Desconocía por qué derroteros iba la cabeza de Mai o si se olía algo. Sospechaba que no. Dado que sus procesos mentales partían de hipótesis incorrectas, no tenía muchas posibilidades de llegar a una conclusión acertada.

—Lo cual significa —me dijo Mai— que lo más sabio sería terminar nuestros asuntos aquí y retirarnos de este lugar.

—Por desgracia, estoy llegando a la misma conclusión —dijo Lara de manera deliberada—. Tal vez ha llegado la hora de que esta reunión sea pospuesta.

Detrás de ella, una de sus hermanas movió una mano de forma muy leve.

Unos relámpagos brillaron sobre nuestras cabezas y unos truenos obligaron a hacer una pausa en la conversación. Se levantó aire de nuevo, y Escucha el Viento alzó la cabeza de golpe, su mirada se volvió hacia el norte y entornó los párpados.

Un instante más tarde, sentí nuevas presencias en la isla. Varias personas acababan de pisar el otro extremo de la colina pelada donde se alzaba la torre de Isla Demonio. Eran doce, y subían por el camino de la colina a una velocidad sobrehumana. Vampiros de la Corte Blanca. Debían de serlo.

Segundos más tarde, otro par de presencias humanoides aparecieron de la nada en el bosque, a cuatrocientos metros de nosotros. Y, por si todo eso no fuera suficiente, dos personas más llegaron a la costa noroeste de la isla.

Mai reparó de inmediato en la expresión de Indio Joe y ladeó la cabeza, mirando de forma dura a Lara.

—¿Qué ha hecho? —exigió saber.

—He llamado a mi familia —respondió Lara con calma—. No he venido aquí a luchar contra ustedes, Anciana Mai, pero voy a recuperar a mi hermano.

Me concentré en los dos grupos más pequeños, ambos parejas, y me di cuenta de que su número estaba creciendo. En la playa, muchos más pares de pies habían comenzado a pisar el terreno de Isla Demonio, treinta o más. En el bosque cercano, surgió una presencia que la isla nunca antes había conocido, seguida de más y más y más del mismo tipo.

Solo existía una explicación para aquello: los recién llegados estaban trayendo matones desde el Nuncamás. Habría apostado a que la pareja de la playa eran Madeline y Atador, y a que él había empezado a llamar a sus hombres grises justo en el momento en que sus pies habían tocado el suelo. Los dos que habían aparecido sin más en el bosque debían de haber tomado un camino en el Nuncamás y emergido directamente en la isla. Era posible que hubiese en marcha una segunda invocación como la de Atador, pero me pareció mucho más probable que alguien hubiera reunido apoyos y los hubiese traído a través del camino.

Mientras tanto, Mai y Lara empezaban a sacar las garras.

—¿Es eso una amenaza, vampira? —dijo Mai en un tono sin emociones.

—Preferiría que lo considerase una certeza —respondió Lara. Su propio tono perdió el encanto y la cordialidad que en cierta medida había mostrado durante la conversación.

Los centinelas que tenía detrás de mí comenzaron a ponerse nerviosos. Lo pude sentir tanto por mí mismo como a través de Isla Demonio. Oí crujir el cuero cuando las manos se cerraron sobre las armas y las empuñaduras de las espadas.

Lara, como respuesta, apoyó los dedos ligeramente sobre sus propias armas. Sus dos hermanas hicieron lo mismo.

—¡Esperad! —grité—. ¡Esperad!

Todos se volvieron hacia mí. Debí de parecerles un loco que deliraba, con los ojos desenfocados mirando hacia delante y hacia atrás, por puro instinto y pura costumbre, según el *intellectus* de la isla me informaba de todos aquellos sucesos tan rápidos. Los refuerzos de la Corte Blanca habían pasado de largo la torre de la colina y se dirigían a la playa para apoyar a Lara, lo que por lo menos era algo. El helicóptero de

Lara no los había soltado en aquel punto específico para buscar a Morgan. Debía de haber volado bajo desde el norte y haber usado el relieve de la propia colina para enmascarar el sonido de su llegada.

Me obligué a centrar mi atención de nuevo en la escena que me rodeaba.

—Mierda. Sabía que esto iba a meterle presión, pero este tipo ha venido preparado para una guerra.

—¿Qué? —preguntó Escucha el Viento—. ¿Qué estás diciendo?

—¡No os volváis los unos contra los otros! —grité—. Lara, tenemos que trabajar juntos o acabaremos todos muertos.

Inclinó un poco la vista a un lado y me miró.

—¿Por qué?

—Porque más de cien seres, ciento diez ahora, acaban de llegar a diferentes puntos de la isla. Y no han venido a servir el *catering* del pequeño picnic que tenemos aquí montado. Nosotros solo somos nueve, vosotros quince. Nos superan cinco a uno en número. Seis a uno ahora.

Mai se me quedó mirando.

—¿Qué?

El aire se llenó de aullidos. Amortiguados por la lluvia, pero eso los hizo más inquietantes aún al no permitir saber con exactitud de dónde venían. Los reconocí enseguida. Eran los hombres grises de Atador. Venían hacia nosotros con determinación, sin una mente que les hiciese preocuparse por los peligros de un bosque por la noche.

El segundo grupo se encontraba más cerca. Su número había dejado de crecer al llegar a ciento veinticinco y ya avanzaban hacia donde estábamos. No eran tan rápidos como los hombres grises, pero se movían a un ritmo constante y se abrían en un enorme abanico que buscaba barrer el bosque y rodear a su presa cuando la encontrasen. Una luz roja comenzó a filtrarse entre los árboles desde donde venían. Proyectaba unas inquietantes sombras negras y convertía la lluvia en sangre.

Me obligué a pensar, a hacerle a Isla Demonio las preguntas adecuadas. Después de un segundo, comprendí que las dos fuerzas convergerían sobre nosotros justo al mismo tiempo. Estaban actuando coordinadas.

La desventaja numérica era demasiado grande. Los centinelas lanzarían unos cuantos hechizos y los miembros del Consejo de Veteranos con mucha probabilidad dejarían montones de cadáveres apilados a su alrededor, pero, superados en proporción de seis a uno, en una noche cerrada, con problemas para ver a sus objetivos hasta que no estuvieran a unos pocos pasos, no ganarían. El grupo grande atacaría desde un lado y el más pequeño desde el otro. Nos acorralarían.

A menos que...

A menos que alcanzásemos primero a uno de los dos grupos y lo elimináramos antes de que sus compañeros llegaran y nos atacasen por la espalda.

Tan superados como estábamos, lo más inteligente habría sido correr como almas

que llevase el diablo. Pero sabía que nadie haría eso. El Consejo aún tenía que recuperar a Morgan. Lara aún tenía que recuperar a Thomas. Ninguno de los dos disfrutaba de la ventaja con la que contaba yo. Para ellos el peligro era solo una amenaza vaga, algunos aullidos en la oscuridad, y seguiría así hasta que fuese demasiado tarde para correr.

Lo que nos dejaba solo una opción.

Había que atacar.

Los hombres grises aullaron de nuevo, mucho más cerca.

Le lancé una mirada desesperada a Ebenezer y di un paso adelante alzando el bastón.

—¡Nos tienen acorralados! ¡Nuestra única oportunidad es abrirnos paso luchando! ¡Todo el mundo conmigo!

Lara y sus hermanas me miraron confundidas. Los centinelas hicieron lo mismo, pero el miedo en mi voz y en mi cara era muy real, y cuando un ser humano reacciona con miedo, los que están cerca tienden a encontrarlo contagioso a nivel psicológico. Los ojos de los centinelas se movieron al momento hacia Anciana Mai.

Empecé a correr haciendo señas para que me siguieran. Ebenezer reaccionó de inmediato.

—¡Ya lo habéis oído! —rugió—. ¡Centinelas, moveos!

Con su grito, el bloqueo se rompió y los centinelas se lanzaron hacia delante para unirse a nosotros.

Lara me miró durante otro medio segundo y entonces gritó a sus hermanas:

—¡Vamos, vamos!

Echaron a correr con nosotros manteniendo el paso sin esfuerzo, con unos movimientos tan gráciles y ligeros que no parecía posible que dejaran huellas en el terreno.

Eché un vistazo por encima del hombro mientras aceleraba poco a poco mi carrera. Anciana Mai se había vuelto hacia la odiosa luz roja que salía del bosque, al sur, para enfrentarse a ella con serenidad.

—Mago Escucha el Viento, conmigo. Veamos si somos capaces de frenar el avance de lo que quiera que venga hacia aquí.

Indio Joe se colocó a su lado y ambos se quedaron allí, concentrando sus voluntades y murmurando entre ellos.

Le consulté a Isla Demonio la mejor ruta para llegar hasta el enemigo, bajé la cabeza y cargué contra los demonios que venían a matarnos, con centinelas y vampiras a mi lado.

La adrenalina te provoca cosas raras en la cabeza. Mucha gente habla de cómo todo se ralentiza. No es así. Nada ocurre más lento. Es solo que de alguna manera pareces capaz de manejar muchos más pensamientos en el mismo tiempo y espacio. Puedes creer que las cosas van más lentas, pero es una ilusión transitoria.

Por ejemplo, yo tuve tiempo de reflexionar sobre la naturaleza de la adrenalina y el tiempo mientras corría por el bosque en mitad de la noche. Sin embargo, no me hizo correr más rápido. Aunque, si en realidad no estaba moviendo los brazos y las piernas más deprisa de lo normal, ¿por qué iba seis metros por delante de todos los demás, incluidas las vampiras?

Oí a alguien maldecir en la oscuridad detrás de mí según tropezaba con una raíz. Yo no tropezaba con nada. No era que mis movimientos fuesen más elegantes. Tan solo era que yo sí sabía dónde poner los pies. Era como si diese cada paso sobre un camino que hubiera recorrido tantas veces que se hubiera grabado en mi cerebro motor. Sabía cuándo debía agacharme para evitar una rama baja, cuándo desviarme en el último momento para no toparme con un viejo tocón, o el espacio exacto que necesitaba para acortar los pasos y saltar una zanja impulsándome con mi pierna derecha. La mismísima Lara Raith lo tenía difícil para mantenerme el ritmo, aunque logró acercarse a unos tres o cuatro metros. Su piel pálida casi brillaba en la oscuridad.

Mientras, yo trataba de hacer un seguimiento de la posición del enemigo. No era tan fácil. No tenía un gran mapa de la isla en la cabeza con puntos brillantes marcando sus posiciones. Solo conocía su localización mientras me concentrase en rastrearlos, pero como el número de enemigos continuaba aumentando, cada vez era más difícil seguirles la pista.

La más cercana de aquellas presencias hostiles se encontraba a unos cuarenta metros en el momento en que me llevé los dedos a la boca y silbé.

—¡Por ahí, delante de mí! —grité—. ¡Ahora, Tut!

Me había provocado unos dolores de cabeza enormes envolver los fuegos artificiales en plástico para protegerlos de la lluvia, y más dolores aún asegurarme de que hubiese una cerilla resistente al agua en todos los cohetes, candelas romanas y morteros en miniatura. Cuando les pedí a Molly y Will que las esparcieran por veinte posiciones distintas en el bosque, recibí de ambos las típicas miradas de «¿Está loco?».

Después de todo, no es que los fuegos artificiales sean un armamento pesado capaz de destrucción masiva o de producir daños corporales graves. Solo suenan fuerte, brillan y distraen.

Lo cual, dadas las circunstancias, era más o menos lo que necesitaba.

Tut-tut y media docena de miembros de la guardia aparecieron de la nada como

cometas en miniatura que destellaban a través de las sombras verticales de los árboles. Avanzaron en zigzag, se posaron en ramas bajas y enseguida parpadearon unas luces diminutas cuando las cerillas impermeables prendieron las mechas. Un segundo más tarde, una pequeña trompeta chirrió desde algún lugar delante de nosotros y una docena de candelas romanas comenzaron a disparar bolas químicas de fuego hacia la oscuridad, iluminando las formas de al menos diez de los hombres grises de Atador, vestidos con sus trajes baratos, que corrían encorvados a no más de veinte metros de distancia. Se quedaron petrificados ante esa repentina pirotecnia al tiempo que trataban de evaluar la amenaza y determinar de dónde provenía.

Perfecto.

Clavé una rodilla en el suelo y levanté mi vara explosiva mientras aquellos demonios de apariencia humana empezaban a chillar a causa de esas repentinas luces brillantes. Apunté al hombre gris más cercano que estaba distraído, lancé mi voluntad a través del mango de madera y bramé:

—¡Fuego!

Me resultó más difícil que si no hubiera estado lloviendo, pero cumplió de sobra su cometido. Una jabalina de llamas rojas y doradas siseó a través de la lluvia, dejando a su paso una estela de vapor blanco. El traje barato del más próximo de los hombres grises ardió en cuanto el fuego lo alcanzó en el costado, como si estuviera hecho de brea en vez de rayón.

El hombre gris aulló y comenzó a agitarse con furia. El fuego lo envolvía e iluminaba unos buenos treinta metros a su alrededor, revelando la posición de sus compañeros.

Entonces me arrojé al suelo. Un instante después, el bosque de detrás de mí escupió una oleada de poder y muerte.

Las armas rugían con su fuego automático. Esas debían de ser las Raith. Lara y sus hermanas tenían subfusiles modificados para admitir cargadores más grandes. Gracias a la fuerza, percepción y coordinación sobrehumanas de los vampiros, no tenían las mismas dificultades que tendría un tirador humano mientras corrían a toda prisa en la oscuridad y disparaban con una sola mano un arma diseñada para ser manejada usando toda la parte superior del cuerpo. Y, encima, utilizando la mano izquierda. Las balas atravesaron a tres hombres grises diferentes, con diez u once proyectiles cada uno que impactaron entre el cuello y la sien, lo cual los hizo explotar convertidos de nuevo en ectoplasma.

Entonces llegó el turno de los centinelas.

El fuego era el arma elegida para la magia de combate. Aunque era agotador para la voluntad y la resistencia física del mago, permitía concentrar mucha energía en un espacio relativamente pequeño. Aparte, iluminaba en la oscuridad, algo que casi siempre suponía una ventaja para el mago. Y dolía. Todos los seres vivos sentían al menos un sano respeto hacia el fuego, eso cuando no les causaba un pavor absoluto. Más aún, el fuego era una fuerza purificadora desde un punto de vista no físico. La

magia negra podía ser consumida y destruida por él cuando se usaba con esa intención.

Los centinelas utilizaron las pequeñas bolas de fuego de las candelas romanas que surcaban a toda velocidad el bosque, además de mi improvisada pira funeraria, para apuntar con sus propios hechizos. Entonces fue cuando comenzaron los verdaderos fuegos artificiales.

Cada mago posee sus propias peculiaridades respecto a la forma en que hace uso de su poder. No existe un estándar que defina la manera de evocar el fuego en una batalla. Uno de los centinelas que venía detrás de mí lanzó una oleada de estrellas diminutas que cercenaron la noche como el fuego de una ametralladora, agujereando tanto árboles y rocas como hombres grises, sin esfuerzo, con el mismo desdén. Otro lanzó una corriente de fuego en un gran arco en el aire que cayó sobre varios hombres grises, salpicando y pegándose a cualquier cosa a la que impactara como el napalm. Las lanzas de fuego escarlata, azul y verde que surcaron llameantes el aire me recordaron durante un segundo de locura a una escena de alguna película de *La guerra de las galaxias*. El vapor siseaba por todas partes mientras una franja de bosque de unos veinte metros de ancho y la mitad de largo se desvanecía entre la luz y la furia.

Por todos los demonios. Es decir, sí, había visto a centinelas en acción otras veces, pero siempre habían actuado de una manera bastante controlada y precisa. Aquello era pura destrucción, al por mayor y en cantidades industriales, y el calor era tan intenso que me consumía el aire de los pulmones.

A los hombres grises, sin embargo, no les impresionaba. O bien no eran lo bastante listos como para intentar preservar su propia existencia o tan solo les traía sin cuidado. Se dispersaron según avanzaban. Algunos se lanzaron hacia adelante, agazapados y medio ocultos entre la maleza. Otros subieron a los árboles y vinieron saltando y balanceándose de rama en rama. La mayoría de ellos corrieron hacia los flancos, apartándose del intenso resplandor del fuego, y se esparcieron a nuestro alrededor.

—¡Tut! —grité por encima del rugiente caos—. ¡Persigue a los que han escapado por los lados!

Una pequeña trompeta añadió sus propias notas al estruendo, y la Patrulla Pizza voló a toda velocidad hacia el interior del bosque. Cada dos o tres pequeñas hadas llevaban candelas romanas sin usar. Continuaron con júbilo lanzando fuegos artificiales, enviando pequeñas bolas de fuego sulfuroso para perseguir a los hombres grises que trataban de emboscarnos entre las sombras, marcando así sus posiciones.

Lara lanzó un grito penetrante y se puso a mi lado, arma en mano, soltando ráfagas furiosas cada vez que un blanco se ponía a tiro.

—¡Nos están rodeando! —grité, señalando a ambos lados—. ¡Tenemos que evitar que sorprendan a Mai e Indio Joe por la espalda!

Los ojos de Lara se movieron rápido a izquierda y derecha, y les dijo algo a sus

hermanas en antiguo etrusco, la lengua de la Corte Blanca. Se marcharon cada una en una dirección y desaparecieron en la oscuridad.

Un hombre gris surgió de entre las llamas ardiendo como una antorcha a seis metros de mí. No mostraba la más mínima preocupación por el fuego. Se limitó a correr hacia el frente y a saltarme encima con las manos extendidas. Me puse de rodillas, clavé un extremo de mi bastón en el suelo y apunté el otro hacia el centro de su cuerpo. El bastón lo impactó, pero no de lleno, y el golpe lo tiró hacia un lado. Se apoyó en el suelo, se volvió hacia mí en apenas una fracción de segundo y...

Y estalló en una nube de ectoplasma cuando los disparos del arma de Lara le arrancaron la cabeza.

El siguiente ya venía de camino, salido de la oscuridad de más allá de las llamas. Me puse de pie y, por puro instinto, lancé otra ráfaga de fuego al aire vacío, a seis metros detrás de Lara y unos tres de altura. Cuando liberé la energía sabía que allí no había nada, pero, según el fuego siseó a través de la lluvia, iluminó la forma de un hombre gris en mitad de un espectacular salto que habría terminado en la parte baja de la espalda de Lara. La explosión lo impactó y lo hizo caer de lado como un avión en llamas, arrastrándolo una docena de metros por el suelo. Se deshizo en montículos de gelatina transparente que desaparecieron a toda velocidad, lamidos por las llamas.

Lara no llegó a percibir al atacante hasta que lo vio pasar de largo.

—Vaya —dijo en un tono de conversación casual—, eso ha sido muy caballeroso por tu parte, Dresden.

—También he sido visto retirando sillas y abriendo puertas —dije.

—Qué pasado de moda —dijo ella mientras sus ojos pálidos brillaban—. Y entrañable.

Ebenazar llegó junto a nosotros a grandes pasos, bastón en mano. Sus ojos entrecerrados se movían rápido por los alrededores mientras los centinelas seguían lanzando ráfagas de energía y golpeando a sus objetivos. Detrás de nosotros, en el bosque, resonaron los subfusiles. Al parecer, las hermanas de Lara todavía cazaban a los hombres grises que nos habían rodeado.

—Una de las centinelas ha caído —dijo Ebenazar.

—¿Está muy mal?

—Una de esas cosas saltó sobre ella desde un árbol y le arrancó la cabeza —respondió.

Detecté un ligero movimiento en la copa de un árbol cercano y me giré para señalar con el dedo.

—¡Señor, allá arriba!

Ebenazar masculló una palabra, extendió una mano e hizo un movimiento brusco, como si tirara de algo. El hombre gris que nos acechaba fue apresado por una fuerza invisible que lo arrancó del árbol y lo envió volando por los aires en un arco que lo arrojó al lago Míchigan, a medio kilómetro de la costa más cercana.

—¿Dónde está el segundo grupo? —preguntó Ebenazar.



Me paré a pensar en ello.

—Están cerca del muelle, en los límites del bosque. Se están acercando a Mai e Indio Joe. —Miré de reojo a Lara—. Creo que los vampiros los han estado conteniendo.

Ebenezar escupió una maldición.

—Ese invocador continúa suelto en alguna parte. Sus mascotas no durarán mucho bajo esta lluvia, pero no podemos permitirnos el lujo de darle tiempo para que traiga más. ¿Puedes encontrarlo?

Lo comprobé. Había tanta confusión y movimiento por todo el lugar que Isla Demonio tenía dificultades para distinguir a un ser de otro, pero me hice una idea aproximada de dónde estaba Atador, aunque no muy específica.

—Sí.

Percibí más movimiento y señalé detrás de nosotros, hacia un trío de hombres grises que se había logrado acercar a un par de centinelas que permanecían de pie a ambos lados de una forma inerte en el suelo salpicada de rojo.

—¡Allí! —grité.

Ebenezar dejó de hablar para hacer otro gesto rápido acompañado de una palabra. Uno de los hombres grises fue literalmente aplastado por un yunque invisible. Salpicó baba ectoplásmica por todas partes. Los dos centinelas, advertidos por el ataque mágico y ahora en igualdad de condiciones, acabaron de inmediato con los restantes.

Ebenezar se volvió hacia mí.

—Anula a ese invocador, Hoss. Voy a llevarme a los centinelas de vuelta para apoyar a Indio Joe y Mai. Vamos, vampira.

—No —dijo Lara—. Si Atador anda cerca, también lo estará mi dulce prima Madeline. Me quedaré con Dresden.

Ebenezar no discutió con ella. Se limitó a soltar un ruido áspero con la garganta, cerrar el puño y levantarlo. Lara dejó escapar un breve grito ahogado y se alzó tres metros en el aire con los brazos y las piernas extendidos hacia abajo, como si fuese una tabla rígida.

Le puse una mano en el pecho a Ebenezar.

—¡Espera!

Me miró con una expresión de alerta bajo las pobladas cejas grises.

—Bájala. Puede venir conmigo.

Ebenezar no tenía forma de saber que no me encontraba allí solo. Georgia y Will seguían al acecho cerca, y podrían acudir a mi lado en un par de segundos si era necesario. Entre los dos habían despachado a tres hombres grises. Traté de transmitir aquella información dándole un énfasis muy ligero al tono de mi voz cuando añadí:

—Estaré bien.

Ebenezar frunció el ceño, lanzó una mirada hacia el bosque y asintió, reticente. Se volvió hacia Lara y la liberó de la presa de su voluntad. Ella no logró caer con demasiada gracia y quedó despatarrada en el suelo. Lo cual me brindó un agradable

vistazo a sus largas, intrigantes y encantadoras piernas.

El viejo la miró a los ojos.

—Solo recuerde lo que le advertí antes, señorita.

Ella se puso de pie con una expresión indescifrable en el rostro, pero yo la conocía lo suficiente como para saber que estaba furiosa. Mi viejo mentor la había insultado a varios niveles, sobre todo al demostrar lo fácil que sería para él cumplir su amenaza.

—Recordaré —dijo en un tono helado.

—¡Centinelas! —ordenó Ebenezer—. ¡Conmigo!

El anciano echó a correr a grandes zancadas con un trote irregular apropiado para terrenos impredecibles. Con él cubría distancia a una velocidad engañosa. Los cuatro centinelas restantes se colocaron en forma de cuña detrás y fueron hacia el sur, camino de los muelles y de una confrontación contra quien fuera que hubiese traído su propio ejército desde el Nuncamás.

Lara se volvió hacia mí y asintió para indicarme que liderase la marcha. Traté de fijar la presencia de Atador de manera firme en mi cabeza. Estaba seguro de que se hallaba delante de nosotros, hacia el norte, con toda probabilidad tratando de rodear el campo de batalla con sus secuaces. De nuevo avancé por el bosque, forzándome ahora a moverme más rápido.

Esta vez Lara se mantuvo cerca, detrás de mí. Imitó mis movimientos, incluso el largo de mi zancada, aprovechando mi conocimiento instintivo de Isla Demonio.

—Tengo poco interés en ese mercenario —me dijo mientras corríamos. Ni siquiera respiraba con esfuerzo—. Haz con él lo que quieras. Pero Madeline es mía.

—Puede que sepa algo —le dije.

—No creo que nadie con un mínimo de cerebro le confiara ninguna información relevante.

—Y yo no creo que esa zorra traicionera no haya robado hasta la más mínima información a la que haya tenido acceso para usarla contra la persona para la que ha estado trabajando —respondí, echando la vista atrás.

Lara no negó mi afirmación, pero sus ojos se endurecieron como espejos de plata, reflejando las llamas que aún ardían aquí y allá según avanzábamos por el lugar de la batalla hacia el otro lado de la isla.

—Madeline me ha traicionado a mí, a mi Casa y a mi Corte. Es mía. Prefiero que sigas siendo un aliado que viva y respire. No vas a interferir.

¿Qué contesta uno a algo así? Cerré la boca y me concentré en buscar a Atador.

Nos llevó unos cinco minutos llegar a la zona de la costa donde su acompañante y él habían desembarcado. Había un par de motos de agua abandonadas en la playa. Entonces era así como lo habían hecho. Esos pequeños vehículos no habían debido de tener ningún problema para deslizarse entre los arrecifes de piedra que rodeaban la isla, aunque seguro que había sido un infierno moverse por unas aguas tan tumultuosas.

Dejamos atrás aquel equipo desechado, ascendimos por un pequeño risco y recorrimos una senda de ciervos. Sabía que nos estábamos acercando. Ya en terreno llano, de repente, Lara aceleró y me adelantó con su velocidad sobrenatural.

No sé qué desencadenó la explosión. Pudo haber sido un cable trampa extendido en el camino. También es posible que fuese una detonación manual. Hubo un destello de luz y algo me impactó en el pecho con fuerza suficiente como para derribarme. Una espantosa forma asimétrica se marcó a fuego en mi visión mientras yo yacía de espaldas tratando de averiguar lo que había sucedido.

Entonces mi cuerpo se estremeció y Madeline Raith apareció encima de mí. Me di cuenta de que me montaba a horcajadas. Un fuego en alguna parte iluminaba su figura. Vestía un traje de neopreno para surf, negro y de mangas y perneras cortas, con la cremallera bajada hasta el ombligo. Sostenía en una mano una botella de tequila casi vacía. Sus ojos estaban muy abiertos y brillaban con un caos de colores que me mareaba. Se inclinó sobre mí, me besó en la frente y...

Por todos los malditos demonios del infierno.

El placer que me poseyó tras aquel simple roce fue delicioso hasta causarme dolor. Cada una de mis terminaciones nerviosas se activó, como si alguien hubiera aumentado el voltaje de mis centros de placer o inyectado nitro en sus motores. Sentí que mi cuerpo se arqueaba y se estremecía, una reacción puramente sexual ante un goce físico que iba mucho más allá de la sexualidad. Me quedé así, atrapado en un tembloroso éxtasis. Necesité diez o quince segundos para recuperarme.

Por un beso en la frente.

Dios. Con razón la gente volvía a los vampiros pidiendo más.

Apenas era capaz de distinguir lo que sucedía a mi alrededor, así que solo advertí vagamente que Madeline sacaba su arma, el otro modelo favorito de aquellos con una fuerza más que humana. Una pistola Desert Eagle.

—Buenas noches, dulce mago —ronroneó Madeline, meciendo sus caderas con parsimonia contra las mías.

Deslizó el cañón del arma de casi centímetro y medio de grosor por mi mejilla mientras le daba un trago al tequila y lo apoyó con delicadeza en el punto donde acababa de besarme. La sensación fue obscenamente agradable, como la primera caricia sobre la piel recién afeitada. Sabía que estaba a punto de matarme, pero no podía dejar de pensar en el placer que sentía.

Me habló con un jadeo, con su respiración acelerándose y sus ojos brillando por la excitación:

—Que cánticos de ángeles te lleven al reposo.

Yo aún estaba luchando por poner orden en mi cabeza después del titánico batacazo que la explosión le había pegado al interior de mi cráneo. Entonces, un lobo de pelaje oscuro surgió de las sombras de la noche y embistió a Madeline Raith como un carro blindado. Oí cómo se rompían algunos huesos por el impacto, y la fuerza del ataque me quitó de encima a la vampira.

Will no se quedó quieto ahí. Ya la había golpeado, y no era tan tonto como para probar su fuerza en una lucha cuerpo a cuerpo con un vampiro, por mucho que los miembros de la Corte Blanca fueran físicamente los más débiles de su raza. En cuanto pisó el suelo, se volvió a perder en la oscuridad.

Madeline gritó de rabia, sorprendida, y su pistola soltó varias balas, aunque no estoy seguro de que a aquello se le pudiera llamar disparar. Estaba de rodillas, detonando aquella Desert Eagle enorme y vieja con una mano delicada y sosteniendo con la otra la botella de tequila, ahora rota. Entonces un lobo de color marrón claro se acercó en un silencio absoluto y le hundió los colmillos en el brazo del arma. El mordisco se clavó profundamente en los músculos y tendones de su antebrazo. Un ataque de precisión casi quirúrgica. Se le cayó de los dedos la pistola y se giró blandiendo la botella rota contra Georgia, pero las intenciones de esta de entablar una lucha justa con ella eran tan escasas como las de Will. Para cuando se hubo girado, Georgia ya se alejaba a saltos. Y Will, sin que Madeline se hubiese dado cuenta, volvía.

Los colmillos destellaban. La sangre pálida de la Raith se derramaba. Los dos lobos se lanzaban adelante y atrás a un ritmo perfecto, sin concederle nunca a la vampira la oportunidad de atrapar a ninguno de ellos. Cuando Madeline comprendió al fin su juego, trató de darse la vuelta en el mismo instante en que Georgia comenzaba a retirarse, para así adelantarse a Will. Sin embargo, Will y Georgia habían aprendido su oficio de un lobo real y tenían ya ocho años de experiencia en lo que vendrían a ser combates de poca intensidad pero muy letales. Habían defendido varios bloques de la universidad ante depredadores tanto sobrenaturales como mortales. Sabían cuándo Madeline iba a girarse, así que Georgia tan solo realizó una pirueta impulsándose con las patas y la atacó de nuevo por la espalda.

La vampira gritaba de pura frustración. Estaba furiosa. Y cada vez se movía más despacio. Los miembros de la Corte Blanca eran seres de carne y hueso. Sangraban. Y si sangraban lo suficiente, morían.

Me obligué a empezar a usar la cabeza de nuevo, y al fin me sacudí de encima los efectos tanto del beso psicóticamente delicioso de Madeline como de la conmoción de lo que quisiera que hubiese explotado. Me di cuenta de que estaba lleno de pequeños cortes y rasguños, de que en términos generales me encontraba bien y de que Atador estaba a menos de seis metros de mí.

—¡Will, Georgia! —grité—. ¡Arma!

Los lobos dieron un salto y se desvanecieron en el bosque sin apenas mover una hoja justo medio segundo antes de que Atador saliera de entre los árboles con una escopeta de asalto semiautomática apoyada contra el hombro. El mercenario también iba vestido con un traje de neopreno, aunque él se había puesto encima una chaqueta de combate y un arnés para el equipo y llevaba unas botas militares.

Atador apuntó el arma en dirección a Will y Georgia y comenzó a acribillar el bosque con disparos más o menos al azar.

Todo el mundo cree que los perdigones de escopeta cubren un área exageradamente grande, y que si apuntas una escopeta a la puerta de un garaje y aprietas el gatillo, podrás meter el coche por el agujero. No es así, ni siquiera cuando son escopetas de cañón muy corto, que permiten que los perdigones se dispersen más. Un arma de cañón largo, como la de Atador, repartirá los perdigones por un área solo como la de mis dedos extendidos, y hasta a cien o ciento cincuenta metros. Lo más seguro era que sus disparos no hubiesen acertado ni a un miserable objetivo, y, teniendo en cuenta su experiencia, sin duda él también lo sabía. Debió de haberlos lanzado para intimidar y así obligar a los lobos a mantenerse escondidos.

Suele ser difícil contar los disparos en mitad del fragor y la adrenalina del combate, pero yo supe que había disparado ocho veces. Lo supe porque había sentido a través de Isla Demonio los ocho casquillos de plástico y latón que habían ido cayendo en el suelo a su alrededor. Se colocó delante de Madeline para protegerla y metió la mano en un bolsillo, supuse que para recargar el arma con nuevos cartuchos.

No le di la oportunidad. Saqué el .44 de mi guardapolvo, me senté y traté de dejar de temblar. Apunté y apreté el gatillo.

El revólver retumbó y la pierna izquierda de Atador salió empujada hacia atrás como si alguien la hubiera golpeado con un mazo de diez kilos. Soltó un grito que sonó más a sorpresa que a dolor y cayó a plomo al suelo. En el extraño y pesado instante de silencio que siguió al disparo, casi sentí lástima por el tipo. Había tenido un par de días duros. Le oí tomar una bocanada rápida de aire y chillar dolorido con los dientes apretados.

Madeline se volvió con rapidez hacia mí. Su cabello oscuro se le había apelmazado con la lluvia. Sus ojos ardían con un blanco puro a medida que el ansia, el demonio de su interior, la alimentaba más y más con su poder y tomaba más y más el control. Su traje de neopreno estaba rasgado por varios sitios, y una sangre más pálida que la humana manchaba una piel también más pálida que la humana. No se movía todo lo bien que debería, pero avanzó hacia mí encorvada como un depredador, decidida e imparable.

Yo aún seguía bastante tocado y no creía que me diese tiempo o fuese capaz de concentrarme para lanzar un hechizo. Además, ya tenía la pistola en la mano. No usarla habría sido un desperdicio.

Apunté al lugar donde debía de estar el corazón de Madeline, pero mi disparo

impactó en su estómago. Dadas las circunstancias, no había tenido tan mala puntería. Gritó y cayó sobre una rodilla. Entonces alzó sus ojos blancos y vacíos, llenos de furia, y se levantó y siguió su avance.

Volví a disparar y fallé, y repetí y volví a fallar. Agarré la pistola con ambas manos y apreté los dientes. Sabía que solo me quedaban dos balas. El siguiente disparo arrancó un pedazo de carne del tamaño de una pelota de tenis de uno de sus bíceps y la obligó de nuevo a clavar una rodilla en el suelo y a gritar.

Antes de que pudiera volver a moverse, apunté y disparé la última bala.

Acerté en el esternón casi justo entre sus pechos, bien marcados por el traje de neopreno. Su cuerpo se sacudió y su respiración se le escapó con un pequeño suspiro de sorpresa. Se tambaleó, parpadeó rápido y pensé que estaba a punto de caer.

Pero no lo hizo.

La vampira enfocó sus ojos blancos y vacíos en mí y abrió la boca en una sonrisa maníaca. Se agachó para recoger su arma caída. Tuvo que hacerlo con la mano izquierda. La derecha le caía inerte, cubierta de sangre.

Me estaba quedando sin opciones, así que le tiré mi revólver descargado a la cara. Lo apartó a un lado con un golpe de la Desert Eagle.

—Tú —dijo. Su voz sonó hueca, jadeante—. Eres un caso grave de herpes, mago. Incómodo, embarazoso, nada que sea una amenaza en realidad, pero no desapareces.

—Zorra —respondí, muy ingenioso yo. Aún no me había recuperado de la conmoción. Todo es relativo, ¿vale?

—No lo mates —dijo Atador con voz ronca.

Madeline le dirigió una mirada que podría haber congelado una botella de vodka.

—¿Qué?

Atador estaba sentado en el suelo. Su arma se encontraba fuera de su alcance. Debía de haberla tirado allí él mismo, porque aún la tenía en las manos cuando le había disparado y había caído. Atador se había dado cuenta de lo mal que iba la lucha para su bando y de que estando cojo era probable que no pudiese escapar, y estaba haciendo todo lo condenadamente posible para no parecer ni armado ni peligroso.

—Maldición de muerte —dijo, respirando con dificultad—. Podría arrasarlo la isla con ella.

Cogí aire, levanté la barbilla y traté de evitar que mis ojos se desenfocaran.

—Bum —dije, solemne.

Madeline tenía mal aspecto. Una de las balas podría haber seccionado una arteria. Era difícil saberlo en esa oscuridad casi total.

—Tal vez tengas razón, Atador —dijo—. Si se le diera mejor disparar, supongo que tendría problemas. En realidad, solo me encuentro algo molesta. —Sus ojos se abrieron un poco más y se relamió con un movimiento rápido de la lengua—. Y tengo que alimentarme para reparar mis daños. —Bajó la pistola, como si de repente le pareciera demasiado pesada como para sostenerla—. No te preocupes, Atador, cuando esté gritando mi nombre no maldeciré a nadie. E incluso si lo intenta... —se

estremeció— estoy segura de que tendrá un sabor increíble.

Se acercó más a mí, una masa de piel pálida y carne destrozada, y de repente mi cuerpo se volvió loco de lujuria. Cuerpo estúpido. Con mi mente aún aturdida por la explosión, tenía mucho más control sobre mí de lo que solía.

Lancé un puñetazo a la cara de Madeline. Ella detuvo aquel golpe tan débil, agarró mi mano y me besó en el dorso de la muñeca. Un dulce rayo plateado estalló a lo largo de mi brazo y de mi espina dorsal. Lo que me quedaba de cerebro se evaporó y lo siguiente que noté fueron sus senos contra mi pecho, su boca contra la mía, despacio, dominándome con su sensualidad.

Y entonces un cadáver calcinado surgió del bosque.

Eso fue lo único que se me ocurrió para describirla. La mitad del cuerpo estaba más negra que una hamburguesa que se hubiese colado por las rejillas de una parrilla. El resto estaba rojo y morado, plagado de contusiones y ampollas ensangrentadas y con algunas, solo algunas, tiras ocasionales de piel de un blanco pálido. Había mechones de pelo oscuro pegados a su cráneo. Y he dicho «describirla» porque técnicamente el cadáver era de una mujer, aunque eso apenas se apreciaba entre toda aquella carne abrasada y deshecha que olía un poco a tequila.

Lo único que en realidad reconocí fueron sus fríos ojos plateados.

Los ojos de Lara Raith brillaban con una furia demente. El ansia que transmitía aterrorizaba. Rodeó la tráquea de Madeline con su brazo izquierdo, amoratado e hinchado, y la apretó con una fuerza espantosa.

Madeline gritó cuando el brazo tiró de su cabeza con brusquedad hacia atrás. Dejó de emitir sonidos en cuanto el aire quedó aprisionado dentro de sus pulmones. El cadáver ennegrecido y quemado que era Lara Raith apoyó su cadera, estropeada por el fuego, contra la parte superior de la espalda de Madeline para usar su columna vertebral como palanca.

Cuando Lara habló, su voz pareció algo surgido del mismísimo infierno. Sonó baja, manchada por el humo, pero cada palabra fue igual de encantadora que siempre.

—Madeline —ronroneó—, llevo queriendo hacerte esto desde que éramos niñas.

La mano derecha de Lara, carbonizada, atrofiada como parecía, reducida a huesos y tendones, se deslizó de forma lenta y sensual por el abdomen tenso de Madeline. Despacio, muy despacio, Lara hundió sus dedos en la carne, justo debajo de la última costilla de su costado izquierdo. Madeline retorció el rostro y trató de gritar.

Lara se estremeció. Giró sobre sí misma. Y abrió un canal del ancho de sus cuatro dedos a través del estómago de Madeline, cortando la carne pálida a la vez que varias cosas húmedas, rojas y grises se escurrían hacia fuera.

La lengua de Lara, rosa brillante, asomó de su boca y tocó el lóbulo de la oreja de Madeline.

—Escúchame —siseó. Su mano quemada continuaba sacando cosas del cuerpo de Madeline. Un acto íntimo espantoso—. Escúchame.

El poder vibraba en aquellas palabras. Sentí un deseo enloquecido de lanzarme

hacia la carne destrozada de Lara y entregarle mis oídos, de arrancármelos con mis propias manos si era necesario.

Madeline tembló. La fuerza había abandonado ya su cuerpo. Su boca continuó tratando de moverse, pero sus ojos se habían desenfocado ante el poder de la voz de Lara.

—Por una vez en tu vida —continuó Lara, besando el cuello de Madeline con sus labios rotos y quemados—, vas a ser útil.

Madeline puso los ojos en blanco y su cuerpo se derrumbó indefenso contra el de Lara.

Mi cerebro volvió al trabajo. Me aparté del nauseabundo pero cautivador abrazo de Lara y Madeline Raith. Atador estaba sentado, tapándose los oídos con las manos y con los ojos cerrados con fuerza. Lo agarré por las axilas y lo arrastré lejos de aquella imagen de las primas Raith entrelazadas. Lo llevé unos cincuenta metros cuesta abajo, a través de una espesa vegetación, rodeando el tronco de un nogal viejo y grande. Sin duda, a Atador le dolía según tiraba de él. Se impulsaba con la pierna sana para hacer todo lo posible por ayudarme.

—¡Por todo el jodido infierno! —resopló cuando lo solté en el suelo—. Por todo el jodido infierno y todo su jodido azufre.

Me tambaleé y me senté frente a él. Me esforcé para recuperar el aliento y para expulsar de mi cabeza la visión de Lara devorando a Madeline.

—Y que lo digas.

—Algunos jodidos imbéciles que he conocido —siguió Atador— no pueden dejar de hablar de lo trágicos que son. Esos pobres y solitarios vampiros. Que son como nosotros. Jodidos idiotas.

—Sí —dije, y mi voz sonó ronca.

Nos quedamos allí sentados unos segundos. Desde lo alto de la pendiente se oyó un grito bajo, uno suave y lleno de deseo.

Nos estremecimos y tratamos de aparentar que no habíamos escuchado nada.

Atador me miró un momento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Una vez que Lara se había puesto en marcha, era posible que no se detuviera. Te habría devorado a ti también.

—Muy cierto —afirmó Atador con énfasis—. Pero esa no ha sido la pregunta. ¿Por qué?

—Alguien tiene que ser humano.

Atador me observó como si estuviera hablando en un idioma en el que nunca hubiese sido muy bueno, y uno que además no hubiera oído en años. Entonces bajó la vista de forma abrupta. Asintió sin levantar la cabeza.

—Gracias, colega.

—Que te jodan —le dije, cansado—. ¿Cuánto mal ha hecho la bala?

—Ha roto hueso, creo. No ha salido. No ha alcanzado nada demasiado importante



o ya estaría muerto.

Se había enrollado con fuerza un trozo de tela alrededor de la herida. Era probable que el traje de neopreno ayudase al actuar como vendaje a presión.

—¿Para quién trabajaba Madeline? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No me lo dijo.

—Piénsalo —insistí—. Piénsalo bien.

—Lo único que sé es que se trataba de un tío con un montón de dinero. Nunca hablé con él. Cuando se comunicaban por teléfono lo hacían en nuestro idioma. No era su lengua natal. Sonaba como si la hubiese aprendido de alguien del continente.

Pensé sobre aquello. La televisión le hacía creer a mucha gente que se podía identificar la nacionalidad de alguien por su acento, pero en el mundo real los acentos pueden ser confusos como mil demonios, sobre todo cuando aprendes el idioma de un hablante no nativo. Imaginad el resultado, por ejemplo, de un polaco que aprende inglés de un alemán que enseña en una universidad belga. El acento que saldría de ahí retorcería el cerebro de cualquier lingüista.

Eché un vistazo a Atador.

—¿Puedes salir de aquí por tu cuenta?

Se estremeció.

—¿De este lugar? Joder que si puedo.

Asentí. Atador era responsable de la muerte de un centinela, pero no se podía considerar que hubiese sido algo personal. Podría cargarle esa culpa al cadáver de Madeline Raith.

—Vuelve a hacer negocios en mi ciudad o contra el Consejo y te mato. ¿Está claro?

—Como el agua, colega. Como el agua.

Me levanté para marcharme. No tenía el bastón, la vara explosiva ni el arma. Los había perdido en lo alto de la colina.

Volvería a por ellos más tarde.

—Espera —dijo Atador.

Resopló mientras se quitaba el cinturón, y estuve a punto de darle una patada en la cabeza al pensar que estaba sacando un arma. En su lugar, me lo ofreció. Tenía sujeta una riñonera negra de aspecto normal.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Otro par de granadas aturdidoras —dijo.

Sumé dos y dos. Mi cerebro estaba de vuelta.

—Preferirías no tener nada que ver con la bomba que pilló a Lara, ¿eh?

—Muy cierto —dijo.

Empecé a volverle la espalda, pero me dio un toque en la pierna. Se inclinó un poco hacia mí y me dijo en voz muy baja:

—En el bolsillo impermeable hay un teléfono. La jefa me dijo que se lo guardara.

Está apagado. Quizá esa dama de la policía lo encuentre interesante.

Lo miré con dureza un segundo. Hubo un entendimiento repentino entre ambos.

—Si esto sale bien —le dije—, tal vez olvide mencionarle a los centinelas que has sobrevivido.

Asintió y se dejó caer de nuevo en el suelo.

—No quiero volver a verte, colega —dijo—. Desde luego que no.

Abroché el cierre de la riñonera y me la colgué al hombro, donde podía alcanzar rápido el bolsillo si lo necesitaba. Entonces pasé al siguiente punto en la agenda: buscar a Will y Georgia.

Los dos estaban tumbados en el suelo a tal vez sesenta metros de donde los había visto por última vez. Parecía como si hubiesen estado rodeando el sitio de la lucha con Madeline, planeando volver por el otro lado. Caminé entre los árboles con facilidad y sin hacer ruido hasta que los encontré tumbados en el suelo, de nuevo en su forma humana.

—Will —susurré.

Él levantó la cabeza y miró distraído a su alrededor.

—¿Eh? ¿Qué?

—Soy Harry —dije, arrodillándome a su lado. Saqué mi amuleto con el pentáculo e infundí en él una luz suave—. ¿Estás herido?

Georgia murmuró algo, molesta por la luz. Los dos estaban abrazados de una manera íntima, y de repente me sentí muy... eh... incómodo. Apagué la luz.

—Lo siento —dijo Will, arrastrando las palabras—. Íbamos a volver, pero... se estaba muy bien aquí. Y todo es confuso.

—Perdí la pista —dijo Georgia—. Y me caí.

Sus pupilas estaban dilatadas como monedas de veinticinco centavos. Entonces entendí lo que les había sucedido: la sangre de Madeline. Sin saberlo, habían sido drogados al morder a un súcubo. Había oído historias sobre la sangre de la Corte Blanca, pero nunca había sido capaz de encontrar ninguna evidencia, y no era el tipo de temas que a Thomas le gustase tratar.

—Por todos los demonios —murmuré, frustrado. Madeline parecía tener la costumbre de infligir más daño por casualidad que a propósito.

Oí un grito de placer corto y desesperado. Venía de cerca, de donde sabía que ella y Lara yacían en el suelo. Luego solo hubo silencio.

Y entonces Madeline dejó de estar en la isla.

Levanté una mano y emití un silbido suave. Se oyó un sonido de aleteo, y a continuación una pequeña hada flotó en el aire junto a mí ocultando la luz que siempre brillaba a su alrededor cuando volaban. Podía oír el zumbido de sus alas y sentía su posición a través del *intellectus* de la isla. No se trataba de Tut-tut, sino de uno de sus subordinados.

—Monta una guardia alrededor de estos dos —le dije, señalando a Will y Georgia—. Ocúltalos y trata de despistar a cualquiera que se acerque.

La pequeña hada batió sus alas un par de veces en un borrón de luz azul para indicar que entendía la orden y se perdió en la oscuridad con un zumbido. Un momento después, un par de docenas de hadas de la milicia estaban en camino, guiadas por el miembro de mi guardia.

Tut y la compañía solían ser fiables, pero dentro de sus límites. Esto iba a suponerles un desafío. Sin embargo, en aquel momento no tenía otra manera de ayudar a Will y Georgia, y aquella locura aún seguía en marcha en la isla. Poner a la gente pequeña a vigilar no era una protección infalible, pero era lo único que tenía a mano. Tendría que confiar en que todo saliera bien.

Consulté a Isla Demonio para averiguar cómo les iba a Ebenezar y los otros. En ese instante, una sensación de perversidad pura me impactó en el cerebro y lanzó por mi espina dorsal oleadas de miedo y de rabia que supe que no me pertenecían. Me concentré en la fuente de esos sentimientos y de golpe comprendí la indignación de la isla ante la presencia de un visitante que detestaba. Había llegado a tierra por la orilla más apartada de Chicago y avanzaba con destreza entre los árboles, arrastrando con él a una presencia casi muerta.

A mi hermano.

El *naagloshii* había llegado a Isla Demonio.

Y allí estaba yo, sin aliados, sin la mayoría de mis armas y cada vez más presa del horror mientras el cambiapielos pasaba de largo la batalla en los muelles e iba en línea recta hacia la torre de Isla Demonio.

Hacia Molly. Hacia Donald Morgan. Y se movía deprisa.

Bajé la cabeza, consulté la ruta más rápida a lo alto de la colina y eché a correr con todas mis fuerzas, rezando por llegar a la torre antes que el cambiapielos.

Mientras corría, intenté realizar un seguimiento de la batalla entre el Consejo Blanco y las fuerzas que el traidor había traído a la isla. Fuera lo que fuese aquello que el enemigo había llevado consigo, no era nada que tuviese forma humana, y además estaba por todas partes. Las fuerzas del Consejo, junto con las de la Corte Blanca, se desplegaban en semicírculo en la costa con las espaldas cubiertas por el lago. Los atacantes se acumulaban en la linde del bosque, donde les era posible ocultarse, y era probable que estuviesen haciendo ataques rápidos a intervalos irregulares. Las dos presencias humanas que habían llegado primero a la isla seguían juntas en el bosque, en la retaguardia de la lucha, y por un momento me sentí muy frustrado.

Pensé que si tuviese la oportunidad de avisar a los centinelas, de decirles dónde estaba el traidor, quizá podrían lanzar un ataque eficaz. Pero estaba seguro de que no iba a ser posible. Si utilizaba a la gente pequeña, tendría que detenerme para silbarles y que viniesen algunos para encomendarles la tarea. Incluso así, existía la posibilidad de que no fuesen capaces de localizar el objetivo correcto para señalárselo al Consejo con sus fuegos artificiales.

Además, un mago era un tipo de amenaza para la gente pequeña muy distinta de la que habían sido los vampiros o los hombres grises. Un mago, en particular uno lo bastante astuto como para haber permanecido oculto ante el Consejo durante años sin que se hubiesen descubierto sus planes de traición, los fulminaría como si fuesen meros insectos. Los mataría por docenas. Entendieran o no los riesgos, no iba a enviarlos a una cosa así.

Pero tenía que idear algo. La lucha no iba bien para el equipo local. La sangre se mezclaba con la lluvia en el centro del terreno fangoso donde se defendían.

Apreté los dientes, desesperado. Tenía que concentrarme en mi objetivo por el bien de mi hermano. Si dejaba de moverme ahora, si trataba de rescatar al Consejo y a la familia de Lara, Thomas podría morir. Además, si Ebenezer, Escucha el Viento y Anciana Mai no podían mantener a raya a sus atacantes, podía dar por seguro que yo no sería capaz de hacerlo mejor.

Tendrían que arreglárselas sin mí.

No llegué a la torre antes que el cambiapielos, pero, maldición, estuvo cerca. Supongo que ser un cambiaformas de tres metros de alto con los sentidos nocturnos de un depredador y una fuerza sobrehumana bastaba para superar incluso mi alianza con el espíritu de la isla.

Como presagio de lo que podría pasar durante el resto de la noche, era poco alentador. Sin embargo, si yo hiciera lo más sensato cada vez que las situaciones se volvían peligrosas, el mundo llegaría a su fin.

Resultó que moverse por el bosque sabiendo con certeza absoluta dónde poner los pies era casi lo mismo que hacerlo en un silencio absoluto. Llegué al final de los

árboles y vi que el cambiapielos venía por el lado opuesto de la colina pelada. Me quedé inmóvil, cubierto por una barrera de arbustos y sombras.

El viento había seguido aumentando y se había vuelto más frío. Venía del nordeste, lo que significaba que el cambiapielos lo tenía a sus espaldas y que advertiría a la criatura si cualquier cosa intentaba sorprenderla desde atrás. Sin embargo, me daba una pequeña ventaja: a Melenas le sería imposible captar mi olor.

Subió por la colina. Sus miembros eran delgados, y su pelaje amarillo y duro no parecía afectado ni por lo que debió de haber sido un largo trayecto a nado ni por la lluvia que caía a rachas intermitentes. Rápidas, las nubes sobre nuestras cabezas se separaron por unos segundos y revelaron una luna casi llena. Una guadaña de luz plateada barrió por un momento la cima de la colina.

Me mostró a Thomas.

El *naagloshii* lo arrastraba por un tobillo. No llevaba camisa, y la parte superior de su cuerpo estaba tan cubierta de cortes finos y arañazos que parecían las carreteras de un mapa muy minucioso. Lo había golpeado también. Tenía un ojo tan hinchado que daba la impresión de que alguien le hubiese aplastado medio melocotón en la cuenca. Tenía además moratones oscuros por toda la garganta. Había sido estrangulado. Tal vez varias veces, tal vez por diversión.

Su cabeza, hombros y la parte superior de su espalda barrían el suelo y los brazos los seguían, inertes. Cuando el *naagloshii* se detuvo, vi que mi hermano movía un poco la cabeza, quizá tratando de buscar una vía de escape. Tenía el cabello empapado y pegado al cráneo. Le oí soltar una tos débil, congestionada.

Estaba vivo. Golpeado, torturado, casi ahogado en las aguas heladas del lago Míchigan, pero vivo.

Apreté los puños. Una furia incontenible empezó a arder en mi interior. No había planeado encargarme del *naagloshii* yo solo. Había querido que estuviesen allí también Lara y su gente, además de todos los miembros del Consejo que hubieran ido a la isla. Eso había sido parte del plan, crear un interés común mostrándoles que tenían un enemigo común. Después, atacar al *naagloshii* con una fuerza abrumadora y obligarlo a huir, como mínimo, para poder recuperar a Thomas. No había contado con que el traidor se presentara con tantos refuerzos.

Atacarlo en solitario sería una enorme estupidez. La ira podía volver a un hombre más atrevido de lo que sería en otras situaciones. Era posible que también sirviese para potenciar mi magia. Sin embargo, por sí sola, la ira no le da a ese hombre la fuerza o la habilidad que no tiene. Y tampoco le otorga a un mago mortal un poder invencible.

Si dejaba que me controlase, lo único que conseguiría sería hacer que me matara. Me tragué mi indignación y me obligué a mirar al *naagloshii* con ojos fríos, sin pasión alguna. Le prometí a mi rabia que, cuando tuviese una ocasión mejor, cuando encontrase algo que me diera una oportunidad real de victoria, no dudaría en atacar. Le daría el mejor golpe de mi vida, potenciado por la energía de Isla Demonio.

Concentré toda mi atención en el cambiapielos y esperé.

Un poco después me di cuenta de lo poderoso que era aquel ser. Ya lo sabía, por supuesto, pero no había sido capaz de apreciar la amenaza que representaba más allá de lo físico, a pesar de que lo había contemplado a través de mi visión de mago.

Aquel recuerdo brotó de nuevo y trató de darme de palos hasta dejarme inconsciente, como ya había hecho antes. Fue difícil, pero lo aparté de mí y logré ignorarlo.

A través de Isla Demonio, pude apreciar al cambiapielos de una manera más táctil. Se podía decir que él era su propia línea ley, su propia fuente de poder. Poseía tanta masa metafísica que el río oscuro de energía que fluía bajo la torre se veía en parte perturbado por su presencia, de la misma manera que la luna afecta a las mareas. La isla reflejaba aquella perturbación de muchas formas sutiles. Los animales huían del *naagloshii* como lo harían del olor de un incendio en el bosque. Los insectos dejaban de hacer ruido. Incluso los propios árboles parecían volverse silenciosos e inmóviles, a pesar del viento frío que debería hacer que sus ramas crujiesen y sus hojas susurrasen.

El cambiapielos se acercó a la cabaña donde se escondían Morgan y mi aprendiz. Entonces sucedió algo extraño.

Las piedras de la casa comenzaron a brillar con ondas de fuegos fatuos. No era mucha luz, solo la que bastaba para ser perceptible en la oscuridad. Sin embargo, cuando el *naagloshii* dio otro paso hacia delante, los fuegos fatuos brillaron más y adoptaron la forma de símbolos grabados en cada piedra con una llama refinada. No tenía ni idea de qué tipo de escritura era aquella. Y nunca antes había visto aquellos símbolos.

El *naagloshii* se detuvo, y otro parpadeo de la luz de la luna me dejó ver cómo mostraba los dientes. Dio un nuevo paso al frente y los símbolos se iluminaron aún más. Soltó un gruñido bajo y trató de dar otro paso.

De repente, su pelaje se aplastó contra la parte frontal de su cuerpo, y él pareció incapaz de avanzar más. Se quedó allí con una pierna levantada y soltó una maldición en un idioma que no identifiqué. Entonces retrocedió varios pasos, gruñendo más, y se volvió hacia la torre en ruinas. Se aproximó a ella con un poco más de cautela que hacia la cabaña, y de nuevo esos sellos aparecieron sobre las piedras, rechazando de alguna forma al *naagloshii* antes de que se pudiese acercar a menos de dos o tres metros.

Soltó un gruñido de frustración, murmuró algo para sí y, agitando una mano, envió corrientes invisibles de poder que volaron hacia la torre. Los símbolos se limitaron a brillar más por un instante, como si absorbieran la magia con la que el cambiapielos en teoría había intentado dañarlos.

Maldijo otra vez y levantó a Thomas con aire distraído, como si planeara abrirse camino a través de las piedras reventándolas con su cráneo. Entonces miró a mi hermano, maldijo un poco más y negó con la cabeza, murmurando para sí mismo

algo siniestro. Se alejó de la torre. Sin duda parecía frustrado, igual que también sin duda parecía familiarizado con esos símbolos que permitían a las piedras rechazar el poder de un cambiapielos con tanta facilidad como si fuese agua de lluvia.

Esa presencia extraña que era Isla Demonio rara vez parecía transmitir algo de sí misma que resultase comprensible. Pero en esa ocasión, por unos instantes, lo hizo. Mientras el cambiapielos se retiraba, el espíritu de la isla se permitió un momento de engreída satisfacción.

¿Qué diablos era aquello?

Daba igual. No importaba. O, más bien, lo podría investigar en otras circunstancias. Lo importante era que el juego acababa de cambiar.

Ya no tenía que arrebatar a Thomas de las garras del cambiapielos y luego buscar una manera de derrotarlo. Lo único que debía hacer era separarlo de Thomas. Si lograrse hacerme con mi hermano y llevarlo hasta el círculo de la torre derruida o dentro de las paredes de la cabaña, todo podría ir bien. Si las propias piedras de la cabaña rechazaban al cambiapielos, todo lo que tendríamos que hacer sería que Molly activase el cristal y esperar a que el *naagloshii* se marchara. Al margen del resultado de la batalla de aquella noche, al final el Consejo ganaría. Incluso lo peor que ellos nos pudieran hacer seguiría siendo un destino mejor que el que nos esperaba con el cambiapielos.

En un destello de claridad de pensamiento, reconocí que había un millón de cosas que podían ir mal en ese nuevo plan. Pero, por otro lado, con él contaba con una ventaja significativa: había al menos una cosa que podía salir bien, que era justo una más de las que conseguiría si ejecutaba sin ayuda el plan anterior, el de «recuperar a mi hermano y cargarme al cambiapielos».

Es decir, podía sacarlo adelante.

—¡Mago! —gritó el *naagloshii*. Se volvió hacia la casa y comenzó a caminar despacio en círculo a su alrededor—. ¡Mago! Muéstrate. Entrégame al guerrero condenado.

No contesté, por supuesto. Estaba ocupado cambiando de ubicación. Si seguía caminando en círculos alrededor de la cabaña, el cambiapielos terminaría pasando justo entre la puerta y yo. Si lo sincronizaba bien, podría desencadenar una explosión cinética que arrancara a Thomas de su presa y lo lanzase hacia la cabaña.

Desde luego, también podría fracasar y no ser capaz de soltarlo de sus garras, en cuyo caso podría provocar un latigazo tan violento en el cuerpo inerte de mi hermano que le rompería el cuello. O podría tener éxito y golpearlo tan fuerte como para detenerle el corazón o colapsarle un pulmón. O, si no apuntaba bien, podría liberar a Thomas de sus manos para lanzarlo contra un muro de piedra. Teniendo en cuenta el mal aspecto que tenía, eso podría matarlo.

Aunque, claro, si no hacía nada, el cambiapielos lo mataría de todos modos.

Así que tendría que salir perfecto.

Me coloqué en posición y me pasé la lengua por los labios, nervioso. Era más

difícil trabajar con la energía cinética pura, con la fuerza, que casi con cualquier otro tipo de magia. Al contrario que con el fuego o los rayos, invocar fuerza pura requería que todo en el hechizo proviniera de la mente y la voluntad del mago. El fuego, una vez invocado, se comportaba como fuego, a menos que lo modificases para hacer algo distinto. Lo mismo pasaba con el rayo. Sin embargo, la voluntad en bruto no tenía ningún equivalente en el orden natural, por lo que su visualización en la mente del mago que la usaba debía ser muy vívida e intensa.

Esa era una de las razones por las que solía usar mi bastón u otro objeto, para ayudarme a enfocar mi concentración cuando trabajaba con ella. Por desgracia, mi bastón estaba a varios minutos de distancia. Y mis anillos de energía cinética, aunque tenían poder suficiente para esa tarea, estaban diseñados para enviar lanzas de energía destructiva. Para hacer daño. No había diseñado la magia que contenían pensando en hacer modificaciones sobre la marcha. Si usaba los anillos no podría suavizar el golpe, por así decirlo. Podría matar a Thomas.

—¡Mago! —gruñó el *naagloshii*—. ¡Me estoy cansando de esto! ¡He venido a honrar el intercambio de prisioneros! ¡No me obligues a tomar lo que quiero por la fuerza!

Solo unos pocos pasos más y estaría en posición.

Me temblaban las piernas. Me temblaban las manos. Me las quedé mirando en estado de *shock* durante un momento y me di cuenta de que estaba aterrorizado. El espectro mental del cambiapielos golpeaba las puertas de mis pensamientos y arañaba mi concentración de forma salvaje. Recordé la destrucción que había causado el *naagloshii*, las vidas que se había llevado y la facilidad con la que había evitado o superado todas las amenazas que se habían puesto en su camino.

Cualquier cosa que no fuese ejecutar el hechizo a la perfección le costaría la vida a mi hermano. ¿Y si el cambiapielos era capaz de sentir el hechizo antes de que llegara? ¿Y si calculaba mal la fuerza que necesitaba usar? ¿Y si fallaba? Ni siquiera estaba utilizando un objeto para ayudarme a enfocar el poder, y encima mi capacidad de control ya de por sí era un poco inestable cuando tenía un buen día.

¿Qué pasaría durante los segundos posteriores al hechizo? Aunque me las arreglase para realizarlo bien, me quedaría al descubierto, con un vengativo y enfurecido *naagloshii* para hacerme compañía. ¿Qué me haría? La imagen de Lara a medio cocinar sacándole a Madeline los intestinos continuaba grabada a fuego en mis pensamientos. En cierto modo, sabía que con el *naagloshii* sería peor. Mucho peor.

Entonces me sobrevino la duda más desagradable de todas. ¿Qué pasaría si todo esto hubiera sido para nada? ¿Y si el traidor escapaba mientras yo andaba dando vueltas por aquí? ¿Y si el poder político decidía que Morgan pagase el precio de la muerte de LaFortier a pesar de todo?

Dios. Necesitaba de verdad aquella cerveza fría y aquel buen libro.

—No la cagues —susurré para mis adentros—. No la cagues.

El cambiapielos pasó frente a la puerta de la cabaña vacía. Un segundo después,



arrastró a Thomas hasta el punto donde se alineaba entre la puerta y yo.

Levanté la mano derecha, enfoqué mi voluntad y ordené mis pensamientos mientras las cifras y fórmulas de cálculo de la fuerza no paraban de cambiar y de dar vueltas en mi cerebro.

Extendí los dedos.

—¡*Forzare!* —grité.

Algo de más o menos el tamaño y la forma de la pala de una excavadora surcó a toda velocidad el terreno entre mi hermano y yo, levantando tierra y grava, raíces y plantas. La fuerza invisible penetró en la tierra tres centímetros por debajo de Thomas, golpeó su forma inmóvil y lo arrancó del agarre del *naagloshii*. Thomas fue dando tumbos por el suelo durante tres o cuatro metros hasta la puerta. Y se golpeó la cabeza de manera salvaje contra el marco de piedra según la cruzó.

¿Había oscilado su cabeza como si fuese de goma después del impacto?

¿Le había roto el cuello a mi hermano?

Solté un grito de agonía. Al mismo tiempo, el cambiapielos se giró hacia mí encorvado y lanzó un rugido furioso. Hizo vibrar el aire a su alrededor y provocó que las gotas acumuladas en las hojas de los árboles cayeran a tierra como un pequeño chaparrón. Aquel rugido contenía toda la furia de un ego maníaco al que hubiesen ofendido mortalmente y encerraba la promesa de una muerte que solo podía ser descrita con la ayuda de una enciclopedia de tormentos, un diccionario de sinónimos y una copia de *Anatomía de Gray*.

Tanto el *naagloshii* que tenía grabado de forma cristalina en mi memoria como el que tenía delante en el aquí y ahora se abalanzaron a la vez sobre mí, enormes e imparables, decididos a aplastarme desde ambos lados y a hacerme pedazos.

Y, de repente, no me importó que aquella criatura fuese un enemigo al mismo nivel que todos los seres de pesadilla con los que nunca me atrevería a liarme a golpes. No me importó que fuese probable que estuviera a punto de morir.

Vi en mi mente la forma inmóvil de Kirby. Vi la figura pequeña y rota de Andi en su habitación de hospital. Vi las heridas de mi hermano y recordé la angustia que esa cosa me había provocado cuando lo había contemplado con mi visión. Esa criatura no tenía sitio en este mundo. Y si yo iba a morir, no iba a hacerlo lloriqueando de terror. Si iba a morir, no sería porque estuviese paralizado por el miedo y el trauma de mi visión de mago.

Si iba a morir, sería en un caos sangriento y espectacular.

—¡Vamos! —le grité al *naagloshii*.

El terror y la rabia hicieron que mi voz sonase aguda, fuerte, áspera. Ahuequé mi mano derecha como si me preparase para arrojar una pelota de béisbol, atraje mi voluntad y llené la palma con un fuego escarlata. Extendí hacia delante el brazo izquierdo y envié también mi voluntad a través del brazalete escudo que colgaba de él, preparando mi defensa. Según lo hice, sentí el poder de la tierra bajo mis pies. Lo noté brotando a mi alrededor, dándome energía para apoyarme.

—¡Vamos! ¡Vamos, monstruo sin picha!

La forma del *naagloshii* empezó a pasar de algo casi humano a algo parecido a un gorila, con sus brazos volviéndose más largos y sus piernas más cortas. Se lanzó hacia delante cubriendo a saltos la distancia entre nosotros a una velocidad aterradora, con elegancia y poder, rugiendo según se acercaba. Se fue desvaneciendo, haciéndose uno con la oscuridad según su velo se cerraba a su alrededor, invisible por completo para el ojo humano.

Pero Isla Demonio sí sabía dónde estaba Melenas. Y yo también.

En algún rincón lejano de mi mente donde al parecer mi sentido común tenía una especie de casa de vacaciones, mi cerebro se dio cuenta, consternado, de que me había echado a correr. Yo no recordaba haber tomado esa decisión, pero el caso era que estaba cargando en dirección al cambiapielos, gritando un desafío a modo de respuesta. Corría entregado a una rabia que estaba muy cerca de la locura y alimentaba el fuego en mi mano con más y más de ese poder, que manaba con mayor intensidad cada vez que uno de mis pies tocaba el suelo. Hasta que ardió con tanto brillo como un soldador de acetileno.

El *naagloshii* saltó hacia mí con las garras extendidas. Sus terribles ojos destellaban, visibles en el interior del velo.

Me deslicé sobre la cadera derecha como un jugador de béisbol y levanté mi escudo en oblicuo contra el cambiapielos. La criatura chocó con él como si fuese un muro de ladrillo y salió rebotada en la misma dirección en la que había saltado. Justo en ese momento bajé el escudo y grité:

—¡Andi!

Y le lancé un sol en miniatura a la tripa.

El fuego detonó en una explosión que arrojó al cambiapielos otros tres o cuatro metros hacia arriba dando tumbos de culo (una expresión que no tenía un maldito sentido, pero que parecía apropiada para ese momento). Me llegó a la nariz un horrible hedor a pelo quemado y carne chamuscada. Mientras caía, el cambiapielos aulló con lo que podía ser éxtasis salvaje o agonía. Rebotó con dureza un par de veces y rodó para ponerse de pie.

Corrió a toda velocidad hacia mí mientras su cuerpo cambiaba de nuevo bajo el velo que lo ocultaba y se transformaba en algo distinto, algo más felino quizá. No me importó. Me volví hacia la lluvia, el viento y los truenos que retumbaban a nuestro alrededor y reuní en el hueco de mi mano derecha una horda de rayos. Entonces, en vez de esperar a que me embistiera, lo apunté con mi otra mano y liberé todos y cada uno de los anillos de energía que me quedaban cargados, lanzando su fuerza letal en una única andanada.

El *naagloshii* aulló algo en una lengua que yo no conocía y las lanzas de fuerza rebotaron contra su velo, dejando donde impactaron anillos concéntricos de colores que se dispersaron. Apenas un segundo después, levanté mi mano ahuecada y grité:

—¡Thomas! ¡Fulminas!

Un trueno sacudió la cima de la colina con la suficiente potencia como para derribar varias piedras sueltas de la torre. El destello blanco y azul fue doloroso para los ojos. Unas ramificaciones nudosas de rayos saltaron hacia el *naagloshii* antes de que sus defensas se recuperasen tras desviar las explosiones de los anillos de fuerza. El trazado delicado y mortal de los rayos impactó en el centro exacto de su pecho y detuvo en seco su embestida. Otros rayos pequeños saltaron desde el principal y partieron el suelo de granito y pedernal en media docena de sitios, creando agujeros al rojo vivo del tamaño de calaveras.

El agotamiento me golpeó como una maza. Los ojos se me llenaron de puntitos de luz. Nunca antes había lanzado ataques tan duros. Incluso con la ayuda de Isla Demonio, el gasto de energía había sido increíble. Sabía que si me exigía demasiado, me desmayaría. Pero el cambiapielos aún seguía en pie.

Se tambaleó un poco hacia un lado y su velo vaciló por un instante. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Podía adivinar lo que le rondaba por la cabeza: ¿cómo demonios lo podía atacar con tanta precisión si el velo lo volvía invisible casi por completo?

Durante una mínima fracción de segundo vi miedo en sus ojos, y mi cuerpo agotado rugió de furia, sintiéndose victorioso.

El *naagloshii* se recuperó y volvió a cambiar de forma. Con lo que pareció un esfuerzo nimio, se agachó, arrancó un pedazo de roca del tamaño de un bloque de acera y me lo lanzó. Cien o doscientos kilos volaron hacia mí como una bola rápida de la liga profesional.

Me tiré a un lado todo lo rápido que me permitió el cansancio a la vez que concentraba mi voluntad. En esta ocasión, las serpentinatas de color blanco plateado del fuego del alma danzaron y brillaron alrededor de mi mano derecha. Me quedé en el suelo, demasiado agotado como para levantarme, y apreté los dientes con decisión mientras me cargaba de energía para el que iba a ser, de un modo u otro, mi último ataque.

No tenía ya aliento para gritar, pero sí podía murmurarle con mi voz ronca.

—Y esto va por Kirby, hijo de puta —escupí.

Liberé mi voluntad y chillé:

—¡*Laqueus!*

Una soga de fuerza pura destelló con el resplandor del fuego del alma y saltó hacia el cambiapielos. Él trató de rechazarla, pero estaba claro que no había esperado que fuese a ponerle el turbo a mi hechizo. Sus defensas apenas lo ralentizaron, y la soga dio tres vueltas rápidas alrededor de su cuello y lo oprimió de manera violenta.

El *naagloshii* frenó su carrera y se tambaleó a un lado mientras su velo caía poco a poco. Comenzó a cambiar de forma salvajemente, luchando por soltarse de aquel nudo sobrenatural. Fracasó. Mi visión se emborronó y se empezó a oscurecer, pero mantuve mi voluntad en él, apretando el lazo más y más fuerte.

Pataleó y forcejeó, furioso. Y en ese momento cambió de táctica. Se puso en

cuclillas, desesperado, extendió una garra y trazó un círculo a su alrededor excavando un surco en la roca. Entonces tocó el círculo con su voluntad y sentí cómo aquel simple constructo mágico se activaba y cortaba el vínculo del hechizo con el origen de su poder: yo.

La cuerda de plata resplandeció y se desvaneció.

Permanecí allí tirado en el suelo, apenas capaz de levantar la cabeza. Miré hacia la cabaña y la seguridad que representaba, a poco más de diez metros de distancia. Igual hubiera dado que fuesen diez kilómetros.

El *naagloshii* se tocó con las garras la piel de la garganta y soltó un gruñido satisfecho. Sus ojos me buscaron. Su boca se abrió en una sonrisa carnívora. Entonces abandonó el círculo y comenzó a acercarse.

¿Un caos sangriento y espectacular?

Marchando.

El *naagloshii* llegó hasta mí y se quedó ahí quieto, sonriendo, mientras sus rasgos inhumanos cambiaban, se retorcían y dejaban de ser algo bestial para transformarse de nuevo en algo casi humano. Supuse que aquello hacía que le fuera más fácil hablar.

—Eso no ha sido demasiado patético —susurró—. ¿Quién te concedió el don del fuego de la vida, pequeño mortal?

—Dudo que lo conozcas —le respondí. Hablar me suponía un esfuerzo, pero estaba acostumbrado a enfrentarme a las rigurosas exigencias de la vida mediante mi papel de sabelotodo—. Te habría eliminado.

La sonrisa del cambiapielos se ensanchó.

—Encuentro sorprendente que puedas invocar los fuegos de la propia creación y sin embargo no poseas la fe necesaria para utilizarlos.

—Por todos los demonios —murmuré—. Me ponen enfermo los capullos sádicos como tú.

Ladeó la cabeza mientras, con aire distraído, arañaba la piedra con sus garras para afilarlas.

—¿Sí?

—Te gusta ver a la gente colgada de un gancho —le dije—. Te pone. Y si muero, la diversión se te acaba. Así que te apetece alargar la cosa dándome conversación.

—¿Tan ansioso estás por abandonar la vida, mortal? —ronroneó el *naagloshii*.

—Si la alternativa es pasar el rato aquí contigo, maldita sea que sí —le contesté—. Acaba de una vez con esto o lárgate.

Sus garras se movieron con una velocidad sinuosa, extrema. La cara me ardió de repente. Me dolió demasiado como para gritar. Me doblé por el sufrimiento y me apreté con las manos el lado derecho del rostro. Sentí que me rechinaban los dientes.

—Como quieras —dijo el *naagloshii*. Se inclinó más hacia mí—. Pero permíteme dejarte con este pensamiento, pequeño invocador de espíritus. Crees que has conseguido una victoria al quitarme al fago de las manos. Sin embargo, hace más de un día que para mí no era más que un pedazo de carne colgado de un gancho. No he dejado nada de él. No hay palabras para describir las cosas que le he hecho. —Pude incluso oír cómo sonreía más—. Se está muriendo de hambre. Su ansia lo enloquece. Y huelo a una joven invocadora dentro de la cabaña —ronroneó—. Ya estaba considerando la idea de lanzar dentro al fago con ella antes de que me ahorrases la molestia de una forma tan amable. Medita acerca de ello durante tu camino a la eternidad.

Incluso a través del sufrimiento y del miedo, el estómago se me hizo un nudo.

Oh, Dios.

Molly.

No veía a través del ojo derecho y no sentía otra cosa que no fuese dolor. Volví la cabeza hacia un lado para que mi ojo izquierdo se enfocase en el *naagloshii*. Estaba en cuclillas sobre mí y sus dedos, largos y de garras negras ensangrentadas, se movían con una excitación casi sexual.

Desconocía si alguien había lanzado alguna vez una maldición de muerte potenciada con fuego del alma. No sabía si usar mi propia alma como combustible para una explosión final significaría que no iría donde van las almas una vez que terminan su estancia aquí. Solo sabía que, al margen de lo que ocurriera, no me iba a doler durante mucho más tiempo, y que antes de irme quería borrarle esa sonrisa de la cara al cambiapieles.

No estaba seguro de lo desafiante que podía llegar a ser una mirada de un solo ojo, pero me esforcé todo lo posible, incluso mientras preparaba la explosión que inmolaría mi vida y mi cuerpo cuando la detonase.

Entonces hubo un brillo difuso y algo cruzó como un dardo la espalda del *naagloshii*. La criatura se tensó, soltó un gruñido de sorpresa y se giró para buscar la fuente de la luz. Vi que su espalda tenía una herida larga y poco profunda a lo largo de sus hombros, tan fina como si hubiese sido hecha con un bisturí.

O un cúter.

Tut-tut revoloteaba por el aire sosteniendo un cúter ensangrentado en una mano a modo de lanza. Se llevó una trompeta diminuta a los labios e hizo sonar un desafío estridente, las notas agudas de una carga de caballería en miniatura.

—¡Fuera, villano! —exclamó en un tono igual de chillón. Se lanzó de nuevo contra el cambiapieles.

El *naagloshii* rugió y le lanzó un zarpazo, pero Tut lo esquivó y le asestó un corte de veinte centímetros en el brazo.

La criatura se revolvió hacia la pequeña hada con una furia repentina. Cambió su forma a otra más felina, aunque manteniendo las largas patas delanteras. Persiguió a Tut lanzando más zarpazos, pero mi diminuto capitán de la guardia siempre lo esquivaba por un pelo.

—¡Tut! —grité lo más fuerte que pude—. ¡Sal de ahí!

El *naagloshii* escupió una maldición con un tono ácido cuando Tut volvió a esquivar sus garras. Entonces dio una palmada en el aire mientras siseaba unas palabras en una lengua extraña. Se levantó un viento súbito, un pequeño vendaval malicioso que golpeó el minúsculo cuerpo de Tut. Tut se estrelló contra unas zarzas al borde del claro, y la esfera de luz que lo rodeaba parpadeó y se apagó de repente. Una espantosa señal de fatalidad.

El *naagloshii* se dio la vuelta y echó tierra encima del hada caída con sus patas traseras. Luego vino otra vez hacia mí, resoplando de ira. Me limité a ver cómo llegaba. Sabía que no había nada que pudiera hacer.

Al menos había alejado a Thomas de aquel bastardo.

Sus ojos amarillos ardían con odio. Alzó las garras mientras se acercaba.

—Eh —dijo una voz tranquila—. Feo.

Me giré y miré al otro lado del pequeño claro a la vez que el cambiapielles.

No sabía cómo Indio Joe había conseguido atravesar el anillo de atacantes para subir hasta la cima de la colina, pero allí estaba, con sus mocasines, sus vaqueros y una camisa de ante decorada con huesos y pedazos de turquesa. Su larga cabellera plateada le caía en su habitual trenza y las cuentas de hueso de su collar brillaban pálidas en las tinieblas de la noche.

El *naagloshii* miró al curandero cara a cara y se quedó quieto.

La colina permaneció silenciosa e inmóvil.

Entonces Escucha el Viento sonrió. Se agachó y restregó las manos en la fina capa de barro que cubría la cumbre rocosa de la colina. Curvó las palmas, las acercó al rostro e inhaló, respirando el aroma de la tierra. Después se frotó las manos despacio, un gesto que de alguna manera me recordó al de un hombre que se preparaba para realizar un trabajo rutinario pesado.

Se incorporó.

—Madre dice que no tienes lugar aquí —comentó aún con tranquilidad.

El *naagloshii* enseñó los colmillos. Su gruñido vagó por la colina como si fuese una bestia con vida propia.

Unos relámpagos brillaron sobre nuestras cabezas sin truenos que los acompañaran. Provocaron una mirada escalofriante y llena de odio en el cambiapielles, que siguió en silencio. Escucha el Viento volvió su rostro hacia el cielo e inclinó un poco la cabeza.

—Padre dice que eres feo —informó. Entornó los ojos e irguió los hombros, mirando también a la cara al *naagloshii*. Los truenos sacudieron la isla e hicieron que la voz del anciano sonase como un gruñido monstruoso—: Te concedo esta oportunidad. Vete. Ahora.

El cambiapielles rugió.

—Viejo invocador de espíritus. Fracasado guardián de un pueblo muerto. No te tengo miedo.

—Tal vez deberías —dijo Escucha el Viento—. El muchacho casi acaba contigo y ni siquiera conoce al pueblo *diné*, y mucho menos los viejos caminos. Largo. Última oportunidad.

El *naagloshii* soltó un gorjeo grave según su cuerpo cambiaba y se volvía más grueso, con un aspecto más poderoso.

—No eres un hombre sagrado. No sigues el Camino de la Bendición. No tienes ningún poder sobre mí.

—No quiero atarte ni desterrarte, viejo fantasma —dijo Indio Joe—. Solo voy a patearte el culo hasta que te salga por las orejas. —Apretó los puños y añadió—: Vamos.

El cambiapielles soltó un aullido y lanzó los brazos hacia adelante. Dos tiras gemelas de oscuridad surgieron de ellos como una cascada. Se dividieron en decenas

y decenas de serpientes de sombra que reptaron por el aire de la noche en una nube retorcida hacia Escucha el Viento. El curandero no se inmutó. Levantó sus brazos al cielo, echó hacia atrás la cabeza y cantó al modo agudo y oscilante de las tribus nativas. La lluvia, que había parado casi por completo, cayó de nuevo como una manta casi sólida de agua sobre unos quince metros cuadrados de colina, inundando el torrente de hechicería que se acercaba y disolviéndolo en la nada antes de que pudiera convertirse en una amenaza.

Indio Joe se volvió de nuevo hacia el *naagloshii*.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer?

El cambiapielos gruñó más palabras en lenguas desconocidas y comenzó a arrojar poder con ambas manos. A las bolas de fuego como la que había visto en la mansión Raith siguieron unas esferas de chispas azules que crepitaban, así como otras verdes que se mecían como si fuesen de gelatina, pero que olían a ácido sulfúrico. Fue un despliegue de evocación impresionante. Si un fregadero de cocina hubiera salido volando hacia Escucha el Viento, conjurado de quién sabe dónde, no me habría sorprendido. El *naagloshii* echó los restos. Le lanzó al pequeño y anciano curandero la suficiente energía pura como para barrer de la cima de la colina todas las rocas del suelo.

No tengo ni idea de cómo logró contrarrestarla toda, a pesar de que vi cómo lo hizo. Cantó de nuevo, y esta vez además movió los pies al ritmo de la música y flexionó su viejo cuerpo adelante y atrás. Por supuesto, lo hizo despacio a causa de la edad, pero sin duda aún se podía considerar una danza. Llevaba una cinta con campanas en cada tobillo y otra en cada muñeca, y sonaban a la vez que sus cantos.

Todo ese bombardeo arrojado contra él parecía incapaz de alcanzar su destino. El fuego destellaba a su lado según Indio Joe movía los pies y balanceaba el cuerpo, y ni siquiera le chamuscaba un pelo. Las bolas de relámpagos desaparecían unos metros delante de él y continuaban su camino unos metros por detrás, al parecer sin cruzar el espacio que había entre medias. Los globos de ácido se bamboleaban en pleno vuelo y se desparramaban por la tierra, siseando y levantando nubes de vapores asfixiantes que no causaban daño alguno. Era una defensa elegante. En vez de tratar de enfrentar fuerza contra fuerza, poder contra poder, el fracaso de aquella hechicería a la hora de dañar a Escucha el Viento parecía parte del orden natural, como si el mundo fuera un lugar en el que tal cosa fuese algo normal y razonable, algo que se pudiese esperar.

Sin embargo, mientras arrojaba agonía y muerte en un esfuerzo inútil por vencer a Escucha el Viento, el *naagloshii* también avanzaba a grandes zancadas, reduciendo la distancia entre ambos hasta que se detuvo a menos de seis metros del viejo curandero. Entonces sus ojos brillaron con un gozo terrible y, con un rugido, se arrojó contra él.

Casi se me salió el corazón por la boca. Escucha el Viento no se habría puesto de mi lado en todo este asunto, pero me había ayudado en más de una ocasión en el pasado y era uno de los pocos magos a los que Ebenezer McCoy respetaba. Era un hombre decente, y no quería que resultase herido por defenderme. Traté de gritar para



advertirle, pero al hacerlo distinguí la expresión de su rostro justo cuando el *naagloshii* saltaba.

Indio Joe sonreía con una mueca lobuna y feroz.

El *naagloshii* se acercaba ensanchando su boca como la de un depredador, haciendo más grandes las garras de sus cuatro extremidades, dispuesto a destrozar al anciano.

Escucha el Viento pronunció una sola palabra que hizo temblar el aire con su poder. Entonces su forma se disolvió y cambió, como si en vez de carne y hueso hubiese estado hecho de mercurio líquido y hasta aquel momento se hubiera mantenido con la apariencia de un anciano solo con el esfuerzo de su voluntad. Se transformó en algo distinto de una manera tan rápida y natural como quien respira hondo.

Cuando el *naagloshii* cayó sobre él no hundió sus garras en un viejo mago curtido por el tiempo.

En su lugar, se encontró hocico contra hocico con un oso pardo del tamaño de un minibús.

El oso soltó un rugido que estremeció todos los huesos de mi cuerpo, se lanzó hacia delante y arrolló al *naagloshii* a base de pura masa y puro músculo. Si alguna vez habéis visto a una bestia furiosa como esa en acción, sabéis que no es algo a lo que se pueda hacer justicia con ninguna descripción. El volumen de su rugido, la potencia de sus músculos bajo esa piel gruesa y el destello de sus colmillos blancos y de sus ojos enrojecidos se combinan en algo que va mucho más allá que la suma de sus partes. Resultaba aterrador, primordial, tocaba en lo más profundo de algún antiguo instinto que existe dentro de cada ser humano y que recuerda que este tipo de cosas equivalen a terror y muerte.

El *naagloshii* gritó con un alarido extraño y ajeno a todo lo conocido y arañó con furia al oso con sus zarpas. Se engañaba a sí mismo. Sus garras, largas y afiladas de una manera elegante, ideales para destripar a seres de piel fina como los humanos, no tenían ni la potencia ni el volumen necesarios para abrirse paso por el grueso pelaje del oso ni por la piel de detrás, y menos aún la longitud para atravesar sus capas de grasa y sus grandes músculos. Para lo que hacían, le hubiera dado igual atarse peines de plástico en las patas.

El oso atrapó el cráneo del cambiapielos con sus enormes mandíbulas y, por un segundo, pareció que la pelea había terminado. Entonces la figura del *naagloshii* se emborronó y, donde un momento antes había habido una criatura parecida a un simio, ahora se encontraba un animal esbelto y alargado parecido a un hurón pero de mandíbulas desproporcionadas, con un diminuto destello de pelaje tan amarillo como la orina. Se revolvió para zafarse del gigantesco oso, esquivó dos golpes de sus gigantescas zarpas y lanzó un gruñido socarrón y desafiante cuando se logró liberar.

Pero Indio Joe no había terminado aún. El oso dio un salto pesado y cayó a tierra con la forma de un coyote delgado y veloz que corrió con agilidad tras el hurón

mostrando unos colmillos brillantes. Mientras lo perseguía, el hurón de repente se giró y abrió las mandíbulas, y luego las abrió más y más hasta que no fue sino un cocodrilo cubierto de mechones amarillos sueltos quien recibió al coyote, el cual estaba ya demasiado cerca para desviarse de su carrera.

La forma canina se fundió según se lanzaba contra las mandíbulas del cocodrilo, y un cuervo de alas negras las atravesó y salió por el otro lado justo cuando se cerraban con un chasquido. El cuervo volvió la cabeza y dejó escapar unos graznidos burlones mientras se alejaba volando, dando vueltas alrededor del claro.

El cocodrilo se estremeció y se convirtió en un halcón, dorado y rápido, con la cabeza coronada por unas matas de pelaje amarillento que se parecían a las orejas que el *naagloshii* tenía en su forma casi humana. Se lanzó hacia el frente a una velocidad sobrenatural, ocultándose detrás de un velo según volaba.

Oí cómo el cuervo batía las alas mientras volaba en círculos con cautela, buscando a su enemigo. Entonces las garras del halcón lo golpearon por detrás. Vi horrorizado cómo la rapaz bajaba su pico ganchudo para desgarrar al cuervo que tenía apresado. Sin embargo, se topó con el caparazón duro y lleno de espinas de una tortuga caimán. La tortuga extendió su cabeza retorcida y de piel dura y cerró unas mandíbulas que podrían cortar un cable de acero sobre la pata del halcón que era el *naagloshii*. El cambiapielos soltó otro grito de dolor extraño según ambos se precipitaban juntos contra el suelo.

En los últimos metros, la tortuga adoptó la forma de una ardilla voladora, extendió sus miembros, transformó parte de su impulso de caída en un movimiento hacia delante y aterrizó rodando por el suelo. El halcón no fue tan hábil. Empezó a transformarse en algo, pero se estrelló con fuerza contra el suelo rocoso antes de que pudiese terminar de adoptar un nuevo aspecto.

La ardilla giró sobre sí misma, saltó y se convirtió en el aire en un puma que cayó sobre la masa aturdida de plumas y pelaje del *naagloshii*. Lo desgarró con sus colmillos y sus zarpas y, entre los más horribles aullidos, el terreno se tiñó de sangre negra. La forma del *naagloshii* se fundió en una escalofriante figura de cuatro patas y alas de murciélago con ojos y bocas por todas partes. Todas sus bocas gritaban con media docena de voces diferentes. Se las arregló para librarse de las garras del puma y apartarse aleteando, rodando sin gracia alguna por el suelo. Se sacudió salvajemente y empezó a dar saltos con torpeza, batiendo sus alas de murciélago. Parecía un albatros sin viento suficiente como para elevarlo. El puma le pisó los talones durante todo el camino, lanzando zarpazos para desgarrarlo.

El *naagloshii* desapareció en la oscuridad, dejando una estela de aullidos mientras huía. Siguió gritando de dolor, casi sollozando, cuando bajó por la pendiente hacia el lago. Isla Demonio, malhumorado, seguía su marcha con satisfacción. No podía culparlo.

El cambiapielos abandonó la isla. Sus aullidos aún flotaron en el viento de la noche durante un rato hasta que acabaron por desvanecerse.

Durante un largo momento, el puma mantuvo la mirada fija en la dirección por la que se había ido. Luego se sentó con la cabeza gacha, tembló y volvió a ser Indio Joe. El anciano permaneció sentado, apoyado en el suelo con ambas manos. Se puso de pie despacio, con movimientos algo rígidos. Uno de sus brazos parecía roto justo entre la muñeca y el codo. Miró de nuevo hacia donde había huido su oponente, y después resopló y caminó con precaución hacia mí.

—Guau —le dije en voz baja.

Levantó un poco la barbilla. Por un momento, un poder orgulloso brilló en sus ojos oscuros. Entonces me sonrió y de nuevo era solo un anciano tranquilo de aspecto cansado.

—¿Reclamaste este lugar como santuario? —me preguntó.

Asentí.

—Ayer por la noche.

Me miró. Parecía incapaz de decidirse entre reírse en mi cara o darme un manotazo en la coronilla.

—Nunca te metes a medias en los problemas, ¿verdad, hijo?

—Aparentemente no —dije con dificultad. Escupí sangre. Tenía mucha más en la boca. La cara no me había dejado de doler solo porque el *naagloshii* se hubiese ido.

Indio Joe se arrodilló a mi lado y examinó mis heridas de una manera profesional.

—Tu vida no peligra —me aseguró—. Necesitamos tu ayuda.

—Estás de broma —respondí—. Estoy roto. Ni siquiera puedo caminar.

—Lo único que necesitas es tu mente —dijo—. Hay árboles alrededor de la batalla del muelle. Árboles que se encuentran bajo tensión. ¿Puedes sentirlos?

Apenas había acabado de decir las palabras cuando los percibí a través de mi vínculo con el espíritu de la isla. Catorce árboles, de hecho, la mayoría viejos sauces que estaban cerca del agua. Sus ramas estaban dobladas, deformadas por el peso de unas cargas enormes.

—Sí —le dije. Mi propia voz me sonaba lejana, llena de una calma indiferente.

—La isla puede deshacerse muy rápido de los seres subidos a los árboles si retira por un tiempo el agua de la tierra que hay bajo ellos —dijo Indio Joe.

—¿Y? —dije—. ¿Cómo se supone que voy a...?

Me interrumpí en mitad de la frase según sentí la respuesta de Isla Demonio. Parecía haberse apoderado de las palabras de Indio Joe, pero enseguida comprendí que no había pasado nada similar. Isla Demonio había entendido a Indio Joe solo porque había comprendido los pensamientos que esas palabras habían creado en mi cabeza. La comunicación a través de sonidos era un concepto muy poco elegante, algo engorroso y demasiado ajeno al espíritu de la isla como para que eso hubiese podido pasar nunca. Pero mis pensamientos... eso sí lo podía captar.

Casi pude notar cómo la tierra se movía, cómo se asentaba ligeramente mientras la isla retiraba el agua del terreno bajo esos árboles. Tuvo el efecto secundario que Indio Joe había buscado. Una vez que el suelo que rodeaba las raíces se convirtió en

una zona árida, comenzó a drenar agua de los propios árboles tomándola a través de los mismos capilares que la habían absorbido. Fluyó enseguida desde las ramas más elevadas y las dejó secas.

Y quebradizas.

Las ramas comenzaron a romperse con unos chasquidos enormes. Lo hicieron una gran cantidad de ellas, docenas en apenas unos segundos, y era como escuchar tandas de petardos que iban explotando. Entonces desde allí abajo, desde los muelles, llegó una cacofonía de truenos y disparos, y los destellos de luz proyectaron extrañas sombras contra las nubes.

Traté de concentrarme en mi conocimiento de la isla. Y lo sentí. El aumento de la energía liberada en la orilla y el flujo de sangre extraña en el terreno bajo los árboles afectados, sangre que estos absorbieron con avidez debido a su repentina sequía. Los centinelas estaban avanzando hacia la linde del bosque. Los vampiros corrían delante de ellos con los pasos ligeros y rápidos de los depredadores a la caza de la presa herida. Unas cosas desconocidas estaban muriendo entre los árboles en medio de explosiones de magia y ráfagas de disparos.

Una luz se elevó sobre la isla, una brillante estrella plateada que se mantuvo en el aire un largo rato a modo de bengala.

Al verla, los hombros de Indio Joe se relajaron un poco. Dejó escapar un lento suspiro de alivio.

—Bien. Bien, ya lo han conseguido. —Entonces sacudió la cabeza y me miró—. Eres un desastre, muchacho. ¿Guardas suministros por aquí?

Traté de incorporarme para sentarme, pero no pude.

—La cabaña —solté de golpe—. Molly. Thomas... el vampiro. —Miré hacia los arbustos donde yacía un pequeño guardián fiel que me había hecho ganar unos segundos preciosos en lo más duro de la batalla e intenté ponerme de pie—. Tut.

—Tranquilo —dijo Escucha el Viento—. Calma, calma, hijo. No puedes...

Algo parecido a un rugido inmenso ahogó el resto de lo que tenía que decir, y todo lo demás, todos mis pensamientos y mis temores, dejaron de hacer ruido dentro de mi cabeza. Todo se volvió tan... tranquilo. Maravillosamente tranquilo. Y ya nada dolía.

Me dio tiempo a pensar que tal vez me podría acostumbrar a aquello.

Después, la nada.

Oí voces que hablaban en algún lugar cercano. La cabeza me estaba matando y sentía la cara hinchada y la piel tirante. Me llegaba calor al lado derecho de mi cuerpo, y percibí el aroma a madera quemada. Un fuego crepitaba. El suelo debajo de mí estaba duro, aunque no frío. Yacía sobre unas mantas o algo similar.

—... en realidad no tiene sentido hacer otra cosa aparte de esperar —decía Ebenezer—. Sí, están bajo techo, pero tiene goteras. Y si no, la propia mañana se encargará del asunto cuando llegue.

—*Ai ya* —murmuró Anciana Mai—. Estoy segura de que podríamos contrarrestarlo con bastante facilidad.

—No sin riesgos —dijo Ebenezer con un tono razonable—. Morgan no va a ir a ninguna parte. ¿Qué hay de malo en esperar a que caiga el escudo?

—No me gusta este lugar —respondió Anciana Mai—. Su *feng shui* es desagradable. Y si la chica no fuese una hechicera, ya habría bajado el escudo.

—¡No! —surgió la voz de Molly. Sonaba con una modulación extraña, como si se filtrara a través de veinte metros de tubería ondulada y un pito de carnaval—. No voy a dejar caer el escudo hasta que Harry me pida que lo haga. —Tras una breve pausa, añadió—: Además... no estoy segura de cómo hacerlo.

—Tal vez podríamos abrir un túnel por debajo —dijo la voz de uno de los centinelas.

Exhalé despacio, me pasé la lengua por los labios agrietados y dije:

—No te molestes. Es una esfera.

—¡Oh! —exclamó Molly—. ¡Oh, gracias a Dios! ¡Harry!

Me incorporé con lentitud y, antes de que me moviese más de uno o dos centímetros, Indio Joe me sujetó.

—Tranquilo, hijo —me dijo—. Tranquilo. Has perdido algo de sangre y tienes un chichón en la cabeza con el que no te cabría un sombrero.

Me sentí muy mareado mientras me decía aquello, pero me mantuve sentado. Me pasó una cantimplora y bebí despacio y con cuidado, a sorbos. Entonces abrí los ojos y eché un vistazo alrededor.

Nos encontrábamos todos en la cabaña en ruinas. Yo estaba en el suelo cerca de la chimenea. Ebenezer se sentaba delante de ella con su viejo bastón de madera apoyado en un hombro. Anciana Mai permanecía de pie en el lado opuesto de la cabaña, flanqueada por cuatro centinelas.

Morgan seguía en el saco de dormir donde lo había dejado, inconsciente o dormido, y Molly se sentaba junto a él con las piernas cruzadas en el suelo, sosteniendo el cristal de cuarzo con las dos manos. El cristal brillaba con una apacible luz blanca que iluminaba el interior de la cabaña mucho más que el fuego. Una esfera luminosa con una forma circular perfecta, del tamaño de una pequeña tienda de

campana, contenía tanto a Morgan como a mi aprendiz en una burbuja de energía defensiva.

—Ey —saludé a Molly.

—Ey —me respondió ella.

—Supongo que ha funcionado, ¿eh?

Abrió mucho los ojos.

—¿No sabías si iba a funcionar?

—El diseño era sólido —contesté—. Digamos que no tuve ocasión de hacer una prueba sobre el terreno.

—Vaya —dijo Molly—. Vale, ha funcionado.

Solté un sonido áspero con la garganta. Miré a Ebenezer.

—Señor.

—Hoss —dijo—, me alegro de que estés de vuelta con nosotros.

—Estamos perdiendo el tiempo —interrumpió Anciana Mai. Me observó y dijo—: Ordénale a tu aprendiz que baje el escudo de inmediato.

—En un minuto.

Anciana Mai entrecerró los ojos y los centinelas que había a su lado parecieron ponerse un poco más alerta.

La ignoré.

—¿Dónde está Thomas? —le pregunté a Molly.

—Con su familia —respondió con tranquilidad una voz.

Miré por encima del hombro y vi a Lara Raith de pie en la puerta. Era una forma esbelta envuelta en una de las mantas de los camastros del Escarabajo Acuático. Su aspecto era tan hermoso y pálido como siempre, a pesar de que el pelo le había ardido casi hasta la raíz. Sin él para enmarcar su rostro, sus rasgos se percibían con una delgadez más afilada, más angulosa, y sus ojos grises parecían incluso más grandes y llamativos.

—No te preocupes, Dresden, tu marioneta vivirá para ser manipulada otro día. Mi gente está cuidando de él.

Traté de encontrar algún detalle en su rostro que me revelase algo más sobre Thomas. No había nada. Me miraba con una frialdad absoluta.

—De acuerdo, vampira —dijo Anciana Mai con educación—. Ya lo has visto y has hablado con él. Lo siguiente es solo asunto del Consejo.

Lara sonrió con suavidad a Anciana Mai y se volvió hacia mí.

—Una cosa más antes de irme, Harry. ¿Te importa si tomo prestada la manta?

—¿Qué pasa si me importa? —le pregunté.

La dejó resbalar un poco, revelando un hombro pálido.

—Te la devolveré, por supuesto.

La imagen de la criatura hinchada, amoratada y quemada que había besado a Madeline Raith mientras le sacaba las entrañas regresó vívida a mis pensamientos.

—Quédatela —le dije.

Lara volvió a sonreír, esta vez dejando ver sus dientes, e hizo una leve inclinación de cabeza. Después se dio la vuelta y se marchó. Seguí con ociosidad su camino hasta la orilla, donde saltó al muelle flotante y desapareció.

Miré a Ebenezar.

—¿Qué ha pasado?

Gruñó.

—Quien fuese el que viniera a través del Nuncamás abrió un portal a unos cien metros entre los árboles —dijo—. Y trajo un centenar de viejas arañas peludas gigantes.

Parpadeé.

—¿Arañas? —pregunté, frunciendo el ceño.

Ebenezar asintió.

—Y no eran formas conjuradas. Eran reales, del reino de las hadas tal vez. Nos lo pusieron difícil de verdad. Algunas comenzaron a hilar telas entre los árboles para atraparnos mientras las demás nos mantenían ocupados.

—No querían que llegáramos hasta su retaguardia, hasta donde se hallaba el que abrió el portal —dijo Escucha el Viento.

—Más bien no querían que nadie viese de quién se trataba —dije—. Ese era nuestro sospechoso. Ese era el asesino.

—Tal vez —dijo Ebenezar en voz baja, asintiendo con la cabeza—. En cuanto los árboles y las telas de araña se vinieron abajo, empezamos a hacerlas retroceder. Él salió corriendo. Y, una vez que se fue, las arañas también se dispersaron.

—Maldita sea —dije en voz baja.

—Y eso fue todo —dijo Ebenezar—. Ni hubo confidente ni hubo testimonio.

Asentí.

—Os conté aquello para atraer al verdadero asesino. Para obligarlo a actuar. Y eso es lo que hizo. Lo visteis con vuestros propios ojos. Debería bastar como prueba de que Morgan es inocente.

Anciana Mai negó con la cabeza.

—Lo único que demuestra es que alguien más está dispuesto a traicionar al Consejo y tiene algo que ocultar. No quiere decir que Morgan no haya matado a LaFortier. A lo sumo, sugiere que no actuó solo.

Ebenezar la miró fijamente.

—Así que ahora hay una conspiración, ¿es eso lo que estás diciendo? ¿Qué era lo que habías dicho antes acerca de la simplicidad?

Mai apartó los ojos de él y se encogió de hombros.

—Reconozco que la teoría de Dresden es la explicación más simple y la más probable. —Suspiró—. Sin embargo, resulta insuficiente para esta situación.

Ebenezar habló con desagrado.

—¿Hay que colgar a alguien?

Mai volvió de nuevo la vista hacia él, impassible.

—Correcto, así es. Es plausible pensar que Morgan estuviera involucrado. La evidencia sugiere de forma clara que es culpable, y el Consejo Blanco no mostrará debilidad frente a tal acto. No podemos permitirnos el lujo de que la muerte de LaFortier quede sin castigo.

—Castigo —dijo Ebenezar—. No justicia.

—La justicia no es lo que impide a los distintos poderes de este mundo destruir al Consejo Blanco y hacer lo que les plazca con la humanidad —respondió Anciana Mai—. El miedo sí. El poder también. Deben saber que, si nos atacan, habrá consecuencias letales. Soy consciente de lo reprobable que sería el hecho de condenar a muerte a un hombre inocente, y más a uno que ha demostrado en repetidas ocasiones su dedicación a la seguridad del Consejo. Pero, en términos generales, es menos destructivo e irresponsable que permitir que nuestros enemigos vean debilidad.

Ebenezar apoyó los codos en las rodillas y se miró las manos. Negó con la cabeza y no dijo nada.

—Ahora —dijo Anciana Mai, volviendo su atención de nuevo hacia mí—, le ordenarás a tu aprendiz que baje el escudo o lo destruiré yo misma.

—Puede que prefieras dar unos cuantos pasos atrás antes de hacerlo —dije—. Si algo que no sea la secuencia correcta lo desactiva, explotará. Se llevará por delante la cabaña. Y la torre. Y la parte superior de la colina. A la chica y a Morgan no les pasará nada, eso sí.

Molly soltó un sonido ahogado.

—Vaya, al final has logrado hacer funcionar aquella idea tuya, ¿verdad? —preguntó Ebenezar.

Me encogí de hombros.

—Después de que aquellos zombis aparecieran y atravesaran así sin más mis defensas, a golpes, quería algo que me diese un poco más de juego.

—¿Cuánto tiempo te llevó hacerlo?

—Muchas noches y fines de semana durante tres meses. —Suspiré—. Todo un dolor de cabeza.

—Suenas a eso —estuvo de acuerdo Ebenezar.

—Mago McCoy —dijo Mai con brusquedad—, te recuerdo que Dresden y su aprendiz ayudaron y ocultaron a un prófugo de la justicia.

Escucha el Viento interrumpió desde detrás de mí.

—Mai, ya es suficiente.

Mai se volvió hacia él y se lo quedó mirando con dureza.

—Suficiente —repitió Escucha el Viento—. Este momento ya es bastante oscuro como para añadir más personas al saco en el que nos vemos forzados a meter a Morgan. Una muerte es necesaria. Agregar dos inocentes más a la cuenta sería algo insensible, sin sentido y malvado. El Consejo va a interpretar las acciones de Dresden como una muestra de apoyo a las Leyes de la Magia y al Consejo Blanco. Y ahí



terminará todo.

No había expresión en el rostro de Mai. Ninguna en absoluto. No me veía capaz de captar ni un maldito indicio de lo que estaba pasando detrás de aquella máscara. Contempló a los dos viejos magos durante un rato. Después me miró a mí.

—El Merlín no estará contento.

—Eso es bueno —dijo Escucha el Viento—. Nadie debería estar contento con lo que ha pasado hoy.

—Pondré a Morgan bajo custodia, Mai —dijo Ebenezar—. ¿Por qué no llevas a los centinelas de vuelta a la ciudad en el barco? Os dará menos problemas sin mí ni Indio Joe a bordo. Os seguiremos en la otra embarcación.

—Quiero tu palabra —dijo Mai— de que llevarás a Morgan a Edimburgo.

—Lo llevaré, y lo llevaré sano y salvo —respondió Ebenezar—. Tienes mi palabra.

Mai asintió.

—Centinelas.

Tras eso, salió de la cabaña con serenidad. Los cuatro centinelas la siguieron.

Permanecí atento a ellos una vez estuvieron fuera. Comenzaron a bajar por el camino que los llevaría de vuelta al muelle.

Miré a Escucha el Viento.

—Necesito tu ayuda para algo.

Asintió.

—Hay una zona de zarzas ahí afuera. Uno de los pequeños intentó jugar a ser mi ángel de la guarda. El *naaglosh*...

—No pronuncies la palabra —me interrumpió Escucha el Viento con calma—. Obtiene poder del miedo, difundiendo su reputación. Referirse a ellos por su nombre solo sirve para hacerlos más poderosos.

Resoplé.

—Vi cómo lo hacías salir huyendo. ¿Crees que me da miedo?

—En este momento no —respondió Indio Joe—. Pero pronunciar la palabra no atrae nada bueno. Además, es un hábito poco cuidadoso en el que es mejor no caer.

Refunfuñé un poco. Eso podía aceptarlo. Era probable que él articulara sus frases de esa forma con toda intención. Además, de entre los dos, ¿quién tenía mejor historial contra el *naagloshii*? Decidí no actuar como un idiota y hacer caso al viejo curandero.

—La criatura —dije— lo dejó fuera de combate. Tal vez lo hirió o lo mató.

Indio Joe asintió. Su brazo roto estaba entablillado, vendado y envuelto en esparadrapo. Los centinelas habían debido de traer su propio equipo.

—Presenció el final de tu pelea. Esa es la razón por la que me pareció apropiado darle a la criatura el mismo tratamiento. —Sacudió la cabeza—. Ese pequeño necesitó el coraje de un león para actuar como lo hizo. Ya fui antes a buscarlo.

De repente me sentí mal.

—¿Está...?

Escucha el Viento sonrió un poco mientras negaba con un gesto.

—Inconsciente durante un rato y herido por las espinas de las zarzas, pero su armadura lo protegió de lo peor.

Se me escapó una risita de alivio.

—¿Esa armadura? Es una broma.

Volvió a negar.

—Lo que más le dolía era el orgullo, creo. —Sus ojos oscuros centellearon—. Un tipo tan pequeño tomándola con algo tan por encima de su división. Fue un espectáculo digno de ver.

Ebenezar resopló.

—Sí. Me pregunto dónde aprendió eso el *pixie*.

Sentí que se me enrojecían las mejillas.

—Yo no quería. Tuve que hacerlo.

—Peleaste bien —dijo Escucha el Viento—. No fue una lucha muy inteligente, pero ese viejo fantasma es lo más cercano a la maldad pura que verás jamás. Un buen hombre siempre se enfrenta a eso.

—Hiciste que huyese —le dije—. Podrías haberlo matado.

—Por supuesto —dijo Escucha el Viento—. Habría habido una persecución y después más lucha. Podría habernos llevado horas. Yo habría hecho que el viejo fantasma se desesperase. Él habría empezado a utilizar a inocentes como escudos, como obstáculos, distracciones. —El anciano curandero se encogió de hombros—. Incluso tal vez yo habría perdido. Y, mientras todo eso hubiese estado ocurriendo, las arañas se habrían estado comiendo a viejos palurdos con sobrepeso y usando sus huesos como palillos de dientes.

Ebenezar resopló.

—Eso nunca habría sucedido. No me gustan mucho los vampiros, en especial esas comadrijas de la Corte Blanca, pero he de decir algo a su favor: cuando quieren, saben luchar. Después del primer ataque, aquellos bichos fueron mucho más cuidadosos.

—Sí —dije—. Tampoco mostraron mucho carácter cuando intentaron detenerme en el camino a Edimburgo.

Los dos viejos magos intercambiaron una mirada. Indio Joe se volvió hacia mí.

—¿Te asaltaron arañas en el camino?

—Sí —respondí. Me detuve a pensar en ello y me quedé sorprendido. ¿Había pasado tan poco tiempo?—. Hace dos días, cuando fui a Edimburgo. Te hablé de ello. El asesino debía de tener algún tipo de vigilancia en el extremo de Chicago del camino para haberlos podido colocar a tiempo en posición e interceptarme.

Dejé escapar una risita cansada.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Ebenezar.

—Nada, solo me reía de la ironía. Supongo que no quería que le hiciera saber al

Consejo dónde estaba Morgan.

—Suenan a teoría razonable —dijo Indio Joe. Miró a Ebenezer—. Debe tratarse de alguien de Edimburgo. Eso reduce aún más el grupo de sospechosos.

Ebenezer soltó un gruñido para mostrarse de acuerdo.

—Pero no mucho. Nos estamos acercando. —Suspiró—. Sin embargo, eso no le va a hacer ningún bien a Morgan. —Se puso en pie y sus rodillas crujieron un par de veces—. Muy bien, Hoss, supongo que no podemos alargar esto más tiempo —dijo con calma.

Me crucé de brazos. Lo miré fijamente.

El rostro del anciano se ensombreció.

—Hoss —insistió en el mismo tono—, esto me fastidia tanto como a ti. Pero, aunque no te guste, aunque a mí tampoco me guste, Anciana Mai tiene razón. El verdadero asesino sabe que Morgan es inocente, pero los otros poderes no. Solo verán que resolvemos nuestros asuntos con rapidez y dureza, como siempre. Demonios, podría incluso darle al verdadero asesino la confianza suficiente como para venirse arriba y cometer un error.

—Le prometí a Morgan que lo ayudaría —dije—. Y lo haré.

—Hijo —intercedió Indio Joe en voz baja—, nadie puede ayudarlo ahora.

Apreté los dientes.

—Tal vez sí. Tal vez no. Pero no voy a entregároslo. Y lucharé si me obligáis.

Ebenezer me observó. Sacudió la cabeza con una sonrisa triste.

—Ahora mismo no podrías luchar ni contra uno de tus amigos de la gente pequeña, muchacho.

Me encogí de hombros.

—Lo intentaré. No vais a llevároslo.

—Harry —dijo una voz tranquila, alterada de forma extraña por el escudo.

Al levantar la vista encontré a Morgan tumbado en paz en su lecho, con los ojos abiertos y mirándome.

—Está bien —añadió.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Está bien —repitió en voz baja—. Iré con ellos. —Sus ojos se volvieron hacia Ebenezer—. Yo maté a LaFortier. Engañé a Dresden haciéndole creer que era inocente. Haré una declaración.

—Morgan —exclamé con brusquedad—, ¿qué demonios estás haciendo?

—Mi deber —respondió. Creí detectar en su voz una leve nota de orgullo, algo que había estado ausente desde que había aparecido ante mi puerta—. Siempre supe que llegaría el momento de entregar mi vida para proteger al Consejo. Y así ha sido.

Contemplé a aquel hombre herido. Se me revolvió el estómago.

—Morgan...

—Lo has hecho lo mejor que has podido —prosiguió—. A pesar de todo lo que

ha pasado entre nosotros. Te has puesto en peligro una y otra vez por mí. Ha sido un esfuerzo digno. Tan solo no ha podido ser. No hay nada de lo que avergonzarse. — Volvió a cerrar los ojos—. Lo aprenderás si vives lo suficiente. No siempre se gana.

—Maldita sea. —Suspiré. Traté de apoyar la cara en mis manos, pero di un respingo cuando me toqué la mejilla derecha y me ardió de dolor. Todavía no había recuperado la visión en el ojo derecho—. Maldita sea, después de todo esto. Maldita sea.

El fuego crepitaba. Nadie dijo nada.

—Padece mucho dolor —dijo Escucha el Viento en voz baja, rompiendo el silencio—. Al menos puedo aliviarlo un poco. Y tú también necesitas algo más de atención. —Me puso una mano en el hombro—. Baja el escudo. Por favor.

No quería hacerlo.

Pero no era decisión mía.

Le indiqué a Molly cómo bajar el escudo.

Instalamos a Morgan en un camastro del Escarabajo Acuático y nos preparamos para salir. Molly, preocupada por mí, se había prestado voluntaria para quedarse con Morgan. Escucha el Viento le iba a mostrar algunas cosas de las que hacía con magia de curación. Me tomé unos analgésicos mientras estábamos allí y al menos me sentí con fuerzas para ir en busca de Will y Georgia.

Isla Demonio me mostró el lugar donde estaban durmiendo. Guie a Ebenezer por el bosque hacia ellos.

—¿Cómo supo Indio Joe que había reclamado este lugar como santuario? —le pregunté.

—Rashid envió un mensajero —respondió Ebenezer—. Indio Joe está más familiarizado con lo que se puede hacer con este tipo de vínculos, así que subió a buscarte para decirte que quitaras los árboles de debajo de esos bichos.

Sacudí la cabeza.

—Nunca había visto a nadie cambiar de forma como lo hace él.

—Pocos lo han visto —dijo Ebenezer con evidente orgullo hacia las habilidades de su viejo amigo. Pasado un momento, añadió—: Se ha ofrecido a enseñarte algunas cosas, si es que quieres aprender.

—¿Con mi suerte? Me transformaría en un pato o algo parecido y no sería capaz de volver atrás.

Resopló en silencio.

—No hablo de transformaciones. Sabe más que cualquier hombre vivo respecto a cómo sobrellevar la rabia que causa una injusticia y ser tratado de forma ultrajante. No me entiendas mal. Pienso que es admirable que tengas ese tipo de sentimientos y elijas actuar en consecuencia. Sin embargo, también pueden hacerle cosas terribles a un hombre. —Su expresión se tornó distante por un segundo, con la mirada perdida en algún lugar—. Cosas terribles. Él lo ha sufrido. Creo que si pasas algún tiempo a su lado, te beneficiará.

—¿No soy un poco viejo para ser aprendiz?

—Cuando dejas de aprender, empiezas a morir —dijo Ebenezar con el tono de alguien que cita una máxima grabada a fuego—. Nunca se es demasiado viejo para aprender.

—Tengo responsabilidades —dije.

—Lo sé.

—Me lo pensaré.

Asintió. Luego guardó silencio unos instantes mientras elegía con cuidado sus palabras.

—Hay una cosa de anoche que no consigo entender, Hoss —dijo mi viejo mentor—. Te tomaste un montón de molestias para que todo el mundo estuviese en la isla. Para atraer al asesino aquí. Te concedí una excusa perfecta para recorrer con toda libertad la retaguardia, sin nadie que te vigilase, para que pudieras hacer tu trabajo. Pero, en vez de escabullirte entre la maleza y atrapar al asesino, cosa que podría haber aclarado todo este asunto, vas y subes a la colina y te lanzas contra algo que, maldita sea, eres muy consciente de que no puedes vencer.

—Sí. Lo sé.

Ebenezar extendió las manos.

—¿Por qué?

Di unos cuantos pasos más, cansado, antes de contestar.

—Thomas se había metido en problemas por ayudarme.

—Thomas —dijo Ebenezar—. El vampiro.

Me encogí de hombros.

—Fue más importante para ti que detener la posible fragmentación del Consejo Blanco —añadió.

—La criatura iba directa hacia la cabaña. Mi aprendiz y mi cliente estaban allí. Y además tenía a Thomas.

Ebenezar murmuró algo para sí.

—La chica tenía ese cristal para protegerse —dijo luego—. Demonios, hijo, si explotaba de una forma tan violenta como has dicho que haría, podría incluso haber matado a la criatura. —Hizo un gesto de negación—. Por lo general creo que tienes una cabeza bastante sólida sobre los hombros, Hoss, pero esa fue una mala decisión.

—Quizá —dije en voz baja.

—No existen los quizá en esto —respondió con firmeza.

—Es mi amigo.

Ebenezar se detuvo en seco y me miró a la cara.

—No es tu amigo, Harry. Puede que él lo sea para ti, pero tú no lo eres para él. Es un vampiro. Al final, te comería si tuviera suficiente hambre. Es lo que es. —Ebenezar señaló hacia los bosques que nos rodeaban—. Por todos los diablos, muchacho, encontramos lo que quedaba de la prima de ese monstruo de los Raith. Imagino que viste lo que hizo con alguien de su propia sangre.

—Sí —respondí sin fuerzas.

—Y pertenecía a su propia familia. —Negó con la cabeza—. La amistad no significa nada para esas criaturas. Son tan buenos con sus mentiras que a veces puede que incluso ellos mismos se las crean, pero, en el fondo, uno no se hace amigo de la comida. Llevo bastante tiempo rondando por este mundo, Hoss, y permíteme que te diga esto: es su naturaleza. Tarde o temprano es ella quien gana la partida.

—Thomas es diferente —dije.

Me miró.

—¿Ah, sí? —Volvió a negar para él mismo y siguió caminando—. ¿Por qué no le preguntas a tu aprendiz qué fue exactamente lo que le hizo abandonar el velo y usar ese escudo?

Yo también eché a andar de nuevo.

No le respondí.

Volvimos a Chicago a la hora de las brujas.

Anciana Mai y los centinelas aguardaban en el muelle para escoltar a Ebenezer, Indio Joe y Morgan hasta Edimburgo «por si surgían problemas». Tardaron tres minutos en marcharse después de que yo amarrara el Escarabajo Acuático al muelle.

Contemplé cómo se iban mientras bebía agua a través de una pajita. Escucha el Viento me había limpiado las heridas y aplicado varios puntos de sutura en la cara, incluyendo un par en el labio inferior. Me informó de que no había perdido el ojo y me untó toda la zona con una pasta que parecía guano y olía a miel. Entonces me convirtió en el principal candidato a Míster Idiota Herido cuando me cubrió ese lado de la cara y parte del pelo con otro vendaje que pasó alrededor de la cabeza. Añadido al que necesitaba para el maldito chichón que me había hecho el cambiapielos, tenía todo el aspecto de un paciente de cirugía cerebral, solo que con peor humor.

Dejé a Will y Georgia durmiendo la mona en un saco de acampada extendido sobre un colchón inflable en la cubierta trasera del Escarabajo Acuático, bajé al muelle y crucé el aparcamiento hasta un Mercedes estacionado allí.

Vince bajó la ventanilla y me echó un vistazo.

—¿Has maldecido a todos los que profanaron tu tumba o solo a los caballeros ingleses?

—Acabas de perder la propina —respondí—. ¿Lo conseguiste?

Me pasó un sobre manila sin hacer ningún comentario. Entonces se inclinó, abrió la puerta del copiloto y Ratón saltó desde el asiento y dio la vuelta al coche para saludarme, agitando la cola entusiasmado. Me arrodillé para darle un abrazo a mi gran bestia.

—Tu perro es raro —dijo Vince.

Ratón me estaba lamiendo la cara.

—Sí. ¿Qué le vamos a hacer? —Vince sonrió y, por un segundo, no me pareció un tipo del todo impersonal. Tenía la clase de sonrisa que podría subir la temperatura de una habitación. Me puse de pie y asentí hacia él—. Ya sabes dónde enviar la

factura.

—Sí —dijo, y se marchó.

Volví al barco y me serví un poco de coca-cola en mi botella de agua ya vacía. Di un sorbo con cuidado de no abrirme uno de los cortes y sangrar más aún. Estaba demasiado fatigado como para tener que limpiarlo después.

Molly echó un vistazo alrededor del barco para asegurarse de que estaba bien amarrado. A continuación sacó dos pares de pantalones cortos y dos camisetas del pequeño armario de la cabina y los dejó donde Georgia y Will pudieran encontrarlos. Luego se sentó en el otro camastro, al lado opuesto de donde yo estaba.

—El escudo —le pregunté en voz baja—. ¿Cuándo lo utilizaste?

Tragó saliva.

—El cambiapi... La criatura lanzó a Thomas a la cabaña y... —Se estremeció—. Harry, estaba cambiado. No era... No era él. —Se pasó la lengua por los labios—. Se incorporó y se puso a olfatear el aire como... como un lobo hambriento o algo así. Buscándome. Y su cuerpo estaba... —Se sonrojó—. Estaba duro. Hizo algo, y de repente lo único que yo quería era arrancarme la ropa. Y sabía que no era capaz de controlarse. Y sabía que me mataría. Pero... yo quería de todos modos. Era tan intenso...

—Así que armaste el escudo.

Tragó saliva de nuevo y asintió.

—Creo que si hubiera esperado más... no habría sido capaz de pensar en hacerlo. —Me miró y luego volvió a bajar la vista—. Estaba cambiado, Harry. Ya no era Thomas.

«No he dejado nada de él. No hay palabras para describir las cosas que le he hecho».

Thomas.

Dejé la bebida a un lado y crucé los brazos.

—Hiciste bien, pequeña.

Me dedicó una sonrisa cansada. Hubo un silencio incómodo. Molly parecía buscar la forma de decir algo.

—Van... Van a juzgar a Morgan mañana —susurró—. Escuché a Mai decirlo.

—Sí —contesté.

—Esperan que nosotros estemos allí.

—Por supuesto que estaremos —dije.

—Harry... Hemos fallado —siguió. Tragó saliva—. Va a morir un hombre inocente. El asesino sigue suelto. Ha habido incluso una batalla y no ha servido para nada.

Alcé la vista hacia ella. Entonces, de forma deliberada, abrí el sobre manila que me había dado Vince.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Fotos de vigilancia. Hechas con una lente de teleobjetivo desde una manzana

de distancia.

Parpadeó, incrédula.

—¿Qué?

—Contraté a Vince para que tomase algunas fotos —dije—. Bueno, técnicamente lo contrató Murphy porque me preocupaba que mi teléfono estuviera pinchado. Pero yo pago la factura, así que en realidad fui yo.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

—Del camino de Chicago a Edimburgo —respondí—, del lugar donde sale a ese callejón detrás de la antigua planta de envasado. Justo después de informar a Edimburgo sobre la reunión en la isla, le pedí a Vince que hiciera fotos de cualquiera que saliese por allí.

Molly frunció el ceño.

—Pero... ¿por qué?

—No les di margen para pensar, pequeña —contesté—. Estaba bastante seguro de que el asesino se encontraba en Edimburgo, así que me aseguré de que a él o ella no le quedara otro remedio que venir a Chicago. Y, además, de que no tuviese tiempo de llegar hasta aquí por otros medios.

Saqué las fotos y las fui pasando una tras otra. Vince había hecho un trabajo profesional y eficiente. Podrían haberse usado como retratos, así que con más razón para identificar a alguien. McCoy, Mai, Escucha el Viento, Bjorn Bjorngunnarson y los otros centinelas aparecían en las fotografías tanto en plano general como caminando en grupo al estilo *Elegidos para la gloria*, además de en un plano cerrado de sus caras.

—También me aseguré de que Vince y Ratón estuvieran allí para vigilar el único camino rápido hasta la ciudad desde Escocia.

Mientras yo pasaba las fotos, Molly juntó las piezas del puzle.

—Entonces... toda esa situación en la isla... la reunión, la lucha... ¿ha sido todo un truco?

—El Coyote —respondí en un alarde de sabiduría—. Suuuuuupergenio.

Molly sacudió la cabeza.

—Pero... ¿no se lo dijiste a nadie?

—A nadie. Tenía que parecer real —contesté—. No sabía quién era el traidor, así que no podía permitirme el lujo de advertir a nadie.

—Guau, Obi-Wan —dijo el pequeño saltamontes—, estoy... algo así como impresionada.

—El plan de «batalla total en la isla» podría haber funcionado —dije—. Y lo necesitaba para tener una oportunidad contra el cambiapielos en un terreno favorable. Pero de un tiempo a esta parte he empezado a pensar que no hay que idear un solo camino hacia la victoria. Es mejor planificar las cosas de modo que haya más de una manera de ganar. Lo que de verdad necesitaba era un arma que pudiese utilizar contra el asesino.



Me quedé mirando la última foto. Entonces la giré y se la mostré a mi aprendiz.

Mi voz sonó casi como un rugido:

—Y ahora tengo una.

Molly contempló la foto sin comprender.

—Vaya —dijo—. ¿Quién es?

El juicio de Morgan tendría lugar al día siguiente, pero como Escocia iba seis horas por delante de Chicago, terminé durmiendo unas tres horas sentado en una silla. La cabeza y la cara me dolían demasiado si me tumbaba del todo.

Luccio ya se había marchado cuando Molly y yo volvimos al apartamento.

Había estado seguro de que iba a ser así.

Me levanté a la mañana siguiente y me di un repaso en el espejo. Lo que no estaba cubierto bajo un vendaje blanco estaba lleno de moratones. Probablemente por la granada aturdidora. Había tenido suerte. Si hubiera estado donde Lara cuando había explotado la granada de Atador, casi seguro que el impacto me habría matado. También había tenido suerte de que hubiese ocurrido al aire libre, donde no había nada que hubiera concentrado la explosión. No me sentía afortunado, pero lo era.

Podría haber sido una granada de fragmentación que escupiese una nube letal de metralla. Aunque al menos el guardapolvo me habría ofrecido cierta protección contra eso. Contra la onda expansiva de una explosión, por el contrario, no servía de nada. Después de desarrollar cierta clase de respeto hacia el saber hacer de Atador para crear caos, me di cuenta de que tal vez él había estado pensando justo en eso cuando había elegido el armamento para aquella noche.

No podía ducharme sin mojarme los puntos, así que, tras cambiarme las vendas, me aisé en el lavabo como un pajarillo. Me puse una camisa, ya que era muy posible que se me comprimiese el cerebro si intentaba meterme una camiseta por la cabeza. También cogí mi túnica formal negra para el Consejo, con su estola azul, y mi capa de centinela. Hice todo lo posible para ordenar un poco mi pelo, aunque solo era visible un tercio. Y me afeité.

—Guau —exclamó Molly cuando salí—. Te estás tomando esto muy en serio.

Estaba sentada en una silla cerca de la chimenea, pasando con suavidad los dedos por el espinazo a Míster. Molly era una de las pocas personas a las que mi gato consideraba dignas de apreciarlo en un sentido táctil. Vestía su túnica marrón de aprendiz y, aunque su pelo estaba teñido de azul brillante, al menos lo llevaba recogido de forma tradicional. Ya no tenía por costumbre usar mucho maquillaje, pero hoy no llevaba nada en absoluto. Había llegado a la sabia conclusión de que cuanto menos atención del Consejo atrajese, mejor para ella.

—Ya te digo. ¿No hay taxi todavía?

Negó con la cabeza y se levantó, moviendo a Míster. El gato asumió aquello a pesar de la humillación.

—Venga, Ratón —dijo—, vamos a salir antes de irnos.

El gran perro la siguió feliz hasta la puerta.

Cogí el teléfono y llamé al apartamento de Thomas. No hubo respuesta.

Probé con el número de Lara. Justine respondió al primer tono.

—Teléfono de la señora Raith.

—Soy Harry Dresden.

—Hola, señor Dresden —respondió Justine en un tono serio y formal. No estaba sola—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Ahora que el furor de la persecución había amainado, era probable que mi teléfono fuera seguro para hablar. Solo probable. Imité las formas de Justine.

—Llamo para interesarme por el estado de Thomas.

—Está aquí —respondió Justine—. Ahora se encuentra descansando con comodidad.

Había visto con mis propios ojos la terrible situación en la que se había encontrado Thomas. Si estaba descansando con comodidad era porque se había alimentado a fondo, intensamente, llevado por sus instintos de manera obsesiva. Con toda probabilidad, mi hermano había matado a alguien.

—Espero que se recupere pronto —dije.

—A su cuidador —esa sin duda era la propia Justine— le preocupan las complicaciones derivadas de su condición original.

Me quedé en silencio unos segundos.

—¿Cómo es de grave?

El tono formal de su voz cambió. Se llenó de ansiedad.

—Está sedado. No quedaba otra alternativa.

Apreté el auricular del teléfono con tanta fuerza que me crujieron los nudillos.

«No he dejado nada de él. No hay palabras para describir las cosas que le he hecho».

—Me gustaría hacerle una visita, si es posible organizarla.

Recobró la compostura y regresó al modo de asistente personal.

—Lo consultaré con la señora Raith —respondió Justine—. Puede que no sea factible hasta que pasen unos días.

—Ya veo. ¿Podría hacérmelo saber lo antes posible, por favor?

—Por supuesto.

—Mi número es...

—Ya tenemos esa información, señor Dresden. Me pondré en contacto con usted pronto.

Le di las gracias y colgué. Bajé la cabeza y me di cuenta de que estaba temblando de ira. Si el *naagloshii* le había hecho a mi hermano tanto daño como parecía, iba a encontrar a esa cosa y a cortarla en pedacitos del tamaño de un jerbo, aunque para ello tuviese que reventar todas y cada una de las cuevas de Nuevo México.

Molly apareció por la puerta.

—¿Harry? El taxi está aquí.

—Vale —dije—. Vamos a chafarle el día a alguien.

Traté de no pensar demasiado en el hecho de que el Coyote, supergenio, casi siempre recibía una paliza brutal a manos de sus enemigos y terminaba el día

cayendo por un acantilado de tres kilómetros de altura.

«Bueno, Harry —me dije a mí mismo—, solo tendrás que acordarte de no repetir el error del Coyote. Si sigues corriendo por encima del acantilado en vez de mirar hacia abajo, todo irá bien».

El juicio se celebraba en Edimburgo.

No había mucho que decidir al respecto. Dadas las recientes amenazas al Consejo de Veteranos y la intensidad inesperada del ataque a Isla Demonio, querían el entorno más seguro posible. Se suponía que el juicio debía ser a puerta cerrada, de acuerdo con las tradiciones sobre esta clase de cosas, pero este era demasiado grande. Estarían presentes más de quinientos magos, una considerable representación de todo el Consejo. La mayoría de ellos serían aliados de LaFortier y sus partidarios, que estaban más que deseosos de «ver que se hacía justicia». Lo cual era algo mucho mejor para hacer que «emprender una venganza sanguinaria».

Tomé junto con Molly y Ratón el mismo camino que había seguido antes. Esta vez, cuando llegamos a la puerta, había un destacamento doble de centinelas liderados por el gran escandinavo, todos ellos de la vieja guardia. Cuando me aproximé, recibí una mirada hostil de todos ellos, acompañada de un esfuerzo poco creíble por disfrazarla de indiferencia. La ignoré. Estaba acostumbrado.

Entramos en el complejo, pasamos los puntos de guardia, todos bien protegidos, y nos dirigimos hacia la Sala del Habla. Tal vez dijese algo sobre la mentalidad de los magos en general que aquel lugar se llamara «Sala del Habla» y no «Sala de la Escucha» o, en lengua más común, «auditorio». De hecho, era un auditorio con hileras de bancas de piedra que se elevaban formando un círculo completo alrededor de un escenario redondo de piedra bastante pequeño, al estilo de los antiguos teatros griegos. Pero, antes de que entrásemos en la Sala del Habla, torcí por un pasillo lateral.

Con dificultades, conseguí que los centinelas de guardia nos permitiesen a Ratón, a Molly y a mí entrar en el Ostentacionario. Uno de ellos fue a la habitación de Ebenezar para preguntarle si accedía a verme. Molly nunca había estado antes en esa enorme sala, así que, curiosa, se dedicó a mirar a su alrededor con todo descaro.

—Este lugar es increíble —dijo—. ¿La comida es solo para los peces gordos o crees que no les importará si como algo?

—Anciana Mai no pesa mucho más que un pajarito —respondí—. LaFortier está muerto y no lo han sustituido todavía. Imagino que hay de sobra.

Molly frunció el ceño.

—¿Pero se supone que es solo para ellos?

Me encogí de hombros.

—Tienes hambre. Es comida. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no quiero que nadie se enfade conmigo. Más todavía.

La chica tenía más sentido común que yo en algunos asuntos.

Ebenezar envió de vuelta al centinela para que me condujese a su habitación

enseguida. Además, le había pedido a aquel hombre que se encargara de que Molly comiese de la mesa del bufet. Intenté no sonreír. Ebenezar opinaba que los aprendices siempre estaban hambrientos. No sé quién podía haberle metido semejante idea en la cabeza.

Le eché un vistazo a su recibidor, con estanterías tan repletas de libros que se doblaban por el peso. Ebenezar era un lector ecléctico. King, Heinlein y Clancy se apilaban en los mismos estantes que Hawking y Nietzsche. Múltiples variantes de los grandes textos religiosos se mezclaban sin pudor con los escritos de Julio César y D. H. Lawrence. Había cientos de libros hechos o escritos a mano, incluyendo grimorios iluminados que cualquier museo que se precie robaría con gusto si se le diera la oportunidad. Los libros estaban hacinados tanto en sentido vertical como horizontal y, aunque los lomos miraban en su mayoría hacia fuera, estaba claro que haría falta la paciencia del santo Job para encontrar cualquier cosa, a menos que uno recordara dónde lo habían colocado la última vez.

Solo un estante parecía ordenado.

Se trataba de una hilera de diarios encuadernados en piel, todos del mismo diseño pero con diferencias sutiles tanto en los tipos de cuero y en las tintas como en que habían envejecido de forma independiente, adquiriendo distintas tonalidades y texturas. Los libros se veían más viejos y desgastados según avanzaban de derecha a izquierda. El par de más a la izquierda parecía en peligro de convertirse en polvo. El diario de más a la derecha parecía nuevo y estaba abierto. Una pluma en el medio lo mantenía así, a unas treinta páginas del principio.

Eché una ojeada a la última página, donde se veía la letra fuerte y rectangular de Ebenezar.

*... parece evidente que no tenía ni idea del propósito original de la isla. A veces no puedo evitar pensar que existe esa cosa llamada destino, o al menos un poder superior de algún tipo, y que trata de orquestar los acontecimientos a nuestro favor a pesar de todo lo que, en nuestra ignorancia, hacemos por frustrarlo.*

*El Merlín ha exigido que pongamos al muchacho bajo vigilancia de inmediato. Creo que es un maldito imbécil.*

*Rashid opina que advertirle sobre la isla no servirá de nada. Es bueno juzgando a las personas, pero no estoy tan seguro de que esta vez tenga razón. Por lo general, el muchacho tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Y, de todos los magos que conozco, se encuentra entre los tres o cuatro que consideraría adecuados para aceptar tal responsabilidad. Confío en su buen juicio.*

*No obstante, también confiaba en el de Maggie.*

La voz de Ebenezar interrumpió mi lectura.

—Hoss, ¿cómo anda tu cabeza?

—Llena de preguntas —contesté. Cerré el diario y le ofrecí la pluma.

La sonrisa de mi viejo mentor solo alcanzó sus ojos cuando tomó la pluma que le entregaba. Había querido que leyera lo que había escrito.

—Mis diarios —dijo—. Bueno, solo los tres últimos son míos. Los anteriores pertenecían a mi amo.

—Tu amo, ¿eh?

—No solía considerarse un término desagradable, Hoss. Significaba maestro, guía, protector, profesional, experto... además de las cosas negativas. Pero supongo que es parte de la naturaleza de las personas recordar lo malo y olvidar lo bueno. —Tocó los tres libros anteriores a los suyos—. Los escritos de mi amo. —Tocó los cuatro siguientes—. Los escritos de su amo, y así uno tras otro hasta aquí. —Tocó los dos primeros libros con mucho cuidado—. Ya casi no se pueden leer, incluso si te las arreglas para comprender el idioma.

—¿Quién escribió esos dos?

—Merlín —fue su breve respuesta. Alargó el brazo por detrás de mí para colocar su propio diario de vuelta en su lugar—. Un día de estos, Hoss, creo que voy a necesitar que los cuides por mí.

Miré al anciano y luego hacia los libros. ¿Más de mil años de diarios y pensamientos íntimos de maestros de la magia? Que me aspen y voto a bríos.

Esa sería una lectura brutal.

—Tal vez tú mismo tengas un pensamiento o dos que quieras compartir por escrito algún día —dijo Ebenezer.

—Siempre tan optimista, señor.

Sonrió brevemente.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí antes del juicio?

Le pasé el sobre manila que Vince me había entregado. Frunció el ceño y examinó las fotos. Su ceño se fue arrugando más a medida que fue pasándolas, hasta que llegó a la última.

Dejó de respirar. Estuve seguro de que había entendido las implicaciones. El cerebro de Ebenezer no dejaba que creciera mucha hierba bajo sus lóbulos.

—Estrellas y piedras, Hoss —dijo por lo bajo—. Esta vez sí que pensaste con antelación, ¿verdad?

—Incluso un reloj roto da bien la hora dos veces al día —respondí.

Devolvió las fotos al sobre y me lo entregó.

—De acuerdo, ¿cómo vas a jugar esta baza?

—En el juicio. Justo antes del final. Quiero que crea que ha conseguido salirse con la suya.

Ebenezer resopló.

—Vas a provocar que Anciana Mai y alrededor de quinientos antiguos socios de LaFortier se enfaden mucho.

—Sí, casi no dormí anoche de lo preocupado que estaba por ellos.

Resopló otra vez.

—Tengo una teoría acerca de algo —añadí.

—¿Ah, sí?

Se la conté.

Su rostro se fue ensombreciendo frase a frase. Volvió las palmas hacia arriba y las contempló en silencio. Eran anchas, fuertes, llenas de callos por el trabajo. Y eran firmes. Tenía costras en una, donde se había apoyado al caerse durante el combate de la noche anterior. La tinta manchaba la punta de algunos dedos.

—Voy a tener que tomar algunas medidas —dijo—. Será mejor que te marches.

Asentí.

—¿Nos vemos allí?

Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales con cuidado con un pañuelo.

—Ajá.

El juicio comenzó menos de una hora más tarde.

Me senté junto a Molly en un banco de piedra que se encontraba a un lado del escenario. Veníamos en calidad de testigos. Ratón se sentó en el suelo junto a mí. Él también iba a actuar como testigo, aunque yo era el único que lo sabía. Todos los asientos estaban ocupados. Por eso el Consejo se reunía en distintos lugares allí fuera en el mundo real en vez de hacerlo siempre en Edimburgo. Simplemente porque no había suficiente espacio.

Los centinelas formaban un perímetro alrededor de todo el escenario, en las puertas y en los pasillos que bajaban entre las filas de bancos. Los magos presentes vestían sus túnicas formales, todas negras, además de las estolas de seda y satén de uno de los diversos colores y patrones de corte que indicaban su estatus entre los miembros del Consejo. Estolas azules para los miembros, rojas para aquellos con un siglo de servicio, un cordón de plata trenzado para los maestros alquimistas reconocidos, un caduceo bordado en oro para los maestros sanadores, un galón de cobre cerca del cuello para las personas con un doctorado en una disciplina académica (algunos de los magos tenían tantos que habían ampliado la tela de la estola), un sello de Salomón blanco bordado para los maestros exorcistas... y así sucesivamente.

Yo llevaba una simple estola azul sin adornos de ningún tipo, aunque había estado considerando la idea de bordar «Educación Secundaria» en ella con hilo rojo, blanco y azul. Molly era la única en la sala con una túnica marrón.

La gente esquivaba nuestras miradas.

El Consejo Blanco adoraba sus ceremonias. Anastasia Luccio apareció en la puerta con sus mejores galas, además de la capa gris de los centinelas. Llevaba todavía el brazo en cabestrillo, pero portaba en una mano el bastón de mando ceremonial que le correspondía como capitana de los centinelas. Cuando entró en la sala, el murmullo de la multitud se convirtió en silencio. Golpeó el suelo tres veces con el extremo del bastón y los seis miembros del Consejo de Veteranos entraron con sus túnicas oscuras y sus estolas púrpura, guiados por el Merlín. Se dirigieron hacia el centro de la parte posterior del escenario y se quedaron ahí de pie, solemnes. Peabody apareció con un escritorio de tamaño portátil y se sentó en el extremo del banco

donde estábamos Molly y yo para empezar a tomar notas, rascando el papel con su pluma.

Le puse la mano en la cabeza a Ratón y esperé a que comenzara el espectáculo. Porque eso era todo esto. Un espectáculo.

Aparecieron dos centinelas que llevaban entre ellos una figura atada. Morgan compareció igual que hacían todos los acusados que eran traídos ante el Consejo, con las manos atadas delante del cuerpo y una capucha negra sobre la cabeza. El muy idiota no estaba en condiciones de caminar, pero, cojeando de forma ostensible, se las arregló para que no lo ayudase ninguno de los centinelas. Debía de haberse tomado un cargamento de analgésicos para conseguirlo.

El Merlín usó el latín para hablar:

—Los hemos convocado hoy por una cuestión de justicia, para juzgar a Donald Morgan. Se lo acusa del asesinato premeditado del miembro del Consejo de Veteranos Aleron LaFortier, de conspiración con los enemigos del Consejo Blanco y de traición contra el Consejo Blanco. Empezaremos con una revisión de las pruebas.

Fueron sacando cosas contra Morgan, una tras otra, durante un rato, exponiendo todas las evidencias inculpatorias. Tenían un montón. Morgan con el arma homicida en la mano ante el cadáver aún caliente. La cuenta bancaria en la que de repente habían aparecido poco menos de seis millones de dólares. El hecho de que hubiese escapado a la detención y malherido a tres centinelas en el proceso para después cometer sedición al engañar a otros magos (a Molly y a mí apenas se nos mencionó por nuestro nombre) con el fin de que lo ayudaran a esconderse de los centinelas.

—Donald Morgan —dijo el Merlín—, ¿tiene algo que alegar en su defensa?

Aquella parte fue inusual. Los acusados muy rara vez tenían la oportunidad de decir nada.

Enturbiaba demasiado la situación.

—No rebato los cargos —respondió Morgan con seguridad a través de su capucha negra—. Yo, y solo yo, soy responsable de la muerte de LaFortier.

El Merlín tenía el aspecto de alguien que acabara de descubrir que le habían servido como desayuno a su propio cachorrito. Asintió.

—Si no hay más pruebas, a continuación el Consejo de Veteranos dará paso a...

Me puse en pie.

El Merlín se interrumpió y me miró con cara de sorpresa. La sala se sumió en un silencio sepulcral, excepto por el rascar de la pluma de Peabody. Este hizo una pausa para cambiar de página, extraer un segundo tintero de su bolsillo y colocarlo en el escritorio.

Anastasia, con los labios apretados con fuerza, me interrogaba con la mirada. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Le guiñé un ojo, avancé hacia el centro del escenario y me volví hacia el Consejo de Veteranos.

—Centinela Dresden —me preguntó Ebenezer—, ¿tiene alguna nueva evidencia



que desee presentar para ser considerada por el Consejo de Veteranos?

—Así es —afirmé.

—Cuestión de orden —interrumpió con habilidad Anciana Mai—. El centinela Dresden no estaba presente en el asesinato ni cuando el acusado escapó de su custodia. No puede aportar ningún testimonio directo sobre la verdad o falsedad de estos hechos.

—Otra cuestión de orden —dijo Escucha el Viento—. El centinela Dresden se gana la vida como investigador privado, y su tendencia a desentrañar la verdad en circunstancias difíciles está más que demostrada.

Mai apuñaló con la mirada a Indio Joe.

—Centinela Dresden —dijo el Merlín despacio—, su conflictiva historia con el acusado durante su actividad como centinela del Consejo Blanco es bien conocida. Ha de ser advertido de que cualquier testimonio condenatorio que aporte se verá reducido por su pasado común de hostilidad extrema y a veces violenta.

El Merlín no era el Merlín porque sí. Poseía el instinto suficiente como para sentir que tal vez el juego no hubiese terminado aún, después de todo. Y sabía manejar al público. No me estaba advirtiendo, más bien se aseguraba de que los magos presentes supiesen lo poco que me gustaba Morgan, para que así mi apoyo resultara mucho más convincente.

—Lo comprendo —dije.

El Merlín asintió.

—Proceda.

Le sonreí, radiante.

—Me siento igual que Hércules Poirot —dije en mi latín razonablemente funcional—. Permítanme disfrutar de esto un segundo.

Respiré hondo y solté aire con un gesto de satisfacción.

El Merlín poseía un dominio magistral de sí mismo. Su expresión no cambió, pero tuvo un tic nervioso en el ojo izquierdo. Un punto para el Coyote de los dibujos animados.

—Comencé a sospechar que le habían tendido una trampa a Morgan cuando... bueno, justo cuando oí aquella ridícula acusación contra él —dije—. No sé si ustedes conocen a este hombre, pero yo sí. Me ha perseguido durante toda mi vida. Si hubiera sido acusado de cortarles la cabeza a unas crías de conejitos porque alguien las hubiese denunciado por hechiceras, lo habría creído. Sin embargo, este hombre sería tan capaz de traicionar al Consejo Blanco como de agitar los brazos y echar a volar.

»Partiendo de esa base, me planteé la hipótesis de que otra persona del Consejo hubiese matado a LaFortier y lo hubiera preparado todo para que Morgan cargase con la culpa. Así que empecé una investigación por mi cuenta. —Le hice al Consejo de Veteranos y a los magos asistentes un resumen de los acontecimientos de los últimos días, dejando de lado las partes más sensibles y las menos importantes—. Mi investigación concluyó con la teoría de que la persona culpable no solo estaba

tratando de arreglarlo todo para que Morgan fuera acusado, sino que además quería plantar la semilla de un nuevo estallido de hostilidades contra los vampiros de la Corte Blanca implicándolos en el asesinato.

»En un esfuerzo por manipular a esa persona para que se traicionara a sí mismo —continué—, hice que se corriese la voz de que un conspirador se había ofrecido a confesar su participación en el plan, y de que se encontraría con miembros del Consejo Blanco en Chicago en un momento y un lugar determinados. Partiendo de la teoría de que el verdadero asesino era un miembro del Consejo y, de hecho, alguien de aquí, de la sede de Edimburgo, mi hipótesis fue que esa persona no iba a tener otro remedio que venir a Chicago a través del camino de Edimburgo, así que puse su salida bajo vigilancia. —Levanté el sobre manila—. Estas son las fotografías tomadas en ese lugar con todos los que salieron del camino durante las horas siguientes a mi anuncio.

Abrí el sobre y les pasé las fotos a los miembros del Consejo de Veteranos. Las cogieron y las fueron mirando por turnos. Ebenezer confirmó con tranquilidad que las imágenes de los centinelas saliendo del camino junto a él, Mai y Escucha el Viento eran precisas.

—Además de este grupo —continué—, creía muy poco probable que nadie más procedente de Edimburgo hubiese tomado el camino de Chicago por casualidad. Teniendo en cuenta que el grupo fue atacado en la reunión por unas criaturas que estaban apoyadas por un mago con una habilidad al nivel de un miembro del Consejo, creo que es razonable afirmar que el asesino mordió el anzuelo. —Me di la vuelta, saqué la última foto con una dramática floritura digna de Poirot y la levanté para que la multitud pudiera verla—. Así pues, ¿por qué no nos explicas qué estabas haciendo anoche en la ciudad de Chicago... mago Peabody?

Si hubiese tenido a un pianista escondido por ahí cerca para tocar una musiquilla de órgano al estilo culebrón, habría quedado perfecto.

Todos en el Consejo de Veteranos, excepto Ebenezer y, por alguna razón, el Guardián de la Puerta, se volvieron para mirar boquiabiertos a Peabody.

El secretario del Consejo de Veteranos permaneció sentado y perfectamente quieto bajo su pequeño escritorio portátil.

—Supongo que posees una prueba más convincente que una simple imagen visual —dijo—. Ese tipo de cosas pueden ser manipuladas con facilidad.

—De hecho —respondí—, así es. Tenía allí a un testigo que estaba lo bastante cerca como para poder olerte.

En el momento preciso, Ratón se incorporó y se volvió hacia Peabody.

Su gruñido grave llenó la sala como un redoble suave y enorme.

—¿Es todo lo que tienes? —preguntó Peabody—. ¿Una foto y un perro?

Dio la impresión de que alguien hubiera golpeado a Mai entre los ojos con un martillo.

—Eso es un perro Foo —dijo casi sin aliento. Me miró—. ¿De dónde has sacado

una cosa así? ¿Y por qué se te ha permitido conservarlo?

—Digamos que él me eligió a mí —respondí.

Al Merlín le brillaban los ojos.

—Mai, ¿la identificación de la bestia es fiable?

La anciana me observaba con evidente confusión.

—Por completo. Hay algunos otros magos presentes que podrían dar testimonio de ese hecho.

—Sí —retumbó la voz de un hombre calvo y corpulento con un aire asiático en sus rasgos.

—Es cierto —dijo una mujer de mediana edad con la piel varios tonos más oscura que la mía, tal vez oriunda de la India o Pakistán.

—Interesante —dijo el Merlín, volviéndose hacia Peabody. Hubo algo de tiburón en aquella atención repentina.

—A partir de las evidencias encontradas por Dresden —dijo Ebenezer—, el centinela Ramírez y yo hemos registrado a fondo los aposentos de Peabody hace menos de veinte minutos. Las pruebas efectuadas a sus tintas, empleadas por él para que los miembros del Consejo de Veteranos firmasen diversas autorizaciones, han revelado la presencia de cierta cantidad de sustancias químicas y alquímicas que se sabe que son usadas para la manipulación psíquica de los sujetos. Es mi convicción que Peabody ha estado alterando la tinta con el fin de intentar conseguir una gran influencia mental sobre las decisiones de los miembros del Consejo de Veteranos, y que es muy posible que incluso haya comprometido la libre voluntad de los miembros más jóvenes del Consejo.

Escucha el Viento abrió la boca, sorprendido, y comprendió al instante. Contempló sus propios dedos manchados de tinta y miró a Peabody.

Puede que Peabody no hubiese visto a aquel hombre convertirse en un oso, pero era lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que Indio Joe se estaba preparando para patearle el culo a base de bien. El pequeño secretario echó un vistazo alrededor de la sala y luego miró a mi perro. Toda expresión desapareció de su rostro.

—El fin está cerca —dijo con una calma y claridad absolutas.

Entonces lanzó su tintero de repuesto al suelo y el cristal se hizo pedazos.

Ratón soltó un ladrido de advertencia y derribó a Molly hacia atrás en el banco al mismo tiempo que una nube negra se alzaba desde el tintero roto. La nube creció a una velocidad sobrenatural, con tentáculos que se extendían en todas direcciones. Uno de ellos alcanzó a un centinela que se había abalanzado sobre Peabody.

Ese delgado tentáculo de niebla se enroscó en el pecho del hombre e hizo presión, y todo lo que tocó se convirtió al instante en una ceniza negra y fina. Lo cercenó con la misma eficiencia con la que un cuchillo eléctrico corta embutido. Las dos partes del ya excentinela cayeron al suelo con un ruido sordo, como de algo mojado.

Había visto ocurrir casi exactamente lo mismo en otra ocasión, hacía años.

—¡Atrás! —chillé—. ¡Es mordita!

Entonces las luces se apagaron y la sala estalló en gritos y caos.

Lo que de verdad daba miedo no era encontrarme a metro y medio de una nube de piedra de la muerte, un arma que arranca la fuerza vital de todo lo que toca. Tampoco el hecho de haberme enfrentado a alguien que era probable que perteneciese al Consejo Negro, que era probable que fuese tan letal en una pelea como todos sus miembros habían demostrado y que era seguro que, atrapado entre la espada y la pared, iba a luchar sin nada que perder. Ni siquiera era que se hubiesen apagado todas las luces y estuviese a punto de producirse una batalla a muerte.

Lo que daba miedo era que me encontraba en un espacio cerrado y no demasiado grande con casi seiscientos magos del Consejo Blanco, hombres y mujeres con los poderes primordiales del universo a su entera disposición. Y que, en su mayoría, de entre ellos solo los centinelas poseían experiencia en el control de magia violenta en condiciones de combate. Era como estar en una planta industrial de propano con quinientos pirómanos fumadores empedernidos desesperándose por encender un pitillo; solo haría falta un imbécil para matarnos a todos, y aún nos sobrarían cuatrocientos noventa y nueve.

—¡Nada de luces! —grité mientras me alejaba del lugar donde había visto por última vez la nube—. ¡Nada de luces!

Pero mi voz era solo una entre cientos. Decenas de magos reaccionaron como había anticipado yo (y Peabody). Invocaron luz.

Eso los convirtió de inmediato en blancos fáciles.

Los tentáculos de la nube de muerte concentrada golpearon como látigos cualquier fuente de iluminación, atravesando a toda persona que estuviese en su camino. Vi a una anciana perder un brazo a la altura del codo cuando la nube cargada de mordita envió una lanza de oscuridad contra un mago sentado dos filas por detrás de ella. Un hombre de tez oscura con aretes de oro en las orejas empujó bruscamente a una mujer más joven que había invocado luz en un cristal que tenía en su mano. El tentáculo no alcanzó a la mujer, pero a él lo golpeó de lleno y al instante su pecho se disolvió en un agujero de treinta centímetros que lo hizo caer al suelo y casi lo partió por la mitad.

Los gritos aumentaron, genuinos sonidos de dolor y terror, sonidos que fueron diseñados para que la mente y el cuerpo humanos los reconozcan y ante los que no tienen más remedio que reaccionar. Me impactaron tanto como la primera vez que había oído algo así. Era el deseo de alejarse de lo que quisiera que estuviese causando tal terror combinado con el estallido de adrenalina, con la necesidad de actuar, de ayudar.

—Calma —dijo una voz en mi oído derecho. Algo que no podía suceder porque las vendas cubrían por completo aquel lado de la cabeza y era físicamente imposible que oyera nada con esa claridad.

Eso significaba que era una ilusión. Estaba en mi cabeza. Además, reconocí la voz. Pertenecía a Langtry, el Merlín.

—Miembros del Consejo, tiraos al suelo de inmediato —dijo la voz del Merlín, tranquila e inalterable—. Ayudad a cualquiera que esté sangrando y no tratéis de usar luz hasta que el demonio de niebla esté contenido. Consejo de Veteranos, ya estoy confrontando al ser y estoy evitando que se mueva más lejos. Rashid, impide que se desplace hacia delante y me desintegre, por favor. Mai y Martha Liberty, ocupaos de su flanco derecho. McCoy y Escucha el Viento, del izquierdo. Tiene una voluntad bastante fuerte, así que no perdamos el tiempo. Y recordad que también debemos evitar que se mueva hacia arriba.

La longitud total de este diálogo, aunque podría haber jurado que fue audible de verdad, tuvo lugar en menos de medio segundo. Un discurso a la velocidad del pensamiento. Venía acompañado de una imagen simplificada de la Sala del Habla como si hubiera sido dibujada en una pizarra mental. Pude ver con claridad el contorno del remolino del demonio de niebla, rodeado de pequeños bloques etiquetados con el nombre de cada uno de los miembros del Consejo de Veteranos. Representaban los fragmentos de la esfera tridimensional donde confinarían a aquel terror en forma de nube.

Por todos los diablos, en literalmente segundo y medio, el Merlín había convertido un caos puro en una batalla ordenada. Supongo que no llegas a ser el Merlín del Consejo Blanco a base de acumular millas de viajero frecuente. Y la realidad era que nunca antes lo había visto en acción.

—Centinela Dresden —dijo el Merlín. O lo pensó. O lo proyectó—. Si eres tan amable, evita que Peabody escape. El centinela Thorsen y su grupo están de camino para apoyarte, pero necesitamos a alguien que persiga a Peabody y que evite que cause más problemas. Todavía no conocemos el alcance de sus manipulaciones psíquicas, por lo tanto no confíes en ninguno de los centinelas más jóvenes.

Me encanta ser mago. Cada día es como ir a Disneylandia.

Me quité de encima la ridícula estola, la túnica y la capa según me dirigía hacia la puerta. El pánico y los movimientos frenéticos de la gente hacían que las dos o tres luces aún no extinguidas pareciesen focos estroboscópicos. Correr hacia la puerta de salida fue una experiencia surrealista, pero estaba seguro de que Peabody había planeado sus pasos antes de comenzar a moverse. Había dispuesto de tiempo de sobra para lanzarse a la carrera a través de la sala a oscuras y salir del auditorio.

Traté de pensar como un mago que acababa de ser descubierto como miembro del Consejo Negro y marcado para su busca, captura, interrogatorio y probable muerte. Teniendo en cuenta que en los últimos días había dado por seguro que eso mismo me iba a pasar a mí, ya le había dado vueltas a la manera de escapar de la sede del Consejo. Supuse que Peabody le habría dedicado más tiempo.

Si yo fuera él, abriría un camino hacia el Nuncamás y lo cerraría detrás de mí. Buscaría un buen sitio al que llegar y luego me aseguraría de que ese sitio estuviese

preparado para ser tan letal y hostil para mis perseguidores como fuese posible. Los siglos y siglos de hechizos de protección de los túneles de Edimburgo lanzados por generaciones de magos, sin embargo, impedían crear cualquier portal hacia el Nuncamás desde el lado interior de los puestos de control, por lo que Peabody tendría que atravesar al menos una de las barreras de seguridad guardadas por centinelas para llevar a cabo su plan.

Tenía que detenerlo antes de que llegara tan lejos.

Me lancé a través de la puerta y me di cuenta de que los dos centinelas de guardia allí fuera pertenecían a la generación más joven, a los nuevos reclutas que se habían sumado a nuestras filas tras la desastrosa batalla contra la Corte Roja en Sicilia. Los dos estaban allí de pie sin expresión, sin prestar atención a nada y sin reaccionar al furor que se había desatado en la Sala del Habla.

Vi aletear el dobléz de una túnica negra según su portador torcía por la esquina del pasillo a mi derecha, y al momento yo ya estaba corriendo. Me sentía como mil diablos, pero, por una vez y para variar, contaba con una ventaja sobre un mago mayor y más experimentado: yo era más joven y estaba en mejor forma.

Vale que los magos pueden vivir durante siglos y mantenerse vigorosos, pero sus cuerpos siguen tendiendo a perder la capacidad física si no se toman la molestia de entrenar. Y, aunque lo hagan, no tienen ya la potencia de una persona joven. Y correr con todas tus fuerzas es la actividad más física que existe.

Doblé la esquina y alcancé a ver a Peabody por un segundo corriendo delante de mí. Torció otra esquina y, para cuando yo también lo hice, ya le había ganado varios metros. Cruzamos a todo trapo la oficina de administración y pasamos por los barracones de los centinelas, de cuyas puertas salieron tres reclutas a unos seis metros delante de Peabody. Eran apenas unos condenados adolescentes, los peligrosos párvulos que nos habíamos apresurado a someter a entrenamiento militar para la guerra.

—¡El fin está cerca! —rugió Peabody.

Los tres se detuvieron en seco y sus expresiones se quedaron en blanco. Peabody cruzó entre ellos, jadeando, y derribó a uno. Apreté el paso, y empezó a mirarme por encima del hombro con los ojos muy abiertos.

Giró por la siguiente esquina agachado, y mis instintos me avisaron de lo que estaba a punto de intentar. Al torcer, me tiré en plancha hacia delante justo cuando un chorro de líquido conjurado siseaba por encima de mi cabeza. Impactó contra la pared de detrás de mí con un estallido gaseoso acelerado, como si hubieran agitado y abierto al mismo tiempo un millar de botellas de agua con gas.

No había tenido tiempo de recargar mis anillos de energía, y de hecho aún estaban sobre mi aparador en casa, pero no quería que Peabody se sintiera cómodo disparándome cosas por encima del hombro. Levanté la mano derecha y grité:

—¡Fuego!

Un cometa en llamas del tamaño de una pelota de baloncesto voló por el pasillo

hacia él.

Peabody escupió unas cuantas palabras e hizo un gesto defensivo con una mano que me recordó a Doctor Extraño, y mi ataque explotó contra algo invisible a un metro largo de él. Aun así, una parte terminó prendiendo el borde de su túnica, y tuvo que sacudírsela lleno de pánico mientras continuaba su huida.

Le comí aún más terreno y, cuando giró en uno de los amplios pasillos principales del complejo, yo estaba a no más de seis metros y el primer puesto de control se encontraba ya justo frente a nosotros. Cuatro centinelas, todos jóvenes, vigilaban la puerta. Lo cual significaba que, dado que todos los adultos, abuelos y gente tiquismiquis que pudieran haber objetado algo estaban en el juicio, se habían sentado en el suelo a jugar a las cartas.

—¡Detened a ese hombre! —grité.

Peabody soltó un chillido aterrorizado.

—¡Dresden se ha vuelto un hechicero! ¡Está tratando de matarme!

Los jóvenes centinelas se pusieron de pie de un salto con la velocidad propia de su edad. Uno de ellos echó mano de su bastón y otro sacó su pistola. Un tercero se volvió para asegurarse de que la puerta estaba cerrada con llave, y la cuarta actuó por puro instinto; agitó la mano alrededor de su cabeza formando un pequeño círculo e hizo un gesto de lanzamiento mientras soltaba un grito.

Alcé mi brazalete a tiempo para interceptar una bola invisible de las de jugar a los bolos, pero impactó en el escudo con fuerza suficiente como para obligarme a parar en seco. Mis piernas no estaban preparadas para aquello, así que trastabillé y reboté con un hombro contra la pared.

Los ojos de Peabody brillaron triunfantes según caía.

—¡El fin está cerca! —gritó.

Dejó petrificados a los jóvenes centinelas justo donde estaban, como había hecho antes. Arrancó la llave de la correa de cuero del cuello de uno, abrió la puerta y entonces se volvió con una daga en la mano e hizo un corte a lo largo del muslo de la joven que me había aplastado. Ella gritó y de su pierna empezó a salir un chorro de sangre al ritmo de los latidos del corazón, señal inequívoca de una arteria seccionada.

Me puse en pie y le lancé una descarga de fuerza bruta a Peabody, pero la rechazó igual que había hecho con la bola de fuego, cruzó la puerta de un salto e hizo un desgarró en el aire que abrió un pasaje entre este mundo y el otro.

Se tiró a través de él.

—Hijo de puta —escupí.

Ninguno de los jóvenes centinelas se movía, ni siquiera la chica herida. Si no recibía ayuda, se desangraría y moriría en pocos minutos.

—¡Maldita sea! —grité—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

Me precipité hacia ella, me quité el cinturón de los vaqueros y recé para que la herida estuviese lo bastante abajo como para que un torniquete sirviera de algo.

Oí ruido de pasos y Anastasia Luccio apareció con una pistola en la mano buena y



la cara blanca por el dolor. Se detuvo a mi lado, respirando fuerte, y dejó el arma en el suelo.

—La tengo controlada. ¡Vete!

Al otro lado de la puerta de seguridad, el camino empezaba a cerrarse.

Me incorporé, corrí a toda prisa hacia el portal y me arrojé de cabeza. Hubo un resplandor de luz y el túnel de piedra que me rodeaba se convirtió de forma abrupta en un bosque de árboles muertos que apestaban a moho y agua estancada. Peabody se hallaba de pie justo delante del camino, tratando de cerrarlo, y antes de que pudiera terminar lo plaqué de un salto. Hice que retrocediese y nos golpeamos con violencia contra el suelo.

Durante medio segundo de desconcierto ninguno de los dos nos movimos, hasta que Peabody se desplazó y capté por el rabillo del ojo el destello de la daga manchada de sangre.

Intentó clavarme la punta en la garganta, pero puse el brazo en medio. Me abrió una vena. Le agarré la muñeca con la otra mano, sin embargo rodó y consiguió ponerse sobre mí, sujetando la daga con las dos manos y apoyando todo su peso sobre mi brazo. Me caían gotas de mi propia sangre sobre la cara mientras él obligaba a la punta del arma a bajar despacio hacia mi ojo.

Forcejeé para quitármelo de encima, pero era más fuerte de lo que parecía y estaba claro que tenía más experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo que yo. Lo golpeé con mi brazo herido, pero lo ignoró.

Sentía cómo mis tríceps cedían y veía la punta del cuchillo cada vez más cerca. El punto de rotura era inminente, y Peabody lo sabía. Empujó con más fuerza y la punta me empezó a pinchar el párpado inferior.

Entonces sonó un estruendo enorme y Peabody desapareció de encima de mí. Me quedé inmóvil un momento, aturdido, y levanté la vista.

Morgan estaba justo en la entrada del portal, que se encontraba todavía abierto, con la pistola de Luccio humeando en la mano. Su pierna herida era una masa húmeda de color escarlata.

No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para correr detrás de nosotros con aquella lesión. Incluso bajo los efectos de los analgésicos, le había tenido que doler como mil demonios. Contempló el cuerpo de Peabody con una mirada severa. Entonces le empezó a temblar la mano y se le cayó la pistola al suelo.

Después fue él quien se desplomó con un gemido.

Jadeando, me acerqué.

—Morgan.

Le di la vuelta para examinar la herida. Estaba empapada en sangre, pero ya no iba a sangrar mucho más. Tenía el rostro blanco. Sus labios estaban grises.

Abrió los ojos con serenidad.

—Lo he atrapado.

—Sí —dije—. Lo has atrapado.

Sonrió un poco.

—Es la segunda vez que te salvo el culo.

Solté una pequeña risa.

—Lo sé.

—Me acusarán a mí —dijo en voz baja—. Peabody no ha confesado nada y yo soy mejor candidato a nivel político. Deja que lo hagan. No luches contra ello. Quiero que sea así.

Me quedé mirándolo.

—¿Por qué?

Negó con un gesto, sonriendo cansado.

Lo seguí mirando durante unos largos segundos, y entonces lo entendí. Morgan me había estado mintiendo desde el principio.

—Porque ya sabías quién había matado a LaFortier —dije—. Ella estaba allí cuando te despertaste en su habitación. Viste quién lo hizo. Y quisiste protegerla.

—Anastasia no lo hizo —dijo Morgan con un tono intenso y grave—. Ella solo era un peón. Estaba dormida de pie. Ni siquiera llegó nunca a saber que la estaban utilizando. —Tuvo un temblor—. Debería haber pensado en eso. En ese cuerpo tan joven, su mente se volvió de nuevo vulnerable a las influencias.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Desperté, LaFortier estaba muerto y ella tenía el cuchillo. Se lo quité, la escondí bajo un velo y la empujé hacia la puerta —dijo Morgan—. No había tiempo para que los dos escapásemos.

—Así que cargaste con la culpa pensando que podrías solucionar las cosas después. Sin embargo, te diste cuenta de que la trampa era demasiado buena y de que nadie te creería si tratabas de contar lo que había pasado.

Suspiré. A Morgan no le había importado ni un maldito momento su vida. Había escapado al darse cuenta de que Anastasia todavía estaba en peligro, de que no sería capaz de exponer al verdadero traidor él solo.

—Dresden —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—No le he contado a nadie lo de Molly. Lo que trató de hacerle a Ana. Yo... no he contado nada.

Lo contemplé, incapaz de hablar.

Sus ojos se nublaron.

—¿Sabes por qué no lo he hecho? ¿Por qué acudí a ti?

Negué con la cabeza.

—Porque sabía... —susurró. Levantó la mano derecha y se la apreté con fuerza—. Sabía que entenderías lo que se siente al ser un hombre inocente acosado por los centinelas.

Fue lo más cerca que estuvo nunca de reconocer que había estado equivocado conmigo.

Murió menos de un minuto después.

Thorsen impidió que yo muriese desangrado a causa del corte que me había hecho Peabody. El sueco y su escuadrón de apoyo se habían enfrentado a una larga carrera para alcanzarnos, a un montón de puertas cerradas y a la confusión que habíamos dejado a nuestro paso. Llegaron tres minutos después de la muerte de Morgan. Hicieron todo lo posible por reanimarlo, pero su cuerpo había sufrido demasiado y había perdido mucha sangre. Con Peabody ni siquiera se tomaron la molestia. Morgan le había volado la tapa de los sesos al traidor con dos tiros de la pistola de Luccio.

Me llevaron a la enfermería, donde Indio Joe y un equipo de curanderos, algunos tan viejos que habían estudiado medicina cuando la eficacia de las sanguijuelas aún estaba sujeta a debate, estaban tratando a los que habían sido heridos durante el ataque.

A partir de ahí, las piezas encajaron sin necesidad de mi participación.

Antes de que la cifra de magos muertos superase los cuarenta o cincuenta, el Consejo de Veteranos había conseguido contener y desterrar a aquel demonio de niebla imbuido con mordita, un ser gaseoso raro y peligroso procedente de los confines más lejanos del Nuncamás. Podría haber sido mucho peor, no cabe duda. Sin embargo, el hecho de que el objetivo de los ataques hubiese sido justo la reunión de los antiguos aliados políticos de LaFortier ocasionó una enorme indignación y generó sospechas. Las partes ofendidas alegaban que el Merlín no había tenido en cuenta su seguridad, que había sido negligente en sus medidas de prevención, etcétera, etcétera. Se omitía la circunstancia de que el ataque hubiese ocurrido mientras se desenmascaraba al verdadero asesino de LaFortier. Había que obtener rentabilidad política.

Se puede decir que todo el mundo sobrenatural oyó hablar de la muerte de LaFortier, de la consiguiente persecución contra Morgan y de la polvareda levantada durante el juicio, si bien la mayoría de los detalles se mantuvieron en secreto. Aunque nunca llegó a producirse ningún tipo de declaración oficial, se corrió la voz de que Morgan había conspirado con Peabody y que ambos habían muerto durante su intento de fuga.

Era una manera brutal e insensible por parte del Consejo de salvar su imagen. El Merlín decidió que, en última instancia, era menos peligroso para los magos del mundo que todos supieran que el Consejo había respondido al asesinato de LaFortier con una declaración letal de fuerza y poder. Es decir, con la captura y ejecución inmediata de los responsables.

Sin embargo, yo tenía claro que quienes quisieran que hubiesen compartido cama con Peabody, los que de verdad habían sido responsables, sabían que para cumplir su objetivo el Consejo había matado a un hombre inocente, el cual además había sido

uno de sus mejores activos militares.

Tal vez el Merlín tuviera razón. Tal vez fuese mejor parecer estúpido y fuerte que inteligente y débil. No lo sé. No estoy seguro de si quiero creer que el escenario político mundial se parece tanto a un instituto.

Los investigadores del Consejo trabajaron más despacio que los de Lara, pero al final consiguieron la misma información tras seguir el rastro del dinero. El Consejo pidió explicaciones a la Corte Blanca. Lara les envió las cabezas de las personas responsables. Literalmente. Nada como dejar a Lara darle una última utilidad a los cadáveres de Madeline y del gerente de su empresa. También le pidió al Consejo que se quedaran con el dinero a modo de disculpa. Seis millones en efectivo compran un montón de cosas para calmar las aguas cuando están revueltas.

Puede que sus sesos hubieran acabado desparramados por un desolado agujero infernal del Nuncamás, pero antes Peabody había infligido una enorme cantidad de daño. Comenzaba una nueva era de paranoia en el Consejo Blanco.

El Merlín, el Guardián de la Puerta e Indio Joe investigaron el alcance de la infiltración psíquica de Peabody. En cierto modo, lo peor que había hecho fue lo más fácil de manejar. Casi todos los malditos centinelas menores de cincuenta años habían sido programados con aquella orden que los hacía caer en un trance de sueño, y lo habían sido de una manera tan natural y sutil que era difícil detectarla incluso cuando aquellos maestros de la magia la estaban buscando y sabían dónde encontrarla.

Ebenazar me contó más tarde que algunos de los jóvenes centinelas habían sido cargados con mucho más *software* psíquico hostil, aunque resultaba imposible para un mago saber exactamente lo que había hecho otro. Algunos de ellos, al parecer, habían sido preparados para convertirse en el equivalente sobrenatural a terroristas suicidas. Igual que Luccio. Reparar ese tipo de daño era difícil, impredecible y a menudo doloroso para la víctima. Fueron un verano y un otoño largos para muchos centinelas. Se instauró un sistema obligatorio de autodefensa psíquica en pocas semanas.

En mi opinión, fue más duro para los miembros del Consejo de Veteranos, ya que con casi total seguridad todos habían sido influenciados de maneras sutiles. Tuvieron que repasar las decisiones que habían tomado durante los años anteriores y preguntarse si habían sido impulsados a elegir uno u otro camino, si habían hecho sus propias elecciones o si la ambigüedad de cualquiera de ellas había sido natural dadas las circunstancias. El toque había sido tan ligero que no había dejado ninguna huella duradera. Para cualquier persona con algo de conciencia eso sería una pesadilla constante, sobre todo teniendo en cuenta que habían estado dirigiendo el Consejo en tiempos de guerra.

Traté de imaginarme a mí mismo dudando acerca de todo lo que había hecho a lo largo de los últimos ocho años.

No querría ser uno de aquellos tipos por nada del mundo. Pasé una semana en la enfermería. Me visitaron McCoy, Ramírez y Molly. Ratón

permaneció junto a mi cama y nadie intentó moverlo de ahí. Escucha el Viento fue una presencia habitual, ya que podría decirse que era mi médico. Varios de los centinelas jóvenes que yo había ayudado a entrenar vinieron a charlar un rato, aunque todos ellos parecían nerviosos.

Anastasia no me visitó, pero Escucha el Viento me dijo que se había pasado a preguntar por mí mientras estaba dormido.

El Guardián de la Puerta vino a verme en mitad de la noche. Cuando desperté, ya había creado una especie de escudo sónico a nuestro alrededor para asegurarse de que hablábamos en privado. Nuestras voces sonaban como si lleváramos puestos dos grandes cubos de hojalata en la cabeza.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó en voz baja.

Le señalé mi cara con un movimiento. Ya no estaba vendada. Tal y como me había prometido Escucha el Viento, mi ojo estaba bien. Tenía dos bonitas cicatrices, sin embargo, una que me cruzaba la ceja derecha, pasaba de largo el ojo y seguía dos o tres centímetros por el pómulos, y otra que bajaba desde la mitad del labio inferior hacia la barbilla en un ligero ángulo.

—Igual que Herr Harrison von Ford —dije—. Cicatrices de guerra y lunares sexys. Ahora las chicas harán cola.

El chiste no le hizo sonreír. Se miró las manos con expresión seria.

—He estado trabajando en las mentes de los centinelas y del personal administrativo que invadió Peabody.

—Eso he oído.

—Al parecer —dijo, escogiendo con cuidado las palabras—, la alteración psíquica de Anastasia Luccio fue particularmente severa. Me preguntaba si tendrías alguna teoría que pudiese explicarlo.

Contemplé en silencio por un momento la oscuridad de la habitación.

—¿Te ha enviado el Merlín?

—Soy el único que lo sabe —respondió muy serio—. O que lo sabrá.

Lo medité antes de hablar.

—¿Mi teoría supondrá alguna diferencia con respecto a cómo será tratada?

—Es posible. Si es sólida, podría proporcionarme la comprensión que me falta para sanarla más rápido y de una forma más segura.

—Dame tu palabra —le dije. No se lo estaba pidiendo.

—La tienes.

—Antes de morir —dije—, Morgan me contó que cuando se despertó en la habitación de LaFortier, Luccio sostenía el arma del crimen. —Le conté el resto de lo que Morgan me había revelado acerca de aquella noche.

El Guardián de la Puerta se quedó mirando hacia el otro lado de la cama, a la pared, con el rostro impassible.

—Estaba tratando de protegerla.

—Supongo que pensó que el Consejo podría hacer algo tan absurdo como

condenar a muerte a una persona inocente.

Cerró los ojos un segundo y se tocó el corazón, la boca y la frente con los dedos de la mano derecha.

—Eso explica algunas cosas.

—¿Como qué?

Levantó la mano.

—Enseguida. Te había dicho que el daño de Anastasia era bastante extenso, y no porque hubiese sido persuadida para cometer un acto violento. Esa parte le resultó fácil. Creo que sus actitudes emocionales habían sido alteradas por la fuerza.

—Actitudes emocionales —repetí en voz baja—. ¿Te refieres a... ella y yo?

—Sí.

—Porque ella siempre había creído en mantener las distancias —murmuré—. Hasta hace poco.

—Sí —dijo.

—Ella... Yo nunca le importé en realidad.

Se encogió de hombros.

—Tuvo que haber existido alguna base sobre la cual construir. Es muy posible que de verdad sintiera cariño hacia ti, y ese algo podría haber crecido por sí solo a partir de ahí. En lugar de ello, fue obligada a que eso ocurriera por la fuerza.

—¿Quién haría algo así? —Negué con la cabeza—. No, eso es obvio. ¿Por qué lo haría?

—Para tenerte bajo control, tal vez —respondió—. O quizá para contar con un activo que pudiese eliminarte si era necesario. Después de todo, se puede decir que eres el único centinela joven del que Peabody jamás tuvo oportunidad de aprovecharse, ya que nunca venías a la sede. Eres también, con mucha probabilidad, el mago con más talento y poder de tu generación. En general, a los otros centinelas jóvenes les gusta juntarse contigo, por lo que existían muchas posibilidades de que pudieras darte cuenta de que algo andaba mal. Es decir, en conjunto, eras una amenaza para él.

Me sentí un poco enfermo.

—Por eso Luccio se presentó en Chicago cuando debería haber estado en la sede para ayudar en la búsqueda de Morgan.

—Casi seguro —dijo—. Para advertir a Peabody en caso de que te pusieras tras su pista y, de paso, para localizar a Morgan y que Peabody pudiera hacerlo desaparecer. Que Morgan muera a manos de la justicia del Consejo Blanco es una cosa. Pero si Peabody hubiese tenido éxito, si hubiera matado a Morgan y se hubiese deshecho del cuerpo, habríamos pensado que el traidor seguía suelto por el mundo y fuera de nuestro alcance. Habría sido una espada eterna sobre nuestras cabezas.

—Y una tapadera perfecta para Peabody —dije—. Podría haber acabado con quien quisiera con la excusa más nimia y todo el mundo habría asumido que había sido Morgan.

—No solo Peabody —dijo el Guardián de la Puerta—. Cualquiera de nuestros enemigos se podría haber aprovechado de la misma manera.

—Y también explica por qué vino Peabody a Chicago cuando lancé ese desafío al Consejo. Es probable que pensara que la confidente falsa era Anastasia. Tenía que ir allí para averiguar si su presa cerebral seguía activa. —Resoplé—. Es decir, no necesitaba pasar por ese camino si ya conocía uno que llevaba a Isla Demonio. Dios, tuve suerte.

—Eso también es cierto —dijo el Guardián—. Aunque sugeriría que tu previsión permitió que te creases tu propia suerte. —Sacudió la cabeza—. Si Morgan no hubiese actuado con tanta rapidez, las cosas podrían haber sido todavía peores. Luccio también habría sido acusada y ninguno de los dos habría tenido ni idea de lo que había sucedido. Ya fue bastante malo acusar a Morgan. Los centinelas no habrían aceptado que tanto su capitana como su segundo fuesen arrestados. Podría haber estallado una guerra civil solo por eso.

—Morgan... amaba a Luccio —dije.

El Guardián de la Puerta asintió.

—Cuando era más joven lo proclamaba a los cuatro vientos. Sin embargo, ella nunca dejó que nadie se le acercara. Mirando las cosas en perspectiva, era un cambio en su personalidad que debería de haber llamado la atención, a pesar de que mantuvo su relación contigo de una forma discreta.

Me reí por lo bajo.

—Es fácil suponer una manipulación cuando alguien se transforma en un maníaco que echa espuma por la boca —dije—. Cuando el cambio consiste en que se vuelve más feliz, es difícil no alegrarse por esa persona.

Sonrió. Un breve destello de calidez.

—Muy cierto.

—Así que ella... Quiero decir, cuando la ayudes a empezar a arreglar los daños...

—Ya ha comenzado. Su subconsciente ha estado luchando contra las ataduras de su cerebro por algún tiempo. Aunque haya sentido algo antes, el hecho de que haya sido una situación forzada provocará en ella una reacción de rechazo.

—Sí —dije—. Supongo que las cosas se pusieron un poco tensas entre nosotros desde que empezó todo este asunto. Me refiero a que en cierto modo me di cuenta de que ya habíamos roto, pero...

Pero esto no se trataba de haber amado y perdido. Ella nunca me había amado. El beso de Madeline, que me había sumido en una avalancha de gozo mientras le daba un bocado a mi fuerza vital, lo había demostrado. Anastasia nunca había estado enamorada. Tal vez ni siquiera le había llegado a gustar de verdad. O tal vez sí. O tal vez todo lo anterior.

Fuera lo que fuese, ya había terminado antes de que hubiese podido convertirse en nada más, y ninguno de los dos habíamos tenido mucha posibilidad de decidir.

No había esperado que me doliera tanto.



Rashid me puso una mano en el hombro.

—Lo siento —dijo—. Creí que merecías saberlo.

—Sí —respondí con una voz áspera—. Gracias. Supongo.

Se me escapó una risita amarga.

El Guardián de la Puerta ladeó la cabeza.

—He estado tratando de averiguar por qué nadie utilizó magia en el asesinato de LaFortier —dije.

—¿Cuál es tu conclusión?

—No puedes usar magia para nada en lo que no creas de verdad —respondí—. Una parte de Luccio debió de reconocer que matar a LaFortier estaba mal. Así que usó un cuchillo. Morgan tampoco habría desatado su magia contra un miembro leal y entregado del Consejo de Veteranos ni contra su oficial al mando, igual que no pudo pedirme disculpas por cómo me había tratado. Y LaFortier nunca vio venir lo de Anastasia. Es probable que muriese confundido, sin ocasión de usar un hechizo. —Alcé los ojos hacia el Guardián de la Puerta—. No fue por un gran motivo arcano y misterioso. Fue porque todos eran humanos.

—Según mi experiencia —dijo—, eso ya es un misterio más que suficiente. Estaba recogiendo mis cosas para irme y volver a casa cuando Ebenezar apareció por la puerta.

—Hoss —dijo con calma—, he pensado que podría acompañarte a casa.

—Se agradece, señor —dije.

Había enviado a Ratón de vuelta con Molly, y siempre era buena idea evitar ir solo por los caminos. Comenzamos a andar por los túneles. Estaba harto de ellos hasta lo más profundo de mí. No soy claustrofóbico ni nada por el estilo, pero creo que necesitas algún tipo de gen de marmota para disfrutar de la vida en el cuartel general del Consejo Blanco.

No habíamos avanzado mucho cuando me di cuenta de que Ebenezar estaba dando un rodeo por unos túneles apenas iluminados que en su mayoría no se usaban. Evocó una luz roja tenue en su bastón, la justa para permitirnos ver por dónde íbamos y con el color que menos podía llamar la atención.

—Bien —dijo—, hoy hemos asignado el asiento de LaFortier en el Consejo de Veteranos.

—¿Klaus, el juguetero? —pregunté.

Ebenezar negó despacio con la cabeza.

—Klaus no ha mencionado nada, pero sospecho que el Merlín le pidió que lo rechazase. Gregori Cristos ha conseguido el puesto.

Fruncí el ceño. Los asientos del Consejo de Veteranos se otorgaban por un sistema de «geriocracia». Se le ofrecía aquella posición de liderazgo a quien hubiera prestado más años de servicio en el Consejo, aunque no había nada que obligase a un mago a aceptar un puesto cuando estaba disponible.

—¿Quién diablos es ese? No se encuentra en lo más alto de la lista de antigüedad.

La expresión de mi mentor se agrió.

—Ajá. Es griego, y un cabrón desagradable. Ha vivido por todo el sur de Asia durante el último par de siglos. Se distinguió en la batalla contra aquel rajá rakshasa que el Consejo eliminó hace poco.

—La recuerdo —comenté—. He oído que fue una locura.

Ebenazar masculló en tono grave:

—Era el protegido de LaFortier.

Lo asimilé y analicé la lógica de aquello.

—Creía que ese bloque había sido apaciguado.

—Cuando alguien quiere el poder, no se le puede sobornar —dijo—. Aceptará lo que le ofreces y seguirá viniendo a por más. Y Cristos le dijo al Merlín ni más ni menos que él y sus aliados se escindirían del Consejo si no obtenía ese asiento.

—Dios mío —susurré.

Asintió.

—Sería mejor darle a la Corte Roja las llaves de todas nuestras puertas y dejar que nos matasen mientras durmiésemos. Resultarían heridos menos inocentes.

—Así que el Merlín llegó a un acuerdo —dije.

—No tenía muchas opciones. La gente de Cristos ganó muchos apoyos después de haber perdido a tantos de los suyos en el juicio. Se habría llevado a una tercera parte del Consejo con él.

—A la mierda el proceso de selección, ¿eh?

Ebenazar se mostró disgustado.

—El proceso nunca ha sido codificado de ninguna forma salvo a través de la tradición. Sí, claro, el Merlín hizo el teatrillo como si estuviese siguiendo el procedimiento, pero te garantizo que todo se arregló entre bambalinas, Hoss. —Negó con la cabeza—. El Consejo de Veteranos ha emitido su posición oficial sobre el asesinato de LaFortier.

—Déjame adivinar —dije—. Un pistolero solitario.

Arrugó el gesto un momento y luego asintió.

—Ah, lo de Kennedy. Sí. Fue un acto individual motivado por el ánimo de lucro. No existe evidencia que sugiera la presencia de una conspiración organizada. No existe el Consejo Negro.

Me lo quedé mirando, perplejo.

—Eso es... una estupidez.

—Maldita sea, vaya si lo es —dijo—. Pero eran mayoría. El Merlín, Cristos, Mai, Martha Liberty y el Guardián de la Puerta.

Resoplé.

—¿Qué diablos cree que va a lograr con eso?

Ebenazar se encogió de hombros.

—Nunca ha sido fácil de leer. Y lo conozco desde que tenía dieciséis años. Me vienen dos o tres explicaciones a la mente.

—Como que tal vez él mismo pertenezca al Consejo Negro.

Ebenazar caminó varios pasos en silencio.

—Ajá —dijo entonces.

—O que tal vez Peabody lo afectó más de lo que todos pensamos.

—Improbable —dijo Ebenazar—. Las sustancias que Peabody administró a los miembros del Consejo de Veteranos le permitieron darles... darnos pequeños empujoncitos. Pero estamos demasiado resecos como para que nos pueda moldear más allá de ahí.

—¿Qué, pues?

—Bueno, Hoss, tal vez a Langtry le preocupen las consecuencias de reconocer al Consejo Negro de forma oficial.

Sentí un escalofrío recorriéndome la nuca.

—Le preocupa que si hay suficientes personas que sepan que el Consejo Negro es real, no hagan cola para luchar contra ellos. Que se les unan.

—Todo el mundo adora a los ganadores —dijo Ebenazar—. Y a nosotros no nos ha ido demasiado bien en los últimos tiempos. La gente tiene miedo. Cristos está construyendo su influencia a partir de eso.

Me detuve y casi vomité sobre aquel suelo frío de piedra.

Ebenazar se paró a mi lado, me puso una mano en el brazo y frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué pasa, muchacho?

—Señor —dije, oyendo cómo me temblaba la voz—, cuando Peabody llegó a la isla...

—¿Sí?

—No estaba solo. Alguien más vino con él. Alguien que nunca alcanzamos a ver. No dijimos nada durante un largo minuto.

—Esa es solo una explicación, Hoss —opinó Ebenazar—. No es ni siquiera un cálculo estimativo. Es una conjetura soltada al aire.

Sin embargo, no había convicción en su voz. Él sentía lo mismo que yo. Una fuerte punzada en las tripas que me hacía creer que tenía razón, no con toda seguridad, pero que la tenía. Además, estábamos hablando en susurros en mitad de un pasillo apartado en nuestra propia fortaleza, maldita sea. Si eso no nos indicaba que algo iba de verdad mal en el Consejo Blanco, no sé qué podría hacerlo.

—Están dentro —susurré.

Mi mentor me miró muy serio.

—Por eso se cargaron a LaFortier. Para colocar a uno de los suyos —dije. Me apoyé en la pared y negué con la cabeza—. Han ganado.

—Han ganado este asalto —dijo él—. La lucha no ha terminado.

—Para Morgan, sí.

—Pero no para ti —dijo con mucho énfasis—. Morgan pensó que valía la pena perder la vida para salvar la tuya. —Respiró hondo. Luego, en voz muy baja, añadió

—: Hoss, no ha terminado. Algunos de nosotros vamos a hacer algo al respecto.

Lo miré fijamente.

—¿Hacer algo?

—Por ahora solo somos unos pocos. Algunos magos. Algunos aliados clave. Personas en las que sabemos que podemos confiar. Soy el único que conoce a todos los que están involucrados. Tenemos que dirigir esta lucha hacia el enemigo. Saber más sobre ellos. Averiguar cuáles son sus metas. Anularlos.

—Combatir fuego con fuego, ¿eh?

Ebenazar sonrió, sarcástico.

—Al negar la existencia de una conspiración, Langtry ha creado otra.

—Y se lleva un dos por uno con un extra de ironía —dije—. Si los del Consejo Negro saben de nosotros, saltarán de alegría. Nos sacarán a la luz, dirán que somos el Consejo Negro y continuarán tan felices su camino.

—Ya somos «nosotros», ¿eh? —Sus ojos brillaban mientras asentía—. Y, teniendo en cuenta lo que vamos a hacer, si el Consejo Blanco se entera, lo considerarán sedición. Nos ejecutarán.

¿Veis lo que quiero decir? Igual que Disneylandia.

Lo medité unos segundos.

—Eres consciente de que, desde un punto de vista objetivo —dije—, estamos creando nuestro propio Consejo Negro, ¿verdad?

—Ajá.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Con un corazón puro y cargado de buenas intenciones —respondió—. Nuestra fuerza se multiplicará por diez.

Solté un bufido intenso.

Ebenazar dejó ver una sonrisa cansada.

—Bueno, Hoss, no vamos a tener más remedio que caminar por algunos callejones muy oscuros. Y hacerlo con una compañía muy dudosa. Tal vez deberíamos considerarnos... un Consejo Gris.

—Consejo Gris —repetí.

Empezamos a andar de nuevo y, tras unos minutos, le pregunté:

—El mundo se ha vuelto más oscuro y desagradable en apenas unos pocos años. ¿Crees que lo que hacemos cambiará las cosas?

—Pienso lo mismo que tú —respondió Ebenazar—. Que la única alternativa es quedarnos aquí sentados y ver cómo todo se va al infierno. —Su voz se endureció—. No vamos a hacer una cosa así.

—Claro que no, maldita sea —dije.

Fuimos juntos el resto del camino a Chicago.

Murphy me llevó al depósito para que sacara mi coche, y en el trayecto la puse al día sobre la mayor parte de lo que había sucedido.

—Te estás callando cosas —dijo cuando terminé.

—Algunas —reconocí—. Digamos que es necesario.

Me lanzó una mirada mientras conducía.

—De acuerdo.

Levanté las cejas.

—¿Seguro?

—Estás empezando a tratar con gente que da miedo, Harry —dijo en voz baja—. Y algunas personas te están confiando secretos. Lo entiendo.

—Gracias, Murph.

Negó con la cabeza.

—No sé, Harry, significa que confío en que acudas a mí cuando te topes con algo que entre dentro de mis responsabilidades. Soy policía. Si me la juegas con algo que debería saber... —Se encogió de hombros—. No sé si podríamos arreglar una cosa así.

—Oído —dije.

Volvió a negar.

—Nunca me gustó Morgan, pero hubiese preferido que acabara de otra manera.

Reflexioné sobre aquello antes de decir nada.

—No lo sé. Consiguió algo al irse. Eliminó al traidor que había hecho que muriesen cientos de magos. Impidió que escapase con solo Dios sabe qué secretos. —Me encogí de hombros—. Han caído muchos centinelas últimamente. Si hay que elegir una forma de irse, la de Morgan fue buena. —Sonreí—. Además, si hubiese vivido algo más de tiempo me habría tenido que pedir disculpas. Esa habría sido una manera horrible de marcharse.

—Fue valiente —admitió Murphy—. Y te guardó las espaldas.

—Sí —dije.

—¿Fuiste a su funeral?

—No fue nadie. Oficialmente era *corpus non gratus*. Pero le hicimos una especie de velatorio más tarde, extraoficialmente. Contamos historias sobre él y llegamos a la conclusión de que en realidad era un paranoico, un intolerante y un auténtico gilipollas.

Murphy sonrió.

—He conocido a tipos como él. A pesar de todo, pueden llegar a ser parte de la familia. Incluso se les puede echar de menos cuando se han ido.

Tragué saliva.

—Sí.

—Dime que no te estás echando la culpa.

—No —dije con honestidad—. Solo desearía que algo de lo que hice hubiera servido para cambiar las cosas.

—Has sobrevivido. Dadas las circunstancias, creo que lo hiciste bien.

—Quizá —dije en voz baja.

—Investigué el teléfono que me enviaste.

Se refería al móvil de Madeline, el que me había dado Atador.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Los números de teléfono de muchas personas desaparecidas —dijo—. ¿Dónde está su dueño?

—Con ellos.

Apretó los labios.

—Había un montón de llamadas a un número que logré rastrear hasta Argelia y a otro de Egipto. Un par de restaurantes, al parecer. —Sacó una tarjeta del bolsillo y me la dio. Tenía escritos los nombres y direcciones de dos negocios—. ¿Qué son?

—Ni idea —contesté—. Quizá los contactos de Madeline en el Consejo Negro. Quizá nada.

—¿Es importante?

—Ni idea —repetí—. Supongo que lo archivaremos en el cajón de «ya veremos».

—Odio ese cajón —dijo—. ¿Cómo está Thomas?

Me encogí de hombros y bajé la vista hacia mis manos.

—Ni idea.

Mi apartamento estaba hecho un desastre. Vale, nunca se ha parecido a un quirófano. Excepto cuando se presentó Morgan, supongo. Sin embargo, varios días de idas y venidas frenéticas, de heridas diversas y de haber servido de cama de hospital para Morgan habían dejado algunas manchas que ni siquiera mis hadas de la limpieza habían sido capaces de eliminar. El colchón estaba irrecuperable, y más aún la ropa de cama o la alfombra en la que habíamos transportado su cuerpo inconsciente. Todo estaba empapado de sudor y de sangre, y al parecer las hadas asistentes del hogar no tenían servicio de tintorería.

Se habían ocupado de las cosas de siempre, pero todavía quedaba una lista considerable de tareas por hacer, y mover colchones nunca resulta agradable. Menos aún cuando has recibido una buena tunda de un peso pesado del mundo sobrenatural y encima te han apuñalado solo porque sí.

A pesar de todo, empecé a poner un poco de orden. Estaba arrastrando el colchón para atarlo a mi coche y llevarlo a un vertedero cuando llegó Luccio.

Iba vestida con unos pantalones grises de traje y una camisa blanca, y llevaba una bolsa de deporte negra de nailon en la cual sabía que guardaba aquel bastón corto que le gustaba y su espada de centinela, entre otras cosas. La ropa era nueva. Al rato me di cuenta de que era del mismo estilo que solía usar cuando la había conocido por primera vez, cuando tenía su otro cuerpo.

—Ey —jadeé—. Dame un segundo.

—Deja que te eche una mano —respondió.

Me ayudó a subir el colchón al techo del Escarabajo Azul y a continuación lo atamos con unas cuerdas de tender. Revisó los nudos, asegurándose de que estaban bien apretados, y luego se apoyó en el coche. Estudió mi rostro.

Yo también la miré.

—Rashid me contó que había hablado contigo —dijo.

Asentí.

—No quería meterte presión —dije.

—Te lo agradezco. Bastante, en realidad.

Volvió la vista hacia un lado. Ratón, ahora que el trabajo ya estaba hecho, despertó sin ningún tipo de vergüenza de una perezosa siesta que se había echado junto a la puerta y trotó hacia Luccio. Se sentó y le ofreció una pata.

Ella sonrió y se la estrechó. Le revolvió el pelaje de detrás de las orejas como sabía que le gustaba y se incorporó.

—Yo, eh... quería asegurarme de que te estabas recuperando.

—Eso es muy responsable por tu parte —dije.

Pareció dolida.

—Ah, condenado sea todo, Dresden. —Sacudió la cabeza—. Me he pasado casi doscientos años sin acercarme a nadie. Y por una buena razón, maldita sea. Creo que ha resultado evidente después de lo ocurrido.

—¿Lo ha resultado?

Volvió a sacudir la cabeza.

—Estaba... distraída. Por ti. Por... nosotros, supongo. Tal vez si no lo hubiera estado, habría visto algo. Notado algo. No lo sé.

—Más bien creo que estabas distraída por ese mago de la mente que te había hecho un lío ahí dentro —dije.

Pareció disgustada.

—Son cosas distintas. Y eso lo sé. Pero al mismo tiempo no lo sé. Y aquí estoy, hablando como una adolescente nerviosa. —Se puso las manos en las caderas, molesta—. No soy buena en esto. Ayúdame.

—Bueno, supongo que has venido a contarme que no vas a seguir insistiendo en... lo que fuese que tuviéramos.

—No es por ti —dijo.

—Lo sé —dije—. Nunca lo fue, ¿verdad?

Exhaló por la nariz en un suspiro lento. Sus ojos permanecieron fijos en mí.

—Siempre me has gustado, Dresden. Durante mucho tiempo pensé que eras peligroso. Entonces te vi en acción contra los herederos de Kemmler y te respeté. —Sonrió un poco—. Eres gracioso. Me gusta eso.

—¿Pero?

—Pero alguien me empujó hacia ti. Y eso me fastidia. Y... —Se echó a llorar, aunque su actitud y su voz no vacilaron—. Y pensé que tal vez se me había abierto algún tipo de... cicatriz. O de vieja herida. O de algo. Que me había acercado más a ti, y que tal vez lo seguiría haciendo, y que me hacía sentir... —sacudió la cabeza y su voz al fin se quebró— joven. Hacía que todo volviese a parecer nuevo.

Rodeé el coche para colocarme delante de ella. Extendí una mano hacia su hombro, pero ella levantó la suya con rechazo.

—Pero era mentira. No soy joven, Harry. No soy nueva. He visto y hecho cosas que... que no entenderías. Que le pido a Dios que nunca tengas que entender. —Respiró hondo—. Esto es ridículo. Debería ser capaz de manejar mejor estos temas.

—¿Qué pasa? —le pregunté en voz baja—. Aparte de lo evidente, quiero decir.

—Volví a tener sexo —masculló—. Y me gustó. Me gustó mucho. Me había olvidado de lo increíble que es el sexo, de cómo te atonta. Y ahora mismo estoy teniendo problemas para formar oraciones completas porque quiero arrancarte la camisa y morderte un hombro ahora que estás sudando y ahora que... —Se interrumpió bruscamente. Las mejillas se le habían puesto de un rojo intenso—. No tienes ni cuarenta años.

Me apoyé en el coche sin dejar de mirarla y me eché a reír para mí.

Negó de nuevo con la cabeza. Me miró con ferocidad. Sus ojos oscuros brillaban.

—¿Cómo se supone que voy a darte órdenes ahora —preguntó—, cuando tú y yo hemos... hecho todas las cosas que hemos hecho?

—Bueno, ¿y si te prometo no colgar las fotos en internet?

Parpadeó.

—¿Fotos? Estás bromeando, ¿verdad, Dresden?

Asentí.

—Porque ya tuve suficiente de eso durante mi primera edad adulta —dijo—. Puede que en Italia en aquellos tiempos no existiera internet, pero te sorprenderías de lo rápido que pueden circular las imágenes incluso cuando están pintadas sobre lienzo.

—Ana —dije en voz baja. Se mordió el labio y me miró. Me acerqué y le cogí las manos. Se las apreté. Entonces las acerqué y las besé, primero una y después la otra, con suavidad—. Por cualquiera que sea la razón, me alegra recordar el tiempo que hemos pasado juntos.

Pestañeó varias veces sin dejar de mirarme.

—Lo comprendo —continué—. Las cosas han cambiado. Y tal vez ese momento ha llegado a su fin. Pero vas a estar bien. Y yo voy a estar bien. No tienes que sentirte culpable por eso.

Acercó mis manos a sus labios y las besó, primero una y luego la otra, tal como había hecho yo. Cayó una lágrima sobre mi nudillo.

—Lo siento —dijo.

—Todo irá bien. Está bien.

Asintió y me miró. Pude ver la fuerza calmada y contenida de la capitana de los centinelas, preparada para asumir su papel de líder. Pude ver la incertidumbre de Anastasia, que no se había acercado tanto a nadie en mucho tiempo. Y, tal vez, pude ver algo solitario y triste que formaba parte de quien había sido cuando era una mujer joven, más de un siglo antes de que naciese yo.

—Adiós, Harry —susurró.

—Adiós, Ana —respondí.



Me apretó las manos y se volvió para alejarse. Se detuvo después de dar media docena de pasos y miró hacia atrás.

—¿Dresden?

La observé.

—Rashid no habla mucho sobre la noche en que murió Morgan. Yo misma apenas recuerdo nada desde que Peabody pronunció aquello.

Sabía lo que estaba buscando.

—No estaba solo —le dije—. Yo estaba con él. Y supo que había encontrado al traidor. Estaba satisfecho.

Algo de la tensión de sus hombros se relajó.

—Gracias —dijo.

—Sin problema.

Se giró y se alejó con decisión.

Miré el colchón manchado de sangre sobre el Escarabajo Azul y suspiré. No tenía ganas de conducir a ninguna parte. Era temprano. Podía esperar unas horas. Me volví hacia Ratón.

—Vamos, chico. Necesito una cerveza.

Dejamos atrás el calor del verano y regresamos al frescor relativo de mi apartamento en el sótano.

Tal vez necesitaba dos cervezas.

A Justine le costó más de dos semanas conseguirme un encuentro con Thomas. Cuando llamó, me habló de nuevo en su tono oficial de secretaria. Se estipuló un lugar público para la reunión, uno en el que los dos estaríamos protegidos por la necesidad de no llamar la atención. Era la Corte Blanca la que había requerido de mí esa precaución debido a lo tensas que habían estado las cosas entre sus líderes y los del Consejo últimamente.

Me encontré con Thomas un sábado por la tarde en el recinto de los grandes felinos del zoológico Lincoln.

Según llegué, reconocí a un par de tipos de seguridad de Lara que trataban de pasar desapercibidos. Thomas se apoyaba en la barandilla de un foso donde tenían un par de tigres. Llevaba unos pantalones vaqueros azules ajustados y una larga camisa blanca suelta. Todas las mujeres y gran parte de los tíos lo miraban con distintos grados de lujuria, deseo, interés y odio abrasador. Me acerqué y me apoyé en la barandilla a su lado.

—Ey —dije.

—Ey.

Nos quedamos contemplando a los tigres durante unos minutos.

—Tú pediste la reunión —dijo—. ¿Qué quieres?

Levanté una ceja.

—Thomas, quería verte. Hablar contigo. Asegurarme de que estás bien. Eres mi hermano, tío.

No reaccionó a mis palabras. En absoluto.

Estudié su cara.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Alzó un hombro con indiferencia.

—No pasa nada malo *per se*. Salvo... yo mismo.

—¿Tú? ¿Algo malo contigo?

—Fui un idiota al tratar de vivir de la manera en que lo he estado haciendo — dijo.

Clavé mis ojos en él.

—¿Qué?

Contoneó una mano en el aire con un gesto apático.

—La *boutique*. El constante picoteo que nunca me dejaba satisfecho del todo. El... —Se encogió de hombros—. Todo.

Lo miré con dureza.

—¿Qué te hizo el cambiapielos? —le pregunté muy suavemente.

—Me recordó lo que soy en realidad.

—¿Ah, sí?

Thomas se volvió hacia mí con sus ojos grises calmados y profundos.

—Sí. No le llevó mucho tiempo una vez que se puso a ello.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué pasó?

—Me colgó de los talones —dijo Thomas—. Y me fue arrancando tiras de piel. Una a una.

Me estremecí.

—Es un dolor atroz —continuó—. Aunque no demasiado peligroso para uno de nosotros. Mi demonio no tuvo ningún problema para regenerar la piel. Pero me dejó hambriento. Muy hambriento. —Sus ojos brillaron de repente con un tono plateado más pálido. Volvió a mirar a los tigres, que ahora merodeaban inquietos por la fosa—. Llevó ganado a la guarida donde me tenía prisionero. Una mujer. Y me la entregó para que me alimentara.

—Por todos los diablos —suspiré.

Thomas observó el andar de los tigres.

—Era adorable. ¿Dieciséis años? No lo sé seguro. No le pregunté su nombre. —Extendió las manos—. Fue letal, por supuesto. No creo que nunca te haya explicado con exactitud cómo es eso.

—¿Cómo es? —susurré con voz ronca.

—Como convertirse en luz —dijo con la mirada perdida, entrecerrando los ojos—. Como entregarse al calor de una hoguera cuando has estado tiritando de frío durante horas. Como un buen bistec después de un día nadando en agua fría. Te transforma, Harry. Te hace sentir... —sus ojos parecieron angustiados, vacíos— completo.

Negué con la cabeza.

—Thomas. Dios mío.

—Una vez que terminé con ella y que mi cuerpo se hubo recuperado, el cambiapielles me torturó de nuevo hasta que volví a sentir esa misma desesperación. Entonces me proporcionó otra hembra. —Se encogió de hombros—. Y empezó otra vez. Puede que media docena de veces más. Me entregaba mujeres jóvenes y volvía a hacerme agonizar. Estaba a punto de comerme mis propias entrañas cuando me llevó a la isla. Si te digo la verdad, casi no me acuerdo. —Sonrió—. Recuerdo haber visto a Molly. Pero le has enseñado lo suficiente como para protegerse, parece.

—Thomas —dije con suavidad.

De nuevo sonrió, satisfecho.

—Si en alguna ocasión te cansas de ella, espero que me lo hagas saber.

Me quedé mirándolo, asqueado.

—Thomas.

Se volvió de nuevo hacia mí, todavía con aquella sonrisa. Pero no pudo mantenerla. Otra vez sus ojos parecían vacíos, tocados por la desesperación. Miró hacia otro lado.

—No lo entiendes, Harry.

—Pues explícamelo —presioné con insistencia—. Por Dios, Thomas, tú no eres así.

—Sí lo soy —escupió. Sus palabras sonaron afiladas, como un siseo—. Eso es lo que aquel ser me ha enseñado, Harry. En el fondo soy solo un recipiente vacío que necesita llenarse. —Sacudió la cabeza—. No quería matar a esas chicas. Pero lo hice. Las maté una tras otra y me gustó lo que sentí. Cuando pienso en ello, cuando lo recuerdo, no me siento horrorizado. —Se burló—. Solo hace que se me ponga dura.

—Thomas —susurré—, por favor, tío, esto no es lo que quieres ser. Te conozco, hombre. Te he visto.

—Has visto a quien quería ser. A quien pensaba que era. —Negando con el gesto, observó a las personas que nos rodeaban—. Juega conmigo a una cosa.

—¿A qué cosa?

Señaló con la barbilla a un par de mujeres jóvenes que paseaban con unos conos de helado en las manos.

—¿Qué ves tú cuando las miras? Lo primero que pienses.

Parpadeé. Y miré.

—Pues... rubia y morena, demasiado jóvenes para mí, no desagradables a la vista. Apuesto a que la rubia pagó demasiado por esos zapatos.

Thomas asintió y señaló a una pareja de ancianos sentados en un banco.

—¿Y ellos?

—Están discutiendo por alguna razón, pero lo están disfrutando. Han estado juntos tanto tiempo que les resulta cómodo. Luego se cogerán de la mano y se reirán de la pelea.

Arrugó los labios y señaló a una madre que metía prisa por el zoo a un trío de niños pequeños de diferentes estaturas.

—¿Y ellos?

—Ella tiene un anillo caro, pero ha venido sola al zoológico. Sus hijos llevan todos ropa a juego. Su marido trabaja mucho y ella ya no tiene tan buen aspecto como solía. Mira cómo los zapatos le están destrozando los pies. Le preocupa ser una mujer florero, o tal vez una exesposa en ciernes. Está a punto de echarse a llorar.

—Vale —dijo—. ¿Quieres que te cuente lo primero que he pensado?

Asentí mientras lo miraba, serio.

Thomas señaló con un dedo a las mujeres jóvenes.

—Comida. —Señaló a la pareja de ancianos—. Comida. —Señaló a la madre y a sus hijos—. Comida.

Me limité a seguir mirándolo.

Estiró el cuello, tomó una profunda bocanada de aire y luego exhaló.

—Quizá sea por todas esas muertes tan seguidas. Quizá me volvió loco con ese tormento. —Se encogió de hombros—. Si te soy sincero, no lo sé. Solo sé que las cosas ahora parecen mucho más simples.

—¿Qué estás tratando de decirme, que ahora ya eres feliz?

—Feliz —soltó con un ligero deje de desprecio en su voz—. Ya... no voy vagando a ciegas. No intento de forma desesperada ser algo que no soy. —Volvió a observar a los tigres—. Algo que nunca podré ser.

No respondí nada. Solo negué para mí.

—Por la noche vacía, Harry —dijo, exasperado—, no soy ningún monstruo salvaje. No soy un psicótico que va por la ciudad devorando vírgenes. —Movié una mano en un gesto de indiferencia—. Matar mientras te alimentas te produce una sensación fantástica, pero es una estupidez. Que el ganado sobreviva otorga muchas ventajas. No solo que sobreviva, sino que crezca y prospere. —Sonrió un poco—. ¿Sabes?, creo que de verdad tengo algo que aportar al mundo. Nunca podría haber ejercido ningún tipo de influencia sobre mis semejantes si hubiese seguido siendo un exiliado deprimido, alguien que intentaba ser humano. Tal vez de esta manera pueda conseguir algo. Promover un estándar más responsable de relaciones entre la humanidad y mi especie. ¿Quién sabe?

Me quedé observándolo.

—Dios, qué noble —dije.

Él me miró de reojo.

Entonces le lancé el peor golpe bajo posible.

—¿Qué piensa Justine sobre todo esto?

Se enderezó y se volvió hacia mí con una actitud que amenazaba violencia.

—¿Qué? ¿Qué acabas de preguntarme?

—Ya me has oído —respondí sin cambiar de postura ni reaccionar a la amenaza.

Apretó los puños. Los nudillos le crujieron.

—Todavía escuece, ¿verdad? —dijo con calma absoluta—. ¿Todavía te quema cuando tratas de tocarla?

No dijo nada.

—Y todavía recuerdas lo que era abrazarla. Como hiciste la noche que destrozaste a Madeline en el Zero.

—Por Dios, Harry —dijo. Se volvió y miró hacia otro lado, lejos de los tigres. Su voz sonó muy cansada—. No lo sé. Lo único que sé es que ya no duele tanto todo el tiempo.

Guardó silencio durante largo un rato.

—Tengo pesadillas —dijo entonces en voz muy baja.

Quise ponerle una mano en el hombro para darle un poco de apoyo. Sin embargo, mi instinto me advirtió de que no sería bienvenida.

—Te han dado una paliza —murmuré—. Lo que esa cosa te hizo... Thomas, sabía exactamente cómo afectarte. Cómo atormentarte de la peor manera. Pero no durará mucho. Has sobrevivido. Lo superarás.

—¿Y volver a esa vida a medias tan miserable que tenía? —susurró.

—Tal vez —respondí en voz baja—. No lo sé.

Me miró.

—Eres mi hermano —dijo—. Nada va a cambiar eso. Estoy aquí para ti.

—Eres un maldito idiota —dijo.

—Sí.

—Sería fácil usarte. Una parte de mí piensa que es una idea fantástica.

—No he dicho que no seas un gilipollas. Solo he dicho que eres mi hermano.

Los guardaespaldas se movieron. Nada grave. Era como si se hubiesen activado y se desplazaran hacia las salidas.

Thomas pareció disgustado.

—Lara piensa que he hecho grandes progresos. Está... —se encogió de hombros— orgullosa de mí.

—Me gustabas más de la otra manera —dijo—. Y también a Justine. Quizá eso debería indicarte algo.

—Tengo que marcharme. Le da miedo que creas que me han lavado el cerebro. No quería arriesgarse a que trataras de desprogramarme cuando en realidad no he sido programado.

—Lo confieso, se me había ocurrido esa idea.

—Si alguien hubiera entrado en mi cabeza, no creo que ahora tuviese tantas dudas —dijo—. No es algo con lo que puedas ayudarme, Harry.

—Quizá sí. Quizá no. En cualquier caso, sigues siendo mi hermano.

—Maldito disco rayado —dijo.

Levanté el puño.

Lo observó en silencio durante un par de segundos antes de levantar el suyo y chocar sus nudillos con los míos.

—No me llames —me dijo.

—Seré paciente. Pero no para siempre.

Vaciló y luego asintió. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se alejó con rapidez. Los guardaespaldas formaron detrás de él. Uno de ellos dijo algo con la mano apretada contra el oído.

En un acto de pura maldad, agité los dedos y maldije su radio, su teléfono o lo que fuese. Saltaron unas chispas de su oído y él casi se cayó al suelo tratando de quitarse el auricular.

Thomas miró hacia atrás.

Sonrió. No mucho rato, pero de verdad.

Después de que se marchara, me volví para contemplar a los tigres. Me pregunté si conocía cómo eran en realidad o si todo lo que podía ver eran sus rayas. Me había perdido el funeral de Kirby mientras estaba en la enfermería en Edimburgo. Habían pasado ya un par de semanas desde entonces y solo había hablado con Will y Georgia por teléfono de vez en cuando.

Llegó nuestra noche de juegos y, tal como había hecho la mayoría de las semanas durante los últimos años, me presenté en su casa. Había traído conmigo mi libro de reglas de *Arcanos* y un saquito de marca Crown Royal lleno de dados. Llevaba puesta una camiseta negra con un dibujo a un solo color de dados de varias caras que decía, en letras de imprenta: «VEN AL LADO FRIKI. NO ME OBLIGUES A DESTRUIRTE».

Will abrió la puerta y me sonrió.

—Ey, Harry. Guau, tu cara se ha vuelto... masculina.

—A las nenas les gustan las cicatrices —dije.

—¿Quién es? —oí que decía la voz de Andi. Sonaba débil, sin ánimo.

—Soy yo, Harry Dresden —dije con solemnidad.

Georgia apareció detrás de Will, sonriendo.

—Harry. —Miró mi camiseta y las cosas para jugar—. Ah, vaya... En realidad no íbamos a...

Kirby había sido siempre el que había dirigido nuestras partidas.

Me hice a un lado, agarré al friki que venía detrás de mí y tiré de él hacia delante.

—Este es Waldo Butters —dije—, y su pene de friki es más largo y duro que todos los nuestros juntos.

Butters puso cara de sorpresa, primero en dirección a Georgia y a Will y después hacia mí.

—Oh —dijo—. Esto... ¿gracias?

Will pasó la mirada de Butters a mí con ojos interrogantes.

—¿Qué es esto? —me preguntó con amabilidad.

—La vida —respondí—. Sigue adelante. Butters dice que puede dirigir una partida de *Arcanos*. O de un montón de otros juegos, si nos da por probar algo nuevo. —Me aclaré la garganta—. Si queréis, podemos ir a mi casa. Por cambiar un poco de

ambiente.

Georgia me sonrió, agradecida.

Will me observaba con dudas. Volvió la cabeza hacia el interior del apartamento.

—¿Andi?

Andi vino junto a Georgia. Parecía que se hubiese marchitado. Era lo que podían hacerte varias costillas rotas y una operación seria. Se encontraba de pie y caminando por sí sola, pero era evidente que estaba viviendo en casa de Will y Georgia para que la cuidasen hasta que se recuperara.

Le sonreí.

—No creo que Kirby hubiese querido que dejáramos de jugar. ¿Qué opinas? Por supuesto, el juego no será el mismo, pero podría ser divertido.

Me miró a mí y después a Butters. Entonces me dedicó una pequeña sonrisa y asintió.

Will abrió la puerta de par en par y entramos en la casa, donde les presenté oficialmente a Butters y saqué varias botellas de la mejor cerveza de Mac.

Porque de eso se trata. Morgan tenía razón, no se puede ganar siempre, pero eso no significa que debas darte por vencido. Jamás. Morgan nunca llegó a mencionar esa parte. Estaba demasiado ocupado poniéndola en práctica.

Cerré la puerta detrás de mí. La vida seguía adelante.